

L I T E R A T U R A

JUAN ITURRALDE

**DIAS DE
LLAMAS**

Lectulandia

Días de llamas se desarrolla en Madrid y Toledo durante los primeros meses de la guerra civil. Comienza en una checa en la que Tomás Labayen, un joven juez de instrucción, está encerrado con otros hombres esperando, que de un momento a otro, vengan a llevárselos para darles «el paseo».

Tomás intenta pasar al papel todos los acontecimientos que le han llevado a esa situación y comienza a escribir una especie de diario. Sus recuerdos nos trasladan al pasado más reciente, al día en que comenzó todo, el 18 de julio de 1936. De esa manera, la novela se desarrolla en dos marcos temporales distintos: el presente en la checa desde la que recuerda y escribe el diario, y el pasado más inmediato, que abarca todo lo que ha ocurrido en los meses anteriores a su detención. Ese pasado es el que da forma verdaderamente al argumento de la novela, son los verdaderos días de llamas del título. A través de sus ojos vemos cómo la guerra va afectando a todos los ámbitos de su vida cotidiana: a la familia, al trabajo, a las relaciones íntimas y al círculo de sus amistades.

Lectulandia

Juan Iturralde

Días de llamas

ePub r1.0

Achab1951 28.07.13

Título original: *Días de llamas*
Juan Iturralde, 1979

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PARA SIEMPRE

Las revoluciones, como los volcanes, tienen sus días de llamas
y sus años de humo.

VICTOR HUGO

Diario

Ha empezado un día más. Primero, unas pisadas en el techo, un rumor de pasos apenas reconocibles entre los ronquidos y las respiraciones y, sin embargo, lo bastante diferentes para despertarme al oírlos. En seguida, el sobresalto producido por un golpe en algún sitio del pecho y una paletada de ceniza fría en el rostro; no estoy en mi habitación de la calle de la Princesa ni en la casa de Ayala sino en un sitio extraño como una decoración de teatro y, al mismo tiempo, tan real que no puede ser una decoración. Luego, el olor de los cuerpos, de las ropas sucias, del cubo donde desahogamos nuestras necesidades, de la tierra húmeda que viene del jardín y se cuela por el montante de la puerta; más tarde, la trepidación de un metro que es un testimonio del mundo donde estábamos antes, de que sigue existiendo y de que hay dos mundos distintos, el nuestro y el de fuera. Después, la bocina del coche llamando con insistencia al que me ha despertado. Abro los ojos, ya es inútil empeñarse en dormir. Por el montante entran la luz y el peso del nuevo día, tan largo y tan helado como los anteriores, se ha terminado la anestesia del sueño que me ofrecía un refugio o la ilusión de un refugio; estaba soñando con un viaje a un país desconocido en el que la tierra estaba cubierta de gusanos, tan gordos como mi muñeca, y con una gran montaña amoratada al fondo. Recuerdo que comenté con alguien que parecía la mascarilla de una cara enorme y que, después, vi una luz que me hizo pensar en Dios. Un sueño con un significado de muerte obvio, como si en lugar de soñar hubiera estado pensando en imágenes: gusanos, el verde pálido por el que pululaban, el color morado, cianótico, que era el color de la cara de mi padre en sus ataques de tos. A continuación se me hace presente el suelo, en el que estoy tendido, la manta que me dieron el primer día, el abrigo, el frío que me hace tiritar. A la entrada del garaje que nos sirve de celda hay dos rebajamientos, con sus biseles para las ruedas de los coches, y entra por ellos una corriente de aire helado que llega hasta mi rincón. Cambio de postura, para darle la espalda al frío, pero sigo tiritando; estoy aterido y no dejaré de tiritar hasta que me beba el brebaje que nos dan como café, si es que no está helado. Oigo los susurros del seminarista, que reza, y el castañeteo de los dientes del viejo que me hace recordar a mi padre, que murió hace veinte días, tal vez menos. ¡Cómo se ha espesado el tiempo en este último mes! Primero, Miguel, mi hermano, luego nuestro padre, ahora yo... No hace veinte días que lo llevamos al cementerio del Este una tarde con un cielo tan nuboso que a las cuatro parecía que eran las seis. Se oían cañonazos hacia la Universitaria y la Casa de Campo; una asociación de ideas trivial, que se aprovechaba de mi embotamiento veteado de lucidez, hizo de los cañonazos contra Madrid unas salvas en su honor; luego, caminando detrás del coche, me dije que había empezado a morir el día en que se desató este caos, que lo estuvo deseando desde mucho antes, desde que se retiró y que, aun así, se había retrasado su muerte y había tenido que vivir lo de Miguel. Iba allí, con el uniforme de gala queapestaba a naftalina y que le pusimos mi hermana, su marido y yo; recuerdo el olor

que nos hacía lagrimear a los tres, pensé en el momento en que llegaríamos a la puerta, en que los del cementerio abrirían la caja y se encontrarían a un coronel de artillería con todos los chismes de un uniforme de gran gala a excepción del ros, porque no cabía en el féretro, y verían a la par los chaquetones de cuero y los capotes astrosos, unas boinas, las estrellas rojas, las pistolas, la gorra galoneada del general. Atravesamos la ciudad, las botas de Juan crujían y el coche fúnebre lanzaba sobre nosotros tufaradas de su tubo de escape; de soslayo, podía ver el sombrero gris oscuro y la, melena plateada de Antonio Ruiz, la calva de José Sanabria, el pelo tieso y duro y el perfil inacabable de Pedro Martínez. Me distraía con facilidad y, al darme cuenta, sentía el malestar y la grima de mi mismo que me causaban mis distracciones y mi frialdad. A la entrada de la plaza de Manuel Becerra se cruzó con nosotros una columna de camiones. En el primero, una mano salía por la ventanilla de la cabina del conductor sosteniendo el asta de una bandera roja, ya descolorida. Milicianos, pasamontañas, mantas convertidas en capotes, fusiles, puños en alto al pasar el coche fúnebre. Mi padre, muerto y vestido de coronel, con sus charreteras doradas y su sable curvo, saludado de aquella manera por aquellos a quienes despreciaba y temía; en el último camión iba un perro, de pie sobre la cabina, que nos dedicó unos cuantos ladridos coléricos. Parecían los mismos milicianos que, en los primeros días de agosto, pasaron junto a Langa y junto a mí momentos antes de que me dijera, sin saber lo que representaba para mí, que los rebeldes habían tomado San Rafael. Los mismos, pero con ropas de invierno. Más tarde, una mujer joven, con un pañuelo en la cabeza anudado bajo la barbilla, se detuvo para vernos pasar y me indujo a pensar en Luisa casi jubilosamente ante la certeza de que podría verla en un par de días todo lo más, acaso en uno, incluso en unas horas. Mi malestar aumentó. ¿Cómo podía pensar...? Miré al ataúd, imaginé a mi padre dentro de él, su barba color acero, el uniforme que se le había quedado ancho por todas partes, la boca entreabierta, negra. Pero Luisa se me ocurría, estaba dentro de mí, veía su melena de un rubio rojizo sobre la almohada; la había visto tres días antes, me llamaría al tribunal especial o me habría llamado ya... Les dije a Juan y a Monroy que retrasaran el paso para alejarnos del humo del escape. De nuevo pensé que había tardado demasiado tiempo en morir, que hubiera debido morir cuando lo retiraron. Recordé que solía decir que al quitarse el uniforme se había quitado también la piel, porque lo tenía tan pegado a la carne como ésta. Miré hacia atrás, hacia donde iban los otros y, entre ellos, el cura que le había confesado, el jesuita que Monroy había convertido en su ordenanza para protegerle. Se había dejado bigote para disimular su aspecto demasiado piadoso. Iba al lado de Bonilla, el médico, dentro de un capote con la bomba llameante de la artillería en el izquierdo.

Pero de todo esto hace ya veinte días. Ahora sé que ha muerto a tiempo de ahorrarse otras desgracias: lo que puede ocurrirle a Juan, no tanto por el propio Juan

como por lo que hará sufrir a Laura su muerte, incluso lo que puede sucederles a ésta y a nuestra madre, porque bombardean la ciudad todos los días, nos echan encima sus cañones y su aviación. En este momento estoy oyéndolos con miedo. El temor al paseo no me impide temer también a los cañonazos, aunque antes no los temía, o los temía muy vagamente, como si no fueran conmigo. Ya hay luz suficiente para ver, ya han apagado la bombilla que cuelga del techo, y aquí están el capitán que se llama Mendoza, el estudiante de medicina, los dos gemelos; mi mirada va saltando de un rostro a otro, de la nariz de pájaro del profesor de historia a las caras todavía bien afeitadas de los que trajeron ayer.

—Ahí viene el desayuno —anuncia el estudiante.

Sí, se oyen pasos, el golpe de un cacharro en el suelo, la cerradura, formamos una cola ante la puerta: primero, el viejo, con su plato refulgente, porque no tiene vaso, luego el profesor, el capitán, yo, el estudiante, los gemelos, uno de los nuevos que se llama Ortega. Un cazo del líquido oscuro y un pedazo minúsculo de pan para todo el día. Por encima de la tapia del jardín, por encima de los árboles pelados, veo unas nubes plomizas que corren sobre un fondo formado por otras blancas que no se mueven. Por un momento, me da en la cara el aire en el que flota un olor a tierra mojada y a hoguera con hojas secas. Me bebo el café a sorbos, mientras siento dentro de mí el picotazo de un recuerdo. Una tarde, cuando mi padre estaba ya enfermo de gravedad y nos habíamos trasladado a casa de Laura y Juan, entré en el Retiro después de dejar a Luisa; entré por hacer tiempo, por no presentarme llevando aún su perfume y por todo mi cuerpo una laxitud feliz, irreverente, que debía disiparse antes de que volviera; me sentía culpable porque era feliz a pesar de nuestras desgracias; estaba lloviendo, los troncos de los árboles parecían de terciopelo negro y las hojas, amarillas, casi doradas, se estremecían bajo la lluvia con un rumor de papel. Aún había luz, una luz que filtraba las hojas dándoles una calidad irreal, de otro mundo distinto que sólo se me manifestaba a mí, aunque no me sintiera su poseedor exclusivo. Me adentré en los paseos menos frecuentados sin acordarme de abrir el paraguas, pasé junto a un árbol enorme que conservaba todas sus hojas y que irradiaba luminosidad y una atracción casi mágica sobre mí; me detuve para contemplarlo: hojas doradas, desde el extremo de la copa hasta el suelo; si hubiera habido sol habría parecido una llamarada, pero su encanto era más recogido y menos aparatoso bajo la luz gris. Había muchos más, descubría uno a cada paso, a cada mirada a mi alrededor; me dije que tenía que volver todos los días y, al instante, pensé que en muy poco todos estarían pelados y me atravesó la sensación de lo efímero que tantas veces he sentido de una manera dolorosa, pero entonces me pareció un complemento, un atractivo más, un nuevo vínculo que me unía a ellos. Flotaba al andar, me percibía en estado de gracia o, mejor dicho, no me percibía, me había vuelto incorporal e intemporal, como si no tuviera detrás de mí un pasado y

delante un futuro nada apetecible; sólo el presente, sin memoria, sin inquietudes, sin preocupaciones, el presente en toda su plenitud, en forma de disolución de mí mismo en a luz licuada, en los troncos de terciopelo, en el olor a tierra húmeda, a corrupción suntuosa, en un mirlo que se escurrió tras un seto y salió volando de él para acudir a la llamada de otro. El silencio deja escapar tan sólo ruidos campestres: los dos mirlos que silban, gritos misteriosos de otros pájaros, la crepitación de la lluvia... Súbitamente, resuena un estampido potentísimo y estoy a punto de tirarme al suelo encharcado. Los dos mirlos, y otros muchos más, levantan el vuelo por encima de las copas de los árboles, los pájaros se callan, se oye el eco del estampido; es uno de los cañones de grueso calibre que han emplazado aquí para bombardear las carreteras de Toledo y de Andalucía y el ferrocarril de Cáceres. El silencio se restablece, los mirlos se posan, pero el hechizo ha huido. Vuelvo a la calle, la cruzo, veo los retratos gigantescos de Marx, de Lenin y de Stalin que adornan los huecos de la Puerta de Alcalá, oigo otra vez el cañón y el sordo rumor del frente que envuelve a Madrid. En casa mi madre tiene el temblor de cabeza que delata sus angustias y mi padre respira con ayudare un balón de oxígeno que hace el ruido de una bomba con la que se estuviera inflando un neumático. ¡Qué odiosa adaptabilidad! ¡O qué feliz! De Luisa al estado de gracia y a mi padre luchando con la asfixia. Y ahora, aquí, oyendo a los gemelos contar a Ortega lo que ya sabemos los demás; que salían a la calle a las nueve de la mañana y se pasaban caminando todo el día hasta las nueve de la noche para no estar nunca en un sitio determinado donde pudieran encontrarlos; doce o trece horas, caminando a buen paso, como quien se dirige a algún lugar, y con respuestas pensadas por si les preguntaban por separado a dónde iban o de dónde venían; tomaban azúcar y caramelos constantemente y bebían agua en las fuentes públicas porque no se atrevían a entrar en los bares. Imagino a los dos andando, andando sin detenerse, bajo el sol de agosto, sudando, bajo la lluvia de los últimos días de octubre.

—Esto sabe a colillas —dice el capitán—. Y ya me están haciendo ruido las tripas. Me sienta como una purga.

Se levanta y se dirige al cubo donde hemos de hacer nuestras necesidades. El estudiante se acerca al sitio donde están el seminarista y el profesor de historia, el viejo fregotea su plato con un pañuelo y lo pone de canto ante sus ojos para comprobar si tiene brillo; tiene la manía de la limpieza, como Miguel; sus lavatorios duran más que los de todos nosotros juntos; se queda en camiseta, por cuyo escote asoma un vello plateado, y se enjabona el cuello, los brazos, la cara; es el único que tiene jabón, pero no se lo presta a nadie. Yo instalo en mi rincón, el del fondo a la derecha, el escritorio, mi caja de zapatos, pongo encima el cuaderno, me echo vaho en las puntas de los dedos.

Empiezo a escribir, sintiendo las miradas de los cuatro sobre mí; suelto el lápiz, miro a mi alrededor, me pregunto en qué encrucijada de mi vida tomé el camino que

me conduciría hasta aquí y, al instante, lo encuentro en mi memoria como si estuviera señalada con un palo de los que usan los agrimensores, un palo pintado a rayas transversales rojas y blancas.

Fue aquel sábado del mes de julio en que nos vimos en un merendero con reservados al que ya habíamos ido otras veces, el mismo sábado en que, hacia mediodía, Espinel me dijo que se había sublevado el Ejército de África. Por entonces, se estaba tramitando su divorcio y su abogado le había dicho que no se dejara ver en compañía de hombres que no fueran de la familia. Vuelvo a ver el reservado, el merendero, el diván con una funda de cretona con flores, las dos ventanas, una a un patio interior y la otra sobre una terraza con mesas, sobre la carretera y la vía del tren por la que pasan los que salen de la estación del Norte; veo también al camarero, que tenía la cara de tortuga con los ojos separados, los párpados a nivel de la frente, la nariz chata y la mandíbula inferior corta y huida: «Buenas tardes, la señorita está en el cuarto del piano.» Allí estaba, despeinada aún, mirando al exterior y echándose bruscamente hacia atrás y diciéndome «¡Está ahí!», con la voz alarmada de quien ve venir encima un desastre. Y yo le pregunto que quién está ahí y me contesta que el hombre de las sandalias que nos siguió el otro día. Abajo, sentado a la mesa, hay un hombre del que pueden verse las manos, el triángulo de la camisa enmarcada por las solapas de una chaqueta marrón, y un torso abombado y una disposición de hombros que se asemejan al otro, al que ella me indicó diciéndome que nos venía siguiendo desde que salimos del cine de sesión continua. Coge el vaso de cerveza que tiene delante y, al avanzar el rostro para beber, cae sobre él la luz y ella se estremece, da un paso atrás, suelta la cortina y me dice: «¿Has visto? Es la segunda vez que ha mirado»; y yo respondo que habrá mirado por pura casualidad, que no es el mismo y que aunque lo fuera no podría saber que estamos en esta habitación.

—A menos que te haya seguido hoy. ¿Te ha seguido? Entonces, ¿cómo puede saber que estamos aquí?

Se apartó de la ventana, se dejó caer en el diván de cretona, con los pies juntos y las manos sobre la falda, abandonadas, olvidadas, en la misma postura que adoptó hace seis meses y una semana, cuando terminó de contarme su vida. Seis meses, en los tiempos de las primeras caricias, la primera vez que nos citamos en el Museo de Arte Moderno, la primera que nos hicimos el amor en la academia de Pedro Martínez, asustados porque se nos echaba encima la hora de las clases, torpes, precipitados, el primer meublé de tapadillo, los sitios más discretos y a las horas más raras, porque su abogado había insistido tanto en aquello de que no debían verla con ningún hombre que todas las precauciones le parecían pocas y era incapaz de vencer la expresión de culpa ante las encargadas y los camareros, ante los divanes, siempre con una funda de cretona, los cuartos de baño, o los bidés dentro de la misma habitación, descaradamente dispuestos para ser usados.

—Tampoco nos estaba siguiendo la otra vez. No me di cuenta hasta que me lo dijiste y no volvimos a verle... Además, tomamos un taxi.

—Pero nos estuvo siguiendo.

—No, le perdimos de vista antes de coger el taxi.

—Pero ¿y él a nosotros? ¿Cómo sabes que no nos vio cogerlo? También pudo seguirnos en otro taxi.

Le cogí la mano, helada a pesar de que hacía un calor sofocante, y tirando de ella hice que se levantara y se acercara a la ventana, para mirar al hombre. Había cambiado de sitio para ponerse de espaldas al viento; protegía el vaso con un periódico, formando una pantalla ante él, y miraba hacia la parada del autobús. «Si pudiera verle los pies...», susurró, como si le hubiera podido oír, y yo dije que durante el verano había mucha gente que llevaba sandalias, y ella que sería demasiada casualidad, y me miró asustada. «Demasiada casualidad, pero aunque no sea el mismo...», «A ti te ha sucedido algo más que no quieres contarme». Fuera, el viento balanceaba la bombilla que había en uno de los árboles y la figura del hombre quedaba en un caos de aletazos de luz y de sombra. Ella dijo que la había ido a ver el otro, que le había pedido que volviera con él porque se avecinaban tiempos difíciles, que se habían sublevado en África, que era la señal para que se sublevaran las demás guarniciones de la Península, que estaba mejor informado que el propio Gobierno, que iba a ser peor que la Revolución de Octubre. Hablaba con los ojos cerrados y las manos en las sienes. Al otro lado de la carretera, por la vía que, después, la cruzaba por un puente en diagonal, pasó un tren con todas las luces encendidas, un tren que iría a la Sierra, más allá, a Irún y a la frontera con Francia y más allá aún, donde no habría dificultades legales, ni entrevistas clandestinas. Más allá no habría Víctor Norte, ni la tormenta que se nos avecinaba y que se había estado fraguando desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero, que estaba a punto de estallar, como hacía tiempo que profetizaban mi padre, Antonio Ruiz y Espinel, el oficial de lo criminal de mi Juzgado.

—Nunca ha insistido tanto. Me ha dicho que le voy a necesitar...

—¿Que le vas a necesitar? ¿Que le vas a necesitar tú? ¿Por qué?

—Porque... Ya te lo he dicho. Porque va a haber una revolución y me voy a encontrar desamparada. Hasta me ha jurado que dejará el Partido cuando termine.

—¿Y le vas a creer? ¿Cuántas veces te lo ha prometido? Si no lo ha dejado las otras...

Una sonrisa, una elevación de las comisuras de sus labios. Esta vez era distinto porque estaba yo; no, ya sabía que no dejaría el Partido, y aunque lo dejara... Acercó su boca a mis labios, me besó largamente, como si quisiera pasarme la sonrisa, pero a mí no me parecía posible que no sucediera lo que las demás, lo que la última, en que desistió de otro divorcio para seguirle al extranjero, a donde había huido al fracasar la

revolución de Asturias; habría demasiados recuerdos, demasiadas cosas comunes entre los dos; Norte no era un hombre vulgar, yo no estaba seguro de que hubiera dejado de quererle, yo no sonreía a pesar del beso; tenía muchas ventajas sobre mí, se la iba a llevar, iba a arrastrarla otra vez.

—Mañana mismo le iré a ver y se lo contaré todo.

Estaba buscando un peine y levantó vivamente la cara hacía mí, con la mano dentro del bolso y el peine a punto de aparecer: eso no, de ninguna manera, eso era cosa suya. «Y mía, ¿no te parece?»; no, no, yo no me tenía que meter, podría ser contraproducente, «Para mí sería una humillación... Prométeme que no harás nada». Y yo callado; de todas maneras le hablaría, nos íbamos a casar en cuanto le concedieran el divorcio, éramos amantes desde hacía seis meses y una semana. Mi silencio, que tomó por conformidad, debió reavivar su otra preocupación, la de las sandalias, y abandonó el peine y el bolso y se precipitó a la ventana para mirar al hombre que seguía allí; dijo que no le podía ver la cara ni los pies pero que era el mismo: «Tiene las espaldas como el otro. Mírale, mírale ahora que se ha quitado la chaqueta», y yo eché una mirada rápida para ver la chaqueta sobre el respaldo de una silla, el vaso de cerveza vacío, al lado el periódico y la mano sujetándolo contra la mesa para que no se lo llevara el viento. «¿Qué te pasa? No es el mismo, el otro era mucho más grueso y más joven. ¿Te ha amenazado?» «¿Quién? ¿Más joven?» «¿Quién va a ser. Tu marido.» «No, no le van las amenazas. ¿Más joven y más gordo?» Una mirada hacia mí, de duda, de que quería creerme pero no se atrevía, un gesto de resolución y aparecieron el espejo y el lápiz de labios; una niña pintándose para presumir de mujer, pero una niña con miedo, con la cara de recelo y los ojos convertidos en dos objetivos como los que muchos años atrás sacaban instantáneas de los besprizorny, de la nieve inmunda y el agua casi negra y los guardias rojos al pie de la escala del barco pinchando con sus bayonetas los bultos sospechosos de los que embarcaban. «Ya estoy lista. Todavía no sé... Sigue pareciéndome el mismo.» El rito abochornante de la salida: primero, la llamada al timbre, luego la cara de tortuga y la propina desmesurada, otro tanto de lo que valían las dos ginebras; en seguida el pasillo y las puertas de los demás reservados, el «pueden salir cuando gusten. Mil gracias, señor», en su tono habitual de complicidad; bajamos las escaleras, cruzamos el salón de baile con la tarima para las atracciones, el jardín y la terraza, nos hundimos en el baño de calor sofocante a pesar del viento.

El hombre seguía allí sudando y secándose el pescuezo con un pañuelo sucio, nos miro un instante provocó en ella un movimiento reflejo de taparse la cara con el bolso; el asfalto de la carretera se pegaba a nuestros zapatos. «Te habrás fijado en que no lleva sandalias», «Sólo he visto que nos ha mirado». Echamos a andar por el paseo de arena hacia los rumores de la ciudad, entre los ladridos de unos perros invisibles y el cantar de los grillos que formaban un aro a nuestro alrededor; dejamos a nuestra

izquierda el terraplén que se elevaba para alcanzar la altura del puente sobre la carretera, llegamos al final de las líneas del tranvía y del autobús, pasamos ante otros merenderos con música y parejas que bailaban y un grupo alrededor de una radio cuyas palabras se nos escapaban, tapadas por los comentarios: «Parece que se va a liar una buena.» «Bah, no será tanto. Tú, digo yo, ¿crees que pueden contar con los soldados y los sargentos?» A nuestra espalda sonó la bocina del tren, de otro tren, y su estruendo al pasar sobre el puente y el ritmo de sus ruedas duplicado por los ecos que despertaba en la Casa de Campo. «Va a ser verdad lo que me ha dicho.» Y, al advertir que estaba mirando el tren, le dije «Nos vamos, nos vamos al extranjero y se acabó»; y la abracé a pesar de la luz y la gente y me besó y vi la cara de uno de los que oían, tan: absorto que parecía ciego. A Francia, adiós a los papeleos, a los reservados, a la tormenta; ya me imaginaba en la estación: el del coche cama con nuestros billetes y el mozo con nuestras maletas caminaban hacia uno de los vagones que tenían el letrero Madrid-Irún. Ya estaba anticipando el viaje y ya estaban levantándose en mí los obstáculos que nacían de mis hábitos burgueses, mis sesudos treinta y cuatro años y mi incapacidad para la ensoñación; no tenía pasaporte, ni dinero para resistir hasta encontrar trabajo, ni sabía suficiente francés, ni ella podía irse sin autorización del juzgado donde se tramitaba su divorcio, ni era cosa de poner éste en peligro. «Supongo que tendrás pasaporte.» Veo el brillo de sus dientes al morderse el labio inferior y percibo su desaliento al decir que lo ha dejado caducar, «Sí, a fines del año pasado, ¡qué contrariedad! Pero ¿quién iba a decirme a mí...?» «No importa, sacaremos otro, cada uno el suyo.» Pero sí importaba, porque no podríamos, no tendríamos tiempo ya; se cogió de mi brazo: «A ti no te pondrán dificultades siendo juez.» Y suspiró, «¡Qué alivio!». Ya se veía en el tren, mirando cómo se alejaba el andén, cómo desfilaban los vagones de los otros trenes, y de repente, «Pero mañana tengo que ir a ver a mi madre. Es domingo». Y ahora fui yo el de ¡qué contrariedad! Sí, los domingos tenía que ir a San Rafael con su madre enferma y pasar el día a su lado, pero me iba a dar ahora unas fotos para su pasaporte. «Y así tú, el lunes...» «Tienes que firmar el impreso.»

Cruzamos el puente de los Franceses, sobre el agua reducida a unos cuantos charcos malolientes en la que se estremecían reflejos de luces que no se podían ver: «Tú recoges el impreso, me lo mandas y te lo devuelvo en seguida. Supongo que tendré que ir a la Dirección de Seguridad, aunque no estoy segura porque no llevo la gestión de pasaportes.» Rosales; nos cruzamos con coches cargados de maletas que iban al Norte, a sus veraneos, y con más grupos que escuchaban noticias; dimos con un taxi con unas ventanas muy estrechas sobre las puertas de atrás y un cristal que nos separaba del conductor. Volvió a suspirar, ahora se sentía a salvo, como si estuviéramos llegando a la frontera o la hubiéramos cruzado ya. Pero en unos minutos nos separaríamos, renacería el miedo y mañana estaría con su madre,

quejándose en un sillón, y pidiendo que la cambiara de postura; y el marido, con sus ofrecimientos, y yo aquí, y ella resistiendo a los dos. Había reclinado su cabeza sobre mi hombro, se había abandonado a esta tregua y se había olvidado de todo, incluso del miedo que, según decía, era el precio que pagaba por verme. Me incliné y besé su sien y su pelo sedoso. Fuera, desfilaba la calle de Ferraz, donde habíamos vivido quince años antes, y se veían grupos extraños con idas y venidas de unos a otros; cruzamos la plaza de España con más grupos aún, atravesamos el viaducto de Segovia, torcimos por la calle de San Francisco y llegamos a la de Calatrava. Estábamos viendo Madrid por última vez; ya no volveríamos a percibir el olor a maderas de la serrería de la calle San Cayetano, frente a su casa, ni el parloteo de las vecinas de balcón a balcón, ni la música ratonera de una kermess o el calor que echaba a la calle a las familias. «Espera. Las fotos.» Se arrancó de mí antes de llegar a la esquina. «¿Hay que esperar mucho tiempo? Me toca el relevo.» «No, un minuto, todo lo más.» «Me toca el relevo y me voy a casita. ¿Ha visto? La cosa está que echa humo.» Su mano, con el pasaporte caducado y las fotos. «Me las hice para renovar el carnet del Sindicato.» Cogió la mía y se la apretó contra el pecho. «Princesa, cincuenta y seis, por favor.» Una mirada por la ventanilla de atrás me permitió ver su melena ondeando y en seguida me encontré reducido a la mitad, como si viera con un solo ojo y no me quedara más que un oído.

Más grupos frente a Palacio, más guardias, más coches con maletas hacia la estación del Norte o adelantándonos al comienzo de Princesa. «Estos también se lo han olido.» «Aquí, en la casa del chaflán.» Unas monedas al conductor, sin contarlas, sin acordarme del cambio. Andrés estaba sentado a la puerta, con las muletas apoyadas en el respaldo de la silla, y había cuatro más destacándose sobre el escaparate de la tienda de comestibles, sobre los quesos que rezumaban aceite y los salchichones envueltos en papel de estaño. Dos de ellos se adelantaron, uno gritó: «¡Arriba las manos!», con la exaltación del miedo y una porra levantada y unos ojos buscando el sitio donde me daría el primer golpe. Y qué iba a hacer yo; me echaría la mano al bolsillo de atrás o me la metería por la chaqueta... «¡Eh, eh, tú, Taño! ¡Quieto ahí!» Y en dos saltos sobre sus muletas estuvo entre nosotros. «Perdone, no estaba mirando. Por poco... Es de los nuestros.» Y el de la porra, defraudado, bajándola, guardándosela, diciendo «¿De los nuestros? ¿Un tío con corbata?» «Sí, señor. Con corbata, y hasta con sombrero de copa.» Y explicó que yo era el que le había sacado de la cárcel cuando la Revolución de Octubre, y que el capitán, el hermano de aquí, era también de los nuestros y que nos conocía de siempre. «Bueno, ¿pero qué es esto? ¿Qué os pasa?» Arriba, en uno de los pisos más altos, bajaron una persiana de golpe; los cinco se pegaron a la pared, Andrés movió la cabeza llamándome; me estaba despertando de Luisa y no engranaba en las porras y las estrellas rojas sobre las camisas azul claro, a pesar de los grupos con armas y los

guardias en la plaza de Oriente. «¿No se ha enterado? El Ejército de África. Lo ha dicho la radio. Los regimientos de Madrid se van a sublevar, los fascistas se están concentrando en el cuartel de la Montaña y los Bonilla tienen dos pistolas y quieren salir, pero no van a pasar del portal. Genaro, ponte en la esquina y vigila la fachada de atrás.» «¡Pero si no tiene puerta!» «No tiene puerta pero pueden descolgarse por los balcones.» «¿Y vais a impedirlo con una porra?» «Ellos no saben que no estamos armados.» El ascensor; Andrés apretó el botón antes que yo y me saludó con la mano y una sonrisa.

Norte no había exagerado, no íbamos a tener tiempo para conseguir los pasaportes y aunque los consiguiéramos no nos servirían de nada porque el Gobierno cerraría las fronteras. Saqué el pañuelo para secarme la frente y sentí su olor a jabón y a colonia que perduraba en mis manos. Si el otro la volvía a ver y si no tenía valor para abandonar a su madre, ni pasaporte, ni el tren Madrid-Irún. Y para evitarlo, lo único que yo podía hacer era ver a Norte, decírselo todo y decírselo en seguida.

Los balcones estaban abiertos de par en par, las cortinas colgaban inmóviles, tías como si fueran de cartón, y los cinco estaban ya cenando. Laura tenía el pelo pegado a las sienes y una mirada inquieta que saltaba de su plato a Juan y de éste al vino, Jacobo comía en silencio con cara de haber llevado la peor parte en una discusión, Miguel sudaba y se sofocaba dentro de su uniforme y nuestros padres cambiaban miradas de un extremo a otro de la mesa. Norte, ¿dónde podría dar con él? Allí había habido un altercado y Miguel tenía otro problema más grave que el mío. Eso de decírselo... El otro podía tomarlo por la tremenda, por el crimen pasional. «¿Lo sabes ya?» Sí, el problema de Miguel era más grave; no levantaba los ojos del plato ni comía, no sonrió cuando nuestra madre le apretó la mano y Juan dijo, con la ligereza de su borrachera incipiente, que no pasaría nada. El coronel estaba irritado. «No has comido.» «No tengo apetito, madre. Es el calor.» «¿No querrías un poco de fruta o un helado? Quitate la guerrera o desabróchate el cuello, hijo.» «No, estoy bien así.»

Pero no estaba bien, no había sido tan sólo una discusión con Jacobo, que era de una organización de estudiantes de derechas, había sido mucho más, o el comienzo de lo que habría sido mucho más si hubiera seguido la discusión, o que sabía que iban a sublevarse en Madrid. Reducía a migas el pan y bebía agua y sudaba, ablandando la tirilla del cuello del uniforme. «Fernando, ¿es preciso? ¿No hay otra solución?», gimió, reteniendo la mano de Miguel; y Juan: «Pero si no será nada»; nuestro padre, no, no había otra solución, y más valía que no se volviera a hablar del tema, y nuestra madre suspiró a cuenta de las guerras de África, del año en que estuvo en Prisiones Militares por haberse sublevado contra la dictadura, del otro Consejo de Guerra. «Es inevitable», remachó nuestro padre con hosquedad. Y Miguel callado; ya todo eran migas, migas de migas. Jacobo asintió, Laura movió los pies bajo la mesa, Juan llenó

de nuevo su vaso, «No pasará...». «¡Por favor, no lo repitas! Y no bebas más.» El gazpacho, pollo frío; antes me había despertado de ella, y ahora me estaba despertando de los pasaportes y del otro, ahora la realidad era Juan, Laura, Miguel, nuestros padres, aquel jovencito con la cara llena de granos. Tenía razón, no bebería más, aunque no pasaría nada, comprendía que no era el momento oportuno para celebrar la venta del Mercedes con un compresor especial y dos carburadores... «Ya lo has contado dos veces.» «Perdona, perdona ¿Lo he contado?» Apareció la vena en la frente del coronel, un verdugón que bajaba desde el arranque del pelo hasta el comienzo de la ceja derecha, casi encima de la nariz, y los ojos saltones fulminaron a Juan, al extraño que había tenido una debilidad con la caja de su batallón y al que no habían expulsado por sus dos medallas militares, al guapetón de dos metros que había deslumbrado a su hija y que sólo servía para perturbar, para hacer seguros y vender coches y sacarles de quicio con su presencia y tenerlo sentado en el estómago los sábados por la noche y los domingos a la hora de comer, y no definirse, y seguir dándose la gran vida. «¡Estoy asustada! ¿No será peor el remedio que la enfermedad?» Yo dije que sí, que era peor y que además no era un remedio, y el coronel que no podía ser peor nada, que todos los días tiros, entierros, y más tiros en los entierros, y huelgas, atentados, incendios, y que hacía falta estar ciego para no darse cuenta. Nuestra madre tenía la cabeza temblorosa, Jacobo sonreía y se esponjaba con aquel aliado, Miguel se ensañaba con las migas, cada vez más callado, cada vez más sombrío. «¡Y cuanto antes mejor! Si se retrasan, se nos adelantarán los comunistas.» Jacobo dijo esto con un tono de ferocidad y de resolución que desdecía de su aire quebradizo y su cara de imagen de santo a la que, por un milagro grotesco, le hubiera brotado una rabiosa acné juvenil. «Pero, ¿de dónde sacas que los comunistas...? Es preferible Todo antes de que suceda lo irremediable.» Fanático, al dermatólogo a curarte la acné, y a tus libros, a ver si apruebas. «Y ¿te parece que no es irremediable todo lo que ha ocurrido ya? Díselo a la viuda y a los hijos de Calvo Sotelo.» Sí, un asesinato brutal que iba a costar caro. «Y preparado desde el Gobierno con guardias de asalto y una camioneta oficial.» Pero no era posible porque era como si el Gobierno se quisiera suicidar, y había las otras bestialidades y la imposibilidad de decir qué bando había comenzado y de poner límite a sus consecuencias.

Sonó un disparo por Hilarión Eslava; Andrés y los suyos, o los hijos de Bonilla; la silla de Juan cayó al suelo, y ya estaba en el balcón cuando sonó otro estampido diferente, que le llevó a sentarse, diciendo, con una sonrisa cuajada, que había sido el escape de un camión. «Mañana serán tiros. Lo he venido anunciando desde que me retiré. Acabaremos mordiéndonos.» A continuación el café y una queja de nuestra madre: «¡Ay, Señor! ¡Qué inquietud tengo encima!» Juan contenía un eructo, Miguel había convertido las migas en bolitas grises, las cucharillas sonaban tan lúgubramente como si agitaran una medicina para un moribundo. Petra trajo unas copas y una

botella de coñac, Juan se sirvió, Laura dio un bufido que el otro ignoró y que fue repetido en un tono más grave por el coronel. Luego, silencio, y el ruido imperceptible de los sorbos de Juan a su copa se mezcló con el de los zapatos de Miguel, que se había levantado y se arreglaba cuidadosamente la guerrera y el corraje. «Pero ¿vas a salir?» Dio un beso al sesgo a nuestra madre y me puso la mano en el hombro. «¿Me acompañas a dar un paseo hasta el parque del Oeste?» Quiere que le aconseje, o desahogarse, o las dos cosas; coge la gorra del arcón donde la solía dejar y donde la había puesto siempre el coronel, y en el recibidor, tartamudeando, dice que tiene que hablarme, y yo aprieto el automático de la luz de la escalera: «¿Por lo de África?» «Y por lo que se está preparando aquí.» Un silbido desde abajo, unos pasos sigilosos; todavía están en el portal con sus porras y su odio a los Bonilla «¡Andrés! ¡Andrés!» Que bajáramos de prisa, que cuidado con los del médico, que esperaríamos si oíamos pasos. Y la calle, las casas y el asfalto soltando el calor acumulado durante el día; un reloj dio las doce, nos cruzamos con parejas rezagadas que volvían del parque del Oeste y con grupos de trabajadores que miraban el uniforme de Miguel y se callaban al pasar por nuestro lado. Por los balcones abiertos caían en cascada las estridencias de las radios, las noticias, música, anuncios. «Digestiones perfectas con agua de mesa...» «Barcelona. El general jefe de la división orgánica ha dirigido un telegrama de adhesión al Gobierno.» Una mujer en camión estaba acodada de espaldas sobre la barandilla, junto a un hombre con un pijama a rayas y un perro lobo que sacaba la cabeza por entre los barrotes. Estábamos cruzando Benito Gutiérrez cuando pensé que era un disparate ir a decirle al otro que estaba acostándome con su mujer. ¡Las locuras que inspira el deseo! Norte me recibiría: «Usted dirá.» O esperaría en silencio a que hablara yo. «Tenemos relaciones íntimas desde...» Y él, muy calmoso, porque debía ser inalterable: «¿Sí? ¿Y puedo saber por qué viene a decírmelo? ¿Qué quiere? ¿Mi permiso para seguir poniéndome los cuernos?» Y yo contestaría... Pero ¿qué podía contestar? ¿Qué necesidad tenía de...? Si nos daba tiempo para marcharnos, no era necesario, y si no nos lo daba... «Tomás.» Miguel resopló pero no por el calor. «Tomás, se quie... se quieren sublevar.» «¿Quiénes?» Que se lo dijera Luisa; era lo natural, aparte de que ya no estamos en los tiempos de los crímenes pasionales, aunque estaba el caso del mecánico que mató a su mujer con un destornillador y cuyo sumario me había tocado a mí. «¿Quiénes has dicho?» «Los o... los oficiales de mi regimiento.» Y me cogió del brazo y apretó el paso para dejar atrás las radios, los ladridos del perro, para contarme tartamudeando una reunión en el cuarto de estandartes en la que la mayoría se declararon partidarios de unirse a los sublevados, y de traer los cañones a Madrid; al principio, preguntaban la opinión uno por uno, comenzando por los que sabían de antemano que estaban de su parte; luego, los tres de siempre; empezó Monroy, diciendo que no tenía facultades para declarar el estado de guerra, ni derecho, ni

justificación; uno gritó que el Gobierno, en cambio, tenía derecho a asesinar a Calvo Sotelo; Monroy replicó que no había sido el Gobierno y que ya estaban haciéndose averiguaciones. Le interrumpieron a gritos. Tú eres un rojo, no es el momento de discutir sino de hacer honor a los compromisos. Y más gritos y se acabó la reunión porque entraron unos exaltados, el comandante mayor sacó una pistola, otro se la quitó, encerraron a Monroy en el calabozo y a él le echaron diciendo que no querían cobardes...

Unos pasos en silencio mientras Miguel recobra el aliento y enreda con un botón de la guerrera. La Cárcel Modelo, un camión con guardias de asalto, la leyenda sobre la puerta «Odia el delito y compadece al delincuente»; en la esquina de la fábrica de perfumes, al otro lado de los columpios y los tiovivos, hay diez o doce obreros y reflejos de escopetas de caza. Esto va de mal en peor y Jacobo tan contento y el coronel con el ánimo de un enfermo que ha de someterse a una operación inaplazable. Otros veinte o treinta metros más y llegamos al parque del Oeste y a un aguaducho cuya luz eléctrica ilumina la cara brillante de Miguel, la mano que se quita la gorra y la señal de ésta en la frente. Huele al césped sobre el que se alargan nuestras sombras. Ni tiempo para los pasaportes porque mañana es domingo. Más coches con maletas que bajan hacia Puerta de Hierro. «Tengo que volver.» «¿A dónde? No será al regimiento.» Pero claro que era al regimiento, no iba a abandonar a Monroy y a Latorre, tenía que estar con ellos, era uno de ellos desde los quince años, y todavía podía convencerles... «¿Uno de ellos? No me digas que esos señoritos del regimiento a caballo son los tuyos. Hasta al coronel le parecen unos inútiles que sólo sirven para los concursos hípicas.» «A pesar de todo son los míos y tengo que intentarlo.» «Pero ¡si ni siquiera vas a poder llegar al cuartel! Ya has visto las escopetas. ¿Es que no comprendes que te han dejado salir para no pegarte un tiro?» Y Miguel, desde las sombras, con la luz del aguaducho detrás impidiéndome ver su rostro, replicó que eso no era una razón para que no volviera, que no lo puedes entender porque no eres militar, que aún contaba con las clases de tropa. Y yo «Tú estas chiflado. Con lo que puedes contar es con un par de tiros, que a ellos les dejarán hechos polvo, pero a ti...»

Nos callamos, le da vueltas al botón, se tira del cuello de la guerrera, se detiene, volvemos en silencio, igual que cuando éramos niños y yo me burlaba de su tartamudez. Si quedara todo en un pronunciamiento más. Pasan los columpios, los tiovivos, veo su cara sudorosa, su nariz ligeramente torcida, los obreros con sus escopetas. ¿Qué le puedo decir? «Por lo menos no vuelvas esta noche. Espera a que...» «¿A que se aclare la situación y haya un vencedor para ponerme a su lado?» «Tú no vas a decidir nada.» «Pero tengo que estar con ellos.» «A ti te atraen los líos.» «Los líos los atrae el uniforme y yo no me lo voy a quitar ahora.» Ya estamos bajo los balcones que siguen derramando noticias: «...acuartelamiento de las guarniciones,

suspensión de las garantías constitucionales...». Gente oyendo, un susurro de Miguel: «¡Qué disparate! Acuartelarlos es hacerles el juego. Los oficiales progresistas estamos en minoría y, encima, les dan facilidades a los reaccionarios.» «Otro motivo más para que no vuelvas.» «No. Aparte de que quedan los soldados y los sargentos, son los míos, son como tú, o casi como tú.» Oímos siseos de los que nos mandan callar. «Madrid. El general jefe de la Primera División Orgánica...» Me apretó el brazo, me volví y le vi, separado por dos o tres caras que seguían mirando al balcón; consiguió salir del grupo, alejarse, con la gorra puesta y braceando como si estuviera en un desfile. «¡Miguel, Miguel, espérame!» Pero la radio apagaba mi voz o no quería oírme. ¿Qué hago? ¿Le sigo? ¿Echo a correr para continuar nuestra discusión? Se iba perdiendo entre las sombras de los árboles, aparecía a la luz de las farolas, volvía a desaparecer, ya estaba en el cruce de Argüelles. Y yo había salido del círculo cuando se produjo un apagón general de un par de minutos y sonó un disparo, o tal vez otro escape de un motor, pero hacia la Moncloa. «¿Qué ha sido eso?», y la radio dijo que rogaba a sus oyentes que disculparan la interrupción de la emisión de noticias.

Miguel había desaparecido y yo me encontré ante la puerta de casa, dando con los nudillos en la forma que habíamos convenido con Andrés. Pasos precipitados, la luz, las muletas, una expresión de sorpresa: «¿Y el capitán?» «Se ha ido. Han ordenado el acuartelamiento. Acaba de decirlo la radio.» «Suba, suba, en seguida.» Todos se habían acostado. Si mis padres me oyen, querrán saber... Me he quitado los zapatos para no hacer ruido, como un trasnochador; abro cuidadosamente la puerta y el balcón que da a Hilarión Eslava y me acuesto a oscuras. De madrugada, me despierto y les oigo hablar: «Hubiera debido ser cualquier cosa. Hasta pianista, pero yo...» «No te atormentes, Fernando.» «¿Cómo no me voy a atormentar? He tenido la culpa yo. Me empeñé en que ingresara en la Academia, mientras tú, que siempre ves las cosas...» «¡Cállate! ¡Yo qué voy a ver, pobre de mí!» «Uno siempre tiene la culpa de sus equivocaciones.» «Ella replica algo que no alcanzo a entender. Y salta a mi recuerdo el viaje a Segovia para dejarle en la Academia de Artillería. Segovia, el río desde las murallas del Alcázar, los grajos que se levantaban en bandadas, emitiendo un coro *in crescendo* de graznidos que se apagaban poco a poco al posarse. Se me antojaba que Miguel iba a estudiar para caballero en la Tabla Redonda. «Le he hecho un desgraciado en nombre de la tradición familiar.» Al regreso, nuestro padre me mandó callar cuando le dije que yo también quería ser artillero y no volvió a hablar en todo el viaje.

Los pasos se acercan por el jardín y se detienen ante las puertas; el aire se tensa como la piel de un tambor; suenan el tintineo de las llaves y el chirrido de las cerraduras. Nos miramos; la celda debería retumbar con el aporreo de nuestros corazones; se abre

la puerta, se nos corta el aliento, llaman a uno, a dos, a cinco; una noche, la primera que pasé aquí, llamaron a siete y quedamos tres, el estudiante de medicina, el capitán de ingenieros que se llama Mendoza y yo. Y los dos primeros ya se habían empezado a vestir. «¡Andando! ¡Te vamos a llevar a otro hotel!», o «Cabrón, te ha llegado la hora». A mí también me llamarán, cualquier noche oíré mi nombre, me levantaré, saldré tambaleándome como ha salido la mayoría. No, no vale la pena anticipar, no sirve de nada, ni siquiera de preparación; me hace daño, provoca en mí estremecimientos interiores, súbitas caídas del corazón, visitas al cubo para orinar o para soltar todo lo que suelta Mendoza, que padece colitis. Pero pienso en esto porque no puedo evitarlo, pienso con ensañamiento, obedeciendo a un mecanismo que empiezo a comprender: la anticipación levanta mi miedo hasta que no puedo tener más, hasta que no soy un hombre que tiene miedo sino un miedo convertido en hombre. Y luego, como una catarsis, me abandona, me deja inundado de conformidad aunque con un fondo de blanduras en el pecho y en los ojos.

Hoy estamos catorce, los he contado, es lo primero que hago todas las mañanas. Sí, ya sabía que están todos porque anoche no se llevaron a ninguno; ya lo sabía, pero los cuento. Son trece, catorce contándome yo. ¿Cuántos quedaremos mañana? ¿Quedaremos? Me he excluido de los que morirán, he dado por supuesto que no seré yo y esto agujonea en mí un recelo supersticioso, porque es un fallo que me hace más vulnerable. Catorce, demasiados para que esta noche pase como la anterior. Y si anoche se hubieran llevado a alguno... Esto también es un fallo, no puedo irritar a ese ser misterioso y omnipotente, a esa nada ante la que ha de estarse siempre en guardia poniendo en nuestras relaciones todos los miramientos, todos los cuidados. «¿Oyen ustedes?» Se hace un silencio tan grande que no se perciben ni las respiraciones, y en seguida, los cañonazos de la Universitaria.

El viejo que se parece a mi padre dice: «¿Qué quieren que oigamos?» «Eso, que están atacando otra vez. Si escapáramos otros tres días, estaríamos salvados.» «No se haga ilusiones. Llevan atacando un mes.» Y el profesor de historia: «No pide usted poco. Tres días», con una voz que parece salirle de un oído y que suena como si tuviera la boca llena de miel; y el capitán Mendoza: «Desde luego, son muchos días»; y descubro en su perfil una línea recta que va desde su coronilla a su cuello y le asemeja al general alemán que, con un moro, un italiano y un obispo, navegan dentro de un barco, o de un casco, en el cartel que he visto cientos de veces, con una leyenda «Los nacionales», y entre la tripulación, un gordo con chistera, con chaqué, una leontina y una moneda de oro. Mendoza parecería el general si no estuviera tan flaco y si en lugar de un bigote a lo káiser no llevara unas barbas negras hasta más abajo de la glotis. «El caso es que llevo ya una semana entera. Hoy será el octavo día.» La voz pastosa del profesor dice: «Sí, es nuestro decano, pero no sé si felicitarle o compadecerle.» «Felicíteme. Sea como sea estoy vivo aún.» «Yo, en su lugar, estaría

temblando, porque cada día que pasa disminuyen nuestras posibilidades de sobrevivir. Y si los ataques dan resultado y se creen perdidos...» «El coletazo, o el rabotazo final.» «Eso es, el rabotazo. ¡Buena expresión!», y sonrío bajo su nariz de pájaro sabio salido de una película de dibujos.

Profesor de historia o de lo que sea; lo trajeron al día siguiente y llenó un hueco de los que había dejado la noche, con su miedo y su locuacidad. A que no sabíamos por qué le habían detenido. Y el estudiante, que se recobraba como un muelle de acero, le dijo: «No será porque es de izquierdas.» Claro que no, ni de lo uno ni de lo otro. No nos lo podíamos imaginar, no se nos pasaba por la cabeza porque era absurdo. Ni por venganza, ni por dinero, aunque no negaba que lo tenía, sino por el alemán, por el idioma, se entiende. «Y ustedes dirán ¿qué nos importa a nosotros?, pero yo no puedo dejar de contárselo.» «Claro que nos importa.» Y es sincero, también Mendoza tiene que llenar los siete huecos de anteanoche. «Sí, señor, por saber alemán. Y a me dirán ustedes si un profesor de historia puede permitirse el lujo de no saberlo. No sé por qué, registraron todo el edificio... Como soy soltero y vivo en una pensión, tengo dos cuartos, uno con la cama y el otro con la biblioteca. Y todos los libros a los que echaban mano, en alemán. Les metí por las narices *El Capital*, con las barbas de su autor, y *La Miseria de la filosofía*, porque no les iba a enseñar *Mi lucha* o *La decadencia de Occidente*. Y dedujeron que estaba en alemán porque ponía Berlín en el pie de imprenta. Y ya está, agente alemán de la Quinta Columna y todos los libros al comité de Bellas Artes y yo detrás. Grotesco, ¿no les parece? Y ahora, aquí.» Y se calla, y Mendoza: «¡Buen pueblo el alemán!» Pero sigue callado, el miedo ha podido más que la verborrea.

Van llenándose más huecos; aparece el conde, traen a los gemelos, al seminarista, al viejo, a Ortega. Ninguno tiene cara de profesor ni de saber alemán; los dos más enteros son Mendoza y el conde. Los demás no cesan de rezar, contar noticias, taparse las caras, orinar. La nariz del profesor de historia moderna, «historia moderna, pero a mí me va más la filosofía de la historia», la nariz avanza hacia mí pinchando el aire como una cigüeña que emigra; me ha olido, o sabe que los demás no le soportarán, o ha suspendido a todos y a mí me ha regalado un curso gratuito de su filosofía de la historia. «A mí me interesa infinitamente más. ¿A usted no le pasa lo mismo?» La nariz cambia de rumbo y pierde la gota que colgaba en su punta al dejarse caer a mi lado su dueño, «Puede que sí, pero ahora no me interesa nada de nada», y él, sin hacerme caso, mueve su lengua dentro de la miel que parece llenar su boca: «¿Sabe lo que decía Hegel?» «¿Quién?» «Hegel, el inventor de la dialéctica.» «¿Sobre qué?» «Sobre la experiencia humana: la historia enseña que el hombre no aprende nada de la historia.» «Pues ya enseña algo.» «Y ¿quiere que le diga lo que pienso yo? Que el hombre es el único animal capaz de creer que está construyendo el paraíso aunque se esté destruyendo a sí mismo. Mire, estaba preparando una historia

al revés. La iba a llamar «contrahistoria» porque no dejaba títere con cabeza. Iba a empezar diciendo que mi libro hubiera podido consistir en unas quinientas páginas de color rojo y otras tantas manchadas de pus, pero como no quería comenzar por el final... Por ejemplo, vamos a coger uno de los períodos que más he estudiado, el Renacimiento, eso que los beatos llaman una floración del espíritu y que les hace babear con Miguel Ángel, Rafael, el Bramante, etcétera, etcétera. Una floración abonada por cadáveres, por ese bestia de Julio II, y los Borgias, y torturas y asesinatos, bellaquerías, crueldades, traiciones, matanzas... Y Napoleón, ese enano que por un lado decía que el mal sólo era excusable cuando era absolutamente necesario y por otro que le importaba un pimiento mandar a la muerte a un millón de hombres... ¿Y qué me dice usted de esa paparrucha del progreso? ¿El progreso de qué? ¿Y hacia dónde? Unas veces para adelante, otras para atrás, otras ni para adelante ni para atrás. Y venga sangre y venga sufrimientos: la guerra de los cien años, la guerra de los treinta años, ese fraile siniestro que era el mentor de Richelieu, el Imperio romano, el Imperio español... Dígame, ¿a quién le han aprovechado seis o siete mil años de sufrimientos?»

Y se levanta y ya tiene otra gota en la punta de su nariz. ¿De dónde le saldrá tanta negrura? Pero ya está nuevamente aquí. «Llevo diez años con esta obra y ¡ya ve usted! Ahora, aquí a esperar mi punto final.» Se marcha otra vez y yo pienso que le perdieron los libros y que a mí, en cambio, me salvaron los míos y la suerte de que estuviera Espinel en casa y tengo una visión fugaz de los dos, uno con sus gafas y su cazadora azul y el otro con su pistola y la pelusa que cubría su cabeza. «¿Rezamos?», propone el seminarista. Y rezamos.

Veo a mi madre con el sombrero del que cuelga un velito que es el último reducto de su coquetería, y a mi padre que aún tiene su bastón y su sombrero gris en la mano. «¿A dónde vas?» El acaba de entrar y ella se prepara para salir. «Hoy no. Hoy hay milicianos armados.» A ella no le importan los milicianos; qué pueden hacerle a una pobre vieja. «Han matado a un hombre en el Buen Suceso», dice él dejando el bastón y el sombrero sobre el arcón, y cuenta que sonó un disparo y se produjo un alboroto a la entrada, que se dio cuenta por el ruido y, sobre todo, porque el monaguillo, de espaldas al altar y de puntillas, miraba hacia la pila del agua bendita y tiraba de la casulla al sacerdote para llamarle la atención. Y entonces vio un hombre en el suelo, junto a la pila, y la gente saliendo y unos milicianos con escopetas avanzando hacia el altar. «Han cerrado la iglesia y han puesto una guardia en la puerta de entrada por Princesa.» Mi madre se sentó en una silla, se quitó el sombrero y enseñó la pequeña calva que tenía entre la frente y la coronilla. «¡Qué horror!» «Y tú, ¿dónde vas?» El coronel me cogió por un hombro en el momento en que me ponía la chaqueta. «No salgas, hijo, por el amor de Dios.» Me tiré de las mangas de la camisa y me arreglé la corbata. «¿Y tu hermano?» «En el regimiento. Anoche no pude convencerle para que

no volviera.» «Tenía que volver.» Y yo, con mi madre agarrada al cuello y su mejilla contra la mía, repliqué: «No, padre, no tenía que volver porque no estaba de guardia.» «¡No salgas!» Miré su frente y sus ojos endurecidos y me eché a la calle.

El sol caía de tal forma que parecía que la ciudad con sus casas, sus postes del tranvía y sus kioscos de periódicos iba a convertirse de golpe en una llamarada. Los periódicos repetían las noticias de la radio: «Huelga general en todo el país para demostrar la adhesión al Gobierno de las masas trabajadoras.» La Marina con el pueblo, los ferroviarios luchan en Valladolid, las fuerzas leales dominan la situación en Valencia, la sublevación de Mola en Navarra. Todo esto por la radio del bar, bajo las miradas hostiles atraídas por mi corbata, mis pantalones planchados y mis zapatos veraniegos. Allí no era cosa de acercarse al teléfono. «¿El regimiento a caballo? Quiero hablar con el capitán Labayen.» Puse unas monedas sobre el mostrador, salí, con la cerveza fría que me había caído como un tiro sobre el café, y tomé un tranvía hasta Callao. En la plaza de España había más guardias de asalto y tres carros de combate en una esquina; el cuartel asomaba por encima de las copas de los árboles; los fascistas se habrían mezclado con la tropa y, entre ellos, los hijos del médico, incluso Juan y su hermano, que decía cuanto antes mejor, como la mitad de todos los españoles, como casi todos, contando a los que lo decían desde el otro bando. Sólo unos pocos, muy pocos, pensamos lo contrario, que se puede evolucionar, ir recortando privilegios, ir satisfaciendo aspiraciones sin acorralarlos.

Aquí están la Gran Vía y la academia de Pedro Martínez. La llave al portero. El cuartel de Campamento está comunicando o han cortado la línea. Desde la ventana se veían los guardias de asalto custodiando la entrada de Radio Madrid y, más allá, frente a la Telefónica, dos camiones con una ametralladora cada uno, y todo tan pequeño que parecía una maqueta para jugar a las revoluciones. Dos llamadas más a Campamento, sin resultado. Asoma por un instante la cabeza de mi propósito de hablar con el otro y la aplasto de un pisotón y marco el número de ella, y nadie lo coge.

Me siento en el sillón desde el que Pedro preside las clases. Frente a mí, al otro lado de la mesa, está la butaca donde se sentó el primer día que nos hicimos el amor; a mi izquierda el armario que le sirvió de espejo, en cuyo cristal ronda aún el destello de su melena; bajo la ventana, el sofá de cuero en el que apenas caben dos personas, demasiado corto y estrecho. Rememoro su voz anhelante contándome que su madre era una rusa de origen italiano y su padre un ingeniero español que trabajaba en una mina en los Urales, que conoció al otro en Asturias, donde era capataz de otra mina de una compañía francesa, que se casaron en parte porque le deslumbró, en parte porque necesitaba seguridad, porque el padre acababa de morir, aunque lo que encontró no fue lo que buscaba sino lo contrario: zozobras, desapariciones, ausencias, viajes inesperados. Nada era como parecía; no se llamaba Norte sino Sáez y tampoco

estaba segura de que se llamara así. Recordé su boca que se curvaba por las comisuras de los labios y que hacía tan cambiante la expresión de sus ojos de los cuales uno era verde y el otro azul. «Yo nací en los Urales», dijo, al comenzar, y yo, empapado de ella, pensé que nací el día en que nos vimos por primera vez, en febrero, en un albergue de la Sierra. Y entonces pude oír otra voz que no era la suya: «¿Quién es?» Y en seguida, que se ha marchado a ver a su madre. «¿A San Rafael?» «Sí, señor. ¿Quién la llama?» Colgué y volví a la calle, formulándome la queja de todos los enamorados: que yo pensaba en ella más que ella en mí porque no se haría quedado para plantearle a Norte nuestra situación. El cielo estaba tan blanco que cegaba, el sol se derretía sobre la ciudad y parecía que se había olvidado de seguir su curso, los camiones y las ametralladoras hablan dejado de ser una maqueta. Hubiera debido llamar otra vez a Campamento; aún podía acercarme al Ministerio de la Guerra para interesar a Langa, para preguntarle, o para que hablara con Miguel, pero estarían cortadas todas las líneas. ¿Y qué podía decirle? Ni siquiera le dejarían hablar, le habrían encerrado. Pasé junto a los guardias de la Telefónica, junto al hotel Gran Vía, crucé la calle de la Montera; vi una columna de humo subiendo y manchando el cielo blanco.

—¡Manos arriba!

Dos hombres, los dos muy morenos, se habían plantado delante de mí; uno me apuntaba con una pistola y el otro se acercaba, procurando alejarse de la recta entre el cañón y yo, y gritaba que más altas, más altas, y me pasaba las manos por todos los bolsillos, palmeándome, registrándome con avidez, y el otro: «¡No te me pongas delante!» Los dos estaban estrenando una emoción que les emborrachaba; de perseguidos a perseguidores, de débiles a fuertes; toda la vida corriendo ante los guardias y ahora haciendo de guardias. «¡Este tío no lleva nada!» El de la pistola bajó el brazo y se secó el sudor con la manga de la camisa. «Circula, date el bote», y detrás de mí: «Ahora yo apunto y tú cacheas.» «Ni hablar. Todavía me toca a mí.» Subo por Carretas hasta Atocha y la iglesia de San Sebastián, que era la que ardía, está rodeada por una barrera de ¡camisas azul claro de las Juventudes Socialistas Unificadas que contenía a los curiosos; en la misma calle, cuesta abajo, hay otro incendio en la iglesia de San Nicolás; griterío, canciones: L«Si los curas y los frailes supieran la paliza que les van a dar», las puertas rezuman resinas y barniz y dejan escapar pequeñas llamaradas y un ruido como si estuvieran friendo churros en una sartén tan grande como una plaza de toros, «...cantando: Libertad, libertad...». «¡Anda, rubiales, canta tú también!» Unas muchachas con las mismas camisas azules, descaradas, sudaban, bailaban, me envolvían en sus olores, me empujaban de unas a otras hasta que conseguí escabullirme, y me alejé y a casa, a través de las mismas calles en las que quedaban los restos de un domingo hecho pedazos; una cola en el solar de donde salían los autobuses para la piscina del Canoe, gente en las terrazas de

los cafés, bajo los toldos de lona, familias de excursionistas con sus cestas que bajaban a tomar el tren y miraban con curiosidad a los trabajadores armados y a los guardias con monos apostados en las esquinas. Hacia el parque del Oeste, a lo largo de la Princesa, el aire tremolaba como una bandera invisible.

También mis padres habían llamado a Campamento sin resultado, mi madre no podía estarse quieta y mi padre, en el sofá, agitaba su pierna derecha sin descanso. Había estado Ripoll, el del otro piso, y había contado que se había formado un Gobierno de concentración nacional, que había durado unas horas, y otro después, cuyo presidente había dirigido una alocución al país aceptando el reto del fascismo. Laura había llamado y tampoco sabía nada de Miguel, Juan estaba en la cama, con la resaca de anoche y Jacobo... Habían pasado muchos guardias civiles en camiones, el *ABC* traía la noticia de la sublevación de África, el coronel puso Radio Sevilla, Radio Córdoba, Radio Valladolid; el ejército había declarado el estado de guerra. Comimos una comida de domingo pero sin Laura, sin Juan, sin Miguel, sin Jacobo y sin el helado que solían traer los dos primeros: consomé frío, menestra, ragout y melón. Mis padres se esforzaron en tragar bebiendo después de cada bocado. «¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasará? ¿Dónde estará Miguel?» «Miguel está donde debe estar.» Ya no se acordaba de anoche, de que cualquier cosa menos artillero. Ahora le roía la inquietud y, después de comer, volvió al sofá, a balancear la pierna y a meterse en la boca una de las puntas del bigote.

—Están locos si creen que no van a encontrar resistencia —dijo Arango en el café, encendiendo su puro, mientras Sanabria derretía el almidón de su cuello y Pedro Martínez mojaba terrones de azúcar en su coñac. «¿Resistencia? ¿De quiénes?» «Han repartido armas entre los Sindicatos.» El puro dejó la boca de Arango, redonda como la de un niño al que le quitan el biberón de repente, y nos miró, como provocándonos. «¿Cómo lo sabes?» Para eso era periodista y tenía relaciones por todas partes. En Barcelona los obreros luchaban contra las tropas de la guarnición que se habían echado a la calle, se nos venía encima una guerra civil que duraría por lo menos dos meses, pero que, de todas maneras, sería una mierda de guerra civil, porque los españoles somos una mierda. Había en su voz inflexiones relamidas que ponían un toque de ridiculez en ella, que compensaba su aire de superioridad irritantemente justificado: «Somos un pueblo de enanos, por constitución, porque no llueve bastante, porque tuvimos la desgracia de que los árabes nos invadieran, por ocho siglos de guerra que han producido unas aberraciones en nuestra idiosincrasia que ni nuestros nietos conseguirán enderezar... Ni un solo científico, ni un solo político de altura, ni siquiera un asesino de postín, como Landrú o Jack el Destripador.» Silencio, otra chupada al puro, otra vez la boca como la de un niño a quien le quitan el pezón o el chupete, y una especie de coda final: «Ya veréis, ya veréis la que se nos viene encima.» Y Sanabria, «La que nos echan encima, que no es lo mismo. Y está por ver

que esto no sea una cuartelada más y la ocasión de dejarles a nuestros nietos resuelto el problema, aunque haya que acabar con los privilegios y con los que los tienen». Y yo: «Pero ¿es que no se puede evolucionar? ¿Es que no hay sitio para los que no queremos ni lo uno ni lo otro?» Y Arango: «No. Y a ver si te enteras del país que pisas.»

Como de costumbre andaban por allí Jesús Hernández, con su pelo rizado y sus gafas, y Antonio Mije; los dos juntos salieron a la calle, al Partido, muy cerca, detrás; y José Díaz en la puerta, con su cara enfermiza y honrada y todos a la calle de la Estrella, donde estaría el otro. Pero ¡qué insensatez! Una locura. Una locura y encima una humillación que me pareciera una locura. «Las derechas cerriles y las izquierdas ineptas... Mirad a esos tres. ¿Tienen cara de Lenin o de Trotsky? Tres grullas, tres desgraciados...» «Por lo visto, el único que se escapa de la mediocridad eres tú.» «Y cuatro o cinco más, a lo sumo.» Mirada de envidia de Pedro Martínez, el último terrón: «Tú siempre acabas presumiendo.» «Vamos a echar un vistazo...»

El cielo estaba rojo por encima de la cúpula de los Carmelitas. Nos rodearon cinco milicianos de los que ya tenían fusiles y el carnet de Arango nos sirvió a todos. De la estación del Norte vino el silbido de una locomotora y lo sentí como si me pasaran un cepillo por una herida en carne viva. Una docena de metros más abajo otro «¡Arriba las manos!» de unos muchachos de la edad de Andrés, de los de las escopetas de caza; miles y miles dispuestos a dejarse matar y yo no me había atrevido a ver al otro. «Más le vale quitarse de en medio, Los fascistas se han concentrado en el cuartel.» Subimos, subimos entre los árboles, nos separamos: Pedro subió por la calle de los Reyes, apretando el paso, con su fealdad corrosiva, su mujer medio tonta, sus hijos, las fincas y el dinero de ella que se gastaba comprándose trajes caros, el último modelo de radio, paraguas ingleses. Arango era lo contrario, se quedó con los guardias de uno de los carros blindados y Sanabria echó por Bailén.

En casa, Orestes, el asistente de mi hermano, les contaba a mis padres una historia de unos cerrojos que Miguel y dos sargentos habían quitado de los fusiles. El coronel estaba indignado; era mentira, su hijo no hubiera hecho eso nunca, ¡dejar indefensos a sus compañeros! «Mi coronel, lo he visto, que lo he visto yo mismo, que les he ayudado a sacarlos en un perol de la cocina y a tirarlos a un pozo negro...» Ahora dudaba, ya no estaba tan seguro de que hubiera elegido el bando que debía elegir y no el contrario, el que eligió las otras veces. «No me lo creo. Eres un embustero y un mamarracho.» «Mi coronel, por la salud de mi madre, le juro por la salud de mi madre... ¡pero si les he ayudado yo mismo!» «¿Cómo has salido del cuartel?» El capitán y un sargento, el capitán le había mandado venir y el sargento... «¿Por dónde has venido?» La cara de Orestes tenía una expresión de inocencia ofendida y mi padre el verdugón en la frente. Había tenido que dar un rodeo por detrás de la Casa de

Campo, se había pegado sus buenos doce kilómetros, por Húmera, por Pozuelo... «¡Mentira! Mírate las botas. Ni una mota de polvo. Tú no vienes del cuartel ni has visto a mi hijo.» Y Orestes, sin inmutarse, añadió que anoche hubo jaleo en la puerta principal, que se acercaron unos paisanos y uno de ellos se empeñó en entrar porque tenía que ver al coronel y echó mano a la cartera y el sargento le pegó un tiro creyendo que iba a tirar de pistola. «Y fuego resultó que era un teniente coronel de zapadores.» Y el coronel: «Mamarracho, ¿pretendes que me crea ese cuento?». «No, señor, no es un cuento, me lo dijo el capitán y dijo también que era el muerto que inauguraba la guerra civil.» Nos miramos; parecía verosímil, pero ahí estaba lo malo de Orestes, que todos sus embustes eran verosímiles; era un virtuoso de la mentira aunque se enredaba a veces por ganas de hablar. «Anda, anda, márchate. Tomás, dale dinero para que vuelva a Campamento o a su casa o a donde quiera.»

Nos quedamos solos los tres, sintiendo juntos el peso de la inquietud y del domingo destrozado, agonizando y haciendo llegar por el balcón sus estertores. Más amadas a Campamento, y el timbre precediendo a Ripoll, el catalán que vivía en el piso de al lado y que no había perdido su acento aunque llevaba en Madrid tantos años como nosotros. «Las cosas van mal, han armado a los Sindicatos y a los partidos obreros, los *militares no se desiden a* echarse a la calle, y el Cuartel de la Montaña está rodeado de *fuersas* del Gobierno y de *milisianos*, hasta de tanques.» Sacó un pañuelo con el que secó el sudor de la frente y del cuello; su cara estaba formada por bolsas, bolsas bajo los ojos, a los lados del rostro como un San Bernardo, bajo la barbilla, donde le hacían una doble papada. «Ya se han sublevado en *Valladolit*, en Córdoba, en Pamplona, en la misma *Barselona*, en Burgos...» Unos disparos y salté hacia el balcón, y me recibieron las luces y las sombras de los árboles por las que desapareció Miguel. «Ahora no ha sido un camión», dijo sombríamente mi padre. «De *milisianos*, don Fernando, de *milisianos* todos los que *ustet* quiera.» El pañuelo al cogote, mi madre en el borde de una silla, con las manos juntas, con el temblor de cabeza. «Va a ser tarde... Va ser tarde... cuando se decidan. Los van a encontrar preparados y no les permitirán salir. Y encima, con la tropa minada por la propaganda. ¡A lo que hemos venido a parar! ¡Si ya lo decía yo! ¡A bocados, igual que fieras!» El perro ladraba desde el balcón. Sí, a lo que hemos venido a parar, a lo irremediable. «¡Y con el odio que hay!» Ripoll habló de ese chiquito cojo de la portería que había saludado con el puño cerrado y con una cara que le quería matar. «También está envenenado, pero el pobre bastante tiene con su cojera.» Andrés, Miguel, Luisa, Juan, mis padres, el otro, Laura, Jacobo, Monroy. Un bieldo enorme nos iba a aventar, nos iba a lanzar a lo alto a todos.

—¿Rezamos, señores? —repite el seminarista.

—Reza tú por nosotros, que lo harás mejor.

El estudiante ha terminado y se abrocha la bragueta. Luego se tiende en su sitio,

cruza las manos bajo la nuca y se despereza. «Eso es, reza, abre el paraguas», dice el profesor de historia, y el seminarista le mira con recelo sospechando que no es un paraguas sino una falta de respeto que no está muy alejada de una blasfemia; después, se santigua, mueve los labios rezando y el fervor le hace poner los ojos en blanco y cerrarlos subiendo los párpados inferiores como las gallinas. «¿Por qué pones esa cara?»; y el seminarista, pronunciando con convicción, continúa su rezo: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...», tratando de darle el tono que corresponde al sentido. Y yo me noto plantado como el poste indicador en la encrucijada que me hizo tomar el camino que termina aquí, ante la cazadora azul y la vigilancia descuidada del albino; y revivo la escena y mis reacciones, la boca seca de tanto hablar y los sudores y el frío interior que me producían los zarpazos del de las gafas. «Profesor, ¿querría explicarme eso del paraguas?» «Pero ¡qué tonto eres, cura!» «¿Cómo? ¿Qué paraguas?»; y el conde: «Usted sabrá. Eso es lo que le pregunta el muchacho». «Sí, antes me dijo...», «¡Ah, ya! Ya recuerdo, Pero el caso es que... Bueno, más vale dejarlo.» Y me mira y se sonríe, y llega a reír, alzando su pico hacia el techo, porque aquí también se puede reír, aquí hay tiempo para todo, y para nada, para que el capitán se levante, se dirija al cubo y vacíe sus intestinos por tercera vez, para que el estudiante y el conde hablen de enfermedades, para que el viejo fregotee su plato, para que me duerma y me despierte y tope conmigo mismo como si topara con un muerto y encuentre un silencio tan grande que parece atronador, y suenen cinco o seis disparos. Un miliciano: «Amaro, ¿has oído? Parece que están de verbena.» Mendoza se B estremece, masculla, se incorpora, se frota los ojos. «¿Qué pasa? He oído gritos.» Nada, que están hablando esos de la guardia, que están de verbena.» «La verbena la van a tener cuando tomen Madrid», y se rasca, primero con ferocidad, luego más despacio, más despacio, hasta que se duerme y ronca. Y yo debería desear que tomaran Madrid, me libraría del paseo, de la espera, de la puerta, de oír mi nombre... «Amaro, ¡Amaro! ¡Ya están otra vez!» Más disparos, el repiqueteo de las ametralladoras, un espesamiento de las descargas. Amaro comenta que está movidita la noche, el otro que otras noches ha estado peor. «¿No tendrás miedo?» «¡Tu madre! El ladrón se cree que todos son de su condición.» «Sí, pero bien que corríste en Navalperal.»

Y el estruendo crece, y ya no me encuentro aquí, sino en mi cuarto, oyendo los cañonazos, los disparos de los fusiles y la voz de mi madre: «¿Qué es eso?», y otra, otra que sube de la calle: «Han disparado contra un camión de milicianos.» Pienso en mi hermano y en los Bonilla. Mis padres y yo nos encontramos en el comedor, nos miramos, nos dirigimos al cuarto de estar, ella llorando, mirando al techo como si viera en él una imagen a la que rezar. Más cañonazos, nos precipitamos al balcón. «¡Ay, Dios mío! ¡Señor, Señor! ¡Mi hijo!» Todos los balcones están abiertos, la gente mira hacia el comienzo de la calle. «¿Dónde es eso?» «¡Cualquiera sabe!» «¡Dónde

va a ser! Ahí mismo, en el Cuartel de la Montaña.» «O en el del Conde Duque.» «O en los dos.» El sol no había salido aún, había una luz lívida y soplaban un poco de viento, hacía menos calor que la noche pasada y los hierros del balcón estaban fríos. El perro de la casa de enfrente ladra, aparece Petra con su cabeza llena de tufos, abraza a mi madre. «¡Quitaos del balcón!», dice mi padre. Ya está saliendo el sol y los cristales de los últimos pisos lanzan sobre nosotros sus reflejos. Adiós pasaportes. Mi madre se pasea iniciando unos rezos que no llega a terminar, el coronel se ha hundido en su sillón y balancea la pierna sin darse cuenta de que se le ha caído la zapatilla. «Fernando, haz algo, ¡haz algo! Llama a alguno de tus compañeros en activo.» Mi padre me mira, pensando que para qué va a llamar, pero se levanta y se dirige al despacho con un pie descalzo, decidido a llamar porque es preferible hacer cosas inútiles a no hacer nada. Ella se sienta en el taburete del piano, con un retrato de Miguel en el que el fotógrafo ha enderezado su nariz. En Campamento estará sucediendo lo mismo, deben estar sitiados todos los cuarteles. El tiroteo se encrespa, se hace compacto, sólido. «Nada, nadie sabe nada. ¡La radio! Petra, pon la radio o tráetela aquí.» Y la radio sigue transmitiendo las mismas noticias confusas sobre el fracaso del movimiento subversivo, la lucha en Valladolid, la rendición de las guarniciones de Sevilla y San Sebastián, la Escuadra que sigue leal al Gobierno legítimamente constituido, y una sublevación de los moros contra los militares sublevados. «Pero, ¿y aquí? ¡Mentiras, todo son mentiras para desmoralizar! Petra, llévate este trasto al comedor.» El tiroteo se apaga y entonces se oyó gritar a los sitiadores y aumentaron los gimoteos de Petra y de mi madre y los ladridos del perro. Explosiones que hacen tintinear los cristales de la araña. «Si fuera verdad lo de los cerrojos», murmuraba el coronel, queriendo creer a Orestes a costa de todo. «¡Fernando! ¿Son cañones?» «Sí, pero no parecen los de su regimiento.» ¡ Abrió el balcón, escuchó y dio su diagnóstico. «Quince y medio y otro de menor calibre. Tres, en total.» Cierra el balcón y da unos pasos, vuelve a abrirlo y a escuchar. «No sé. Hay uno que suena a siete y medio, pero no es posible que sean los del regimiento a caballo.» Ahora están sentados los dos en el sofá, él con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos y ella f con un rosario, con sus temblores de cabeza, su calva... Dos ruinas que se caerían pero que aguantarían las peores noticias de: Miguel. Yo me dije que no estuve acertado, que debí seguirle, o retenerle, «¡No tengo tranquilidad para quedarme aquí!».

Me visto, bajo a saltos la escalera, mi padre y mi madre gritan, corro calle de la Princesa abajo hasta Alberto Aguilera, me detengo, me ato los cordones de los zapatos y vuelvo a correr. Pero ¿por qué corro yo? Sigo corriendo hasta la esquina de la primera transversal, me detengo otra vez porque miraban al cielo, a un avión que describió una curva y que desapareció de nuestra vista, al tiempo que oíamos las bombas y volvíamos a verlo subir. Continué mi carrera hacia las columnas de humo y

polvo que señalaban el sitio donde habían caído, dejando atrás los comentarios, las posturas y los ademanes de los que me adelantaban o se cruzaban conmigo; un hombre con una corbata chillona y un paquete hecho con periódicos, los zapatos de otro en el momento en que ambos estaban en el aire, una cara con una expresión ausente, sorprendida, un mechón de pelo flotando sobre una cabeza inclinada y hundida entre los hombros. El avión, encima de mí, se lanzó en picado otra vez; nuevas explosiones, una ametralladora pesada reemprendió su tableteo, sonaron descargas punteadas por algún cañonazo que no se sabía si provenía de los de dentro o de los de fuera, de los sitiados o de los sitiadores.

Bajé por la calle Evaristo San Miguel y oí un grito, como una advertencia, procedente de un portal en que había milicianos y fogonazos. Y por volver la cabeza, pisé el bordillo de la acera y los adoquines se levantaron hacia mis manos, mis codos y mis rodillas. «Pero ¿a dónde ibas, atontado?» Veo unos pies, me cae una voz desde arriba que pregunta si estoy herido y, a continuación, una mano me ayuda a ponerme de pie tirando de mí y me lleva al portal. Estoy sudando, de la carrera y del dolor en el tobillo, que me he torcido, y tengo las mangas de la camisa pegadas a los codos. «A éste le han sacudido. ¿No has visto que ibas derecho al cuartel? Mira, mira esa ventana.» Otro detrás grita: «¡Tú, que te van a sacudir de veras!», mientras se intensifica el olor a pólvora porque los milicianos han doblado las escopetas para cargarlas y salen de sus cañones cartuchos rojos que todavía humean. Cerca de mi cara aparece otra juvenil, con pecas y un pelo rojizo y engrifado: «¿Qué ha sido eso? ¿Te han herido o te has tirado al ver el avión?» Yo me levanto el pantalón y me bajo el calcetín para verme el tobillo y, a la par, estalla un alarido de miles de gargantas que viene de la plaza y de los jardines, que se contagia a los del portal y los lanza a la calle como a mí mismo, aunque apenas puedo dar un paso porque el tobillo me duele como si se me hubiera roto un hueso. A mi derecha pasa corriendo uno con un maletín de viaje; en el suelo hay ramas y hojas de árboles y en la ventana unas manchas blancas de caras y, debajo, unos fusiles que brillan bajo el sol. Me van a dar, pueden disparar casi a quemarropa sobre mí. Alcanzo otro portal pero no puedo entrar en él porque comienza a vomitar milicianos. Más allá hay un parapeto hecho con sacos terreros y unos guardias detrás; el dolor me retiene, veo la torrecilla de un blindado y a un oficial delante del parapeto: «Métase aquí.» Y vuelven a preguntarme que si me han herido y a decirme que si estoy loco, que no me han dado de milagro, mientras yo enseño el tobillo y me noto pálido y saco el pañuelo para atármelo alrededor como una venda. Huele a hierro recalentado y a grasa, suena el ruido del motor, veo las escaleras por entre los troncos de los árboles y, más arriba, sobre las copas, la puerta principal y las ventanas del piso superior que sueltan fogonazos semejantes a los flashes de un fotógrafo. Un grupo de cincuenta o sesenta irrumpen en dirección a la escalera y el oficial les grita, haciendo bocina con ambas manos: «¡Al

suelo, al suelo, que no se han rendido! ¡Al suelo!» f Pero no le hacen caso, aunque lo repite cinco o seis veces, y se encoge de hombros y se echa la visera hacia atrás para rascarse la frente: «Nada, ni con un megáfono, ni aunque me oyeran. Se les ha calentado la sangre.» Llegan a los primeros peldaños, ala separación de los dos brazos de la escalera, uno cubierto de escombros y el otro despejado. Suben por ambos saltando sobre los cascotes, cayendo, levantándose, agachándose. «Han picado. Han puesto una bandera blanca en una ventana y han vuelto a disparar.» Otro grupo corre por el jardín que hay delante de la iglesia de los Carmelitas. «La han puesto los soldados pero la han quitado los oficiales y los fascista» Deben andar a tiros entre ellos.» Un hombre aúlla sujetándose el vientre con las dos manos, las escaleras han desaparecido bajo la muchedumbre, los cañones han cesado de disparar, se oyen los porrazos resonantes de una viga empleada como un ariete contra la puerta que da a la plaza de España, los milicianos corren por el césped, por los paseos y por las calles asfaltadas. El oficial de Asalto se baja el barboquejo de la gorra y saca su pistola de reglamento: «Bueno, muchachos, es nuestra hora.» Y se aparta para que pase el carro, soltando humo del motor; cruzan todos la calle, y el blindado va aplastando setos y rompiendo los alambres que protegen el césped; la ametralladora y la torreta se mueven buscando un blanco, los guardias se desperdigan y suben por los terraplenes mientras el carro asciende por una rampa lateral. El hombre que se sujetaba la barriga continúa aullando. Se me ha calmado el dolor aunque sigo sudando y tengo empapados el cuello de la camisa y el de la chaqueta y las sisas bajo los sobacos.

Me alejo cojeando mientras siguen oyéndose disparos, disparos para los oficiales y los fascistas con los que deben estar acabando los asaltantes del cuartel. Pasa cerca de mí un reportero del periódico de Arango, me mira, toma fotos de los jardines por los que aún trotan milicianos que se sujetan los gorros y se abrochan las chaquetas con los bolsillos abultados por los cartuchos, el fotógrafo aprieta el disparador, inmovilizando carreras, eternizando espaldas sudadas, cuerpos caídos en el patio, uniformes manchados de sangre de sudor, correajes, gorras de los oficiales. Sólo se le escapan los disparos y los quejidos y el ruido de dos aviones que van a bombardear el cuartel porque es lo que cuadra con la confusión. El aire, ardiente y atropellado, ha perdido la continuidad, como si se tratara de otro día distinto. Los aviones se limitan a echar octavillas que planean y se columpian sobre la plaza de España y las calles más próximas. Dos milicianos tropiezan con un seto por mirar la lluvia deshojas blancas; otro, que lleva un plato de aluminio colgando del cinturón, choca conmigo, me derriba, advierte mi expresión de dolor y me da la mano para levantarme mientras me aconseja que vaya al puesto de socorro. «¿Sabes dónde está?», y señala hacia el comienzo de la calle de Leganitos. En este momento veo un cañón entre los árboles y un sargento rodeado de milicianos con las caras resplandecientes de sudor y

satisfacción. Y veo también a Miguel en un caos de imágenes que me golpean las retinas: sus manos deshaciendo el pan y dando tirones al cuello de la guerrera, su frente que parece rodeada de nubes o que deja escapar las nubes que se forman tras ella, los cañones del regimiento a caballo y la carretera atestada de camiones con milicianos.

En Leganitos no había puesto de socorro, el tobillo me obligaba a cojear, no había taxis, ni tranvías, ni autobuses; a pie, Leganitos arriba hasta que se me deshizo el vendaje y me senté en la acera para atarme otra vez el pañuelo sobre un tobillo amoratado e hinchado, de suerte que ya no se veía el bulto del hueso. Y alpargatas, pantalones, zapatos, alpargatas; un par de estas se detienen ante mí. No llevo documentos, pero sí las fotos para el pasaporte, dinero, tarjetas donde dice que soy Juez de Primera Instancia e Instrucción de Madrid. Cualquiera les convence de que estoy más cerca de ellos que de los otros. Cojo el pañuelo del bolsillo exterior de la chaqueta y refuerzo el vendaje. Continúo la subida, cojeando, sudando, cojeando, sudando, parándome para sentarme en las sillas de las terrazas de los cafés.

El cielo amarillo deslumbra, los vencejos esperan a que pase el calor, la calle es un río de monos de trabajo, de vestidos raídos, de camisetas sudadas, de caras sin afeitar y melenas lacias y grasientas. Por Mesonero Romanos, por Valverde, por Fuencarral, por Hortaleza, por Montera, Clavel, Peligros. Los suburbios inundan el centro a millares. Antes los había visto de uno en uno, o en grupos de tres o cuatro, o de diez, a lo sumo, con motivo de algún desahucio, de algún delito, o en la cola del Monte de Piedad. Había un corro a la altura de Montera y un muerto en los adoquines vestido como yo, con chaqueta, corbata, zapatos blancos y castaños y hasta un pañuelo en el bolsillo del pecho. Le empujaban con el pie, le daban patadas, le llamaban cabrón, hijo puta, fascista, asesino; decían que había estado disparando desde la terraza del hotel Metropol. Me escurrí, cruzando a la otra acera, y pasé delante de la iglesia de San José, que estaban saqueando; habían sacado a la calle todos los trastos del culto, desde los bancos hasta un misal con su atril y un par de reclinatorios con iniciales; dos milicianos, con casulla y bonete y con los fusiles al brazo, hacían circular a los curiosos pero dentro, a pesar de la penumbra, pude ver a otro que se quitaba respetuosamente la boina y, a la par, echaba mano a un faldón bordado de oro que rodeaba la cintura de un Cristo. No se conformarían con los saqueos ni con las matanzas del Cuartel de la Montaña porque se mascaba y respiraba el odio, que surgía ahora pero que existía desde muchos años atrás y que era una acusación irrefutable, un enorme chancro que habíamos intentado curar con aspirinas y compresas calientes.

Una muchedumbre se agolpaba ante las verjas del Ministerio de la Guerra pidiendo armas y empujando las puertas hasta que cedieron y fui llevado casi en vilo por el jardín y la escalera principal hasta la entrada y por la escalera interior hasta que

me encontré en el despacho de Langa, que bramaba por teléfono. «¡Ni un cerrojo! ¿Me oyes? ¡Ni un cerrojo a nadie! Y si hace falta, los defiendes a tiros.» Unos cuantos se apelonaban ante el otro despacho hablando todos a la vez. Langa me vio, al tiempo que entraba un comandante: «¿Qué pasa? Espérame. No te vayas». La Academia de Ingenieros de Guadalajara se había rendido o estaba resistiendo, el teléfono oficial llamaba. «¿Oviedo? ¿Me oyes? Que se ponga en seguida. ¿Cómo que no está? ¿En una reunión? ¡Pues que salga de la reunión ahora mismo!», y en seguida, tapando el micrófono, le dijo al comandante que acababa de entrar: «Ese cabrón se está haciendo el loco para no comprometerse. ¡Menudo zorro! ¡Lástima! Porque es un hombre de talento... Todo sale al revés. Yo creía que conservaríamos Zaragoza y el mismo Oviedo.» Y volvió al micrófono: «¿Con el Gobernador civil? ¿En el Gobierno? ¿Que no le dejan salir? Manda todos los de Asalto que tengas disponibles.» Por la ventana veía, entre tanto, el Palacio de Comunicaciones y las copas de los primeros árboles del paseo del Prado. Detrás de mí había una chimenea por la que entraba el piar de los pájaros que debían tener en ella sus nidos. A mi derecha, Langa y sus teléfonos y sus gritos: Aranda no estaba en el Gobierno civil sino en el militar; una blasfemia, un puñetazo sobre la mesa, un golpe al colgar el teléfono, el comandante se secó el sudor y dijo, después de resoplar, que había que detenerlos, que había que acabar con ellos antes de que se echaran a la carretera y se nos vinieran encima... «Busca milicianos. Te daré todos los oficios que quieras... ¿Hombres? ¿Es que estás de cachondeo? ¡Como no vayamos el ministro y yo! ¿Has estado en Gobernación? Ahora mismo llamo. Que te den civiles o de Asalto y los mezclas con los milicianos y con tus hombres y te apañas como Dios te dé a entender.»

Apareció un teniente coronel de la Guardia Civil diciendo que se habían rendido los del regimiento pesado de Vicálvaro y que estaban ya en la Cárcel Modelo... «¿Cuántos hombres tienes?» «Una compañía.» «Pues a Gobernación, a ponerte de acuerdo con Lozano.» Entonces se volvió hacia mí con un gesto de disculpa: «Ven acá, Tomás, ¿qué ha pasado? No, no me digas. Miguel, seguro que Miguel.»

Asentí y soltó dos de sus blasfemias escatológicas, buscó la pipa y volvió a blasfemar y a preguntarme qué había pasado. Y mientras rellenaba la cazoleta, le conté nuestra conversación y mis esfuerzos por retenerle; mi voz se escurría por el pasillo de silencio precario que dejaban los pájaros de la chimenea y las voces del otro despacho y, a la par, reactivaba mis reproches por no haberle sabido convencer, por no haberle acompañado para forzarle a abandonar... «Sí, ha habido follón en Campamento, pero no sabemos qué ha sido porque no tenemos comunicación con el regimiento a caballo.» Se detuvo al acercársele un teniente de Asalto: «¿Qué? ¿El Cuartel de la Montaña?» Sí, el general y el coronel estaban a salvo gracias al blindado, pero el patio y el cuarto de banderas... «¿Cuántos?» «No lo sé. Casi todos,

porque otros se han suicidado.» Langa buscaba las cerillas y encogía los hombros y el teniente pidió permiso para volver. «¡Cierra la puerta, tú!» Y se levantó y encendió una cerilla. «Pero, ¿cómo no lo retuviste sabiendo...?» «¿Que cómo no lo retuve? Eso pregunto yo, pero al revés. ¿Cómo iba a retenerle, atándole de pies y manos?» Agitó los dedos para apagar la cerilla y asintió con la cabeza, moviendo ésta y, pasándose la mano por la frente, hizo, a la par, un gesto de exasperación que vaticinaba una nueva blasfemia pero que se disolvió en otro encogimiento de hombros. Se dirigió a la mesa, donde brillaban cuatro o cinco teléfonos, cogió el auricular de uno, del más distante, lo soltó, mordió la boquilla de la pipa, resopló en ella y acabó soltando la blasfemia al tiempo que sonaba un timbre, que no era de ninguno de los teléfonos que había a la vista sino de otro que estaba en una mesita auxiliar.

—¡A sus órdenes, mi general! Ahora mismo.

Hizo un ademán para que le esperara y desapareció por una puerta que debía dar al despacho del ministro. Me quedé mirando por la ventana a las palomas que revoloteaban dejándose caer desde las torres de Comunicaciones y los árboles del jardín en los que alborotaban los pájaros. Habría sucedido lo mismo que en el de Vicálvaro o en el de la Montaña. Los milicianos habrían asaltado el cuartel y habría habido otra matanza. La puerta que había cerrado el teniente de Asalto se volvió a abrir y entró por ella otro oficial con la cabeza vendada y el tricornio bajo el brazo. Yo recordé los cerrojos de Orestes en el perol y pensé que no habrían tenido más remedio que pegarle un tiro y que estaría tendido en el suelo, junto al perol, con una manta tapándole todo el cuerpo, a excepción de los pies. Langa, con su pipa: «Un momento, un momento», dice mientras me empuja hacia la chimenea y me hace saber que todavía no hay noticias, salvo que han bombardeado el aeródromo. «Vuélvete a casa con tus padres, ya te llamaré... Espera, voy a darte un salvoconducto con la firma del ministro y la mía para que no te molesten. Ya te llamaré.» Y yo, desencantado, defraudado: «Pero ¿es que no vas a hacer nada?» Miguel lo habría abandonado todo, hasta al ministro. La pipa señala el grupo que acaba de entrar, se me acerca, pone sus dos manos sobre mis hombros, se ensombrece su cara, blasfema con una ferocidad desolada. «¿Y qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? No tenemos ni un coche, ni siquiera el del ministro, ni un oficial, ni un sargento.» Me empuja hasta la salida y me aprieta con fuerza el brazo.

Subo por Gran Vía y veo que han retirado el muerto que había en la esquina con Montera; me cruzo con milicianos que levantan a la vez el fusil y el puño y obreros con sus familias y un aspecto siniestro y festivo a la par. Un fotógrafo callejero retrata a un matrimonio, la madre con el hijo en brazos, gorda, satisfecha, rezumando orgullo y sudor como una tinaja; el padre alto, con la cara alargada y caballuna como Pedro Martínez y Antonio Ruiz, con una camisa a rayas y una chaqueta azul; el hijo, un

niño de tres o cuatro años, sosteniendo una pistola del nueve largo mayor que él. Más milicianos con gorros de cuartel, cascos, guerreras, gorras de oficiales. El suelo está salpicado de proclamas, mi tobillo cada vez más hinchado, mi cara crispada por el dolor, el zapato con los cordones sueltos. Veo otro fotógrafo delante de dos hombres, cada uno con un fusil y una caja con cintas, y ambos con alpargatas, con pantalones de pana, camisas sin cuello y dos gorros con borla: «¡Un momento! ¡No se muevan ahora! ¡Un momento! Ya está.» Es una tortura la subida hasta Argüelles, apoyándome en la pared, caminando y sentándome, sentándome en la acera, entre las cajas vacías con cintas, y los cartuchos de las escopetas de caza.

Encuentro a mis padres en el despacho y a Petra llorando, balbuceando: «¿Lo sabes, lo sabes, *pues*, lo sabes?» Y lágrimas radiantes, abrazos, mi madre se muerde los labios y aprieta las manos y mira al techo: «¡Gracias, gracias, Dios mío!» El coronel me explica que acaba de llamar, que Miguel está vivo, que lo van a traer a la Cárcel Modelo, que Langa ha llamado, que está vivo. «¿Por dónde pasarán? ¿Por aquí? ¿No se le podrá ver? Has sido tú, ¿verdad? ¡Hijo, hijo mío! Fernando, quisiera verle.» Y de pronto advierte mi cara descompuesta y mis resoplidos. «¿Qué te pasa? ¿Estás herido? ¿Enfermo? ¡Tomás! ¿Qué te pasa? Ven aquí, siéntate, ven aquí.» Y yo entre los resquicios: «Nada, no me pasa nada. Me he torcido el tobillo, pero no es nada. Ha llamado Langa, ¿verdad? Y vive.» «Has sido tú, hijo, has sido tú. Gracias.» Es como un bálsamo que calma mi manía de echarme la culpa de todo cuanto me toca de cerca, como si no pudiera saciar nunca mi sed de responsabilidad. «¡Inés, Tomás, venid», prorrumpe el coronel, desde el balcón.

Salimos los dos, ella con el frasco de linimento en la mano y yo descalzo, a ver tres camiones con oficiales custodiados por guardias. «No veo nada, dejadme ahí, no veo nada con ese árbol.» «Es demasiado pronto, madre. Tiene que venir desde Campamento.» Y otra vez a las friegas que me daba en el tobillo. «¡*Ené, eso haserlo yo, señora. Como si sería que yo no...*» Mi madre se repartió entre la calle, por donde pasaría Miguel en un camión, y las recomendaciones a Petra y a mí: que debía acostarme, que no apretara demasiado la venda. El coronel conectó la radio para oír que el pueblo había abortado la sedición lo mismo en Madrid que en Barcelona, el linimento esparcía su olor penetrante por el cuarto de estar; el coronel cerró la radio, mi pie estaba vendado ya. Me acerqué al balcón y vi el cielo, que empezaba a enrojecer. «Ahora, la revolución.» Y yo hambriento, cansado, con sueño, el coronel exclamó: «¡Qué habrá hecho, qué habrá hecho!», en un tono de queja, que venía a dar por supuesto que habría hecho lo peor para él, empujado por la manía de cerrarse todas las salidas; un tono que evidenciaba que tenía los mismos barruntos que me barrenaban a mí: que primero se habrían opuesto, que nada de quitar los cerrojos, pero que después...

Más camiones, y todos al balcón; había poca luz y no habían encendido las

farolas, mi madre nos empujaba desplazándose a lo largo del balcón, diciendo que no lo veía, que no lo veía, y los camiones pasaban hacia la cárcel; manchas de color caqui y el brillo de los tricornios de dos guardias civiles que iban sentados en el techo de cada cabina, con las tercerolas sobre los muslos. Y los tres, los cuatro, buscamos sus hombros y su nuca hundida que producía una sensación de fragilidad; quizá era aquél con las piernas encogidas y la cabeza baja que iba sentado en el quinto camión, en el centro; pero pasaban demasiado de prisa, la penumbra crecía por momentos, las sombras de los árboles eran más extensas que las zonas de luz de las farolas recién encendidas; y seis, siete, hasta doce camiones más. Ninguno lo había visto, mi madre seguía esperando: «¿No vendrán más camiones?», mirando hacia Argüelles, sobresaltándose y volviéndose hacia la cárcel, hacia los mueras y los insultos que acogieron a los camiones: «¡Tomás, hijo, si te acercaras y pudiéramos saber si está ahí, en la cárcel!» Me empujaba hacia las fieras que levantaban el puño ante la puerta sin acordarse del tobillo que me acababan de vendar. Cogí el bastón de mango de plata del coronel. ¡Bueno! Un desagravio y un intento de probarme a mí mismo. Bajo las escaleras con el bastón en la derecha y arrastrando el pie para que no se me salga la zapatilla; los camiones se cruzan conmigo, ya solamente con tricornios y uniformes verdes, los curiosos se han desperdigado. Pero no me permitieron entrar, aunque, a la vuelta, preferí decirles que me habían enseñado la lista y que yo mismo había visto su nombre. Nuevos abrazos, lágrimas, «¡Gracias, señor, gracias, gracias!». Fue un alivio precario que duró un momento y que se disolvió en preocupación, en ¿cuándo le podremos ver?, ¿es verdad que te han enseñado la lista?, pero ¿y qué le pasará ahora? Y yo descubro que puede no ser cierta la información que le dieron a Langa y puede no estar en la cárcel. El perro inició unos ladridos y corrimos al balcón todos pero no eran camiones sino otro perro. Más tarde, apareció el vecino, con sus bolsas, su castellano en catalán, aunque sin una sola palabra en catalán. «*Miri*, don Fernando, me sabe mal *desirlo* porque no es mi profesión y no debo opinar, pero *tan di tiempo ensinados*... ¡Buena se nos viene *ensima*! ¿Y *dise* que en la *cársel*? Menos mal, en medio de todo ¿no le *párese*?» Su nariz se arruga al captar el olor de mi linimento. «No va a quedar sino en un desastre por falta de *preparación*, como siempre.» Suena el teléfono en el despacho y nuestra madre corre y se oye su voz, angustiada por la espera de una nueva noticia. Es Laura, que no ha podido llamar antes; Juan está bien, y también Jacobo. Y nosotros tenemos buenas noticias. Y yo contengo bostezos y acumulo deseos: que anuncien la cena, que me pueda acostar, que no me impida dormir el dolor en el tobillo, que Miguel esté en la cárcel, que haya fracasado... Hambre, cansancio, calor, el olor insistente del linimento. Un mosquito zumba sobre mi cabeza y me tapo con la sábana pero no soporto el calor. Luisa se ha borrado, yo estoy descontento de mí, inquieto, vejado por mis temores, porque no ha sido sensatez no haber ido a ver al otro. El mosquito consigue picarme y yo acabar con él

de un manotazo que deja una mancha de sangre en mi mano. La sangre pegajosa escandaliza en el pañuelo y se asocia a Miguel, después a recuerdos muy viejos, a Petra aconsejándole a nuestra madre que lo llevará al Cristo de Lezo que cura la tartamudez. Luego, me duermo. Y en cuanto me levanto salgo a comprar los periódicos de la mañana en los que vienen las listas de los detenidos.

—¿Por qué no quiere rezar?

El estudiante contesta que porque no tiene ganas, el otro dice: «¿No tiene miedo?» «Yo sí, pero no se me quita rezando.» El seminarista palidece y dice que a él tampoco. «Temo que Dios me castigue por pedirle que me salve la vida, cuando lo que le debo pedir es que me dé fuerzas. Pero si lo pido, doy mi consentimiento.» Yo entiendo estas complicaciones, esta lógica sin sentido, la comparto aunque de una forma menos ligada a la divinidad. «Yo hace tiempo que renuncié a vivir. Me he tragado la muerte y ya no rezo más.» El seminarista inclina la cabeza y apenas se pueden entender sus palabras. «Sin rezar, está más cerca de Dios que yo.» Una risa sarcástica del profesor de historia, una sonrisa forzada del conde, el viejo: «Allá nos andamos todos. Estamos poco más o menos igual». «Sí, con diferencia de horas.» «Parece que hablan ustedes de un horario de trenes.» «De la estación de llegada. A lo mejor no está tan mal.» «¿Dios mal?» «No, hombre, la muerte.» «Y Dios» y el viejo asiente y yo me encuentro con que Dios se me ha ido; sólo es un recuerdo infantil, un hueco que, a veces, se ha llenado, sin esforzarme en buscarlo, con los troncos aterciopelados por la lluvia, con una especie de levitación moral y, sobre todo, con la vieja sospecha de que existe otra realidad más fuerte que la de los sentidos. Pero también un problema que consentía todos los aplazamientos y que ahora ya no se puede aplazar y se ha resuelto solo, se ha configurado como un abismo tranquilo en el que caeré sin remedio o al que seré arrojado. «Es humillante», dice el capitán, subiéndose los pantalones. «Mañana me quedaré sin desayunar, a ver si es por culpa de esa pócima.» «¿Mañana? ¿Ha dicho usted mañana?» Es el profesor el que pregunta y vuelve a repetir «¿Mañana?» y Mendoza comprende, se abotona la guerrera hasta el cuello, se echa la manta sobre los hombros y se calla. El viejo le dice al profesor: «¿No se puede usted callar? Parece que disfruta recordándonos que no tenemos mañana.» Y vuelve a su sitio y pone en orden sus cacharros y sus tres novelas policíacas; envuelve todo en su toalla, se sienta y apoya la espalda sobre la pared de cemento. Y yo pienso que repetirá varias veces este ritual, siempre por el mismo orden, y que le pasará por la conciencia la sombra de los que murieron o mataron antes que él y que esa sombra no volverá a pasar, porque pensará en el momento de la comida, en el pan, en frotar el plato. «¿Otra vez escribiendo?», dice el profesor con la gota en la punta de la nariz. «Ya ve usted...» «Ninguno de los dos hacemos muy buen papel aquí. He observado que no reza nunca. Más aún, que se le escapan miraditas despectivas, y sonrisitas... O sea, que usted no es creyente. ¿Me

equivoco?» Su mirada salta por encima de su nariz y se clava en mis ojos. «Me parece que no está bien de la vista. No tengo ganas de sonrisas.» La gota se estira y cae sobre su chaqueta, uno de sus ojos lagrimea: ¿cómo se llama esta enfermedad, coriza? «Pero ¿me equivoco?» Contesto que no, pero que nada de miradas despectivas, inmediatamente rectifico y digo que sí y unos segundos más tarde que no lo sé y cada respuesta es recibida con una sonrisa y se acerca para dedicarme una cita con su voz viscosa: «Vamos, hombre, ¿a qué vienen esos tapujos conmigo? Le pasa lo qué a mí. Los dos estamos conformes con aquel que dijo: "Empieza a llover, el hombre tiene miedo a mojarse, abre un paraguas y lo llama cielo", ¿qué le parece?» Y yo digo: «Ingenioso», por no decirle que conozco la frase y el nombre de su autor. Y se queda chafado; esperaba más éxito, debe estar habituado a una corte de alumnos que le ríe las gracias. «Una frase como tantas otras» recalco y añado, casi sin querer, que el asunto es más serio que las frases ingeniosas, y él: «Conforme, pero fuera tapujos. Conque Hegel. Ni uno solo sabe aquí quién es Hegel, ni cómo se escribe, ni cómo se pronuncia. Y usted sí. ¿Por qué, quién es, qué hacía antes?». Y yo: «Soy juez, es decir, era juez.» «¿Juez? Lo último que se me hubiera ocurrido. Juez...» Claro, por eso conoce a Hegel, por su plasta jurídica.» «Y por un poco más. Tuve un profesor que nos hablaba de él y nos hizo ver la diferencia entre la naturaleza y la historia, pero luego soltaba a Hegel y nos explicaba ésta como una espiral que abarcaba también la naturaleza.» «Vaya, ya decía yo... Pues mire, no lo puedo tragar, es mi bestia negra en el terreno de la filosofía, que también es mi bestia negra en el terreno de las letras. Me enfurece su pasión por la oscuridad y todos esos camelos de que lo real es racional y lo racional real y de que la razón se aprovecha de la pasión para hacer de la historia un desarrollo lógico. ¡Lógico! ¡Las ganas! ¿Ha leído *Fenomenología del espíritu*? ¡La marcha del pensamiento hacia su propio objeto! Y eso de que lo espiritual es la esencia, o que existe por sí mismo... ¡Vamos!»

La hora de barrer me salva, el viejo pone la escoba en mis manos y me alejo del profesor que odia a Hegel; en este garaje debían encerrar el auto de más uso, y en los otros, enfilados con el nuestro, los demás. En frente, debieron estar las habitaciones de la servidumbre y hay un retrete, al que se entra por la última habitación. «Le toca sacar el cubo.» El viejo llena su tiempo hueco de estos detalles inocuos, de rutinas, de frotar el plato. Ya no me tapo la nariz, ya cojo el asa sin precauciones; salgo al jardín, inclino la cabeza y lo cruzo rápidamente para que no me pueda reconocer si da la casualidad de que está en el edificio principal, para que me siga olvidando, y regreso tan de prisa como he ido. El profesor ha terminado. Está en el polo opuesto que Antonio, que también sabe alemán y que es quizá el único que se ha tragado a Marx en España. La historia es un cubo de mierda, la historia es una espiral ascendente. Cualquiera sabe dónde está la verdad, y si hay verdad, y a mí qué me va ni me viene a estas alturas. Llega el rancho y se forma la cola a la puerta; el viejo frota como un

maniático su escudilla de aluminio, el estudiante tamborilea en la suya, el conde disimula un bostezo. Ya hemos oído que abrían la puerta del garaje de al lado y los golpes del cazo contra el caldero. Y patatas y lentejas, veinte lentejas y dos o tres pedazos de patata y mucho pimentón; el viejo come metódicamente, una cucharada, un pedacito de pan para masticar algo, la mirada perdida mientras mastica, la mirada al plato cuando acaba de tragar, otra cucharada y otro pedacito de pan... «Lentejas», dice el capitán Mendoza, «Y gracias», «¿Quién quiere mi ración?» El estudiante extiende su plato y Mendoza vierte en él las lentejas y las patatas. Después, cuando estamos fregando los platos y haciendo cola ante el grifo, suenan las sirenas y los milicianos gritan «¡Aviación, aviación!». El viejo sigue secando su plato, Mendoza lo lava someramente con la mano y un poco de agua y, a continuación, se rasca metiéndose la mano por la bragueta porque tiene *lens pubis* desde que le detuvieron. «¡Ojalá cayeran aquí! Sería una ocasión para escapar.» Pero las bombas y los aviones se alejan y Mendoza dice «¡Malditos bichos! Van a durar más que yo», mientras otro lamenta que no haya caído una bomba en el patio. «Habría reventado todas las puertas y...» «Y esta noche represalias.» «Entre la colitis y los bichos me voy a ir al otro barrio sin ayuda de estos hijoputas.» Imagino las represalias: las pisadas, los gritos «¡Afuera, afuera todo dios!», y todo dios afuera, empujando a culatazos hasta los camiones, y lo que quedará mañana de mí estará tendido en una cuneta, como los cadáveres de los primeros días. «Su colitis no es del café, capitán, porque eso no es café, sino bellotas tostadas y las bellotas... Tome solamente la corteza de pan y limpie el plato a conciencia.» El profesor estornuda, Ortega pregunta: «Por favor, ¿qué hora será?» El viejo se encadena a su manía de orden. «Las ocho media.» Extendemos las mantas en el suelo; hacia las nueve apagarán la luz o la dejarán encendida, porque éstos no tienen reglas. El tiroteo del frente se oye con nitidez, casi disparo a disparo. El capitán Mendoza rebulle, se levanta, exclama «¡No puedo más! Por las noches no me dejan un momento de respiro»; abre el grifo del agua, moja la mano en él, se refresca. «Así va a pescar un catarro de vejiga.» Se abrocha, suspira y vuelve a acostarse. «¿Y qué quiere que haga?» Silencio, el viejo es el primero en dormirse y el primero en roncar, el miliciano patalea para entrar en calor. Represalias; otras veces han bombardeado y no ha habido represalias. «¿Querrá usted creer que cuando estuve en la Cárcel Modelo me daban aceite inglés todos los días?» «¿Aceite inglés?» «Sí, un preparado contra las ladillas.» Me adormezco, tengo una visión muy aguda de un coche con los faros encendidos que se precipita sobre mí. Me despierto a tiempo de escapar del atropello, pero vuelvo a dormirme y reaparece el coche, ahora de caballos, en el que van el coronel, nuestra madre, Laura y Petra.

Las seis y media y mi madre está sentada ya en el borde de la silla que ha arrastrado al balcón para mirar las filas y filas de ventanas, una de las cuales es la de la celda de su hijo; pero todas son idénticas, con una reja en forma de cruz y, además,

están tan lejos que ni con unos gemelos... Pasan más camiones con guardias civiles o de asalto conduciendo más oficiales detenidos. Ahora, el coronel está junto a nosotros y sus reproches iracundos delatan su convencimiento de que él lo habría hecho mucho mejor. «La maldita improvisación, como siempre. Y la incompetencia, la peste de la chapucería y de la confianza sin motivo. Como si hubiera enemigo despreciable.» Laura ha hecho una escapada para vemos. «Mira, mira, hija... ¿En cuál estará?» Y, en seguida, mi madre me apremia para que llame a Langa, para que busque a Monroy, al cual han liberado los milicianos según dijo el periódico, para que hable con Antonio Ruiz, hasta con Andrés. Y mi padre y yo nos resistimos y le decimos que conviene esperar y no gastar las influencias hasta que llegue el Consejo de Guerra. Y ella insiste, repite que lo quiere ver y nosotros que estarán incomunicados hasta que les tomen declaración. Cientos de veces lo mismo. «Si no puedes andar, llámale por teléfono, haz algo, no te quedes quieto... Y tú, ¿no tienes ningún compañero de promoción que nos pueda ayudar?» «Es inútil llamar por teléfono, madre. Está comunicando siempre.» «¿Compañero de promoción? Pero ¿qué pueden hacer mis compañeros de promoción si están retirados todos?» Y yo me paso dos días sin moverme de casa con el pretexto del tobillo, aunque al tercero comprendo que es preferible salir, pase lo que pase. Y al Juzgado, donde no tengo nada que hacer salvo hablar con el oficial y mirar por la ventana más próxima al estrado. Dos jardineros riegan las zonas de césped de la plaza de París, hay niños en los paseos y mujeres con cestas que vuelven de la compra y, junto a la puerta lateral de la iglesia de las Salesas, un confesionario y un miliciano dentro, del que sólo se ve un puro que asoma horizontalmente y el cañón de un fusil apoyado en la puertecilla.

Me parecía que no había vuelto allí desde hacía meses, desde unas vacaciones en un país lejano, pero sentía el sabor aburrido de los lunes diciéndome que todo estaba igual: las mismas sillas que enseñaban sus muelles entre las patas, el mismo cordón rojo desteñido, y el mismo armario donde esperan a ser pasadas a máquina las sentencias de los mismos pleitos. Todo igual, pero Miguel estaba en la cárcel, había comenzado una guerra civil, se luchaba en Somosierra para cortarle el paso a los facciosos, la mayoría de mis compañeros no habían aparecido y yo mismo no acababa de saber por qué había venido; por costumbre, por escapar de casa y de mi madre, por restablecer la continuidad. No, no sabía hasta que vi el teléfono: había venido a llamar a Luisa para poder hablar a solas. Marco el número de su casa, oigo la señal de la llamada, la tozudez de la espera hace presa en mí como cuando nos citábamos y se retrasaba y tenía la sensación de que mi perseverancia la haría venir, de que sería premiado con su aparición; oiría el ruido de las ruedas sobre la arena del paseo, el taconeo escaleras arriba, la puerta abriéndose, y ella entraría, apoyaría la espalda en aquélla, sonriente, con el pecho subiendo y bajando... Pero esta vez el conjuro no serviría, porque no habría vuelto de San Rafael. ¡La agencia! Claro, la

agencia, la gestoría donde trabajaba y donde tampoco había quien cogiera el teléfono porque ¿qué se podía gestionar, qué pasaportes, qué instancias? Y lo mismo con Antonio Ruiz. Ni en su casa, ni en el Congreso, ni en el Ayuntamiento, ni en la Casa del Pueblo, ni en el Partido Socialista.

Suenan pisadas en el corredor, se abre la puerta de la mampara que está a mi izquierda y asoma Espinel, el oficial de lo criminal. «¿Ha visto usted?» «Sí, están locos.» «Menos mal que el sábado por la noche repartieron armas a los Sindicatos. Lo de Calvo Sotelo, un pretexto porque nunca se han conformado con las elecciones de febrero.» Lo mismo que Ripoll y mi padre pero al revés, lo mismo, iguales palabras. «¡A dónde hemos ido a parar! Si el gobierno hubiera demostrado más energía, si Largo Caballero no se hubiera opuesto a que participara el Partido...» Y las últimas noticias: la rendición de Goded, el general jefe de los sublevados de Barcelona que había hablado por radio, la rebelión de los marineros contra los oficiales en los barcos más importantes, el bloqueo del estrecho para cortar el paso a las tropas de África, la ocupación de Toledo por las fuerzas leales y la retirada al Alcázar de los sediciosos. «¿A qué ha venido usted?» Me muestra su dietario, y la carpeta de los sumarios con presos y me dice que a recordarme que tenemos que tomar declaración al autor del crimen del paseo de las Acacias. «¿El mecánico del destornillador? Pero ¿cree usted que vale la pena con todo este jaleo?» Se encoge de hombros, me mira, después hace un gesto de afirmación y me dice que hay que seguir, que cada uno debe continuar en su puesto. Y entonces, tengo una idea y corto sus palabras como de un tijeretazo. «¿Dónde está ese hombre?» «En la Cárcel Modelo.» Pienso que haciendo una pequeña trampa puedo ver a Miguel, se lo digo y no lo duda, ni deja que termine de explicarle mi plan. «Su hermano. ¡Claro! No crea que me había olvidado, pero no me atrevía a sacar la conversación. Vamos en seguida. Cuanto antes mejor.» Coge la carpeta, papel de oficio, un correa que dejó en una silla y una pistola. Yo *cojo* el bastón y los dos un tranvía. «Si le puede comprometer, o si le violenta... No se crea obligado. Yo no tengo ningún derecho a meterle en mis complicaciones familiares...» «No siga. Puede contar conmigo», me interrumpe, tan fervorosamente que se ruboriza y se cree en la necesidad de añadir, porque es verdad, que va a ser difícil conseguirlo por el miedo que sentirá el director de la prisión a que se enteren algunos de los celadores. Hacía un poco más de dos años que estaba en el Juzgado, no era su amigo sino su jefe, nuestras relaciones no habían ido mas allá de lo profesional, salvo en los días de las elecciones y alguna otra ocasión aislada. Flaco, con una nariz prominente y la palidez peculiar de los oficinistas, con la carpeta azul, la correa atravesándole el pecho hundido, la funda de la pistola, las rótulas señalándosele bajo los pantalones. «¿Y ese tobillo?», me preguntó. «Una caída el día del asalto al Cuartel de la Montaña; me eché a la calle por curiosidad y también por enterarme de lo que había sucedido en Campamento, pero no conseguí nada, ni siquiera hablar por

teléfono.» «¿Y esa pistola?», pregunté a mi vez. Y él sonrió y se puso colorado nuevamente. «Los compañeros, los amigos... Ni yo mismo sé por qué me la he puesto. No me pega nada, ¿verdad?» Llegamos ala cárcel; la petición despertó el recelo y las dudas del director pero el carnet de Espinel disipó uno y otras aunque se creyó obligado a disimular estas últimas: no, si no se trataba de que no quisiera sino de que necesitaba tiempo para preparar la cosa. «Muy bien. Prepárela, mientras le tomamos declaración al preso común», dijo Espinel, con una autoridad que me era desconocida. «A eso hemos venido oficialmente», añadí yo.

El director reparó en mi cojera se volvió obsequioso. Un celador nos condujo al locutorio de los presos comunes. «Nemesio Corzo García.» Espinel sacó de la carpeta el sumario y papel de oficio. Le íbamos a dar un buen susto al pobre Nemesio Corzo. «Por cierto, menuda mujer. Demasiada para un muerto de hambre.» Tuve una visión fugaz de la mujer, tendida de bruces sobre la cama, con la cara ladeada hacia la puerta, desnuda y con un brazo y una pierna colando, y vi también a Nemesio sentado en una silla contemplándose los pies. En una fracción de segundo se me ocurrió pensar que Nemesio podía ser Norte y Luisa la muerta, a la que el forense arrancó el destornillador de la espalda. «Tiesa a la primera.» Y he aquí a Nemesio, que tenía una cara pequeña y una frente abombada de raquíto, a pesar de sus manos y sus muñecas, el doble de grandes y fuertes que las mías. «Iríamos más de prisa si nos prestara una máquina de escribir. Siéntese.» Nemesio era una caricatura de Kant, un Kant oligofrénico pero con un cuello poderoso como base de su cabezón, unos hombros robustos y un uniforme de preso que le estaba estrecho y largo. Su mirada recelosa observó la máquina de escribir y se agudizó con las primeras preguntas: «Nemesio Corzo, ¿no? Nemesio Corzo García. Veintiocho años, mecánico...» Entretanto, el director estaría tanteando el terreno, buscando un hombre de confianza y un sitio. La voz pedregosa de Nemesio y su aspecto de homúnculo encendieron una reminiscencia fugaz de la compasión que despertaban todos ellos en mí, que había aprendido a sentir con los años y que nacía de la certeza, o de la aprensión, de que si no era como ellos no se debía a que fuera distinto sino... «¿Quiere interrogarle?» «No, hágalo usted. Ya les estaré oyendo.» Si tardaba, o si encontraba más dificultades de las previstas, repetiríamos la declaración; Nemesio sudaba, insistía en que le había contagiado una enfermedad de mujeres, hizo ademán de desabrocharse la bragueta. «No hace falta. Ya le examinará el forense.» Habló del coche del dueño del taller que salió disparado de una calle; esto era nuevo, le habían adoctrinado. «¿Cuándo? ¿De qué calle?» Lo mismo haría con Miguel el fiscal en el Consejo de Guerra. «¿Cómo explica su presencia en el cuartel si no estaba de servicio?» Nemesio se secó el sudor y se arrancó a empellones la respuesta de su cabezón: «De la calle de Ercilla.» Y Espinel: «Pero ¿cuándo? ¿El día que la mató?» Unos cuernos de su patrón, una blenorragia, y encima esto. ¿Y el director? Espinel le daba a la máquina, Nemesio

resoplaba, sudaba, sin acordarse de lo que los *chorizos* le habían aconsejado. «¿Hacia dónde se dirigió?» «¿Se qué?» «¿Hacia dónde se fue?» «¿Quién?» Como el fiscal, porque lo escogerían duro, o porque tendría miedo. Por la ventana podía verse la chimenea de la fábrica de perfumes en la que estaban pintadas las tres letras.

Apareció otro celador que no era el que nos trajo a Nemesio y la máquina. Espinel apresuró la lectura de la declaración. «¿Sabe firmar?» Una gota de sudor sobre la firma, un borrón, otra firma. Y el director dijo que nos veríamos en la enfermería, aunque muy poco tiempo, que estaba herido sin importancia y que le siguiéramos. Y Espinel, que no, que tenía que volver al Juzgado. Celadores que abrían las puertas, escaleras, una galería, otra puerta, una fila de presos con uniformes y monos, olor a desinfectante, una puerta mas, pintada de blanco, ante la que comenzaba la fila, y otra más allá: «Espere ahí.» La habitación tenía vitrinas con instrumentos, un perchero con batas y una mampara de madera reforzada por una tela metálica; por el montante abierto salía el borboteo de un cacharro hirviendo una jeringa o un bisturí y el olor penetrante del yodo, y por el cristal se veían las siluetas de uno de pie y otro sentado. Una exclamación, «¡Cómo escuece!». «Estése quieto.» Y Miguel, con el director y un celador más que tenía un bigote rojizo. «¡Doctor! ¿Quiere cerrar el montante? Hablen en voz baja mientras curan a ése. Usted sale cuando le avise el celador y usted entra en seguida en el botiquín.» Llevaba un brazo en cabestrillo y los pantalones de montar, pero con alpargatas en lugar de botas. Me apretó contra sí con el brazo sano, me hizo percibir el olor acre que le era peculiar y avergonzarme de la distancia que separaba su tendencia ala efusión y mi frialdad, se apartó de mí y se dio cuenta de mi zapatilla y del bastón: «¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes ahí?» Le di una respuesta rápida mientras me asaltaba el temor a que se nos fuera el tiempo en estas preguntas y, a la par, a que tuviéramos demasiado, tanto que no lo pudiéramos llenar, que no supiera qué decirle. Miguel no podía dominar los gestos que denunciaban su emoción y sus tartamudeos: el abrir y cerrar de los párpados, de la boca, un temblor de labios, de la barbilla. «¡Cuidado, cuidado, que se me ha pegado la gasa!» Un ¡ay!, breve, apretado. «¿Cooo... coomo están?» Y yo, arrancándome de su contemplación y arrancándome también las palabras: «Todo lo bien que cabe. ¿Y tú? ¿Es de importancia?» Un encogimiento de hombros seguido de un gesto de dolor y, con la cara descompuesta, dijo que sólo en su batería, sólo en su batería seis muertos, «¡Sssseis muertos!» Y yo: «Entonces, ¿tú también?» Y él: «Sssí, pppero no me obligaron.» Se dejó caer en una banqueta y yo me senté, y sonaron otro ay y una tapa de un bote metálico que cayó al suelo. «¿Que no te obligaron? No lo puedo creer.» Estuvo casi un minuto en silencio con la mano del brazo sano dándole vueltas al botón; advertí su intento de sobreponerse y le toqué la rodilla y ésta se estremeció como al contacto de un hierro candente. «Te he dicho que no lo puedo creer.» El respondía a mi insistencia con más silencio y encogimientos de hombros y

una expresión que se le escapaba y que se podía traducir por «Ni yo». Me preguntó por Juan y por Jacobo. «Perfectamente, están perfectamente los dos. Pero ¿qué ocurrió? ¿Qué te hicieron a ti?» «Nada, nada.» Una pausa, la frente y la nariz brillantadas por el sudor y el exceso de grasa de su piel. Al contrario; Solans quiso sacarle por una puerta del muro que no tenía centinela. Le dejaron hablar todo lo que quiso, Solans le sacó del cuarto de estandartes... «Nada, fui yo mismo»; y yo: «No me lo creo, no se cambia de manera de pensar...» «Listo. Duerma con la cabeza levantada.» Y el celador y el médico que gritan «¡El siguiente, rápido, rápido, el siguiente! ¿Quién es el siguiente?». Me apresuro a decirle que voy a hablar con Monroy, con Langa y con Antonio Ruiz y él, ya de pie, me pide que le mandemos los chismes de aseo, un cepillo y pasta de dientes, jabón, un peine, una toalla y otro cepillo para el pelo. Un murmullo de impaciencia nos viene desde los bigotes rojizos. Me da otro abrazo, pegando su cara a la mía y haciéndome sentir en mis manos su espalda sudada. «Sígame», dice el bigote rojizo.

Vuelvo a cruzar las puertas de hierro donde se queda el bigote y me acompaña otro afeitado que me lleva por las galerías, los pasillos y las escaleras que conducen al piso donde está el despacho del director. Y me encuentro en la calle. Lo he dejado detrás, pero sigo teniendo delante sus ojos empañados y sus pantalones de montar por cuyas aberturas laterales se puede ver la piel de sus pantorrillas. Tan poco tiempo, apenas tres o cuatro minutos que se han pasado en silencio y tartamudeos, y en la pasta de dientes y la toalla. Ni siquiera le he preguntado cómo le hirieron y quién le hirió. «¿Le has visto? ¿Es verdad que le has visto?» Las preguntas llueven sobre mí desde mi madre, desde Laura, desde nuestro padre. La primera se echa a llorar cuando le digo que está herido y se resiste a creer que la herida es tan insignificante que está levantado. El coronel: «Entonces, ¿no es verdad lo de los cerrojos?» Nuestra madre: «¿Dónde tiene la herida?» Laura: «¿Te ha preguntado por Juan?». «Tienes que conseguir un pase para que podamos verle todos.» «No puede ser.»

Tengo que explicarles que he hecho trampa, que le he visto gracias a que soy juez y que hay un detenido que nos ha servido de pretexto y que, aun así, sólo he estado con él unos minutos en la enfermería. El alivio se amustia con la preocupación y el ansia de verle y de saber más. «Pero ¿de verdad no tiene importancia la herida?» Repito que no, añado que lleva una venda en el brazo y que le molesta más la suciedad que la herida, que si ésta fuera grave le habrían llevado al Hospital Militar. «Claro, Inés, claro. Al Hospital Militar.» «¡Pobre hijo! ¡Con su manía por los fregoteos...!» Petra pregunta si se le puede llevar comida. «El rancho *del cárcel ni mirarse haser podrá.*» «Sí, hay que llevarle comida, como la otra vez.» Pero ésta es muy distinta. «De todas maneras, Tomás...» Y tengo que volver a preguntar, aunque me duele el tobillo y me intranquiliza la cárcel. «Y el libro de las *Sonatas*», dice Laura. Y se puso a revolver la estantería hasta que lo encontró. «Hay que comprarle

jabón y pasta de dientes y llevarle dinero.» Las *Sonatas*, encuadernadas en piel de Rusia negra que le trajo Laura de su viaje de novios, parecían un libro de misa. «Y la maquinilla y la brocha de afeitar.» «A ningún preso le dejan tener maquinillas ni navajas.» Toallas, pasta de dientes, las *Sonatas*, dinero, la comida preparada por Petra. Mi madre, con un cariño casi póstumo, hizo el paquete con todo lo demás. Hubo una discusión: «¿Qué ponemos en él?» «¿Ponemos capitán o ponemos nada más que Miguel Labayen?» Y el coronel «Capitán. ¿O es que no sigue siendo capitán?»; y Laura, «Mejor Miguel Labayen. He leído en un periódico que hablaban del ex general Fanjul y del ex sabio Miguel de Unamuno». «Yo también, y del ex poeta Pemán»; el coronel «¡Idiotas! Como si con un ex pudieran borrar del mapa a...». Y se calla; ha pensado que a Fanjul le van a borrar y no con un ex y que a Miguel le puede suceder lo mismo. Laura dice «Yo llevaré la cazuela». Y los dos bajamos a la calle y nos dirigimos a la cárcel; a mí me entorpecen el paquete, el bastón y el tobillo, que me sigue doliendo.

La ciudad se inundó de milicianos que recorrían las calles en grupos, en coches o en camiones erizados de fusiles y escopetas. Comenzaron los rumores de que se hacían registros y detenciones por quienes no pertenecían a la policía, aparecieron cadáveres en la plaza de España y en las tapias de los cementerios y las cunetas de las carreteras y yo tuve ocasión de ver los dos primeros, que descubrió un niño desde el tranvía: «¡Mira, mira, padre! ¡Dos muertos!», gritó, tirándole de la manga a un hombre de mi edad que iba medio adormilado y tenía las cejas blanqueadas por la harina. Todos los viajeros se apresuraron a asomarse por las ventanas y todos pudimos ver dos cuerpos inmóviles tendidos a la sombra de un seto.

Vuelvo al Juzgado porque, aunque no hay trabajo, debo ir para no significarme con mi ausencia; las patrullas piden la documentación a cualquiera que tenga aspecto de burgués y se hace un problema ponerse o no chaqueta o corbata o, incluso, zapatos. Proliferan los monos azules, los correajes con pistolas de todos los tamaños y los pañuelos rojos y negros o solamente rojos con la hoz y el martillo. En el café, el ambiente es sombrío y festivo a la par y hay una jovialidad precaria hecha de carcajadas escasamente convincentes, de risitas medrosas y de miradas que dejan entrever inquietud o, cuando menos, prevención. Arango nos obsequia con un relato de los acontecimientos en Barcelona y el valor de los anarquistas, al enfrentarse al ejército con bombas y pistolas, tan a lo vivo y tan detallado como si hubiera estado allí, sin separarse de Ascaso ni siquiera en el momento en que éste murió, al lanzar un camión contra las puertas de Atarazanas. Mi bastón despierta la curiosidad general y Pedro Martínez, bajando la voz y mirando a su alrededor, me dice: «Tú estás loco. ¡Echase a la calle y meterse en todo el fregado!» Pero Arango, siempre dispuesto a destacar, replica que eso no es de locos. «Este erró la profesión. Debió ser lo que yo y

no lo que es. Cuéntame, cuéntame. A mí se me escapó ese número.» Y yo le cuento todo, la caída, el asalto y el carro blindado y el muerto en la esquina de Gran Vía y Montera, cerca del Metropol. Arango mueve la cabeza: «¡Insensatos! ¡La que han armado!». «Estás loco, loco de atar. Yo, que vivo a dos pasos, no me asomé ni al balcón.»

Una noche oímos descargas que venían de la Moncloa. Petra, a su regreso del mercado, contó que habían *aparesido* muertos, veinte *o así*, y *mesclaos* señoritos y *ganorabakos desgrasiaos*. Mi madre se tapó la boca con las dos manos, el coronel gruñó: «En la cárcel es donde está más seguro.» «¿En la cárcel? ¡Por Dios...!» «Hay guardias que no dejarán sacar a nadie porque al Gobierno le interesa que los juzguen con arreglo a la ley para que se demuestre que se sublevaron.» «Lo decís para tranquilizarme.» «¿Que se sublevaron? Proclamar el estado de guerra no es sublevarse.» «Lo proclamaron ellos y no el Gobierno.» «¿Y qué iban a hacer con un Gobierno que se cruza de brazos y se deja arrebatar el orden público por cuatro desarropados?» «Entonces, entonces, ¿otro Consejo de Guerra?» Y de nuevo las manos a la boca, la cabeza temblorosa y la consternación. «Este caos no se podía consentir... Inés, es preferible otro Consejo a que lo asesinen.» «¡Otro Consejo más! Hijo, habla con todos tus amigos, hay que ayudarle... ¿Qué le puede pasar? ¡Si no fuera más que lo que las otras veces! Habla con Antonio, pero en seguida. ¡En la cárcel! Ni siquiera en prisiones militares, en la cárcel, como un ratero.» El coronel coge el periódico: «Escucha esto: Atención a los irresponsables... Quería ocultártelo, pero como Petra ha metido la pata... Tres milicianos que prestaban su servicio de vigilancia por la carretera de Castilla han descubierto cinco cadáveres junto a las tapias de la Casa de Campo...» «¿Más muertos? ¿Y lo dice el periódico?» «Los milicianos recogieron las correspondientes documentaciones y las pusieron a disposición de la autoridad competente, la cual ha iniciado las diligencias del caso.» «¡Calla, calla por Dios!» «¡Irresponsables! ¡Hace falta cinismo! Por eso es por lo que está más seguro ahí.»

El coronel repite para mí «hace falta cinismo», con el verdugón en la frente. Y yo me marché al Juzgado, aunque no hago nada allí, salvo andar de despacho en despacho, o asistir a las reuniones en el de Sanabria. Sí, está sucediendo lo que no tenía más remedio que suceder, están apareciendo muertos, el juez de guardia de anteayer contó que había levantado diez, Rosas ha oído tiros en un solar próximo a su casa, en el final de Torrijos, Pedro traga saliva, su glotis sube y baja a lo largo de su cuello camelluno. Y vuelta a casa para comer: «Hace seis días que no le vemos», suspira nuestra madre, pasando la mano por el mantel donde estuvieron las pelotitas grises en que acabaron convertidas las migas de pan. En mi cartera siguen las fotos para el pasaporte que me empujan al despacho. Marco el teléfono de su casa y después el de la gestoría, oigo el ruido intermitente y aprieto el auricular contra mi

oreja hasta hacerme daño. Y ni la gestoría ni su casa. Y mi madre que asoma, y yo que cuelgo el auricular. «¿Con quién hablas?» «Con uno del Ministerio para saber si han empezado ya a tomarles declaración, pero nadie sabe nada todavía.» Y se aleja, arrastrando su desencanto.

La calle está agobiada por el calor, por las radios, la música y las noticias contradictorias. Los mineros tienen sitiada a Oviedo, los aviones leales han bombardeado Ceuta y Melilla, ha habido otra sublevación de los moros, mi madre mira a la cárcel, yo a la sierra, velada por una neblina caliginosa* Todavía estará allá con su madre, no habrá querido dejarla sola, no habrá vuelto porque me habría llamado; y si ha vuelto y no me ha llamado, estará con el otro, que la habrá convencido, y no me quedarán más que las fotos en las que su cabeza aparece reducida y su cara deformada, como si se las hubieran hecho reflejadas en un espejo convexo. Si hubiera tenido valor... «Hace ya seis días, hijo. ¿Es que no le vamos a ver nunca?» «Están incomunicados, madre. Ya te lo he dicho.»

En mi despacho entró Pedro Martínez, que se subió al estrado, me echó encima su olor a polvos de talco que hacía pensar que era él quien cuidaba a sus hijos, y se inclinó, imponiéndome su cara descompuesta y sus ojeras que le llegaban hasta la zona de las mejillas donde tenía pelos que no se afeitaba. Estaba de guardia y había levantado ya ocho cadáveres, aunque no hacía más que tres horas que se había hecho cargo de la guardia, y habían matado al juez de Hortaleza. «Y también he tenido que levantar su cadáver, ¿lo recuerdas? Juan Molinero. Lo vamos a enterrar esta tarde a las cinco. He hecho una escapada.» Su nuez parecía un ascensor loco. Iba a pedirme que le acompañara. Se había puesto el traje más viejo y sucio que había encontrado y se había quitado la corbata. «Vendrás conmigo, ¿verdad?» Le huele el aliento, tiene miedo a afrontar el entierro solo, y a muchas más cosas, y yo también, y me niego, le recuerdo mi tobillo, señalo el bastón. «Iremos en el coche del Juzgado... No irás a dejarme en una situación así, tú tienes fama de adicto y yo...» «Tengo que hacer, tengo que ocuparme de mi hermano.» Me lanza una mirada de carnero. «No tengo a un Espinel como tú, y entre los de mi Juzgado...» Yo me defendía, Pedro apelaba a su miedo a los colonos de las fincas de su mujer. «Somos amigos. Hace diez años. Hemos pasado juntos...» Me elogiaba sin pudor, hinchaba nuestra amistad, había estado junto a él en los ratos peores. «Mis padres no han visto todavía a Miguel y tengo que gestionar un permiso.» Resucitaba recuerdos y yo le dejaba hablar para que pagara mi compañía y el miedo que iba a pasar yo, y el sol a las cinco de la tarde; su amistad no tenía para mí más valor que el del tiempo, una amistad ganada por antigüedad.

—Está bien, iré.

Caía un sol feroz que amenazaba asarnos a la puerta del depósito, mientras esperábamos al padre el muerto. Un fiscal, un magistrado, el oficial de Pedro, éste,

dos guardias; a unos ocho metros, una tapia medio derruida y siete u ocho milicianos que se asomaban por ella para vigilarnos. Flotaba en el aire el olor dulzón que arranca el verano a los cementerios, los milicianos asomaban sus fusiles y sus caras hoscas pero triviales, porque ningún asesino tiene cara de asesino; los guardias estaban inquietos por el ir y venir de aquéllos a un coche grande y descubierto que vimos al llegar. Había un camino, bordeado de cardos y jaramagos con flores amarillas, que nacía en la carretera asfaltada. Por encima de la tapia, cubierta de yedra, se veía una rastrojera sobre una colina y un chopo al otro lado, asomando su verde oscuro. Apareció el coche, negro, empolvado; el de la funeraria abrió la puerta y bajaron un viejo y un muchacho de catorce años, el primero de luto, con un aire digno de pena contenida, aunque de cerca no era nada de eso sino la estolidez y la indiferencia de los años. El muchacho, conduciéndole por el brazo, dirigía miradas huidizas a su alrededor y arrugaba la nariz como un conejo. «Ya están ahí», avisó un miliciano y Pedro optó por entrar con el padre y el hijo en el depósito de cadáveres. Aparecieron más gorros, más monos, más caras hostiles, uno saltó la tapia por la parte más derruida, le siguió otro. «Más vale que se queden fuera. Esto es un acto privado», dijo un guardia, pero aparecieron otros dos más y, casi al mismo tiempo, el ataúd por la puerta del depósito seguido por los dos familiares y por Pedro, secándose el sudor de la frente. Un miliciano gritó «¡Un Cristo! ¡También hace falta jeta! ¡Ya estáis quitando ese monigote!». El ataúd se detuvo, se produjo un silencio en el que se metió el silbido de un tren; dentro de mí se encendió una luz negra, intermitente. Pedro tenía la cara más multicolor que nunca y el viejo no se enteraba de nada. «Para lo que falta, podíais haberos traído a los curas.» Un guardia, sin descolgar la carabina: «¿Qué más os da? Ya está muerto». Y el mismo miliciano: «O lo quitáis o aquí va a haber más entierros.» Yo sentía seca la boca y oía las voces como señales de alarma; el guardia aconsejó al viejo que lo quitaran pero éste no le oyó. Se miraba las puntas de los zapatos, contemplaba el suelo, flotaba por encima de todo, con la mandíbula inferior colgando y la boca medio abierta. El miliciano hizo un ademán y aparecieron cuatro más que avanzaron hacia el ataúd y arrancaron el crucifijo con una palanca de las que se usan para remover las losas y uno de ellos lo rompió contra la verja de hierro que rodeaba una sepultura. «¡Hala, ya lo podéis enterrar!», dijo el que lo había roto y todos desaparecieron. Cogimos el ataúd entre dos sepultureros, Pedro Martínez, y yo, al tiempo que oíamos el ruido del motor del coche que subía la ladera con un penacho de polvo detrás. Pedro dijo que no respetaban nada, que serían los mismos que lo habían matado, que trajeran los pedazos del crucifijo para colocarlos sobre el ataúd, que era un asesinato vulgar porque no era de ningún partido, ni se había significado por nada. «Le acompaño en su sentimiento, le acompaño en su sentimiento.» Yo me sentía escandalizado, aterrado.

He aquí el primer aldabonazo de la revolución resonando en mis oídos; sólo por

ser juez como yo. Y por la noche, el segundo, mas próximo aún. Un motor muy potente las portezuelas, las llamadas al sereno, que no se diferenciaban de las que hubiera hecho un trasnochador, y el ascensor que se detuvo en nuestro piso; en la nuca, de atrás hacia adelante, una bola de fuego que se resolvió en gotitas de sudor y en frío. «¡Fernando, Fernando!» Un timbre, pero en el piso de Ripoll; toses, un largo silencio como de un minuto. «¿Abrimos por las malas?» Mis padres en pijama y en camisón, Petra y yo avanzando descalzos. «¡Ya vienen!» dijo uno, y un chirrido del cerrojo. Pisadas impacientes, un nombre y un apellido: «José Ripoll», otro silencio más corto. «Yo soy. ¿Qué quieren?» «Vístase en seguida. Tiene que acompañarnos.» Un grito femenino en el que apenas podía adivinarse «¡No, no!». Ripoll intentaba tranquilizar a su mujer: «Nuria, no será nada, alguna *diligencia*... Ya verás como estoy de vuelta en seguida.» Ella seguía clavada en su grito, mientras el coronel, demudado, susurró: «¡Ripoll! ¿Por qué a Ripoll?» Mi madre: «Calla, que pueden oírnos.» Los pasos de Ripoll se alejaron escoltados por los de los que habían subido a buscarle. Sonaron los portazos en el coche, el ruido de un balcón y los gritos de ella: «¡Pepet, Pepet!» Después el motor de arranque y el del coche. «Hemos debido impedirlo», dijo el coronel. La mujer de Ripoll siguió llamándole y el coche cambió de velocidad. «¿Cómo, padre? ¿Cómo lo podemos impedir?» «A tiros. Si cada vez que llamaran a una puerta se encontraran con un revólver...» Mi padre salió y llamó al timbre del otro piso. «Sería peor. Y no todos tienen revólver.» «Pero yo sí. Voy a acompañar a esa infeliz.» Hicimos un desayuno fúnebre; mi madre decía: «Que Dios me perdone, pero esto me consuela de que Miguel esté en la cárcel»; mi padre repetía: «Ripoll. ¡Si no ha hecho nada!» Y mi madre concentrando su preocupación, barriéndola hacia dentro: «El que está en peligro es Juan. Y Jacobo. Y tú, Fernando, tú también.» El coronel tosió, se agitó, hizo aparecer el verdugón en su frente: «A ése no le pasará nada, descuida. Y es al que le debería pasar.» «¡Fernando! Es el marido de tu hija. ¿Cómo puedes decir eso?» «Sí. ¡Y qué marido!» «El que eligió ella.» «Pues se equivocó.» «Ya no tiene remedio. Deberían venirse los tres aquí.» «Eso sí que no. No podría soportar su presencia. Juan en libertad y Miguel en la cárcel, cuando debía ser al revés, porque si alguno de los dos ha estado complicado en el movimiento no ha podido ser Miguel.» «Ni Juan tampoco.» «¡Tú qué sabes! ¿Te ha dicho algo él mismo?» «Sabe que no le puedo aguantar, y no le he dado ocasión.» El coronel se empeñaba en que Juan era de los comprometidos en el movimiento porque podía indignarse con él y descansar de sentirse desgraciado; nunca había sido un hombre de clan hasta que se casó Laura; antes, era de una imparcialidad absoluta. Alguna vez, en un paseo a caballo, cuando estaba seguro de que sólo le podía oír yo, me confesó que siempre había pensado que no había razón para que nos quisiera a nosotros más que a los chicos del capitán ayudante. Y acaso estaba en lo cierto con sus insinuaciones.

Encontré a Juan medio bebido, raro, suspicaz, ocultando su animadversión a fuerza de amabilidades, de sus «perdona», sus preguntas de cortesía, su «¿qué hay de Miguel? ¡Pobre muchacho!, ¿quieres un trago?». Estaba en la primera fase; aún conservaba el pulso y llenaba los vasos sin derramar la bebida ni echar más de la que sabía que a mí me gustaba, aún podía vencer la atracción de las curvas y sonrisas de la sirvienta, que trajo otro vaso para mí, con la soda y el cubo de hielo. Y Jacobo, que se había refugiado en un sillón, salió por unos instantes de su terror precisamente a causa de las curvas para recaer en él en seguida. «Laura ha salido. Jacobo, un traguito para acompañarnos, hombre.» Jacobo: «No, no me apetece», Juan: «Peor para ti, no hay quien aguante a palo seco». El primero cogió el vaso, el segundo dobló en tres partes su estatura interminable y se sentó frente al retrato de Laura que colgaba en el testero. «El alcohol es un fabricante de valientes, palabra.» Miré el retrato; Laura sentada al piano en una habitación oscura, vestida de Chopin, con una cara resuelta de anarquista a punto de arrojar su bomba contra un gran duque; al fondo, una ventana y bajo ella un sofá con una pareja y, en primer plano, unos troncos de álamos espolvoreados de hojas en forma de corazones. Demasiado exaltado, demasiado literario. «Ese pollo debía entenderla mejor que yo.» Bebió y masculló dentro del vaso que a él siempre se le escapaba algo y que, cuando no, se quedaba a mitad del camino. Yo me dije que Laura no tenía tacto, aunque era comprensible que no lo tuviera, pero el caso era que no lo tenía. «El arte, ¿sabes? La pintura, la música, Stravinski, la poesía... A mí me resbala todo eso.» Señaló el cuadro con el vaso y se quedó mirándolo con una sonrisa de cartón. «Me gustaría pescar al pintamonas para romperle el cuadro en la cabeza. Claro que no sacaría nada, pero ese hombrecito no es mejor que yo.» Una borrachera ofendida y mal disimulada que acabó por salir a flote. Laura estaba empeñada en que debían irse los tres a Princesa porque estaríamos todos más protegidos y porque no había peligro de que el portero dijera a dónde se habían ido. «¿Sabes? Me admira.» Otro trago, que dejó en el vaso dos dedos de alcohol color caramelo; Jacobo le imitó, pero con aprensión, con la misma aprensión que había puesto en su mirada a la sirvienta, como temeroso de mirarla y de beber porque eran dos provocaciones al Dios en que creía. Tenía muchos admiradores: el portero, el limpiabotas, el dueño del bar de la esquina, esa burra que acaba de salir, el de la gasolinera que le limpiaba el parabrisas. «El portero me mira como si fuera una mezcla de Cristo y Gary Cooper.» Otro trajo y otra vez la voz absorbida por el vaso. «Me admiran los que no me importan y los que me importan no se enteran de que existo... ¡Quítate de encima!» Bucarín gimió y se echó a los pies de Juan, expulsado de sus rodillas. «Los otros creen que no sirvo para nada, incluso para lo que sirvo.» El vaso estaba vacío, cogió la botella, se echó hielo con la mano, bebió. El coronel decía que era demasiado guapo, demasiado amable, demasiado distinguido, demasiado alto, demasiado todo. «Tú eres de los que no me admiran.» «Yo no he abierto la boca.»

«Pues por eso. Soy tonto, pero ya me he dado cuenta de los manejos.» «¿Qué manejos?» «Yo me entiendo.» «Pero yo no. Llevas un buen rato maltratándote y ahora... ¿Qué manejos? ¿Lo de que os vengáis con nosotros?» «Y otro, otro más... Vamos a dejarlo.» ¡Qué contrastes! La camisa de seda cruda, la botella con whisky, el cubo de plata, el piano Steinway, el cuadro con los árboles con corazones en lugar de hojas. Y en la calle, pistolones, sobacos sudorosos que oscurecían los monos, o las camisas, coches que corrían, patrullas pidiendo la documentación. Y allí estábamos envueltos en una bola de cristal plateado como las que adornan los árboles de Navidad, dentro de un mundo que sobrevivía de milagro. Tan sólo Jacobo estaba concorde con lo de fuera, Jacobo que abrió los ojos cuando sonó el timbre y se levantó de un salto y miró a su alrededor como una rata acorralada. ¡Ya está, ahora va a estallar!, me dije.

Pero no estalló. Bucarín enderezó las orejas, se dirigió al recibidor con el bigote pegado al zócalo y Jacobo exhaló un suspiro de resucitado. «O Laura, o el portero, con algún chisme. Ayer me contó que habían venido a preguntar los nombres y la profesión de todos los vecinos y dijo de mí... ¿Ya estás de vuelta?» Era Laura, con un vestido de seda natural, «...que soy empleado de una compañía de seguros. Lo que no sabe es que me han puesto en la calle por desafecto.» Seda natural y un bolso de piel de avestruz, viviendo al mismo tiempo dentro de la bola y en la calle, entre los pistolones y los sobacos oscurecidos por el sudor; y una carta en la mano: «Me la acaba de dar el portero». Él abrió el sobre y ella me miró pidiéndome ayuda. «Natalia Spiteri. ¿Quién es ésta?» Una amiga argentina que había ido al colegio y cuyo padre era embajador en Roma. Y yo: «Pues sí que te hace un favor escribiéndote desde Roma.» Juan movía los labios, inclinado sobre el papel: «Ni hablar», levantó el vaso para echar en él otro «Ni hablar» y leyó la carta por el otro lado, conteniendo pulcramente un eructo: «¡Perdón!» Y más «¡Ni hablar, ni hablar, ni hablar!». Extendió la mano hacia la botella y se encontró con que ella también la había cogido, y los dos se miraron, sin ceder. «Por favor, Juan, no bebas más.» El hizo un gesto de resentimiento: «Ahora no, ¿verdad? Pero el domingo no te importaba. Como que querías retenerme.» Y dio un tirón que arrancó de las manos de Laura la botella. Y yo me pregunté si serían ciertas las suposiciones del coronel y, en seguida, me dije que no lo eran; no podían serlo, no habría esperado al domingo, porque ya el sábado estaban vigilando el cuartel. «Ya te he dicho mil veces que tuve miedo.» Laura callaba, Jacobo miraba a los dos desde las profundidades de su pánico, Juan se servía generosamente, desafiándola. «Te has hecho escribir esta carta, se la has dictado. Tú no te das por vencida nunca y se la has dictado.» Ella lo negó, con una voz destemplada; no estaba loca para escribir a Natalia pidiéndole una carta como aquélla. «Se la has dictado, las cosas pueden decirse de muchas maneras y no digamos las mujeres.» «Tú también tienes miedo.» «¡Toma, no! ¿Y qué?» Y yo:

«Pero ¿qué dice?» «Que si estoy en peligro puedo refugiarme debajo de la cama de la embajadora, que ya sabe que están asesinando... La cama de la embajadora, o la de la cocinera. ¡Ni hablar!» Laura se mordió los labios, torció la boca, exasperada, con las cejas como un acento circunflejo al revés y la nariz aleteante. Yo propuse: «Podíais refugiarnos los tres.» Pero no me oyeron; siguieron mirándose, volvieron a disputarse la bebida, el vaso, luego la botella, Juan gritando «¡Suéltala!». Otro trago más, con una deliberada y triunfante lentitud, y volvió a doblarse en tres para sentarse en el sofá. La radio continuaba con su música, cientos de radios con la misma música. Laura se sentó junto a él, le cogió un brazo, pasó de la exasperación a la súplica. «Por favor, escúchame. Han preguntado por ti unos milicianos, están llamando a todos los militares retirados, y no podemos seguir así, esperando a que vengan a detenerte. Si no quieres lo de la Embajada, podías presentarte y pedir el reingreso.» «¿Presentarme yo?» Laura volvió a la voz agria: «No me hables del honor o de tus ideas políticas. ¿Cuándo has tenido tú ideas políticas? ¿A ti qué te importan unos y otros?» «¿Que no te hable del honor? ¿Por qué no puedo hablar del honor?» «No grites, no grites, Juan. Quiero decir que el honor no significa nada para mí.» «Pero para mí sí.» Juan dejó el vaso, dando un golpe, nos miró, primero a Laura, después a mí; a pesar del acartonamiento de su rostro se le escapaba la suspicacia, la idea de que tanto la carta como lo otro lo habíamos preparado. «Ya, ya voy viendo claro. No soy tan tonto, y vosotros sois capaces de todo. ¿Por qué no voy a hablar del honor? No me importa la política, pero si no tomé partido cuando debí tomarlo, ahora el honor está en no tomarlo nunca, así que ni la Embajada ni presentarme, ni pedir el reingreso. Me quedo aquí, ¿sabes?», y el vaso apagó las últimas palabras.

Ella se acercó más, le cogió la cara. «¿Para que te detengan y te asesinen? Sólo piensas en ti.» Juan apartó la mano y se dio una palmada en la frente. «¡Hombre, esa carta puede servir para Jacobo!» Y a éste se le iluminó la mirada; Laura hizo una aspiración. «Estás tú en mucho más peligro que él. ¡Si es un chiquillo!» «Un chiquillo, pero si le agarran...» Juan cogió la botella, Laura llamó: «¡Paca, Paca, haga el favor!», Jacobo, palideciendo, anunció que si no se refugiaban todos no se refugiaría él. Juan: «¡Tú a callar! Harás lo que yo decida.» La sirvienta entró con sus curvas y sus sonrisas. «Llévese esto», ordenó Laura señalando la bandeja, los tres vasos, la botella, el cubo, el sifón. Y Juan, sin salir de su estupor, enrojeció y rescató el vaso en última instancia: «Pero ¡Laura! Eso es una... eso es una...» «No quiero seguir hablando con un borracho.» «¡Si no estoy borracho!» «Ahora tienes que oírme.» «Os dejo. Tengo que hacer.»

Me levanté y me marché; la bola iba a reventar real y verdaderamente, a reventar desde su interior. No, no reventaría, harían las paces en la cama y reanudarían la discusión al día siguiente, y otra vez a la cama, otra vez a discutir, a la cama. Bajé hasta Serrano, hacia la calle de Alcalá. Juan, furioso, seguiría gritando rompiendo la

cáscara de su educación, y Laura perdiendo el sentido de la realidad, olvidándose de que el otro estaba en una nube espesa de irresponsabilidades, en un ataque de su especial concepto del honor. Había una bandera roja con la hoz y el martillo en un balcón de una casa donde había tenido su domicilio un centro de derechas. Allí estaría Norte en uno de sus despachos, y el hombrecillo de la cara insignificante y honrada que era el secretario del Partido. Y en el Ministerio de la Guerra el ministro, Langa, cuatro o cinco jefes y el doble de oficiales, a lo sumo. Había más poder en la mesa que estaba junto a la que solíamos ocupar: la Pasionaria, Largo Caballero, Prieto, Jesús Hernández, un ex ministro del gobierno Azaña. Al fondo, las golfas que parecían haber nacido del terciopelo de los divanes y que entraban en los espejos para recibir a sus clientes. Caras largas, silencios, censuras bajando la voz, nombres de asesinados, de detenidos. Arango decía que él no se quedaría quieto, que no jugaba a esta lotería al revés que era el terror y que se buscaría un escudo. Y a la par, chistes, cotilleos, miradas a las golfas y comentarios sobre sus habilidades o sus cualidades. Un puro, una palomita, coñac, la corrida de Beneficencia a favor de las milicias, un concierto en el Palacio de la Música, que se había casado Fulano, que a Mengano le ponía los cuernos su querida con un actor del teatro Calderón. Mi miedo era recurrente como unas fiebres palúdicas; lo debía tener de forma crónica, pero sólo lo tenía a ratos, cuando sonaba el timbre, o chirriaban los frenos de un coche en la madrugada, cuando me enteraba de que habían asesinado a algún vecino, o el día que irrumpieron en casa y nos obligaron a poner la radio a toda su potencia y a mantenerla así mientras duraran las emisiones.

Monroy, Monroy en persona iba a entrar en el café cuando yo me marchaba. Y, en seguida, qué le había ocurrido a Miguel; se había enterado de su detención y de que estaba en la cárcel, pero nada más: «Al día siguiente me dieron el mando de la columna que salía para Guadalajara, luego caí enfermo, y después, todavía con fiebre, me pusieron al frente de toda la artillería de la Sierra... ¿Hay alguien ahí? Es igual, te acompaño para que me cuentes.» Las presiones de su mano sobre mi brazo sincronizaban con la historia de Miguel. Murmuraba: «Le han obligado, aunque no sé cómo; sigue, sigue.» Y yo seguí con lo de los cerrojos y lo de la herida en el hombro. Y me dijo otra vez que le habían obligado, que el mismo sábado habían estado discutiendo los tres sobre lo que harían si intentaban sacar a la calle la tropa y habían convenido en pedirle al coronel que consultara a los suboficiales y sargentos, que había sido al propio Miguel a quien se le ocurrió la idea, aunque no tuvieron tiempo de decir nada. Ahora pasábamos en silencio a lo largo del Coliseum, yo había contado ya todo lo que sabía; Monroy se quitó la gorra, dejó al descubierto su frente en dos colores separados por la señal de la visera, hizo un gesto de perplejidad, y me preguntó si no habría tenido algún disgusto grave o algún contratiempo amoroso. No, o yo no lo sabía, y por dentro de mí cruzó la explicación sin palabras de por qué no lo

sabía: Luisa había anulado a los demás, me había dejado en un universo deshabitado desde que la conocí; Luisa, que seguía allá, en la Sierra, con su madre, y con la artillería de Monroy. Miguel había sido un fantasma de dudosa existencia y ahora, al revés... «Si pudiera verle yo... Pero tendría que ser hoy mismo, porque mañana tengo que estar de vuelta.» Miguel irradiaba su presencia desde la cárcel, desde la dirección hacia la que caminábamos, calle de Princesa arriba, mientras ella y su madre... «¿Y si lo intentáramos?» Monroy me soltó el brazo, se puso la gorra y aceleró el paso, apretando los labios. «Va a ser inútil.» «Probaremos. A ti te conocen, y yo, con mi mono...» Su mono, su brazalete con la bandera republicana y su cara tostada por el sol, hicieron que el centinela nos saludara y llamara al cabo de guardia; mientras yo miraba la fábrica de perfumes con su chimenea y sus tres letras, que estaría viendo Miguel, y la mancha oscura de los pinos de la Moncloa. Monroy recibió un saludo del cabo: «Mi comandante, hace falta pedirle permiso al director. Si quieren pasar...» «No, esperaremos aquí.» Miraba los columpios y los tiovivos, y pensaba si no sería peor, si no le desalentaría más. Y Monroy paseaba, miraba su reloj de pulsera, me preguntaba quién le habría herido, cuándo, antes o después de la sublevación, por qué. «Pasen ustedes», nos invita un celador mientras subían el rastrillo; el director, que ya no era el que yo conocía y que nos recibió de pie, nos abrumó con sus excusas: eran órdenes de la superioridad, se jugaba su puesto, estaban incomunicados, podían denunciarnos a los tres porque realmente sería una irregularidad sin una orden del Ministerio de la Guerra. «No se canse. Vámonos.» Y ya en la calle: «Vamos a buscar esa orden», y paró un tranvía. «No, déjalo. Si te ve, no le va a hacer ningún bien.» «¿Por qué? Al menos, sabrá que no le hemos abandonado.» «Ya lo sabe. No es por eso sino porque, al verte, se sentirá más culpable.» «Pero ¿tú crees que se sublevó?»

Anoche sacaron al viejo y a Ortega. Estaba en lo cierto cuanto temía que no pasaría como la anterior. Tenía sueño pero no me quería dormir; se me había metido en la cabeza que me despertarían para matarme y el temor al despertar repentino me aterraba más que el momento final. Los otros tampoco dormían, las visitas al cubo fueron constantes durante el tiempo que estuve despierto; les oí moverse, toser, suspirar, preguntar «¿qué es eso?» a cada rumor susceptible de ser confundido con unas pisadas. La atmósfera estaba infestada de sobresaltos que nos pasábamos unos a otros o que eran el mismo para todos, que o teníamos en común, lo mismo que el cubo, la fetidez y la oscuridad, porque habían apagado la luz. Yo había tenido que apagar también la esperanza de que dieran conmigo, que había estado palpitando sigilosamente durante todo el día. Se fueron durmiendo y yo también me dormí, me dormí para que me despertara una luz y una voz que dijo unos nombres y el salto del sueño a la vigilia no me permitió entenderlos, aunque la luz me asestó su significado

y la presencia de dos hombres, con sus gorros y sus cazadoras. Dije para mí «se acabó» y le vi avanzar, hasta que se puso bajo la bombilla, y paseó sobre nosotros una mirada que se hubiera dicho respetuosa. Levantó el papel a la altura del pecho y volvió a leer dos nombres tan sólo a pesar de que al trasluz se veían muchos más. Pero no había terminado, movía los labios, iba a decir el mío, o lo había dicho, y comencé a incorporarme, hasta que comprendí que sólo había dicho «¡Vamos rápido!». Pero ¿no me habría llamado antes? Tres cuartas partes de la noche esperando y preparándome y ahora me cogían por sorpresa. Le observaba, buscaba la dirección en que se movían sus ojos esperando que se detuvieran en mí o volvieran al papel. ¿Qué hago? ¿Le pregunto? No, de ninguna manera. ¿Me echo encima de él, me callo, me quedo en mi sitio? Mendoza había contado que un compañero suyo escapó del paseo sin más que no hacer caso de la llamada. Nuestras miradas se cruzan un segundo; no me mira, aunque me ve, a quien mira es a Ortega y al viejo, que forcejea con sus zapatos. Todo mi cuerpo pierde sus fuerzas, se ablanda, se hace de goma, desfallece de alivio. «Perico, ¡mira a ése! ¡Qué haces, hombre! Te estás poniendo los zapatos al revés.» Perico, el del papel con la lista, se vuelve hacia el otro: «Ya veríamos cómo te los ponías tú.» Ortega se arrastra hasta el seminarista, se arrodilla, grita que le absuelva, le coge las manos, tira de él, se las suelta para tratar de levantarlo agarrándole por los hombros: «¡Por Dios, absuélvame, absuélvame!» «No puedo, no estoy ordenado.» Ortega no cede, le zarandea, le suplica por la Virgen, por su madre, por el amor de Dios, absuélvame, me van a matar, absuélvame. Perico, el de la lista, dice: «¡Échale la bendición de una vez!» «Pero si no puedo, no soy más que subdiácono.» Penco se encoge de hombros, hace un gesto al otro y le sacan a rastras; el viejo sale detrás con los cordones de los zapatos sueltos; se los pisará, se caerá.

Se cierra la puerta y yo no puedo reprimir el suspiro que es ya un reflejo en todos nosotros. Los que quedamos evitamos mirarnos y mirar hacia los sitios que ocupaban anoche, anoche mismo. En el del viejo, la manta está doblada y sobre ella las cosas que tenía, las tres novelas policíacas, la jabonera, la cuchara y el plato reluciente; en el de Ortega no hay nada porque no le dieron manta; llegó con un abrigo de pelo cortado que le habrá quitado alguno antes de disparar sobre él, o que estará lleno de agujeros y manchas de sangre. Y hoy mismo, o mañana, veremos a un miliciano con el abrigo.

El café; el capitán no se ha molestado siquiera en levantarse para recogerlo. Desde la puerta vemos el cielo cubierto de nubes, los árboles sin hojas y detrás el pabellón de la servidumbre y el retrete, una esquina del palacio en la que hay una ventana con la luz encendida que tiñe de amarillo las gotas de lluvia. No se oye el frente, todo está silencioso, recogido en sí mismo. El nuevo ha ocupado el puesto del viejo por huir de la proximidad del de Ortega; piensa que su entrada aquí al mismo

tiempo que aquél es un lazo que les une a la misma suerte y quiere romperlo. Está sentado en el suelo, junto a los chismes del viejo con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas a la altura de los hombros. Sólo sabemos de él que se llama Fariñas, como un diputado de derechas, que no quisieron creer que no era el diputado y que le detuvieron. «No sea supersticioso, hombre, y siéntese en la manta», le aconseja el profesor entre dos estornudos, pero Fariñas no se atreve, parece que no quiere ni dar muestras de que le ha oído, o no le ha oído siquiera.

Hace frío en cualquier sitio, hasta en mi rincón. Ayer, a mediodía, apoyándome en cierta parte de la pared, sentí el calor de los tubos de la calefacción que suben al piso que tenemos sobre el garaje; hoy la pared está helada y han traído frío el café, y nuestro mundo desolado es aún más desolado con este frío que acrecienta nuestra sensación de abandono, nuestra certeza de que no podemos esperar ayuda ni piedad de nada ni de nadie. Hasta al seminarista le parecerá hoy que Dios no es más que un paraguas hecho de rezos, y a mí me aplasta la presencia de los demás. Esta noche me llamarán, y si no me llaman a mí, llamarán al profesor, o a otro, o a los tres. Aún ahora, que está empezando el día, los veo resistiéndose, pidiendo la absolución, saliendo con la indiferencia acorazada por los años del viejo, arrastrando los cordones de los zapatos; los veo con dieciocho o diecinueve horas de anticipación, bien acogotado por el sentimiento de las barbas en remojo, bien recorrido por el flujo que va de ellos a mí y de mí a ellos. El estudiante se acerca al seminarista y le toca la rodilla: «Oye, cura, podías haberle soltado unos cuantos latines y haberle echado la bendición para que se fuera más tranquilo.» El seminarista mira al hueco que ha dejado Ortega, se estremece y se tapa la cara, solloza y susurra que tuvo miedo. El capitán le interrumpe: «En estos momentos no se debe bromear con las cosas santas ni engañar a nadie.» El estudiante se vuelve hacia el capitán: «Hubiera sido un engaño piadoso.» «Pero ¿es que no les tiene respeto a estas cosas?» «Estas cosas están hechas para los hombres y no al revés. Y si no, que lo diga el cura.» El seminarista asiente y pone un par de banderillas al capitán: «Están hechas para que los hombres le rindan homenaje a Dios», replica éste con energía, una energía contra el estudiante, que no es más que un paisano. «Usted cree que Dios es un capitán general.» «Yo creo que Dios es... Mira, nene, vamos a dejarlo.» «Sí, un general al que hay que presentarle armas.» «Eso es, armas, y no escopetas de madera o rezos de mentirijillas.»

Llaman a la puerta y se acaba la discusión; es el miliciano con la escoba. Mientras el seminarista barre, el otro se queda en el vano y veo pasar al albino, con su nuca pelada, su gorra de cuero y su cazadora de cuero también y la pistola en su funda; inclino la cabeza todo lo que puedo, aunque ni siquiera ha mirado en nuestra dirección, y en seguida me escondo de forma que no pueda verme cuando vuelva a pasar. Si se detiene, si se asoma, esta noche iré a hacer compañía al viejo y a Ortega.

El seminarista sigue barriendo y llega hasta mí, levanta los ojos, los vuelve a bajar y a levantar, parece que va a preguntarme por qué tengo esta cara de terror, por qué he ido a ponerme allí, pero el miliciano le grita que se dé prisa y continúa barriendo los terrones de barro que dejaron los milicianos anoche, mirándome con curiosidad, con disimulo, con una lucha interior entre seguir con su faena o con sus miradas. «¡Venga, el del cubo!» ¿A quién le toca? Ya no está el viejo que se sabía los turnos de memoria; el estudiante señala a uno de los gemelos, éste se levanta, coge el cubo, pasa delante de mí con la nariz arrugada y el labio superior levantado y la cara vuelta hacia el lado contrario al cubo; oigo sus pisadas en el jardín ¿o serán las del albino?, contengo la respiración para identificarlas, unas son desequilibradas, inseguras, las otras firmes, confiadas, dominantes. Se oye una exclamación: «¡Vaya, vaya! Los señoritos con la caca a cuestras.» Estoy sudando a pesar del frío, es su voz asexual, que lo mismo puede ser de una vieja que de un muchacho que pasa por la pubertad. Sudando lo mismo que cuando me fueron a buscar con una orden para detenerme. «¡Uff, qué asco! ¿Verdad?» Se me enfría el sudor, se me enfría la sangre, resucita el olor a colonia cara con que se había rociado el otro, las impaciencias de éste que se delataban hasta cuando miraba por el balcón o examinaba los chismes de la mesa. ¿Estará haciendo recuento, me estará buscando porque no sabe en qué garaje me encerraron cuando llegué? Reaparece el del cubo, cierra la puerta, me instalo en mi rincón, tengo la esperanza de que ya ha pasado el peligro inmediato, de que tendrán tiempo de encontrarme, pero el otro peligro, el de la visita de los dos, continúa actuando en mí a través de ramalazos de recuerdos, de las pupilas rosadas y los párpados sin pestañas, de los cigarros rubios, el aire ardiente que el humo satinaba, y el olor a colonia del de las gafas oscuras... «¿Qué le sucedió antes?» «¿Qué? ¿Que qué me sucedió? ¿Cuándo?» El seminarista precisa que cuando estaba barriendo y yo me resisto a darle a su pregunta un reconocimiento oficial, porque me asustan la pregunta y la respuesta y me aterran los dos albinos, el de mis recuerdos y este otro que acabo de ver, y respondo que ha sido un mareo, me ha debido sentar mal esta porquería de desayuno, y él me ofrece un pedazo de pan que le sobró de ayer. Y el capitán se acerca, va a tener disentería, y el seminarista dice que el pan duro es bueno para la diarrea. No, gracias, no lo podría tragar. «¡También es fatalidad llamarse como el diputado!», le dice el conde al que trajeron con Ortega y se calla, cavila y añade: «Pero si sabían las señas del otro y no eran las de usted, ¿cómo le confundieron?» «No lo sé, tal vez le preguntaron al portero quiénes vivíamos en la casa y al oír mi nombre...» «Pero ¿y al verle? ¿No conocían al diputado ni de vista?» Tampoco lo sabe, le trajeron aquí y le dijeron que si era una equivocación ya se aclararía. Aunque lo malo es que si se aclara lo pasará peor. «Soy teniente de navío, he estado detenido ya cuatro veces, me han dado tres paseos, me he escapado de los tres y me pude escapar una vez más cuando me traían a Madrid desde Cartagena.» El conde y el

profesor de historia le miran con admiración y el nuevo les sonríe. «Cuatro veces son muchas veces. Y lo que es ésta... ¿Cómo pudo escapar?» «Tuvimos un vuelco cerca de Madrid. Caímos por un terraplén y recuerdo que mientras caíamos iba pensando que se habían acabado mis aventuras, y casi me alegraba. ¡Ya está bien!» Y sigue contando su odisea y el albino no aparece.

Hemos comido, se ha hecho de noche. No aparece pero esta madrugada puede ser la última, mañana mi cuerpo estará en una cuneta, como los cadáveres que vi en los primeros días, cuando le tocó la guardia a a mi Juzgado y tuvimos que hacer lo mismo que Pedro Martínez: recorrer las tapias de los cementerios, los desmontes, las orillas del río, los arcos de los puentes. El marino dice que el chófer se mató, que los milicianos no se pudieron levantar tan rápidamente y que él, como iba en la caja, en el lado contrario al del vuelco, tuvo tiempo hasta de preparar la postura para la caída y salió corriendo. «Pero para lo que me va a servir...» «Sí, es como para creer que todo está escrito», comenta el conde, y el profesor: «Sí, sí, es como para creer, pero eso no es más que un sentimiento.» Y cuenta una historia del Corán: Azrael, el ángel de la muerte, visitó a Salomón y miró a uno de sus amigos y éste le preguntó que quién era: «El ángel de la muerte», y el amigo dijo que le parecía que se había fijado en él y que le ordenara a Azrael que el viento le llevara a la India; Salomón lo hizo así y el ángel le dijo que si le había mirado tanto tiempo había sido porque le extrañó verle allí porque había recibido orden de ir a buscar su alma a la India. «¿No conocían esta historia?» «No. Ni falta que nos hacía conocerla.» «Pero ¿es que van a creer semejante camelo?» «Cuando está de Dios que un barco encalle, ya puede usted tomar el rumbo que quiera, que acabará dando con el bajío.» Y el seminarista: «Yo no puedo creer en la predestinación. Es una herejía porque va contra el libre albedrío.» «¡Vamos, vamos, cachorro de teólogo, un poco de formalidad! ¡El libre albedrío! Explícame lo que es eso.» «Prefiero rezar.» «Claro, prefieres el paraguas.» Y rezan todos y cuesta trabajo no creer en la predestinación, mezclada con una involuntaria colaboración del hombre para que se cumpla lo que, según el conde y el marino, está escrito, desde que el capitán tenga bichos hasta que Miguel ingresara en la Academia de Artillería sin tener vocación ni aptitudes. Pero yo estoy con el profesor, es un sentimiento, y todo es pura casualidad y las cosas pudieron suceder lo mismo de una manera que de otra. «Por todos los que están en nuestra misma situación; Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...» El profesor sonríe bajo su nariz destilante. El paraguas; aunque lo abriera no impediría que, si me ha visto el albino, vengan por mí esta noche. Me asalta la certeza de que mi caso es el del amigo de Salomón: mi Azrael es el albino y yo he colaborado. Pero estoy disparatando, delirando de miedo. ¡Qué predestinación ni qué...! Lo que quisiera es saber de dónde viene esto, si viene nada mas que de la vista, o de Norte... «Por las almas de los muertos, en especial por las de Ortega y por la de... ¿Cómo se llamaba

el señor de edad?» «Tú di por el alma del viejo, que ya entenderán arriba.» ¿Quién habrá hecho las veces de ángel de la muerte para Miguel? Todos, el coronel, Molins, yo, él mismo, Langa...

Miguel aparece en el locutorio, al otro lado de la doble barrera de rejas y telas metálicas que dejaban entre sí un pasillo. Ya se puede ver a los presos sin autorización; el locutorio está lleno de personas como nosotros, con corbatas y olor a jabón de afeitar o perfumes femeninos. Los presos están en mangas de camisa, en pijama, con monos o restos de uniformes. Miguel apoya la nariz torcida sobre la reja metálica, sonriéndonos. Nuestra madre dice: «¡Hijo, Miguel!» Nuestro padre se ha agarrado a una barra horizontal, como si temiera caerse: «Estás más delgado.» «Debe ser que me está grande el mono.» Porque le habíamos mandado un mono; parecía más joven y más quebradizo. «¿Y tu herida?» «Ya está bien», y levantó el brazo. Una mujer, a mi lado, aprovecha que los celadores que recorren el pasillo se han alejado para decir a un preso que están a cincuenta kilómetros de Badajoz. «No hagas esos movimientos. Se te puede abrir la herida. ¿Duermes bien?» Una afirmación con la cabeza; tenía todo el día para dormir. «Padre, quítate esa barba. Te hace demasiado coronel.» «Digo por la noche. Tienes ojeras.» Y yo, cuando los celadores habían vuelto a alejarse: «Miguel, necesito las señas de Orestes.» Nuestra madre continuó con sus solicitudes; le pregunto si se le había acabado el jabón, si tenía pasta de dientes, si quería otra toalla porque ya estarían sucias las que se le mandaron; y Miguel: «¿Qué tal Juan?» Y Laura: «Bien, muy bien». «Se acabó, señores. Hagan el favor de salir, porque ha de entrar otro turno.» En la calle, tenemos la sensación de haber malbaratado el tiempo. Un hombre y una mujer, detrás de nosotros, lloran por los que ya habían sido asesinados o por los que lo serán esta noche o mañana. «Me voy, no quieto dejar a Juan solo más tiempo del necesario.» Mi madre llora lo que no ha podido llorar en la cárcel y el coronel, en su sillón, se sumerge en un baño de remordimientos, y temores.

—¡Pianista! Pianista hasta con melena.

Las radios pasan de los noticiarios a *Cascañueces*, a «Aunque tú me has dejado en el abandono», a discursos encendidos. Orestes apareció por el Juzgado, y me contó todo lo que Miguel no había podido o no había querido contarme: que le dieron el mando de una batería a pie, que formó en vanguardia porque no se fiaban de él, que aguantó los primeros tiros hasta que se encontró con sus hombres cogidos entre dos fuegos, que les dijo que quedaban licenciados cuando todavía estaban combatiendo otras baterías. «Y de los cerrojos, ¿qué?» Orestes se llevó la mano al cuello para tirar del pañuelo blanco. No sabía bien lo que pasó; debieron conseguir otros del cuartel de zapadores, del de antiaéreos... «¿Y la herida?» Su cara de proxeneta se animó, volvió a tirarse del pañuelo del cuello y se ajustó el mono azul que había sustituido al uniforme. El capitán Adoración, que fue el que le oyó mandar a su casa a los

artilleros, le quiso matar aunque el que se la cargó fue él, porque un cabo le sacudió un tiro en la cresta. «¿Y tú has visto todo esto?» Orestes agitó la cabeza y fue capaz de enrojecer voluntariamente. No había podido volver a Campamento, pero todo era verdad y él declararía lo que fuera necesario y buscaría a los compañeros, a los que habían sido testigos, y me lo juraba por la salud de su madre. «Que me muera yo y que se muera ella y que se muera mi hermana...» «Testigos, testigos de presencia. Los de la batería que estuvieron allí.» «Y yo, aunque no lo haya visto, porque diré que estuve.» Y otra vez repitió que era la verdad, por la salud de su madre. Pero aunque encajaba con su carácter, no me lo acababa de creer porque no había presenciado nada y resultaba inverosímil que hubieran puesto a mi hermano al frente de la batería que iba en vanguardia. Pero todo era posible tratándose de Miguel, todas las contradicciones y las dudas: la necesidad de sentirse culpable, el ansia de pureza, que hubiera elegido como asistente a un embustero que vivía de lo que sacaba a su hermana puta y que mezclaba su turbiedad a la que había en mi hermano. Todo era posible, pero no me lo acababa de creer. Orestes mentía demasiado, mentía hasta cuando mentía, hasta cuando no quería mentir y admiraba a Miguel y acaso mentía porque creía que le ayudaba.

Al fin, di con Antonio. Frente a su casa, en la calle Pizarro habían instalado un hospital de sangre del que salía olor a ácido fénico y quejidos, y al que llegaban camiones, coches, ambulancias y autobuses. Me abrió el propio Antonio, que había adelgazado y tenía mala cara a pesar de una semana al aire libre, y me condujo al despacho, cuyos dos balcones daban a la calle Pizarro frente por frente del hospital. Ya sabía lo de Miguel pero me costó mucho tiempo que olvidara sus preocupaciones por la composición del nuevo Gobierno, las luchas entre las dos facciones del Partido y la falta de medios para combatir a los sediciosos que, por desgracia, no eran tan sólo los militares ni la extrema derecha. Los gritos de un herido se metían por los balcones, monocordes, duros, semejantes a ampollas de dolor que explotaran al otro lado de la calle. «Perdona, perdona, pero eres la primera persona con quien puedo hablar libremente de esto. La verdad es que me cuesta trabajo creer que se sublevó.» «Pues se sublevó. De eso no hay duda.» En mangas de camisa, a causa del calor, iba y venía a grandes zancadas desde los balcones al sofá y de éste a aquéllos, exhibiendo unos tirantes anacrónicos y crispando la cara a cada grito del herido. Yo le miraba con irritación porque no me prestaba el interés que debía, porque dijo que creía que Orestes decía la verdad a pesar de las contradicciones, que no eran fundamentales ni se referían a la conducta de Miguel sino que tenían por objeto ocultar sus propias cobardías. «Tú crees a ese embustero porque conoces a Miguel, pero ya me dirás si los miembros del Consejo de Guerra...» «Haremos que lo conozcan demostrando quién es y qué ha sido. Y aleccionaremos a Orestes para que no se nos venga abajo en los interrogatorios.» «Tú no conoces a Orestes.» Esto no lo oyó y no porque gritara el

herido sino porque estaba presente a medias, como pude comprobar segundos después, cuando volvió a la situación angustiosa del Gobierno, a que no había ni un solo regimiento con soldados, a la penuria de armas y de municiones, la falta de mandos, la cortedad de visión de Largo Caballero. Le detuvo otro grito, mezcla de aullido ronco y eructo estentóreo, y se quedó en medio de la habitación, con la cara arrugada y los párpados fuertemente cerrados y, cuando el grito se extinguió, dijo que ese pobre lo estaba pagando en su carne, como tantos otros de los dos bandos. «Está pagando en su carne el cerrilismo de las derechas y nuestras torpezas y nuestros errores, comenzando por la locura de la revolución del treinta y cuatro. Anda, ven conmigo.» Me llevó al cuarto de estar en el que había huellas de su mujer, unas agujas de hacer punto, una manga de un jersey gris, un cesto con ovillos de lana y un patrón recortado en papel de periódico. Allí añadió que se había pasado toda la noche quejándose porque tenía deshecha la región lumbar y no podían inyectarle morfina. Después, volvió a las zancadas, mientras me decía lo que pensaba hacer por Miguel, que era lo mismo que podía hacer yo por mis propios medios: hablar con Azaña, del que mi hermano había sido ayudante, con el ministro de la Guerra, con el de Gobernación y el presidente de las Cortes. Su voz se perdía al alejarse, se acercaba al pasar junto a mí y se volvía a perder en la otra dirección. «Moveremos a todos los que sea menester. Y demostraremos que se sublevó contra la dictadura y que no quiso disparar contra los huelguistas en octubre. Haremos que le juzguen por lo que ha sido siempre y no por lo que ha hecho en un momento de confusión, si es verdad que se sublevó, porque yo no acabo de creérmelo.» «Pues créetelo y ten por seguro que ya ha declarado que se sublevó.» «Entonces, tendremos que convencerle para que se retracte.» Se paró frente a mí y se palpó la cicatriz de un sablazo que recibió en una huelga prehistórica, en la que participó con Besteiro y Largo Caballero, despeinándose la melena y dejando en su coronilla una especie de plumero canoso. «Pero, además, habrá que vestir el santo de alguna forma. Por ejemplo, firmando una declaración de adhesión al Gobierno... Pero, ¿qué demonios le ocurriría? Es algo que no consigo entender. En fin, iré a verle, le llevaré redactado el escrito, le haré hablar...» Y otra vez a la calle; dejé atrás los gritos del herido y la cola de mujeres que esperaban la hora de la visita. Regresé a casa, a la esperanza oscilante de mi madre y al comentario del coronel: «Si todos los socialistas fueran como Antonio yo también lo sería.» Y una comida más en silencio, mirando el lugar que ocupaba Miguel, en el que se esperaba que, de un momento a otro, reapareciera su frente aborascada y su mano ensañándose en las migas.

Ofrecimientos de los amigos del café. Arango conocía al actual ayudante de Azaña, Rosas a alguien que tenía un cuñado artillero que se había sublevado en Vicálvaro y ya estaba en la calle porque era amigo de otro que, a su vez, lo era de un ministro. Sanabria conocía al general Pozas y a su mujer y hablaría con ellos en el

momento oportuno. Y hasta Pedro Martínez tenía un amigo que era primo... Y le tocó la guardia a mi Juzgado a continuación del de Sanabria, que no había abdicado de su traje negro y su cuello duro y que tenía tan mal aspecto como Pedro Martínez el día del entierro del juez de Hortaleza. «Mira. Aquí tienes ya una lista. Las nueve y son más del doble de los de ayer.» Una lista con los nombres y los sitios donde estaban; Molina, el secretario cuya cara tenía color de trasero, no se atrevió a faltar y me aconsejó que no me moviera de las Salesas porque no podría continuar la investigación sin significarme y poner a todos en peligro... «No conduce a nada que vaya.» «Conduce a no empezar aceptando la impunidad y a cumplir con nuestra obligación», replicó Sanabria con aspereza. «Es un disparate. Los ánimos están cada vez más excitados y usted mismo ha dicho que hoy hay ya el doble que ayer.» «Y usted tiene miedo de acompañarle.» «Déjale, no me va a acompañar. Iremos Espinel y yo.» «Tiene miedo y, además, no se da cuenta de que no podemos transigir ni dar la sensación de que se ha roto la legalidad porque nos hundiríamos y la opinión mundial...»

Entró un guardia con tercerola, con un mono azul y un brazalete tricolor. «Hay un señor que ha preguntado por el juez de guardia.» Y apareció Bonilla, el médico del quinto, con las gafas tan sucias que parecían de cristal esmerilado y el estuche del fonendoscopio bajo el brazo izquierdo. «Se han llevado a mis hijos», anunció, dirigiéndose a mí. «Los han detenido anoche en casa de mi cuñado y estoy buscándolos desde las seis de la madrugada. En su casa me han dicho...» «¿Quiere venir conmigo? Precisamente...» «¿Es una lista?» Bonilla me la arrebató y se le cayó al suelo el estuche del fonendoscopio, se limpió las gafas con la corbata, recorrió dos veces el papel, me lo devolvió y me miró, mientras yo me decía que había tenido que ser Andrés. «Por favor, léamelo.» Le expliqué que no era una lista de nombres sino de lugares donde habían aparecido muertos y repetí que viniera con nosotros, pero él dijo que no tenía valor. «Llámeme cuando los encuentre.» Espinel tuvo que alcanzarle para darle el estuche del fonendoscopio. «Gracias, muchas gracias.» No encontraba la salida y arrastraba los pies. Sanabria, después de unos minutos de silencio como los que se guardan antes de preguntar de qué murió, o cuándo, o cómo, se dirigió a Molina: «¿Y todavía quiere usted que nos crucemos de brazos?» El chófer anunció que ya estaba el coche. «¿Amigo tuyo?» Sí, y vecino y el médico de mi padre, el que le había tratado la bronconeumonía del invierno pasado. «Anda, empieza ya, porque cuanto antes acabes mejor.» Ya estaba preparado Espinel, con su corraje, su nuez prominente y su carpeta azul donde había guardado la lista. Y fuera, a la puerta, el coche negro con el letrero «Juzgado de Guardia» que antes inspiraba respeto y que ahora... «Si le parece, seguiremos el orden de la lista.» Bonilla bajaba por Bárbara de Braganza, arrastrando los pies, con el fonendoscopio bajo el brazo y la corbata colgando de uno de los bolsillos. «¿Quiere dejarme la lista?» Andrés, no

día ser otro. «Carretera del cementerio del Este, dos.» Nos acompañaba un guardia sentado delante de mí, con la tercerola entre las piernas, el pelo ligeramente canoso y la gorra hundida hasta las orejas. «Al cementerio del Este.» Mi dedo recorría la lista, los números junto a cada lugar, cinco, dos, tres, uno, dos, cinco, tres. Serían iguales a todos los que había visto antes, como el que se suicidó tirándose al paso de un mercancías cerca de Atocha, o la mujer de Nemesio Corzo, o tantos y tantos ya... Iguales, pero ¿quiénes? Algún compañero, un amigo, un vecino de casa, un abogado conocido o un hombre desconocido pero con una de esas caras singulares que se quedan grabadas como un sello en relieve, aquel que acudía al café y que tenía un rostro cuadrado, con unos ojos saltones cuyos glóbulos oculares sobresalían y podían verse hasta cuando estaba de espaldas, los hijos de Bonilla que parecían gemelos. No, no sería igual, no sería igual en nada, se me revolvería el estómago y acabaría vomitando porque si Sanabria, con seis años de experiencia profesional más que yo... «Solares junto a las cocheras de los tranvías, en Vallehermoso dos. Carretera de Extremadura, junto a las tapias de la Casa de Campo, detrás del ventorrillo Casa Paco, tres. Tapias del cementerio de San Isidro...» Hubiéramos debido preparar el itinerario pero ya habíamos dejado atrás la plaza de Manuel Becerra. Cinco y dos, siete, y tres, diez, y tres, trece, quince, dieciocho, veintidós, veinticinco... «Son sesenta y tres, en total. Los he sumado antes.»

La lista fue a parar a la carpeta azul y la nuez de Espinel subió hasta desaparecer bajo la barbilla y volvió a descender, y a subir y a descender; la piel de la nuca del guardia se estremeció como si fuera la de un caballo que tratara de espantar un tábano. «Allí tenemos a los primeros.» Vimos un grupo de diez o doce personas a la derecha, a unos cincuenta metros de la carretera, en mitad de un barbecho invadido por los desperdicios de los marmolistas. Tenía que mirar desde el primer momento lo que más pudiera impresionarme, un vientre agujereado, una cabeza abierta de la que se salía la masa encefálica, una cara deshecha, sin facciones reconocibles. Pero a donde tenía que imitar era al suelo para no tropezar con los pedazos de mármol o de piedra de Colmenar. Por encima del grupo se veían los árboles de la avenida de entrada, fatigados de tanto verano, y las edificaciones del cementerio, con la torre de ladrillos con forma de proyectil, fea hasta producir dentera. Entre los mirones, una mujer casi enana con las piernas torcidas, un viejo con un bastón de nudos, otra mujer con un niño de un año a horcajadas sobre su cadera y varios marmolistas con gafas para protegerse los ojos. El guardia nos abría paso: «Vamos, apártense.» Espinel apretaba la carpeta y los labios. Y aparecieron los zapatos, los pantalones, las manchas, la boca abierta y el diente de oro; unas gafas rotas junto a una mano con los dedos engarabitados sobre la tierra. Tres boca arriba y uno de costado, doblado por la cintura, y otro con la oreja chamuscada. Iguales a los otros, distantes, indescifrables como puertas cerradas, marcados de suerte que era imposible imaginar que pudieran

levantarse y volver a hacer sus estos peculiares, a frotarse las manos, a sacudirse el polvo, cojear, ajustarse las gafas. «Allí hay otro», dijo una voz a mi derecha; y yo: «Apunte su descripción y trate de identificarlo si llevan papeles encima.» «Hay otro, una mujer.»

El viejo me tocó el brazo y señaló a un poste de una línea eléctrica; trotó a mi lado, para no rezagarse, y llegamos al poste por un camino bordeado por cardos secos. Estaba boca arriba, con las faldas levantadas enseñando los muslos blancos, firmes; sin zapatos, joven, con los ojos abiertos y una mosca recorriendo la córnea y pasando sobre la pupila. El viejo se agachó para espantarla, recogió los zapatos para ponerlos juntos, a la altura de sus pies, le bajó las faldas: «Veinte años y una buena moza. Mire, no sé quién será usted pero me da igual; ya puede ser una autoridad... Ellos no tienen perdón y ustedes no tienen vergüenza si son consentidores... Mire, ¿sabe lo que le digo? Si esto es la revolución, ¡mierda para la revolución! Y denúncieme... Llame a ese flaco para que escriba que he dicho mierda para la revolución y que me cago en todos.» La mosca había vuelto al otro ojo y se ensañaba en el lagrimal. Entre tanto había llegado un camión junto al grupo. El guardia registraba los bolsillos, recogía carteras, Espinel apuntaba los nombres cuando aparecía algún documento, anotaba la descripción con una letra alterada, grande, pequeña: «Hombre de unos cuarenta años, pelo negro, ojos negros.» En realidad no era un camión sino la furgoneta de reparto de una tintorería, con un anuncio en cada lado: «Limpieza y planchado. Lutos en doce horas.» La mujer medio enana: «A las cinco, y uno de éstos gritó arriba España y se puso a cantar hasta...» Y la mujer del niño: «Que se jodan, por fascistas. Una, muerta de hambre y ¡Mire usted qué reloj y qué anillo! Y yo sin leche para criar...»

En Vallehermoso, junto a las cocheras de los tranvías, no eran dos sino cinco, y doce entre los pinos de la Dehesa de la Villa, cerca de un merendero donde estuvimos los dos y ella pidió riñones al jerez. Iguales, la mayoría con los ojos cerrados y la boca abierta, algunos en pijama y zapatillas. El merendero estaba cerrado y a nuestra espalda se alzaba la escuela de La Paloma. «Mire, eso es el cuartel de la Milicia Acero, del Partido Comunista.» «¿Quiere usted decir que éstos son los autores de los doce asesinatos?» «No lo creo.» «¿Podríamos tomarnos un bocadillo?» «Y una cerveza.» Entramos en un bar, en la misma calle de Francos Rodríguez y pedimos cuatro bocadillos y cuatro cervezas, pero Espinel y yo nos dejamos la mitad de los nuestros. Llamé a Bonilla, que no estaba en su casa aunque oí las lamentaciones de su mujer.

Hacia las seis y media habíamos levantado ya cuarenta y uno, y los últimos, los de la carretera de Extremadura, tenían hinchados los vientres y las caras; Espinel y el guardia se tapaban la nariz con sus pañuelos y parecía que los estaban llorando; yo, a unos metros, releía las descripciones: «Joven de unos veintidós años, pelo castaño

oscuro, traje gris, chaqueta de pijama a rayas azules; hombre de cuarenta años, pelo rubio con canas en las sienas, bigote más oscuro, color bronceado.» Descripciones que podían aplicarse a miles de personas. El camión de la tintorería los llevó al cementerio de San Isidro y nosotros seguimos en el coche porque las tapias de atrás figuraban en la lista; seguimos y adelantamos un coche fúnebre, seguido por un grupo de gente de la clase media. Pero no había ningún cadáver. «Vamos al depósito.» «Hay impactos en la pared y manchas en el suelo.» Al depósito, subiendo por la carretera que serpenteaba; árboles, yedra, vencejos cortando el cielo. Sentí una voz que me hablaba al oído: «Quisiera enterrarlos mañana, a primera hora.» Y vi a Bonilla, con los zapatos empolvados y la corbata colgándole de uno de los bolsillos de la chaqueta. «No he sido capaz de esperar. Están ahí, están ahí los dos.» Y entró conmigo y con el fonendoscopio bajo el brazo, como si fuera a auscultarlos, los párpados hinchados y las gafas a mitad del caballete de la nariz.

Entre las mesas de cinc había mujeres de todas las edades y muchachos de catorce o quince años que examinaban las chaquetas, las iniciales de las camisas, las medallas piadosas colgadas al cuello, los anillos. Se quedaban cuajados, con los ojos saliéndoseles de las órbitas, o seguían la busca conteniendo suspiros y tragando saliva. De improviso, alguien rompía a llorar y se inclinaba sobre un cadáver tratando de limpiarle la sangre de la cara; una vieja se había cogido a una mano ensangrentada y, junto a ella, una joven miraba y remiraba los zapatos y los calcetines de otro cadáver. Bonilla salió en seguida, tan pronto como me indicó dónde estaban, porque efectivamente eran sus hijos, aunque ya no parecían gemelos. Espinel apuntó los nombres. «¿Y su segundo apellido?» «Hernández. Sí. Hernández, Bonilla Hernández.» «De Falange, ¿verdad?» «¿Cómo lo sabe?» «Lo he supuesto. Pero eso no es motivo... Le espero fuera, con el padre.» La muerte los había separado y había cambiado sus facciones poniendo gestos distintos en sus bocas y variando la forma de sus ojos. Andrés, claro que había sido Andrés. Esto era lo que decía Bonilla, añadiendo que también él había tenido la culpa por no haber sabido evitar que se mezclaran en política; hubiera podido mandarlos a estudiar a Barcelona, o a Zaragoza donde hubieran estado lejos de sus amigos y de Andrés. «Andrés cojo y ellos fuertes y yo sin carácter.» Un sollozo, elogios póstumos, mas reproches a sí mismo. Por encima del río, reducido a charcos, se veían el viaducto, la cúpula de San Francisco y los puentes de Toledo y de Praga. «Vamos, le llevaremos en el coche.» Volvimos al Juzgado y me tendí en el catre aunque no pude dormir azuzado por la muchacha que enseñaba los muslos y por las caras y los vientres hinchados. Eran la consecuencia de la subversión, pero era horrible, eran jaurías de asesinos dispuestos a acabar con mi padre, con Juan, con Miguel, con Molina, incluso conmigo. Y al día siguiente, después de entregar la guardia, a casa, a callar mis aprensiones, aunque con un par de periódicos escondidos bajo la chaqueta. «¿No se sabe nada de Miguel?» «Inés, déjale.

Está agotado.» En mi habitación, una mirada rápida a los periódicos confirmó mis temores y mi pesimismo: una nota del Comité de Enlace de los Partidos Socialista y Comunista y de los dos Sindicatos y la federación de Juventudes Socialistas Unificadas ponía en guardia contra los maleantes que se unen a sus fuerzas y realizan actos de pillaje y de crueldad que no tenía más remedio que calificar de fascistas. Otra del Ministerio de la Guerra ordenando que se presentaran en sus cuarteles los soldados de todos los regimientos de Madrid. «Bombardeo en la Sierra. Dos bombas caen en un preventivo antituberculoso para niños.» Antonio Ruiz, incorporado a su cargo de concejal, trabajaba en asegurar la normalidad del abastecimiento de Madrid. «Zona de guerra a partir de Villalba.» «Es necesario un salvoconducto expedido por la autoridad militar y visado por el Comité de milicias...» Y mi madre, a la hora de comer, repetía una vez más que llamara a Antonio, que fuera a verle al Ayuntamiento. «No puedo más. Tengo que verle, tengo que verle.» Más tarde se asomó al balcón, a mirar la cárcel horas y horas. Y Antonio había salido de Madrid y ya no se oían los gritos del herido.

—Que te voy a dar el paseo, ladrón —gritó la sirvienta persiguiendo a Bucarín con un cazo.

Y Jacobo palideció, aunque la palabra paseo iba entrando en el uso diario sin provocar mas escalofríos que los que un perro muerto puede provocar en otro que se acerca para olerle.

—Vamos, muchacho, no le hagas caso. Es una bestia... Y no te preocupes porque mañana, a estas horas, estarás en la Embajada.

Sí, Laura había salido para arreglar los últimos detalles, es decir, para pagar, porque había que depositar una buena cantidad por adelantado. «Son unos cerdos.» Laura llegó; ya estaba todo preparado, vendrían a las nueve con el coche del embajador, tenían que hacer la maleta. Jacobo suspiró. «¡Ánimo. Sólo doce horas!», pero se volvió a hundir. Y Laura acosó a su marido. «Juan, Juan, ésta es nuestra última oportunidad.» «No. No me da la gana esconderme.» Ella, con un tono angustiado, con rencor, con una admiración desesperada y una expresión de derrota, de que se sabía vencida de antemano: «Juan, no tenemos otra solución. Y es tu vida...» «Me importa más mi propia estimación. No me han ido las cosas tan bien como para tirar por la ventana la poca que me queda.» Y yo, mediador: «¿Queréis que os acompañe?» «No», zanjó Juan, «lo que quiero es que te largues a la calle de la Princesa».

Al día siguiente, el coronel me preguntó si había ido bien todo y reconoció: «Ese hombre tiene valor», pero nuestra madre rectificó en seguida: «Lo que tiene es que es tan tonto como tú. Ya verás a dónde le lleva el valor. A dejar viuda a tu hija.» «Pues eso es valor.» Sonó el teléfono pero no era Luisa sino Langa: «Vente inmediatamente por aquí.» Supuse que se trataba de Miguel y que serían malas noticias, más malas

noticias. No bastaba que ella hubiera vuelto con el otro, que era lo que significaba su silencio, ahora se trataba de Miguel, que habría hecho lo que menos le convenía y lo más difícil de remediar.

Langa me esperaba a la puerta del Ministerio, junto a un coche en el que ya se habían acomodado un soldado y el conductor. «Sube. Hablaremos por el camino.» Nos sentamos sobre unos asientos que ardían; el coche echó por Recoletos hacia Colón, mientras Langa chupaba la pipa y agitaba la cabeza. «¿Quieres hablar de una vez?» Una blasfemia entre dientes y un chupetazo gorgoteante: «Otra gracia de tu hermanito. Me ha llamado Antonio Ruiz. Le ha ido a ver... ¡Mira! El pueblo en armas.» La pipa señaló con la boquilla una columna de camiones con hombres con fusiles y puños en alto saludándonos, aunque parecía que nos amenazaban. «Y yo también le he visto, he hablado con él... Veinte mil fusiles en manos de estos insensatos que no los saben ni cargar. Se los tuvimos que dar para que nos defendieran y ahora no podemos quitárselos. Y aunque se los quitáramos tendríamos que devolvérselos porque son los únicos que no nos hacen traición. Bueno, le he visto y se ha negado, se ha negado. ¡Está loco! El Gobierno ha ofrecido la libertad a todos los que firmen una declaración de adhesión y se incorporen al Ejército. Y él, se ha negado, ¿me oyes?» Me miró, haciéndome destinatario de su indignación contra Miguel. «¡Pues no dice que no quiere que le den un trato distinto que a los demás!» Ya estábamos en el paseo de la Castellana. «Sólo han firmado tres. Y puedes decirle a Antonio que desempolva la toga porque va a haber Consejo de Guerra.» Dejamos a la izquierda el paseo del Cisne por el que bajaban tres coches con milicianos armados. Se había negado a firmar, pero claro está que no me sorprendía y no sería eso lo peor, lo peor iba a ser que se negaría a seguir el plan que teníamos esbozado para defenderle, y no nos dejaría ni hablar. Pasamos junto al monumento a Castelar, con sus tres mujeres desnudas, su medio cañón y sus artilleros apuntando hacia Chamartín. «¿Cuándo le juzgarán?» «¡Yo qué sé! Ahora las vamos a pasar negras para sacarle de este lío. Por si no fuera bastante el otro. ¡Está chalado!» Y ya estábamos a la altura de la estatua de Isabel la Católica, el hito que, en otros tiempos, marcaba el confín de la libertad; a la izquierda, el hipódromo, a la derecha chalets y el asilo de San Rafael y enfrente, en lo alto, las cuatro torres del colegio donde nos esperaban las sotanas y el olor de la gasolina con que limpiaban las escaleras de madera. Miguel, al ver las torres, pegaba la cara al cristal del tranvía o del taxi y ya no volvía a hablar.

Consejo de Guerra, Antonio con todos sus años, con su enfermedad, sus ocupaciones en el Ayuntamiento y sus viajes para abastecer Madrid. Pero ¿quién lo iba a defender mejor? Langa estaba diciendo, no sé desde cuándo, que el Ministerio era una casa de putas, que el ministro no tenía autoridad, que ya no iba por allí porque había presentado la dimisión pero no le habían sustituido para no cambiar de ministro

en quince días. «Va a acabar pegándose un tiro porque tiene un hijo con éstos y la mujer y las otras hijas con los otros y a estas horas no sale si viven o si los han asesinado.» Llegamos a la ronda y la Maestranza de Artillería. «Y yo voy a durar menos que un caramelo a la puerta de una escuela, porque han nombrado a un Comité del Frente Popular que no se fía ni del cuello de su camisa y menos aún de las caquis, como no sean de algún partido. ¡Una casa de putas! ¿Sabes a dónde vamos? A convencer a los de la Milicia Acero para que manden al Alto del León todos los hombres que puedan. Hay que recobrarlo porque los otros han tomado San Rafael.» Ya estábamos en la Glorieta de Cuatro Caminos, bajo la maraña de cables de los tranvías. San Rafael. Sentí un apagón interior y la frente y la nuca fueron cubriéndose de un calor sudoroso que nacía dentro de mí y que iba creciendo a medida que comprendía las consecuencias que podían derivarse de que hubieran tomado San Rafael. La voz de Langa se alejó y empezó a llegarme como a través de una pared acolchada. Veía la pipa en un rincón de su boca, y también el cogote del conductor y un grano en el del soldado que llevaba el fusil, pero sobre todo veía la maraña de los cables, que era lo que estaba mirando cuando habló de San Rafael. «No tenemos ni un soldado. Sólo milicianos como los que has visto antes, aunque éstos parece que están recibiendo... Pero ¿que te pasa?» Ya no oíría su voz que me dejaba sin habla hasta cuando me llegaba enfriada por el teléfono. «Es el calor.» «Sí, verdaderamente hace un calor infernal.» Ni sus ojos separados, su melena, su boca expresiva. «Hay que evitar que ocupen las alturas porque nos las darían todas. Pero ¿cómo y con quiénes? ¡Qué pálido estás! ¿No te encuentras bien? Pues lo siento, porque no puedo perder tiempo llevándote a tu casa.» Su voz, su voz anhelante y sus labios flexibles; bastaba un ligero cambio en las comisuras para que variase por completo su expresión. «Ya te he dicho que es el calor.» «Bueno, a lo de Miguel. Me he enterado de que en el comité del Ministerio de la Guerra hay un representante del Partido Socialista sobre el que tiene mucha influencia Antonio Ruiz. Hablaré con él en cuanto vuelva de la Milicia Acero. ¡La Milicia Acero! ¡Qué ingenuidad! Como si los hombres...» Ahora estábamos ya en la calle de Tetuán, la calle que recorrimos en un taxi camino del merendero de la Dehesa de la Villa donde ella pidió riñones al jerez. ¡Se acabó!, me dije. Se acabó. Se acabó. «Antonio está al corriente de todos estos follones pero debes volver a hablarle.» Los cables, los riñones al jerez. Me oí decir, en un tono que apenas reconocí, que me dejara en la esquina y oí a Langa preguntarme algo, al tiempo que el coche se detenía para dar paso a un desfile de muchachas de las Juventudes Socialistas y yo, sin saber a qué, contestaba que sí y tenía la sensación familiar de que veía el mundo con un solo ojo, de que no me quedaba más que un oído, un pulmón, medio corazón, la mitad del cerebro, mientras la otra mitad, la que sostenía a la que quedaba, parecía una cáscara, la piel de una serpiente a punto de caérseme. Bajé por Bravo Murillo chocando con la gente y

recibiendo empujones: «¿A dónde va? ¡Ya podía mirar por dónde pisa!» Tomé un tranvía del que me apeé a la parada siguiente, porque era preferible andar por ahí a encerrarme en mi cuarto para hurgar nostalgias o rumiar conjeturas, para lloriquear en seco o llorar de verdad. No, yo no vuelvo a casa ni para comer. Una taberna, en la que pedí un plato de carne con patatas, que no hice sino aplastar y masticar con desgana, masticando recuerdos.

—¡Ahí vienen! —anuncia el teniente de navío. Y estiramos los cuellos y torcemos las cabezas para oír. Las pisadas, la pregunta de siempre: ¿seguirán o se detendrán? y, en seguida, otra que va más conmigo: «¿Me vería cuando pasó delante de la puerta de nuestra celda?» Se detienen, suenan la cerradura y los goznes, y entra un hombre que se queda de pie en el centro, parpadeando, aislado por el silencio de los demás. Tiene una cabeza calva con una forma irregular, unos pantalones manchados de barro, un desgarrón que deja al descubierto una rodilla, una chaqueta con los bolsillos abultados. Su mirada recorre toda la habitación saltando de cara en cara hasta que dice: «Ya me parecía a mí que no me traían a la Cárcel Modelo.» Mendoza: «Es lo mismo. No hubiera estado más seguro allí.» Se estremece y dice: «Total, que de Málaga a Malagon», y se sienta en el sitio de Ortega, se tapa la cara con las manos y sigue con ella tapada cuando Mendoza le advierte que no hubieran podido llevarle a la cárcel porque todo el barrio ha quedado en la línea de fuego. La rodilla de la pierna derecha asoma por el desgarrón, redonda, como otra cabeza calva más regular que la verdadera. Tiene las manos cuidadas y la señal de un anillo en un dedo. Otro estremecimiento. «¿Frío?», le pregunta el estudiante, pero dice que no, se descubre la cara, pálida, y, con los carrillos hinchados, vomita y sus arcadas suenan como si estuviera diciendo «¡Uuuuuubeda, uuuuubeda!»; se limpia con un pañuelo y vuelve a sentarse. «¡Nos ha fastidiado! ¿No ha visto el cubo?», dice uno de los gemelos mientras el otro mueve los labios de manera que apenas se sabe cuál de los dos es el que ha dicho «¡Nos ha fastidiado!». «Ahora vamos a tener la vomitona todo el día ahí.» El profesor protesta: «Bonito recibimiento para un desgraciado que acaba de resucitar.» El calvo sigue pálido, secándose el sudor y la boca y sonándose con un pañuelo que tiene una orla negra: «¿Que acabo de resucitar? ¿Cómo lo sabe?» «¡Bueno, no lo sé! Pero supongo que no viene usted del paraíso.» Todo el garaje está lleno del olor agrio. El profesor se le acerca contorneando la vomitona, se enjuga la eterna gota de la punta de la nariz y se acuclilla ante él. «¿Y de dónde viene usted, en realidad?» El calvo levanta la mirada por encima de su pañuelo y se estremece. «¿De dónde vengo? De dónde vienen los resucitados.» Y baja los párpados, como dos pequeños telones que pusieran fin a un drama. «Eso es, del otro mundo», repite, mientras se inclina hacia su derecha, retira los trastos del viejo para coger la manta, doblarla en dos y tenderse sobre ella boca arriba. Y yo me veo vomitando, en el cuarto de baño de la casa de Jorge Juan, en el sótano de la casa de la calle de la Princesa, en el metro de Progreso, entre Sanabria y Pedro Martínez; y veo también, sin la menor ilación pero con un vigor punzante, las dos caras de mi compañero de Chamartín, la que tenía cuando era un niño y la otra, la de Toledo, separada de la primera por veinte o veintidós años; la cara que reconocí en seguida porque seguía siendo el mismo Abrantes, con el belfo caído y unas cejas de un dedo de grueso.

Siento un malestar semejante al que anuncia una enfermedad con fiebre, un bochorno que me incendia la cara. El pasado me ataca con todos sus medios... Pero a buenas horas, a buenas horas todo. Lo que va a evocar y a destruir está ya condenado, tan condenado que desaparecen las facciones, la cara con bultos, las cejas y hasta mis náuseas y mi bochorno. «¿Quieres decir que se arrepintieron en el último momento?», pregunta el profesor, y toca la rodilla del calvo y espera, siempre en cuclillas y vuelve a repetir la pregunta y se levanta. «Se ha dormido», comenta. «O no quiere contestar. Desde luego tiene que venir del otro mundo.» El capitán extiende una mano: «Un momento, un momento... ¿Oyen ustedes?» Sí, oímos cañones pero muy lejos, por los Carabancheles o más lejos aún. Poco a poco, sin embargo, van oyéndose más hasta que se despierta todo el frente y el capitán se frota las manos. «¿No les decía yo? Con que tengamos la suerte de sobrevivir un par de días...» Los estampidos se acercan; deben estar bombardeando el observatorio que hay en la Telefónica; la puerta acusa la proximidad de las explosiones y el calvo debe estar percibiéndolas porque se agita, se mueve a sacudidas, su frente se arruga, sus labios se aprietan y sus puños se cierran sobre el pecho. Pero quizá no sea por los cañonazos sino porque el drama que no nos ha contado sigue desarrollándose detrás de los telones de sus párpados; parece que se van a levantar y que vamos a presenciar un duelo a espada con uno de los duelistas cayendo muerto. «Con un par de días, salvados.» «Usted siempre tan optimista», dice el profesor con su voz de acíbar pastoso. «Y usted tan gafe. ¿Está sordo? ¿No los oye como los demás?» «Pero ¿quiere decirme cuántas veces los hemos oído ya y no ha pasado lo que tenía que pasar?» «Alguna vez pasará. Y ¿por qué no va a ser ésta?» «Es encomiable su moral, pero no le sirve de nada porque va contra el más elemental cálculo de probabilidades.» «¿Se quiere callar de una vez?», grita el capitán, y despierta el calvo, que se incorpora con una expresión de terror leporino. «¿Qué ha sido eso?» «Nada. Una discusión. Una discusión que se ha terminado», contesta el capitán. Y el profesor se encoge de hombros y yo observo las manos del calvo y pienso que, a pesar de ellas, tiene aspecto de rico de pueblo pero que es diferente de los demás aunque tenga algo en común que hace comprensible que esté aquí y que le vayan a dar el paseo. «¿Qué busca usted?», le pregunta al estudiante que se ha acercado a los trastos del viejo. «Esto», contesta señalando las tres novelas policíacas y volviendo a su sitio, entre el conde y el seminarista. El primero, el conde, coge una, la que no tiene tapas, la abre, lee a saltos en distintas páginas, busca el final, sonrío y deja caer la novela. «Es curioso. La misma que estaba leyendo cuando me detuvieron», dice, cerrando los ojos. «Las leía como quien se pone morfina.» El profesor me mira: «Aquí todos somos morfinómanos, pero de distintas morfina.» «Se incluye usted por cortesía, ¿verdad?» «No del todo.» «¿Y cuál es su morfina?» «Hablar. Hablar, y después, refutarme a mí mismo todo lo que he dicho... O confirmármelo.» «Supongo

que lo primero sucederá menos veces que lo segundo.» «No, no. Resultaría muy aburrido, como si jugara al poker sin contrario. Verá... Antes de que esto empezara estaba preparando un libro sobre historia... Bueno, más bien sobre filosofía de la historia. La tesis es que hace falta estar loco para encontrar que tiene sentido, que avanzamos y que vamos a alguna parte por nuestra voluntad o en contra de nuestra voluntad.» Se detiene, se suena con estruendo, me mira como pidiéndome disculpas por repetirle al conde lo que me dijo a mí; sonrío y añade, siempre en tono de excusa y de zumba contra sí mismo: «Es mi morfina», y se pone una buena dosis, bien recargada de pesimismo, de anécdotas sobre la crueldad, las hipocresías, las maldades. «Amigo mío, su morfina tiene más sublimado corrosivo que morfina.» «¿Le parece a usted.» Yo creo que lo que no tiene es edulcorantes.» «Pero no toda la historia...» «No, toda no es edulcorable, y la poca que lo es resulta como el contraluz que hace destacar más las sombras de la restante. Verá usted, por ejemplo...» Ahora vienen los contrastes ilustradores, es un coleccionista de ellos, un historiador del claroscuro. «Por ejemplo, la historia que se escribirá de todo este período. ¿Cabe más contraste entre el ideal de éstos y los medios para defenderlo?» Es verdad. Yo mismo y lo que me sucede ¿no es una serie de contradicciones irreconocibles? Y Antonio Ruiz, Miguel... Al otro lado, los dos gemelos hablan entre sí produciendo chasquidos con la lengua y los labios. A mi derecha, el capitán se mete la mano por la bragueta desabrochada y se rasca el pubis arrancándole un ruido áspero; el estudiante está leyendo, el teniente de navío ronca. La autocompasión alterna en mí con la sensación de que soy culpable, o por lo menos, de que no soy inocente. Pero ¿por qué? ¿Por qué me ha de pasar esto a mí? ¿Qué he hecho, o qué he dejado de hacer? ¿No ayudar a Abrantes? ¿No jugarme la vida por él? Me rebelo, lloriqueo dentro de mí, me resigno. Un castigo justo, un atropello, un azar, cinco días aquí sin que den conmigo. Es difícil, todo está trastornado. Los facciosos siguen atacando para completar el cerco, hay detenciones, bombardeos, me deben estar buscando todos: Antonio, Langa, Sanabria, Laura y su marido, ella misma, tal vez hasta el propio Norte.

—La comida.

El calvo se apropia de la cuchara y el plato del viejo; ya no queda más que el jabón. Devora las lentejas, se bebe el caldo, se come lo que dejan el profesor y el teniente de navío, su cabeza hace pensar en las dificultades obstétricas por las que pasó su madre al traerle a este mundo. «No había comido desde anteayer a mediodía. ¿Qué es esto?» Se palpa uno de los bolsillos y saca de él un paquete con el papel manchado de grasa; es un bocadillo de jamón. Todavía hay jamón por los pueblos mientras falta de todo en Madrid. Le da un mordisco y, con la boca llena, dice que se lo llevó al tren una de sus hijas y que iba a comérselo cuando lo asaltaron. Deja de masticar y escupe el bocado en el suelo. «¡No haga porquerías! ¿No ve que tenemos un cubo para ese y otros menesteres?» Pero no ha oído y sigue diciendo que no puede

comer porque cada vez que lo recuerda se le revuelve el estómago; envuelve el bocadillo en el papel y se lo guarda. «Por lo que veo, le asusta más el pasado que el futuro», comenta el conde, sin que el otro conteste.

Entre tanto, hemos terminado todos de comer y de lavar los platos y las cucharas y la mayoría se envuelve en sus mantas y sus abrigos. «Pero ¿es que van a echarse la siesta?», pregunta el calvo. «Aquí hay tiempo para todo.» «¿Y pueden dormir?» «Depende. A estas horas sí, pero por la noche es distinto.» «¿Por la noche? Claro, ya entiendo.» «¡Qué perspicacia, amigo!» «Entonces, es por la noche, como en mi pueblo.» «Ahora no piense en la noche. Ya vendrá... y ya pasará de una u otra manera.» «En Cartagena también era por la noche.» Si me ha visto el albino al llevar el cubo o cuando pasó por aquí... «En todas partes lo hacen de noche.» «¿Por qué será?» «Porque sus conciencias...» «¿Sus conciencias? ¡No digas tonterías, curilla!» «¿Es que no tienen conciencia?» «¿Es que no tienen...» le remeda el estudiante, «es que creen que hacen lo que deben hacer». El conde dice que no está seguro; si buscan la oscuridad es por ocultarse. «¿De qué?», pregunta el capitán. «De sí mismos y de los posibles testigos.» «No. Lo hacen de noche porque saben que la gente está asustada y no se defienden como de día. En la guerra de África, la tropa reculaba en los ataques nocturnos y había que pararlos a estacazos. Y hasta uno mismo, de noche...» «¡Pero si esto es una cura homeopática!», dice el profesor de historia, «yo no creo que la gente se defienda ni de día ni de noche. Y ellos lo saben...». «Eso es terror precisamente», dice el nuevo que vino con Ortega. «Y a usted, Labayen, ¿qué le parece?», me pregunta el capitán, a quien le he dicho que hay militares en mi familia. «No lo sé. No me he detenido a pensarlo.» «Ha hecho bien. ¿Para qué? ¿Qué más da que le maten a uno de día que de noche?» «¡Hablen de otra cosa, por Dios!» «No es tan fácil. Saque usted cualquier conversación y ya verá como acabamos hablando de lo mismo.»

Están llamando a la puerta, están dando golpes cortos, tímidos, insistentes, diciendo mi nombre de pila: «Tomás, Tomás», la abren, encienden la luz del techo, la bombilla me parece un sol cegador, abren una de las hojas del balcón, me caen encima, como una ducha, Luisa, San Rafael en poder de los otros, el Consejo de Guerra, el ministro trastornado, el Comité en el Ministerio. Me incorporo, veo a mi madre, todavía en bata, con su redecilla y sus tufos, siento su boca ajena en mi frente. Me llama Espinel; sí, me dice que estamos otra vez de guardia porque el juez al que le tocaba el turno está enfermo... «O se ha puesto de acuerdo con el forense... ¡Vaya usted a saber! Y como han quedado tan pocos...» Otra vez la lista, otra vez Molina con su cara de trasero y su gratitud babosa cuando le dije que también en esta ocasión podíamos pasarnos sin él. El coche, el hedor y los curiosos que hacían chistes. «Yo no sirvo para esto», repetía Espinel.

Caras destrozadas por disparos de escopetas con perdigones; agujeros redondos, en la frente, bajo un ojo, charcos de sangre junto a un cuello que ha recibido el tiro en la yugular. «No, señor, yo no sirvo.» Por la noche, los nervios vibrantes de tensión me rompen el sueño con los rostros verdosos y las manchas de sangre. El relevo, por Rosas, con la boca torcida al estilo de Laura pero por miedo y no por irritación, y con un brazalete con los colores de la bandera republicana. «Si la cara que tienes es por lo que has visto... ¿No estás enfermo?» «No, no lo creo, o no lo sé aún.» A casa, a la cama, a hablar con Antonio sobre Miguel, para lo cual he de hacer media hora de espera en la antesala de su despacho.

Nos reunimos dos caras igualmente demacradas y él habla por sí de la situación del país y fuera del país, del problema del terror y las dificultades insuperables para ponerle remedio, que era una tragedia para el Gobierno porque iban gastándose las escasas apariencias de legalidad. «Pero yo vengo a hablar de mi hermano, lo mismo que el otro día. Va a haber Consejo de Guerra.» Ya lo sabía, ya lo estaba preparando, ya había hablado con el representante del Partido en el Comité del Ministerio. Y vuelta al terror, del que sabía tanto como yo y contra el que estaban haciendo todo lo que podían. «Verás», y se inclinó sobre la mesa llena de periódicos, cogió uno, se puso las gafas y me leyó un suelto: «Un imperativo moral indeclinable.» Había llegado la hora de denunciar públicamente las ejecuciones sumarias, las detenciones ilegales, los asaltos y los registros que acababan en saqueos o en insensatas destrucciones; era necesario perseguir a los autores de estos hechos que comprometían la causa del pueblo; cada miliciano debía convertirse en el más celoso guardador del nuevo orden revolucionario; había que poner fin a este caos si no queríamos enajenarnos el apoyo de la conciencia universal; justicieros siempre, pero asesinos nunca. «¿Lo has escrito tú?» «De cabo a rabo. Y con la aprobación de toda la Ejecutiva del Partido.» Pero ¿y los que ya habían asesinado? Los hijos de Bonilla, Ripoll, los desconocidos en las cunetas, en los depósitos de cadáveres, la infección general que se extendía, la sirvienta de Laura diciéndole a Bucarín que le iba a dar el paseo. «No creerás que con ese sueltecito vais a acabar con el terror.» Levantó las cejas, su mano buscó la herida entre la melena, tocándosela como si quisiera estimular su cerebro y, en seguida, dijo que no era sólo el sueltecito, que también se venía difundiendo una nota del Ministerio de la Gobernación. «Aquí está.» Y otro periódico y otra lectura: «Todo grupo armado que, haciéndose pasar por milicias del Frente Popular, realice registros o detenciones arbitrarias será considerado como faccioso. Las milicias deben ser las primeras en evitar tales registros y detenciones...» Y yo, que debían serlo pero que no lo eran y que la nota tenía tan poca eficacia como el suelto. Y él: «¿Y qué quieres que hagamos? ¿Callarnos? ¿Abandonar la lucha? Si aceptamos que tenemos razón, hemos de aceptar también las consecuencias.» «¿Incluso los asesinatos?» Se hunde en un silencio acorralado, surge

en su rostro una expresión de malestar íntimo y, en seguida, otra de resolución, como un movimiento reflejo, y dice que si a mí se me habían atragantado los muertos que había visto era porque no pensaba en los que no veía, en las víctimas de los otros, y que la disciplina era imprescindible porque no se podía luchar si cada uno anteponía sus opiniones personales. Con irritación le repliqué que nunca había sacrificado sus opiniones y su ética a la disciplina y él. «¿Pero con quién estás?» «En estos momentos con ninguno.» Otro silencio, esta vez decepcionado, y vuelta a Miguel, al Comité del Ministerio y a las conjeturas sobre sus miembros: Fulano odiaba a los militares, había un artillero que tal vez nos apoyaría, paisanos de todos los pelajes y partidos. Hizo un repentino gesto de inquietud y dijo: «Te confieso que va a ser difícil defenderle.» La calle seguía con olor a hospital. Mi madre se arreglaba para visitar a su hijo. El locutorio estaba tan lleno que nos dividieron en dos turnos y apareció Miguel, más curtido y más delgado, y se refugió en trivialidades. Ya se le había acabado el jabón, necesitaba dinero, lo podíamos entregar en las oficinas donde él recogería los vales, cada uno tenía lo que se llamaba peculio, gracias por las *Sonatas*. «Hijo, ¿da a alguna calle tu celda?» No, a los patios, sólo veía la chimenea de la fábrica de perfumes. «¡Segundo turno!» La despedida, una como resonancia de alivio en su voz al decir adiós y su nuca y sus espaldas alejándose hasta desaparecer. En la calle, miré hacia la Sierra. Pero, ¿dónde estaba, en San Rafael o aquí? Todo dependía de cuándo lo hubieran tomado, de que hubiera regresado antes. Tal vez había vuelto, pero si había vuelto a la casa de la calle de San Cayetano, me habría llamado por teléfono, a menos que ya estuviera con el otro. En cualquier caso lo podía saber llamando al Partido y, haciéndome pasar por un periodista, preguntarlo, preguntárselo incluso a él; «Soy Arango, del *Socialista*. ¿Puedo hablar con el camarada Norte?». «Búscale en la Milicia Acero.» La Milicia Acero, el cuartel al que había ido Langa. «Se dice que los facciosos han hecho prisionera a tu mujer. ¿Sabes tú algo?» «Ni palabra. ¿Por qué iba a saber...? Pregúntaselo a él mismo.» Cayó sobre mí un chaparrón de celos, de incertidumbre, de temor, de deseos encontrados: el de que no hubiera vuelto aunque no la pudiera ver nunca más y el de que hubiera podido escaparse aunque estuviera rechinando los dientes debajo de su marido. Me habitaba, como una solapada trastienda, el convencimiento de que aunque hubiera subido al tranvía, aunque llegara al cuartel de la Milicia Acero no tendría valor para preguntarle ni al centinela. Bravo Murillo, Tetuán, Francos Rodríguez. Todo esto no era sino una masturbación sentimental; a mi derecha, las voces de mando y las patadas que daban en el suelo los que estaban aprendiendo la instrucción; al otro lado, el pinar donde recogimos veinte muertos y el tejado del merendero donde pidió riñones al jerez. Riñones al jerez a las siete de la tarde, porque le azaraba enfrentarse con un menú al mismo tiempo que con el camarero y con la certeza de que éste sabía lo que íbamos a hacer. El olor se instaló entre nosotros durante la hora y media larga

que estuvimos allí.

Coches, milicianos que pasaban ante la guardia a la que no me atreví ni a acercarme. No iba a meterme en un lío encima de que me había abandonado y me estaba poniendo los cuernos; no iba a pagar mi curiosidad al precio de encararme con el otro y de que se descubrieran nuestras relaciones. Si había vuelto no se lo merecía y si no había vuelto no iba a remediar nada sabiendo que no había vuelto, fuera de romper el dilema entre los dos sentimientos, el del dolor o el de la herida en mi amor propio, acaso menos llevadera que aquél y más resistente a la cicatrización. ¿Para qué verme forzado a elegir entre una pena nada más y una pena sumada a una vejación?

Volví al tranvía, que bajó por Francos Rodríguez y por Tetuán. Desfilaban casas gibosas de dos o tres pisos todo lo más; en los bajos, carpinterías o tabernas o tiendas de comestibles donde aún quedaba algún barril de las llamadas sardinas de cuba, con sus capas y capas de ruedas de sardinas dispuestas en forma de radios; sardina de cuba, la comida de los hambrientos, el emblema de la pobreza que tuvimos que comer cuando la dictadura disolvió el Arma de Artillería. En los pisos altos, persianas desencuadradas, cristales rotos y pegados con papel de goma; anuncios en los balcones. «Sífilis, venéreo», «Hay camas», «Se compran ropas viejas», «Comedor económico: Cubierto 1,10». El Madrid de tercera ante el que ella cerraba los ojos porque decía que aunque lo viera no iba a resolver nada y ya había visto demasiada miseria: «En Rusia, vi manadas de niños que vivían como lobos y tenían unas cabezotas que parecían melones que les iban a tronchar los cuellos.» Los besprizoni que se alzaban a pulso agarrándose a las ventanillas del tren. Y yo ahora prefería hacer el avestruz, lo mismo que ella, pero no por evitarme un sufrimiento sino por miedo. ¿Estaría en San Rafael o estaría con Norte? Mejor lo primero, aunque no volviera a verla, aunque la hubieran matado por ser la mujer del héroe de la revolución de Asturias. Mejor esto que los cuernos, que el otro estuviera disfrutando de sus aleteos, su suave rechinar de dientes y su cabeza volviéndose a uno y a otro lado sobre la almohada.

Abandoné el tranvía casi gimiendo. Ni verla, ni hablar con ella, ni acostarnos; o celos y privación o pena y también privación, pero sin celos. Ya no más omoplatos salientes, ni ojos de distinto color, ni boca grande y sinuosa que era como la pantalla donde se reflejaban sus cambios de ánimo, ni la ternura que me producía su aire desvalido. De Correos salió una muchacha vestida de blanco, con un bolso azul y con los hombros anchos de ella pero con un contoneo provocativo que era todo lo contrario de su caminar desgarbado, con el tronco inclinado ligeramente hacia delante y la melena flotando detrás. En el café, el sofá con las zorras y en nuestra mesa, lo de siempre más Oñoro, que había regresado del pueblo, y Arango con una barbita a lo Lenin. Todos a preguntar por Miguel, que había estado muerto dentro de mí durante un par de horas, a ofrecerme su apoyo, a prometerme que escribiría sobre él o que

conseguiría un aval del Partido Socialista o del Comité del Frente Popular. Pero este interés duró unos minutos solamente, porque Arango se las compuso en seguida para acaparar la conversación. Había estado en el Sur, en Andalucía y la baja Extremadura, como corresponsal de guerra de su periódico. En la mesa de los prohombres sólo quedaban las tazas, la botella del agua, los vasos y tres copas. Oñoro se inclinó sobre Pedro y le dijo que el Gobierno estaba nombrando jueces especiales para instruir el sumario de la rebelión en el que se recogerían pruebas sobre los daños, las víctimas y los responsables. La del bolso se sentó de espaldas a mí y me miró a través del espejo. «Camarero, una ginebra. ¿Te hace una ginebra?» «Deberíamos pedir uno de esos nombramientos. Siempre sería una garantía en caso de algún percance.» «Sí. Y si ganan los otros, el piquete y el paredón.» Las grandes aspas de los ventiladores zumbaban sobre nuestras cabezas. «¡Cerdos!», gritó Arango. «Me joden los cautos. Si hubierais visto lo que yo y si tuvierais un mínimo de dignidad no lo dudaríais ni un segundo. Pero no os queréis comprometer, cerdos.» El puro abandonó su boca dejando en ella la forma de una O por la que salió una rendija de humo y un chorro hacia las caras de los otros, como si quisiera hacerlos desaparecer. Yo recibí un cogotazo y un «¿Qué te parece a ti?». Me bebí medio vaso de golpe y Oñoro dijo que él también sabía cosas, que en Ciudad Real se habían cargado al obispo tirándolo y sacándolo del río con una cuerda. «¿Quién te lo ha contado?» «Es lo mismo, porque es verdad.» «Y ¿desde cuándo se te desgarran el corazón por los obispos? ¿Qué querías que hicieran con él? ¿Nombrarle hijo adoptivo de Ciudad Real?» «¡Qué barbaridad, cómo has venido!» «Está borracho.» «Oñoro, si lo pidiéramos en seguida podríamos conseguir que nos dejaran en Madrid.» «Sí, borracho. ¿Y qué? Yo borracho y tú cagao.» «Naturalmente que estoy cagao.» «Como yo... Por eso debemos pedir que nos nombren.» «Hace dos semanas también tú estabas cagao.» «A vuestro lado, estreñido.» «Y sigues cagao.» «Te has dejado la barbita para disfrazarte de revolucionario.» Más vasos, más ginebras, la bebida que acostumbrábamos pedir en los reservados aunque sólo para cubrir las apariencias, para echarla por el lavabo o el bidé o en una maceta. «¿Y tú, qué dices?» Un nuevo cogotazo afectuoso que me dolió, una tufarada de alcohol y de puro apagado. «Yo nada. Me limito a escuchar.» Y volvió a sus peripecias por el Sur, al tobogán de su narración que arrollaba las protestas de Oñoro. «¡Que ya lo has contado!»; de Pedro, de Rosas, «¡Qué pelmazo!». Los campos achicharrados de Andalucía y Extremadura, los pueblos que soltaban una columna de humo, campesinos con sus familias y sus caballerías y grupos de milicianos que habían perdido sus armas. A muchos los cazaban como conejos; había visto caer a cuatro y lo que más le había sorprendido era que no había sentido más emoción que la que le habría causado si, efectivamente, hubieran sido cuatro conejos. Era un campeonato de salvajadas; en Mérida habían diezmado a los ferroviarios y en otro pueblo los milicianos habían acabado hasta con

los niños, y en otro de Huelva habían incendiado una iglesia llena de detenidos y se habían achicharrado todos. «¡Bueno, cállate ya! No nos lo cuentes otra vez porque no nos lo vamos a creer por mucho que lo repitas.» «No queréis que os estropee la digestión, no queréis saber nada...» «No, lo que no queremos es que lo repitas.» Entraron unos milicianos y se hicieron dueños de la barra. Arango, sin bajar la voz, continuó la enumeración de barbaridades: los moros castraban a los heridos y les metían los testículos en la boca, los prisioneros eran fusilados si tenían en la mano o en el hombro alguna señal de haber disparado armas. La del bolso azul seguía en la silla con la espalda encorvada, el pecho hundido y las manos sobre el regazo, una postura que adoptaba Luisa y que me hacía esperar la siguiente, la que ponía cuando se cansaba y enderezaba la espalda y la apoyaba en el respaldo y sus pechos reaparecían. Los falangistas pelaban al cero a las mujeres y las paseaban por los pueblos. Rosas y Pedro metían en la narración fragmentos de sus cábalas sobre las ventajas y los inconvenientes de ser juez de la rebelión. Oñoro y yo nos mirábamos haciendo un frente común de incredulidad. «Todo eso suena a cuento chino.» Los milicianos lanzaban por encima de nosotros sus bromas a las del sofá, los ventiladores zumbaban, barrían el humo, mezclaban y revolvían todo fuera y dentro de mí, enseñándome un juego complicado de compatibilidades: San Rafael, Luisa, las idas y venidas del camarero, la voz petulante de Arango, los divanes y los espejos, las matanzas de detenidos políticos para vengar derrotas. La del bolso azul no acababa de enderezar la espalda y reía al mismo tiempo que las demás. Arango seguía con los campesinos de pantalones de pana negra y sombreros de paja con los bordes destejidos, con el Ejército de África que había avanzando en una semana trescientos kilómetros. Ginebras, agua, bicarbonato para Pedro Martínez; Oñoro colocó minuciosamente un nuevo cigarro en su boquilla y lo encendió con delectación: «Y después de todo eso, ¿qué?» Arango se echó un trago que casi se oyó caer en su estómago. «¿Qué de qué?» «Que cuál es el saldo.» «¿El saldo? Camarero, deje la botella aquí.» La del bolso se puso de pie, se enderezó para exhibir sus pechos, pasó cerca de mí, volviéndose antes de cruzar la puerta y levantó ambos brazos para componerse la melena, pero, en realidad, para enseñar las axilas y las manchas de vello. Los milicianos rugieron y yo sentí una oleada caliente sincronizada con su ademán y con el coro de relinchos que, a su vez, despertó una recrudescencia del dolor de la privación; la silueta blanca pasó a lo largo de los ventanales; demasiados pechos y demasiado contoneo. «Te estoy preguntando con quiénes estás», aclaró Oñoro pasando su voz por delante de mi mirada en dirección a la barbita, al puro y a la mano que iba vertiendo ginebra en los vasos, «¿Con quiénes? ¡Con éstos, naturalmente! Pero ¿cómo se te ha ocurrido siquiera...?». «¿Y las salvajadas?» Los milicianos siguieron a la del bolso azul. «No se trata de saber quién hace más salvajadas sino quién tiene razón. Y entre esos campesinos medio enanos, a fuerza de

no comer otra cosa que gazpacho y los otros... pero ¿es que hay alguien que pueda dudarle? Entre la España negra y lo que sea...» «Pues sí que tiene buena pinta la España roja.» «La otra aún la tiene peor, y mientras nosotros iremos mejorando, ellos retrocederán y se envilecerán. Y si triunfan...» Un silencio y otro trago como el anterior, de los que parece que pasan por la boca y la garganta sin tocarlas, seguido de una epidemia de tragos. «No, si yo también estoy con los campesinos canijos, pero lo malo es que son ellos los que no están conmigo.» Oñoro, como de costumbre, bajó la mirada mientras decía esto para concentrarla en la operación de quitar la ceniza al cigarro golpeándolo suavemente. «Claro, porque no les has dado más que gazpacho.» «Ni aunque les diera jamón serrano.» Yo miré a las que quedaban en el sofá, buscando otra oleada, pero parecían demasiado lo que eran. «Os invito a cenar a todos. He vendido la exclusiva de unos reportajes a un periódico inglés y me acaban de pagar una parte. Nunca he tenido tantos cuartos en el bolsillo.» «No, gracias, no estoy para juergas.» «¿Sobre qué?» «Os invito hasta a putas. Cenamos con ellas...» «Una juerga de señoritos. Estás como una cuba.» «Ni que no fueran de putas los proletarios cuando tienen con qué.» «Pero ¿sobre qué es el reportaje? ¿Sobre el gazpacho?» «¿Y cuándo tienen con qué?» «¿Qué te han pagado?» «¡Eh, niñas, ricas! ¿Queréis...?» «¡Cállate! No falta sino que nos paseemos por ahí con ésas.» «Está bien. Iremos solos.» Otro cogotazo y en seguida: «Y tú ¿qué? ¿Vienes?» Y yo incomodado, maldije en silencio su rumbo de torero y sus manifestaciones afectuosas de elefante, mientras me vengaba diciendo que no podía faltar de casa demasiado tiempo, no quería dejar solos a mis padres, no podía trasnochar porque tenía guardia, aunque lo que quería era emborracharme, retrasar la vuelta, no quedarme solo, acostarme con la del bolso azul o con cualquiera de las otras, porque en cuanto tuviera unos cuantos tragos más...

—Pero ¿no te aburres de ser razonable? ¡Anda, hombre, saca los pies del tiesto aunque sea una sola vez!

Me aparté a tiempo de esquivar el tercer o cuarto cogotazo; pidió una cerveza, una bock. «¿No os apetece un entreacto de cerveza? Hace mear y le descarga a uno para seguir sin pasarse.» Rosas continuaba preguntando sobre qué era el reportaje, Oñoro aceptó la cerveza. No era sobre el gazpacho, pero empezaba explicando cómo se hace el gazpacho: pan duro, ajo, aceite y agua; se majaba el ajo en un mortero, echándole al mismo tiempo pedacitos de pan y un chorrito de aceite. Ése es el gazpacho andaluz, ¿no? «Déjate de recetas de cocina popular.» «Es que no voy a empezar directamente con el asunto principal.» «Voy a mear.» Encendieron la luz. «Supongo que el asunto principal serán los milicianos y todo lo demás», dijo Oñoro y yo asentí, «es decir, no todo sino lo que haga salir malparados a aquéllos y ponga a éstos por las nubes». «De eso nada, sería una propaganda idiota.» «Y la censura ¿qué?», Rosas volvió al retrete. «Ir de putas no es un indicio de que se es de

derechas.» «No seas pesado.» «Pero ¿y la censura?» Las dos furcias que quedaban en el sofá nos miraban más por curiosidad que por hacer la tarde. «¿Sabes lo que te digo? Que me interesa más mi problema que tus reportajes y que voy a pedir que me nombren juez de la rebelión.» Pedro no quería mas cerveza y no le parecía prudente comprometerse. «Si los de la censura tienen un poco de sentido común me los dejarán pasar.» Una muy morena, hermosota, metida en un vestido a presión, y la otra bizca, insignificante. Conectaron la radio y volvió a pedir cerveza. «O lo que quieran. Y las muchachas también», añadió. «Pero eso de tomarle declaración a los coroneles y a los comandantes para que luego sus compañeros...» «Hay muchas maneras de tomar declaración; se puede ser duro, o impaciente, o insinuante.» «Sois unos cerdos.» «Vamos a dar lectura a la siguiente nota remitida por el Ministerio de la Gobernación: «"Toda persona queda autorizada para oponerse a cualquier registro o detención. Se debe exigir que se acredite que se es un agente de la autoridad, o se debe llamar inmediatamente a la comisaría más próxima."» «¡Como que van a llegar a tiempo!», exclamo para mí mientras echo una meada. «¿Queréis pedirme un coñac?» Y a mí otra ginebra, pero bien cargada. Bien cargada para que pueda tragarme la diferencia entre ella y las dos fulanas, entre los ojos separados y la voz anhelante, todo se ha ido a la mierda. «Razón de más para pedir el nombramiento.» «Con un papelito en el bolsillo no hace falta llamar a ninguna parte.» Ginebra sin agua, niebla, torpeza bienhechora, inconsecuencias, saltos desde la mancha del vello en el sobaco a juez especial de la rebelión. Llamad a la comisaría más próxima. «En media hora puedo traer un cargamento de putas en el Morris.» «Yo lo que quiero ahora es cenar.» «¿Os hace Baviera?» Los cinco al Morris, y el Morris a toda velocidad por la izquierda y Oñoro y yo protestando, mientras los demás celebraban la gracia y se reían como idiotas, porque estaban borrachos y eran idiotas. Oñoro consiguió decir lo que a mí se me encasquillaba y Arango subió el coche en la acera, frente al restaurante. La misma comida que antes del alzamiento: langosta, merluza a la vasca, escalopes, vino blanco o tinto. Mi cara se había acartonado y la radio no me permitía decirle a mi madre que no me esperaran a comer y aún hube de vencer mi premiosidad y las voces de Arango. «Debimos traer a las putas. Comenzaré con la receta del gazpacho y después contaré lo del miliciano dando un salto de conejo en el aire.» Había extranjeros con chaqueta y corbata, oficiales que habían cambiado el uniforme por el mono, un matrimonio de edad. Merluza a la vasca, la escudilla no se podía tocar; Pedro chupaba hasta las cabezas de los langostinos, Oñoro los despojaba del caparazón con el cuchillo y el tenedor. Vino blanco, todos tragando y bebiendo, todos callados. Arango se limpió de salsa vinagreta la barbita. «¿Lo veis? Si las hubiéramos traído no estaríamos tan formales y habría su poquito de cachondeo, que siempre viene bien para hacer la digestión. Y luego... Ya sabéis eso de *quefaire l'amour c'est tres bon pour la santé.*» Y se rió más que ninguno, y siguió comiendo, bebiendo, haciendo

chistes, sin acordarse de los campesinos ni los asesinatos, ni de nada, porque su vitalidad de toro se concentraba en cada momento del presente hasta dejarlo exhausto como una colilla.

Me encontré acostado en mi cama. Se me iba la cabeza, me parecía estar en un barco, me defendía manteniendo abiertos los ojos, mirando las sombras de las copas de los árboles que se movían y acrecentaban mi mareo hasta el punto de que tuve que ir al baño, de puntillas, tambaleándome, y lo dejé saturado de olor a vino y a jugos gástricos, pero me alivié y pude dormir, con un sueño entrecortado de un trueno a otro y violentos escalofríos cuando me levanté para cerrar el balcón. En sueños, sentí la lluvia contra los cristales y una tiritona de la que me protegí echándome encima la colcha y la bata. Luego, dolor de cabeza y la frente ardiendo y las sombras en la pared emborronadas por la lluvia. «Hijo, tú estás enfermo.» El termómetro, un vaso con agua y limón, aspirinas, una manta. «Anoche bebí demasiado. Debe ser por eso.» «Por haber bebido no tendrías más de cuarenta.» Las contraventanas estaban cerradas y sentía un amodorramiento hecho de sudores y de espejos por los que entraba y salía mi madre y, en ocasiones, Miguel con el brazo en cabestrillo. Luego sonaron truenos que parecían cañonazos, después me morí de sed a pesar de que había un grifo sobre la cabecera de la cama del que salía un chorro que parecía de una manga de bomberos. Tuve despertares repentinos y soñolencias que parecían arenas movedizas o cuartos oscuros que se iban llenando de algodones. La luz de la pantalla sobre la mesita de noche, de otra noche distinta, iluminaba otro vaso con agua y limón y otra aspirina y a mi madre levantándose para acercarse a mí y ponerme la mano sobre la frente haciéndome retroceder a las paratíficas que tuve a los ocho años. «Todavía tienes treinta y nueve seis.» Agua con limón, el arreglo de la almohada y el embozo. «¿Llevo así mucho tiempo?» «Dos días y medio. Hemos llamado a Bonilla y ha dicho que parece una insolación, pero que como no hay motivo porque no has cogido sol, debe ser algo emocional.» Veía el brillo lineal del termómetro bajo la luz. «Te ha bajado un poco. Ya sólo tienes treinta y nueve», dijo, tratando de animarme y de tranquilizarse, pero yo no necesitaba ánimos porque me faltaban fuerzas hasta para sentirme aprensivo. Al contrario, agradecía esta enfermedad que me regalaba unas vacaciones al margen de los muertos y de mí mismo. Volví a amodorrarme y me encontré en una celda de la cárcel, con el de Prisiones que me había acompañado y con Miguel. Hacía calor y olía a mi propia fiebre y a la de los demás, entre los que estaban Olmedo, el que mataron en la lucha, con dos manchas blancas a cada lado de la boca que eran del bicarbonato que tenía que tomar. Olmedo se convirtió en Pedro Martínez y más tarde en Juan, que se dedicaba a sacar brillo a sus condecoraciones con la manga. Norte asomó la cabeza por una ventana que no había. ¿Cómo podía llegar hasta ella si estábamos en el segundo piso? «Ya era hora de que te encerraran.»

Se trataba de un sueño; en realidad lo que sucedía era que estaba dormido y soñaba que estaba en la cárcel, y esto era también otro sueño que se apagó cuando me dormí de verdad para despertarme y encontrarme con la luz del día y con una mujer que se inclinaba sobre mí sin preocuparse de su escote. «¿Cómo estás?» Rehuí el escote y contesté que mal, con una irritación puritana contra su habitual descuido, al tiempo que me sentaba, hundiendo el colchón, y que me decía, sonriéndome con ternura; «En esto, todos somos iguales.» «¿En qué?» «En que los disgustos y las impresiones nos cuestan una enfermedad. Al principio, parece que la cosa no va a pasar del baile de los menudillos, pero luego...»

Laura se calló; tenía ojeras y los labios pintados por fuera para que parecieran más gruesos; su presencia me estorbaba, y también su mano sobre mi frente y su voz diciéndome que quemaba, que iba a ponerme paños de agua fría, que había estado delirando. «No, no te molestes. Dame un poco de agua.» Me cogió la cabeza por la nuca y me acercó el vaso a los labios, mostrándome de nuevo su maldito escote ligeramente sudado; luego, puso el vaso sobre la mesita y volvió a mirarme aunque sin ternura, más bien con una expresión de fatiga, para dirigir después la mirada al vacío, a la reproducción del Erasmo de Holbein y a un retrato de nuestros padres recién casados que había sobre la cómoda. A continuación suspiró y se tapó la cara con las dos manos como si fuera a echarse a llorar. Pensé que no me interesaba demasiado lo que le ocurría porque sería algo relativo a Juan. Y era así, según me dijo, bajando las manos poco a poco. Estaba desesperada, no se quería esconder, ni refugiarse con Jacobo y con ella en la Embajada, ni presentarse voluntariamente. La tenía que ayudar, a ella no le hacía caso; al revés, bastaba que le hiciese cualquier proposición para que le llevara la contraria; el embajador le había dicho que podían refugiarse los dos y que no importaba que no pudieran pagar, pero él no quería, decía que era lo mismo que huir y cada día se bebía una botella en casa y, encima, salía a la calle y se iba al bar de la esquina, porque le fiaban, porque no tenían ni una peseta, no le habían pagado la comisión del coche... Me enfurecía que sus amabilidades hubieran sido un prólogo, un soborno. Metí la cabeza bajo las sábanas y su voz se redujo a un murmullo quejumbroso. Era su marido pero a mí no me importaba ni aunque fuera su marido; me parecía artificial y postizo que pudiera importarle como nos importaba Miguel, porque no debía importarle más que Miguel. Me hice el dormido y sentí que subía el colchón, que me tocaba suavemente la cabeza y se alejaba, cerrando la puerta cuidadosamente. ¿Le habría dicho en alta voz que me estaba mareando? Cayeron sobre mí unos cuantos recuerdos que me producían calambres morales: su entusiasmo, su falta de malicia, o su exceso, y su habilidad para disimularla, sus atrevimientos, sus novios, el malestar que me producían los esfuerzos por ignorarlos y por no dejar que se me escaparan alusiones al violinista tísico que tenía una cara desolada o al profesor medio calvo con el que la sorprendí

besándose en una de las aulas del Conservatorio de Música cuando ella tenía quince años y yo diecinueve. Me quedé tan azarado, tan incapaz de reaccionar como si la hubiera encontrado desnuda y con el otro encima, desnudo también; cerré la puerta, para abrirla inmediatamente, y el profesor huyó por ella. Me quiso convencer de que le había dado un mareo y la acababa de levantar y, en seguida, inventó otra explicación mientras yo pensaba que no le importaba que le creyera o no, porque lo único que buscaba era salir del paso con algo más que una simple negativa.

«¡No mientas! Os estabais besando.» «Me quería besar él, se quería aprovechar...» «Eso también es mentira. Anda, recoge tus cosas y vámonos.» «¡Es verdad! No tuve tiempo de defenderme.» La escalera desierta me permitió darle una bofetada y ella me llamó cobarde y cochino y malpensado; le volví a pegar con todas mis fuerzas y siguió insultándome, me dijo que podía hacer lo que le diera la gana, que la había sorprendido el profesor... Por la noche, se sentó a cenar con un ojo amoratado; el coronel se empeñó en saber por qué y la amenazó con castigarla si no lo decía: «Te vas a quedar sin salir una semana», y ella continuó en silencio, aguantando amenazas y reproches.

El balcón está abierto y Bonilla, de luto, se quita el fonendoscopio y baja las sábanas para palparme el vientre con unos dedos manchados de nicotina; me aprieta en una zona que me duele, me da una palmada, sube las sábanas: «Lo de siempre. Inflamación del íleon y astenia constitucional. Mañana puede usted levantarse.» Tenía mejor aspecto; si alguna vez se había detenido a contemplarse en el espejo y lo había advertido, habría pensado que era un sarcasmo que su estado de ánimo fuera por un camino y su cuerpo por el contrario.

Por el balcón se veía la casa de las flores, una muchacha haciendo gimnasia, al lado un viejo cambiando la comida a un canario y en la ventana de arriba un negro tocando el saxofón. Repiquetearon con los nudillos en la puerta. Pedro Martínez, sin corbata, con un traje viejo, con los hombros espolvoreados de caspa y un cargamento de noticias: habían suprimido los levantamientos de cadáveres, ahora se hacían fotografías en los depósitos y se exponían en los tabloneros de anuncios de los Juzgados, habían nombrado a Sanabria Director General de Justicia y a Rosas y a él jueces especiales de la rebelión, se había celebrado el Consejo de Guerra contra el general Fanjul y un coronel del regimiento del Cuartel de la Montaña, habían condenado a muerte al general Goded, jefe de la sublevación en Barcelona. Le veía a contraluz, sobre el fondo de la casa de las flores, de donde había desaparecido la muchacha y en la que el negro seguía hinchando los carrillos; Arango se había ido con una columna motorizada que había llegado hasta Navalperal. «Juez de la rebelión... ¿Ya has empezado a actuar?» No habían tenido más remedio que pedirlo, dependían de él muchas personas, cualquier día podían presentarse en Madrid los del pueblo de su mujer con los que había tenido muchos líos por cuestiones de trabajo. Y

yo también lo debía pedir, me convenía por Miguel, pero tenía que decidirme en seguida para que no me destinaran a Valencia o a Jaén. Por encima de su hombro derecho vi a la muchacha que se secaba el sudor con una toalla roja. Sanabria no pondría pegas a mi nombramiento... «¿Qué ha hecho Oñoro?» «No lo sé. No he vuelto a verle desde el otro día. Estás en la misma situación que yo... Por cierto, que te libraste de milagro. En cuanto te fuiste entraron unos milicianos y nos llevaron a descargar un camión de sacos de bacalao, pero al principio creíamos que nos iban a dar el paseo a todos. Bacalao salado... ¡Imagínate qué olor! He tenido que tirar el traje y aún huelo a bacalao. ¡Ríete, ríete! No te hubieras reído si hubieras estado allí.»

En dos días pasé de las nubes de la convalecencia a las fotografías de los cadáveres que rebosaban de los tablones de edictos, a Espinel, que hablaba de las represalias de la otra zona, contabilizándolas para compensar las fotos cuyo número iba en aumento de un día a otro, y a Laura, que cayó sobre mí y, a su vez, hizo que yo cayera sobre su marido, al que nunca había visto de tan mal humor y tan descuidado. Me replicó que era cuestión de dignidad, que no quería desaparecer de la escena diciendo «¡ahí queda eso!» y que ya no quería hablar más del asunto. «Estoy convencido de que no escapo de ésta y no me importaría si fuera ahora mismo, pero ¡es tan largo el tiempo!» «Tomás, dile lo de las fotos de los muertos. A mí no me quiere creer.» «Sí, Laura, te creo, pero es lo mismo. Yo no me muevo de aquí.»

El calvo y el estudiante están discutiendo porque este último ha empezado a explicarle al seminarista las doctrinas de Falange sobre la justicia social. Nada de lucha de clases sino unión de todos para edificar España, que es una tarea común y no una propiedad de unos pocos privilegiados: ni izquierdas ni derechas, ni partidos, sino unidad. Y una reforma agraria técnica que acabe con los latifundios pero que acabe también con los cultivos de tierras que no tienen por qué ser cultivadas. Hay que concentrar el esfuerzo en las tierras fértiles para que haya una producción mayor y jornales y riquezas para todos, es decir, que la reforma tiene que ser también social. «Eso es lo que dicen los rojos», ha dicho el calvo. «Claro, porque hasta que se fundó Falange han sido los únicos que han sostenido la necesidad de una reforma social.» «¡Qué reforma social ni qué leche! Siempre ha habido pobres y ricos y siempre los habrá.» «Y siempre se han usado el arado romano y las sanguijuelas. ¿No le parece que ya es hora de cambiar?» «Hay cosas que no se pueden cambiar. No hay quien le quite al hombre el deseo de ser dueño de sus tierras y de su casa y su mujer, o de su perro. Mis tierras son mías porque las heredé de mi padre y porque mi padre las heredó de mi abuelo, que las ganó con su trabajo pensando en dejárselas a su hijo.» «No todos son tan capaces como debió ser su abuelo.» «Desde luego que no. Los pobres son pobres porque no sirven para nada. Son unos gandules que lo que necesitan es garrotazo y tente tieso.» «También necesitan llenar la barriga.» «Pero no

se conforman con comer. Quieren mis tierras y mi casa, quieren vivir como yo y ponerse en mi lugar. Gandules y desagradecidos, porque si no fuera por mi no tendrían ni un mendrugo de pan.» «Y si no fuera por ellos, usted se podía comer sus tierras con aceite y vinagre.» «Déjese de tonterías. Yo tengo unas manos que lo mismo hacen números que agarran la manquera de un arado y ellos ni siquiera saben echarse un surco recto. Y ahora lo quieren todo.» «Lo quieren todo por culpa de ustedes. Si hubieran cedido un poco a tiempo...» «Si hubiéramos cedido un milímetro nos habrían dejado en calzoncillos.» «O se habrían conformado y no se habrían visto empujados a quitarles las tierras a la fuerza.» «Oiga, joven, habla como uno de éstos. ¿No será un rojo disfrazado?» «¿Y no será usted un grullo avariento?»

El calvo se ha puesto de pie, congestionado; el estudiante, también de pie, pero despectivo. «Mira, nene, vas a llamar grullo a tu padre.» «Pues verá, mi padre es muy mujeriego y más vale que no le insulte por si acaso es el suyo.» El calvo ha abierto la boca, se ha rascado la nuca y la estallado. «Pero ¿es que me estás llamando...? ¡Me cago en tus muertos! ¡Cabrón, hijo de puta!» Unas bofetadas rápidas del estudiante con el revés y el derecho de la mano, el calvo se ha lanzado sobre aquél echándole encima unos puñetazos torpes que se han quedado en el aire y le han hecho perder el equilibrio; un gancho del estudiante, el marino y el capitán se han interpuesto, les han rodeado los demás. «¡Se han vuelto locos!» El calvo sangra por la nariz, ruge, jadea. «¡Vaya, que si están oyendo los milicianos!» «¡Que oigan! Yo no me dejo insultar por un mamarracho comunista.» El conde, cuya cabeza sobresale por encima de las demás: «Por favor, por favor, señores. Esto es impropio, para unas horas que pueden quedarnos de vida... ¡Vamos, ya se están disculpando los dos!» El calvo se mira los dedos manchados de sangre y vuelve a enardecerse: «¿Disculparme yo? ¡A tomar por culo!» El seminarista se acerca: «Todos los días rezando el Padrenuestro y diciendo que Dios nos perdona como nosotros perdonamos a nuestros deudores...» «¡Deje a Dios en paz! Me ha llamado hijo de puta. ¡Y encima explicando ideas comunistas!» «¡Vaya! Se acabó de hablar de política. Ahora voy a tomar el mando yo, como si estuviéramos en estado de guerra.» «Joven, tenga en cuenta que este señor puede ser su padre.» «¡Eso sí que no!» El capitán dice que la política es una porquería. «Déjese de hacer el mandón.» «¿Cómo el mandón? Hay que poner orden. Por algo era necesario el alzamiento.» Empujan al uno hacia el otro, se observan, el calvo con el pañuelo en la nariz, el estudiante avergonzado. «Perdone. Siento haberle ofendido», y enrojece, le ofrece la mano, el calvo la mira y casi le fuerzan a estrecharla y masculla una disculpa a desgana y forzando la voz. Y ya están rezando bajo la dirección del seminarista.

Otro día más sin que los que me buscan hayan dado conmigo. Acabaré rezando como ellos, acabaré hecho un guiñapo moral, asesinado, cayendo al lado de este palurdo iracundo, del conde, del capitán que se rasca el pubis, del seminarista que

dirige el rosario; me uniré al «¡Viva Cristo Rey!» que soltará éste o al «¡Arriba España!» del estudiante, y por haber topado con el albino vendré a morir al revés de como me hubiera correspondido morir, frente a un piquete de soldados facciosos y teniendo por compañeros del último trance a Sanabria o a Cirilo, el anarquista que es vocal del Tribunal de Urgencia del cual he sido presidente hasta hace cuatro días, o cinco, o seis. Y sin embargo, quizá sea éste mi sitio verdadero y no haya ninguna incongruencia en este final gritando «¡Viva Cristo Rey!», como tampoco la habrá para el profesor, que se ha quedado al margen de la reconciliación y que ahora me dirige una sonrisa de complicidad. Quizá sea esta muerte al revés un cuadro plástico del estira y afloja conmigo mismo, como el sueño que tuve anoche. Estábamos en un castillo o en un fuerte que se parecía al Alcázar de Toledo pero que no era el Alcázar, ni tampoco Toledo, porque estaba rodeado de bosques y pinos y los sitiados éramos nosotros, es decir, un centenar de milicianos con monos azules, Miguel, Norte, Federico Monroy y yo, y los que nos sitiaban eran los moros con sus turbantes, sus pantalones caqui con vendas que les hacen las piernas flacas y sus caras y sus manos oscuras con reflejos biliosos. Fui yo el primero que se dio cuenta de que eran ellos y el que gritó: «¡Los moros, los moros!», y cogí un fusil que estaba apoyado en la muralla. Eché el cerrojo hacia atrás y vi que estaba descargado; grité pidiendo municiones, se produjo un revuelo detrás de mí, aparecieron unos cuantos milicianos que echaron a correr al ver a los moros. Alguien abrió un cajón y me dio una caja de peines, pero las balas no eran de fusil sino de rifle y no servían. «¡De éstas no! ¡De máuser!», pedí, mientras los veía subir por la ladera, esconderse tras las rocas o las retamas, disparar, saltar a otra roca más próxima. «¡Que ya están aquí, que ya están aquí! ¡Vengan los peines!» Y por último Federico Monroy vuelca una caja y vienen rodando hasta mis pies, balas de fusil que tienen la punta torcida casi en ángulo recto. No van a entrar en la recámara, no vamos a poder disparar, van a achicharrarnos, a cosernos a bayonetazos; se ven sus manos que se agarran al borde de la muralla, sus turbantes, el reflejo bilioso, retrocedemos, vamos recogiendo balas a puñados y metiéndolas en los bolsillos, alcanzamos otra muralla, entramos por la puerta blindada, yo consigo meter un cartucho en la recámara y digo para mí «menos mal que se ha enderezado». Levanto el fusil apuntando a un grupo que sale de detrás de unas carrascas, aprieto el gatillo, siento el golpe de la culata en mi hombro y la bala cae a los ocho o diez metros; pruebo otra vez y ahora apunto a un oficial de regulares que lleva un tarbu y vuelve a suceder lo mismo y se acerca Monroy: «Pero ¿qué haces? ¿Por qué disparas delante de ellos? Cualquiera diría que lo que pretendes es gastar las municiones. ¿No serás un traidor?» «¿Traidor? Toma, dispara tú.»

—Y a usted, ¿qué le ocurrió? —oigo preguntar al conde.

El calvo, que está comiéndose un pedazo de pan que ha encontrado en uno de los bolsillos de su chaqueta, acelera el movimiento de sus mandíbulas peludas, traga con

esfuerzo, se da un sonoro chupetazo a alguna muela picada y dice: «Que asaltaron el tren. Veníamos seiscientos y nos hemos quedado arriba de treinta a cuarenta.» «¿Seiscientos?» Seiscientos, sí señor, y se dispone a darle otro bocado al pan, abre la boca, clava los dientes. «Pero, ¿cómo fue? ¿Qué sucedió?» El pan se aleja de los dientes. Queda encerrado dentro de un semicírculo, pasea la mirada por los ocho rostros, se guarda el mendrugo y cuenta que les dijeron que los iban a traer a Madrid porque estaban más seguros que en el pueblo, que se formó un tren especial con una escolta en la que había un cabo y dos parejas de la guardia civil y unos veinte milicianos. No les dejaban apearse en las estaciones, pero el tren se detuvo de pronto donde no había ninguna estación sino un paso a nivel con un camión en medio de la vía; se apearon dos guardias, aparecieron cuarenta o cincuenta milicianos y desarmaron a los guardias. El jefe, con una bufanda roja que le tapaba hasta los ojos, subió al primer vagón seguido de diez o doce y se oyeron gritos, golpes y disparos. Se corrió la voz de que hacían bajar a todos los detenidos, subiendo al vagón siguiente, y al siguiente, y los formaban delante de la cuneta para fusilarlos, y que siempre era el mismo pelotón. Se acercaron tanto al suyo que pudieron oír a uno de los detenidos pedir un cura y hasta vieron su fusilamiento delante de un pedazo de tierra húmeda, porque estaba recién arada. «Y si no nos mataron a todos fue porque se cansaron de cargar fusiles, de echárselos a la cara y de disparar y volver a cargar. Se cansaron de tal manera que no podían ni levantarlos, ni levantarlos para... Aquí se calla, se tapa la cara con las dos manos, lo mismo que ayer, se estremece, el capitán mira al marino, el seminarista hace la señal de la cruz, el estudiante le da una palmada en la espalda, el conde agita la cabeza. Una salvajada, represalias por la salvajada, represalias por las represalias. No, los medios no son indiferentes, pueden alejar el fin o corromperlo. «¡Hay que ser como tigres!», brama el gemelo más alto, «hay que matarlos de un tiro en la barriga para que tarden en morir y tengan tiempo de darse cuenta de lo hijos de puta que han sido». El otro gemelo y el calvo asienten, el capitán y el conde ponen gesto de desagrado y este último me mira; el profesor se asombra y me mira también. «Hay que obligar a los tibios a que maten a estas fieras para que se pringuen y sepan que no escapan si esto vuelve a repetirse.» «Eso, cuando ganemos habrá que hacer los fusilamientos en público y formar un turno para que nadie deje de estar en el pelotón y para que todos lo vean, y anunciarlos y celebrarlos en día de fiesta para que vayan los trabajadores.» El profesor y el marino cambian una mirada, el primero dice: «Os habéis vuelto locos.» Y el segundo: «Pero ¡qué barbaridad!» El conde «por favor, señores, ya se han desahogado, no hablen así». El seminarista: «¿Y el Padrenuestro? ¿Qué van a hacer con eso de perdónanos nuestras deudas...?» «¡Déjate de Padrenuestros! Ya los rezarás por su alma, si es que la tienen.» «Pues yo, caballeros, prefiero ser víctima que verdugo.» «Hombre, ni lo uno ni lo otro», dice el profesor. «Caballeros, ¿por qué no nos llamamos todos de una

vez?» «Y ¿por qué vamos a callarnos?» «Porque es demasiado.» «Nada, un tiro en la barriga...»

No puedo seguirles, hablan más de prisa de lo que yo puedo escribir y se quitan la palabra unos a otros; al cabo, el conde y el marino consiguen imponer silencio, un silencio precario que alguno romperá pero que dura más tiempo del que yo esperaba y que no lo quiebran los truculentos sino el seminarista, el cual pregunta, con el tono de un cordero que quisiera saber por qué va a sacrificarle el matarife, que cómo son capaces de estas barbaridades, y cae sobre él un chubasco de respuestas: porque son unos hijoputas, por miedo, porque no lo pueden dejar de hacer de la misma manera que un reloj con cuerda no puede dejar de funcionar. Y se desencadena una discusión. «¿Es que quieres disculparlos? Lo hacen porque son unos asesinos.» Pero podían no serlo. Hijoputas, resentidos. Es natural, porque han pasado mucha hambre y muchas necesidades. ¿Y qué culpa tenemos los demás de no haber tenido que pasarlas? Muy pronto se absuelve a sí mismo, señor mío; yo no me juzgo con tanta benevolencia; aunque, sin hacerle de menos, supongo que tengo o que tenía más tierras que usted y más ocasiones de... ¿Y de qué es culpable, qué daño les ha hecho a esos desalmados? Pues verá, ahora pienso que más que ellos a mí. Pero ¿también los va a disculpar y a decir que lo que están haciendo es porque no pueden dejarlo de hacer? Algo parecido, pero con la diferencia de que más que disculparles lo que hago es acusarme a mí mismo de haberles aplicado la ley del embudo. «¡Choque esos cinco! Sin saberlo gis usted falangista.» «No muchacho, no soy tan iluso, solamente imparcial.» «Pollo, ya te he dicho que ni una palabra de política porque no tengo ganas de otra pelea.» «¡A sus órdenes!, pero eso se lo dice usted a sus soldados.» «Y a ti y a quien sea menester.» «Ordeno y mando, ¿no?» «Menos pitorreo.» «Y menos mandar. Aquí podría dejar su costumbre.» «No se trata de una costumbre sino de que lo primero es el orden.» «Y para usted el orden consiste en callar a los demás para poder hablar solo. ¿Tanto miedo le tiene a que le contradigan? Señal de que no está muy seguro de sus convicciones.» El capitán replica, en un tono paciente: «Es natural, muchacho, porque a las academias no se va a que le enseñen a uno a discurrir sino a matar, y a morir por la patria. Y por ustedes, aunque estoy viendo que no se lo merecen.» «Pues por lo que se refiere a mí, puede ahorrarse el sacrificio.» «Y también a mí, yo no le he pedido que me defienda.» «No hace falta que me lo pidan, es mi obligación y lo juré en la Academia y lo hice en África y en el Cuartel de la Montaña. Para que vengan diciendo que no estoy seguro de mis convicciones. Ustedes mucho hablar pero a la hora de la verdad...» «Ja, ja!», le corta el estudiante, «la hora de la verdad son todas las horas de la vida y esa otra hora también nos llega a los paisanos cuando hay guerra». Y el profesor, muy cortés, que lamenta decir que no le parece encomiable la seguridad y que prefiere sus dudas. El seminarista, «¡ah, vamos!, usted es de los que dudan de todo.» «Exacto.» «¿De todo, incluso de Dios?» «Deja en paz a Dios, curita,

estamos hablando de tejas abajo.» «Yo no puedo dejar a Dios ni de tejas abajo.» Y el calvo: «Pero el señor sabio sí. Esto es lo que traen los libros; no me sorprendería que fuera ateo, no le he visto rezar ni una sola vez... Ateo y antimilitarista, y antipatriota. Los libros, los libros.» «¡Vaya, hombre! Ahora va a restablecer el Santo Oficio.» Y siguen arrojándose frases como si fueran piedras; se han dividido en dos bandos, uno el del calvo, el capitán, el marino y los dos gemelos y el otro el del profesor, el conde y el estudiante: va subiendo el tono entre ambos, se van agriando las caras, empiezan los argumentos apoyados en gritos.

Por el montante de la puerta se oyen risas y frases: «¡Escuchad! Ahí dentro hay tomate. A ver si se zurren...» «O se matan, mejor.» El seminarista, que tiene entre los dedos la cuerda con nudos, me mira con una expresión bobalicona de santo del Greco y se muerde los labios cuando oye decir al profesor que no es ateo pero que estaría en su derecho si lo fuera. «Eso es una confesión de que es ateo. No, si ya me estaba dando a mí en la nariz.» «¡Qué confesión ni qué puñeta! Ya hace falta mala fe...» «De mala fe nada. Son muchos detalles. Y uno que no es tonto. El chistecito del paraguas, que dejemos en paz a Dios...» «Señores, esto es grotesco. ¡Por favor, señores!» «Está enseñando la oreja desde que le trajeron», dice el capitán. «Estoy... ¡Váyanse al cuerno! O expúlsenme de aquí. Eso es. No tienen más que expulsarme.» El gemelo más alto se levanta y el otro le da la escolta en seguida: «Mire, maestrillo del carajo, límpiense los mocos porque le voy a partir la jeta.» El conde se interpone: «Señores, ¿otra vez?» Y al final la comida impone una tregua, pero el aire sigue tenso; hay intercambio de miradas entre cuchara y cuchara y los dos grupos de siempre, los moderados y los energúmenos. Hay cuchicheos entre cada grupo, aunque el más pacífico procura ignorar al otro y arroparse en el silencio. Y luego, nos arropamos todos de verdad con las mantas porque siempre tenemos frío después de las comidas.

Me quedo adormilado y poco después, o mucho después, abro los ojos y veo la gota colgando de la nariz. «¿Ha oído? Yo ateo... Amigo mío, Lucrecio sabía lo que decía. ¿Recuerda la cita de Gibbon? "Tantum religio potuit suadere malorum." Me falta valor para ser ateo pero no puedo dejar de ser escéptico, porque no he encontrado otra vacuna mejor contra la peste de los que tienen la verdad en el bolsillo. Pero ¿quién les arranca de sus convencimientos de pedernal? Para ser escépticos hace falta un mínimo de cultura y, sobre todo, de la frialdad que da el saber alejarse de los hechos. Usted también es escéptico, ¿verdad?» «¿Por qué me lo pregunta? ¿Por qué "también"? Yo no he dicho ni una palabra.» «Y el conde también, a pesar de sus rezos.» «Lo dudo.» «Entonces, ¿por qué me ha defendido?» «Pregúnteselo a él.» «No, no sería...» El profesor se interrumpe y vuelve la cara, mira al olor que se acerca y se sienta entre nosotros; nos miramos los tres, sonreímos, estamos como medio minuto en silencio, ellos cohibidos y yo a la defensiva,

vagamente molesto porque veo que quieren hacer rancho aparte conmigo y no tengo ganas de encontrarme envuelto en otro altercado. «Le estaba diciendo que no soy ateo...» Se detiene y se queda pensativo y, al cabo, declara que ahora que lo dice ya no está seguro porque no tiene ninguna razón para no serlo y que acaso lo es y acaba de enterarse en este preciso momento. «No le puedo creer. ¿En este momento? ¿Y antes? Vamos, no me irá a decir que ha sufrido una conversión al revés.» La nariz se agita de arriba abajo, la gota se alarga hasta convertirse en un hilo, se parte, la mitad superior vuelve a la nariz y la inferior va a parar a una solapa de la chaqueta. «Algo así. Siempre he sido muy tardo en sacar conclusiones, las he llevado dentro años y años sin darme cuenta. Y ésta de que no hay ninguna razón para no ser ateo debió ser la más antigua, y j que primero debí sacar. Y ¡fíjese en qué circunstancias...!» «Todavía hay menos razones para no serlo, o al menos eso es lo que creo yo, puede que por comodidad. La existencia de Dios explica tantas cosas...» «¿Y quién explica a Dios?» El conde me mira con una mezcla de desconcierto y alarma, se diría que con miedo, pero se repone y replica que Dios es un misterio y que en algún momento han de terminar las explicaciones, y el profesor que no se conforma con los misterios: «Verá usted, lo que quiero decir es que si fuera creyente, sabiendo lo que sé, no tendría más salida que ser un blasfemo crónico.» «Lo que me está pareciendo es que usted se ha pasado la vida acusando a la divinidad, sin saber que la acusaba.» «¿Y a cuento de qué? ¿No es una puerilidad?» «A cuento de que a usted le preocupa Dios más que a mí.» Y el profesor que no, que lo que le preocupa es la historia, o lo que es historia y lo que lo será. «Y no poder darme la menor explicación de este reguero de sufrimientos y de maldades que la especie humana va dejando detrás de sí.» Estornuda, y el conde le observa, rebasadas todas sus posibilidades de réplica.

Se oye un ruido de tripas que viene del capitán y que acaba en el cubo con otra clase de ruidos, con hedor, con el olor enfadoso, como suelen llamarlo los analistas; el calvo dice: «Vaya, que eso de que a nadie le huelen sus pedos ni sus hijos les parecen feos no debe ir con usted». El capitán: «No tengo hijos y tocante a... ¡Métase en el culo sus refranes!», y el estudiante se ríe y el capitán, con los pantalones caídos, enrojece y lucha entre la rabia y la risa; el conde susurra «¡zafios!», el profesor arruga la frente, hace un gesto de reprobación, se da un golpe con el puño cerrado en una rodilla como si estuviera entre los alumnos y golpeará la mesa y fuera a expulsar a los alborotadores de la clase, se encoge de hombros, nos mira. «Una puerilidad, porque si Dios es incompatible con ese reguero, con borrarlo del cuadro de hipótesis explicatorias...» «¿Para poner a Arimán?» «Para no poner a nada ni a nadie. Si las cosas no tienen explicación hay que aguantarse y aceptar que no tienen explicación.» Al conde le sucede lo que al seminarista, que no puede prescindir de Dios. «Verá, claro que a su lado soy un ignorante, pero no creo que hayamos dejado tras de nosotros solamente maldades, al menos, desde Jesucristo...» «Pero ¿usted cree que el

cristianismo ha hecho progresar a la humanidad en algo?» El conde, tímidamente, sí, claro que sí. El profesor: «Se equivoca. Ha sido al contrario porque no hay progreso, progreso hacia el bien, quiero decir, y esto ya lo vieron Goethe, y Nietzsche y Burckhardt. Goethe dijo que llegaría un tiempo en que Dios no se complacería ya en la humanidad y la destruiría para crear otra. Y ya lo estamos viendo aquí, y en la Alemania de Hitler y en Rusia. Y cuanto mayor es la técnica, mayores son las crueldades, y cuanto más se habla de un paraíso futuro, aquí o arriba, menos respeto a nada.» Nos coloca otra letanía de salvajadas, nos abruma con los nombres de sus autores, con las fechas, los detalles, nos da un paseo por los siete círculos de un infierno puesto al día y despliega ante nosotros el negativo de las tesis de Antonio Ruiz y aplasta la espiral que asciende elevando a la especie humana hasta una perfección inalcanzable.

El comedor, el timbre, cuando aún estábamos a la mesa, en los postres. Petra, «*Los milicias*. ¡Ay Dios, Dios!» Las caras cuajadas. Pero no eran los milicianos sino Espinel. «Pasaba por aquí y me he dicho: déjame subir a decirle a don Tomás que voy a alistarme.» «¿Que se va a alistar?» «Bueno. Me he alistado ya.» Le ofrecí café, pero no quería café; nos sentamos y pude ver sus rótulas marcadas bajo la tela de las perneras del pantalón y sus manos de oficinista; hubo unos instantes de envaramiento a causa de su timidez, y en seguida me confesó que estaba harto de hacer de enterrador, que aquí se pasaba el día indignándose y protestando y que no servía de nada. «Lo cual que me he dicho que más vale que te vayas al frente, Paco.» se quejó mirándome, esperando mi aprobación, haciéndome pensar que me quedaba sin un ángel de la guarda y que a dónde iba con sus cincuenta kilos. «Me van a hacer sargento... Y por mi edad es donde me corresponde estar. Tengo veintiséis años y me da vergüenza que casi todos mis amigos se hayan ido al frente.» Pensé que no venía a buscar mi consejo sino a que le aplaudiera.

—¿No le parece que es lo que debo hacer?

Volvió a sonar el timbre; Laura, habrían detenido a Juan. Con un tercio de mi atención le contesté que sí, que eso era lo que debíamos hacer todos, mientras con los dos restantes agudizaba el oído y oía las pisadas de Petra. «No sé, la verdad; puede que tenga mejores cosas que hacer quedándose.» No, aquí nada; ya me lo habla dicho, no tenía estómago, ni estaba a gusto. Y no era la voz de Laura sino la de un hombre que hizo una pregunta que dejó sin habla a la cocinera. Asomó, lívida, y dijo que me buscaban, y no tuve que preguntar quiénes eran ni qué querían; Espinel se puso de pie como si hubiera saltado en su interior un resorte. Salí al recibidor. No era solamente uno, sino dos, el más alto con gafas oscuras y el otro albino con unos ojos rosados, un correa bajo la chaqueta y una pistola de la que sólo se veía el bulto.

—¿Tomás Labayen? Entérese de esto.

Me encontré con un papel entre las manos, un papel con un sello estampado en tinta azul y dos firmas, una muy aplicada y la otra torpe. Diez o doce líneas mecanografiadas que eran una orden para hacer un registro y para detenerme, para detener a Tomás Labayen Olaibar, Juez de Primera Instancia e Instrucción del Juzgado número diez de Madrid. Un borbotón de calor, la garganta estrangulada, parálitica, luego frío en el cuero cabelludo, en seguida una erupción de gotas de sudor en la frente y en el labio superior. Y a continuación, me oí exclamar: «¡Cojones!», en un tono tan adecuado, tan firme y chuscamente ponderativo que me asombró y debió asombrar también al de las gafas porque vi que fruncía las cejas y echaba la cabeza hacia atrás. El otro abrió la boca y los ojos al mismo tiempo, igualmente sorprendido. El primero me arrancó el papel de las manos, miró a Espinel, que estaba en el despacho y dio unos pasos hacia éste mientras el albino me empujaba para que le siguiera y entramos los tres en la habitación.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —soltó, mientras le miraba de arriba a abajo, desde su cara pálida a su pecho hundido, sus brazos flacos y los pantalones de su mono bajo los que parecía haber dos palos de escoba en lugar de piernas. «¿Quién? ¿Yo?», contestó, en un tono de desconcierto, acaso porque se sentía dominado por la autoridad que emanaba de su voz y su estatura. Hubo unos instantes de silencio durante los cuales vi que llevaba una cazadora de alpaca color azul marino y que había en él una pretensión chocante de elegancia y de originalidad. Después, la voz de Espinel, irritada, chillona: «¿A ti qué te importa? ¿Quién eres tú para...» «¡Eh, alto ahí! El que hace preguntas soy yo. ¿Qué estás haciendo en esta casa? ¿Y qué tienes que ver con éste?» Mi mirada saltaba de uno a otro, de las gafas oscuras y la cazadora de alpaca al mono, al correa, a los brazos flacos en los que se marcaban los huesos de la muñeca y del codo. «Lo que me da la gana. ¿Desde cuándo necesito yo un permiso tuyo para visitar a mis amigos?» «¡Ah! ¿Conque es amigo tuyo?» «¿Y qué? ¿No te gusta? ¿Qué tienes que decir?» «Que ya me estás explicando cómo tienes un amigo contra el que tengo una orden de detención y registro.» «¿Que yo te explique... Explícame tú por qué te han dado esa orden. Y entérate de esto.» Y sacó su carnet y se lo metió al otro por la nariz, aunque éste, sin dignarse cogerlo, apartó la mano y lo miró con un detenimiento profesional que me produjo sudor y frío. «Enterado. Un carnet del año treinta. ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver tu carnet con este sujeto? Si supieras quién es y cuáles son sus antecedentes no estarías aquí.» «Es que lo sé porque hace cinco años que trabajo con él y me ha demostrado que es de los nuestros.» «¿De los nuestros? De los tuyos, dirás. Y ni eso. Lo dices porque es tu amigo. Seguro que también será tu jefe.» «Lo digo porque es la verdad...» Espinel se detuvo y se encrespó y volvió a levantar el carnet a la altura de la cara del otro. «¡Bueno! ¡Ya está bien! ¿Quién eres tú? ¡Enséñame tu documentación!» Parecía un fox terrier ladrándole a un mastín. «No me da la gana. Y ya te estás marchando.

¡Hala, fuera de aquí!» «¡Y una mierda! ¿Para que se quede solo con vosotros y os lo llevéis a vuestro comité? ¡Una mierda! Tendréis que llevarme a mí.» «Bueno, no hay inconveniente... Es decir, sí lo hay, porque este tío es un fascista y tú no, aunque ya te puedes preparar porque en cuanto salga de aquí daré cuenta del uso que haces de tu carnet.» «El mejor que podría hacer. Este hombre es tan fascista como tú y yo.» «¡Y dale bola! Ya te he dicho que no sabes quién es.» El albino seguía la escena en silencio, más interesado por mis sudores que por lo que los otros decían. «Un momento, un momento», dije, adelantándome a la réplica que ya estaba en la garganta de Espinel, «como veo que van a hablar de mí, lo mejor será que les deje para que tengan entera libertad y ya me avisarán cuando terminen. Estoy en el cuarto de al lado». Salí, a tiempo de ver al de las gafas acercarse a una de las estanterías y leer los títulos. «¿Qué pasa, qué pasa, hijo?», me preguntó mi padre en el corredor. Yo recordé la orden de registro y le dije a Petra que lo subiera a casa de los Bonilla y que después bajara en seguida. A continuación, entré en el cuarto de estar y me senté en la butaca más próxima a la pared con idea de seguir la conversación. ¿De dónde vendría esto? ¿De Norte y el de las sandalias? ¿Del delineante del ático que era miembro del comité? Aparecieron nuestra madre y Laura, que acababa de llegar, la primera se acercó a mí, con los ojos cuajados y los párpados inferiores rebosados por las lágrimas, y yo dije que nada de lloros con una brusquedad que venía de la ira provocada al ver confirmado mi miedo en los demás. Les dije que no tenía importancia, que estaba Espinel, mientras les miraba con aspereza, como para advertirles que no se podían permitir ninguna debilidad delante de mí. Nuestra madre me quiso abrazar pero yo me escurrí hacia el balcón por el que vi al perro lobo de la casa de enfrente y los árboles con sus hojas quietas, abrumadas por el calor. Paseos de nuestra madre, paseos míos, los de ella por costumbre, los míos por temor a la espera y porque me parecía que la acortaba. Laura estaba de pie junto al piano, con el taburete detrás, un poco más arriba de sus corvas. Una orden contra mí y no contra el coronel. Menos mal... ¿menos mal? Pero ¿de dónde podía venir? No había podido leer los sellos ni las firmas, ni siquiera el membrete, sólo el texto con mi nombre, mi profesión, orden de registro y detención...

Volvió Petra: «Abajo hay *otros milicias* pero el Andrés no está.» Hizo un puchero y soltó un gemido que no eran más que el comienzo, y yo: «¡Fuera! ¡A orar a la cocina!» Tenía miedo a las tretas de la imaginación. Ya estaba viendo a un Tomás de dentro de un cuarto de hora que bajaba las escaleras, que se sentaba en el coche y al que hacían apearse en Areneros o en otro comité. Tuve un sobresalto cuando Laura me puso una mano en el hombro: «¿Y si llamáramos a Juan?» Los tres nos miramos, la angustia común parecía un hilo que se tensara hasta causarnos a los tres el mismo dolor físico. «Sería mucho peor.» «No lo digo para que venga sino para que busque a Andrés en el periódico. ¿Quieres que vaya yo?» «¿Y cómo vas a salir?» «Lo mismo

que he entrado.» «No, ya no será lo mismo. Ya te han visto.» Entre tanto se les oía hablar, sobre todo a Espinel, pero únicamente frases sueltas que no decían nada, como «¡Escucha tú!», o «¡Bueno! ¿Y qué?» No, aquello no podía venir de Norte, no me conocía, no nos había visto juntos nunca, pero el de las sandalias... «Laura.» Las dos me miraron conteniendo la respiración. «Laura, en cuanto entre ahí, subes a casa de Bonilla y llamas a Antonio a la suya, o al Ayuntamiento o a donde sea hasta que des con él.» Mi madre se abrazó a mí y esta vez no evité su abrazo y pude ver la pequeña calva que se tapaba con un mechón de pelo. ¿Y si huyera? Si subiese a la azotea y saltara a la de la casa de al lado y a la siguiente, hasta llegar a la otra calle. Pero registrarían la nuestra piso por piso y aparecería el coronel. Y ya no había tiempo porque estaban en el recibidor despidiéndose, todavía con encono y con voces destempladas.

Espinel decía que ya estaban enterados y que mucho cuidado y el otro que había que ver si era verdad y que se marchara y adiós, o salud. «¿Me estás llamando embustero?» «No, aunque si te pones así, puedes tomarlo como quieras. Estoy diciendo que puedes estar equivocado.» «Eso sí que no. Y lo dicho, mucho ojo porque pienso volver.» «¡Anda, lárgate de una vez!» Y cuando cerró la puerta, casi contra los talones de Espinel, se volvió: «Y usted, pase y siéntese ahí», dijo señalándome el sofá de cuero que era un suplicio con el calor. «Y tú siéntate también.» Ya estábamos los tres. La cazadora no tenía cremallera sino unos botones forrados de la misma tela de alpaca azul marino. El otro era excesivamente albino para que el resto de su persona pudiera desviar la atención de su defecto; chaqueta de dril, limpia pero deslucida, pantalones también de dril, el bulto de una pistola y unos zapatos nuevos pero sucios, y todo ello sobre un albino con los ojos rosados y una cara de bebé monstruoso.

—Bien. Hábleme de usted.

Había cambiado. A pesar del tono imperativo y de la hosquedad de su expresión, con la que pretendía mantener su papel de cazador de enemigos del pueblo, había cambiado, aunque de una forma sutil, como si hubiera añadido a su postura anterior, cuyo carácter autoritario no admitía discusión, otra desafiante que suponía cierta igualdad y que se expresaba en un gesto y una compostura correlativas al «ahora vas a ver quién soy yo» que parecía estar gritando. El silencio en que me hundí mientras me hacía estas observaciones, le empujó a decirme que le contara mi vida y le mirase a la cara en un tono del que parecía haber desaparecido la urgencia. Al mismo tiempo, obligado por el calor que solía hacer en el despacho, se desabrochó los dos primeros botones de la cazadora y el aire se llenó del olor a colonia cara que emanaba de él, mezclado al que se desprende de las personas limpias que sudan mucho y que, desde entonces, quedó unido para mí a las gafas oscuras, la cazadora de alpaca azul, los sobresaltos y los sudores, los desplantes y las impaciencias del albino y la lucidez,

una misteriosa lucidez que se me prestó en los momentos en que más me apretaba y que no parecía provenir de mí sino del exterior, de un apuntador oportuno y vigilante o de un ángel de la guarda que me atendían y ponían en mi mente lo que convenía decir.

—Estoy esperando.

Sí, había cambiado, pero me apremiaba y no estaba dispuesto a permitir que me fuera de sus manos ni a olvidar su verdadero cometido. ¿Espinel? ¿Los títulos de algunos libros? ¿La abundancia de éstos? ¿O yo mismo, gracias a la reacción calculadamente espontánea con que recibí la orden de detención? Los libros era una edición barata de *El Capital*, pero en francés, unas conferencias sobre marxismo de Antonio Ruiz, el *Manifiesto comunista*, el *¿Qué hacer?* y *El Estado y la Revolución*, *Mi vida*, de Trotsky, mucha historia, mucho Ortega y Gasset, Unamuno, Wells, algunas traducciones de Bertrand Russell, la colección completa de la *Revista de Occidente*, un librito de poemas que ahora me avergonzaba y varios tomos de Cruz y Raya. El albino, frente al balcón, arrugaba los párpados para defenderse de la luz y yo, para ganar tiempo y romper el silencio, le dije: «¿Quiere cambiar de sitio conmigo?», sintiéndome inútil y bochornosamente adulator. «No, quédese donde está. Quiero verle la cara.» Y literatura contemporánea y un libro que había leído Espinel y que se titulaba *La Internacional sangrienta de los armamentos*. Pensaba, pensaba a toda velocidad pero en el vacío, como las ruedas de un coche que hubiera volcado y que continuaran dando vueltas para nada.

—Sería mejor que me hiciera preguntas concretas porque no sé qué es lo que puede tener interés para usted en mi vida.

—Usted hable y míreme a la cara y no se preocupe de más. Quiero saber qué clase de hombre es.

Se movió en la butaca, buscando la postura más cómoda. «Pero ¿de qué voy a hablar? Mi vida no ha podido ser más corriente. No tiene interés ni siquiera para mí.» «De lo que sea. Y empiece de una vez.» Ya no podía retroceder más, ya tenía la espalda pegada a la pared y las gafas enfocadas sobre mis ojos como la linterna de un oculista que estuviera examinándome. Creo que fue en este momento, en el que bajé por unos instantes los párpados por una aprensión tonta a que leyera mis interioridades, cuando tuve la idea de que mi única defensa era decir la verdad. Me dije «¡allá voy!», como quien se lanza a unas aguas desconocidas y tragué un buche de saliva tibia, asquerosa, que me estorbaba.

—Yo me eduqué en los jesuitas.

Observé las arrugas que aparecieron sobre las gafas y pensé que debía seguir por este camino pero presentando la verdad de manera sorprendente aunque tuviera que desfigurarla, porque era esencial que conservara la iniciativa. «En el colegio de Chamartín», añadí, «es decir, en el colegio en el que se educaban los hijos de los

ricos y los duques». El albino se levantó, se plantó delante de mí y se llevó la mano a la ingle al tiempo que flexionaba las piernas. «Con que Chamartín... Aquí, el señor se ha criado con los duques y los marqueses y lo dice como presumiendo. Y si le dejamos, nos cuenta su primera comunión.» El de las gafas hizo un gesto que, en otra persona o en otra ocasión, hubiera parecido una sonrisa y, en seguida, extendió la mano y le ordenó que se sentara. Y yo, reconfortado por lo que podía entenderse como una coalición o, al menos, como una reprobación del otro, añadí que no presumía de nada, porque era más bien peligroso y que también les podía contar la primera comunión porque la había hecho. «Lo mismo que ustedes», concluí, y el albino volvió a saltar. «¿Lo mismo que yo? ¡Por aquí!», y se apretó los testículos antes de volver a su silla para sentarse en ella desafiadoramente espatarrado. El otro volvió a intervenir y a desabrocharse un botón más. «Bueno, tampoco nace falta que se remonte a la prehistoria.» «Si he empezado por ahí ha sido por abreviar en mi presentación», me defendí, dominando la sensación, que volvía a asaltarme, de que me daba vueltas la cabeza, las ruedas del coche volcado. «¡Joder! ¡Joder! ¡Menuda presentación!», dijo el albino, gargajeando y echando un escupitajo entre sus pies y mirando al de las gafas para azuzarle, pero me adelanté y dije que mi padre era coronel retirado y mi hermano capitán y que éste había sido detenido porque la sedición le sorprendió en el cuartel. «Y ya tiene usted presentada a mi familia, a menos que le interesen también mi madre, mi hermana y la cocinera, que es la persona que les abrió.» El de las gafas descartó a las tres con un movimiento de la mano. «No, no es menester pero estoy viendo que va a tener razón ése. No es una presentación muy tranquilizadora. Y si lo demás va a ser así, será mejor que hagamos el registro y no perdamos tiempo con usted.» Sentí un comienzo de temblor visceral y un brote de sudores y fríos y me vi en un Comité de Salud pública, rodeado de otras caras lívidas, esperando el último amanecer y la aparición del albino y otros dos facinerosos más. Me dije que la verdad, pero sin exagerar la sorpresa ni hacer demasiado alarde, y oí los ladridos del perro a un tranvía que pasaba hacia la cárcel y las pisadas de mi madre en el cuarto de estar. «No. Lo demás no es así, pero tenía que decírselo porque es la verdad y porque lo hubiera descubierto usted mismo sin más que mirar a su alrededor.» Hice un movimiento con la cabeza apuntando a las estanterías para mostrar las fotos de mi padre, a caballo y con salacot; de Miguel, apoyado con ambos brazos sobre el borde de la coraza de un cañón de campaña; de otro cañón de costa, en los tiempos en que formó parte de una comisión de compras que visitó la casa Krupp.

El temblor se había detenido pero continuaban los sudores mientras observaba a los dos siguiendo las direcciones que les iba indicando, uno callado y el otro haciendo gestos ponderativos y soltando exclamaciones: «¡Qué barbaridad, pero qué barbaridad! ¡Hay que ver, hay que ver, coño! ¡Qué barbaridad! ¡Una exageración!» El

cenicero, con una granada y la leyenda de que había sido hecho en la fábrica de armas de Trubia, el Tratado de Explosivos, varios libros sobre proyectiles perforadores, dos Balísticas, un pisapapeles que era la reproducción de un proyectil del siete y medio, otra foto de toda la familia, incluida Petra, rodeando a mi padre recién ascendido a coronel. «Ha dicho que su hermano está detenido, ¿verdad?» Asentí, sintiendo que el temblor se despertaba y amenazaba mis manos, apoyadas en mis rodillas, y mi garganta reseca. «Entonces, se sublevó.» Nuevos sudores y fríos que se iniciaban en la nuca, empapándome el cuello de la camisa, y se extendían por mi frente y mi labio superior. Aun ahora, que lo que fue una anticipación se ha convertido en una realidad, sigo sintiendo la angustia que sentí entonces y maravillándome de haber tenido aliento para defenderme, para ganar tiempo contándole que el sábado dieciocho le echaron del cuartel pero que, a pesar de mis consejos, volvió aquella misma noche para convencerles de que no se sublevaran o para unirse a los dos compañeros que pensaban como él y que habían sido encerrados en los calabozos. «Y, por lo visto, fueron ellos los que convencieron a su hermano», dijo el de las gafas, mientras yo reconocía el taconeo de Laura, que había vuelto de casa de Bonilla. «No. Es cierto que, técnicamente, debió sublevarse, pero todavía no sabemos... Está ahí, en la cárcel...» «¡Vámonos de una vez», me cortó el albino, inclinándose hacia delante y entrando en los rayos solares que pusieron en su cabeza una aureola de pelusa. «Anda, cállate, cállate, que tú no eres quién para decidir si nos vamos o nos quedamos», dijo el otro levantando la voz y metiendo en ella una ronquera irritada que persistía cuando, volviéndose hacia mí, me dijo que dejara ya a mi hermano porque no había venido por su causa sino por la mía. «Así que hábleme de usted o cuénteme su vida y no me haga perder tiempo.» Por mi causa, me dije, entre transpiraciones y temblores internos; pero ¿de dónde podría venir? Pensé, confusa y fugazmente, que no podía ser de Norte porque no era su estilo, que debía recobrar la iniciativa, que tampoco de aquel agente judicial que se adueñó de la fianza, que tenía la boca demasiado seca por el miedo y el calor. El albino, ceñudo, había encendido un cigarro y miraba, por encima de mi cabeza, el mapa mundi de Juan de la Cosa y el pequeño escudo que había sobre la estantería y que representaba un sol dorado atravesado por una flecha de plata. «Sol de gules en campo de azur.» Por fortuna, el sol verdadero debía deslumbrarle. «¡Vamos! ¿Qué espera?» «Mi vida no tiene interés, como ya le he dicho. Y no me sublevé contra la dictadura, ni estuve en la guerra de África, ni me negué a disparar contra los huelguistas de octubre, ni me condenaron a...» «Deje en paz a su hermano. Se diría que no quiere hablar de sí mismo.» El ascensor pasó de largo, con su escolta de chirridos de las guías mal engrasadas y golpes secos de la palanca que abría las puertas. «Se equivoca. No es que no quiera hablar sino que no tengo de qué hablar. A mí no me ha sucedido nada memorable.» Hice un esfuerzo para acumular saliva y le vi sonreír al notar cómo subía y bajaba mi

glotis; se habían acabado las verdades sorprendentes pero tenía que continuar hablando porque los silencios desencadenaban... Le dije que lo único memorable en mi vida era la frecuencia con que las enfermedades habían interrumpido mis estudios y la influencia de Antonio Ruiz, del que éramos vecinos cuando vivíamos todos en Ferraz... «¿El diputado socialista?», sí, el diputado socialista que me ayudó a pensar por mí mismo y a desembarazarme de Chamartín y del ambiente familiar. «Tú olvídate de las academias militares. Ni tienes vocación ni vales para eso. A Filosofía y Letras y luego a prepararte en el extranjero con una beca. Y a cátedras de lo que más te guste.» Y un tifus me hizo perder otro curso y acabé estudiando derecho en vez de filosofía y haciéndome juez en lugar de catedrático porque era más rápido y yo tenía que ganar dinero en seguida en lugar de gastarlo. «La supresión de la Artillería dejó sin sueldo a mi padre y a mi hermano y...» «¡Qué tragedia!», ironizó el de las gafas clavándomelas como si fueran el tomavistas de un equipo de cine que quisiera registrar todos mis gestos y mis sudores.

Se oían el ruido de los cacharros en la cocina y los cuchicheos de Laura con mi madre. Y hacía calor y había hablado tanto, porque conté todo aquello con la mayor prolijidad que me permitieron sus expresiones de impaciencia, que tenía la boca tan seca que se me pegaban los labios a las encías y los dientes y no podía casi hablar. El otro lo advirtió y me soltó inesperadamente un «¿Miedo?» que provocó otro brote de sudores y escalofríos, de palideces delatoras y subidas y bajadas de mi glotis aunque pude contestar, gracias a la ayuda misteriosa que estuve recibiendo en los momentos más comprometidos: «No es para menos.» Y él, agresivo, «por algo será», aprovechándose de mi confusión o empleando algún truco que le había dado resultado. «No, señor, no. No se confunda. Yo no tengo miedo a nada de lo que he hecho sino a lo que hacen ustedes.» Entonces, él hizo un gesto de sorpresa echando la cabeza hacia atrás como cuando solté la exclamación ante el papel, y yo otro, también de sorpresa, al oírle decir que no, que no tenía nada que temer por ahí porque había mucha distancia entre una orden de detención y lo que yo suponía que vendría inmediatamente después. «No somos tan expeditos porque queremos ser justos y porque... Si lo fuéramos no estaríamos hablando los dos aquí, mano a mano. Mire, he decidido darle una oportunidad. Si me convence, mejor para usted y para todos y, si no, tendrá que acompañarme.» «Sí, a dar un paseo.» «¡Nada de eso! Ya le he dicho...» «Me lo ha dicho pero no me lo creo. Y no vale la pena que me repita que no hay motivo para que tenga miedo porque he visto con mis propios ojos que lo hay.» Otro asombro más, pero suyo, y silencio, tal vez porque estaba preparando otro golpe que me dejara tambaleándome o tal vez porque empezaba a creer a Espinel...

El ascensor, el ascensor que estaba subiendo de nuevo: ahora sí había pasado tiempo suficiente para que subiera Antonio Ruiz, pero no subía; pasó de largo por nuestro rellano y continuó hasta el tercero, el cuarto, el quinto ¿Qué? ¿Es que no va a

aprovechar su oportunidad? Siga. Decía que acabó siendo juez, que no es mal fin para uno de su clase.» Observé a los dos, al albino que chupaba el cigarro y se había apostado junto al balcón, y al de las gafas, con el olor a colonia, la cazadora y unas facciones de las que suelen tener éxito entre las mujeres; el ejecutor, apenas un poco más que una pistola que debía formar parte de su cuerpo como una prolongación de su mano, con nervios que se extendían hasta el gatillo y la culata, y el jefe, el que decidía la suerte de los visitados, cuya autoridad emanaba de él tan espontáneamente como el olor a ropas sudadas; el primero, en silencio, fumando y esperando su hora y el segundo mirándome desde detrás de los cristales oscuros, y apuntando mis debilidades y mis aciertos y haciendo el balance y, en definitiva, esperando también su hora.

Me arranqué del silencio y continué diciendo que sí, que juez, un personaje en el pueblo, con el alcalde y el sargento de la Guardia Civil. Y con la obligación de cumplir unas leyes injustas, de embargar a los que no pagaban al casero y al prestamista cada vez que la cosecha se quedaba en mediana, o de desahuciar colonos que, al día siguiente, tenían que ofrecerse como jornaleros en la Plaza Mayor; a fallar pleitos que eran amaños urdidos por los leguleyos del cacique; un lío con el mismo cacique, un cincuentón que se teñía el pelo y que intentó violar a la maestra. Y a otro pueblo antes de que pudiera procesarle, en el que había los mismos desgraciados, los mismos usureros, las mismas injusticias y los mismos motivos de compasión y, encima, un paludismo endémico y ni un gramo de quinina porque el farmacéutico vivía en la capital. La verdad, con los adobes folletinescos necesarios para sorprender porque ni iba a comprobar los detalles ni, sin ellos, hubiera sido una versión presentable. Continué con mis cuitas de juez que, en parte por formación, en parte por sensibilidad, no se acababa de encallecer o no quería dejar de ser consciente de que se encallecía y prefería la lucidez, con todas sus consecuencias a engañarse a sí mismo. «¿La lucidez? ¿Para qué?» Para conservar el descontento y la piedad. Las gafas se movieron a la par que la cabeza, anunciando el desacuerdo: «Me recuerda al alcalde de Zalamea, cuando decía eso de "con muchísimo respeto, os he de ahorcar...", porque usted, con muchísima piedad, a seguir echando desgraciados a la calle.» Y toda su cara insinuó un gesto de satisfacción, mientras balanceaba la pierna y exhibía un zapato blanco y negro. «También usted habrá tenido problemas entre sus convicciones y su conducta. La vida es una contradicción constante y uno se va haciendo su moral a fuerza de errores, de arrepentimientos, de rectificaciones y de más errores y más arrepentimientos. Y de todas maneras un juez no es un verdugo... ¿o es que ha venido a detenerme porque soy juez?» Pensé que me había equivocado porque hizo un movimiento que me pareció de recelo y vi sus gafas tomando otro primer plano de mi cara empapada por el sudor, porque el calor había aumentado, al estar cerrado el balcón, y él había acabado desabrochándose la cazadora bajo la que

llevaba una camisa cruda que parecía de seda. «No, no he venido por eso, pero no acabo de entender que con tanto descontento y tanta piedad siguiera haciendo lo mismo y siendo juez hasta ahora.» «Pues lo siento y lo sigo sintiendo. Y la verdad es que yo no llevo dentro un juez sino eso», y abarqué con un ademán las estanterías, *El Capital*, el *¿Qué hacer?*, la *Revista de Occidente*, y *El Estado y la Revolución* y me lanzó otra réplica, esta vez destemplada. Había que arreglar muchas cosas antes de darse el gusto de pasarse la vida leyendo y formándose la conciencia y yo, con mis conocimientos, hubiera podido arreglarlas. «Ha estado hablando de sensibilidad pero, a lo que parece, se la ha aguantado muy a gusto.» Me disculpé: no hubiera podido hacer nada porque tenía muy poca salud y me faltaba estímulo; hubiera necesitado ser un héroe o haber sufrido alguna tragedia familiar como la que sufrió Lenin, que era del mismo origen burgués. «No tanto. No creo que Lenin se hiciera revolucionario por la ejecución de su hermano. Y además, hubiera bastado con que hubiera dejado de emborracharse de piedad.» «¿Qué tiene de malo la piedad? Más de un revolucionario ha empezado por ella. A lo mejor usted.» «¿Yo? No he tenido tiempo de pararme a pensar por qué empecé. Y ahora ya no importa. Es cosa pasada... Y tampoco le importa a usted.» «¿No será que le parece una debilidad reconocerlo? No creo que sea como para avergonzarse. ¿Usted sí?» El albino, entre tanto, congestionado por el calor, había abandonado el cristal y se había sentado en el sillón de la mesa donde se entretenía haciéndolo girar o echándolo hacia delante y hacia atrás. «Tampoco es para avergonzarse haber empezado por el rencor.» «Por supuesto.» Pero ¿qué sabía yo de lo que llevaba dentro este hombre? El sillón chirriaba y golpeaba una de las baldas de la estantería. «¡Tú, estate quieto! ¿Cómo que por supuesto?» «Por supuesto que son válidos todos los motivos, he querido decir.» «¡Ah, vamos!» «Pero yo creo que usted es de los de la piedad.» «¿Por qué? ¿Quiere adularme?» Un sofoco repentino, con su sudor correspondiente, mientras el albino volvía al balcón y sobaba la bragueta que estaba más mugrienta que el resto de sus pantalones. «¿Y de qué me serviría? No creo que con adulaciones... Porque una revolución no se hace sólo con rencor. Quiero decir que una verdadera revolución tiene un momento en el que el rencor ya no es un arma sino un estorbo.» Silencio, durante el cual creí advertir que la frase le había gustado, no porque estuviera de acuerdo sino porque le iba a dar ocasión de disentir. Y así fue, porque me contestó que todavía estábamos muy lejos de ese momento y que hubiera sido una locura jubilar el rencor. «Y además, ¿qué sabe usted de eso? Ni que fuera un teórico de la revolución.» «Pues algo sé pero he de confesarle que yo estoy por la revolución.» «Claro. Y cuanto más lenta mejor. Nada de precipitaciones para no hacer pupa, nada de medidas radicales, nada de violencia... O sea, inmovilidad.» «Ésa no es la idea que yo tengo de la evolución.» Y antes de que tuviera tiempo de interrumpirme, me embarqué en la explicación de la tesis de Antonio Ruiz con el ejemplo que le servía

para exponer su versión del materialismo dialéctico; la espiral que iba subiendo desde lo más bajo a lo más alto, ascendiendo de un plano a otro, o en ocasiones descendiendo porque no era una ascensión que obedeciera a leyes inmutables, y enriqueciéndose y ganando terreno para la solidaridad y la integración. Estuve como cosa de siete u ocho minutos con esto y con el humanismo de Marx según Antonio Ruiz, que venía a ser una forma elevada de piedad. «Piedad en el autor del *Manifiesto Comunista*. Para que diga usted que si la piedad...», y la enajenación y el galimatías de la negación y la negación de la negación. Me sorprendía que provocara sus asentimientos, incluso cuando más confusa me salía la exposición o cuando más evidente me parecía que no la estaba entendiendo. Y cada vez me costaba más hablar a causa del calor, la sed y la tensión, pero continuaba exhumando a Antonio Ruiz: el proceso no tenía fin nunca, una revolución era el peldaño de la siguiente... «¿Me permite que pida un vaso de agua? Estoy seco.» Hizo un gesto afirmativo y el otro un estremecimiento sobresaltado al verme abrir la puerta para llamar a Petra, la cual apareció en seguida con los labios temblorosos y la mirada dando saltos desde el de las gafas al albino. Este dijo: «¿Se puede mear?», y sus pisadas se alejaron mientras yo decía que había peldaños a los que era posible ascender sin necesidad de revoluciones... «¡Eso sí que no! No hay más peldaños que las revoluciones porque nadie cede hasta que le aplastan.» Petra volvió con una bandeja y dos vasos tintineando sobre dos platos. Agua, bebimos a la vez, acechando los ruidos de las degluciones. «Usted escamotea la historia.» Dejé mi vaso con otro tintineo. «Todas las conquistas del proletariado se han conseguido con revoluciones.» Yo repliqué que me refería a algo más general o más comprensivo y seguí con la espiral de Antonio, con todas las frondosidades que recordaba: la vida, que había comenzado atada por la necesidad, es decir sin opción consciente, y que había ido ascendiendo, había ido subiendo hasta la individualización y la consciencia, enriqueciéndose y adquiriendo complejidad y librándose del determinismo y avanzando hacia la solidaridad, o la caridad, o el altruismo o como quiera usted llamarle.

El albino entró bostezando en tres colores, blanco, rosado y negro. El de las gafas me escuchaba concentrándose como si estuviera anotando la imagen de la espiral para lucirse con ella o como si se estuviera preguntado «¿quién será este tío?». Y al cabo, concluí, se volvería al punto de partida en la vertical, pero a un nivel muy superior. Me pareció ver relámpagos, pero se trataba de apagones de las farolas de la calle. «¡Bueno! No está mal, aunque me parece un sustitutivo del opio del pueblo. O sea, la misma música tocada por una orquesta mejor. No está mal, pero no me convence. ¡Como que si se dejaran las cosas solas iban a mejorar por sí mismas!» Pues sí, mejoran, y seguirán mejorando, aunque yo no estaba exponiendo ningún plan de acción ni negando que las revoluciones tuvieran su papel, tu que la especie humana hubiera evolucionado sin sangre y sin las enfermedades que cuestan los

crecimientos. Noté un gesto de impaciencia en la parte inferior de su rostro. «Eso también es música. Todo ha sido música. No hace falta que suba tan alto con su espiral para justificar que no ha hecho nada en su vida. Nada útil para la causa el pueblo. No ha hecho más que tranquilizarse con un optimismo metafísico y unas gotas de espiral. Y ya es hora de actuar. ¿O es que no se ha dado cuenta de que estamos en la enfermedad del mayor estirón de nuestra historia?» «Pero ¿cómo no voy a darme cuenta?» «Pues ya puede ir sacando las consecuencias. Nos toca arrimar el hombro a todos.» «Ya lo hago. Soy de los pocos que siguen en su puesto.» «Como toda su vida. Eso no es nada.» Silencio, ¿qué me iría a pedir?; silencio, que aminoré encendiendo la lámpara de la mesa; el juego de luces y sombras produjo una pausa, como si empezara otro acto, y un intercambio de miradas con el albino, que se aburría y enredaba con el pisapapeles que era un proyectil. «Ya le he dicho que siempre he tenido poca salud. Si no me cree, llame a Antonio Ruiz, a mi Juzgado, al presidente del Supremo, a mi médico... Precisamente vive en el cuarto piso.» Echó una mirada al teléfono en una esquina de la mesa, y Antonio, el presidente, el Juzgado y el médico fueron barridos de un manotazo.

De improviso estalló el estruendo de la radio que venía del comedor, con las últimas noticias de la tarde. Se levantó y abrió la puerta: «¡Apaguen ese cacharro!» y yo hice un respingo de animal espantado que provocó una risotada del albino. El otro se sentó de nuevo, inundándome con su olor, clavándome sus gafas que reflejaban la luz de la lámpara. «¡Bah! Excusas. La mala salud no ha impedido a nadie ser revolucionario.» «Yo no he dicho que fuera un revolucionario.» «¡Claro que no! Porque no es tonto y sabe muy bien hasta dónde puede llegar. Usted no ha hecho nada porque no ha querido y ya es hora de que haga.» Contesté que había hecho lo que había estado a mi alcance, aunque había sido muy poco, precisamente a causa de mi mala salud. El albino soltó un bufido, y yo saqué a la luz la historia de mi viaje con Antonio Ruiz, a quien tenía que acompañar por si le detenían en el camino. Describí el departamento de tercera en el que iban una cantaora y su guitarrista, un cura de pueblo y un sargento de la Legión. Le acompañaba para poder transmitir las instrucciones a los huelguistas y, como no teníamos ninguna experiencia en estos asuntos, hicimos la comedia de subir al vagón cada uno por un lado y entrar en el departamento como si no nos conociéramos. Nos sentamos uno frente a otro y yo veía tan sólo el pelo, todavía negro, de Antonio, que asomaba por encima de una revista. «Tú no tienes más que ponerles el telegrama si me detienen.» A la salida de Ateca, mientras el sargento reanudaba sus historias sobre las salvajadas de los rifeños, sentí arcadas y retortijones y, aunque traté de llegar al lavabo, solté la vomitona en el pasillo. El guitarrista buscó un médico: «Treinta y nueve ocho. Apendicitis aguda. Hay que dejarlo en Zaragoza porque puede sobrevenirle una peritonitis.» La cantaora sacó sus paños higiénicos y se dedicó a refrescarme la frente, mojándolos en el agua

de un botijo, hasta que llegamos a Zaragoza. Antonio perdió el tren para Barcelona por llevarme al hospital y quedarse conmigo durante la operación. «Y todo salió mal por causa de mi apendicitis.» El albino se echó a reír y las miradas que se dirigieron los dos me hicieron temer que se estuviera restableciendo el vínculo de las complicidades, que había de existir entre ambos, y anticipar la secuencia final: el de las gafas, de pie, abrochándose la cazadora, el albino flexionando las piernas y sobándose la bragueta, el «Venga usted con nosotros», los gritos de mi madre... Pero las piernas seguían cruzadas y el albino continuaba balanceándose en el sillón. Y el tiempo parecía paralítico, congelado, muerto por unos segundos que eran eternos. «¡Bueno! Y ahora ¿qué? Porque ahora es cuando nos hacen falta todas las ayudas.» Las campanadas del reloj del comedor anunciaron las siete, o las ocho. «¿Y en qué puedo ayudar yo? No querrá que coja una escopeta.» Dije escopeta y no fusil para presentarme como un hombre que vivía en un mundo tan alejado de las armas que ni siquiera sabía sus nombres. Y él, entonces, sacó un cuaderno y una estilográfica y, al mismo tiempo, el albino se levantó y se acercó, como si oliera mi miedo. «No es por ahí. Pero ahora mismo va a darme los nombres y las direcciones de todas las personas de derechas que conozca.» Le quitó al cuaderno la goma que lo sujetaba.

—Porque usted tiene que conocerlas a docenas.

Noté una estatua de mármol que se pegó dentro de mi piel, un nervio se puso a palpar en mi párpado derecho y la nuca y la frente se me helaron con un frío mortuorio. Tiempo, tiempo para serenarme, mi glotis subía y bajaba y sentía los ojos desencajados y el sudor iba empapándome el cuello de la camisa. «A docenas, no. A centenares.» Y desfilaron por mi memoria los que ya no importaba que delatara: los hijos de Bonilla, Ripoll, el juez de Hortaleza... Pero eran muy pocos. El aire sofocante se llenaba del olor a higos y miel del cigarro que acababa de encender el albino.

—No se da cuenta de lo que me está pidiendo. Entonces, todo lo que hemos hablado de la piedad y la solidaridad...

Se enderezó, con el cuaderno en una mano y la pluma en la otra, se ajustó las gafas con la primera empujando el puente con el dedo índice, hizo una aspiración profunda y me disparó a la cara: «¡Piedad! ¡Ha hablado usted, no yo! ¡Y cómo se ve que le ha mimado la vida y que lo ha tenido todo resuelto! ¡Así se puede hablar de piedad! Se puede hablar porque nunca se ha necesitado.» Le faltaba el aliento, le sobraban palabras, estaba transfigurado, con los labios retraídos sobre los dientes y la frente partida por el entrecejo.

«¡Piedad! Bien comido, con padres, con profesores, con estudios, con médicos, sin tener que trabajar desde los diez años para ganarse la vida, sin haber llorado de hambre... Mire, yo no soy nada. O soy lo que soy. No mucho, pero tampoco para quejarme. Y todo lo que soy se lo debo a una persona que a usted no le importa saber

quién es. Ni a usted ni a nadie.» Cogió la pluma y el cuaderno con la derecha, me agarró el brazo con la izquierda, se inclinó hacia mí hasta que nuestras caras estuvieron a un palmo: «¿Quiere saber dónde está esa persona?» Veía el blanco de sus ojos a través de sus cristales, su reloj de pulsera y sus labios entreabiertos enseñando los dientes, sentía su aliento ligeramente pesado. «No, no quiero saber nada. Cálleselo. No hay ninguna necesidad de que quede entre nosotros una cosa así.» «¿Quiere saber dónde está?» «Ya le he dicho que no. Es cosa suya. Se va a arrepentir de habérmelo dicho en un momento de excitación.» Y él repetía la pregunta, apretándome el brazo, y yo negaba moviendo la cabeza. «No, si no se va a escapar sin oírlo. ¿Quiere saber dónde está?» «¿Muerto?» «No, muerto no. En la cárcel, que es donde le corresponde y a donde le he llevado yo mismo.» Me soltó el brazo y volvió a aspirar profundamente. «¡Y ahora, hábleme a mí de piedad!» Otra aspiración, pasó el cuaderno a su mano izquierda, lo apoyó en el sillón y preparó la pluma. Sus gafas me transferían el resentimiento y el odio que acaso le sirviera de justificación de sus actividades, si es que necesitaba alguna justificación personal para andar por ahí deteniendo gente, Y de pronto: «Me está condenando. Vamos, tenga el valor de reconocerlo.» «¿Condenando yo? Allá usted... Es decir, sí le condeno pero por lo que me pide que haga. Si se pusiera en mi lugar...» «No tengo por qué. Y no le iba a servir de mucho, porque si he sido capaz...»

—No es lo mismo. Usted podía tener sus razones para hacer lo que hizo pero yo no tengo ninguna para hacer lo que usted me pide. Ni usted lo haría en mi caso. Sería una bajeza que no tendría perdón. Yo no quiero salvar mi vida a costa de las de mis amigos. Usted mismo me despreciaría si cediera y me pusiera a delatar y a poner en peligro de muerte... No. Pase lo que pase yo no hago eso.

Me callé, porque se me había agotado la firmeza y estaba arrepintiéndome ya. Y entre tanto, él estuvo mirándome fijamente como cosa de medio minuto y, a la par, fue ablandándose su expresión, pasando de la dureza al embarazo, a la sorpresa, hasta al respeto. Al cabo, dijo: «Oiga, que no les va a suceder nada irremediable.» Y yo: «No pretenderá que me lo crea. Les pasaría lo mismo que a mí, sólo que ellos son muchos y yo...» «No, no. Ni a usted ni a ellos. Se comprobará quiénes son facciosos y quiénes no. Y recuerde que usted está obligado a ayudar a su eliminación. No podemos tener enemigos en casa.» «He dicho que no. No tiene derecho a pedirme que denuncie...» «Déjese de derechos. Lo que pasa es que no quiere pagar nada por ayudar al pueblo.»

Otro medio minuto en silencio tragando saliva, observando la mano con que sostenía la pluma, la otra que sujetaba el cuaderno contra el brazo del sillón, pensando cuántos de los que habría apuntado allí habrían sido asesinados por el albino, queriendo creer que seguía apretándome por la inercia de la situación o porque no sabía cómo abandonar el asunto. Me di cuenta de que, en algún momento,

se había introducido entre los dos un histrionismo no por completo involuntario al que hacía contrapeso el albino, con sus silencios y sus escupitajos, y él mismo, que todavía me soltó un «¡Vamos! ¡Estoy esperando!», que no impidió que el apuntador o aquello que me soplabá desde fuera me dictase un parlamento melodramático que podía volverse contra mí pero que me inspiró una confianza disparatada, no en lo que iba a decir sino en la reacción de quien lo oiría. «¡Vamos!», repitió, dando un golpe con el pie en el suelo. «¡Está bien! Yo le digo ahora los nombres de mis amigos de derechas.» Se aprestó a escribir y yo marqué una pausa para echarle más efectismo y más escenografía y me esforcé en sacar de mi voz un tono que mezclara la decisión de la violencia que intentaba obligarle a creer que me estaba haciendo: «Yo le digo los nombres... ¡Pero le juro, como hay Dios, que me pego un tiro en cuanto salgan por esa puerta!» Todavía más sudor, palidez, mis ojos desencajados, y frío al advertir que el otro se levantaba y se acercaba a mí, aunque el de las gafas echó la cabeza hacia atrás, como las otras veces que había conseguido sorprenderle, y dijo un «¡hombre! ¡No lo tome usted así!» tan increíble y fuera de lugar como esperanzador, lo mismo si se debía a su credulidad que al deseo de agarrarse a un clavo ardiendo para poner fin al asunto.

El albino saltó: «¿Te lo vas a creer? ¡Si es un farol!» Y sus ojos rosados saltaron desde las gafas a mí y de mí a las gafas. Este tuvo un instante de perplejidad y me miro con una expresión que me dio la certeza de que lo tenía en el bolsillo, en el que se había metido por vanidad, por presentarse ante mí con elevación. El albino: «¿Y a ti qué te importa que se pegue un tiro? ¡Un fascista menos! ¿No se trata de acabar con los enemigos de dentro?» Me iba a reventar, volví a los latidos del párpado, los temblores viscerales que llamábamos el baile de los menudillos en la jerga familiar y los pelos pinchados como alambres. Y el de las gafas callado como si le hubiera cedido la iniciativa al otro lo mismo que se cede a gusto una tarea sucia. «Si es por sacarle nombres, nos lo llevamos y se acabó. Que no me dieran mí más trabajo que ése.» El pánico me mineralizaba, ya no había apuntador ni ángel de la guarda, sólo más sudores y más fríos y un dolor creciente en la región lumbar. La derrota, un intento de incorporarme que paralizó el de las gafas poniéndome una mano en el brazo. Y una explosión que no hubiera podido decir que esperara pero tampoco que no contara con ella. «¡Cállate ya! ¡Ni una palabra más! Pero ¿desde cuándo eres tú el que decide? ¿Crees que todo se arregla con llevarse a la gente por delante? ¿De qué te enterarás tú, animal?» El otro se calló y hasta se sentó y bajó la cabeza para apoyarla sobre las manos y los codos sobre las rodillas. Ahora sí que había llegado mi salvación. Mientras volvía a ponerle la tapa a la pluma y la goma alrededor del cuaderno y se guardaba los dos al bolsillo correspondiente, yo recibía un balón de oxígeno, como un renacer o un despertar después de las alucinaciones de una fiebre. Pero todavía estaban allí y el albino había levantado ya la cabeza y nos estaba

mirando y el de las gafas había de encontrar una salida que no diera la impresión de una debilidad. Sobre nuestras cabezas se oyeron las pisadas de un niño que correteaba por el piso superior. Echó una mirada a su reloj de oro y yo otra al mío. «Las ocho y media.» Sí, las ocho y media. «No creí que fuera tan tarde», dijo, deslizándose rápidamente hacia un tono inocuo, como de visita protocolaria, para añadir a desgana: «Eso de ser juez... No entiendo cómo se puede compaginar con la piedad.» «Mal, muy mal. Acabo poniéndome en lugar de ellos.» «Pero los manda a la cárcel.» «¿Y qué voy a hacer?» «Dejarlo, o ponerse al servicio del pueblo.» Los manotazos finales para cubrir las formas. «Sí, ya me lo ha dicho antes usted.» «Pero ahora que le conozco es diferente. Ahora es peor.» «¿Por qué es peor? ¿No le gusta nuestra justicia?» «¿Qué justicia?» Pero ya no contestó a esta pregunta, aunque antes hubiera saltado sobre mí como un gato sobre un ratón. «Le voy a dar un consejo. No se fíe de sus compañeros.» Yo miré mentalmente en torno a mí; mis compañeros eran Pedro Martínez, Oñoro, Sanabria, Rosas, es decir, mis compañeros y mis amigos, porque los que no eran más que compañeros se habían escondido o estaban en las Embajadas. Lo había dicho para justificarse, para que yo creyera que había venido forzado por una denuncia. «Tenga cuidado. No le quieren bien. No se fíe de ellos.» Sí, pretendía justificarse, ahora era él quien se estaba tirando un farol. Y ya estábamos de pie los tres, el de las gafas abotonándose la cazadora y el albino sacando del bolsillo abultado de su chaqueta un gorro miliciano que se encasquetó hasta las orejas.

Salimos al recibidor, donde este último envolvió en una mirada reprobatoria el arcón, el repostero con el escudo de los Olaibar y el hombre del casco de oro. «Anda. Vete bajando.» El albino se atrevió a sacar su sonrisa tricolor en las mismas narices del otro y, al mismo tiempo, le dio un *último* sobo a sus testículos, dejándonos solos, frente a frente. «Ahora puedo decirle que me di cuenta de la clase de hombre que es en cuanto le eché la vista encima.» Y me tendió la mano, mientras yo me decía que era otro farol más, que quería quedar bien hasta el fin y que seguía en histrión, aunque ahora su papel coincidía con la realidad. «También yo me dije algo parecido. Y ahora que creo que le conozco...» «No, no me conoce. Yo soy éste» y se quitó las gafas de las que surgió una cara sin antifaz, con unas cejas imperiosas, unos ojos castaños en el mismo plano que las mejillas, una nariz que prolongaba la línea de la frente, pocas arrugas y quizá un par de años más joven que yo. Se puso las gafas y bajó las escaleras desde las que subía la voz asexual del albino que cantaba «Ay, Mari Cruz». Oí el portazo del coche, el ruido del motor y el del cambio de marcha, cerré la puerta del piso y me dejé caer en una silla.

Aparecieron mi madre, Laura, Petra, el coronel. Oímos un bocinazo y el chirrido de las ruedas al dar la vuelta. El coronel me abrazó y me dijo que ya no estaba seguro ni yo, atribuyéndome, para su tranquilidad, un izquierdismo tal que aseguraría mi impunidad en plena epidemia de terror. Laura contó que no había conseguido

localizar a Antonio en el Ayuntamiento, ni en su casa, ni en la Casa del Pueblo. Estábamos en el cuarto de estar y todavía me palpitaba el párpado cuando llegó Espinel, con otros dos, y no pude impedir que mi malicia me hiciera sospechar que habían llegado tarde a propósito. «¡Vaya dos pájaros! Sobre todo el de la cazadora brillante. Un miliciano más señorito que Dios. ¡Y qué humos!» Yo dije que me había librado gracias al de la cazadora. «Ni hablar. Hubiera sido una monstruosidad que se lo hubieran llevado. Pero por si acaso, tenga este teléfono.» Me dio un papel con un número y me dijo varias veces que llamara, que aunque él no estuviera le darían el recado.

Todavía tengo el papel en el bolsillo. Está hecho un higo, pero se puede leer el número, aunque ya no sirve de nada. Espinel me habría podido localizar con sólo ver al albino, pero ahora estará en su brigada, o muerto, pudriéndose entre las encinas de la Casa de Campo, si es que no murió antes, en Miajadas, o en Talavera, donde una columna de diez mil milicianos fue aniquilada por los legionarios que subían de Badajoz. «¿Y cómo se ha escapado hasta ahora siendo juez?» Es la voz apelmazada que sale de debajo de la nariz que está a dos palmos de la mía y que me obliga a cerrar el cuaderno, para que no lo lea y para que no caiga encima la inevitable gota que cuelga, o las consecuencias de un estornudo. Se apelonan varias respuestas en mi garganta mientras le miro a los ojos, mientras me digo que no le mueve la curiosidad sino el barrunto de un cierto parentesco espiritual, y contesto: «De milagro. De milagro y teniendo que hacer concesiones.» «¿Concesiones?» «Tuve que pedir que me nombraran juez especial de la rebelión.» «Claro, claro. Yo también tuve que hacerlas. Tuve que inscribirme en la Liga de Intelectuales Antifascistas y firmar un manifiesto protestando por el asesinato de García Lotea y el de un catedrático de la Universidad de Oviedo.» «Leopoldo Alas, ¿verdad?» «El mismo. Y la verdad es que lo firmé a gusto y no por miedo a las consecuencias de no firmarlo.» «Poca cosa, como concesión.» «Ya me imagino que las tuyas serían más penosas, pero no piense que no le comprendo. En su caso hubiera hecho lo mismo. Con un hermano en la cárcel y un padre coronel... ¿Ve usted cómo estamos los dos en corral ajeno? Fíjese en los demás. Nos están mirando todos. Huelen que somos distintos, y los de fuera también. ¿Querrá usted creer que los amigos de unos amigos dijeron de mí que tengo cara de rojo? Bueno, le dejo porque vale más que nos menudeemos los *tete a tete*... ¡Tiene gracia! Para lo que nos han servido las concesiones... ¿Le sirvieron a usted de algo?» «Creo que sí, aunque no lo sé. Desde luego a mi hermano no lo absolvieron por mí y mi padre murió de muerte natural hará unos veinte días y no le molestaron mientras vivió.» «¿Y a usted personalmente?» «Sí. A mí sí, hasta ahora.» «A mí también... ¿Cómo fue? No, no me lo cuente. ¡Qué más da! El caso es que ni siendo juez... Ahora sí que le dejo. Un minuto más y se nos vendría encima el conde. Y

aunque es de lo mejorcito en su clase, hoy no tengo ganas. Hoy me va a tocar a mí. Y si no, al tiempo.»

Y se va, con su nariz por delante pinchando el frío y el olor del cubo que alguien acaba de usar, pero también los susurros del seminarista, el cuchicheo de los gemelos y el silencio del marino y del estudiante. Se sienta y me sonrío desde la penumbra que hay en su sitio, al que no llega la luz que entra por el montante, y su cara se convierte en otra aviruelada, con los ojos caídos por los ángulos externos, con las cejas tiesas, la nariz espatarrada en mitad del rostro y el labio inferior vencido por su pesadez belfuda. Una cara que estaba bajo el resplandor que venía de las piedras de la catedral y cuya aparición había sido anticipada por la lectura de su nombre en la lista, pero que me sorprendió a pesar de todo, que metió en mi cabeza la confusión, encendiendo en ella frases idiotas como «¡Ahí va! ¡Pues es él!», o «Y ahora, ¿qué hago con este tío? Ya podía haber sido un pariente». No lo he contado a nadie, aunque estuve a punto de decírselo a Arango uno de los últimos días que nos vimos en el café, una tarde en que nos encontramos solos los dos. Si no se lo dije fue porque tomó la palabra desde el primer momento y consumió todo el rato en hablar de sí mismo y en postrarse ante sus excelencias para adorarlas y hacerme participar en el culto que se rendía y enfurecerme y castigarle con algún sarcasmo barato: «No me explico cómo no te aburres.» «¿De qué?» «De embelesarte contemplándote el ombligo.» Reventaba por contarle, por gritarlo, por arrancarme el secreto, pensando en el cuento del peluquero del rey Midas. Y ahora lo voy a contar, a gritar haciendo bocina con las manos como la hacía nuestro padre: «¡El rey Midas tiene orejas de pollino!», aunque me sirva de tan poco como me hubiera servido decírselo a Arango: «¡Tú eres tonto! ¿Y qué hubieras querido hacer? ¿No vas a madurar nunca? Tienes la idea de la amistad que tienen los adolescentes. Si es que puede llamarse amistad a haber estado juntos en la misma clase.» Pero quizá no hubiera sido tan cínico o tan inconscientemente benévolo, quizá estoy poniendo en su boca lo que yo hubiera querido oírle. Bueno, allá va.

Le reconocí en cuanto se abrió la puerta y entró, empujado por un miliciano de los que los escoltaban desde la cárcel. Y él, por su parte, no tardó ni un cuarto de segundo en reconocerme a mí porque se le iluminó la cara, medio oculta por una barba de mes y medio, aunque al verme impasible cambió de expresión y pasó a una de tristeza resignada que parecía impregnarle hasta los tuétanos. Sin duda, se había dicho: «¡Vaya! ¡Estoy salvado!», y en seguida... Yo me refugié en el papel y en su nombre. Francisco Javier Abrantes Espinosa. Hurgué en mi memoria buscando el mote con que le conocía todo el mundo en el colegio, incluso los curas, me hice el desentendido y miré al mecanógrafo y otra vez al informe: ex conde de Romeral, afiliado a Falange desde su fundación, jefe provincial de Toledo. ¿Cómo le llamábamos? Era un apodo tonto, inspirado en sus granos y su cara agujereada por las

viruelas. Mis ojos rehuían los suyos, y, a su vez, eran perseguidos por los del mecanógrafo que me había estado vigilando a través de sus gafas de medio centímetro de grueso. De nuevo al informe, a ex conde y a jefe provincial de Toledo, a sus pies, con zapatos sin cordones y calcetines de seda bajo lo que se adivinaba un vello abundante; subí hasta las perneras, la bragueta, el comienzo del pecho, dos botones de su camisa, y me detuve antes de llegar, no ya a su cara, sino a su cuello. «Detenido cuando intentaba refugiarse en el Alcázar, se le ocupó una pistola del nueve largo con tres cargadores.» El calor del mediodía aumentaba el olor a carroña y, a la par, crecía mi temor a oírle, decidiéndose al fin: «¿Pero eres tú? ¿Eres Tomás Labayen, el canario de luto?» Me sequé el sudor para ocultarme la cara y desfigurar la voz tras el pañuelo. Y comencé con las preguntas, dirigiendo miradas fugaces a sus ojos, que no reflejaban desilusión sino tristeza; las contestaciones y la voz opaca extraían de mi memoria el colegio, la foto de la segunda división ante la puerta del jardín, el fotógrafo marica que daba instrucciones: «Un poco a la derecha, usted. Quietos. Quietecitos.» El mecanógrafo tecleaba a toda velocidad, y hacía ir y venir el carro de la máquina.

Al guardarme el pañuelo tuve la sensación de que me quedaba desnudo; me pregunté si me habría reconocido, si de verdad había cambiado su expresión. Pero era igual que me hubiera reconocido o no porque bastaba con que le hubiera reconocido yo. Jefe provincial de Falange, una Astra del nueve largo y un rifle de repetición encontrados en un registro; tenía licencia de armas pero los milicianos la habían roto delante de él y se habían llevado su reloj de pulsera y todos los objetos de valor, los cubiertos, las bandejas, un servicio completo de plata, su encendedor. «¿Cómo no iba a refugiarme en el Alcázar?» Tecleos, disparos aislados, los zapatos sin cordones y los pelazos transparentes bajo los calcetines. Pero él no era Jesucristo ni yo san Pedro. Y no alteré ni una coma, ni una sílaba, ni una palabra para diluir su declaración, ni se me ocurrió despedir al mecanógrafo: «Haga el favor de dejarnos solos.» ¿Para qué, para decirle?... «Oiga, ¡qué tío más feo!» Más tarde, me preguntó Pedro Martínez: «¿Qué te pasa? ¡Qué cara tienes!» Y yo: «La que tendrás tú cuando hayáis celebrado el primer juicio.» Por la noche, me encerré solo en el despacho improvisado y releí su declaración vigilado por las máquinas de escribir, la mesa de castaño con nudos que parecían ojos, la ventana que tenía roto un cristal y, en la pared contraria a aquélla, un clavo del que debió colgar algún cuadro. Las cosas se volvían testigos que me acosaban. Cobarde, ha sido el miedo al mecanógrafo, a un mocoso. Ni siquiera un gesto, ni siquiera haber aclarado mi situación: «Sí, soy yo, pero lo siento; ni Chamartín ni nada, cada uno en su bando.» Miré la declaración con su firma, Javier Abrantes, y debajo una recta como una base o un andamio para sostener las dos palabras. Los recuerdos se me escapaban de la cabeza para esparcirse por el despacho y por la habitación del hotel; me veía en la camarilla del colegio que

tenía una tela metálica como techo y una puerta con una celosía que permitía ver desde fuera pero no desde dentro y la cerradura que, al contrario, se podía abrir desde dentro pero no cerrar. Abrantes fumaba un Lucky escondido tras unas retamas en el pinar del colegio; Abrantes se masturbaba rodeado de cuatro niños, languidecía, después les daba sus explicaciones. Pero en mi lugar hubiera hecho lo mismo que yo. ¿Le he echado la sogá al cuello o la tenía ya echada y lo sabía y sabía que yo no podía hacer nada por él?

Salí a la calle, huyendo del acoso de los testigos y la soledad envenenada, para defenderme levantando una trinchera de argumentos justificadores o exculpadores, o disculpadores, que ni disculpan, ni exculpa ni justifican. Y volví a darle a lo de cada uno en su bando. Y además, ¡quién se acuerda ya de Chamartín y de sus cigarros americanos! Nada menos que jefe provincial; los párpados caídos, la nariz, el bello inferior, las barbas. Trataba de enterrar todo esto; una paletada de tierra, y otra, y otra y otra más. He estado cuatro meses con un muñeco dentro de mí echando paletadas, viéndolo, ignorándolo, olvidándolo, volviendo a recordarlo, sin acabar de saber si se trata de vergüenza, es decir de una cosa que me humillaría que se supiera, pero nada más, o de remordimientos más hondos y menos perdonadores, si hice mal con arreglo a mi conciencia o si solamente caí en eso que suele denominarse quedar mal, que tal vez sea peor y más vejatorio. «¡Oiga, qué barbaridad, qué tío más feo!» Es increíble la fuerza de evocación de la memoria. Lo estoy viendo otra vez, lo estoy oliendo: el bello, los párpados cargados, los efluvios de la cadaverina que entraban por la ventana, la tez virulenta y la frente invadida por el pelo retinto. Esta cara es mi Banco; no me dejará en paz, aunque no lo maté, aunque hubiera muerto de todas maneras, aunque... Pero ¿cómo hubiera podido salvarle si no se escaparon aquellos a los que intenté salvar? Aquí está el profesor, escoltado por el conde y éste, a su vez, por el olor a orines. «¡Progreso! ¡Las ganas! Para empezar, no hay nadie que haya dado una definición convincente de lo que es el progreso.» «Yo se la he dado antes: un aumento de la bondad, o por lo menos, una disminución paulatina de la maldad.» Una risa aceitosa y en seguida: «¡No sea iluso, conde! ¿Cómo es capaz de decir semejante cosa aquí, después de cinco meses y medio de salvajadas? No hay progreso, quiero decir progreso moral; lo que hay es un movimiento hacia delante, o el paso del tiempo, que no se puede calificar de bueno ni de malo, como no se puede decir que la música sea barbuda o lampiña o que una locomotora sea más moral que una diligencia.» «Por lo menos, es más rápida y un tren más cómodo que un carro.» «Estamos hablando de progreso moral, conde.» «Todo va unido, creo yo. Cuanto menos molestias más facilidad para ser bueno.» «Pero ¿y su cristianismo? ¿Se va a volver hedonista simplemente para poder afirmar que hay progreso?» «Amigo mío, usted sabe discutir y tiene unas dotes polémicas que no tengo yo, pero de eso a que tenga razón...» Cierro el cuaderno porque el capitán se nos viene encima, se sienta en

mi colchón y se rasca la bragueta. «Sintiéndolo mucho, estoy con el profesor, y me asombra que usted se salga defendiendo el progreso como si fuera un señor del siglo pasado.» «Quizá soy del siglo pasado, o del anterior.» «No, es de este siglo y está aquí, esperando lo que sabemos todos, y ya me hubiera gustado haberle visto en la Cárcel Modelo ¿Estaba usted allí?» «Pero de lo que hacen éstos a lo que hacía Gengis Kan, o a lo que hizo Tito con Jerusalén, o nosotros mismos en los Países Bajos... ¿Y qué me dice de la Revolución rusa que fue antes de ayer?» «Que no debió ser peor.» «Claro que fue peor, todo lo peor que puede ser la brutalidad respecto de la crueldad.» «Sí, señor, el profesor ve las cosas como son, y este mundo es un valle de lágrimas como dice la Salve.» Y el conde perplejo, entre Gengis Kan y la Revolución rusa. «Entonces ¿ni para adelante ni para atrás?» Y el profesor que eso es, que ni progreso ni decadencia de Occidente ni ninguno de los otros tres puntos cardinales y que Spengler es un chapucero y que todo va manga por hombro y que si mala fue la Revolución rusa no es mejor lo que está haciendo Hitler en Alemania. «Pues en eso sí que no tiene razón, porque Hitler es una barrera contra el comunismo.» «¿Ha estado usted allí últimamente?» «¡Ojalá estuviera ahora! ¿Y ha estado usted en la Cárcel Modelo?» «No tiene comparación, aquí es la chusma desatada y allí es la chusma azuzada por ese loco que está haciendo todo lo que dijo que iba a hacer.» «¿Estaba usted en la cárcel cuando el asalto?» «Ya verá a dónde llega ese mamarracho con su poder de sugestión, sus aspavientos, sus bobadas sobre la raza superior y su odio a los judíos.» «Para mí, es un genio, como Napoleón o Alejandro Magno.» «Se nota que no ha leído *Mein Kampf*.» «Señores, señores, no empecemos.» «Pero ¿qué pasó en la cárcel?» Ahora es el capitán quien oscila entre el asalto a la cárcel y *Mein Kampf* y quien dice que algo muy parecido a lo de su tren y que el lío empezó porque los presos comunes provocaron un incendio, y el conde le corta: «¡Déjelo, por favor! Ya tenemos suficiente con estar aquí y con todo lo que ha pasado cada uno de nosotros.»

Arango, con su barbita a lo Lenin, estaba contándonos la caída de Badajoz y los rumores de una matanza de milicianos en la plaza de toros. Pude ver a la muchacha del bolso azul frente a mí, a través de un hueco entre los que ocupaban la mesa de los prohombres, entre Prieto y la Pasionaria o entre ésta y José Díaz, el secretario del Partido; estoy con el rescoldo de los celos y de la privación sin acabar de extinguirse. ¡Qué demonio! Yo me alivió con la del bolso; está buena aunque sea una puta. Y ella se alisaba el pelo levantando los brazos, exhibía el vello de las axilas, me sonreía y me incitaba sacando los pechos. Y de pronto, se interpuso una camisa sin corbata gris. «Van a asaltar... ¡Van a asaltar la Cárcel Modelo!»

Se calló todo el mundo; los prohombres se miraban entre sí, Arango apretaba los labios, Oñoro y Pedro demudados, Rosas se atragantó con su coñac, yo me puse de pie. «Pero ¿qué dices?» «¿Quiénes?» «¿La Cárcel?» «¿Quiénes la van a asaltar?» El

de la chaqueta gris extendía una mano y se golpeaba el pecho con la otra, esforzándose en recobrar el aliento; la del bolso azul, que se me había hecho visible otra vez al levantarme, me había dejado de mirar. «¡Miles! He oído a uno que se había subido a una farola...» Arango se arrancó el puro de los labios: «¡Lo de Badajoz!» Prieto asintió, se puso de pie, «¡Claro! ¡Se han vuelto locos!». «Sí, eso era lo que les estaba diciendo el de la farola.» «¡Vamos, hay que impedirlo!» La Pasionaria se apoyó en el velador y tiró la silla; el ruido de pies y de sillas arrastradas o derribadas se extendió, se atropellaron para alcanzar la puerta, pero yo llegué el primero dejando detrás de mí la voz de Arango.

—¡Espérame, espérame, voy contigo!

La Gran Vía a la carrera, la calle de la Princesa empujando a la gente, escurriéndome, sudando, faltándome el aire. Y ya estaba frente a casa, en la que pude ver a los dos asomados al balcón y mirando hacia la cárcel; crucé el portal en dos zancadas y abrí la puerta del ascensor. Pero ¿para qué? No iba a decirles que no sucedía nada porque estaban viendo lo que sucedía con sus propios ojos. En la calle olía a fuego; un camión con guardias se abría paso tocando la bocina seguido por otro de bomberos al que conseguí pegarme y alcanzar las verjas, cerca de donde estaba una de las garitas. «Dicen que han incendiado las cocinas para armar jaleo y darse el bote.» «Y que tienen armas, que se han amotinado.» Dos camiones en una calle lateral soltaron guardias y milicianos que se precipitaron a los portales de las casas que había enfrente de la cárcel. Sonaban disparos que parecían venir del interior y de la coronación de los muros. La muchedumbre se espesaba, gritaba, ondulaba, empujaba, los guardias y los milicianos disparaban ya desde las terrazas, la gente formaba coros de insultos, de mueras, de abajos. ¡Queremos las cabezas de los fascistas! ¡Mueran los militares traidores! ¡Asesinos, hijoputas! ¡No dejar ni uno! Y yo trataba de alcanzar la entrada, inmovilizado por la masa de cuerpos unidos por los gritos, los mueras, los disparos, aguantando las apreturas y los casquillos que caían del muro. Miguel estaba al otro lado de la verja, apenas a veinte o treinta metros de mí. Estaba aturdido y al mismo tiempo con todos los sentidos agudizados permitiéndome oler la pólvora, otros sudores, maderas ardiendo, ver medio rostro invadido por una mancha vinosa con unas excrecencias como verrugas carcomidas y otra mujer con un pañuelo negro enmarcando una cara cadavérica, pulida como si fuera de alabastro. Los disparos parecían agujeros que se encendían y se apagaban y dejaban puntos negros en el aire.

Miguel estaría sudando lo mismo que yo, o acaso no sudara ya; no se suda cuando se ha muerto, acaso le habría alcanzado algún disparo, este que reventó sobre mí, el siguiente, distante, agudo. «¡Abajo los asesinos de Badajoz! ¡Las cabezas, las cabezas!» El epiteloma gritaba, a un palmo de mi oído, la cara de muerta se volvía hacia mí tal vez porque yo no gritaba; por encima de ambas vi la chimenea de la

fábrica de perfumes y la Sierra. Los disparos se hacían más espaciados, más personales, más dirigidos y más mortíferos, con más atención. Después hubo un silencio que se derramó rebosando los muros, que pesaba como el plomo y era peor que los gritos y los disparos. Cerré los ojos y tuve una visión del patio, de los cuerpos amontonados ante el rastrillo, de Miguel caído de bruces. Más rugidos de nuevo; la pasta humana, que formaba dos corrientes una hacia la puerta y otra hacia la calle lateral, me empujó y me puso en primera fila, ante los coches que avanzaban por el espacio libre, ante los gorros negros, los fusiles y las iniciales pintadas en las puertas y en los parabrisas.

Pero ¿y los jefes? ¿Y la Pasionaria y José Díaz? ¿Y los socialistas? La Pasionaria, con su partido no era capaz... Barbarie espontánea, o acaso barbarie consentida, incluso preparada, pero ¿por quiénes? Aunque daba igual. Me escurrí, pasé rozando los guardabarros de los coches, los pañuelos rojos y negros, las iniciales, los banderines. No había ni un solo tranvía que bajara hacia la plaza de España, no había más remedio que correr, correr y sortear a los que subían o a los que bajaban, y resistir la punzada en el costado, torcer por San Bernardo y tomar la calle de la Luna corriendo, andando, corriendo, pasando ante una casa en la que hubo un garito donde fuimos a jugar los dos. Por fin, el desinfectante del hospital y Antonio: «¡Ya lo sé! Vamos a la Casa del Pueblo.» Pero ahora sin correr, al paso de Antonio.

La calle de la Madera, la del Escorial, la Corredera. Yo hablaba de los camiones de guardias y de los coches y los gorros. La Casa del Pueblo, un despacho donde sonaba la voz de alguien que hablaba por teléfono y que era la de un dirigente de segunda fila, calvo, pálido, sudoroso, como debía estar yo, gritando que hacían falta fuerzas y que tú las tienes, bastaría con un centenar de hombres. «Dile a Norte que se ponga.» Antonio se derrumbó en una silla y se echó hacia atrás la melena mojada. «¿Qué?» Se oía la voz del otro pero no se le entendía. «¿Qué dices? ¿Quién eres tú?» Y yo de pie, sin poder estarme quieto, mirando el reloj, sentándome frente a Antonio, levantándome, volviendo a sentarme. «Sois los únicos que podéis hacer lo que os parezca sin perder la popularidad. ¿Cómo que tú no puedes? ¿Pero quién eres tú?» El calvo se secaba el sudor con la manga de la chaqueta. «¿Que no tiene importancia la vida de tres mil presos? ¿Norte? ¡Qué vas a ser tú Norte! ¡Desgraciao! ¿No sabes que conozco a Norte desde hace seis años?» Ahora agitaba la cabeza con indignación. «No es el momento de... Seas quien seas, ¿no te das cuenta de las consecuencias que va a tener esta escabechina?» Tapó el micrófono con la mano. «Nada, no hay nada que hacer.» En mi reloj, el segundero giraba a toda velocidad. Y podía estar pasando lo irremediable. Antonio preguntó: «¿Dónde está Prieto?» Y el otro se encogió de hombros. «Y ése ¿quién es?» «Te vas a arrepentir, nos vamos a arrepentir todos. Vamos a perder la guerra en la retaguardia. Estáis ciegos.» Colgó el teléfono, hinchó los carrillos, lanzó un resoplido sonoro. «¿Quién era?» «No lo sé, pero me ha dicho

que si los mataran a todos nos solucionarían una papeleta de cojones.» Antonio abrió la boca, me miró, miró al del teléfono, volvió a mirarme a mí. «¿Qué podríamos hacer?», preguntó el calvo. «Salir corriendo para allá.» «¿Quiénes? ¿Tú y yo?» «Y todos los que estén en la casa.» «Todos, lo que se dice todos, serán veinte. Esto no es un cuartel.» «Pues llama a las milicias.» «Ya lo he hecho, pero como si hubiera llamado al seminario diocesano.» «Entonces, vamos los dos.» «¡Tú estás loco! ¿Con qué les podemos detener?» «Con nuestra presencia y nuestra autoridad moral.» «Loco, loco de atar.» Otra discusión, el uno que la autoridad moral era la carabina de Ambrosio, el otro que aunque lo fuese y aunque pasara lo que pasara, el uno que no tenía ganas de que le mataran sin beneficio de nadie. «Eres un cínico.» «Y tú no estás en la realidad.» Mi impaciencia me angustiaba como unas ganas de orinar incontenibles y los dos me parecían tan indiferentes y tan exasperantes como un dios; me alejé hacia la puerta. Por el ruido, adiviné que Antonio se había levantado. «¡Espérame, Tomás! Y tú consígueme un coche del partido.» Yo no quería esperar el coche sino correr, gastarme, agotarme. Antonio apremiaba al conductor y yo pensaba que hubiera llegado antes a pie. Por el capó, estrecho y largo, se deslizaba un mundo ennegrecido de árboles, cables de tranvía, columnas, farolas. El chófer tocaba la bocina, yo miraba a Antonio, a mi lado, sus pómulos salientes y su aire de músico ruso del siglo pasado. ¿Quién le iba a escuchar? El conductor dijo que tendríamos que seguir andando. «Espéranos ahí, en el 56.» Nos detuvieron antes de que pudiéramos llegar a las garitas, miraron a Antonio como reconociéndole y éste les enseñó su carnet. «Dejadme pasar, tengo un pariente.» «¿Usted un pariente?» «Llamad al jefe. Llamadle.» Por la puerta, a medio cerrar, vimos milicianos mezclados con guardias de asalto y bomberos, y el suelo encharcado. El carnet estaba en manos de uno con un casco de jugador de polo. «¿Cómo se llama tu pariente?» La puerta se abrió un poco más y yo me anticipé: «Miguel Labayen.» Se había formado un círculo a nuestro alrededor. «El muerto no se llamaba así.» «Pero ¿ha habido muertos?» «Uno, y diez heridos.» «¿Y qué hace esa gente ahí?» La puerta se abrió del todo y vimos una ametralladora frente al rastrillo. Antonio se lanzó hacia delante: «¿Es que los vais a asesinar?» «¡Quieto ahí! ¿Quién ha dicho...?» «Estoy viendo la ametralladora y a un hombre sentado... ¡Vais a deshonorar la revolución!» «¡Abuelo, no se ponga nervioso, que no vamos a hacer nada malo.» «Vais a asesinarlos a todos. ¿Por qué habéis puesto ese trasto ahí?» «¿Y qué quería que pusiéramos? ¿Un carrito de helados?» «¿Qué estáis preparando? ¿Una matanza?» «Bueno, ¡ya está bien! ¡Andando, fuera de aquí!»

El carnet fue a parar al pecho de Antonio, el del casco de polo le empujaba y yo tiraba de su brazo, porque me asustaba nuestro aspecto fuera de lugar, nuestro aire incitante de víctimas. Nos alejamos del casco de polo y la ametralladora dispuesta a la matanza. Antonio seguía echando fuera de sí lo que no le habían dejado decir: «Esto nos puede hacer más daño que las mayores derrotas militares. Un asesinato en

masa en Madrid con todas las Embajadas, los corresponsales extranjeros, el Gobierno...» El empujón y los forcejeos le habían despeinado poniendo sobre su frente un mechón de pelo que le asemejaba a una vieja sufragista después de un altercado con la policía. «Hay que evitarlo, hay que volver allá.» «¿Qué hacemos con el coche?» «Vamos a quedarnos con él. ¿Y tus padres? Espera, voy a subir un momento.»

Estaban los dos demudados, sin habla. Les dijimos que estaba bien, que los ánimos se habían tranquilizado ya, que sólo había habido heridos, que habíamos hablado con el responsable de la guardia. Antonio y yo, sin mirarnos, nos preparábamos a oír la ametralladora, y seguíamos tranquilizándoles: no estaba entre los amotinados sino en la otra galería de la cárcel. Ellos se acercaron al balcón y Antonio aprovechó la oportunidad para decirme: «Busca a Andrés en seguida, porque a él le dejarán entrar. Llévate el coche. Yo me quedaré con ellos todo el tiempo que pueda.» La madre de Andrés me dijo que estaba en un comité del Pacífico, frente a las oficinas de la estación de Atocha. «¡Qué atrocidad, señorito, qué atrocidad!» Volví al coche, a ver resbalar sobre el capó un universo negro, un negativo del mundo, del cielo y de las casas y las copas de los árboles. La calle de la Princesa, Leganitos, Preciados, Carretas, las iglesias chamuscadas, la facultad de San Carlos y la estación de Atocha en cuyo reloj eran las siete y veinte y, por fin, el Pacífico, con la tapia y los trenes y el resuello de las locomotoras. Miguel estaría en el patio, viendo la ametralladora, que era una Hotchkiss, y adivinando los preparativos... «Tiene que ser aquí.» La iglesia, de un gótico de principios de siglo, tenía una torre con unas celosías pintadas de blanco. «¿Andrés Ruiz?» «¿Andrés, el cojo? No está, ha ido a un servicio.» «¿No está?» Un ennegrecimiento dentro de mí como el que sufría el cielo al reflejarse en el motor del coche. «¿Y no podrías decirme por dónde es ese servicio?» «No, porque no me han dicho nada.» Andrés se habría contagiado de aquella ferocidad soterrada como una enfermedad que se ignora pero que puede acabar matando a quienes la padecen. Escribí una nota para él. «Dale esto cuando vuelva.» Y volví al coche, pensando que podía no querer ayudarnos, que podíamos habernos vuelto indiferentes para él, o que podía odiarnos.

Estaba anocheciendo, los vendedores de periódicos voceaban noticias sobre el frente de Aragón y todavía olía a maderas quemadas y quedaba gente que había llegado tarde al espectáculo o que esperaba otro. Antonio se había ido a la Casa del Pueblo. «Se va a reunir con Prieto y van a ir a hablar con el presidente y el ministro de la Gobernación.» Mi padre mencionaba casi deleitosamente la Casa del Pueblo y a Prieto y al presidente, poniendo su esperanza en lo imposible, y mi madre daba paseos mientras él balanceaba la pierna derecha. En mi cabeza resucitaron las palabras del que hablaba por teléfono en la Casa del Pueblo: «Si los mataran a todos nos solucionarían una papeleta...» Luego, surgieron San Rafael, el camarero de la

cara de tortuga, y mi peregrinación al cuartel del Quinto regimiento. Hubiera podido ser el pasado de otra persona; el pasado, porque el presente era mío. Mi madre entró con sus temblores de cabeza y sus «¡Dios mío, Dios mío!». Cruzó el cuarto de estar y se alejó por el corredor; se la oyó hablar con Petra. «¡Tomás, Tomás, mira eso! Más coches hacia la cárcel.» Subí a casa de Bonilla para llamar a Antonio sin que me oyeran, pero no estaba en la Casa del Pueblo ni en la suya, ni en Presidencia. Los coches soltaban milicianos. «¡Asesinos! ¡Van a seguir asesinándolos! Pero cállate, no digas nada a tu madre.» Asesinos, asesinos; a doscientos metros, la ametralladora apuntando y nuevos refuerzos de matarifes. El perro de enfrente ladraba a los coches, una cosa brillaba sobre el bordillo de la acera, un papel de plata de una cajetilla de cigarros ingleses. Nuestra radio y las de toda la vecindad transmitían *Danubio Azul*, que evocaba muselinas, uniformes de húsares, grandes espejos, arañas. Se encendieron las farolas. El papel de plata desapareció. Las noticias de las nueve, pero ni una palabra del incendio; la cena, vigilado por sus miradas en las que asomaba la angustia convertida en reprobación; reconocí la voz de Prieto, que temía que sus palabras no estuvieran a la altura de los acontecimientos.

—Yo os pido que supláis su pobreza con vuestra comprensión, yo os pido pecho de hierro en el combate y un corazón generoso en la retaguardia, os suplico desde el fondo del mío que no os dejéis llevar por el triste ejemplo de nuestros enemigos, que os acordéis de que, cuando hayan pasado los años, no se harán distingos y todos los españoles cargaremos con estos crímenes.

Volvimos al cuarto de estar, al balcón; dos hombres pegaban carteles en la esquina de la casa de enfrente, uno en la escalera mojaba la brocha en el engrudo, extendía medio cartel: «Obreros, campesinos, intelectuales... el Partido Comu...», el otro le alcanzó la otra mitad, más brochazos de engrudo, «...nista os abre sus filas». ¿Y la Pasionaria? La Pasionaria apoyándose en el velador, José Díaz con la boca contraída, rebasados, tan impotentes como yo. Me senté en el sillón del coronel, frente al retrato del abuelo con barbas y frac, y ellos dos en el sofá vencido, ella en el borde y él inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos y ambos con cara de moribundos condenados a continuar viviendo contra su voluntad. Por el balcón entraba aún el bochorno sofocante y por la puerta del cuarto de estar el crujido de algún mueble, los últimos ajetreos de Petra en la cocina. Los cuartos de hora marcaban el silencio y el tiempo amalgamados, creciendo, creciendo como una marea que nos anegaba. Aún veía a Antonio de acá para allá con su mechón sobre la frente, oyéndose decir abuelo, dejándose arrastrar por lo que llamaba su «sarampión moral» y venciendo la tentación de abandono y sacrificando su lucidez. Y a los milicianos con patillas, con insignias, con fusiles, con la ametralladora. Sentía el picor del sueño en los ojos y una rebelión de niño mimado que pataleaba ante la fatalidad.

«Señora, *café sí sería que debieran tomar.*» «¡Déjate de café!» «Pero *así ni aguantar van a haser.*» «Tomás, llama a alguien. ¿No se puede hacer nada?» Recordé el papelito de Espinel con su teléfono, pero su unidad había salido hacía más de una semana para el frente de Extremadura. Mi madre lloraba, mi padre decía que sería mejor rezar. «Es lo único que nos queda. Vamos, Inés, vamos.» Sí. acumular avemarias. Lo que quedaba era Andrés, un muchacho de veinte años, tan impotente como las oraciones, sin influencias, al que le era difícil moverse y que creería que aquello era lo que se debía hacer porque resolvería la papeleta de los tres mil presos. «Debíais echaros.» «¿Echarnos? ¿Para qué?» «Para descansar.» Y ni me respondieron, ni café, ni acostarse. Sólo rezar, gastarse y gastar a la vez su angustia, gastarla sin agotarla, sin que disminuyera. Me adormecí, me quedé traspuesto a pesar de la luz de la araña y la madera del brazo que se me clavaba en la sien. «Tú sí que debías acostarte, hijo, no has parado.» Su mano acarició mi frente; aún le quedaba ternura para mí, ternura y esa entereza que conservan las mujeres y que les permite recordar que hay que seguir viviendo. El coronel se incorporó de un salto y exclamó desde el balcón: «¡Otro coche!» Mi madre se mordió los labios, mi padre la apretó contra sí, y tornaron a sus rezos.

Más coches, coches hasta las tres de la madrugada, pero no disparos ni gritos, sólo abrir y cerrar puertas, frenazos, cuartos de hora, horas: las dos, las tres, las cuatro. Un ladrido distante, un golpe de viento, la cortina que se movía pero no por el viento sino porque Miguel se había escondido detrás huyendo de la visita, sin tiempo para escurrirse hasta su habitación; una niebla de rezos, con la luz de la araña, el dolor del brazo del sillón, mis padres bajo el retrato del abuelo Olaibar. El soplo de un recuerdo de mi niñez relacionado con su muerte y con Petra susurrando en vascuence un conjuro: «Abejitas, abejitas, haced cera. El amo ha muerto y necesita luz en la iglesia.» Luego, me debí quedar dormido, aunque continué viendo los destellos de la lámpara, y, al mismo tiempo, la cara de Miguel que asomaba por la cortina y que se convirtió en la de Luisa, acodada en la ventanilla del vagón Madrid-Irún.

Después, me hice de plomo hasta que me despertaron el dolor en la sien y la luz de la madrugada, que esparció dentro de mí los sucesos del día anterior, el hombre que se golpeaba el pecho y trataba de recobrar el aliento, el capó del coche con reflejos de un mundo negro y la ametralladora emplazada en el patio donde estaban los detenidos. El cielo era ya azul anacarado cuando me asomé al balcón atraído por el ruido de tres coches que estaban en la puerta de la cárcel. Mis padres se habían dormido y no los oyeron arrancar y dirigirse a la plaza de España, pero uno de ellos se detuvo frente a la casa y alguien descendió trabajosamente por el otro lado. Luego siguió y dejó ante mis ojos a Andrés, que miró a su derecha, a su izquierda y al frente, y cruzó, y me vio; se detuvo un instante para hacer un gesto afirmativo y yo bajé a

saltos y nos encontramos en el portal: «Está bien. No se ha acercado a él ni uno en toda la noche.» Sin hablar contemplé sus ojeras, su mono medio desabrochado y su pistolón colgando sobre el vientre para que no chocara con las muletas. «Pero ¿te has pasado allí todo el tiempo? ¿Te dieron mi recado? ¿Qué ha sucedido?» Andrés agitaba la cabeza, sí, no; después levantó los hombros. «Lo que tenía que suceder.» Y tocó su pistolón, que tenía aspecto de atributo viril. «Una pequeña limpia. Unos doce o quince, aunque todos son peligrosos, quitando al capitán.» Me miraba y a mí me parecía otro, pero no por la fatiga sino por su madurez, su dureza, su confianza en sí mismo. Este había matado a los hijos del médico y había dado paseos aquella noche, además de proteger a Miguel. «¿Una limpia? No he oído ni un solo tiro en toda la noche.» «Pero ¿qué quiere usted, saber lo que ha pasado allí o lo que le ha pasado a su hermano?» Y yo, que sólo me importaba Miguel, y Andrés que se había pasado toda la noche en una silla a la puerta del patio por si lo sacaba algún comité; que todos estaban sentados a lo largo de las paredes, en dos o tres filas, que entraban a grupos y alumbraban a los presos con linternas y sacaban a los que estaban buscando. En una de aquellas rondas vio su cara y se le acercó y le dijo que si quería le sacaba y él dijo que no, o sea, movió la cabeza porque se quedó callado al verle. «Lo saco, lo saco yo mismo y le llevo a su casa o donde quiera.» Que no, que se marchara y no se mezclara en esto. Se puso a insultarle porque se acercaron unos milicianos acompañados por un sargento y se llevaron a uno que estaba detrás de Miguel. «Márchate, porque como no podrías sacar a todos no tengo más remedio que quedarme.» «Yo sólo le conozco a usted y los otros me importan un carajo.» Oímos a mi padre que gritaba por el hueco de la escalera. «¡Tomás! ¿Estás ahí? ¿Con quién hablas?» «¡Cállese, no conteste!» «Con Andrés. Ahora subimos.» «¿Para qué voy a subir? Cuénteselo.» «¿Andrés? ¡Andrés, por favor, subid en seguida!» «¿Qué pasa, Fernando?» «Andrés que está ahí abajo.» «¡Coño, dígaselo usted ya!» «Miguel está perfectamente.» «Andrés, Andrés, hijo, sube.» Y Andrés, ceñudo: «Estoy reventado y no tengo ganas de ver a nadie y a ellos menos aún. Yo ya hice lo que tenía que hacer.» Pero entró en el ascensor, recibió los abrazos de mis padres, que le sentaron en el sofá de los muelles vencidos, y les contó lo que acababa de contarme a mí, tirándose de las perneras de los pantalones y tratando de tapar con la gorra su pistolón, que de nuevo me pareció un atributo viril. Estaba bien, si no hubiera habido tanto miliciano le habría podido sacar, habrían hablado, se quejaba del frío; mi madre se llevó el pañuelo a la nariz y se alejó por el corredor, mi padre abrió la boca, y volvió a cerrarla, le apretó el hombro, le dio una palmada en la espalda y se marchó también. Andrés se quiso levantar pero el sofá estaba demasiado vencido y se había quedado encajado en él; rechazó mi mano cuando se la ofrecí, dirigiéndome una mirada furiosa; después, cuando consiguió incorporarse, se le escapó la muleta y, al alcanzársela, me la arrancó de las manos tan violentamente que estuvo a punto de

caer. «Andrés, Andrés, yo... nosotros... Andrés.» Le hablaba ya a su espalda, a su nuca, a la gorra que se había puesto de cualquier manera.

—¡Dama! —grita el seminarista, que está sentado frente al estudiante, con el tablero que han hecho con la hoja central de mi cuaderno. «No cantes victoria, cura, que aún te queda mucho por aprender.» Le saco punta al lápiz, una operación que me absorbe. He de frotar la madera contra la superficie del suelo de cemento, dándole vueltas para que se desgaste por igual. Y sigo con Andrés ante mí forcejeando por levantarse, o con el Andrés de hace diez años, sentado frente a Miguel, al otro lado de un velador en el que también hay un tablero; por debajo del velador se ven las botas y las espuelas de mi hermano y las piernecillas que cuelgan y que se estremecen a cada jugada, a cada figura de ajedrez que consigue comerse; froto el lápiz cada vez más despacio porque ha empezado a asomar la mina y puedo romperla si le doy un roce demasiado brusco; los últimos toques con una caja de cerillas que me ha dado el profesor. «¡Dama!», anuncia el estudiante; el seminarista: «Vaya, que otra vez me vas a ganar», y el otro, «No hay que achicarse». Tomo la caja de cartón donde apoyo el cuaderno para escribir, y veo a Andrés mordiéndose los labios y balanceando las piernas: «A mí no me gusta que me dejes ganar.» Abro el cuaderno, busco la página en que me quedé ayer. «Es que soy muy malo ¿sabes? En el regimiento me gana todo el mundo.» Cae sobre mí una sombra, va descendiendo hasta terminar más allá de mis rodillas y aparece la cara del conde, un poco por encima de la mía: «No se alarme, soy yo, perdone mi curiosidad, pero ¿se puede saber qué escribe?» Así, en cuclillas sigue siendo el conde, me sigue mirando de arriba a abajo. «Nada que pueda interesarle.» «No, amigo mío, me interesa todo, y particularmente, usted y el profesor.» «¿Yo? ¿Por qué?» Me digo que ha cogido el cuaderno y le ha echado un vistazo durante una de mis salidas con el cubo. «No se lo podría explicar. Tal vez porque parece muy dueño de sí.» «Tengo tanto miedo como el que más.» «Pues sabe aguantárselo a las mil maravillas. ¿Puedo saber...? ¿Su testamento? No, demasiado largo. No puede ser otra cosa que sus memorias.» «Ni lo uno ni lo otro. Pero ¡bueno! ¿A usted qué le importa lo que yo escriba?» «Pues sí, señor, me importa. Y ya le he dicho por qué.» «Déjeme en paz y quítese de encima.» «Perdone, perdone, señor, comprendo que soy un entrometido; es que me aburro tanto que...» «Juegue a las damas, o siga aburriéndose, o váyase a paseo.» Se incorpora, se vuelve, se aleja dejando detrás la estela del olor a orines que es consecuencia de su enuresis, se sienta entre ¿os que están jugando, me mira un instante y se esfuerza en seguir los movimientos de los pedacitos de yeso y de ladrillo que hacen las veces de fichas hasta que acaba olvidándose de mirarme.

El marino se lava concienzudamente, con el tronco desnudo a pesar del— frío y de que no tiene para secarse más que los faldones de la camisa; se moja la cabeza, los

brazos, el pecho, los hombros; luego se seca la cara, los hombros, el pecho, los brazos. Los gemelos sacuden sus mantas en el centro del garaje. El capitán, entre rasqueo y rasqueo al pubis, une con un nudo los dos pedazos de uno de los cordones de sus zapatos. Es sorprendente cómo nos ocupamos del futuro, cómo se van produciendo en nosotros acomodaciones y hábitos que sólo tienen explicación para los que van a seguir viviendo. Hemos ordenado todas las horas del día: rezos comunes después de la purga que llamamos café, tertulia general, que estas horas suele recaer sobre los sueños que hemos tenido durante la noche. Por cierto que todos confiesan que han soñado con huevos fritos con jamón, con chuletas, con alubias con chorizo, con callos, y que nadie reconoce haber tenido sueños eróticos. La limpieza de la celda, barrerla, sacar el cubo. La comida, leer o dormir, más tertulia, el rosario, grandes períodos de silencio que se alargan de manera fúnebre y se alternan con otros de cotorreo repentino y unánime en los que parece que se nos quita de encima la losa que produce nuestra mudez. Y, de pronto, el tintineo de las cartucheras que precede al chirrido de la cerradura y a la linterna o a la luz que enciende alguien y que ilumina las caras de los que vienen a buscarnos y las de los que estábamos esperándoles, los gestos y las manías que no volveremos a ver. Y entre las apariciones y las desapariciones, un balancín que sube al sentimiento de que somos eternos y que baja hasta la certeza de que nos estamos corrompiendo ya y de que nuestras vidas anteriores no han tenido más razón de ser que la de madurarnos por el aniquilamiento.

Oigo al calvo, que ha acabado por reconciliarse con el estudiante: «Puñeta, ya hacen falta nervios templados para jugar.» «Más falta hacen para pasarse las horas mano sobre mano.» Miro al conde, que sonrío con una expresión melancólica que parece lar la razón a los dos, que me vuelve a mirar sin rencor, que se me clava, como la mirada de Abrantes, y me avergüenza y lanza un chorro de luz en mi memoria con el que salen de la oscuridad la envidia hacia los coches, las bicicletas y los baúles de cuero de los que estuvieron con nosotros en Chamartín. «A ver si pones mas atención, cura.» El mío y el de Miguel eran de madera y hojalata pintada de negro y nuestros padres tenían que tomar el tranvía o coger un taxi. Aparecen también Abrantes y todos los demás a quienes tomé declaración, a los que apreté ensañándome sin consideraciones. «No tengo ganas de jugar más.» Yo le preguntaba al coronel: «¿Por qué no tenemos nosotros un coche como tienen ellos?» Y el coronel: «¿No estás satisfecho con lo que tienes? ¿Y no te tratan como si fueras su igual?» Y yo enrojecía y me callaba que les mentía, que les había dicho que teníamos un Cadillac y que veraneábamos en Zarauz, aunque no habíamos pasado de Torreldones salvo para ir a Echalar, el pueblo de mi madre. Desde aquí, el pasado es un pozo negro que no se puede tapar ni ignorar y que, como está abierto siempre, puede echar fuera de sí en cualquier momento... Pero todavía es más negro el presente y no saco nada con los

remordimientos; al fin y al cabo, no hice más que lo que pude hacer. Y todo queda ya demasiado lejos.

Fui a la cárcel, que olía a maderas quemadas, donde me dijeron que estaban suspendidas las visitas hasta que terminara la investigación. Después busqué a Antonio Ruiz, que se había pasado la noche de la Presidencia al Ministerio de la Gobernación y de éste al de la Guerra, a la Comandancia de Milicias, a la Casa del Pueblo; había ido hasta el cuartel de la Milicia Acero, en la Dehesa de la Villa. Y para nada, claro está. «Mira lo que dicen los periódicos.» Con grandes titulares y mayor desvergüenza, decían que el incendio había sido provocado por los presos políticos para evadirse; se habían puesto de acuerdo con algunos presos comunes... «Es mentira. Fueron los presos comunes que se pusieron de acuerdo con... ¡No sé lo que digo!» Antonio me recordó que había sido una represalia por las barbaridades de Badajoz, aunque ya no se fiaba de nada ni de nadie. «Voy a hablar con el presidente del Tribunal Supremo porque esto no se puede repetir.» En casa, Orestes decía que había estado en la cárcel y había visto a Miguel. «¡Mentira! ¡Te habría visto el hijo de la portera!», bramó el coronel. «Y yo lo vi a él, pero él no me vio a mí. Le juro por la salud...» «¡Márchate!» «...la salud de mi madre». «¡Vete de aquí!» Los milicianos habían relevado a los guardias de asalto; se había acabado la seguridad y había que sacarlo de allí para que no le asesinaran en los sótanos o se lo llevaran en un camión de los que oía por la noche. Comenzaba por el ruido de un motor, seguía una voz que iniciaba un canto de ceremonia religiosa y que arrastraba un coro patéticamente desafinado que entonaba el Himno a Cristo Rey; Miguel podía estar entre ellos, envuelto en su mutismo como en una bufanda, con la nariz torcida y la cabeza hundida entre los hombros, y mañana aparecería en una cuneta y yo tendría que buscar su cuerpo o la foto, con un número que había sustituido a las descripciones... Y habría que inscribir su muerte en el Registro Civil, diciendo su nombre, sus dos apellidos, su edad, hijo de Fernando y de Inés, la causa de su fallecimiento, asesinado por las hordas marxistas, como decían las radios de los otros. Y, más tarde, recoger sus cosas, los chismes de asco, las *Sonatas*.

Cerré el balcón y escuché pero no hacia el coro sino hacia la habitación de mis padres. No se les oía hablar, ni los siseos que hacía el uno cuando el otro roncaba, ni el crujido del somier, ni pasos. Lo mismo podía ser porque estaban dormidos que porque les había cogido por el cuello el horror. Podía suceder que no aparecieran ni su cuerpo ni la foto en la sala de los desaparecidos, una habitación del Palacio de Justicia que habían arreglado para exhibir las fotos de los asesinados. Y tardaríamos días y días en enterarnos. Acudí otra vez a la cárcel y, después de muchos ruegos, fueron a la Administración, o me dijeron que iban a preguntar; volvieron, estaba en la tercera galería, en la misma celda. ¿No lo podría ver? Sólo un minuto. ¿A qué hora

tienen el paseo? ¿No nos crees? Podéis no saberlo vosotros mismos. Lo sabemos, hemos pasado cuatro listas ya.

Tuve que ir a la sala de los desaparecidos, y mi temor a entrar en ella se hinchaba a medida que el tranvía avanzaba por los bulevares y se acercaba a la parada donde solía apearme. Las fotografías llenaban las paredes y unas mamparas de contrachapado que habían puesto para aumentar el espacio. Las recorrí, comenzando de izquierda a derecha y de arriba a abajo, poniéndome de puntillas para mirar por encima de los demás o esperando a que me permitieran acercarme. A veces se oía un grito, o llantos, sollozos, palabras entrecortadas y pasos alejándose. Una cara desfigurada me cortó la respiración; me acerqué fuerza de codazos y le examine; más grueso y de más edad, con las sienes blanquecinas. «¡Ay, Dios mío, es él!» Vi un dedo con una uña pintada que señaló la barbilla, subió hasta las sienes y bajó a la camisa a rayas. «No, madre, no es él, tenía mucho más pelo y ese señor es mas viejo.» «¡Sí, sí que es! ¡Ay, Felipe, Felipe.» «Papá tenía un diente de oro y éste no tiene ninguno.» Pero no estaba y las fotos seguían pegadas a mis ojos, todos con la boca abierta y, en cambio, la mayoría con los ojos cerrados.

Sobre la ciudad había un cielo con nubes plomizas entre las que asomaba un terrible sol de agosto que levantaba picores; el confesionario que hacía de garita estaba vacío, sudando resina y barniz, y el miliciano se había refugiado en el zaguán por el que debía entrarse a las dependencias de la iglesia y sólo se veía de él la punta del fusil. Sobre la mesa de mi despacho, que era al mismo tiempo sala de audiencias, estaba la Gaceta oficial, con un decreto que creaba unos tribunales especiales, formados por catorce jurados en representación de los Partidos del Frente Popular y de las organizaciones sindicales y por tres jueces de derecho designados por el ministro de Justicia; normas sobre este procedimiento, sobre lo que debía contener el escrito del fiscal, la defensa de los inculcados por abogados que podían elegir ellos mismos o que designaría el tribunal, el tribunal que quizá fuera mejor para Miguel que un Consejo de Guerra, porque se impresionaría con las declaraciones de Monroy, de Latorre, de Orestes, de Langa, con los periódicos... Y el resto eran órdenes separando del servicio a funcionarios por desafectos al régimen; es decir, el resto eran incitaciones al paseo, más fotos en la sala de los desaparecidos, más caras destrozadas.

Para Juan era una suerte estar retirado, nadie se acordaría de él. «A las doce y media quiere verle el presidente del Tribunal Supremo», me anunció el oficial de lo civil, asomando por la puerta su calva y sus ojos negros y redondos que tenían unas grandes pupilas y le daban aire de lechuza. «¿A mí? ¿Solamente a mí? ¿Sabe usted para qué?» No lo sabía, hacía como diez minutos que habían llamado por teléfono: «¿Y no han llamado a los demás?» «Tampoco lo sé.» Mala cosa, me dije, remirando la Gaceta y las órdenes, algunas de las cuales tenían listas de diez o doce personas, y

oyendo la voz del de las gafas aconsejándome que no me fiara de mis compañeros: «No le quieren bien.» Pero, ¿cuáles? O cuál. Uno que quisiera hacer méritos, uno que hubiera recibido otra visita y al que hubieran apretado más que a mí. Se podía llegar a todo por miedo. Se habrían enterado de que tenía un hermano en la cárcel y me iban a expulsar, o habría sido éste de la cara de lechuza, o uno gordo que tuvo un asunto feo relacionado con un depósito de tres mil pesetas al que no llegué a dar estado oficial porque me dijo que su mujer estaba enferma de los nervios y sólo se encontraba bien en los embarazos. O sería por lo de los Tribunales Especiales, para nombrarme juez de derecho y no para separarme de la carrera. No conocía de nada al presidente. Y encima estaba en una de mis más acentuadas oscilaciones hacia el pesimismo, oyendo sobre mi cabeza los crujidos precursores de una catástrofe y sintiendo los avisos de un desajuste general de todo mi cuerpo. Había veces en que era tan fuerte y tan evidente que, cuando me vestía, me ponía la ropa interior más nueva para que, cuando cayera al llegar a la esquina más próxima y me llevaran al hospital... Pero ahora no es que se anunciara la catástrofe, sino que estaba hundido en ella hasta las orejas, sin Espinel, sin un interlocutor como el de las gafas, rodeado de paseos, de fotos... ¿Y por qué iba a ser lo de los Tribunales Especiales? El decreto decía que el Ministerio nombraría a los jueces, de manera que el presidente del Supremo... Apareció Pedro Martínez, con su cara multicolor y sus pómulos con pelos.

—Ven acá. Estamos reunidos todos en el despacho de Sanabria.

Nuestra entrada cortó la disputa tan bruscamente como un apagón. Rosas, Oñoro, cinco o seis que sólo conocía de saludarnos por los pasillos o en el ascensor, Sanabria con su traje negro y su cuello duro manteniendo el tipo de magistrado ideal que copiaba del presidente del Supremo. «¡Cierra la puerta, tú!» Y una reactivación del altercado general. «¿Y las manifestaciones?» La chusma amenazando a todo el mundo, la verdad es que aterraban, y los atentados, no se podía seguir así, no se podía salir a la calle. «¿Cómo que la chusma? ¿De manera que los hambrientos son una chusma?» «Sí que lo son, una chusma manejada por los agitadores. ¡Había que verlos! Ponían los pelos de punta.» «Pues no había más violencia en las manifestaciones que en la represión que han tenido que aguantar y lo que pasa es que a vosotros os asusta una cosa y a ellos otra.» Oñoro colocaba parsimoniosamente un cigarro en su boquilla. Las manifestaciones eran lo de menos. ¿Qué les asusta a ellos? Los tricornios. «¿Los tricornios?» «Anda, hombre, recítanos el romance de la Guardia Civil.» Y yo buscaba un agujero para preguntarles si les había llamado el presidente. «Tú te olvidas de los incendios y de las huelgas y las incautaciones de fincas; siempre exigiendo mas. Y de la pasividad del Gobierno.» «¡Sí! Ya no falta sino que le echéis la culpa del asesinato de Calvo Sotelo.» «¿Es que no la tiene?» «¿Y los tiroteos en Cuatro Caminos?» «Pero todo eso no se remedia con una guerra civil. Al contrario, ya estamos viendo a lo que conduce.» «Estamos viendo a lo que son

capaces de llegar cuando no hay tricornios.» «Pero ¿qué esperabais, que no iban a reventar nunca? Y ¿qué creéis que está sucediendo en el otro bando?» «En el otro bando no puede haber el caos que aquí; es imposible, por definición.» Yo dije: «¿Os ha citado el presidente?» «El caos no es peor que un orden injusto y en el otro bando hay un terror propio del otro bando, con la diferencia de que el Gobierno hace lo que puede para acabar con el que hay en éste, mientras que ellos no hacen nada aunque tienen todos los medios necesarios.» «Pero ¿qué hace el Gobierno?» Pedro Martínez agitaba la Gaceta y señalaba el decreto y decía: «Esto es un cuento chino.» Sanabria: «Es un intento que puede dar resultado», y Oñoro que sí, que el resultado de que lo único que se haga sea lo que ya se está haciendo sin ellos. «Aunque fuera así, más vale algo que nada.» «Eso no es ni algo, es una hipocresía.» «¿Quieres más hipocresía que la de los rebeldes que dicen que hemos sido nosotros los que hemos acabado con la legalidad?» «No es eso lo que dicen sino que el Gobierno no ha sido capaz de mantenerla.» «Ahora, ahora es cuando le han dejado impotente por completo.» «¿Os ha citado el presidente a vosotros?» «Estás negando evidencias, porque el Gobierno era impotente antes, y yo lo que sé es que mi cuello está en peligro aquí y no lo estaría en el otro bando.» «¡Pues sí que importa tu cuello!» «No tengo otro y no creo que sea egoísmo procurar que me dure lo más posible.» Me llenaba de los ecos de unos y otros, de las fotos, del incendio de la cárcel, las órdenes de separación, la historia sobre los milicianos en la plaza de toros de Badajoz, los camiones a la puerta de la cárcel, los campesinos nutridos de gazpacho luchando con los profesionales de la guerra que forman la Legión. Sanabria mira su reloj: «Vamos allá.» «¿Al Supremo? ¿Nos hablará de esos tribunales?» «Exacto.» En la calle, el sol picaba como una urticaria. Por las escaleras de mármol subimos al despacho, con sillones tapizados de damasco, una gran araña, y un techo con nubes sustentando matronas de pechos inverosímiles por lo erectos, tan inverosímiles como que abajo, a unos metros tan sólo, estuvieran las fotos y la sacristía tragando detenidos con caras de muertos.

El presidente nos esperaba, vestido de presidente: traje negro, cuello duro, corbata negra, zapatos negros. Los Tribunales Populares, pienso con alivio, mientras dice que el Gobierno nos necesita para la noble misión de educar en la nueva justicia al pueblo, de enseñarle a enfrentarse con sus responsabilidades. Nosotros, los hombres de la ley, debíamos ser los primeros en poner nuestra formación al servicio del pueblo y en contribuir a que se acabaran las detenciones y los juicios expeditos y sin garantías. En su voz se introducían trémulos de elevación moral que sonaban a hipocresía. «Las matanzas de los presos que nos están desacreditando, una noble misión y una tarea difícil, porque no nos debemos engañar. Será muy difícil y muy peligrosa, pero tengo confianza en ustedes y nuestro fin merece todos los sacrificios.» Oñoro susurró con una cara sombría: «¡La noble misión de legalizar el terror! Para

eso no contéis conmigo.» «O de frenarlo y acabar con él», replica Sanabria. «¿Con unos tribunales que serán juez y parte?» «Lo mismo que cualquier tribunal burgués, porque creer en la imparcialidad de la justicia burguesa es una ingenuidad o una hipocresía.» «Nada, no contéis conmigo.» «Oñoro, no seas insensato y piénsalo bien antes de tomar una decisión así.» «No tengo nada que pensar.» Otra vez los ecos de sus discusiones y, a la par, idas y venidas mentales y una carrera vertiginosa de cálculos. Que si me convenía a mí mismo y me permitiría ayudar a Miguel, que si podría rehuir el nombramiento sin decir abiertamente que no, que si conseguiría al menos que me dejaran en Madrid. «Sé razonable; tómate unos días o unas horas, veinticuatro horas.» «Ni un minuto.» «Pero ¿te das cuenta de lo que te estás jugando?» «¿Es una amenaza?» Sanabria dilató las aletas de su nariz y soltó un bufido de exasperación. «Es todo lo contrario, cabezota. Te estoy ofreciendo la única protección de que soy capaz.» «Muchas gracias, pero no la acepto.» «Escucha, voy a presentar mi dimisión como director general de Justicia y a pedir que me nombren presidente del tribunal de Toledo. ¿Cómo te voy a ayudar?» Y a la calle, con los ecos y los vaivenes y los cálculos, y en seguida a casa de Antonio, a oírle decir que no aceptara y que me tragara mis escrúpulos personales. «No es posible hacer otra cosa y más vale que seas tú que no otro con más miedo.» Le escuchaba, maldiciéndome por haberle pedido su opinión sabiendo de que iba a decirme lo que no quería oír, o resistiéndome: no se conseguirá nada, los jurados condenarán a todos los que juzguen. «Hay que intentarlo, no podemos desaprovechar ningún medio.» «Pero ¿tú crees que esto es un medio?» «Yo no creo nada, sé que no hay otro,» «Y yo que no hay ninguno y que habrá dos terrores, el legal y el otro.» «Eso es saber demasiado.» «¿Demasiado? ¿Quién domina la calle?» «¿No será que no ves más que lo que quieres ver?» «¿Y qué es lo que quiero ver? Porque si me ofrezco, mal, y si no me ofrezco, peor.» Silencio; hizo un movimiento de cabeza, y buscó la cicatriz con los dedos poniendo una expresión que parecía delatar, por un lado, que le estaba defraudando y, por otro, que le faltaban argumentos. «Tienes la obligación moral de ofrecerte.» «Yo no la siento. No puedo sentir una obligación que consiste en echarse muertes encima.» «Y en la posibilidad de salvar la vida de otros.» «No salvaremos ni una.» «No quieres ver la realidad. Si el Gobierno no tiene fuerzas, la única forma de recobrarla es ir frenando la corriente, aunque tenga que seguirla al principio.» «¿Y es digno eso? ¿Es lo que nos va a atraer el apoyo de la conciencia universal o lo que nos hará perder la poca razón que nos queda?» «»La razón no se pierde, se haga lo que se haga.» «¡Vaya! Ahora mismo vas a decirme que el fin justifica los medios.» «Cuando no hay otros, sí, puesto que somos nosotros los que tenemos razón.»

El frío me agarrota los dedos, me sale una letra pequeña y difícil de descifrar. Han dado las nueve en un reloj que debe haber en la habitación de arriba, en la que todas

las mañanas suenan los pasos que nos despiertan y nos expulsan del mundo inocuo de los sueños. Apagarán la luz, o la dejarán encendida, porque aquí no hay reglas, pero por si la apagan debo recoger los chismes y acostarme y abrigarme bien, como me ha enseñado Mendoza, el capitán de Ingenieros a quien devoran las ladillas anticipándose a los gusanos. De mi derecha, del lugar que ocupa el conde, llega hasta mí el olor a orines y aún puedo ver su mandíbula y sus mejillas, cubiertas con una barba gris que recuerda las púas del cilindro de una caja de música. No me guarda rencor, tiene una afabilidad que desarma pero hurgando en él aparecerán todos los prejuicios de los de su clase, entre ellos ese orgullo tranquilo de ser hijo de un conde y nieto de otro conde. Debería pedirle perdón, sería como pedirselo a todos los de Chamartín y descargar me de este rencor lleno de soberbias injustificadas. Me estoy pareciendo a Andrés o al albino, pero en peor, porque ellos sí tienen justificaciones. A mí me ha mimado la vida, como decía el de las gafas.

Me viene a la memoria el portal de la calle de Cartagena en el que se me ocurrió refugiarme y donde me encontró el albino. Había ido hasta allá buscando la carnicería en la que, según Petra, vendían la leche y los huevos que habían sido la única alimentación de mi padre en los últimos días y que, ahora, eran necesarios para mi madre. La encontré cerca de la plaza de Manuel Becerra en el mismo momento en que comenzaron a sonar las sirenas de alarma. Miré al cielo buscando los aviones por encima de los tejados y de la columna que se levantaba en el centro de la plaza. Se abrían los balcones y se asomaba la gente para mirar lo mismo que veía yo: un viejo con un chal pardo sobre los hombros, dos mujeres entre cuyas faldas metían la cara dos niños, un perro lobo como el que había frente a casa, que venteaba el peligro lo mismo que Bucarín, que se quejaba antes de oír las sirenas. Eran las nueve, una hora en la que rara vez habían bombardeado. Se hizo un silencio absoluto, se calló el perro, cesaron los gritos, las sirenas, el ruido que salía de los portales y el de la gente que corría. Vi la tienda y una muchacha a la puerta, la única que quedaba de las que formaban la cola. Sonó el primer estallido de los antiaéreos. Más carreras, gritos, una mujer con su hijo bajo el brazo, con la cabeza colgando por delante y los pies por detrás, otra que miraba al cielo, pegada a la pared; la muchacha entró en la carnicería y volvió a salir seguida del carnicero, los dos trotando hacia un portal. Mi boca se llenó de saliva, mis piernas se ablandaron, tenía más miedo que otras veces. Entré en el portal parpadeando, empujando, recibiendo a mi vez empujones, vi el rostro de un viejo que expresaba más miedo que yo. «¡Ahí va! ¡Si es...!» Y vi también los ojos rosados y sin pestañas y el gorro demasiado grande encasquetado hasta las orejas. Traté de echarme atrás pero los que continuaban entrando me empujaban hacia él hasta que nos encontramos como a medio metro, con una mujer bajita y gruesa entre los dos. Nos miramos, por encima de la cabeza gris: «El que se quería pegar un tiro. ¡Vaya, vaya! Con razón dicen que más vale llegar a tiempo que rondar un año.» La

mujer levantó hacia mí su cara de patata sonriente y el albino estiró el cuello: «Esta vez no te escapas, pájaro.» Abrí la boca pero se me quedó en la garganta lo que iba a decir: «No tengo por qué escapar.» Se oye el chasquido de los antiaéreos, las bombas que caen muy cerca y hacen chillar a las mujeres, tiembla el suelo y baila la bombilla que cuelga sobre el primer rellano. El albino no aparta los ojos de mí, ni se inmuta, ni se sobresalta con las explosiones. Hago un intento de escurrirme, acometo la muralla humana que me separa de la puerta, doy codazos, me veo corriendo por la calle con el albino detrás. La mujer protesta y el albino contempla sonriendo mis maniobras inútiles. No consigo moverme. Más antiaéreos, más explosiones y chillidos. Cuando acabe la alarma podré escapar, soy más alto que él. Otras veces he aguantado los bombardeos en la calle, en el quicio de una puerta, en mi habitación, en la casa de Jorge Juan, hasta en el café. Nunca me he metido en un refugio, me ponía a morir por lo que nos pasó en Toledo. El albino vuelve la cabeza hacia su derecha y habla con otro; no está solo, sino con otro gorro igual, otro que me mira mientras asiente a lo que le está diciendo: «Te traes el coche pitando.» Oigo llorar a un niño de meses, el suspiro de alivio de una mujer, las sirenas, exclamaciones. «¡Ya pasó!» «Sí, hasta la próxima.» «Hasta que nos den en la cresta.» Me va a detener pero en casa lo adivinarán, movilizarán a todos los amigos, no se atreverán a retenerme ni diez minutos. La gente va saliendo, el otro albino desabrocha la funda: «Ahora, quietecito. Y vosotros, largaos de aquí». Tira del pistolón y me apunta. «Baja ese trasto. Soy presidente del Tribunal de Urgencia número tres.» Se encoge de hombros y hace el movimiento que ya conozco de flexionar las piernas y llevarse la mano libre a los testículos; está mirando por encima de mí a un tercero que también tiene una pistola en la mano. «¿Otra vez con tus camelos? Anda, sal a tomar el sol.» El cielo sigue azul pero hay una nube de polvo gris y de humo hacia Ventas; me suben a un coche descubierto y me da en la cara el aire cortante de diciembre que me obliga a apretar las mandíbulas para que los dientes no me castañeteen y denuncien un miedo que no tengo todavía pero que tendré, que se abatirá sobre mí y me dejará aplastado. Me subo las solapas del abrigo y me pongo los guantes bajo la mirada inquisitiva de mi perseguidor, la mirada que sostengo en cuanto advierto que está mirándome. Todavía me atrevo a decir que se está colando y que puede costarle cara la coladura.

—Yo no me cuelo nunca, yo no soy como el otro... Buen cuentista estás hecho, pero a mí no me la das.

El coche salta sobre los baches y el gorro le baila en la cabeza. Veo pasar las verjas y los árboles del Retiro, rodeamos la puerta de Alcalá y los tres retratos gigantes, y más tarde, los sacos terreros que protegen la fuente de la Cibeles. Una parte de mí se va resignando, otra aterrándose, desesperándose, otra más se aferra a lo de presidente del Tribunal de Urgencia número tres. Cada vez tengo más frío; pasamos a lo largo de los escaparates, que tienen las lunas surcadas por tiras de

esparadrapo, y de la puerta de un hotel cuya marquesina cuelga como consecuencia de algún bombardeo. Dejamos atrás la Red de San Luis, el Palacio de la Música, el Capitol; bajamos por Jacometrezo a Santo Domingo y torcemos a la derecha y luego a la izquierda. El coche se detiene y lo último que me llevo del reino de la libertad es la imagen de una mujer que lleva a cuestas una rama de árbol que ha desgajado una bomba o un proyectil.

—¡Ahí va eso, compañeros! Tomadle la filiación y lo demás.

Me empujan a un cuarto en el que me registran, me quitan la cartera, el cuaderno, el dinero, las llaves. Me conducen después a un jardín al que dan las puertas de varios garajes; abren una de ellas y me empujan dentro, dejándome en medio de la oscuridad, el olor a orines y el frío del que no protege nada, ni siquiera la manta que acaban de darme y que me echo sobre el abrigo. Ahora estoy tiritando de frío y de miedo. Veo caras barbudas que me observan y me aconsejan que me siente allá, en aquel rincón. «Ha quedado vacío y es un buen sitio. ¿Quiere un cigarro?» «¿Le han traído solo?» «¿Ha oído el parte de Radio Nacional?» Pero yo me he quedado atrás, entre las sirenas de alarma, el perro que aullaba desde el balcón y la cara lampiña del albino que pareció iluminarse al reconocirme. «¡Ahí va, si es...!» Todavía estoy oyendo su voz aunque voy entrando en el olor, las caras, un grifo en la pared, las mantas como la mía, el montante de la puerta por el que se ve el cielo que sigue siendo azul. En estos momentos los milicianos estarán viendo mi documentación. «¿Quién será este tío? Presidente del Tribunal de Urgencia número tres.» El albino exclamará, cuando se lo digan o se la enseñen: «¡Anda la hostia! ¡Si es verdad!» Alguien acerca una cerilla a la punta de un cigarro que he aceptado sin enterarme y que me quito y devuelvo porque no siento ganas de fumar. «Además, ustedes deben tener muy pocos.!)» «No se preocupe, que tampoco vamos a tener tiempo para consumirlos todos.» Se abre la puerta, pero no es para soltarme sino para devolverme lo que me quitaron al entrar.

Oñoro desprendió la colilla de la pipa y Arango le dio una chupada enérgica al puro. La discusión continuaba por fuera y por dentro, en voz baja. Siempre los mismos. «Doscientos en una sola noche.» «¡Qué dices, hombre, qué dices! Ni siquiera cincuenta.» «Es igual, porque no es cuestión de números.» Pedro se inclinó para alcanzar la botella de agua y me permitió ver los manejos de la del bolso azul con su melena y las manchas oscuras de sus axilas; una onda de deseo rebotó en ella y volvió a mí, acompañada de un movimiento de ojos hacia la puerta de entrada. «Tampoco ellos son mancos. En Pamplona, Mola se está despachando a su gusto.» «Imposible. En Pamplona hay orden porque hay autoridad.» La del bolso se levantó y sacó los pechos con un movimiento ingenuamente provocativo que, sin embargo, me decidió. «¿A dónde vas?», me preguntó Arango tratando de retenerme y adivinando

en seguida la respuesta. «¡Ah, claro! Pero ¿no has jodido bastante?» «¿Es que se jode bastante? ¿Qué es bastante?» La voz de Oñoro quedó detrás de mí, unida a la carcajada de Arango. La llevé a la academia de Pedro Martínez, conseguí la llave del portero y entramos en el despacho donde estaba el sofá en el que hicimos el amor por primera vez. Tenía la sensación de estar profanando un recuerdo y me decía, para atenuarla: «¡Qué demonios! ¡No tengo por qué quedarme a dos velas!» Comenzaron las ceremonias preliminares, salió a relucir la destreza profesional para desnudarse en un abrir y cerrar de ojos, la zafiedad confianzuda: «¡Tú, que me vas a romper el sostén!», el bozo y los labios corregidos por la pintura, los grititos y los jadeos falsos que, por espacio de diez minutos, hicieron que me olvidara de Miguel y las penas de muerte pero que no me satisficieron porque todo el tiempo estuve funcionando como un diapasón que sólo respondía a las vibraciones de la otra. Y luego, en la cena, mi madre echó sobre mí la inquietud que provenía de la vigilancia que ejercía sobre mí: «Estás muy callado. Debe estar pasando algo malo.» «Sí, pero es lo de siempre. No hay nada nuevo aún.» «¿A qué te refieres?» «A los Tribunales Populares.» «¿Populares? Me aterra...» «No, será mejor para Miguel.» «¿Y para ti?» «Lo estoy pensando.» Éramos tres miradas fijas en tres platos y un silencio que parecía tener como pedestal el ruido del reloj, perenne, implacable. Luego, en la cama, a cavilar, haciendo el balance de las ventajas y los inconvenientes de continuar al margen de los acontecimientos o entrar en ellos pidiendo que me nombraran vocal de derecho o juez, hasta que me di cuenta de que me había estancado y los mismos argumentos servían para decisiones contrarias. En realidad, todos giraban en torno a mi conversación con Antonio Ruiz, mientras paseábamos por la plaza Mayor y yo me esforzaba en desprenderme del recuerdo de la casa, a la que me llevó la segunda vez, que había sido el estudio de un fotógrafo y tenía una pared y la mitad del techo con cristales, de las cortinas quemadas por el sol y los grititos y una fea verruga que tenía en el nacimiento del cuello. «Hay que acabar con el enemigo de dentro y para eso lo menos malo son los Tribunales Populares», dijo Antonio, cogiéndome por el brazo. «Todos sabemos cómo actuarán estos Tribunales. Cuanto más Populares, peor.» «No puede ser peor que ahora. Al menos tendrán que oír a los acusados.» «De mucho les va a valer que los oigan.» «Siempre serán mejor los miembros de un tribunal que los verdugos que se establecen por su cuenta.» «Será igual. Lo único que sucederá será una mejor apariencia gracias a la división del trabajo... si es que la hay.» «Pero el problema sigue ahí y es necesario resolverlo. No podemos tener enemigos en la retaguardia y no hay en el mundo un Gobierno que, en las circunstancias del nuestro, no utilice todos los medios que tenga a su alcance.» «Ya estamos con Jos medios otra vez.» «¡Claro, claro que estamos con los medios! ¿Es que tienen ellos escrúpulos en utilizar los peores? ¿Es que crees que no han impuesto el terror desde el primer momento?» «Pero nosotros no somos ellos.» «Por supuesto. No creo que en toda la

zona de los rebeldes haya dos personas que estén sosteniendo esta conversación. Y menos aún que una de ellas sienta los escrúpulos que tú.» «¿Y qué? ¿Eso es un argumento para mi caso particular?» «No. El principal argumento es que no tienes derecho a cruzarte de brazos.» «Eso es lo que decía el de las gafas cuando me apretaba para que le diera nombres de personas de derechas. ¿Crees que debí dárselos?» «Creo que estás obligado a ocupar tu puesto de acuerdo con tus convicciones y no con tus sentimientos del momento.» «Yo no tengo vocación de Fouquier-Tinville. Es muy fácil dar consejos.» «¿Me crees capaz de dártelos y de no hacerlo yo mismo?» «No, de ninguna manera. Lo que creo es que no te haces cargo de todo lo que supone ser vocal de un Tribunal Popular.» La discusión me hacía decir cosas que no quería decir y callar lo que, después, ya solo, se me ocurría que debía decir. Y encerrada en mi sesera se convertía en un chicle, un inacabable chicle que duró tres días más y que sobrevivió al olor a formol de la calle Pizarra y a mis refocilamientos con la del bolso azul, que apenas eran una masturbación con ciertos atractivos técnicos.

En el café, nuestra mesa estaba desierta. «¿No ha venido ninguno?» «Sí, pero se han ido en seguida.» «¿Por qué?» «Creo que están buscando al señor Oñoro.» «¿Buscando?» «Dicen que le han detenido.» Me siento en la silla, noto las piernas blandas, sin fuerza ni para sostenerme, Prieto me hace una inclinación de cabeza que compromete su sotabarba. Lola, la del bolso, me sonrío pero se traga su sonrisa y me mira con una expresión de interés, casi con inquietud. Aquí está el cenicero donde aplasta las colillas y en mi memoria su color blandón y su valor para ser cínico y para negarse a lo que va en contra de... Pido otro coñac; Lola no me quita los ojos de encima; aparecen tres milicianos y se pegan a la barra rodeando a una muchacha cuyo trasero es mayor que el pantalón de un mono. Habrá sido una redada, o un encuentro casual con una patrulla de fieras, o una visita como la que me hicieron a mí. Uno de los de la barra posa su mano sobre la cintura de la muchacha y la baja lentamente. «¡Tú, quita la mano de ahí!» Hay que hacer algo con Juan. «¡Vamos! ¿Es que te vas a hacer la estrecha con un compañero?» «¡Es que le vas a tocar el culo a tu madre!» Y mañana o dentro de un par de días, otra foto en la sala de los desaparecidos. El cenicero seguía ante mis ojos, sin las minúsculas colillas que dejaba, y las aspas del ventilador no alcanzaban a refrescarme; los prohombres decían que había llegado el primer embajador de Rusia, que se llamaba Rosenberg y que se había traído un equipo de militares y otro de promesas, mientras los facciosos estaban recibiendo aviones y tanques; que el asalto a la Cárcel Modelo había escandalizado a las democracias... «Claro, porque están deseando escandalizarse para no ayudarnos.» «Lo malo es que les damos todos los motivos que podemos.» «¿Y ellos? ¿Y la plaza de toros de Badajoz?» Entraron los tres, me vieron, se acercaron y se dejaron caer en las sillas. «Ya lo sabes, ¿verdad?» «¿Le habéis encontrado?» Pedro asintió y Arango

pidió unas cervezas. «Muerto. En el camino de la Elipa. Sin gafas, en mangas de camisa y descalzo.» La voz de Prieto sonó detrás de mí. «Una crisis tiene que dar paso a un Gobierno de concentración popular.» Los tres estaban sofocados por el sol; habían recorrido las afueras en el Morris, empezando por la carretera de Andalucía porque Arango vivía al final de Embajadores, y habían seguido por el Este y lo habían visto desde el coche. Arango miró a la calle y se rascó la barbilla; Rosas se secó la frente y la boca con un pañuelo. «Ahora no lo dudarás», me dijo Pedro Martínez inclinándose hacia mí. «Supongo que será presidente el que tenga más masas detrás.» «¿Detrás?», dijo Prieto, «¡si las tenemos delante!». «Le han destrozado la cabeza a culatazos. Sanabria se va a poner enfermo», dijo Pedro y Arango sacó de uno de los bolsillos del mono un reloj de pulsera, unas gafas con los cristales enteros y una pata torcida, un encendedor que accionó: «Todavía funciona. ¿Qué hacemos con esto?», y la boquilla de la que raspó una mancha con la uña. «¿Tenía familia?» «Sí. El padre y dos hermanas que viven en Almagro.» «Habrá que mandárselo todo. No lo vamos a tirar.» Oñoro iba surgiendo del reloj y de la boquilla, iba metiéndose dentro de mí, hinchándose, poniéndose verde y empujándome hacia Sanabria para ofrecerme como vocal de un Tribunal Popular, aunque una corazonada del último momento me hizo cambiar de opinión.

Lo de Oñoro me ha... En fin, es obvio. Pero también me ha confirmado en la necesidad de empezar cuanto antes. Y a ti también, por lo visto, pero lo siento. No puedo designarte juez de la rebelión en Madrid. Ya hay bastantes y lo que necesitamos son vocales de derecho.

—Sí, pero mi caso es especial a causa de Miguel.

—No hay casos especiales. Personalmente haré todo lo que pueda por tu hermano, pero tú haces falta en otro sitio.

—Si me dejas aquí, yo puedo hacer más que tú.

—Lo siento, pero no te puedes quedar —dijo, con dureza.

—Creí que éramos amigos.

—¡No digas tonterías! Lo somos, pero por eso mismo no debías pedirme que te trate con otra medida que a los demás.

—No hay ninguno en mi situación.

Se hizo un silencio durante el cual sentí que Sanabria se alejaba y se refugiaba tras un muro de hielo. «Nadie te obliga a aceptar. Puedes quedarte en casa», dijo, recostándose en el sillón al tiempo que se ensanchaban las aletas de su nariz como si estuviera conteniendo un bostezo. «¿Para qué? ¿Para que me suceda lo que a Oñoro?» Se enderezó y aparecieron unas gotitas en su frente y en su labio superior. «Lo de Oñoro no fue por nada relacionado con su negativa a colaborar. ¿O es que estás insinuando que he tenido yo la culpa?» «Eso se te ha ocurrido a ti, porque yo no he insinuado nada. Sólo he dicho que puede sucederme lo que a él y que no me

sucedirá si me nombras juez de la rebelión. Me estás haciendo un chantaje.» «Te estoy hablando como a un amigo...» «Nadie lo diría.» «Y me estás tratando peor que si no lo fuéramos.» Otra pausa con más gotas de sudor acompañadas de una expresión de fastidio y de movimientos de su cuello dentro del de su camisa que delataban la impaciencia a punto de estallar. Hice un último intento sin convicción y, como él lo cogió moviendo la cabeza de un lado a otro, me callé y le oí decir que había llegado la hora de definirse y que ya vería, que no me prometía nada pero que le diera tiempo para pensar y encontrar una solución que no me alejara de Madrid. Luego, me acompañó a la puerta y me encontré en la calle de San Bernardo, pasé junto a la Facultad de Derecho y subí hasta los bulevares sin saber si dirigirme al juzgado o a casa, aunque acabé en ésta, donde mi madre me dijo que acababa de llamarme Antonio Ruiz. Este me pidió que fuera a verle en seguida y me anunció que mañana se constituiría el tribunal que iba a juzgar a los sublevados de la guarnición de Madrid. «Hay que preparar su defensa. Y hay que empezar por convencerle de que declare que no se sublevó.» «Lo veo difícil porque ya habrá declarado lo contrario. Habrá corrido para llegar a declararlo el primero.» «Pues trataremos de que se retracte y diga que se sublevó coaccionado por sus compañeros.» «Eso será más difícil aún.» «Buscaremos testigos... Es decir, ya los tenemos: Orestes, Langa, Monroy...» «No me fío de Orestes. Es un embustero y acabará enredándose él solo diciendo las cosas más inverosímiles con la mejor intención.» «También tenemos a Andrés.» «Y los jurados mirarán con prevención a Langa y a Monroy por ser militares.» «Tú ocúpate de Andrés que yo me ocuparé de los demás. Con Andrés sacaremos partido a la vena sensible de los jurados.» «¿Y quién convence a Miguel?» Antonio se llevó la mano a la cabeza y buscó la cicatriz bajo la melena plateada. «Trataremos de convencerle los tres, Langa, tú y yo. Pediré un permiso especial y le iremos a ver, pero no en el locutorio sino en el despacho del director de la cárcel. Conozco al ministro de justicia. Tú habla con Andrés.» Cuando nos separamos, comenzaron a engordar las dificultades, en parte espontáneamente en parte apoyadas por mi tendencia al pesimismo y mi conocimiento de la manera de ser de mi hermano. Miguel se habría empapado de adhesión a sus compañeros y estaría entregado en cuerpo y alma al vicio de las recriminaciones. Con un mes así, con un mes largo en maceración, con el incendio y sus consecuencias, con la matanza, las desapariciones... Y por si fuera poco, Andrés se habría endurecido, con ayuda de la turbia pero comprensible satisfacción que le produciría el poder que le daba su pistola y su posición en el Comité de Atocha. Fui a buscarle a la iglesia, que estaba junto al pabellón de Hombres Ilustres y tenía enfrente las tapias de la estación desde las que venían los silbidos de las locomotoras y los golpes de los vagones que chocaban entre sí. Había dos coches a la puerta y un camión dentro y dos santos sobre los que habían disparado y que exhibían sus heridas en yeso, blancas en lugar de rojas. «¿Qué hace

usted aquí?» Le encontré muy dispuesto a establecer distancias y rodeado de milicianos, todos mayores que él, excepto el pelirrojo que se llamaba Taño, o Genaro. Miró a su alrededor y supuse que quería darme a entender que no hablara delante de ellos, pero no fue así porque les explicó a todos que mi hermano era el capitán a quien habían estado protegiendo el día del incendio en la cárcel. «Usted dirá.» Sus brazos, largos y fuertes, se apoyaron sobre la mesa. «Necesitamos que seas testigo en su juicio.» «¿Testigo? Yo no he sido testigo de nada.» «Pero le conoces y sabes cómo ha sido siempre.» «Tengo que pedir permiso al Partido.» Me miró y bajó los ojos y añadió que no podía declarar en favor de un militar que se había sublevado. «Conociéndole como le conoces no puedes creer que se sublevó.» «Sí, yo le conozco, pero el Partido no. Nosotros no podemos hacer lo que nos dé la gana. Y aunque estuviera deseando ayudarle me tendría que aguantar.» «¿Aunque estuvieras deseando...? ¿Quieres decir que no deseas ayudarle?» Sacó un paquete de Camel y extrajo de él cigarros para mí, para los otros y para él: «Cuando te saqué de la cárcel no me paré a pensar si me metería en un lío por ser juez y saltarme a la torera el auto de prisión.» «¿Me esta pasando la cuenta?» Su mano, un tanto temblorosa, encendió mi cigarro, que me supo a yerbas secas y picantes, el suyo y el del que estaba a su izquierda. «No podía suponer que lo tomaras así. ¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo hemos llevado nosotros nuestra amistad como si fuera un negocio?» Se levantó, apoyando las manos sobre los brazos del sillón. ¿Hablaban así porque estaban los otros delante o porque nos había borrado, al mismo tiempo que borraba su infancia? «Nada, no me pasa nada, pero no puedo ni menear un dedo sin permiso del Partido.» «El Partido puede enterarse por ti de quién es el capitán, o abrir una investigación. No queda mucho tiempo pero no sería nada difícil.» Ahora se puso colorado y bajó de nuevo los ojos. «Más vale que no cuente conmigo. Ya quisiera yo, pero ¿para qué le voy a decir una cosa por otra?» ¡El Partido! ¿Sería realmente el Partido? En el cielo había una nube con la forma de un tiburón a punto de tragarse otras más pequeñas que parecían peces. Cogí un tranvía, paseo del Prado adelante. Sí, los del Partido se habrían enterado lo de la noche del asalto a la cárcel y le habrían dicho: «De manera que porque te acariciaron el lomo como a un perrillo...» Y no se atrevería a pedir permiso. Y ¿qué nos debía, al fin y al cabo? O quizá nos odiaba porque seguía creyendo que nos debía, cuando en realidad había sido para nosotros un perrillo, un gracioso cachorrillo que inspiraba piedad y una especie de ternura culpable.

El tranvía subió por la calle de Alcalá y pasó a lo largo del Ministerio de la Guerra, donde estarían Langa y el ministro acoquinados por el Comité. El Círculo de Bellas Artes, con sus banderas rojas y negras y sus milicianos que cultivaban las jetas y los aires truculentos. Antes, los ventanales parecían un acuario de viejos ociosos, ahora era un acuario de asesinos que acaso tuvieran razones para asesinar y acabar con los chinches y las garrapatas que les chupaban la sangre. Llegué al café en el que

hervía una vida tenaz, hecha de hábitos fosilizados, tazas, cigarros, noticias, copas, chismes políticos, ventiladores y guiños a las putas. Con todo esto se podía olvidar a Oñoro, el asalto a la cárcel y las sentencias de muerte que tendría que firmar. Lola fumaba y echaba el humo por la nariz, con la verruga bajo el collar de piedras falsas, Prieto sudaba y hablaba al oído a otro diputado socialista, Arango se exhibía como un pavo real contando una batalla en Miajadas, una derrota más, el secretario general del Partido Comunista consumía bicarbonato y llevaba corbata y un brazalete negros. En el aire, entre las palas de los ventiladores y los torbellinos de humos, parecía flotar una indiferencia siniestra. Debajo, no había ni uno que tuviera cara de superviviente; estaban allí arraigados, inmovibles, eternos, recalcitrantes. «Está rica la del traje verde.» «Gritando: ¡que nos copan, que nos copan! y perdiendo el culo a fuerza de correr.» «Ya he recibido mi nombramiento, pero Para Toledo.» Lola apagó su cigarro, me hizo una seña, se levantó, advertí sus pechos que aparecían y desaparecían bajo la amplitud del vestido. «Mal sitio, Toledo, ¿no te parece?» Pedro a Toledo y yo a Lola, a pesar de Oñoro y de Miguel y de la sumisión de Andrés al Partido, a los grititos y la verruga, a pesar de que era una parodia degradante porque hasta el último latigazo de placer estuve pensando en la otra.

Están rezando otra vez. Cada día rezan más; una oración nueva, un padrenuestro a santa Rita, que es la abogada de los imposibles, a san Cayetano, el patrono de la Providencia, o una salve a la Virgen del Pilar o el trisagio que dura tres días y tiene mucho «Señor, ten piedad de nosotros, Cristo ten piedad de nosotros...». Rezan por ellos mismos y por el alma de Sanjurjo y porque ganen los nacionales, por Franco, por Mola, por Queipo. El farfulleo irrita a los milicianos de la guardia, que aporrean la puerta y les insultan: «Meapilas, santurrones.» O se divierten poniendo a cada «Señor, ten piedad» el contrapunto de una blasfemia. El calvo, el capitán, el marino y los dos gemelos rezan más alto y ponen cara de desafío, el seminarista adopta la expresión de un cristiano perseguido por Nerón que estuviera en el Coliseo. «¡Me cago en todos los santos de la corte celestial!» «Eso, que no escape ni uno.» El capitán levanta el puño cerrado y lo agita en el aire. «Ya las pagaréis todas juntas.» El conde me mira, se sonríe, el profesor suelta una carcajada y se tapa la boca. «Ustedes perdonen, amigos, se me ha escapado.» «¿Para qué rezáis? ¿Quién os va a oír?» El seminarista dice «Dios, que nos juzgará a todos». El conde le pone la mano en el brazo. «Cállate, es peor.» El otro se escandaliza, se queda confuso, pasmado. «Entonces, vamos a rezar por ellos un padrenuestro y un avemaría.» El profesor se me acerca: «No me diga que no es chusca la cosa.» El capitán se enfurece: «¡Ni hablar! Que se vayan al infierno.» «Un padrenuestro por nuestros enemigos: Padre Nuestro que estás en los cielos...» El miliciano vuelve a cagarse en todos los santos. «Déjalo, esto no es rezar ni es nada.» «Pero ¿es que nos vamos a dejar achantar? No van a perdonarnos la vida si no rezamos. ¡Hala! ¡A rezar!» El calvo, que ha estado cabizbajo todo el día, se tapa con las dos manos la cara y solloza, y reza a grito pelado. «Pero ¿quién quiere usted que le oiga, Dios o esos?» «Los dos, y si me apura, más esos cabrones que Dios, porque yo por la religión soy capaz de matarme con mi padre, ¿oye usted?, con mi padre.» «Bonita manera de hacer profesión de fe», dice el profesor, y el conde: «Si quieren rezar, háganlo bajito», y el seminarista: «Sí, es mejor, estamos provocándolos sin necesidad.» Una pausa, un suspiro, y a rezar, a producir un siseo amodorrante que me recuerda a Antonia, la prima religiosa que apareció por casa con una falda azul y un jersey negro que se transparentaba y dejaba ver su ropa interior. Llamó a la puerta con los nudillos, besó a nuestra madre, nos dedicó una inclinación de cabeza al coronel y a mí, le dio la mano a Laura, se abrazó a Petra.

—¡Ay, señorita Antonia, qué *desgrasia!* Usted sin convento, peor que *ser neskaxa*.

Dejó el saco en el que traía todo lo que le habían permitido sacar, lloró sin mayor desconsuelo, suspiró como una vaca y comenzó a contarnos su historia. Ahora estará rezando por mí, o pidiendo con Petra a las abejas que hagan cera, mirando el

medallón de estaño que representa a una virgen emitiendo rayos en todas direcciones, rezando con mi madre al lado, con Laura mordiéndose los labios y con Petra mascullando en vascuence rosarios y trisagios como los de éstos. Mi madre arrodillada, con Antonia a un lado y Petra al otro, reza adormeciéndose, balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Rezará hasta Laura, aunque nunca ha rezado y aunque aborrecía a la monja como si aquélla, Laura, fuese miliciana. Luego, mi madre cogerá el teléfono y pasará revista a todos los amigos influyentes con el mismo resultado que ayer, que anteayer, que el día anterior. Comenzarán los temblores de cabeza, sacará su pañuelo y se lo pondrá en la nariz, se apartará de Laura, se encerrará en su habitación, Antonia continuará rezando, Petra a la cocina. Acabaré rezando yo mismo, ya me está pareciendo que si no lo hago es por hacer solitarios de valor, por no ceder, por no rendir el último reducto. «Una Salve a Nuestra Señora de los Desamparados: Dios te salve, María, reina y gracia, madre de misericordia, esperanza nuestra...» Piropos, hacerle la pelotilla a la divinidad como Antonia, que tenía una voz casi varonil, una voz con la que contó sus aventuras, o sus desventuras, sin exageraciones ni aspavientos. «A ti clamamos, los desterrados hijos de Eva, por ti suspiramos...» Antonia suspiraba, pero de verdad, hinchando su pechazo de ama de cría; era una mujer grande, con una cara redonda y unas gafas muy gruesas que achicaban sus ojos y daban a su mirada una expresión obtusa que no acababa de saberse si, efectivamente, se debía a las gafas o a su estolidez, como tampoco se sabía si ésta era un parapeto de picardías o si ni siquiera ocultaba... Cuando terminó su relato, comió con voracidad, se adormeció en el cuarto de estar, roncó, soltó unos cuantos suspiros tremolosos, preguntó qué hora era, pidió un rosario y se enfrascó en los piropos y los siseos lo mismo que el seminarista.

El profesor, sorbiéndose el moco, se sienta a mi lado. «Se asombraría si le dijera de lo que tengo ganas. ¡Bueno! Usted no, pero éstos me excomulgarían, aunque lo más seguro es que les pase lo mismo que a mí.» «Baje la voz, que le pueden oír.» «Y si no les pasa es por miedo. No me creo valiente, pero quitando al marino y al conde...» «Y al capitán, ¿no le parece?» «No, no me parece. Presume demasiado y tiene una diarrea muy sospechosa. Y tanto rezar y tanto hablar de Dios... Seguro que antes no rezaba ni en misa. Más aún, seguro que ni siquiera iba a misa.» «Es natural que ahora... ¿Qué va a hacer, blasfemar?» «No lo sé. Que haga lo que quiera. ¿Sabe usted de lo que tengo ganas? De una mujer.» «¿Usted?» «¡Claro que sí! ¡Yo! ¿Por qué no voy a tener ganas de una mujer?» «Tiene razón, pero...» «Esta noche he tenido que apagar mis ardores con agua fría, como cuando estuve preparando la primera cátedra que conseguí.» «Va a coger un catarro a la vejiga.» «Prefiero el catarro al otro remedio, aunque si la cosa sigue apretando... Una mujer aunque fuera una de las hijas del cacique zulú con las que estuve casado lo menos un mes.» «¿En África?» «¡Pues claro! ¿Dónde iba a ser, en Chamberí? Tenían unos pechos en forma de peras

y con un color de bombón de chocolate.» «De manera que en África. Voy de sorpresa en sorpresa. No se me había ocurrido que usted tuviese dinero para hacer un viaje a África.» «Pues sí, señor, lo tengo, y no por mis libros, que nunca me han dado una peseta, sino por las fincas que heredé de mis padres.» «¿Un latifundista? Otra sorpresa más.» «Un latifundista y un absentista, para mayor escarnio. No aparezco por mis fincas ni para la cosecha. No vaya a creer que soy una especie de Tácito agrícola.» «¿Y cómo le dio por la historia?» «Porque... ¡Qué sé yo! Digamos que porque mi padre se empeñó en mandarme a Madrid a estudiar para quitarme de en medio. Le hacía la competencia y no quería más líos de faldas que los suyos. Una tarde le sorprendí barbilleando a una aldonza mientras ésta le abrochaba las botas, y, claro, me faltó tiempo para tabicarla y a ella para irle con el cuento a mi padre. "Joven, mañana a Madrid, a estudiar y a limpiar el sable. No te va a faltar dinero." Mire, ha habido ocasión en que me he puesto los pantalones y la chaqueta encima del pijama y he vuelto a los quince minutos. Con el tiempo que he perdido con las mujeres hubiera podido escribir cuatro historias universales como la de César Cantú, que fue la primera que cayó en mis manos y que, entre paréntesis, es una mierda. Pero que conste que no me arrepiento... y que conste también que me cisco en el sagrado derecho de propiedad.» «Usted se cisca, pero se ha aprovechado de él mientras ha podido.» «Como cada quisque. ¿O es que tenía que hacer de León Tolstói? ¿Qué hubiera hecho usted? Soy capaz de aguantar la pobreza por narices, pero eso de hacerme el pobre por filantropía... Tampoco usted habrá repartido su sueldo entre los chupatintas del juzgado.» «Mi sueldo no da para hacer viajes alrededor del mundo y me lo gano trabajando.» «No estará orgulloso de tener que trabajar para comer.» «Y no irá usted a abochornarme por no poder vivir del trabajo de otros.» «¡Dios me libre!, soy yo el que debería abochornarse. Retiro todo lo que haya podido molestarle y le pido perdón, de veras. La única persona con la que se puede hablar y encima...» Se va, y yo sonrío al traducir su última frase arrancándole la capa de lo convencional y poniéndola al desnudo: «La única persona a la que le puedo soltar mis monólogos.» En seguida vuelve a aproximarse inclinado, sin acabar de erguirse y me dice: «Otra vez le contaré mi boda con las muchachas zulúes.» Rijoso, pero muy distinto de Miguel, que necesitaba tiempo, ganarse la confianza y saber que se le había ganado para sentirse seguro. Y catedrático, catedrático, como Antonio Ruiz, al que debe conocer. Habrá sido alumno y le habrá visto pintar la espiral en la pizarra. Ya han terminado de rezar, ya han encendido la luz, ya hay más silencios que conversaciones, van cerrando las valvas y hundiéndose en sus conchas. Esta tarde no se oye el frente, ni ha habido bombardeo durante el día aunque hemos oído una gran explosión y un intercambio de disparos a eso de las diez. «Estos bestias no hacen caso ni de los suyos. ¡Mire usted que no tapar los montantes con mantas!» «No lo diga usted muy alto porque todavía nos dejan sin luz, o nos quitan las mantas

para tapar los huecos.» Cuando se haga de noche comenzará el reinado de los monosílabos, después los ronquidos y las toses, el ruido de los que orinan en el cubo, las patadas de los milicianos para entrar en calor, las pisadas de Mendoza, con el chorro y el suspiro de alivio, los esfuerzos del seminarista que siempre desahoga su vientre de noche y los sorbidos del profesor por la nariz para no sacar la mano y enjugarse la gota. Recojo mis chismes por si les da por apagar. Anoche apagaron antes de que tuviera tiempo de recogerlos y tuve que acostarme a oscuras, buscando a tientas la caja, el cuaderno, la manta y el abrigo que me había quitado. En la oscuridad me acordé de la bomba que mató al reportero gráfico inglés y nos enterró a Arango y a mí, de la huida desde Toledo a Algodor, del mercancías que nos trajo y de la voz de Arango, que no dejó de hablar durante todo el trayecto, contándome que le habían presentado a André Malraux, el de *La condición humana*, que mandaba escuadrilla de aviones pilotados por voluntarios y que no paraba de arrugar la nariz como un perro el hocico. «La verdad, es cargante como sólo lo puede ser un francés. Está convencido de que la historia, y Francia, y la revolución china no han tenido más objeto que *aboutir* a Malraux.» Recuerdo que en ese momento o en otro posterior fue interrumpido por una campesina, vestida de negro como la mayoría, que lanzó un aullido quejumbroso en el que apenas se reconocían las palabras «mi hijo» y «mi amparo». «Ese tío se cree que la razón se realiza en él y no en el Estado prusiano, como decía Hegel.» Oigo mi propia voz, que no podía levantar porque repercutía en la descalabradora, lo mismo que el traqueteo del tren: «Almas gemelas, por lo que veo. Mira tú quién habló», y su carcajada: «Pues por eso que soy como él le he calado a las primeras de cambio.» «A eso se le llama humildad.» «A eso se le llama ser uno mismo.» «No me parece una tarea mayormente difícil. Ya me dirás cómo te las puedes componer para ser otro.» «Hay quienes no se enterarán nunca de quiénes son.» Un niño flotaba y gruñía como un cerdo, nos envolvían los malos olores que emanaban de las sombras, los malos olores que tenían una rusticidad estimulante y llena de vida, el viejo bebía copiosamente de la botella de anís. Se quedaron atrás las luces de una estación que trazaron sobre nosotros las rayas de los barrotes del vagón y sacaron de la oscuridad por unos segundos caras enmarcadas por pañuelos negros, sacos con cacharros de cocina, boinas y gorras polvorientas y una uña estriada rascando una barba sin afeitar. «Eso lo dices por mí. Y probablemente pensarás que a ti no te pasa lo mismo.» «¡Vaya! Que quieres saber de mí más que yo.» «Que sé más que tú. Nunca te has visto de espaldas, por ejemplo. Y nunca has oído tu voz desde fuera de ti. Todos sabemos de los demás más que de nosotros. Como que somos lo que los otros dicen que somos y no lo que nos gusta creer que somos.» Los campesinos continuaban hablando en la oscuridad. «Juana, dame un trapo que este niño se ha *cagao* otra vez.» «Tengo la leche revuelta.» «Lo que pasa es que *tiés* frío, Dolores.» «Tú, echa una manta *pa acá*.» «¿*Cuála* manta? Toma mi pelliza *pa*

abrigarte.» «Lo hemos *perdió* to.» Arango volvió a hablar de lo suyo: «Quieres chafarme. Ni que te molestara que haya conocido a ése.» «Lo que me molesta es la herida.» «No tienes nada. Mira, a pesar de todo, es un tío cojonudo.» Y venga de Malraux, de la Escuadrilla francesa, de que eran los únicos aviones, y los únicos pilotos competentes con que había contado el Gobierno para bombardear la retaguardia enemiga, de que ya le habían ofrecido tomar parte en una misión. Iba a escribir un reportaje y estaba buscando un buen fotógrafo cuando le presentaron al pobre Tommy. Y otro aullido de la mujer, que lo que decía no era lo que habíamos entendido antes sino «ay, mi cobijo, mi amparo, que me lo han *matao* y *m'han dejao* sin hombre». Arango saltó sobre esta nueva presa. «¿A su marido?» «Sí, señor, era el alcalde del pueblo.» «¿Cómo?» «Porque todo el pueblo votó por él.» «No, si lo que pregunto es cómo lo mataron...» «¿No le ha parecido extraño que anoche apagaran la luz?» «El primer tiro que oímos lo tumbó en mitad de la carretera, y a mí me dio una flojura y cuando fui a darme cuenta me habían subido a una caballería.» Y entonces me sobrevino la comunión, como si me hubieran estado preparando para ella las quejas, los gruñidos del niño, las caras inexpresivas, los estallidos de plañidera profesional de la alcaldesa, el anís, la herida... «No. La han apagado otras veces.» «Quisiera saber si significa algo.» «Significa que les ha dado por ahí.» «¿Y no tiene nada que ver con los paseos?» «No me he fijado, pero me parece que no.» «Pronto ha cogido hoy el lápiz.» «A propósito de lápiz, cura, agarra la escoba que te toca barrer.» «¿Apagaban la luz en la Cárcel Modelo?» «No, la dejaban toda la noche encendida, hasta que empezaron a bombardear a primeros de octubre.» «Que digo que hoy ha comenzado muy pronto a escribir.» Veo al conde con su olor a amoníaco y al profesor con la gota pendiente de la punta de la nariz y unas ojeras muy señaladas, éste ha soñado con las muchachas zulúes y se ha masturbado. Y yo no sueño con Luisa ni una sola noche.

La visita a la cárcel. Me oigo advirtiéndolo a Antonio y a Langa que no trataran de convencerle atacando a los sublevados ni cargando la mano sobre la razón que está con unos y la sinrazón de los otros. Y Langa: «Coño, entonces, ya me dirás...» Y Antonio saca el pase y los milicianos nos acompañan hasta la puerta del pabellón de oficinas; el oficial de Prisiones nos conduce al despacho del director, hasta el óvalo de cristal roto y sujeto por unas tiras de papel en forma de cruz, con un brazo torcido y más largo que el otro. «Pueden hablar aquí todo el tiempo que quieran.» Por la ventana se ven los pinos de la Moncloa y la Sierra, ésta bajo un amontonamiento de nubes. Todavía huele a incendio y, por ello, va a ser difícil convencerle, por ello y por todo lo demás. Una mano me toca el hombro. «Vamos a dejar que habléis solos los dos.» «¿Para qué? No tenemos nada que decirnos que vosotros no podáis oír y ya le dije a él todo...» No es verdad, apenas le dije nada el primer día pero me asusta quedarme solo y fracasar otra vez. Si no conseguí que abandonara su idea de volver a

Campamento, ¿cómo voy a conseguir que se desdiga de lo que ya ha tenido que declarar? «Para que habléis con más libertad.» «Será igual. O peor. Prefiero que os quedéis.» Y se quedan y yo miro abajo, al patio de las cocinas en el que un hombre en camiseta, un *chorizo* por el aspecto, corta leña a pleno sol; un chorro de agua cae sobre un cubo que está empezando a llenarse, un miliciano canta *A las barricadas*, unos gorriones alborotan en el alero. Los mismos ruidos que la otra vez, sedantes, inocuos, tranquilizadores, y también lacerantes. Nuestro padre se sentó en una butaca de mimbre y balanceó la pierna mientras esperábamos, mientras oíamos el chorro de agua y un viejo gramófono tocando *Adiós, muchachos*. Le habíamos llevado a rastras porque no quería ver a su hijo y en la espera se arrepentía de haber cedido y recuperaba su indignación. «En el Ejército se obedece hasta la abyección y si no se puede resistir se pide la baja y se va uno sin rechistar.» «Yo no lo creo así, padre. Marchándose no se arregla nada.» «Se arregla que hay uno menos que no sirve para el Ejército.» Paseos de Antonio, desde mi espalda y los golpes de hacha hasta el óvalo con el remiendo en forma de cruz. «Tarda demasiado», dice Langa, dándole un chupetazo sonoro a la pipa. ¿Qué le voy a decir si yo mismo no sé dónde estoy o no lo sé con la seguridad necesaria para convencerle? Y aunque siguiera la línea convenida no me dejaría ni llegar a la mitad porque no tendrá ningún deseo de verse libre y afrontar... Si lo hubiera deseado habría aceptado el ofrecimiento de Langa. Era incomprensible, de no ser así, que siguiera entre los que conocían su manera de pensar y sabían que había licenciado a sus hombres. Pero ¿los había licenciado o sería un embuste de Orestes? Y, de todas formas, no era posible que no sintiera ninguna tentación de libertad. Aunque no fuera más que para acostarse con una mujer, para tocar las *Sonatas*, para lavarse, para no estar rodeado de quienes le habían llamado cobarde.

Se abrió la puerta y nos sonrió entre los dos milicianos que le daban escolta. Un abrazo a Antonio, una palmada a Langa en la espalda, las preguntas habituales por nuestros padres, por Juan y Laura, hasta por Jacobo, por la mujer de Antonio, por Petra. Y después, silencio, entreverado por el ruido del chorro y de los hachazos y los gorgoteos de la pipa de Langa, un silencio que fraguaba como si fuera de cemento y nos separaba lo mismo que un muro. Estaba barbudo, mugriento, con su olor acre más fuerte que nunca y el rostro tostado por el sol pero con unas ojeras muy pronunciadas. «Necesitas otra ropa.» «Habéis venido por lo del Consejo de Guerra.» Un cigarro, de un paquete de americanos que me había dado Langa. «Ya sabes que no fumo.» Le notaba distante y frío; iba a ser difícil, en verdad, me dije al tiempo que un relámpago de dolor saltó desde mi nuca hasta mi sien derecha. Me aclaré la garganta, recibí una mirada de aliento de Antonio y me lancé precipitadamente a explicarle nuestro plan: la creación de los Tribunales Populares, los testigos con los que contábamos, lo que debía declarar... Y la interrupción, que estábamos esperando los

tres: «Yo no declaro eso porque a mí no me coaccionó nadie.» Traté de ignorar sus palabras, en lo que me ayudaron Langa y Antonio arrastrando sillas y sentándonos los tres a su alrededor. El se sentó también en la más cercana a la mesa.

«No te pondrían una pistola en el pecho, pero hay muchas maneras de coaccionar. Y algo me diste a entender que sucedió allí cuando me contaste lo de la reunión.» Langa: «Algo que sería mucho más de lo que contó.» «Claro que fue mucho más. Como que me sublevé», le cortó, rascándose la barba que acentuaba la aspereza de la respuesta y la asimetría de su nariz. «Porque te coaccionaron. Tú no volviste al cuartel para unirse a la sublevación sino para impedir que se sublevaran... Espera, espera, no hemos venido a discutir contigo si han hecho bien o mal, y menos aún a reprocharte que cedieras a las presiones...» «Ya te he dicho que no hubo presiones. Y lo repito para que lo tengáis en cuenta vosotros.» «No me lo creo. No me lo creo, Miguel. Yo sé lo que es un regimiento y la disciplina militar, y el compañerismo... Todo eso lo he vivido, lo he mamado exactamente lo mismo que tú. Y a ti te conozco tan bien como me conozco yo. Pero, ¿qué ibas a hacer tú solo?» Su mano agarró uno de los botones de la guerrera, lo soltó para desabrocharse el cuello, se tocó la nariz ladeada, volvió al botón, se fue dejando arrastrar por los pequeños gestos dramáticos que hacía cuando estaba sometido a una emoción. Ahora tartamudearía, pensé, pero no fue así. Sin rozar una sílaba repitió, paseando la mirada sobre los tres, que no le había presionado nadie y que ya me había contado que Solans estuvo toda la noche intentando convencerle para que se marchara y que no estaba solo, que estaban también los suboficiales y los sargentos y los artilleros que no se querían sublevar, que entre todos hubieran dominado a los otros... «Pero yo no me escapo echándoles a los demás la culpa de lo que he hecho o he dejado de hacer. Y yo sí me reprocho haberme sublevado. Son dos cosas distintas.» «Miguel, Miguel», Antonio acercó la silla y puso su expresión y su tono más persuasivos, «una cosa es que te reproches haberte sublevado y otra castigarte por no haber revisto que podías tener un momento de debilidad como todo el mundo». «No me estoy castigando. Estoy pagando las consecuencias de ese momento y no voy a escurrir el bulto ahora que han perdido.» Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo pasó por la frente, por el cuello, la cara, las manos, el cuello y la frente llena de arrugas como un mapa en relieve. «Para ti escurrir el bulto es no cargar con todas las culpas, aunque no sean tuyas, como si estuvieras en la obligación de ser responsable de todo.» «Es que esta vez soy responsable exactamente lo mismo que ellos.» Langa soltó un resoplido de exasperación y de humo de tabaco maloliente: «¡No, si todavía nos vas a decir que hicieron bien en sublevarse y que los que estabais equivocados erais Monroy, Latorre y tú!» Miguel se agitó en su silla arrancándole un gemido que parecía suyo, trágico y ridículo a la vez, porque lo estábamos viendo en el suelo o levantándose de un salto antes de que acabara de desarmarse. «Quisiera verte aquí. Ya verías qué poco ibas a

pensar en quién tiene razón.» «Miguel, no me digas que tú mismo no piensas en eso. Y si no creías que la tenían antes de que se sublevaran no vas a dársela ahora solamente porque han perdido.» Miguel bajó la mirada, cogió un cigarro y comenzó a deshacerlo, y, sin levantar la cabeza, dijo que con razón o sin razón lo que sucedía era que los estaban asesinando desde el día del incendio y que éste fue provocado para justificar los asesinatos. Entonces, Langa se puso de pie y se acercó a él de una zancada: «¿Pero qué crees tú que está pasando en la otra zona? ¿No te han contado la matanza de la plaza de toros de Badajoz? Cerca de dos mil milicianos ametrallados por haber resistido. Y en Valladolid va tanta gente a ver las ejecuciones que han instalado puestos de churros en el Campo de san Isidro, que es donde los fusilan. Y en Calatayud va la banda del pueblo delante, tocando pasodobles. Y en Mérida, en Pamplona, en Sevilla... Y han fusilado a la mujer del gobernador civil de La Coruña, que estaba embarazada. ¿Quieres que continúe?»

Hizo un gesto de incredulidad y siguió deshaciendo el cigarro, apartando el tabaco del papel y reduciendo éste a una bolita. «¿Cómo sabes todo eso?» «Pero ¿es que lo pones en duda?» «Por desgracia, todo es verdad», dijo Antonio y añadió que le dolían lo mismo los crímenes de aquel lado que los de éste.

Otro silencio, esta vez más largo y apesadumbrado que me hizo suponer que ya no le quedaban argumentos o que los estaba buscando sin encontrarlos, pero también podía suceder que siguiera sin creernos. «Aunque fuera verdad, no me haría cambiar de opinión.» «¡Claro! Aquí estás a cubierto y no te enteras de que hay una guerra entre los explotados y los explotadores.» Antonio esperó a que pasara un tranvía y añadió que no era demagogia sino la verdad. «Aunque para mí vosotros no sois los explotadores...» «¡Qué van a ser!», le interrumpió Langa. «Esos idiotas no se dan cuenta de que no han defendido sus intereses sino los de los que les han empujado y de que si hubieran conseguido triunfar no hubieran sacado más que un ascenso y una medallita.» Miguel se guardó el pañuelo, lo volvió a sacar, se secó otra vez el sudor de su frente, tragó saliva con esfuerzo y dijo que ya sabía que había una guerra y que prefería no intervenir. «¡Es que estás interviniendo! Si te quedas aquí harán de ti un héroe de la causa injusta y morirás por aquello contra lo que has luchado toda tu vida.» «Moriré porque debo pagar.» «Los que pagarán serán nuestros padres, pero eso te importa menos que pagar. O que el compañerismo. Parece como si ni siquiera hubieras pensado en ellos.» Otro crujido de la silla, el pañuelo, que fue abandonado por la bolita de papel de fumar, un cigarro que empezó a deshacer como el anterior. «¿Qqqqué... qqqque ni siquiera pienso...?» Dejó pasar algún tiempo tratando de dominar los gestos que solían acompañar sus tartamudeos, su meterse un dedo por el cuello de la camisa o del uniforme, darle vueltas al botón, abrocharse y desabrocharse la hebilla, cerrar la boca apretando fuertemente las mandíbulas como si temiera que se le escaparan las sílabas en las que se atascaba. Al cabo, tras una espera que nos

pareció a los tres más larga por lo penosa que debió de ser para él, rompió a hablar, pero ya con firmeza y sin titubeos: «No hago otra cosa durante todo el día y toda la noche, pero yo soy un militar y no un hijo de familia. Siento mucho no poder evitarles ese sufrimiento.» «¡Sí, y no quieres desaprovechar la ocasión de rebozarte en los remordimientos! Si estuvieras libre, mandando una batería, no tendrías tiempo para...» «Yo no quiero mandar nada.» Nos miró a los tres en silencio, alejándose, encerrándose en sí mismo y retirándonos su presencia. Yo alargué una mano y le toqué la rodilla, como la primera vez que le vi. «Miguel, no se trata de que quieras o no quieras mandar sino de que ya no sirve de nada torturarte con tus equivocaciones. Te has equivocado, como se equivoca todo el mundo...» «Estoy harto de equivocarme, y de arrepentirme de haberme equivocado y de volverme a equivocar. No tengo ganas de pasarme la vida así y ésta es una buena ocasión para acabar de una vez.» Langa soltó un insulto excrementicio a la divinidad y le dio un chupetazo iracundo a su pipa. «¡Hombre, qué bien! Tú te quitas de en medio y se acabó. Y nosotros buscando profesionales competentes con un candil y tú huyendo de tus responsabilidades.» «Afrontándolas. Por eso estoy aquí.» «Sí, estarás aquí por eso, pero donde deberías estar es en el frente, que es donde eres útil y a donde te queremos mandar, a ver si te enteras de una puñetera vez.» Miguel agitó la cabeza y sonrió sin ganas, con una amargura evidente, y yo me atraganté y tuve que volver la cara para ocultar mi emoción, mientras Langa, después de unos cuantos coños y chupetazos más, se lanzó a una exposición de la situación militar intencionadamente exagerada. Ni un veinte por ciento de oficiales leales, en el Ministerio de la Guerra eran cuatro gatos con un ministro desfondado, no tenían a ningún profesional de confianza que pudiera mandar las milicias, el regimiento de transmisiones del Pardo se había pasado a los rebeldes entero y verdadero, en toda la Sierra no había más que dos artilleros, un tenientillo y un chusquero de Vicálvaro. «Y si vieras a los milicianos del campo, con sus sombreros de segadores y sus fajas y su torpeza para coger el fusil y echárselo al hombro. No tenemos ni mandos intermedios que les enseñen instrucción.» Miguel volvió a sonreír pero se apresuró a decir que él no servía ya porque lo mismo que se sublevó... «No te empeñes. Estoy en el sitio donde debo estar.» «¡Siempre juzgándote y condenándote! No parece sino que fuiste el organizador de la sedición.» «Y no parece sino que no me sublevé.» «¡Y dale! ¿Cuántas veces nos lo vas a decir? Te necesitamos... Necesitaríamos a todos, pero sólo podemos fiarnos de ti.» «¿De mí? ¡Pues vais listos!» «Como vamos listos es sin mandos competentes. Imagínate a un sargento mandando una batería y haciéndose un taco con las tablas de tiro.» «Por lo menos, será leal.» «¡Claro! Más leal que Dios, pero nuestros proyectiles despanzuran más milicianos que los del enemigo. Y mientras tanto, tú aquí, por solidaridad con los perdedores, por una perversión de esa peste del compañerismo por encima de todo.» «Ellos te hubieran fusilado y se

habrían quedado tan frescos porque te tienen por un enemigo y porque lo eres, o lo deberías ser, como lo has sido siempre.»

Otro silencio en el que sonaron voces y ruidos de cacharros que subían de la cocina, y, pocos segundos más tarde, la sirena de la fábrica de perfumes. Nos miramos los tres como repartiéndonos la sensación de impotencia que nos agobiaba. Gorgoteos de la pipa, la mano de Antonio buscando la cicatriz, mi nuca recorrida por los latigazos de la neuralgia y la frente de Miguel oscurecida por las arrugas como un cielo de tormenta por los nubarrones. Más forcejeos, más acusaciones, eran los defensores de un pasado en el que los de arriba tenían todos los privilegios y los de abajo todas las obligaciones. «Y no les importa poner en peligro las vidas de los soldados, porque creen que son suyos, como sus caballos o sus queridas.» «Sabes qué dicen para justificarse? Que ellos representan la legalidad porque el Gobierno la ha abandonado y que no se han sublevado sino que tienen que cumplir con su misión constitucional y salvar a la patria de la conjura del comunismo.» Nuevo silencio, un silencio fatigado por parte de Miguel, nuevas miradas con las que nos preguntábamos «¿qué hacemos?, ¿qué más podemos decirle?». Sin embargo, debía estar fraguándose ya su decisión porque no se molestaba en refutarnos y ya no había en su expresión una negativa cerrada, aunque no nos dimos cuenta de ello hasta que pasó.

Antonio volvió a hablarle de que no se trataba de un pronunciamiento militar sino de una guerra civil en la que iba a participar media España contra la otra media, el pasado contra el futuro, el egoísmo contra la solidaridad. Continuó hablando, en un tono demasiado persuasivo, casi irritante, como el de un maestro que se propone hacer una exhibición de paciencia frente a unos niños rebeldes y a otros maestros que fracasaron antes que él. No recuerdo lo que le dijo, porque ya estaba dicho lo principal, pero sí que llegó a impacientarnos a Langa y a mí por sus reiteraciones y por la sorprendentemente escasa consistencia de sus argumentos. Me dije, como la primera vez que le vi entre los aullidos del moribundo y el olor a ácido fénico, que no tenía atención más que para sus coloquios interiores sobre las equivocaciones y las banderías de su Partido, o peor aún, que estaba ya viejo, cansado, camino de la indiferencia y la entrega.

Langa se levantó con una brusquedad irritada y, comiéndose la pipa, me miró y yo entendí que estaba pensando que debíamos irnos y volver los dos solos y que aquella especie de sermón melifluido le parecía contraproducente. Pero nos equivocamos, porque en aquel momento Miguel se puso de pie y, extendiendo la mano, dijo, dejándonos mudos de asombro: «Está bien. Dadme tiempo para pensarlo.» A continuación cogió la cajetilla de cigarrillos y le preguntó a Langa: «¿Puedo quedármela?», aunque aquél continuó callado hasta pasado un buen rato, incluido el tiempo que nos separó el estruendo del tranvía que subía desde la Moncloa. Parecía imposible, pero estaba sonriendo mientras se guardaba el paquete y

se iba acercando hacia la puerta hasta que su cabeza quedó recortada sobre la cruz de papel de goma que sujetaba el cristal. «¿Cuándo será eso?», preguntó, con la mano en la cerradura, ya sin sonreír. Y los tres respondimos al mismo tiempo: «¿Cómo que eso? ¡Ah, sí! Dentro de quince días.» «En seguida, tan pronto como se constituya el tribunal.» «El lunes de la semana que viene.» Y fue tal nuestra precipitación que volvió a sonreír y nosotros a quedarnos callados, esperando cada uno que hablara uno de los otros dos y sin acabar de creernos que le habíamos convencido o que le podíamos convencer, pensando que lo único que hacía era regalarnos una esperanza y despedirnos para volver con los suyos. De pronto, comenzó a pedir detalles: si tendrían defensores, si el fiscal sería civil o militar, si los juicios se celebrarían a puerta cerrada, si habría tantos juicios como acusados o un juicio por cada regimiento. Antonio contestaba y Miguel asentía moviendo la cabeza y yo rehuía mirarle hasta que oí que accionaba el pomo de la puerta. «Miguel, Miguel. Espera un momento. Ya está todo preparado... Tienes que declarar...» «Ya os he dicho que lo voy a pensar.» La cruz coincidió otra vez con su cabeza, aparecieron los milicianos y el celador, oímos cómo se alejaban los cuatro por el corredor, el tintineo de las llaves, las pisadas, los golpes de las puertas, los cacharros de la cocina. Salimos a la calle, donde la luz del sol potenció mi dolor de cabeza y donde Antonio dijo, tras un suspiro cavernoso: «Si le hemos hecho algún efecto se le irá a los cinco minutos de estar con los otros.» «No lo creo, deben hacerle la vida imposible. Es tan insensato que les habrá contado que licenció a sus hombres.» «O tan soberbio que no quiere quedarse con el resquemor de callárselo para evitarse conflictos.» «Lo malo va a ser después de que declare que no se sublevó o que le coaccionaron.» «Eso le tiene sin cuidado porque debe salir a pelea por hora.» «Pero ¿creéis que le hemos convencido?» «¡Cualquiera sabe! Habría que darle otro toque para hacerle olvidar esa manía de pureza que ha tenido siempre.» Este era Antonio, más literario, o más generoso, o más compasivo, Antonio, que a mí me apretaba sin contemplaciones. «Y tú, ya puedes decirle a tus padres que ha aceptado nuestro plan.»

Pero lo que a mí me hubiera parecido un triunfo a ellos no les bastaba. «¡Hasta que lo tengamos aquí...!», suspiró ella, pasando la mano por el respaldo de la silla que ocupaba en el comedor, mientras el coronel callaba, asentía o le daba ánimos: «Mujer, hay que tener confianza, no todo van a ser desdichas. Más vale que pensemos en que Dios aprieta pero no ahoga.» «Termina el refrán, Fernando. Tú mismo dices: "Pero no suelta".» «¿Y no te parece que ya es hora de que suelte?» Mi madre nos dejó solos y el coronel añadió casi sin darse cuenta de que hablaba en alta voz: «Lo malo es que los otros no admitirán más justificación que presentar el propio cadáver.»

Han tomado Madrid y Miguel y yo vamos a escapar en dos bicicletas que tienen

forma de caballo. Miguel tira del manillar, lo afloja como si se tratara de las riendas, pedalea, se vuelve hacia mí. «¿A qué estás esperando?» La gente corre, calle de la Princesa abajo hacia la plaza de España, huyendo de los primeros moros. Nos abrimos paso tocando el timbre, gritando, sorteándola, como en las carreras de obstáculos que organizaban en el colegio en los días de Carnaval, dándole al timbre constantemente, a un timbre que era el del teléfono. Laura apenas podía hablar: «Acaban de llevarse a Juan unos milicianos.» «¿Unos milicianos?» «Unos milicianos que han venido en un Citroen gris oscuro.» «¿Llevaban alguna orden de detención? ¿Os enseñaron algún papel?» Pero sólo podía decir unos milicianos, unos milicianos en un Citroen gris, se lo han llevado, ay, Tomás, se lo han llevado, gris de los que llaman modelo pato, de esos de tracción delantera, ay, Tomás.

Llamé a Arango, pensando en su Morris y en Juan con la cabeza deshecha como Oñoro, luego a Antonio Ruiz: «¿Pero vas a salir a estas horas?» Volví a mi habitación. Mis padres habían comprendido. Mi madre decía que era una locura y que no debía salir porque iban a detenerme, que esperase a que fuera de día. El coronel me miraba y callaba, mordiéndose el bigote. Yo no acertaba con los cordones de los zapatos ni con los botones de la camisa ni con el sitio donde había dejado el llavero: «Tomás, llama a la comisaría que es lo que han dicho por la radio.» «¿La comisaría! Como si no supiera para lo que sirven las comisarías.» «Pero llama, llama por lo menos antes de salir.» Llamé, con una visión de calles desiertas, coches con patrullas y milicianos con pistolas y pañuelos rojos y negros. «Juan Andrade Riaza, un Citroen gris oscuro y un hombre muy alto... Pero ¿cree usted que con esas señas...?» «Tomás, por lo que más quieras, Tomás.»

Me zafé de ella, abrí la puerta, apreté el botón del interruptor de la luz. Era una temeridad; iban a quedarse sin los dos; o todavía podía ocurrir que Juan se salvase mientras yo... Llamé en la portería, no para que Andrés me acompañara sino para que me dijera que no me quería acompañar y me hiciera desistir. «¿Quién es?» «Yo, Tomás Labayen.» «Ahora mismo voy, señorito Tomás.» La madre apareció a medio vestir. No estaba Andrés y comenzó a lamentarse de que nunca volvía antes de las ocho de la mañana, de que había cambiado; no quería ni pensar lo que estaría haciendo. ¿Qué había pasado? ¿Al señorito Juan? «¡Ay, Dios, ay, Dios! ¡Pobre señorita Laura! ¿Pero va a salir?» Mis pisadas sonaban como si su ruido pudiera llegar hasta la Puerta del Sol; la calle de la Princesa no tenía fin; fui dejando atrás la estatua de Argüelles, las bocacalles, las rejas del palacio de Liria, la plaza de España y el cine Coliseum. Unos faros sacaron de la oscuridad el bordillo de la acera y el anuncio de un hotel. Me pegué al hueco de un escaparate cerrado por una chapa ondulada, pensando que podían tomarme por un fascista que cambiaba de escondite; no tenía documentación porque, con las prisas, me había dejado la cartera en casa. Torcí por la primera esquina y cuando vi el coche dirigirse a la calle de la Flor, eché a

andar por San Bernardo y la calle de la Luna y llegué al hospital. Antonio se estaba abrochando el cuello y la corbata le colgaba de un bolsillo. «Esto se veía venir. Vamos a la Casa del Pueblo.» No había nadie, ni milicianos, ni serenos, ni gente tomando el fresco en las aceras. «No hay quien lo salve, pero vamos allá.» Hortaleza, Augusto Figueroa, la Libertad, Góngora y Piamonte, donde encontramos un coche, unos milicianos adormilados y un par de militantes que nos dieron una lista de los comités de Madrid. «Empecemos por San Antón.» Antonio, con la corbata torcida, hacía de guía de nuestra peregrinación de comité en comité; las Escuelas Pías, las Salesas, San José, Bellas Artes, las Calatravas, pero ni rastro de Juan ni del Citroen gris. La Dirección General de Seguridad: «Es un militar retirado, pero no ha intervenido en política nunca.» «¿Un militar? Pues va listo.» Más iglesias, conventos y palacios, San Ginés y la Encarnación y vuelta atrás por Arenal.

—Don Antonio, usted no está *pa* estos trotes.

—Para lo que no estoy es para dejar que asesinen a un hombre que no se ha metido en nada.

Comenzaba a amanecer, había una claridad lívida y las estrellas iban desapareciendo. «Hay cosas inevitables.» «¿Y cómo sabes que son inevitables?» «Ya me dirá usted si un militar se va a escapar de ésta.» Juan, tan alto y con tal aspecto que era un milagro que no le hubieran detenido ya. El tenía la culpa porque no se había refugiado en la Embajada con Laura y Jacobo, ni se había escondido ni presentado en el Ministerio. Juan era un lío, siempre había sido un lío. Laura aparecía por casa con la maleta, hecha una furia; hacía dos días que no iba a dormir, tenía una querida, había llamado desde Hendaya pidiendo dinero con el pretexto de que no le habían comprado un coche. El coronel rugía, mi madre la abrazaba: «Un hombre tan guapo tiene más inconvenientes que ventajas. Y se paga caro.» Yo le aconsejaba que se separasen: «Sin hijos, puedes hacer lo que te dé la gana.» Antonio ordenó al conductor que nos llevara a la calle de Martínez de la Rosa. «¿Dónde está esa calle?» «Es la calle de la S que va desde la Castellana a Serrano.» «¿A la Brigada del Amanecer?» «A la Brigada de García Atadell.» El cielo estaba azul, color de excursión a la Sierra o de viaje a Echalar, el pueblo de nuestra madre. Atadell se acababa de afeitar y era como podía esperarse que fuera el jefe de la Brigada del Amanecer: seco, con la cara afilada como un cuchillo y una dignidad que sorprendía y que quizá se debía a su hieratismo de muerto. «Camarada Ruiz, basta que me lo haya pedido usted y que salga fiador de ese comandante... Pero va a ser difícil. Si supiéramos, por lo menos, a que organización pertenecían los milicianos. Usted sabe que hay mucho agente provocador. ¿Y la matrícula del coche?» «Pero ¿cómo se le ocurre que una mujer...?» Su cara difunta hizo un gesto de comprensión y en seguida otro de preocupación profesional. No podía ocultarnos que tenía muy pocas esperanzas. «Haré todo lo que pueda. Eso, por descontado.» Y entró en una actividad

de zombi sin que se alterasen su rostro ni su voz; llamó por teléfono pidiendo un coche, dio unas cuantas órdenes a otro, se puso el corraje y la corbata, comprobó el cargador de la pistola. «Nunca se sabe.» Metió unos cuantos papeles en una cartera de documentos y nos dio una mano caliente y dura que no tenía nada de muerta. Había salido el sol, el sol que no vería Juan y que todavía no iluminaba más que los pisos más altos, las copas de los árboles y la estatua de Colón. «Ahora sólo nos queda Andrés.» «Andrés no querrá hacer nada por Juan.» «Ya lo veremos. Una cosa es ser testigo de un juicio contra unos militares facciosos y otra... Aparte de que declarará, porque ya me encargaré yo de que le den permiso.» Atravesamos Madrid de Norte a Sur, un Madrid que iba despertándose, con los primeros trabajadores todavía adormilados. El sol sacaba destellos de la bóveda ingenieril de la estación del Mediodía y echaba al suelo las sombras de las casas y los árboles. Andrés aborrecía a Juan porque tenía dos metros, porque le demostraba una ternura apiadada y ofensiva, porque se había casado con Laura, que también le mimaba y se inclinaba sobre él sin precauciones, echándole encima sus atributos femeninos sin darse cuenta de los efectos. Andrés en la cama, con anginas, y Laura sentada junto a él, inclinada, echándole el escote y el nacimiento del pecho; el otro, pálido, luchaba por no mirar y no era capaz de no mirar y ella se inclinaba más para acariciarle la frente y el escote se desbocaba tanto que yo mismo podía ver su sostén. «Pero ¿qué te pasa? Mira, te he traído una novela.» Llegamos a la iglesia de Atocha y el miliciano de guardia entró y volvió a salir para decirnos que no estaba. «¿Sabes quién soy?» «¡No lo voy a saber! Pero no está. Y también sé quién es ése.» «Yo te conozco. Te llamas Genaro y estabas con Andrés a la puerta de casa cuando esto empezó.» El pelirrojo se echó el fusil al hombro. «Usted es el que tiene un hermano en la Cárcel Modelo y el que consiguió que soltaran al cojo cuando lo de octubre. Ya les he dicho que no está.» Ya no había más comités en la lista ni el chófer conocía otros ni había posibilidad de localizar a Andrés.

Laura, que se había refugiado en la casa de la Princesa, se echó a llorar, me llevó al sofá y se sentó junto a mí haciéndome entrar en la espesura sudorosa que habían dejado en ella la noche y los abrazos de Juan; nuestra madre se posó al otro lado, en el borde; el coronel se entregó al balanceo de su pierna con velocidad creciente; Bucarín, el gato, maullaba y arañaba la puerta del cuarto de estar. Petra entró, retorciéndose el delantal y nos dijo en su jerga vascuence con palabras castellanas que debíamos desayunar porque apenas habíamos cenado *el noche antes*. Antonio pensaba, con los ojos cerrados y los dedos perdidos entre la melena. «No le dejaron ni vestirse, ni ponerse la bata. Abrió él mismo y se lo llevaron como estaba, con un pijama azul que le regalé el día de su santo, hace dos meses.» Un sollozo, una cara encogida. «Y unas zapatillas viejas de cuando nos casamos.» Se le escapó otro sollozo y a continuación otra queja relacionada con otro detalle trivial, con que le

pidió un pañuelo, un paquete de tabaco y unas cerillas. Petra anunció el desayuno y nos sentamos a la mesa sin Laura porque se encerró en su habitación de soltera, la habitación que ocupaba cuando se refugiaba en casa después de alguna agarrada con Juan. Volvió a salir a la media hora, con un pañuelo en la cabeza, los ojos secos y la boca apretada y sin pintar.

—Tenemos que buscarlo.

Antonio pidió un coche al Ayuntamiento. Hacía calor y el sol cegaba ya. Otra vez a peregrinar por las cunetas, las tapias y los depósitos de cadáveres. «Laura, eso es cosa nuestra.» «¡Cállate! Es cosa mía y de nadie más.» Se asomó al balcón, miró calle de la Princesa abajo, hacia donde había de venir el coche; entró, acarició a Bucarín, se tiró de las medias levantándose las faldas y se arregló las ligas. El coronel apareció, con su sombrero, su corbata, su cuello de pajarita y su bastón: «Voy a ir con vosotros.» «Pero ¡padre! ¿Para qué? No te...» «He dicho que voy con vosotros.» Nos acomodamos en el coche, Laura entre Antonio y el coronel y yo con el conductor. «Vamos a la Sacramental de San Isidro.» De la calle de la Princesa, por la cuesta de San Vicente, hasta el puente del Rey. «Tomás, quiero verle esté como esté. Aunque lo hayan... Como esté.» Cruzamos el río en el que se bañaban unos niños tan sucios que el agua resbalaba por sus cuerpos. «Hija, no deberías verle de ninguna manera.» El coche subió el camino que bordea las tapias de ladrillo y se detuvo cerca de un talud en el que había cuevas adornadas con macetas de geranios rojos; las caras se volvían a nuestro paso, caras de viejos decrepitos, de mujeres greñudas, de niños renegridos por el sol que tenían pupas y ronchas y barrigas abultadas, caras a las que había que preguntar si habían visto un muerto muy alto con un pijama azul y unas zapatillas de cuero color marrón. «¿Han retirado ya alguno?», preguntó Antonio tímidamente, mientras se vertía sobre nosotros, por encima de las tapias, el piar incesante de los pájaros. «Yo acabo de llegar.» «Pregunten más arriba, a los de las cuevas de aquel lado.» «Por aquí no ha aparecido nadie.» Las cuevas dejaban escapar la luz cárdena de los infiernillos primus y los canturreos desentonados de sus ocupantes. Sí, un camión se había llevado unos cuantos al depósito del cementerio. «Digo yo, *usté*, que habrá sido al depósito.» Antonio tenía los pómulos terrosos, Laura estrujaba un pañuelo y el coronel apretaba con fuerza la empuñadura del bastón. Juan podía estar en una mesa de cinc, con las piernas sobresaliendo una cuarta, con su hermosa cara desfigurada por los disparos, o una gran mancha en el pecho o en el vientre.

Pero no estaba allí, ni tampoco en San Justo y Pastor, ni en Santa María, por lo que decidimos dirigirnos a la carretera de Extremadura, en la que dejarnos atrás una columna que llevaba en su cabecera dos cañones valetudinarios. «Esos trastos eran viejos cuando yo estaba en la Academia.» Antonio miraba a la cuneta de la izquierda y yo a la de la derecha pero podía estar más lejos, detrás de algún montón de basura o en el fondo de algún vertedero de los muchos que había. Campamento, los

Carabancheles, después la carretera de Toledo y más tarde la de Andalucía, los caminos de Valderribas y Vicálvaro. Por la Elipa preguntamos en un chamizo de basureros: «Uno muy alto, con un pijama azul.» Y levanté la mano por encima de mi cabeza para señalar la estatura, ante la mirada estólida de un viejo que solamente llevaba unos pantalones de pana y un sombrero negro sin cinta: «¿Mande, señor?» «¿Que si ha visto a uno muy...? Nada, nada. Déjelo.» Pero fui yo el que lo dejé porque era un oligofrénico que quedó riéndose y saludándome con el sombrero en alto. Laura se agitaba y nos hacía sentir su efluvio a cama matrimonial. Los muertos habían dejado de ser anónimos, cualquiera podía ser su marido, mi incómodo cuñado. con la cara tan deshecha que no sería capaz ni de acariciarle el pelo.

El cementerio del Este, al que llegamos hacia las dos de la tarde, olía desde fuera de una forma injuriosa; una mirada al depósito, unas preguntas en las oficinas, un recorrido en torno a las tapias y otro alrededor del cementerio civil, que olía también sin contemplaciones. «¿Dónde vamos ahora? Ya no hay más cementerios.» Dejamos atrás el olor, los talleres de los marmolistas, el arroyo Abroñigal y la plaza de toros. «A casa, a comer, si os parece.» Y después de una comida en la que nadie, salvo Antonia y yo mismo, probó bocado, volvimos al coche y recorrimos las carreteras que salían de Madrid y, más tarde, las que unían aquéllas formando un cinturón irregular. Caminos polvorientos bordeados por cardos, canteras de arcilla abandonadas, la carretera de Francia y el pinar de Chamartín, Fuencarral, la ciudad universitaria, la carretera del Pardo entre alisos y álamos blancos mortecinos, la de La Coruña hasta más allá de la bifurcación a El Escorial, el bar Anita, ante cuya aparición rompió a llorar, siempre en silencio, pero con abundancia de lágrimas y suspiros. Nos deteníamos cada diez o doce minutos, o pedíamos al conductor que se detuviera; a veces era un muerto, pero con más frecuencia se trataba de un mendigo que dormía a la sombra de un árbol, o una pareja de novios más o menos copulantes, o unos niños que jugaban a dar paseos y hacían de verdugos y de víctimas. Siempre la misma pregunta sobre uno muy alto con un pijama azul. Llegamos hasta Galapagar. «Don Antonio, estoy seco. ¿No podría tomarme una cerveza?» Volvimos por la carretera de Castilla, deteniéndonos, bajando del coche, subiendo, mirando tras los arbustos.

El sol perdió altura, el cielo enrojeció. Llegamos a las tapias de la Casa de Campo y Laura se empeñó en recorrerlas hasta Húmera. Se hizo de noche, se comenzaron a oír todos los ruidos nocturnos, grillos, ladridos, cascotes de caballerías en un establo invisible, el paso traqueteante de un tren de mercancías. «Laura, es inútil. No veo ni las puntas de mis zapatos.» Y Laura insistía en continuar a pesar de que cojeaba porque se le había roto un tacón. «Dame el brazo, hija.» Volvimos al coche y cruzamos el río por el puente de los Franceses y el Parque del Oeste a lo largo del cuartel de Infantería y la Cárcel Modelo.

El ascensor reflejó nuestras ojeras y nuestros trajes, cubiertos de polvo, y la cara de Laura manchada por las lágrimas. «En medio de todo, es buena señal. ¿No crees, Tomás?» Yo no creía ni pensaba en Juan sino en Laura y su tacón roto. Se quitó el otro zapato, extendió las piernas en el sofá y nos dijo que no tenía ganas de comer y que le bastaba con un vaso de agua y una aspirina. «Tómame una taza de tila, al menos.» «¡Vamos, madre! ¡Tila! ¿Qué me va a hacer la tila?» A la mañana siguiente la encontré en la misma postura, con una expresión crispada como si una mitad de su ser se hubiera dormido y la otra mitad hubiera continuado despierta, esperando la aparición de Juan con su pijama azul y anticipando los abrazos que ponían término a sus enfados. La sala de los desaparecidos tampoco dio señales de Juan. Habían instaladas más mamparas y las fotos se extendían sobre ellas como una lepra; todas con un número debajo, una cara con la boca abierta y los ojos cerrados, con unas mejillas afeitadas o barbudas, con manchas de sangre, con expresiones generalmente serenas. Ya no eran cadáveres sino ilustraciones para el libro de fallecidos del Registro Civil.

En el Juzgado me esperaba un sobre con un aplique rojo en el que ponía urgente y que contenía mi nombramiento pero no para juez de derecho sino para juez de la rebelión de Toledo, una orden de que me presentara a las nueve en el Ministerio de Justicia y una tarjeta de Sanabria. Las palabras rituales —«Por orden del día de la fecha el Excelentísimo Señor Ministro ha acordado...»— sonaban a un poder con damascos y molduras y trajes y corbatas negros, un poder que carecía de poder y que estaba a merced del otro, del verdadero, con monos y pistolones y sobacos sudorosos, un poder temible, arbitrario, feroz, del que quería huir, no sólo por miedo sino por descansar de si habían asesinado a Juan o no, de hacer de ángel de la guarda de toda la familia, de rabiarse por tener que hacer de ángel de la guarda, de ver cómo cambiaban todos de color cada vez que se oía un frenazo, de que se me contagiara la cara de duelo que tenían los demás y de tener, también, el estado de ánimo propio de un duelo y pasar, en cuanto pisaba la calle, a otro que casi podría calificarse de normal. Aunque lo que me esperaba en Toledo era empujarlos al paredón o caer prisionero de los rebeldes, que seguían avanzando, precisamente hacia Toledo.

Laura vagaba por las habitaciones con el gato detrás hablando con su runruneo maullante. Tan pronto como me veía me preguntaba, o anticipaba la contestación: «Nada, ¿verdad?». «Nada. He visto todas las fotos. Y nada.» Antonia dijo, con su mejor intención y su habitual inoportunidad: «Hay que tener confianza en Dios, hay que rezar con fe. Si quieres, yo llevo el rosario.» Y huyó del cuarto de estar, asustada por la mirada y la expresión de anarquista de Laura. Nos quedamos solos los dos: «Y tampoco habrá llamado Atadell.» «Es pronto, Laura, es pronto. Hay centenares de cárceles y de comités.» Bajó los ojos, Bucarín saltó a su regazo, comenzó a acariciarlo y dijo que estaba segura de que no aparecería. «Eso no, Laura. No todos

los detenidos... Algunos han sido puestos en libertad cuando ya se les daba por muertos.» «Eso no sucederá con Juan. Y prefiero que no me engañes. ¡Algunos! ¿Y los demás? No, eso no le ocurrirá a Juan.» Continuaba acariciando al gato y, mientras éste runroneaba de placer como si fuera una persona o un niño, se acusó a sí misma sin piedad; había sido torpe y mezquina, nunca había tenido la generosidad de perdonarle sus aventuras intrascendentes, nunca había hecho el menor esfuerzo por aceptarlo como era, como un grandullón lleno de vitalidad, había sacado a relucir en cada discusión la lista de sus deslices. «Hasta anoche, poco antes de que aparecieran...» Rompió a llorar sin sollozos, sin molestarse en buscar el pañuelo, con grandes lágrimas que resbalaban por sus mejillas y venían a caer sobre el gato o se escurrían a lo largo de su garganta para hundirse en su escote. Hubiera sido cruel que le recordara que lo estaba idealizando, que no era un grandullón sino un bárbaro que no respetaba nada y que ella también tenía su vitalidad y no por eso andaba detrás de todos los pantalones.

—El último recuerdo que se ha llevado de mí ha sido una pelea por otra historia de faldas. ¡Como si yo tuviera derecho a exigir fidelidad!

¡Vaya! Esta Laura seguía lo mismo que cuando tenía un novio al mes. «A mí no tienes que contarme nada.» Pero no se lo podía callar, habían sido siempre desquites y no habían tenido ningún interés pero se había quedado tan satisfecha. «¿Y sabes con quiénes?» Entonces entró nuestra madre y me evito decirle el «¡Cállate, zorra!», tan iracundo como injusto, que tenía dispuesto. «Mañana me voy a Toledo. Me han nombrado juez especial de la rebelión.» Nuestra madre dijo, con una voz como una llama que estuviera extinguiéndose: «¿Te vas a Toledo? ¿Y nos dejas solos aquí?» «No he podido conseguir otra cosa, madre. Y Toledo...» El coronel apareció y fue advertido, por la misma voz desfalleciente, de que me iba a Toledo como juez de la rebelión. Me miró, se sentó en su sillón con el verdugón en la frente y los reproches tras ésta pero tan visibles como la propia vena hinchada, nudosa, reventando de cólera mal contenida que me indujo a refugiarme en el periódico. Me enteré de que había muerto un general de Infantería de Marina, de que se había descubierto una red de espionaje formada por varios seminaristas y dirigida por un teniente de la escala de reserva, de que las fuerzas leales se replegaban para ocupar mejores posiciones, de la cuarta o quinta vez que anunciaban la caída de Huesca.

Pasó la tarde, con su calor y sus radios y sus silencios, por igual sofocadores; sonó el teléfono y Laura se incorporó de un salto y lanzó al suelo a Bucarín. Pero era Sanabria que quería hablar conmigo: «Vienen también Rosas y Pedro Martínez. Saldremos mañana en coche desde el Ministerio de Justicia.» Al día siguiente cogí los chismes de aseo, un pijama y una muda, los metí en una cartera de documentos y me presenté en la calle de San Bernardo, donde me esperaban Pedro Martínez, que había abdicado de sus trajes de alpaca, Rosas, que se había puesto su ridículo

brazalete con la bandera tricolor, y Sanabria que seguía con su cuello duro, su traje negro y su corbata negra también. Por San Bernardo y Preciados llegamos a la Puerta del Sol y de ésta, por la carrera de San Jerónimo, el paseo del Prado y Delicias, a la carretera de Toledo. «La situación es más tensa allá que aquí, porque están frenéticos con la resistencia del Alcázar y con el rumor de que tienen como rehenes a más de cien mujeres y niños.» Un codazo de Pedro: «No, si ya me imaginaba yo que no iba a ser una ganga.» A nuestra izquierda una franja de nubes que se extendía como una cabellera desplegada por el viento. «No iba yo a elegir para mí lo más fácil.» A nuestra derecha, el sol había ascendido lo bastante para calentar rastrojos amarillos, rastrojos negros recién quemados, cerros sarnosos que se quedaban atrás, con las confidencias de Laura y la foto de Juan en la sala de los desaparecidos. «¿Y es verdad eso de los rehenes?», preguntó Rosas. «Sí, pero por las dos partes. Nosotros tenemos a la familia del coronel Moscardó, el que manda el Alcázar, y ellos las de algunos dirigentes del Frente Popular.» Oímos sobre nuestras cabezas los motores de cinco aviones que nos adelantaron. Nos detenían a la entrada y salida de los pueblos para pedirnos la documentación y mirar, con una insistencia amenazadora, el cuello duro y la corbata. «Conque el Tribunal Popular de Toledo. Pues la verdad es que no parecéis populares. A ti, mismamente, no te falta más que una chistera para que te tomen por un ministro.» «Soy el presidente del tribunal y no necesito ponerme un mono para parecer popular ni tengo que parecer otra cosa que lo que soy. ¿Estamos?» A la salida de Olías, adelantamos una columna de camiones y, más allá, el horizonte se presentó ante nosotros en tres planos, semejantes a tres telones de una decoración: en el primero, la ciudad, con las moles de la Catedral y el Alcázar recortadas como en una lámina de cartón; en el segundo, una cadena de cerros grises que el sol hacía amarillentos y detrás, como telón de fondo, una montaña con forma de pirámide de un azul que se diluía en reverberaciones y en la polvareda de la columna que dejamos atrás. Al cabo, la pirámide desapareció y sólo quedó la silueta de la ciudad destacando contra el cielo, como si la Tierra terminara al otro lado de aquélla. Ya se oían las ametralladoras y los fusiles; vimos un lengüetazo rojizo en uno de los torreones del Alcázar y la humareda gris negruzca que quedó adherida a él por unos instantes. Aparecieron el cementerio, a nuestra derecha, la puerta de Bisagra enfrente y, en seguida, la iglesia de Santiago del Arrabal. Y, a continuación, cañonazos, tableteos, milicianos en camiseta o con monos azules, campesinos con pantalones de pana, fajas negras y sombreros de paja, guardias de asalto sin guerreras... Era un mundo semejante al de los primeros días de Madrid pero en un escenario de torres mudéjares de ladrillo, de fachadas platerescas, de tapias de conventos, tiendas saqueadas y parapetos hechos con adoquines o montones de escombros. Tuvimos que abandonar el coche ante un carro blindado tras el que subían unos cuantos guardias. Desde la calle de la Sillería, nos asomamos a la plaza de Zocodover por encima de

una barricada; el arco de la Sangre no era más que dos piedras sostenidas por dos columnas; en el suelo de adoquines había un mulo con una pata tesa y el vientre hinchado y ocho o diez cadáveres de milicianos en distintas posturas, la mayoría caídos boca abajo, como si les hubieran disparado al huir; unas grandes letras de un anuncio de mazapán «Imperial» colgaban de los sotabancos de una casa y en las bocacalles vecinas había colchones a rayas azules o rojas y blancas y un par de milicianos detrás de cada colchón. Uno de aquéllos gritó, a nuestra derecha: «¡Eh! ¿A dónde vais, *chalaos*? ¿Queréis que os dejen tiesos?» Vimos una cara sudorosa bajo un pañuelo blanco rodeada de otras vueltas hacia nosotros, todas con las mejillas sin afeitar y expresiones burlonas.

De pronto, sonó un golpe seco y una de las caras quedó reducida a un amasijo de sangre, esquirlas de huesos y dientes y jirones de un color gris rosáceo. Los cuatro retrocedimos casi a gatas hasta la primera esquina, frente a una casa con un escudo sobre la puerta y dos milicianos parapetados tras una mesa y un colchón que parecía de damasco amarillo y que sobresalía por encima de la barandilla de hierro del balcón. De todo aquello emanaba una sensación de irrealidad, de que se trataba de una representación teatral de aficionados que acabaría en unos minutos y, al final, se levantaría el de la cara deshecha para sonreír y saludar recibiendo los aplausos y hasta desaparecería el olor a carroña que venía a nuestro encuentro en ciertas callejas, tan fuerte que nos penetraba por los oídos y los ojos y nos llenaba la cabeza de caras tumefactas, gorgoteos intestinales y corrientes de líquidos negruzcos. «¿Qué? ¿Diputados o periodistas? ¿O gente del Gobierno? Como todos, a echar una miradita, a hacer unas cuantas fotos y a casa o a las tertulias para presumir... ¡Hala, largaos de una puta vez!» Y los cuatro avanzamos por las calles empinadas, callados, sin mirarnos, sudando de angustia, medio enfermos. «Por favor, ¿quiere decirnos dónde está el Gobierno Civil?», pudo preguntar José Sanabria a un guardia de asalto.

Entra uno con un pasamontañas tejido con lana parda, pasea su mirada sobre nosotros a través de la nubecilla de vaho que sale de su boca y su nariz, saca un pañuelo a cuadros y se suena estruendosamente: «¿Quién es Cristóbal Mendoza?» Se oye la voz que contesta «yo», aunque dijo que no respondería cuando le llamaran. «Coja sus trastos. Dentro de una hora le vendrán a buscar.» Y se marcha, dejando emponzoñado el garaje. Ortega y el viejo y ahora Mendoza. ¿Qué más da, mientras no me toque a mí? El silencio se debe a que el alivio del momento nos hace olvidar lo de las barbas en remojo, pero a estas horas no han llamado a nadie nunca. Acabamos de cenar y deben ser las nueve, saco el cuaderno que había escondido precipitadamente, Mendoza se despoja de la manta que le envuelve y le hace parecer una momia egipcia. «Esto es nuevo.» Nos mira, aprieta los labios en un gesto de determinación que se relaja y se transforma en un temblor de la barbaza negra. «Que coja mis

trastos... Para lo que me espera... Porque estoy seguro de que han cambiado el horario de los paseos.» Se levanta, empieza a vestirse, se pone el jersey, pasando un brazo por una manga, luego el otro, luego la cabeza por el cuello; a continuación los pantalones de uniforme, tan grasientos y tan lustrosos como los del mono de Miguel, más tarde la guerrera de la que le arrancaron el castillo plateado del Cuerpo de Ingenieros y las tres estrellas, también plateadas. «¡Mala suerte! No los veré entrar. O buena suerte, según se mire, porque después de todo he tirado cinco meses más de los que pensaba. A mí me debieron cepillar al principio. Pero ¿por qué me habrán avisado tan pronto?» El conde se acerca, empujando ante sí su olor: «A saber si no es para lo que se imagina.» «Calle hombre, ¿para qué iba a ser?» «Para trasladarle a otra cárcel.» «O para llevarle fuera de Madrid. A Valencia, por ejemplo. No sería el primero ni el único.» «¡Quiá! Esto es un refinamiento de su mala uva. Como no pueden matarnos más que una vez, se les ha ocurrido hacernos tragar la muerte unas horas antes.» Este es el marino. El capitán asiente, sonrío, mira su reloj, se mete la mano por la bragueta y se rasca: «¡En fin! Más vale que le avisen a uno con tiempo para prepararse.» Y luego se acerca al grifo del agua y hace un chiste a cuenta de sus bichos: «¡Vais a tener que emigrar, puñeteros!», y compone una sonrisa que se le muere en los labios mientras el calvo dice que preferiría que le descerrajaran un tiro sin avisarle: «Aquí mismo, mientras esté durmiendo. Un tiro, y se acabó.» Y el conde: «Usted pide gollerías.» Y el capitán al seminarista: «¿Querías rezar un rosario extra?» Y comienza el rezo, con muchas miradas al reloj, mucho decir «Vamos, vamos, más de prisa», mucho rascarse con saña, volver al grifo, abrocharse la bragueta con unos dedos temblorosos. Antes de que el seminarista termine sus Avemarias están los otros con la segunda parte. El forense de mi Juzgado decía que las células de la piel son las últimas en morir y que por eso siguen creciendo el pelo, la barba y las uñas. Este hombre me dijo una vez que sus ladillas iban a durar más que él mismo. «Ahora un Padrenuestro por mi alma.» Lo reza, mientras los otros le contemplan con admiración pero en su voz hay un énfasis con trémulos y desfallecimientos que le delatan y que se va contagiando a los demás. El calvo, el más duro y frío, se pasa por los ojos el dorso de la mano, el seminarista anuncia otro Padrenuestro para que no sea lo que ha sido otras veces y para que Dios le dé valor, y Mendoza se vuelve hacia aquél, haciendo esfuerzos para sonreír: «No le temo a eso, joven. Morir es un gaje de mi oficio.» Se detiene en sus paseos, repite su consulta al reloj y aparta en seguida la vista de la esfera, como si hubiera caído en la cuenta de que interesarse por la hora no va con el papel que quiere representar.

—Si lo hubiera temido, habría elegido otra cosa. —Ahora ha de callar para meter un brazo por una manga del tabardo. —Además, voy a morir como habría muerto en el otro lado. Total, da lo mismo de dónde procedan los tiros.

Se abrocha; en el silencio que le rodea se oye un ruido de tripas, largos silbidos

líquidos, pompas que revientan sordamente en las profundidades, los ruidos que hará cuando este muerto, los que iban unidos a los hedores: «Esto es un golpe bajo a mi orgullo. La carne es flaca y con mi colitis aún más flaca.» Está menos ejemplar, más espontáneo. «Media hora», dice el estudiante, y estas palabras provocan otro temblor de las barbas. Todavía le queda media hora de estar a la altura del uniforme, de llenar su actuación, pero si sigue así no va a tener cuerda. «No hay prisa, joven.» Su voz se ha ablandado, ha perdido arrogancia, ha olvidado el papel de profesional del valor, como decía Miguel. «Yo no sería capaz ni de tenerme derecho, cuando menos de hacer chistes.» Mendoza sonríe porque aún es sensible al halago o aún se siente ejemplar, o ambas cosas. «No creas que no me está ocurriendo a mí algo parecido. Se me están doblando las rodillas y ya veremos lo que sucede cuando llegue el momento.» «La hora de la verdad, como dicen los matadores de toros», comenta el calvo. Y Mendoza se dirige al cubo, donde orina mientras se sujeta las puntas del tabardo con la boca. Sin contar a los que han estado aquí unas horas tan sólo, éste es el número veintiuno de los que han sido llamados y no han vuelto. «¿Tiene usted familia? Si quiere que le hagamos llegar...» «Gracias, pero no tengo a nadie, ni sería fácil que escape alguno de ustedes para llevar mi recado.» «Por supuesto, eso lo estamos pensando todos.» Se abrocha la bragueta, suelta las puntas del tabardo y se sitúa muy cerca de mí, tan cerca que oigo el castañeteo de sus dientes y los borborigmos de sus tripas. El estudiante repite que a lo mejor le llaman para ponerle en libertad. «Anda, anda, no me dores la píldora.» Ahora me siento hermanado a él, ahora, este hombre amaestrado desde los quince años para matar y para morir, como Miguel o como mi padre, se ha vuelto tan vulnerable y tan frágil como los demás, como Oñoro o como yo mismo. «Para estas situaciones es una suerte no tener familia. El trago se pasa menos mal, porque sería demasiado decir mejor.» «¿Menos mal?» Mendoza reflexiona, se encoge de hombros y contiene un estremecimiento.

—¡Ahí vienen!

Ya están aquí las pisadas y todos los ruidos de la llave, la cerradura y los goznes, ya está abierta la puerta y ya ha entrado el primero. Hay un apagón de unos segundos que es como un aletazo de una sombra negra que nos alude a todos pero que se oscurece sobre él. El miliciano no es el de siempre sino el de la otra vez, el que no podía disimular su desazón. «Vamos.» Y ya está fuera, con sus parásitos y su ruido de tripas, andando hacia el camión, y ya no sabremos nunca si el valor físico le duró hasta el fin o si se le gastó antes. Se oyen lamentos pero no parecen suyos, luego hay un silencio plomizo que pesa en el aire y que sobrevive al ruido de los motores y a las voces de los milicianos, a una muy bronca que dice: «De coplitas nada, ¿eh?» Miradas huidizas, visitas al cubo, rezos por su alma, el seminarista pregunta si no podría ser que le hubieran llamado de verdad para otra cosa. El estudiante: «Para jugar al mus. Tú eres tonto, cura.» Y me mira, porque somos los más antiguos, más

antiguos que el profesor; la próxima nos tocará a él o a mí, o a los dos a la par. «¿Todavía te quedan ganas de hacer chistes?» Apagan la luz, cierro los ojos, oigo al calvo que lucha con su estreñimiento. Me sonrío recordando una ocasión en que inició sus esfuerzos cuando todos estábamos levantados; le veíamos enrojecer, arrugar la frente, hinchar los carrillos, apretar los labios, y de repente el capitán dijo «¡fuego!» y el otro se puso furioso.

Me adormecí. Estaba en la Casa de Campo, donde los milicianos y los primeros voluntarios internacionales detuvieron el avance de los sublevados. Arango me había arrastrado hasta la primera línea y yo había cedido por curiosidad y, sobre todo, por miedo a que creyera que tenía miedo. Caminábamos en la oscuridad, siguiendo una línea de teléfonos que zumbaba; a la izquierda se oía el ronquido de los motores que bajaban desde Rosales hasta el puente de los Franceses o desde el Cuartel de la Montaña al puente del Rey, la tierra tenía el olor paciente de la lluvia recién caída y, delante de nosotros, había una cortina de voces interrumpida por los disparos aislados de los escuchas. Una linterna alumbró nuestras caras. «Documentación.» Una mano cogió nuestros pases y la luz iluminó alternativamente éstos y aquéllos y, en seguida, hizo ademán de que siguiéramos.

Seguían oyéndose camiones mientras nos dirigíamos a una casa de un solo piso rodeada de capotes, de mantas sobre los hombros, cajas de municiones, cascos o boinas y cucharas que golpeaban con impaciencia las escudillas de aluminio. A veces, una cerilla sacaba de la oscuridad una nariz o unas mejillas curtidas. Una voz juvenil dijo: «Podríamos ir y venir en tranvía como al trabajo.» «Eso, a cenar con la parienta y darle un revolcón.» Los dejamos atrás y continuamos avanzando hacia los Carabancheles. En los claros arenosos se veían cuerpos tendidos y cubiertos con mantas y capotes; muchos de éstos caerían, pensaba, al tiempo que esquivaba sus cuerpos con el mismo respeto que si hubieran caído ya. Al fin, llegamos al puesto de mando, instalado en una casa que debió ser de los guardas que vigilaban la Casa de Campo en los tiempos en que sólo podían disfrutarla el Rey y los suyos. En un rincón, junto a una ventana cubierta con una manta, había una centralita atendida por un sargento de Transmisiones, el único que habría en todo Madrid desde que el Regimiento del Pardo se pasó al enemigo, que estaba sentado sobre la caja de madera amarillenta de un teléfono de campaña. Por las paredes, un plano del Servicio Cartográfico del Ejército, un dibujo de una mujer desnuda, al estilo de las que pintaba Rianza, y dos cazadoras, dos omnipresentes cazadoras de cuero con resabios de comisario político de los Marineros de Kronstadt. En el otro extremo, una chimenea encendida con leña que olía a la casa de mi abuelo Olaibar en Echalar y un corro de oficiales y milicianos jaleando una versión burlesca de una jota que interpretaban otros dos al compás de los alaridos de un gramófono de bocina. «¡Mirad quién está aquí!», dijo uno, con unas terribles patillas que le llegaban hasta el borde de la

mandíbula inferior. «¿Otra vez? Te vamos a nombrar cronista oficial de la brigada.» «¡A ver, salta-parapetos para el personal!», ordenó un tercero y el de las patillas nos puso un vaso lleno de coñac en la mano. Las vestimentas tienen de todo menos de uniforme: hay zapatos, chaquetas de lana o dril, pantalones de paisano, jerséis con el cuello alto, abrigos sobre los hombros. «¿A tomar nota para tus artículos? Pues vas a poder llenar el periódico porque esta noche vamos a tener tomate.» El coñac se llevaba por delante la garganta y encendía una llamarada en el estómago. «Te podías quedar en casita, mamón.» «Es verdad. Cada vez que vienes tenemos hule en grande.» «¿Un poco de café?» Después, un cigarro que no me sabe bien y que tiro a la tercera chupada. El gramófono se ha callado y los del corro cantan *Los cuatro muleros* con una letra distinta: «Los cuatro generales / los cuatro generales / los cuatro generales / mamita mía / que se han alzado.» El sargento se arranca los auriculares y los bailarines sustituyen la jota por los contoneos de un baile andaluz. Arango ha llenado de coñac una cantimplora y se la ha colgado del cinturón de la trinchera. «¿Dónde vas? Nos traes la negra y encima te llevas el coñac.» Y dejamos atrás la canción: «Para la Nochebuena / para la Nochebuena / para la Nochebuena / mamita mía / serán ahorcados.» Pasamos junto a un estanque del que suben ronquidos y palabras susurradas en sueños: subimos un talud de arenisca corroída por la lluvia, oímos un disparo, un solo disparo y vuelve a hacerse un silencio tan grande que parece que vamos de excursión o más bien a robar mazorcas de maíz en las eras cercanas de Echalar. Parece que lo único que puede pasarnos es que nos ladren los perros o nos peguen un tiro de sal en el culo. Las trincheras, y un teniente, con un capote y una gorra con una estrella roja de cinco puntas y, debajo, el emblema de la Infantería y dos barras doradas a cada lado. Arango me lo presenta, «aquí, un amigo», y nos lleva a otro puesto que no es más que un parapeto rectangular hecho con sacos terreros a distintas alturas. Charlamos, callamos, volvemos a charlar, se rehace el silencio, se oye el tintineo de una escudilla contra una bayoneta, un chorro mingitorio, dos notas enigmáticas que parecen una señal y un ataque de tos de algún fumador empedernido. «¿Has oído eso? Mira que si es un morazo...» «No lo creo. Será una lechuza.» «¡Ahí va, ahí va!» Un aleteo, un ruido sedoso sobre nuestras cabezas que se pierden en la oscuridad. Suena un tiro, tan solitario como el primero y tan significativo como un aviso del destino. «Faltan diez o quince minutos para que amanezca. Hay que estar preparados. Tú, sargento, que corra la voz. Listo todo el mundo.» Hago una aspiración como si quisiera tragarme por la nariz las sombras, el olor de la tierra húmeda y las hojas caídas y el ruido de otro disparo más próximo. Aparecen charcos, encinas, retamas, manchas de hierba, copas de pinos, ramas desnudas. Todo lo que nos rodea se ha vuelto hostil. No es un paisaje cualquiera sino el elegido para lo que va a suceder, para que revienten en él nuestros gritos y nuestros quejidos, para que caigamos, para que nos desangremos con la boca hundida en un

charco que se iluminará con las explosiones. «Oye, haz el favor de ponerte de rodillas porque sacas la cabeza fuera.» «Más vale que me siente. O que me tienda en el suelo y me cuentes tú lo que pasa.» Uno, a mi lado, se sopla las puntas de los dedos, el teniente consulta el reloj y anuncia que va a empezar ahora mismo. Se sube al parapeto y baja de él en seguida diciendo que los está oliendo ya y que lo raro es que los escuchas no hayan dado señales de vida. «¡Bueno, no tan raro! Son capaces de estar durmiendo como si estuvieran en un hotel.» Llueve, crepitan las hojas secas, Arango descuelga la cantimplora, bebe a morro, se la ofrece al teniente y éste me la pasa a mí. «¡Ahí están!» Se ven resplandores en el horizonte y, en seguida, suenan las explosiones de los cañones. «¡Bebe de una vez!» Me la llevo a los labios porque tengo frío aunque estoy empapado en sudor. «Yo no veo a nadie», digo, con la aprensión de que me están dando la novatada y la cantimplora a unos centímetros de mi boca. «¡Ya los verás, y más cerca de lo que quisieras.» Bebo un trago duro, redondo, y vuelvo a mirar ante mí los claros arenosos, las encinas, los charcos que parecen de estaño fundido, las tapias que hay más allá, los fogonazos de la artillería rebelde.

A la derecha hay unos cerros oscurecidos por un pequeño pinar, nubes bajas que tapan la Sierra, la vía del tren y un camino que la salva con un puente de hierro pintado de rojo. «¡Al suelo!» Se oye un bordoneo familiar, se enciende un resplandor, después otro y otros dos más, la tierra tiembla con las explosiones y llegan hasta nosotros bocanadas de aire y de olor a hierros calientes y una lluvia de arena y pedruscos. Busco el tapón de la cantimplora siguiendo la cadena que lo sujeta al cuello; el fuego se aleja hacia la derecha, hacia donde está el estanque del que salen milicianos como hormigas enloquecidas. Uno de los de la trinchera se acerca a nosotros y señala y grita: «¡Allí, allí! ¡Allí enfrente! ¡Mire allí!» El teniente dice, sin levantarla voz: «Ya lo veo, pero cállate.» Es un muerto completamente desnudo que cuelga de una encina por los pies. «Hay que quitarlo de ahí porque nos va a desmoralizar a la gente. Casi todos son novatos.» La encina está renegrida por la explosión y al muerto le falta un brazo. «¡Voy a probar!» Un sargento se alza a pulso sobre los sacos pero el tenientillo le retiene por el cinturón. «Nada de eso. Las pompas fúnebres después.» «Pero ¿y si está vivo?» «Pero ¡qué dices! ¡Vivo! Ese está más muerto que mi abuelo.» Levantando la cabeza se ven los estallidos, los surtidores de tierra y humo, las siluetas de las encinas a contraluz de los fogonazos, al muerto que parece moverse, al sargento que da un salto por encima de los sacos terreros y, a continuación, una estirada de portero de equipo de fútbol para refugiarse en un hoyo sobre el que se incendia una llamarada. «A ése le ha dado también», dice Arango como si constatará una contrariedad que estuviera amenazándole y que hubiera aceptado. «Pobre muchacho. Pobres muchachos, mejor dicho.» Mi simpatía se va hacia los dos muertos, pero sólo por unos segundos porque se nos viene encima otro

bordoneo y hundo la cabeza entre los hombros al mismo tiempo que se me escapa la cantimplora de las manos, me escupe un salivazo de coñac a la cara, rebota en el suelo, me lanzo tras ella con los ojos cerrados y, a pesar de todo, veo la luz intensa, cegadora, noto el soplo ardiente de una bofetada de aire, el estallido y el rasgueo de la metralla, como si rajara una tela, me incorporo para buscar la cantimplora, la encuentro, la agito junto a mi oído y oigo sonar el coñac en su interior, me gritan que me tire al suelo. «¡A tierra, a tierra!» Arango me derriba tirándome de un pie.

Mi única experiencia del frente. Fuera de ella no he vivido más que el papeleo de las declaraciones, las salpicaduras de la lucha de Toledo, primero por el Alcázar y luego por la ciudad, la bomba que nos enterró, los ataques de los primeros días, el cañoneo y los aviones sobre Madrid, la falta de alimentos. Y fuera de estas salpicaduras, a seguir haciendo lo que hacía antes, a vivir hundido en la vulgaridad, en el orden, en horas de oficina y de descanso, de tertulia, con deliquios fugaces, con una montaña de tedio sobre los hombros, compatible con los deliquios y con el miedo y la comezón de ser el primero que empujaba a los detenidos hacia las tapias, con los problemas de Miguel, la enfermedad de mi padre y la sombra de Norte.

Toledo. El palacio del arzobispo donde se instaló el tribunal y el pelirrojo gordinflón de voz aflautada, el abogadillo de Madrid a quien Sanabria había nombrado fiscal. Y la lista de los detenidos y el montón de informes del Comité del Frente Popular. «Pero ¡si están por orden alfabético! Bueno, da lo mismo.» «¿Cómo va a dar lo mismo? Hay que elegir a los más significados.» «Pero ¿qué más da empezar por unos o por otros?» «¿Que qué más da? ¿No comprendes que los primeros que juzguemos serán los primeros que condenemos a muerte?» «No lo había pensado.» «¡Pues qué bien! Por lo visto, para ti es igual un fascista que un meapilas y el Tribunal Popular que los Comités de desafortunados.» Y Riaza, violento: «Pues hagan la lista ustedes.» «No. La vamos a hacer todos. Vamos a repartirnos los informes y a elegir a los que tengan menos posibilidades de escapar, a los más comprometidos o a los más impopulares.» Nos sentamos los cinco alrededor de la mesa, cada uno con un paquete de informes. Y Rosas, con una voz dura, dijo: «Eso. Vox populi, vox Dei. Y a hacer demagogia. La verdad, prefiero el orden alfabético.» Yo pregunté si habíamos venido a condenar a los culpables o a ahorrarle trabajo al Comité del Frente Popular, y Sanabria, tajante: «A acabar con los paseos.» «Echando carnaza a las fieras.» «Sí, si quieres llamarlo de esa manera, sí, pero no por nuestro gusto sino porque no hay más remedio. ¿O es que teníais pensado que veníamos a hacer virguerías jurídicas?» «Me asombra que un juez pueda hablar de semejante manera.» «Y a mí que no os deis cuenta de la realidad. Qué es más importante, ¿vuestro empacho legal o detener el terror?» «¡Empacho legal!» «Para eso sobramos los cinco.» «Y no detendremos nada.» «¡A trabajar! Estamos perdiendo el tiempo.» Y a los montones de informes.

Los había del Comité del Frente Popular, de los sindicatos anarquistas, de la Federación de Trabajadores de la Tierra, del Partido Comunista, de la Policía Urbana; a máquina, a mano con una letra aplicada de empleado de notaría, en papel de barba, con membrete, sin membrete, con sellos de caucho, por personas, por familias, con manchas de grasa, con quemaduras de cigarrillos. En total setecientos ocho, setecientos ocho nombres de los que hubimos de elegir treinta para el primer día. «Y ahora, te toca trabajar a ti. Arriba, en el último piso, te están esperando un despacho y un mecanógrafo.» Desde la ventana se veía un costado de la catedral, con sus vidrieras rotas por los disparos, y uno de los lados de la torre. El mecanógrafo era un muchacho de veinte años, con una cara insípida de oficinista, unas gafas de miope y unas sandalias que dejaban al descubierto los dedos de los pies. Arriba, en el campanario, un miliciano orinaba desde la altura, cogido al asta de una bandera que había sido roja. La lista estaba sobre mi mesa. Nombres. Ahora nombres sin cara y antes caras sin nombre, antes empresario de pompas fúnebres, ahora el del primer empujón hacia el otro mundo. «Acerque su mesa más para que me oiga cuando le dicte.» La ametralladora hacía resonar sus tableteos caprichosos, burlones; más lejos, se oían los fusiles de los defensores y los atacantes, alguna explosión que hacía tintinear los cristales de la ventana, el cañón de señales de los sitiados, los zambombazos de la batería emplazada al otro lado del Tajo.

El mecanógrafo me estaba pasando inspección con un descaro sin disimulo; catalogaba mi camisa, mi chaqueta, mis zapatos, mis manos, mi pluma estilográfica. No le faltaba más que levantarse, coger una almohadilla de las que se usan para los tampones y tomarme las huellas dactilares. Le di la lista al guardia de asalto que estaba en la puerta: Manuel Abad Sánchez, abogado, diputado a Cortes por la Confederación de Derechas Autónomas, enlace entre los jefes de la sublevación en Madrid y los sediciosos en Toledo, falangista desde unos días antes de la sublevación y uno de los mayores terratenientes de la provincia; había despedido a todos los jornaleros que trabajaban en su finca de Orgaz y había recibido a tiros a una comisión de la Federación Local de Trabajadores de la Tierra matando a cuatro e hiriendo a otros cuatro, absuelto por legítima defensa el año pasado, durante el bienio negro. La puerta se abrió, y entró el detenido entre dos milicianos, con una camisa de seda que había sido cruda y unos pantalones marrón claro. Un empujón le puso a tres pasos de la mesa y los de la escolta se situaron junto a él: «¿Qué queréis vosotros?» Miradas de asombro intercambiadas por delante del rostro de Manuel Abad. «Hombre, somos los que le hemos traído.» «Pues ya os podéis largar.» «¿Cómo?» «Que os larguéis, que fuera de mi despacho. ¿No sabéis que el sumarlo es secreto?» «Ni secreto ni nada. Nosotros lo hemos traído...» El mecanógrafo me miraba con la boca abierta. «Os salís ahora mismo de aquí o llamo al presidente del tribunal.» «A quien tienes que llamar es tu...» «He dicho que fuera. ¡Fuera!» Mi grito les sobresaltó, aunque mi

pie derecho temblaba bajo la silla; el guardia de asalto sonreía asintiendo, diciendo más o menos con su sonrisa: «Sí, señor, usted póngalos encima de la mesa que lo demás es cuenta mía.» Y ya estábamos solos, aunque esto no tranquilizó a Manuel Abad Sánchez que tenía una expresión de fanático debida a sus ojos muy juntos y hundidos y a su cara estrecha y larga. Había sido detenido llevando un fusil y unas cartucheras repletas y un mensaje cifrado para el coronel de la Escuela de Gimnasia. Treinta y siete años, casado, abogado, abogado como la mitad de los españoles con acceso a los estudios universitarios, de lo cual era consciente porque me dijo que pusiera agricultor. «¿Domicilio? ¿Dónde nació?» Mis preguntas no tenían más finalidad que estirar el tiempo para no entrar en el fondo porque era el primero de los que recibirían el empujón. El mecanógrafo se quejó de que no nos oía. «Ponga la mesa a este otro lado.» Abad siguió las maniobras con la mesa y la silla y la máquina de escribir como si estuviera viendo montar su patíbulo. Se tocaba la barba, irregular, miraba con inquietud mis papeles, levantaba los ojos al retrato del presidente de la República, los bajaba hasta mi cara, dejaba caer los hombros con la indiferencia acorchada de quien se sabe perdido. Mi primera víctima, aunque lo veía parapetado en una ventana de la casa, con el rifle sobre el poyo y los trabajadores de la comisión avanzando hacia él. Por fuerza había de pensar que iban a lincharle, a quemar los pajares y el almacén del grano, la casa, las cuadras, las cochiqueras... Allá fueron mis preguntas, que le hicieron palidecer y sacar una lengua blanquecina para humedecerse los labios y reconocer todas las acusaciones, mientras su glotis se movía arriba y abajo y se secaba el sudor con un pañuelo sucio como el de Miguel. «No iban a discutir, sino a achicharrarnos.» «Llevarían armas, ¿no?» Desconcierto, palidez, la mano a la barba. «Sí, llevaban armas.» «¿Qué armas?» Más pañuelo, más sudor, tragar saliva. «Conteste de una vez», le apremié, pensando a la par «¡Idiota. ¿No puedes mentir? Di que llevaban escopetas.» Pero ¿de que podía servirle? A él, de nada y a mí, ni siquiera de justificación ante el mecanógrafo, que no aprobaba sino que me vigilaba con recelo, adivinando que estaba sugiriéndole la contestación. «Según lo que se entienda por armas... Llevaban todo lo que pudieron agarrar del almacén de los aperos: bieldos, hoces, azadas, hasta un hacha... Un arma es cualquier cosa con la que se puede matar, ¿no?» Y sus ojos de energúmeno reducido a la resignación se quedaron clavados en mí, esperando los efectos de sus palabras.

Manuel Abad Sánchez tenía la mala presentación de un señorito visto por un socialista; fincas, rifles, monterías, caballos de silla mejor alimentados que muchos de sus jornaleros. Este debía ser de los que perseguían con perros a las espigadoras, como Olmedo, el compañero de Miguel al que le pegaron un tiro el día de la sublevación. «Usted con un rifle y ellos con los trastos de una algarada campesina de la Edad Media... de una *jacquerie*, si sabe lo que eso significa.» «Sí, con un rifle y con mi mujer y mis cinco hijos en un rincón. Yo solo contra quince o veinte, aparte

de los que pudieran estar por los corrales y la trasera.» «Pero usted está aquí y parte de ellos en el cementerio.» «¡Toma, gracias al rifle! No iba a dejar...» La ametralladora soltó un chorro de disparos y el mecanógrafo una risita cloqueante. «¿Por qué los despidió?» Se pasó la lengua por los labios y la glotis se disparó como un ascensor enloquecido: «Me quemaron dos segadoras recién compradas el mismo día que empezó la siega.» El mecanógrafo torció el gesto y yo, dentro de mí: «A ver si ahora vas a comprender las razones de éstos, a ver si no está clara la culpa, si no la tienen ni unos ni otros o si es cuestión de cantidades insignificantes. ¿No te inclinas al determinismo? ¿Cómo puedes condenar?» Otro chorroteo de disparos cachondos: «Y para usted tienen más valor las segadoras que las vidas de los que hacen producir sus tierras. ¿Qué haría con ellas sin sus jornaleros?» «¿Y qué harían mis jornaleros sin mis tierras?» Una discusión en la que nos inducíamos mutuamente a las simplificaciones y las posturas insostenibles. Regocijo del mecanógrafo, cegato, lleno de granos como Jacobo, de intransigencias, de ignorancia y cerrilismo: «O los matan de hambre o a tiros.» «Nos defendemos como se defendería usted.» «Yo no tengo ninguna finca, pero aunque la tuviera no me habría sublevado.» «Nos hemos sublevado para restablecer el orden.» «Su orden, es decir, hambre para veintiocho millones y abundancia para cien mil.» «Todos querrían estar entre los cien mil.» «¡Naturalmente!» «Entonces...» «¡Bueno! No puedo perder el tiempo. Escriba.» Abad dejó caer los hombros, se oyó una explosión, y adelante con mi resumen de lo que había dicho el otro, sin paliativos, sin resquicios, consciente de las consecuencias. A continuación, declararon oficiales que podrían haber sido Miguel o Juan, que decían tranquilamente que no sabían nada del movimiento subversivo o que creían que el Gobierno había declarado el estado de guerra para restablecer el orden. Los nombres se iban pegando a caras, a gestos, a desplantes, silencios desalentados, alusiones, temblores reprimidos de una rodilla o unos labios. Restablecer el orden; había ido de mal en peor y, acaso desde el primer momento, la República empezó mal, pero no era ocasión para estas reflexiones. Desfilaron un sargento de la Guardia Civil con una mandíbula tan pronunciada que parecía que iba a morderse a sí mismo, un canónigo con los dedos manchados de nicotina y una voz gruesa de buen comedor y bebedor, el dueño de una ganadería de reses bravas, un tendero con un perfil cóncavo como una alubia al que acusaban de esconder armas entre los sacos de patatas, un capitán que era precisamente aquel a quien se le había encomendado leer el bando que proclamaba el estado de guerra y mandar a los que trataron de ocupar Teléfonos y sostuvieron un tiroteo con los guardias de asalto y los milicianos, tiroteo que continuó él solo después de que se entregaran sus hombres. Éste, más desafiante que los que le precedieron, tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla y llegaba hasta el borde inferior del ojo izquierdo partiendo de la comisura derecha de los labios; el glóbulo del ojo quedaba en parte al descubierto y debía ser de cristal porque no se

movía al mismo tiempo que el otro ojo. Había hecho veinte bajas con un fusil ametrallador, había caído prisionero cuando intentaba subir al Alcázar desde el Hospital de la Santa Cruz. Otra vez las mismas preguntas, su nombre, su graduación, su edad, su destino. Se sentó, sacó un cigarro y cruzó las piernas con la desenvoltura de quien está en su casa. «¿Quién le ha dado permiso para sentarse y fumar?» Y el ojo sano me enfocó y se echó el cigarro al bolsillo, y dentro de mí reventó el deseo de hacerle sudar. «Siéntese ahora, si quiere.» La guerrera sucia, pero abrochada hasta el último botón, pantalones largos y zapatos brillantes aunque sin calcetines. Este no tenía miedo ni se estremecía cuando restallaba la ametralladora como un pedrisco. Veintinueve bajas, ocho o diez muertos como el miliciano al que le volaron la cabeza en nuestras propias narices, heridos que rugían como el del hospital instalado frente a la casa de Antonio Ruiz y, tal vez, algún soldado muerto defendiendo a los que hubiera debido atacar... Pasaba de la admiración al desprecio y tenía también intervalos de frialdad en los que conseguía imponerme a mí mismo un ánimo imparcial a fuerza de decirme que Miguel había disparado contra las milicias y había ocasionado muertos y heridos, que «justicieros sí pero asesinos nunca», que ante la posibilidad de una duda razonable... «Pero ¿qué pasa? ¿Es que me va a tener toda la mañana aquí? Yo suponía que eran más expeditivos.» No había duda, ni racional ni irracional, sólo la semejanza con Miguel, o con la situación de Miguel, porque éste era un enemigo. «¿Quién le ordenó leer el bando en el que declararon el estado de guerra?» «Yo me ofrecí.» «¿Y ocupar Teléfonos?» El hombre sonrió, entre suficiente e intrigado. «Estaba en... ¿A qué vienen estas preguntas?» «Conteste sin hacer comentarios ni preguntar.» «El gobernador militar de la plaza.» «Escriba: obedeciendo órdenes de la superioridad, el encartado...» «Un momento, un momento. Yo no quiero justificaciones. Habría hecho lo mismo con órdenes que sin ellas. Más aún, lo habría hecho incluso contra ellas. Y, además, quién tiene que declarar, ¿usted o yo?» «Usted, pero yo estoy aquí para averiguar la verdad aunque le beneficie.» El ojo sano se clavó en mí, el mecanógrafo retiró los dedos de las teclas y me miró. Tres ojos llenos de recelos y otro fijo, de tamaño natural pero como el de un muñeco maligno. Y, en seguida, un gesto de haber caído en la cuenta. «¡Claro! Ahora lo comprendo. Está tratando de echarme una mano, me está ayudando a salir de este lío. ¿Quién le ha pedido ayuda? Estaría bueno que me hiciera quedar como lo que no soy sabiendo que, de todas maneras, me van a pegar cuatro tiros. Y si no es así, diga que no me van a matar. ¡Atrévase!» «Eso lo decidirá el tribunal. Ya le he dicho que mi misión es...» «Averiguar la verdad, ¿no? Pues ya la ha averiguado. No hay otra, a menos que la invente usted. Lo siento.» «Vaya si lo va a sentir.» Y me lancé a hacerle las peores preguntas y a dictar al otro las respuestas peores: que fue él mismo quien inició el tiroteo, que se ofreció voluntariamente para todo, para leer el bando, para ocupar Correos, que siguió disparando hasta que le derribaron de un culatazo por la

espalda... Y entre tanto, él asentía: «Eso es, sí, señor. Exactamente, sí señor. Así es como fue.» Y a cada cabezada que daba parecía que el ojo artificial, si es que lo era, se le iba a salir de la órbita.

Después, hizo su aparición un médico que había sido presidente de un partido monárquico; sesenta o sesenta y tres años, con lentes sostenidos por pinzas y una cinta hasta el ojal, con cara de bebedor y con una melena que nacía a mitad de cráneo y tenía unos reflejos amarillentos, iguales a las manchas que había dejado en sus dedos el tabaco. «Monárquico de toda la vida, pero nada más. Lo otro es falso de toda falsedad, mentiras podridas de unos granujas que se quieren justificar ante vosotros. Así que si me condenáis a muerte será por monárquico pero no porque haya participado en la rebelión.»

Por la tarde acompañé a los tres al tribunal, que celebraba su primera sesión en la sala Capitular de la Catedral y que dictaría varias sentencias de muerte, entre ellas la de Abad, las de los oficiales del regimiento de Infantería, la del capitán tuerto y el tendero con cara de alubia. Entraron los cuatro, tan pálidos como sus futuras víctimas, y yo subí al despacho, a seguir con las declaraciones, entre el calor, los repiqueteos burlones de la ametralladora, el mecanógrafo receloso y las tufaradas de olor a muertos en descomposición. Los detenidos entraban oliendo ya a muerto; les mandaba que se sentaran, tragaban saliva, palidecían, sudaban, les ayudaba en lo que me era posible, en aquello que no despertara las sospechas del mecanógrafo o hasta donde alcanzaban las fronteras de mi temor; o les abandonaba a su suerte cuando eran indefendibles, cuando el mecanógrafo entornaba los párpados detrás de los cristales de sus gafas y torcía la boca o movía la cabeza con aire desaprobatorio. Un médico más, el director de la fábrica de armas, el jefe de la Policía Municipal de Toledo, otro diputado de derechas, el administrador de Correos, el jefe de la estación de Algodor, un veterinario de Oropesa que se echó a llorar y se revolcó por el suelo como si estuviera bajo los efectos de un ataque epiléptico.

Por la noche, volví al hotel guiado por el mecanógrafo, que conocía las calles desenfiladas. Fachadas platerescas, ábsides mudéjares que se multiplicaban en las sombras, como si cada uno fuera él mismo y su propio fantasma. Siempre estábamos pasando a lo largo de columnas renacentistas y de muros de ladrillo, al pie de torres con dibujos también de ladrillo, bajo águilas imperiales, ante puertas con arcos de herradura... En el hotel, había caras largas y Sanabria tenía mal color y tragaba la comida a fuerza de sorbos de vino. La vista no había terminado, los jurados parecían facinerosos salvo un empleadillo de Correos, y un maestro, que eran más de temer porque tenían más cultura y peores intenciones y porque sabían comunicárselas a los otros.

La cama tenía un colchón con un hoyo enorme en el centro, gracias al eso de miles y miles de huéspedes. Disparos espaciados, conversaciones que subían del patio

inferior, pisadas en la calle. La luna se derramaba sobre Santiago del Arrabal, sobre el Alcázar, sobre los cadáveres de Zocodover y los milicianos tras sus parapetos de colchones. El olor, el pebetero incansable y constantemente alimentado me forzó a cerrar la ventana y a aguantar el otro olor a fregadero y a retretes mal ventilados. M* picaban los mosquitos y los pensamientos, el juicio de Miguel, la desaparición de Juan, las declaraciones, Abad recibiendo a tiros a la comisión de la Federación de Trabajadores de la Tierra, el capitán tuerto que no quería ayudas. Mosquitos, unas cuantas chinches, la cama incómoda, el calor, chinches y mosquitos picándome, los manchurrónes de sangre que dejaban los primeros en las sábanas y los otros en el papel de la pared.

Al día siguiente, desayuné con Riaza y su voz de vicetiple ronca, con Sanabria con ojeras y con los otros dos, también ojerosos y mal afeitados. Ellos a continuar la vista, y yo a las declaraciones, al calor, a verles tragar saliva, palidecer, sudar, a las ráfagas de la ametralladora que, a veces, coincidían con el tecleo de la máquina y producían la impresión de que la máquina de escribir se burlaba de la de matar y no se sabía cuál de las dos era más mortífera. Y el último de la tarde, que entró a las nueve y al que no tardé ni medio segundo en reconocer, con su belfo, sus párpados hinchados y caídos, su piel pedregosa... Todavía estoy viendo la expresión de alivio en su rostro. Por un momento se puso en marcha el proyector de los recuerdos y vi a Abrantes escondido entre las retamas del pinar, o cantando «las putas de Madrid / por decirlo así / son unas frescales». La misma cara que tenía entonces o entonces la misma cara que iba a tener. Me miraba con una tristeza perruna que me dejaba transido por el miedo a verme perseguido toda mi vida por aquella expresión. Me defendía luchando para atenerme al presente, a que era el jefe provincial de Falange, a que se le cogió con una pistola y cuatro cargadores, a que tenía un rifle de repetición con el cual había estado disparando desde la terraza de su casa. La licencia de uso de armas que habían roto los milicianos era mentira, una mentira burda que hizo soltar una carcajada al mecanógrafo. Y mis ojos se escabullían de los suyos, pero cuando me miraba podía ver su rostro tumefacto iluminado por la bombilla de arriba a abajo, con una luz que revelaba las huellas de las viruelas y de la acné, una cara hecha de forúnculos. Y él me guardaba el secreto aunque me había reconocido, vaya si me había reconocido. Me decía con la mirada: «Yo a ti no te pido nada, eres tú el que tiene la iniciativa.» Este nos llamaba a Miguel y a mí los canarios de luto porque entonces lo llevábamos por el abuelo Olaibar y éramos casi albinos los dos, éste... Pero ¿le iba a negar la mano que le eché al capitán tuerto desconocido? «Firme, por favor... Es decir, si no quiere leer su declaración por sí mismo.» «¡Oiga, qué tío más feo! ¡Qué barbaridad!» Recogimos los papeles, apagué la luz y, arrastrando en la memoria la expresión de tristeza y el peso aplastante de este secreto que acabaría infectándose, volví al hotel donde los otros no tenían mejor aspecto del que debía

tener yo, donde comían, o se pasaban los bocados de un carrillo a otro, ensimismados, cargados con la misma consternación. Una noche en vela, con Abrantes rondando por todos los rincones de mi cerebro. Tengo que verle, no puedo dejar las cosas así, tengo que explicarle. Pero ¡qué le voy a explicar! No saco nada con verle, no le voy a decir que comprenda mi situación, no tengo influencias para sacarle de la cárcel, no le voy a pedir a Riaza, el fiscal, que no se ensañe, ya ha pasado el momento, ya lo he ahogado. Pero un clavo saca otro clavo.

Más oficiales, uno que trataba de llegar a las líneas rebeldes, más usureros pueblerinos, el director de una fábrica de cemento que vivía en uno de los cigarrales, el recaudador de Olías, el depositario del Ayuntamiento. A mediodía, otra comida a desgana. Mandíbulas en movimiento, tragos de agua o de vino, Sanabria cambiando de color y levantándose precipitadamente: «Va a echar la papilla. Ha sido terrible hasta para él, porque aunque se hace el duro...» «¿Duro éste? Ya veréis cómo le cuesta una enfermedad.» Y yo, para mí, vaticiné que me costaría más caro. «Y se la tendrá merecida. Este no es papel para nosotros.» Y yo, ¿qué me merezco yo? Pero yo tenía hambre y comía y bebía incluso más que Riaza, el único que estaba entero. «¡Ahí vuelve!» Más demacrado que antes, con la frente húmeda y la chaqueta salpicada de gotas de agua. «Un café y un coñac.» Veintinueve a muerte; sólo se había escapado uno de los médicos y eso porque había desfilado media ciudad para declarar a su favor: «Una greñuda muy famosa ha dicho que cuando la epidemia del cólera era un muchacho que llevaba un mes de médico... La única esperanza es que no confirmen todas las sentencias en Madrid.» Veintinueve, el tuerto, Abad, el tendero, el guardia civil, todos los militares, el canónigo de la voz gruesa. «¡Qué razón tenía Oñoro», dijo Pedro, con su fealdad duplicada por los cuatro o cinco colores que se repartían su rostro. «Los matarán aunque no confirmen las sentencias. Y si no al tiempo.» «Los habrían matado de todas maneras porque estaban hasta el cuello.» «Sí, y bien que has ayudado tú.» «Yo soy el fiscal y no el defensor, y aun me parece que he estado flojo.» «Por lo menos hemos salvado a uno.» «Y asesinado a veintinueve.» «Juzgado.» «Asesinado», repitió Rosas en voz baja, alejándose del fiscal. «¿Y ahora os entran los escrúpulos? ¿Qué pensabais? Y ¿por qué estáis aquí, porque os he obligado yo o porque habéis querido venir vosotros?» «Tú sabes muy bien que no teníamos opción.» «Yo lo que sé es que queréis jugar a ganar y no perder.» «Como todo el mundo. Porque no supondrás que estamos aquí por entusiasmo revolucionario.» «Estáis aquí por cobardes.» «No hemos nacido para héroes, ni tú has venido porque eres un héroe...» «Ni lo pretendo. He venido porque era mi deber.»

A fin de semana había tornado declaración a unos doscientos, y ellos habían condenado a ciento cincuenta y tantos y sólo habían conseguido que absolvieran al médico y que no condenaran a muerte a cuarenta. El sábado nos volvimos a Madrid,

una ciudad de otro país en el que no se oía a muerto, ni se oían disparos a todas horas, ni se veían ruinas que despedían un polvo rojizo. La gente andaba por las calles, paseaba, se sentaba en las terrazas de los cafés o buscaba el fresco de las últimas horas de la tarde asomada a los balcones abiertos de par en par. Pero los radios seguían atronando, Juan continuaba sin aparecer, Laura se pasaba la vida en un rincón del cuarto de estar, con el gato sobre el regazo, mi madre no cesaba de pedirme que hiciera algo, que volviera a visitar a Miguel, que hablara con Langa, con Antonio, con el comité que había tomado el mando en el Ministerio de la Guerra, con Andrés, con Orestes, con Monroy. Y encima el coronel me asaeteaba a preguntas sobre los juicios en Toledo: «Ya te puedes suponer los resultados.» Hubiera querido espantar la cara de Abrantes como se espanta una mosca. «¿Quieres decir que no sirven de nada?» «Aún es pronto; en una semana no se puede detener lo que se ha puesto en marcha en mes y medio.» «Deberías dejarlo.» «Me significaría, me señalarían...» «Y así te estás significando ante los otros.» «Los otros están muy lejos todavía y a éstos los tenemos aquí.» Siguió hostigándome hasta durante la comida. Gritábamos, a él se le hinchaba el verdugón, Laura se levantó, Antonia nos miraba sin entender por qué discutíamos, a nuestra madre le temblaba la cabeza. «Tú no lo haces por conseguir seguridad ni por Miguel sino porque estás con éstos. Siempre has sido un iluso, siempre has creído que el mundo puede volverse al revés.» «Y puede volverse, ya lo estamos viendo.» «Esto no es más que un terremoto. En cuanto pase, un soldado volverá a ser un soldado y un capitán será un capitán.» «Sí, y los ricos seguirán comiendo a costa de los pobres.» «¿Lo ves? O eres un ruso o eres un rojo.» Yo me callaba porque no iba a decirle que, para mí, la cuestión no era cambiar el mundo de cualquier forma sino elegir la mejor forma de cambiarlo. «¡Un hijo mío rojo! Porque tú no eres un irreflexivo. Eres un rojo.» Me refugié —siempre tenía que refugiarme en algo— en las patatas con carne y las uvas y me encerré en mi habitación, donde la cara de Abrantes se puso a crecer como un cáncer dentro de mí. Ni a Miguel, ni a Miguel le contaría aquello aunque le devolviera la confianza y le ayudara a salvarse, al comprobar que no era el único que fallaba y que yo, el más frío... Y el lunes volví a Toledo, a los cañonazos, el hedor y las declaraciones de los detenidos que, tan pronto como se sentaban enfrente de mí, se convertían en el coronel, en Miguel, en Juan, en el propio Abrantes, y que, momentos después, se diferenciaban o se asemejaban más aún, se convertían en enemigos que estaba obligado a eliminar o en víctimas de denuncias estúpidas. Unas veces me incitaban a la dureza, otras me inducían a prestarles ayuda para compensar lo que no podía tener compensación, lo que me atormentaba más por vergüenza de mí mismo que por razones verdaderamente respetables.

Entre tanto, los juicios continuaban y las sentencias de muerte iban disminuyendo aunque en tan pobre proporción, por culpa de la inquina exhibicionista de Riaza y el

afán de notoriedad de los dos jurados, que Sanabria era el único que advertía este progreso. Riaza, que leía a Séneca en latín, que pintaba a la acuarela desnudos a los que ponía unos pezones sangrantes, Riaza, que ahora nos parecía un enemigo a los tres y al que hacíamos el vacío apartándole de nuestros ocios, nuestras partidas de poker en las que Rosas pedía cartas levantando un dedo, o tres, Sanabria se embarullaba con las cartas y el pañuelo empapado en colonia que se ponía bajo la nariz y Pedro se lanzaba a jugadas sin sentido que eran lo contrario de su cautela y su roñosería.

El calor, la tensión, las penas de muerte que se acumulaban, los disparos y el insomnio despertaban en nosotros una agresividad que crecía con nuestro malestar y, sobre todo, con la certeza de nuestra complicidad, y no había partida que no acabara en discusión y en insultos y puñetazos sobre la mesa. Había mañanas, madrugadas, más bien, en las que los cuatro bajábamos hasta las puertas de Bisagra y de Alfonso VI y la carretera de circunvalación para pasear por el exterior de las murallas hasta la puerta del Cambrón y la curva desde la que se veía la de San Martín. Parecía que estábamos viendo una película sonora con la banda de otra, un documental histórico sobre la arquitectura con el sonido de una película de la guerra europea. Pero, en seguida, surgían los milicianos, las ambulancias, las ruinas, los primeros disparos de la batería, las ametralladoras y los fusiles de los sitiadores.

Una mañana, Arango, tostado, con su barbita y su Morris, asaltó el hotel: «Nos vamos. Mañana es el juicio de Miguel.» Todo estaba arreglado; Antonio había preparado al fiscal y a los vocales y había agotado todas las hemerotecas en busca de periódicos. «Así que nos vamos.» Otro periodista me cedió su sitio junto a Arango. Pasamos la puerta de Bisagra, nos detuvo una aglomeración de camiones y milicianos que llegaba hasta el Hospital Tavera, nos hicieron paso abriendo una calle, pero hubimos de detenernos porque venían otros coches en dirección contraria. El primero llevaba una bandera sobre el guardabarros derecho y dentro se veían gorras militares, monos caqui y azules, el pelo blanco y los ojos claros de alguien que debía ser Largo Caballero y una calva que surgió por el otro lado y, de espaldas a nosotros, se alejó hacia un puesto de control desde el que regresó poco después para subir nuevamente al coche, al tiempo que el nuestro arrancaba y dejaba atrás a los otros coches y a sus ocupantes. «¿Habéis visto? Yo me quedo, porque aquí va a pasar algo», dijo el compañero de Arango detrás de mí. Unos diez metros más adelante hicimos otra parada, y entonces le reconocí y hube de contenerme para no decir: «¡Norte!», en alta voz, aunque lo dijo Arango por mí y el pasado se reconstruyó en unos segundos: el camarero de la cara de tortuga, las citas en los reservados, la puerta del cuarto que se abría y se cerraba y ella se apoyaba y hacía un movimiento friolero al quitarse el abrigo. Parecía la secuencia de una explosión pasada al revés: el humo se encogía, las rocas que habían saltado en pedazos hacían el camino inverso, las paredes y los

techos desplomados se levantaban y se recomponían. «Desde luego, aquí va a pasar algo pero no vale la pena quedarse para que resulte que es la cuarta o quinta vez que no toman el Alcázar.» La secuencia continuaba; seguía viendo la frente prolongada por la calvicie y la expresión de franqueza y reserva, pero también a ella dejando el abrigo en el respaldo de una silla, llevándose la mano al pecho como si hubiera venido a la carrera y sonriendo con una inclinación hacia arriba de las comisuras de los labios: «Creía que no te iba a encontrar porque me ha costado mucho tiempo conseguir un taxi.» Los abrazos, el jaleo con la ropa, con mi chaqueta, su falda y su blusa, mis pantalones, la ropa interior. Me costaba admitir que aquello había acabado y sentía, más que creía, que en otro mundo, al que se entraba por una puerta cuya llave encontraría alguna vez, me estaban esperando los vasos de ginebra, que apenas probábamos, y la melena llameante y el abrigo raído.

El coche dio un bandazo para esquivar un grupo. «Mira eso. ¡Vaya si se está preparando algo!» Unos camiones cargados, mucho coche oficial, mineros con boinas y cascos y lámparas bunsen. Por el oeste, el sol achicharraba a los que iban a la izquierda; por el oeste, el viento era fresco y las casas blancas temían sombras azules. «Ese tío es un bicho raro. Ha estado a punto de separarse de su mujer dos o tres veces y ahora dicen que no puede vivir sin ella, y hace el amor y la revolución a la vez...» «No creo que sea incompatible.» «A Lenin se lo parecía.» «Ahora te ha dado por Lenin. ¿No te basta la barbita?» «Tuvo una *amitié du coeur* con una tal Inessa Armand, que tocaba el piano.» «¿Lenin una *amitié du coeur*?» «Sí, una vez, después de oírle una sonata, le dijo que ya estaba bien porque la belleza turbaba y le empujaba a acariciar a la gente y a decir tonterías y que no se podía pasar la mano por la cabeza a nadie porque te la podían arrancar de un mordisco.» «¿Y qué tiene que ver eso con Norte?» «Que no lo sabe y que le ablanda su mujer.» «¿Es que lo conoces?» «Algo. Es decir, bastante.» «¿Y es que su mujer toca el piano?» «No lo sé.» Estaban revolviendo mis recuerdos como quien revuelve una taza de café con una cucharilla para disolver el azúcar. «Es guapa, supongo.» «¿Quién?» «La mujer de Norte.» «Es más que guapa. Es interesante.» «Y tú, ¿qué crees que es eso, amor o desconfianza?» «¿Desconfianza? ¿Desconfianza, Norte? No tienes ni idea...» «Oye, esos camiones llevan explosivos. Van a volar el Alcázar.» «Mejor. Así no tendré que volver. Me pone malo Toledo.»

Fui a casa de Antonio, para darle el último repaso a la defensa, y después a casa de mis padres. Por la noche oí todas las horas del reloj, todos los ruidos de la vecindad, la cuna que se balanceaba, el gotear de un grifo, el estruendo de una cisterna, las toses de un fumador que parecía que iba a asfixiarse, los crujidos de la cama de mis padres que tampoco podían dormir. Me siento embestido por el recuerdo de la noche de un verano en el que nos quedamos los dos en Madrid. Le encontré en la cocina, quemando papeles que eran billetes de mil pesetas, de pie, con el atizador

en la mano y los ojos llorosos a causa del humo. «Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?» Se volvió hacia mí con un billete pinchado en el atizador y la guerrera desabrochada. «¡Déjame en paz! No te metas en lo que no te importa.» «¿Que no me importa? ¿De dónde has sacado ese dinero? ¿Cómo no me va a importar? ¿Por qué haces eso?» Levantó el atizador en el aire, como si fuera a golpearme con él.

—¡Fuera, fuera de aquí! Te mato. Como digas una sola palabra te mato. ¡Fuera!

Nunca supe la explicación, aunque por entonces me había contado Monroy que andaba loco por una muchacha que bailaba desnuda en un cabaret y supuse que él, que acababa de salir de la Academia, había creído que la conquistaría haciéndose el potentado y había conseguido el dinero de forma inconfesable, empeñando las alhajas de nuestra madre, jugándose el dinero y ganando mucho más de lo que necesitaba y arrepintiéndose después, porque siempre fue el hombre de los arrepentimientos. «¿Qué hará mañana?» «Calla. No me angusties más.» Se levantó uno de los dos y oyó pisadas en el pasillo, la cisterna del baño, el regreso. «Voy a ir al juicio, Inés.» «Y yo.» «No, tú te quedas aquí.» «Si vas tú, voy yo.» Di un salto desde Miguel, quemando billetes, a mi padre, empeñado en ir, con su bastón, con su corbata, con aquel aire que delataba a un kilómetro que toda su vida había llevado uniforme. «No sé a qué temerle más, si a que le absuelvan o a que le condenen.» «¡Por el amor de Dios, Fernando! ¿Es que va a suceder siempre lo peor?» «¿Y es que no ocurre siempre lo peor? Me debí morir cuando tuve la bronconeumonía. Todo estaba dispuesto, vosotros preparados, hubiera sido cuestión de una semana...» «Y yo ¿qué?» Esto había sucedido un mes antes de que la conociera en el albergue de Peñalara, con los ojos separados, los zapatos de calle y el aire de desamparo de un niño perdido. «Te habrías muerto, porque estabas agotada.» El recuelo de los recuerdos, sin aroma, mustios, muertos y vivos a la par.

Con el cuello duro, con corbata, con bastón. Enderezó los hombros, abombando el pecho ligeramente, besó a Laura y abrazó a nuestra madre. Hacia el norte había franjas de nubes, las inferiores de un color gris claro y las superiores plomizas, desflecadas, dando de sí esa especie de vello ondeante que delata una lluvia. Ya se había olvidado de mantener el tipo y se había vuelto a encorvar, pero se enderezó para saludar a Antonio. Y otra vez vencido. El salón de actos era una incubadora, aunque aún no habían dado las nueve y media. Sudábamos, exhalábamos un vaho y un olor como el de un vagón del metro atestado de gente, nos quitábamos las chaquetas, nos incorporábamos para despegar los pantalones de los asientos, resoplábamos, nos abanicábamos con periódicos. Mi padre se destacaba de la cochambre vestimentaria lo mismo que si se hubiera puesto el ros, con el plumero de gala y el cordón que, por detrás, lo sujetaba al cuello, o la capa azul con las vueltas de terciopelo rojo. Curiosos, familiares de los acusados, Arango entre los periodistas, fotógrafos, milicianos, mujeres del género *tricoteuses* que exageraban su

desgreñamiento y sus procacidades. Las contestaciones de los testigos a las preguntas del fiscal se acogían con insultos y pateos, el presidente prodigaba los campanillazos llamando al orden o esperaba pacientemente que pasara el escándalo. El coronel del regimiento dijo, cuando se lo permitieron los alaridos, que tenía dada orden de disparar en vista de que había habido agresiones a la guardia del cuartel, que oyó un tiro la noche del 18 de julio y supo después que habían matado a un teniente coronel de Ingenieros que quiso entrar de paisano, que le fue a visitar un general que no sabía que fuera uno de los jefes de la sublevación en Madrid. Llevaba un esparadrapo en la nuca y encogía los hombros cuando el público gritaba. «En estas circunstancias, yo estaba obligado a defender el cuartel», se le oyó decir en una pausa. «¿Y para qué formó la columna Solans? ¿Para que defendiera el cuartel atacando Madrid?» Un coro de risas, que el presidente no se molestó en acallar.

El presidente tenía una cara chupada y un bigote negro tan frondoso que producía la impresión de que se alimentaba de la carne de las mejillas; los dos vocales que estaban a su derecha llevaban corbata; otro, en el extremo opuesto, un brazo en cabestrillo y a su lado, otro más con un gorro de miliciano muy derecho y muy solemne sobre su cabeza. El fiscal anunció que había terminado, y el presidente dijo que los defensores podían hacer preguntas al acusado. ¿Cuál había sido su participación en el combate? ¿No era más cierto que le habían herido en el bombardeo y se había retirado a la enfermería? ¿No era más cierto que había resignado el mando en el teniente coronel más antiguo? Y el coronel respondía con una voz insegura, como si se hiciera una gran violencia: no había tenido más remedio, pero el jefe del regimiento era él. ¿No era más cierto que no había dado orden de que se bombardeara el aeródromo? Mi padre se agitaba, dejaba escapar resoplidos, miraba al defensor, el esparadrapo del coronel, la cara descarnada del fiscal que tenía una piel tirante como la de una cicatriz y unos rasgos pronunciados y como carcomidos. La gente seguía alborotando, se repetían los campanillazos y las órdenes de silencio que nadie atendía; amenazó con despejar la sala, pero en un tono en el que se traslucía que se sabía impotente para hacer cumplir sus órdenes, o que se trataba de un juego, una representación en la que cada uno debía llenar un papel.

Esto era lo que le esperaba, y lo que habían aguantado Abad, el tuerto, el guardia civil, Abrantes. Risotadas, insultos, pateos, campanillazos. Y de esto no le salvaría ni Antonio que estaba sentado entre los defensores, con su melena, su chaqueta gris y su corbata azul. Antonio ya no era el que se había atrevido a acusar a un capitán general de Madrid de aplastar a sangre y fuego un plante sin importancia en esta misma cárcel, o el que había dicho en el Congreso que la huelga era un derecho que los trabajadores podían defender incluso con las armas. Sobre la cabeza del presidente colgaba una alegoría a la República, una matrona opulenta, con un hombro y un pecho fuera, que acariciaba una melena de un león con cara de hombre y que parecía

una de las obras de arte de Riaza. Detrás de nosotros, filas y filas de caras brillando de sudor, cuellos estirados, gente de pie detrás de la última fila y otra fila más que se había subido a un banco pegado a la pared. Ante mí, una camisa a rayas, con manchas de sudor en los sobacos y un pescuezo curtido y surcado por una red de arrugas. El comandante que estaba declarando eludía su responsabilidad con vaguedades o contradicciones: no se había sublevado, creía que se trataba de una revuelta comunista y que habían dado la orden de sacar a la tropa para oponerse a ella. Le llamaban cínico, carota, cuentista, cerdo. A mi izquierda, una mujer rubia hablaba con un hombre con el pelo gris que se inclinaba sobre ella para pegar el oído a su boca. Si Miguel estaba oyendo todo esto... ¿Dónde los tendrían? Los dos primeros habían entrado por una puerta color chocolate que se abría a la derecha de los estrados. La justicia revolucionaria, el pueblo aprendiendo a ser responsable de sus decisiones, los catorce vocales que, aunque se hubieran propuesto actuar con imparcialidad, acabarían inclinándose contra los acusados bajo la presión de aquella chusma ignorante, pueril, estúpida, cruel, manejada con habilidad o con toscos golpes demagógicos que eran suficientes para manejarla. Pero ¿cuándo hay imparcialidad? Sólo hay apariencias, buenos modales, ritos, privilegios protegidos por fusiles. Otro comandante, bajo, con las piernas torcidas. El del pelo gris y la rubia seguían con sus cuchicheos, aunque no era para oír para lo que se inclinaba sobre ella sino para meterle los ojos por el escote. Preguntas que eran afirmaciones, respuestas evasivas, echarle la culpa al general que habían fusilado unos días antes. Si yo mismo no había sido imparcial con diez años de juez a la espalda, aquellos catorce... Las huelgas políticas de los Sindicatos, la lucha entre la UGT y la CNT, todos habían pensado que el Gobierno había decidido poner orden de una vez. Y el del pelo gris inclinado sobre el escote; si duraba mucho tiempo acabaría mirando también yo, aunque en realidad ya había empezado, ya estaba viendo el comienzo, un encaje blanco, un lunar, una pelusa como la que tenía ella.

Mi padre apretaba el bastón hasta que se le pusieron blancos los nudillos, el fiscal aturdía al tercer comandante que desfilaba, la gente insultaba a todos. Miguel escucharía todo esto. Y yo miraba los pechos y las nubes que traían la tormenta y que habían alcanzado ya la ciudad. La luz del día disminuyó de tal manera que tuvieron que encender los tres globos que colgaban del techo y, poco después, cerrar las ventanas para que el viento no hiciera volar los papeles. Antonio me lanzó una emisión de aliento, pero nuestro tinglado volaría lo mismo que los papeles que estaba recogiendo un celador. Y un nuevo acusado más, otra algarabía: traidor, hijoputa, chulo, cobarde, señorito de mierda. Miguel estaría fumando, deshaciendo las colillas y reduciendo a bolitas el papel, dándole vueltas a los botones del mono, mordiendo el pañuelo. Lluvia a rachas, remolinos de polvo levantados por el vendaval, portazos, truenos, un papel de periódico subiendo a pesar de la lluvia y pasando por encima de

uno de los tejados.

Solans, el que intentó sacarle del cuartel, se mordía un carrillo, apretándolo contra los dientes con un dedo; era tan aficionado a la música como Miguel y tocaba el violonchelo y admiraba a Casals. Al de la camisa a rayas se le había salido el faldón y enseñaba un remiendo que no era a rayas; el culo de la que estaba a su derecha rebosaba del asiento y su dueña se movía y expandía oleadas de perfume barato, parecido al de Lola: «¿Quién organizó la columna conocida por su propio apellido, usted o el coronel?» «No lo recuerdo.» «¿No lo recuerda y la mandaba usted mismo?» «Pues no, señor, no lo recuerdo.» «¿Quién le ordenó que tomase el mando?» Solans callaba, bajo las miradas de sus compañeros. ¿Quién había dado la orden de abrir fuego contra las milicias? Habían sido las milicias las que habían comenzado a disparar contra la tropa con una ametralladora montada sobre la cabina de un camión. ¿Por qué no se rindieron? ¿No se dieron cuenta de que era la fuerza pública? No estaba claro que fuera la fuerza pública porque había mas paisanos que guardias y llevaban una bandera roja. El fiscal consultó sus papeles, la lluvia azotó los cristales. «Usted tenía conocimiento de que se estaba preparando una sedición.» «Yo no sabía nada, me enteré el mismo día.» «¿Y qué me dice de estas cartas?: "El envío de los zapatos llegará el lunes." El lunes, es decir, la fecha del movimiento.» «¿De dónde ha sacado esas cartas?» «Se encontraron en su dormitorio.» «Se encontraron porque las pusieron para comprometerme.» En seguida, el defensor negó que las cartas fueran de su defendido. Y un capitán, el primer capitán. Y el calor y la tormenta cuyos truenos apagaban las voces.

Mi intención saltaba del cogote del de la camisa a rayas cubriéndose de gotitas de sudor, a la alegoría de la República y de los pechos de la rubia a las manos de mi padre agarrotadas sobre el bastón. Y «¡mueran los traidores! Estos son los que se acuestan con nuestras hermanas». Un miliciano llamaba por señas a uno que estaba en nuestra fila, el presidente repartía campanillazos, carraspeaba como si fuera a soltar un discurso, los jurados se habían puesto en pie: «Este tribunal invita al diputado laborista que nos honra con su presencia a que suba a estrados y pide un aplauso para el camarada extranjero.» Aplausos del presidente, de los jurados, del fiscal, del público, una cachetina multitudinaria mientras el miliciano abría paso al diputado laborista, mientras éste sonreía y hacía reverencias y estrechaba manos; se adivinaba que no entendía nada, pero estaba allí, sentado a la derecha del presidente, sonriendo.

—Miguel Labayen.

Estiré el cuello, miré hacia la puerta color chocolate por la que iba a entrar y oí, al tiempo que veía los manotazos del fiscal a sus papeles, el gemido ronco que se le escapó a mi padre. Y ya estaba allí, con su nuca hundida, dando la cara al tribunal, al friso de rostros que cambiaban de expresión y hasta de facciones a causa del balanceo

de los globos. ¿Capitán de Artillería? ¿edad? ¿estado? ¿destino? Lo que yo preguntaba en Toledo. Contestaba con una voz limpia en la que apenas se percibía su tendencia a tartamudear. El presidente se volvió al fiscal para que comenzara el interrogatorio y Miguel cuadró los hombros y levantó la cabeza; el fiscal hacía pesar su silencio. Antonio había hablado con él, pero bastaría que tuviera miedo, el miedo que tuve yo... «Usted no estaba de servicio el 18 de julio. ¿Por qué acudió al cuartel?» Los catorce jurados, los tres vocales de derecho, el camarada laborista, el fiscal, los defensores, todos estarían viendo su nariz torcida, su frente grasienta y sus vueltas y vueltas al botón: «Ha... habían dado orden de acuartelamiento.» El fiscal se secó el sudor y preguntó: «¿No sorprendió ninguna reunión sospechosa?» «No, señor.» «Sin embargo, consta en el sumario, por las declaraciones de otros testigos, que las hubo. ¿No está mintiendo para defender a sus compañeros?» Antonio de pie: «Protesto, mi defendido no estuvo todo el tiempo en el cuartel y lo mismo pueden ser falsas las declaraciones de los demás que la suya.» Reventó un trueno ensordecedor, la mujerona se estremeció hasta las ancas y la rubia se llevó la mano al pecho. «Se admite la protesta. El procesado se abstendrá de responder.» Surgió un gesto de desagrado en la cara tirante del fiscal: «Usted salió con la columna del ex comandante Solans, ¿no es cierto?» «Sí señor, salí...» Silencio, un silencio inacabable, durante el cual pensé que era la mitad de lo que debía contestar y que había cambiado, porque era imposible que no cambiara. «¿Y no sabía que estaban en plena sedición?» Nuevo silencio, nuestro padre cerró los ojos y apoyó la frente sobre las manos que sujetaban el bastón. Ahora, como no había dicho lo que tenía que decir, tendría que refugiarse en el «yo no sabía nada» de los otros. «¿Le dieron orden de disparar?» «Sólo si nos atacaban.» «¿Y quién se la dio?» Volvió a callar. Todos los vocales le miraban. El fiscal insistió en la pregunta y como tampoco obtuvo contestación dijo que lo cierto fue que, con orden o sin ella, los artilleros del acusado dispararon. Y otro silencio más, durante el cual Antonio alzó los hombros en un gesto exasperado, Arango se rascó la barba y el cuello y las ventanas se incendiaron con un relámpago que debió iluminar por unos instantes su frente llena de bultos. Tal vez estuviera irritando a los jurados. Depende de tan poco resultar simpático o aborrecible... Y, encima, sus silencios, que podían parecer orgullo o un reconocimiento tácito. «He terminado.» El presidente dijo: «Su turno», volviendo hacia Antonio su bigote voraz.

Un suspiro de alivio del coronel y la lluvia en los canalones. «¿Es cierto que se sublevó contra la dictadura y fue condenado a diez años y separado del servicio?» Miguel movió la cabeza para afirmar. «¿Estaba en activo en octubre de 1934?» «Sí, señor.» «¿En qué guarnición?» «En Barcelona.» «¿Le ordenaron disparar contra los manifestantes?» «Sí, señor.» «¿Cumplió la orden?» «No, señor.» «¿Fue condenado por un Consejo de Guerra a veinte años y pérdida de la carrera?» «Sí, señor.» Antonio

sacaba periódicos, alargándoselos a un miliciano para que se los entregara al presidente y éste los hiciera pasar de mano en mano; la rubia preguntó al del pelo gris: «Entonces, ¿por qué se ha sublevado esta vez?» Los periódicos llegaron hasta el fiscal y Antonio: «¿Qué hizo cuando advirtió que se trataba de la fuerza pública?» «Licenciar a mis hombres.» «Haga el favor de levantarse la manga del brazo derecho.» Pero Miguel no se movió: debía encontrar demasiado teatral lo que se le pedía. «Está bien. Pero, al menos, díganos si fue herido en ese brazo por el capitán Adoración y si éste le hirió porque le oyó licenciar a sus artilleros.» Nuevo y más largo silencio. No habría hablado con sus compañeros de este episodio ni querría hablar porque tenía que seguir conviviendo con ellos. O no era cierto, no era más que una mentira de Orestes. El coronel miraba al suelo, la sala se salpicaba de murmullos, los vocales juntaban las cabezas para hablar entre sí, el laborista había abandonado su sonrisa. Parecía el examen de un niño a quien enmudecía su azoramiento. «Acusado, responda sí o no.» Miguel alzó la cabeza, «¿Es necesario?». «Si se lo pregunta su defensor es porque juzga que lo es.» Antonio se apretaba las manos y le miraba, le apremiaba. Pero ¿a dónde miraría él? Seguía con las manos pegadas a las costuras del pantalón, envarado en su posición de firmes, con la cabeza alta, los hombros rígidos y la nuca débil y hundida. Parecía el Miguel de doce años encerrado en su concha, lo mismo que ante una visita de la que no había podido escapar escondiéndose en su armario. Pero ahora no había armario y dentro de la concha no había refugio ni paz sino una tormenta como la de fuera, pero entre la sospecha de que había sido una traición, o de lo que los suyos considerarían como una traición y la tentación de salvarse y volver a su sitio. A menos que ya no sintiera tal tentación. «Está bien. Siéntese.»

Y pasó a engrosar el grupo de los que ya habían declarado. Todo prendido con alfileres, un castillo con las cartas de una baraja. Fue a sentarse junto a Solans, que le habló al oído y, a continuación, se levantó a pesar del intento de Miguel de cogerle por la manga: «Señor presidente...». «A callar, ya podrá manifestar lo que quiera antes de que termine el juicio.» Otro capitán contó la historia convenida entre ellos de la revuelta comunista, de los paisanos que asaltaron el cuartel y las milicias, con banderas rojas, disparando sobre las unidades. El presidente suspendió la sesión hasta las cuatro. Permanecimos en nuestros sitios con la esperanza de que nos viera, pero no se volvió, ni siquiera miró al público. Caía una lluvia torrencial, la chimenea de la fábrica de perfumes parecía plana en lugar de redonda, como recortada en cartón y pegada al cielo nuboso. Antonio abrió su paraguas, Arango nos llevó hasta el Morris, las cosas no habían salido tan mal, los periódicos habían causado impresión: «Y ya me encargaré yo de destacarlo en la reseña.» «Pero ¿y sus silencios?» Eso ya no importa tanto. Orestes declararía que el capitán Adoración le pegó un tiro, pediría el parte médico de la enfermería de la cárcel. El del gorro de miliciano había

comentado: «Este no es como los otros.» Arango se fue al periódico, Antonio comería en casa. «Pero el fiscal... ¿No le habías hablado?» Sí, estaba duro pero no convenía demasiada condescendencia.

La comida distinta de la habitual; macarrones a la italiana, incluso con un platito de queso rallado, un gran vaso de leche para Antonio, verduras cocidas. Sólo comíamos Antonia y yo. Petra insistía: «¡Ené! Sírvase más, don Antonio», nuestra madre gimoteaba: «Hasta que no le vea aquí...», y yo quería más queso pero el platito estaba fuera de mi alcance y Antonia se servía lentamente. «No pasarán muchos días, Inés.» Laura dijo que menos mal que algo iba saliendo como queríamos y, al instante, se levantó y huyó a su habitación. Alcancé el platito, espolvoreé los macarrones, blandos por debajo y crujientes por arriba. Antonia comía con un ensimismamiento de éxtasis, como si este mundo y el otro hubieran quedado reducidos a sus papilas gustativas y sus glándulas salivares. Antonio Ruiz había recibido una llamada de Atadell; seguían investigando pero había tanta cárcel ilegal que no las conocían ni los partidos a que pertenecían sus miembros. «Dinos la verdad. ¿Hay alguna esperanza?» No lo podía decir, era demasiado pronto. «O demasiado tarde.» El coronel apartó el plato de sí, mi madre abandonó el tenedor, Antonia continuó devorando macarrones, rebañando el plato con pedazos de pan, llenándose la boca de uvas, sorbiendo su café con estruendos de tromba. No nos veía, no nos oía, no se acordaba de Miguel ni de Juan, ni de nosotros mismos.

—Uno se aburre hasta de esperar lo que a uno le espera.

El profesor se sienta a mi lado, como de costumbre, y advierto que ha desaparecido la gota que cuelga de la nariz, que huele a coñac y a sudor, que está excitado, confidencial, increíblemente vivo y preparado para continuar viviendo y que no me va a dejar escribir ni una línea y me va a abrumar con sus teorías sobre la historia. «La verdad, profesor, prefiero el aburrimiento a que llegue eso que esperamos.» «No se lo creo. Lo que pasa es que usted no se aburre.» Y señala al cuaderno y añade que si tuviera más confianza en que iba a perdurar también emborrionaría cuartillas. Y, en seguida, que no me ha contado su boda con las cuatro muchachas del Zambezee. «¿Las zulúes? Y ¿para qué me lo va a contar?» «Para pasar el tiempo.» Y el conde se anuncia con el olor que le precede y se acerca también el estudiante, que está harto de jugar a las damas, y se acuclillan los dos.

El profesor cuenta que eran de la tribu ambo y que cayó en la región para ver las ruinas de Zimbamwé. «¡Vaya vidorra, amigo!», le interrumpe el estudiante. Y resultó que estaban en las ceremonias de iniciación. «¡Habrían tenido que ver ustedes las tales ceremonias! Me pusieron al rojo, porque he sido un calentón siempre y aquello era el erotismo más desenfrenado que se puedan imaginar.» No había visto en toda su vida más incitaciones a la coyunda y más libertad sexual. Una vez iniciadas, valía

todo y con todos. Y amigos, qué cuerpos, lo mismo daba que llevaran los bustos al aire que cubiertos de abalorios. ¡Qué pechos, qué cinturas y qué muslos!» «Vaya, profesor, que se peló usted la minina», dice el estudiante, con los ojos encendidos, y el conde: «Está pasando del folklore africano a la pornografía.» «¡Qué folklore ni qué rayos! ¡Ya les hubiera querido ver allí a ustedes!» Se calla, se sonríe de gusto, hace resonar en mí unas reminiscencias del sexo, el estudiante baja los ojos y se pone pálido, lo mismo une Andrés cuando Laura le metía sus encantos por los ojos. «¿Y a que no saben ustedes quiénes presidían nuestras coyundas? Cinco retratos colgados de los techos de cada choza: Fred Perry, con la raqueta entre las manos, Guillermo II, Greta Garbo y otros dos personajes que no recuerdo bien aunque me parece que uno de ellos era Oscar Wilde. La que más me gustaba era Guillermo II, que estaba casada, por cierto, con un negro que no dejaba de perseguirme para sacarme cigarros. Pero vamos a hablar de otra cosa porque estoy escandalizándoles.» El estudiante, entre embarazado y pícaro: «No es eso, precisamente, lo que me está pasando a mí.» «Y a mí, a mí me ocurre...» «Pues a mí no. Y me asombra que tengan arrestos para refocilarse en ese asunto. Debe ser porque tengo más años que ustedes, o más miedo, o las dos cosas a la vez.» «De todas maneras, amigo mío, ¿conoce algo mejor que ese asunto?» «La verdad, no me parece gran cosa. Diez minutos, incluidos los preparativos, o media hora, todo lo más. Y después, igual que los anteriores.» «¿Y le parece poco? Pueden ser muchos diez minutos. En una ocasión fueron tantos que tuvieron que llevarme a un médico.» «¿En el Zambezee?» «No, no, en una casa de zorras de la calle de Augusto Figueroa. Y en otra, me hice comunista porque mi padre no me quiso dar su consentimiento para casarme con una compañera de estudios.» «¡Caramba, profesor! No creía que los historiadores fueran tan... tan combustibles», comenta el estudiante, con admiración.

—No te confundas, jovencito, que también los hay omnipotentes, como decía una criada de mis padres.

Se abre la puerta y aparece uno nuevo, que hace una inclinación general de cabeza. Tiene cara de congregante de San Luis Gonzaga, incluso de fraile exclaustro. Se presenta: Valerio Salas, Valerio Salas, mucho gusto, encantado. Tiene la misma mirada que tenía Manuel Abad; pálido, recién afeitado, con los zapatos limpios y un traje a medida, rubio, con una corbata azul impecable. Parece que se ha caído de otro planeta. Ocupa el hueco que dejó uno que ha estado unas horas y que ocupó, a su vez, el que correspondía a Mendoza, el capitán de ingenieros, al día siguiente de que se lo llevaran. Se despereza. «Ustedes perdonen, voy a echar un sueño, si me lo permiten. Anoche no dormí ni un minuto.» Se tiende, con cierta aprensión, sobre la colchoneta y se queda dormido boca arriba, con las manos cruzadas sobre la manta y la cabeza ladeada hacia la izquierda. «¿Quién será este tío?» pregunta el estudiante, observándole con la agresividad competitiva que suele

ser consecuencia de tener la misma edad. «Yo diría que es un jesuita.» «¡Cállense, ya se lo preguntaremos!» El conde le mira, le aprueba como un ganadero a un caballo, y a continuación advierte que el profesor no estornuda ni exuda por la nariz. «Veo que se le ha curado el enfriamiento.» «Sí, le he sacado un trago de coñac y una aspirina a ese que se llama Perico.» «¿Al que suele leer las...?» «Al mismo. De todo hay en la viña del Señor, en especial con ayuda de media cajetilla de cigarros», y el conde: «¿Ha hecho las paces con la especie humana?» «¿Por un buche de coñac y una aspirina? El Perico no tendrá ningún reparo en saltarme los sesos cuando llegue la hora.» «Entonces, ¿sigue en sus trece? No hay progreso, no hay conquistas morales.» «Eso es. Lo único que hay es un bromazo de tan mal gusto que el mayor favor que puede hacerse a la divinidad es no creer en su existencia. A propósito: no entiendo cómo no se ha planteado usted el problema del mal.» «Tengo la esperanza de que me lo explicarán allá arriba.» «Pues si yo me encontrara a alguien allá arriba, le iban a hervir los sesos para encontrar explicaciones.» «Y el orgasmo, ¿qué?» «Prefiero no hablar de mis debilidades. Además, no son más que diez minutos.»

Silencio de los dos, ronquidos del nuevo, paseos de los centinelas sobre el suelo arenoso, los esfuerzos del calvo en lucha con su estreñimiento, un cañoneo que la distancia hace opaco y que no acabamos de localizar de dónde viene. Y el profesor: «Y usted, amigo mío, ¿por quién se inclina, por el progreso o...». «No estoy muy seguro, pero por el progreso. El hombre es el único ser que tiene sentido de la justicia.» «¡Vaya opinión de juez!» «No me refiero a esa justicia...» «Ya le entiendo, pero vamos a cambiar de tema porque está despertando el durmiente... Buen sueñecito, ¿eh? Tiene otro aspecto.» No es cierto, en absoluto, pero el nuevo sonrío, se levanta, se compone el traje, se ajusta la corbata y recibe una escoba de manos del estudiante: «Aquí llevamos turno riguroso y como... como trasladaron de prisión al que le tocaba hoy...» «Muy bien, muy bien, no faltaba más.» Y se pone a barrer y, para sorpresa de todos, sabe hacerlo y tiene unos movimientos enérgicos, se diría que deportivos. Después abren la puerta: «Hala, el cubo», y Valerio Salas lo coge sin que se lo diga nadie, a pesar de que es al calvo a quien le toca hoy, y sale muy tieso sin dignarse mirar al miliciano. «Jesuita, seguro que es jesuita», repite el profesor, «pues no falta sino que nos dedique unos ejercicios espirituales». Valerio vuelve con el cubo, con la sonrisa, con su aire decidido; el estudiante inicia el interrogatorio al que, tarde o temprano, somete a los nuevos: arquitecto, con la carrera recién terminada aunque ejerciéndola ya, natural de Zaragoza, veintitrés años, refugiado, en la Embajada de Finlandia con otros amigos que vivían juntos en un piso de Ferraz: un ingeniero, un médico, dos abogados y el mayor un sacerdote que pudo pasarse a la otra zona, todos hombres de estudio. «¡Bueno! Parece que está describiendo un falansterio o los primeros tiempos de la Compañía de Jesús. ¿No será usted religioso?» «No, nada de eso. Éramos unos cuantos muchachos solteros, paisanos,

amigos de la infancia y hartos de vivir de pensión, aunque con cierta actividad apostólica.» «¿No se fía de nosotros?» «¡Ya está! De la Asociación Católica de Propagandistas.» «Pues no, señor. Ni religioso ni de ninguna institución de seculares. No hace falta abandonar el mundo para servir a Dios, ¿no le parece?» «Claro, claro.» «Se puede hacer una gran labor sin sotana, viviendo en el mundo, donde a uno le ha puesto el Señor, de barrendero, o de ingeniero de caminos.» «O de millonario», dice el estudiante, sin molestarse en disimular su tono de zumba. «O de millonario, ¿por qué no? Se puede ser pobre entre millones y rico en la mayor miseria. Basta con tener afán de superación y no adocenarse en las prácticas de piedad. Ni en nada, por supuesto.» «Y lo del rico y el ojo de la aguja, ¿qué?» «¡Por amor de Dios, no me salga... La pobreza consiste más que en no tener en no estar esclavizado por las cosas.»

Y apenas ha dicho esto se encoge sobre sí, se aprieta el brazo izquierdo con la mano contraria, se va cayendo lentamente, se queja, jadea, el estudiante se lanza sobre él y llega a tiempo de evitar que su cabeza choque contra el suelo, le tiende sobre la colchoneta y le desabrocha la camisa. «¡Que se muere, que se muere, es una angina de pecho!» El otro dice: «Las pastillas, las pastillas en el bolsillo interior, las pastillas, rápido.» El profesor aporrea la puerta del garaje: «¡Un médico, un médico, se está muriendo uno!» El miliciano llama a gritos al responsable, se oyen más gritos, carreras en el jardín, el estudiante rebusca, le apremian todos: «¡Date prisa, hombre!» «¡Haz algo en seguida!» «Un vaso de agua.» Las llaves, la cerradura. «¡Aquí están las pastillas!» Entran varios milicianos. «¿Qué pasa? Aquí no tenemos ni practicante.» Yo inclino la cabeza cuanto me es posible, pienso que éstos llaman responsable al albino; puede estar entre ellos, rompo a sudar, envidio a Valerio, entre cuyos labios han conseguido introducir tres pastillas. «¡Como no le llevemos a la Casa de Socorro en un coche...!» «Ni médico, ni practicante.» «Más vale que traigan al médico aquí. No se le debe mover.» Gorros negros, gorros de cuero con orejeras, caras cetrinas, capotes, cazadoras. No está el albino y todas las miradas enfocan al enfermo. Por la puerta entra un chorro de luz; son morenos todos, ahora hay más en la puerta, hasta uno con un delantal y un cucharón. «Pero ¿qué pasa aquí?» «Nada, uno que ha enfermado.» «¿De qué?» «¿No tenéis nada que hacer? ¡Venga! Cada uno a su sitio.» El rectángulo de sol alcanza las espaldas y la nuca del estudiante, una oreja del conde, el plato de aluminio que sostiene el profesor, las caras del marino y de Valerio, la del primero imperturbable, la del segundo todavía con una mueca de dolor que se va relajando, y acaba transformándose en una sonrisa; abre los ojos y los vuelve a cerrar porque le deslumbra el sol, se hace una visera con la mano. «¿Qué? ¿Cómo va eso?» Dice «mejor» con un susurro. Yo reconozco al del pasamontañas: «Este tío no debía estar aquí, sino en el hospital. Hay que decírselo al Isidoro.» Pero, ¿va a depender mi destino del *angor pectoris* de este santurrón? Quizá le dé otro ataque esta misma

noche, y no salga de él como ha salido de éste. «Pero, ¡a quién se le ocurre dejarse atrapar padeciendo del corazón!», dice afectuosamente el conde arrastrado por las frases hechas, aunque se da cuenta en seguida: «¡Que sandeces se le escapan a uno! Si consiguiéramos convencer a esta gente...» «¿A estas bestias?», exclama el calvo. «El Isidoro no es tan mal sujeto como puede parecerles. Yo le conozco. Y el Perico tampoco.» «¡No! ¡Si todos son unos angelitos!» Valerio se incorpora, se lleva una mano al corazón, la levanta como para que le dejen hablar, dice que es absurdo que estando condenado, con revolución o sin ella... «Supongan ustedes que me llevan al hospital y que me escapo del paseo. Al próximo ataque o al siguiente...» Silencio, miradas de admiración. «Además, no me harían ningún favor. ¿O es que creen ustedes que vivir con una bomba en el pecho es un plato de gusto?» Dios le ha hecho el regalo de esta oportunidad de ahorrarle la angustia de una vida que cuelga de un hilo. «¿Y ahora le quieren ustedes enmendar la plana?» «¿Hace mucho que padece?» «Desde que tenía quince años.» «Pues ha vivido ocho más.» «¿Vivido? Esto no es vivir.» «¡Vaya, muchacho! Que no quieres que se te escape entrar en el escalafón de los mártires», le dice el profesor, del ando transparentar su respeto. «Es puro egoísmo.» «Todos ustedes son mejores que yo», confiesa de improviso, el seminarista. Yo pienso en el coronel: «Me debí morir cuando la bronconeumonía», en mi hermano, que tampoco quería dejar escapar la ocasión y que hizo todo lo que pudo para que no se le escapara. «No, no creo. Pero ¿qué le da su valor a este hombre?» «¿Que qué se lo da? Muy sencillo, que le han dado a elegir entre tirarse de un sexto piso o de un noveno, que sólo puede escoger dos maneras de morir y que, encima, la que parece más próxima tiene el premio gordo de la lotería.» «¿Le quedan muchas pastillas? Porque lo que sise podría hacer era que le compraran otra caja.» «Tengo dos, una sin empezar.» Enseña las dos sacándoselas del bolsillo en el que también debe tener la verdad; se puede hacer apostolado sin abandonar el mundo, pobre entre millones, superarse; el bolsillo en el que hay, además, un rosario con las cuentas de azabache los eslabones de plata. Se me inclina al oído el profesor.

—Decididamente es un misterio. Por lo visto se puede creer en los trasgos y las brujas y tener más coraje que el Cid, o ser al mismo tiempo tonto perdido y más inteligente que Einstein. Pero a mí no me acaba de gustar, no se me va de la cabeza la sospecha de que es un histrión. ¡Mire usted que si lo que tiene es eso que llaman falsa angina! En fin, pronto lo veremos, o lo verán los que sobrevivan. No, señor, no me gusta, huele a virgen de aquí al polo Sur y eso no es natural, y a mí que no me venga con eso del sexto no fornicar porque al que tiene ganas no se las quita ni la visión del mismísimo infierno.

Valerio, entre tanto, pasa las cuentas entre sus dedos, mueve los labios, nos sonrío cuando encuentra por azar alguna mirada, o baja los párpados, sobre los que ahora cae la luz amarillenta de la bombilla. El profesor es un obseso, pero tampoco me

gusta a mí aunque yo sí creo que padece del corazón y que no ha sido una comedia. «¡Bien! Ésos no han debido encontrar a Isidoro, o le han dicho que para lo que voy a durar...» Ojalá, porque si aparece seré yo el que no pase de esta noche.

Se oyen pasos, voces, martillazos. «A ver, trae acá la escalera.» Se me corta el aliento, meto el cuaderno bajo la manta. ¿Qué es esto? ¿Están haciendo una camilla para llevárselo? No, están clavando arpilleras en los montantes de las puertas para que no salga la luz, órdenes sobre el oscurecimiento de la ciudad en caso de bombardeo, órdenes que éstos cumplen tarde. No se llevan a Valerio, que se lava las manos en el grifo apartándose todo lo que puede del cubo. Y a quien se llevan es al profesor. Perico, con su pasamontañas, dice su nombre dos veces, mira a Valerio, vuelve a llamar al profesor, éste se incorpora, se abotona los pantalones, se pone la chaqueta, se echa la manta por los hombros: «Se acabó. Me ha llegado la hora de exigir explicaciones», me dice, «y de saber si se trata de un paraguas o de un cielo». Desde abajo veo su nariz más larga y picuda que nunca, «Dios le... ¡Si supiera cómo le envidio!», le dice Valerio. «¿Qué? ¿Que me envidia? ¡Váyase a...!» Se le derrite la voz, comienzan a temblarle las manos, las rodillas, los labios, se sienta en la colchoneta, se tiende. Horrible, horrible. Peor que lo de Ortega, el espejo más crudo, más negro, y me estoy viendo, y me sigo viendo y sigue pareciéndome imposible que pueda manifestarse tanto terror, que un cerebro equilibrado... «¡Qué horror, qué horror!», dice Valerio arrugando la cara.

—Vamos. Es la hora.

Antonio miró el reloj de bolsillo, se levantó, se puso la chaqueta y el sombrero y le dio el brazo al coronel. Conseguimos sentarnos en la tercera fila, junto a la del perfume barato y a otra, un poco mayor, que parecía su madre o su patrona. En la fila anterior están la rubia y el del pelo gris, y Arango en la primera, con todos los periodistas y reporteros gráficos. Hizo su entrada el tribunal, grotesco, con los bigotes del presidente por delante, los otros dos de las corbatas, el del gorro tieso, el escayolado, el fiscal. La del perfume, cuyo busto tenía las mismas proporciones que su trasero, se revolvió en su asiento; podía ser la última amiga, porque las elegía fáciles para sentirse seguro y hacerse perdonar sus tartamudeos abrumándolas con sus atenciones. Dos meses, dos meses sin una mujer. ¿Sería la hermana de Orestes? No se parecían, Orestes tenía los ojos vivos. ¿Cómo era Orestes, además de tener aspecto de chulo? Los banquillos de los acusados se iban llenando de monos, chaquetas de pijamas, guerreras sin insignias, camisas blancas sin cuello. Venían de las celdas donde se apelotonaban trece, catorce, de la promiscuidad, la falta de aseo, el mal olor. Y Miguel entre ellos, con sus *Sonatas*, que tenían el formato y la encuadernación del libro de horas de un canónigo. Fuera, llovía otra vez; dentro continuaban los interrogatorios del fiscal y de los defensores, las respuestas de los acusados, el

ambiente de invernadero, los insultos, las llamadas al orden. Más capitanes, tenientes, oficiales de complemento; lo mismo que por la mañana pero varios escalones por debajo.

Me aburría, cambiaba de postura para aliviar el magullamiento y los sudores, atisbaba el rostro de la que suponía la querida de Miguel, sus grandes pechos, una de sus debilidades, el mayor atractivo que podían tener las mujeres. Ante mí estaba sentado un miliciano muy alto con las orejas llenas de pelos y una camisa roja descolorida que se pegaba a su espalda; a su izquierda el del pelo gris continuaba buceando en el escote de la rubia; a su derecha, delante de mi padre, otro miliciano con la cabeza vendada y un mechón de pelo pinchado en la coronilla y asomando por el vendaje. La del perfume exhalaba un olor a harén cada vez que se movía, la otra se abanicaba nerviosamente. Más acusados, más preguntas, más contestaciones que enfurecían al público, más simulacros del presidente llamando al orden, una sensación de que nos íbamos hundiendo en la abyección todos, el fiscal, el de los bigotes, los de las corbatas aflojadas, el propio Miguel mintiendo a medias, Antonio y yo, los acusados, los defensores.

Salimos ya anochecido y sin que hubieran declarado todos y la sesión de la mañana siguiente se desarrolló como las otras dos, pero la de la tarde fue suspendida porque había un entierro de una muchacha de las Juventudes Socialistas que había muerto en la Sierra. Comimos solos, sin macarrones con queso, sin uvas y sin café y, cuando me disponía a salir, Petra me dijo que me llamaban. Pensé que sería Antonio, que querría decirme algo sobre Miguel, o que había aparecido el cadáver de Juan, o Arango, o Sanabria desde Toledo. Pero la voz que salió del auricular me dejó mudo y me derribó en el sillón del despacho.

Era inconfundible, parecía que se iba a quebrar en cualquier pausa y que se le escaparía y no la podría recobrar. Felicidad. Y en seguida celos, despecho, insultos, reproches lacrimosos, recriminaciones, recuerdos. Su melena, que parecía una llamarada, su boca grande, el contacto de su mejilla, nuestros cuerpos fundidos que se movían ondulando como el lomo de un caballo al galope, «Norte no puede estar sin su mujer», su hipersensibilidad que, a veces, me parecía una cualidad enternecedora y a veces un defecto irritante, o una máscara de egoísmo. Entre tanto, le oí decir que había leído la reseña del juicio en los periódicos y que como uno de los acusados se llamaba Labayen había comprendido...

—Pero ¿estás ahí? ¿Eres tú?

El poder de evocación era tan grande y tan multiforme que no me permitía despegar los labios. «¡Háblame! ¡Di algo! ¿Es que no puedes hablar porque no estás solo?» Pude decir que no, pero nada más, hubiera necesitado cinco o seis bocas y cinco o seis teléfonos para que oyera todo lo que quería decir. «Por lo menos, dime cómo estás.» «Bien. Necesito verte.» «No puede ser», contestó, tan precipitadamente

que me sentí chasqueado, como si la hubiese tratado de poseer con su consentimiento y en el momento culminante me hubiera despertado encima de las sábanas. «Entonces, ¿por qué llamas?» Un silencio corto. «Quiero oírte, quiero saber de ti para continuar viviendo... O tirando. Habla, por favor. ¡Di cualquier cosa!» Me tragué la bocanada de sarcasmos insultantes, producto del deseo despechado y sólo pensé en verla: «Esta tarde no hay sesión y me quedo en Madrid. Podemos vernos.» No, de ninguna manera. «¿Has cambiado?» «¿Cómo puedes pensar eso?» Y yo: «A las siete, aunque no sean más que diez minutos.» Y colgó antes de que pudiera decirle dónde la esperaba, colgó para no oírlo, porque tenía miedo a ceder. Salí a la calle en dirección a su casa, aunque sin reconocérmelo oficialmente, como tratando de nacerme trampa escondiéndome aquella tontería inútil, porque había vuelto con él y estaría con él, o él con ella. Una reconciliación, un reenamoramiento. Leganitos hasta Preciados, la Puerta del Sol, la calle de Postas. A lo mejor hacía dos meses y los había dejado pasar sin tratar de encontrarme, sin decirme que había vuelto con su marido. Pero ¿por qué me llamaba? Para oírme, para continuar viviendo o tirando. Tirando, con el otro encima, pero sin soltar el pasado, teniéndolo a mano para refocilarse sin ponerse en peligro.

Llegué a la plaza Mayor, bajé por el arco de Cuchilleros que olía a orines. Todas las mujeres llevan dentro una zorra. La serrería continuaba llenando la calle con su zumbido y su olor a madera y por los balcones salía la música de una radio que debía ser Radio Madrid: «Qué calentito y rico está.» Una provocadora de esas que llaman caliente... No, no era de éstas; le ardían las mejillas y se le erizaba la piel y nunca se había negado. «Ya no se puede pedir más / ¡ay *gaselita!* no me dejes ir.» Me había llamado y si no lo había hecho antes habría sido porque no había tenido oportunidad, por el otro, por el miedo obsesivo que le venía de su niñez. En la acera, delante de la puerta, miré la reja de hierro que protegía el hueco por el que se echaba el carbón al sótano, la reja donde se le enganchaban los tacones de los zapatos; en el zaguán, el portero, viejo, cegato y retrasado mental, me dijo que se había ido en los primeros días y había vuelto para recoger la ropa. «¿Y no ha dejado ninguna dirección?» «¿Dirección?» Se levantó de su silla y se acercó hasta echarme en la cara su aliento: «Oiga, señor, ¿no le he visto yo a usted antes?» Saqué un billete de los tres que me quedaban y se lo puse delante de la nariz. «Haga memoria, ha tenido que dejar unas señas. Nadie cambia de casa sin dejarlas.» «Sí, le conozco por la voz.» Le metí el billete en el bolsillo superior de la chaqueta. «¿A dónde le mandan las cartas?» «¿Es de la *poli?*» Su indigencia mental se agravó con esta sospecha. «Si fuese de la policía no necesitaría ofrecerle dinero. Déme sus señas de una vez.» El viejo se concentró, arrugó los ojos, los cerró, mientras se tiraba del labio inferior y descubría la mella de los dos incisivos centrales. «A mí me suena su voz. Yo a usted le he visto antes.» Me había visto en más de una ocasión, en aquellas en las que la había acompañado con la

esperanza de que me invitara a subir. «Haga un esfuerzo, por favor.» «No puedo. No las sé. Ahora, si se las dejó a mi señora...» «¿Dónde está su señora?» «Tampoco lo sé. Tenga el billete, señor. No le quiero robar. De veras que no sé las señas.» Me alejé, el viejo me siguió unos cuantos pasos: «Señor, señor, este dinero es suyo», ignorando hasta dónde su cara de tonto y su aliento vinoso habían resucitado mis recuerdos; estaba al borde de llorar de rabia. «Manisero se va / Manisero se va...» Y a pesar de todo se había encendido una luz que cambiaba mis pensamientos y el aspecto de las cosas. Me había llamado aunque estaba con el otro, aunque el otro había ganado y se había pegado a ella. Era lo mismo que empezar, lo mismo que aquella vez, cuando acudió a la primera cita y me dijo que había venido para decirme que no iba a venir, pero que no quería hacerme esperar. Era un comienzo... Pero ¿cómo continuar? No sabía su teléfono ni su nueva dirección ni, aunque la hubiera sabido, habría sido capaz de presentarme para darme de manos a boca con el otro. Pero podía volver a llamar con el pretexto de que había leído la sentencia. Ya me las arreglaría para citarla antes de que tuviera tiempo de cortarme. Pero ¿y si lo único que pretendía era prolongar nuestras relaciones solamente por teléfono? Uno no puede acostarse con un teléfono, aunque acostarse no era lo único, nunca había sido lo único. Pero sin acostarse no había nada. Dos meses largos y seguía igual; si hubiera conseguido una cita habría abandonado a Miguel y a mi padre y no me habría preocupado de buscar un pretexto.

Los detenidos entraron por la puerta color chocolate y él miró hacia el público hasta que nos encontró y arrugó humorísticamente la nariz torcida. Llamaron a un general, el primer testigo, y en el tiempo que tardó en presentarse pensé que podía enterarme de sus señas preguntándolas en el Quinto Regimiento como la otra vez, o buscando a la mujer del portero idiota. Pensé que podía mandarle una postal de algún sitio donde hubiéramos estado juntos, del Museo del Prado, del arco de Cuchilleros o la calle del Rollo. Esto haría que resonaran en ella nuestros recuerdos, lo mismo que los habían hecho vibrar en mí su voz y el portero, con su mella y su aliento fétido.

El general tenía una barriga que sobresalía por debajo del fajín y unos ojos pequeños y negros disminuidos por unas gafas con montura de metal y parecía un cura de pueblo bien nutrido. Había visitado los cuarteles de Campamento por orden del ministro de la Guerra y había podido notar el ambiente de rebeldía y desacato que dominaba en ellos y que aumentaba de cuartel en cuartel. «¿Conoce usted a los acusados? ¿Qué opinión le merecen?» El general se quitó las gafas, las limpió, volvió a ponérselas y paseó la mirada por los banquillos. «Este es un memo», susurró el coronel. La postal, sin nada escrito, podía ser más comprometedor que... «Conozco al coronel, al comandante mayor y al comandante Solans y conocía también al capitán Adoración, un individuo muy peligroso por su fanatismo.» Pero el otro no estaría para perder el tiempo vigilando la correspondencia de su mujer y, de todos

modos, ésta era muy capaz de inventarse la mejor explicación. ¡Su mujer! «¿Qué piensa de ellos, general? Quiero decir ¿qué juicio le merecen?» El general hizo una aspiración profunda que acentuó su barriga: los cuatro que había citado estaban en una actitud inadmisibles, de la que dio cuenta al ministro, y en cuanto a los otros, suponía que habría un diez por ciento que serían leales. Entre el general y el siguiente testigo, un capitán de la guardia civil, recaí en la postal, en los medios de que podía valerme para conocer su teléfono, en su voz anhelante, su madre enferma y tiránica, su melena y sus hombros huesudos. El capitán de la guardia civil contaba la lucha entre las fuerzas locales y la columna Solans, la desbandada de ésta, el bombardeo del cuartel por los aviones y el del aeródromo de Cuatro Vientos por las baterías de los sublevados.

—Siendo las nueve horas, los números de mi unidad, con unos trescientos paisanos de las milicias populares, y un servidor al frente, iniciamos el avance por la carretera hasta establecer contacto...

Hablaba con los giros de los atestados que pasaban por mis manos firmados por el cabo-comandante del puesto de la guardia civil: «¿Tuvo bajas?» No, pero los paisanos de las milicias tuvieron doce muertos y treinta y siete heridos. Estiré el cuello para mirar lo único que podía ver de Miguel, la nuca y uno de los hombros, y vi cómo inclinaba hacia delante la cabeza, y por encima de ésta, al presidente, de pie, tocando la campanilla y pidiendo un minuto de silencio por los heroicos milicianos que habían dado su vida por la causa del pueblo. «¡Ustedes también! ¡De pie todo el mundo!» Y de pie mi padre, la rubia, la que suponía liada con Miguel, éste, Solans, el general barrigudo, Arango, los jurados, el fiscal, Antonio Ruiz. Cuando llamara al Quinto Regimiento me preguntarían quién era: «Un compañero de Asturias. Traigo un recado para él.» No había encontrado a Norte en las señas que traía. «Así que si me dieran su teléfono...» Y en seguida, desde uno público, la llamaría: «Mañana, a las seis en la entrada al Botánico por el Paseo del Prado.» Había pasado el minuto de silencio, habían llamado al comandante Monroy, se habían sentado todos con un rumor de voces y sillas y pies, y Federico contemplaba abstraídamente a los acusados, como si no quisiera reconocer a ninguno. Con la gorra bajo el brazo hizo una inclinación de cabeza hacia el tribunal. Mi padre se incorporó. «Oiga, que no es transparente.» Federico, de perfil, decía su edad, su destino, su estado civil, provocando aclamaciones. «¡Vivan los militares leales! ¡Abajo la traición!» Aplausos, o pateos; el fiscal esperaba su turno. El Botánico era un buen sitio, sólo había niños y viejos retirados, quizá encontraríamos algún invernadero abierto. ¿Vendría Andrés? Federico contaba lo que ya sabíamos: las reuniones, los insultos y las amenazas de los más exaltados, la irrupción de varios oficiales dando gritos subversivos, su detención y su liberación por la guardia civil después del bombardeo. «¿A quién considera responsable?» El defensor del coronel protestó; esa apreciación

correspondía al tribunal y no al testigo.

—No ha lugar.

Federico se cambió la gorra de brazo: en el ejército no había más responsable que el que mandaba. El fiscal: «Es cierto, pero a la justicia del pueblo le interesa castigar a los verdaderos culpables y no a los que puedan serlo formalmente.» Lo sentía, no podía dar otra contestación porque era militar pero creía que el coronel no se había sublevado por iniciativa propia. ¿Admitía, entonces, que había otra clase de responsabilidad? Claro, la de los instigadores. «¿Y quiénes han sido para usted los instigadores?» El teniente coronel segundo jefe, el comandante Solans, el comandante Olmedo, el capitán Adoración y los oficiales que entraron dando gritos en la sala de estandartes. «¿Y leales?» El capitán Labayen y el teniente Latorre. Y la cabeza de Miguel bajó más aún, pensando, lo mismo que yo, que era verdad, que se tenía que decir pero que sonaba a delación. Y el fiscal: «El capitán Labayen salió del cuartel con la columna Solans...» «Ya lo sé, pero sigo pensando lo mismo.» «Y ¿cómo explica su actuación?» Se enderezó, se encogió de hombros y volvió a enderezarse; podía garantizar su lealtad porque había tenido pruebas de ella y le conocía desde hacía trece o catorce años, pero de eso a explicar su conducta...

—Es lo que le pido. Se es leal hasta que se deja de serlo.

El capitán Labayen había sido víctima de alguna coacción moral, o de alguna provocación o los acontecimientos le habían sorprendido en una situación personal que le empujó a adoptar una decisión desesperada. «¿En qué se funda para aventurar esas explicaciones?» «Ya se lo he dicho, en que le conozco bien.» Y se sentó en el mismo banco que el general y el capitán de la guardia civil. Una decisión desesperada, le conocía, le conocía mejor que yo. Más testigos, aviadores de Cuatro Vientos, milicianos que habían estado de guardia en la carretera, un teniente de asalto. ¿Y Andrés? Andrés con sus maletas y su pistola sobre el vientre. Un sargento de artillería declaró que habían repartido coñac entre la tropa antes de que se formara la columna Solans y uno de los acusados, de pie, gritó: «¡Mentira, eso es mentira!» El presidente ordenó silencio, y el sargento añadió que quisieron emborrachar a los artilleros porque sabían que estaban contra la sublevación. «¡Mentira, es una infamia!» El público se encrespó; abucheos, aplausos, insultos, vivas, todo ala par. El coronel dijo: «Esto es repugnante», casi en alta voz, yo pensaba en Andrés, en que podía ser verdad, en que aquéllos no eran como mi padre, en que era mentira porque el fiscal no lo había preguntado.

El presidente, a fuerza de campanillazos, consiguió dominar el escándalo. Y apareció Orestes, con su cara rufanesca y su pelo negro reluciente. ¿Iría a azararse ahora? Se parecía a la del perfume; tenía la misma forma de la barbilla, la misma nariz. Contó con aplomo el episodio de los cerrojos; no pudieron quitarlos todos porque eran cuatro gatos: el capitán Labayen, el teniente Latorre, un sargento y él;

siguió con el licenciamiento de los artilleros y con lo del capitán Adoración y la muerte de éste y volvió a los cerrojos: ya no pudieron coger más porque habían puesto diez artilleros de guardia en la armería. Más testigos, el corneta mayor, un antiguo secretario del coronel que dijo que era un buen republicano, un tornero de la Maestranza, con un calibrador que asomaba por el bolsillo del mono y que defendió ardorosamente a Solans a pesar de los abucheos. Habían abierto una ventana y entraron por ella el sol y un moscardón negro que pasó zumbando sobre nuestras cabezas y volvió a salir; mi padre tenía la superstición de que estas entradas repentinas de moscardones presagiaban desgracias. ¡Qué largo era aquello! Los jurados preguntaban a los testigos apropiándose las palabras rituales: «¿No es más cierto que usted...?» Me distraía, me cansaba, me aburría, contemplaba el bigote del presidente, el esparadrapo del coronel del regimiento, la nariz de la hermana de Orestes, las oleadas que promovían los suspiros de su pechazo. Estaban llamando a Andrés Ruiz: «Andrés Ruiz García.» Mi padre me dio en el codo, cambiamos una mirada, la suya de esperanza, la mía escurridiza. «Andrés Ruiz. ¡Andrés Ruiz!» Antes de que volvieran a llamar sabía que no aparecería, que el Partido no se lo había autorizado o que ni siquiera lo había pedido porque nos había borrado a todos. Tampoco apareció a la cuarta llamada. Mi padre dijo «¿Será posible?», consternado por tanta ingratitud; con todo lo que habíamos hecho por él siempre, con el interés de Miguel, las clases... «Mal nacido.» Antonio me miraba diciéndome, con un gesto, «me lo temía, pero no os preocupéis». Me lo imaginé ante alguno del Comité Central, colgando de sus muletas: «Camarada mocoso, ¿no crees que ha llegado la hora de que te tragues tus pequeños sentimientos personales? Ni venganzas por tu cuenta ni echarle una mano a los que aunque sean tus amigos no lo son nuestros.» Otro testigo más y el presidente concedió la palabra al fiscal. Un desdichado el pobre Andrés; a saber la parte que tenía su pierna lisiada en sus convicciones.

El fiscal se tiró de las mangas y sacó un pañuelo para secarse el sudor. «Ahí, delante del Tribunal Popular, se sientan unos cuantos representantes del brazo más poderoso de la oligarquía, un brazo que se ha vuelto una vez más contra aquellos que debía defender y que es necesario amputar para que no vuelva a repetirse.» «Cumpló un penoso deber...» «¡Mueran los militares traidores!» Otro alboroto, otro pataleo, lluvia de insultos, puños levantados, campanillazos del presidente y yo, con mi dolor de cuello, mirando a los catorce jurados, los tres jueces de derecho, las diecisiete caras, los diecisiete pares de ojos. Detrás de ellos, resentimientos que podían estar justificados, preocupación por ser justos, o prejuicios, o consignas, o generosidad, o impaciencia por concluir, por salir a orinar o a echar un cigarro. Había uno que se había dejado resbalar en el sillón y no asomaba más que la cabeza. El presidente daba suaves toques a sus bigotazos, el del gorro escuchaba sin volver hacia el fiscal más que los ojos. Los hechos que habíamos oído ya en dos versiones opuestas, como una

foto y su negativo. Se extiende, con intención de lucirse, hablando de la actuación del coronel, del comandante mayor, de Solans. Hay treinta y tantos acusados, va a ser interminable. Miguel va a tener tiempo de todo, se va a perder el efecto de las declaraciones de Monroy y de Orestes y de los periódicos que entregó Antonio. Sigue repasando conductas, haciendo distingos entre los instigadores y los ejecutores, citando artículos del Código penal militar. La tarjeta, pero desde Toledo. ¿Cómo averiguo las señas? Se la puedo enviar al Quinto Regimiento, puedo hacerme pasar por un comunista, amigo de los dos, que estuvo con ambos fuera de España. Pero ¿y si está aquí y no en Asturias? Los nombres y apellidos de los acusados y la pena que pide para cada uno: para el ex coronel, pena de muerte; para el ex comandante mayor, pena de muerte; para el ex comandante Solans, pena de muerte. Pena de muerte, pena de muerte, pena de muerte. Por lo menos veinte penas de muerte para otros tantos ex comandantes y ex capitanes.

Me distraigo una vez más, miro la alegoría de la República que parece pintada por Riaza, los bigotazos del presidente, el pelo rubio de la del escote, blondo y pesado, pero menos flameante que el de Luisa. Mi angustia es siempre más corta que la causa que la motiva; si hubiera de asistir a la agonía de alguien muy allegado a mí, de mi padre, de mi madre, del propio Miguel, y se prolongara mucho tiempo, acabaría siguiendo los dibujos de la colcha con las pulpas de los dedos, o bostezando, o imaginando lo que haría cuando me relevaran. Se me ocurre que puedo hacerme pasar por una amiga del colegio que hubiera ido a parar a Toledo; una postal con muy pocas líneas y una letra picuda y no hace falta que sea la Biblioteca Nacional. El fiscal continúa con sus ex y sus penas de muerte como con un estribillo, un reparto de premios a la inversa. Ya no se oyen insultos ni toses, ni pataleos ni aplausos. El vocal que se había escurrido en su sillón mueve la cabeza al compás de los nombres, los ex y las muertes, y el fiscal lleva su beatería al extremo de decir «Fulano de Tal, ex marqués de no sé qué, pena de muerte». Pena de muerte, debe ser ya la veintidós o la veintitrés. Éste cumple con su obligación; son el enemigo, el mismo que declara ante mí en Toledo. «En cuanto al capitán Labayen...» No le ha colocado el «ex». Se ha puesto de pie entre los otros, recibiendo en la espalda una mancha de sol que proviene de algún cristal; a mi padre se le cae el bastón de las manos y me inclino para recogerlo. Está diciendo que quiere rectificar su declaración y los jueces y los jurados se miran entre sí. El presidente abre la boca bajo su bigote, Antonio alza una mano no sé si para tocarse la cicatriz o para hacerle una seña, el fiscal espera tras su impasible cara tirante y Miguel, con una voz firme, sin gritar, dice que nadie le coaccionó, que se sublevó igual que los otros, que el comandante Solans quiso sacarle del cuartel para evitarlo. Nuestro padre se levanta y es una señal para que se levante todo el público. Ruidos de bancos y de sillas, órdenes del presidente: «¡Siéntense o haré desalojar la sala!» El coronel susurra: «¡Cállate, hijo, cállate!» Yo aprieto el

bastón por la empuñadura y Miguel va demoliendo su declaración ladrillo a ladrillo. Había asistido a la reunión en la sala de estandartes, se había opuesto pero le habían dejado salir, y había vuelto al cuartel aunque estaba seguro de que se sublevarían. Solans, de pie, grita que le habían obligado, que Olmedo le había dicho que no tenía cojones; el coronel se agarra a mi brazo para subirse al banco, como se ha subido todo el mundo. Otros, los más exaltados, le dijeron que no se merecía el uniforme que llevaba. Y Miguel dice que no le hirió el capitán Adoración sino algún guardia civil durante el tiroteo, que no fue verdad que les hubieran quitado a los mosquetones los cerrojos. Orestes se levanta, se sube al banco, apoyándose en Monroy, dice que fue verdad, que él mismo vio al capitán Adoración sacar la pistola y disparar sobre el capitán Labayen a bocajarro. Se han ido sentando; Monroy le da vueltas a la gorra, Solans se tira de los pelos.

—¡Siéntense!

Me tiran de la chaqueta, Antonio se ha puesto de pie y extiende la mano y ni siquiera la emoción me impide advertir lo que tiene de afectado su ademán, y a la par, en el tiempo de un fogonazo, pasa por mi memoria la voz de Miguel, al otro lado de la puerta del retrete, los golpes que daba, «¡Tomás, lo saben todo!», y el frío que sentí y la certeza de que no era verdad, de que lo estaba soñando, de que también estaba soñando este suicidio. «¡Señor presidente, señor presidente...» El del bigote asentía con la cabeza, agitaba la campanilla y extendía la mano hacia Antonio. «¡Silencio, silencio!» Antonio, por encima de los últimos rumores: «Ruego al tribunal que sea suspendido el juicio en cuanto a mi defendido porque sus retractaciones sólo son posibles en quien está trastornado mentalmente.» Pero Miguel protesta, no está trastornado, jamás ha estado más en sus cabales. Y el presidente le ordena que se calle y se siente y Antonio pide que su defendido sea examinado por un psiquiatra. El presidente consulta con los otros jueces de derecho, con los jurados y con el fiscal, la hermana de Orestes suspira con oleadas de pecho y perfume, y mi padre se suena por encima de mi cabeza, todavía subido en el banco: «El tribunal suspende la vista para deliberar. Evacúen la sala.»

La puerta color chocolate aspira acusados, aspira a Miguel. Antonio nos hace señas de que le esperemos, Arango se abre paso hasta nosotros, la gente empuja, comenta: «Hay que reconocer que tiene pelotas.» «Esto no hay quien lo entienda.» «Guillado, un fulano que está en su sano juicio no...» «Vete a saber.» «Pero ¿y los periódicos?» «Vete a saber, ¿los has visto tu?» Arango nos ayuda a salir, Federico Monroy y Orestes están en el patio central, con Langa y otros testigos, Langa muerde la pipa, nuestro padre mira al suelo. Federico y Orestes callan; los oídos se me han llenado de los «ex» y las penas de muerte; en el alero del tejado revoloteaban unos cuantos gorriones. «Antonio está reunido con los del tribunal», anunció Federico. Orestes sacó un paquete de Craven y se lo volvió a guardar avergonzado. Yo sentía

una reserva que me enfriaba y me permitía ver los gorriones, el humo apacible de las chimeneas de las cocinas, los manejos de mi padre con el bastón y el pañuelo y el sombrero, la pipa de Langa, la mano derecha de Federico Monroy ajustándose el correaje, Arango que encendió un puro y lo tiró bruscamente al suelo a la segunda chupada para decir: «Hay que evitar que esto salga en los periódicos», y abrirse paso a empujones, sin despedirse, seguido por Langa. Todo está lúgubre, ensombrecido por la visión de Miguel camino de su celda, de Antonio discutiendo allá dentro con los jurados. Orestes volvió a sacar la cajetilla de Craven y anunció que don Antonio venía y éste, de puntillas, nos buscó por encima de las cabezas de los que aún salían de la sala y habían conseguido entrar en el patio central. «¿Y ahora qué le vamos a decir a tu madre?» Monroy levantó una mano para llamar la atención de Antonio y éste nos vio y se reunió con nosotros. La mayoría seguía inclinada a absolverle pero habían decidido aplazar la sentencia algún tiempo.

Salimos de la cárcel; el coronel se cogió de mi brazo y del de Monroy, me dio el bastón, se irguió por la fuerza de la costumbre y volvió a encorvarse. La gente se apartaba y nos miraba al reconocer a Antonio, a Monroy y a Orestes. En casa, el primero acabó de contarnos la reunión; hasta los más reacios no pasaban de decir que sería muy comprometido absolverle en seguida y que debían dejar pasar un mes. Nuestra madre escuchaba y comprimía los labios, Laura nos miraba con expresión ausente. Le examinarían un par de médicos del Instituto de Psiquiatría Forense que él mismo elegiría, todo saldría bien. Pero ¿y después, cuando estuviera en libertad? Con tanto asesino campando a sus anchas... «Mi coronel, eso no debe preocuparle, porque conseguiremos que le destinen a un sitio donde nadie le conozca.» «A mí me pasa ya lo que a Inés, que hasta que no lo vea en casa...» «Lo verás.» Antonio se levantó. «Voy a ocuparme de los periódicos.» Y Monroy se puso también de pie. «¡Y para esto me escapé de la bronconeumonía!», repitió nuestro padre. «Fernando, la vida es así.» Antonio le tocó el hombro. «¡Entonces, me cago en la vida! ¡No la quiero!» Y se marcharon todos huyendo de nuestra desgracia; nuestra madre lloraba sentada en el borde de la silla, Laura acariciaba a Bucarín, Antonia se quitó las gafas para enjugarse las lágrimas, Petra dijo algo en vascuence, llorando también.

Al día siguiente, los periódicos trajeron la reseña del juicio aunque sin mencionar a Miguel. El coronel recobró cierta esperanza y a mí, como si viniera de un millón de años atrás, me volvió el recuerdo de Luisa. Y salí a comprar la tarjeta con el pretexto de que tenía que pasarme por el Ministerio; una fotografía de la Biblioteca Nacional, por la entrada de Recoletos, que me dieron con un sobre azul y que, mientras me la echaba al bolsillo, me trajo la idea de que iba a llamarme, precisamente porque los periódicos no decían ni una palabra de Miguel, o con el pretexto de que no decían nada. Me notaron en seguida la impaciencia, porque me precipitaba a coger el teléfono cada vez que sonaba, pero como no sabían el motivo se figuraban el peor:

«Tú esperas algo sobre Juan.» «O sobre Miguel.» «Tú sabes más de lo que nos has dicho. ¿Por qué has ido al Ministerio?» «Para saber si sale algún coche.» «¿Es que no hay trenes?» «Van de bote en bote y no llegan a la estación.» Mis explicaciones no les convencían, y, como enrojecía, como me sucede a veces cuando pienso que voy a enrojecer, sus sospechas se hacían más vehementes. Mi madre me apremiaba, Laura estaba al borde de la histeria, me gritaba que no sé mentir y que había aparecido muerto y no me atrevía a decirlo, y el coronel, con el verdugón en la frente: «Si sabes algo, es mejor que nos lo digas ahora mismo, porque nos vamos a enterar de todas maneras.»

Ayer hizo tanto frío que nos levantamos solamente para barrer y recoger las comidas. Por la tarde, hacia las cuatro, comenzó a nevar. A través de la arpillera del montante se veían copos, una cortina de lunares blancos y movedizos cada vez más espesa, que estaría cayendo sobre el cuerpo del profesor, tapándole; lo último que desaparecería sería su nariz. Pronto, se hizo un silencio de alfombras o de sordos; parecía que se había terminado la guerra y se habían ido de Madrid todos sus habitantes. El calvo recordó que Mendoza le dijo que cuando los nacionales se acercaron al parque del Oeste huyeron todos los milicianos de la guardia y dejaron abandonada la cárcel. Otro añadió que, a lo mejor, era lo que estaba sucediendo. El estudiante dijo casi a mi oído: «¡Pobre profesor! Con lo que le gustaban las mujeres». Y el marino que no sucedía nada, que estaba nevando y eso era todo. «No nos deja usted ni un segundo de esperanza.» «Porque no la hay.» Valerio: «¡Qué sabe usted! Estamos en manos de Dios.» «Y de estas fieras.» «¿Por qué no nos dejan en paz?» Sí, ayer nevó y por eso no se llevaron a nadie durante la noche. Hoy hace más frío pero ya no nieva; ahora llueve, se oye el rumor de las gotas que caen sobre los canalones y el suave murmullo líquido sobre los charcos, unos ruidos tan sedantes que resultan desgarradores, que adormecen y dejan tan sólo una sensibilidad vegetal, ansias de tierra húmeda, de disolución, de ser un árbol sin hojas que reduce a lo menos posible su vida para atravesar el invierno sin morirse del todo.

—¡Ahí tenéis un nuevo huésped!

Han abierto la puerta y un empujón lanza a un detenido al centro del garaje, donde se queda en una postura forzada, haciendo movimientos con los brazos para mantener el equilibrio. Al fin, lo consigue, se endereza, se sacude la gabardina, se mira los zapatos cubiertos de barro, saca un pañuelo y se seca la cara. Luego empieza a tiritar y mira a su alrededor, saltando de una cara a otra hasta que se fija en los abrigos y las mantas. «¿Busca un sitio? Allí, en el rincón donde está el cubo. Quítelo.» Pasa por delante de mí, coge el cubo, lo mira y lo vuelve a soltar con un gesto de asco feminoide: «Pero... pero ¡si es mierda!» «Es peor el frío que la mierda.» Lo coge de nuevo, con mucho aspaviento mujeril; es delgado, con una calva

en la parte superior de la cabeza y una pequeña isla de pelos sobre la frente, tiene un color verdoso de enfermo del hígado y un labio superior como el de un mono, convexo, saliente a mitad de camino entre la nariz y la boca. Se quita la gabardina y nos vuelve a pasar revista; Valerio, sin levantarse, le ofrece la mano y se presenta: «Valerio Salas, arquitecto»; el estudiante se levanta, aparta una de sus mantas y se dirige al otro: «Quítese la gabardina y la chaqueta. Va a coger una pulmonía y ya está bien de enfermedades.» «¿Para qué? No voy a tener tiempo ni de que se me seque la ropa. Me han hecho un juicio y me han dicho que esta misma noche...» «No haga caso. También me lo dijeron a mí hace once días. Vamos, quítese la chaqueta.» «¿Once días?», repite, obedeciendo y envolviéndose en la manta y sentándose en el rincón donde estaba el cubo. Van desapareciendo sus tiritonas: «¡Gra... gracias!» El estudiante se sienta frente a él: «¿Es usted cura?» «¿Yo? ¿Yo cura?» «Se dice sacerdote», corrige Valerio. «No, no, señor. Soy sastre.» Asoma el desencanto en las caras de los dos. «¿Por qué le han detenido?» El sastre explica que por culpa de la criada, y añade que llevaba tres meses escondido en un armario de doble fondo. «Tres meses. Se dice pronto. Tres meses sentado y durmiendo en una silla, saliendo unos minutos para comer y para...» «Y ¿cómo no se le ocurrió buscar otro escondite?» No tuvo tiempo, repite que fue la criada. Les fastidiaba todo lo que podía, tenía un niño de cerca de un año que necesitaba leche para el biberón, la mandaban a buscar la leche y volvía a las dos o tres horas diciendo que se había terminado cuando iba a tocarle la vez. «Y después iba mi mujer y volvía a los diez minutos, y lo mismo hacía con el carbón y con el pan y con las patatas...» Se echa a llorar, el estudiante le zarandea, le anima: «¡Vamos, hombre! Ya verá como le sueltan.» «A mí me dan el paseo por culpa de ésa.» «¿Por qué se escondió?» Se sorbe las lágrimas. «Por miedo, por miedo, sí, señor, porque todos mis clientes eran militares. Mi especialidad son los uniformes.» Y vuelve a llorar. Hay otros que se quedan cuajados, que sólo mueven los ojos o la glotis para tragar sal. /a, y lo curioso es que suelen ser éstos los que duran menos, como si su terror respondiera a un barrunto misterioso y notaran que se les había metido en el cuerpo la muerte o la sintieran venir. A éste le llamarán por la noche. Lloro, tapándose la cara con las dos manos, lo mismo que el coronel cuando nos quedamos solos en el cuarto de estar y me dijo que a él no necesitaba engañarle, que por mucho que dijera Antonio, Miguel estaba perdido, que habían asesinado a Juan, que me asesinarían a mí y también a él, a pesar de sus años: «¡Si al menos fuera el primero!» Por unos instantes se me contagiaron las ganas de acabar porque, como decía Miguel, es una solución, haya lo que haya después, lo mismo si es una cima y una expansión sin límites hacia la luz, que si no es más que soltar los fardos y los problemas, el temor, la angustia y las preocupaciones. Ahora lo que pienso es que será un pozo en el que caeré, que me cubrirán de sombras, que desaparecerá el mundo, el cielo, la arpillera por la que se ven los árboles, Luisa, las caras de Valerio,

del conde, del marino, del estudiante, este cuaderno en el que he comenzado a escribir en líneas verticales que se cruzan unas con otras.

Nos traen la cena, el sastre no tiene apetito y se la da al estudiante, pero éste tampoco tiene ganas hoy; luego, apagan la luz porque las reglas duran un par de días. Se oye el castañeteo de unos dientes, llueve, con el mismo rumor apacible, pero ya no quiero confundirme con la divinidad, o con lo que sea, ya no siento ningún deseo de embeberme en luz ni de instalarme en ese estado de gracia que he experimentado alguna vez, coincidiendo casi siempre con alguna convalecencia o alguna debilidad física. Quiero vivir, quiero seguir siendo yo, mi cuerpo, mis cobardías, mi astenia, mis intestinos, mi sesera archivando recuerdos, orgasmos como descargas de electricidad, lujuria como la del profesor, premoniciones, tedio, cansancio. Se oyen los ruidos de la cerradura, se enciende la bombilla: «¡A ver, tú! ¿Te llamas Pascual Núñez? ¡Vamos, a levantarse!» No es Perico, el del pasamontañas, sino otro que parece nuevo y que lleva un suéter amarillo; el sastre recoge su chaqueta, se la pone, se echa la gabardina sobre los hombros, le devuelve al estudiante la manta, hace una mueca como si fuera a llorar por tercera vez pero se contiene y se limita a arrugar el hocico de mono. Poco después oímos las doce. Valerio dice: «Un padrenuestro por su alma: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea...» Pronuncia cuidadosamente, sin énfasis, y yo me sorprendo rezando y a la par diciéndome que rezar es una nueva degradación, la última cobardía, que ya basta de cobardías y que da lo mismo una más. Dejo de farfullar, los otros terminan, el cubo ha vuelto a su sitio, alguien acaba de usarlo; cierro los ojos, meto las manos bajo la cabeza, y doy un resoplido con la esperanza de alejar el olor. Pero no lo alejo, sólo consigo que se convierta en el del tren de Toledo, en la plataforma de un vagón de segunda a la que daba el retrete que estaba atascado y cuya puerta había sido arrancada. Frente a mí, iba un campesino sentado en la tapadera de la taza, con una cesta entre los pies; yo, con la tarjeta en el bolsillo, escrita ya y con las señas que había logrado de la mujer del portero, gracias a otro billete. Al verla, adivinaría la procedencia, recordaría, como yo, el Museo de Arte Moderno, la primera vez que la cogí por el brazo para conducirla ante un retrato de Rosales. Recordé la pequeña desilusión que me produjo su delgadez, y en seguida, el roce del dorso de mi mano con la parte lateral de su pecho izquierdo, un roce demorado, insistente, que era su primera promesa de consentimiento, aunque ninguno de los dos hablábamos más que de los cuadros, aunque entre nuestras sensaciones y nuestra charla había una disociación que hacía más gustosas aquéllas, acaso porque nos reteníamos; el brazo delgado pero redondo y firme, lo mismo que el pecho, mis maniobras para ir más allá y las facilidades que ella me daba haciendo como que no me las daba, el abrazo entre un Sorolla playero y uno de los primeros Picassos, casi a la vista del guardián, el sofoco de ella, las mejillas encendidas, el juego de sinuosidades de sus labios, que tan pronto sonreían

como se entristecían: «Sal tú primero. Es tan aparatosa la bajada por esa escalera.» Volvimos a reunirnos en una taberna de Claudio Coello, apretándonos las rodillas bajo el velador, con dos vasos de cerveza delante. Confidencias menudas: qué era yo, dónde trabajaba ella, quiénes eran nuestros padres, dónde vivíamos, nuestros teléfonos, Chamartín, la revolución de Asturias, los besprizornyi que había visto desde el tren, el olor a carbón que traía su padre siempre...

Y Toledo, con su hedor, la cara de enfermo de Sanabria y el descontento de los otros dos. Los juicios habían sido como los primeros, con ejecuciones a los tres o cuatro días. Y malas noticias del frente, porque los facciosos habían tomado un pueblo a cincuenta kilómetros en línea recta. «Y eso fue el lunes. Hoy estarán más cerca porque el guardia me ha dicho que han llegado heridos de Escalona.» «Y entre Escalona y Toledo... En tres o cuatro días pueden estar aquí.» «¿Y tu hermano?» Bien, es decir, mal, muy mal. Sanabria hizo un gesto de compasión y, en seguida, se endureció y me dijo lo que yo mismo había pensado: eran culpables, se habían sublevado, las formas carecían de importancia, lo de menos era que los jurados fueran jueces y partes a la vez. ¿Cómo no iban a ser parte? Representaban a las víctimas, los que se estaban pudriendo en la plaza de Zocodover, a los asesinados en Badajoz, los ferroviarios de Valladolid, los pescadores y los campesinos gallegos... «Pero siento lo de tu hermano. Lo siento y no me lo explico.» Y Pedro dijo precipitadamente que él también lo sentía pero que lo que importaba es que estaban a punto de tomar la ciudad. Y Sanabria que no, que habían traído mineros para hacer una galería y volar el Alcázar y que, una vez que cayera, todas las fuerzas que lo sitiaban les cortarían el paso.

—¡Las fuerzas! ¿Qué fuerzas? Dos mil o tres mil milicianos que echarán a correr.

No, llegarían refuerzos, el Quinto Regimiento había preparado varios batallones, en Albacete se estaba organizando a los voluntarios extranjeros, habían llegado dos barcos rusos con armas. Pensé en Luisa recibiendo la postal y evocando el retrato de Rosales, nuestros abrazos, nuestros encuentros. Los rebeldes a cincuenta kilómetros, los otros discutiendo si les detendrían o no. Lo importante era saberlo a tiempo de huir. «Sois unos derrotistas.» «Y tú un iluso.» «Os prohíbo que hagáis correr por ahí esos cuentos.» «¿Cuentos? Es la verdad.» «Es que tenéis miedo.» Y Riaza: «Os denuncio a los dos como sigáis hablando así.» Y Sanabria. «¡Tú a callar!» Eché en Correos la postal dentro del sobre azul y volví al despacho, cuya ventana tenía otro cristal roto, y a los caciques a quienes acusaban de atropellos cometidos hacia tres o cuatro años, o a los guardias civiles culpables de tener la mano demasiado dura. El terror les envaraba aun antes de las preguntas, y a mí me envaraba la posibilidad de que entre ellos los hubiera de buena fe, como mi padre o como Solans, que no tenían ni fincas ni habían sido unos explotadores, pero que estaban marcados por sus vidas y no tenían toda la culpa. El mecanógrafo resplandecía cuando tecleaba las

declaraciones que yo no me atrevía a endulzar, me ovacionaba mirándome y sonriéndome, dando ligeras cabezadas afirmativas, frotándose las manos. Todos estos gestos me indignaban y me permitían transferirle el desprecio que yo me inspiraba a mí mismo echándolo sobre sus gafas, de un dedo de grueso, y sobre su frente estrecha y su cuerpo raquíutico. Era un saco de resentimiento, lo mismo que Andrés. En las comidas, Sanabria se levantaba para vomitar, y Pedro decía: «Este acaba loco o enfermo. Se pasa la noche con la luz encendida dando paseos por la habitación.» Silencio cuando regresaba, miradas furtivas que observaban sus manos temblorosas al coger la copa de coñac o la taza de café. «Se está matando.» Volví al palacio del arzobispo arrastrando el recuerdo de las ojeras que, unidas al traje negro, le daban el aire de un viudo convencional, o el de Riaza, que seguía con sus desnudos, tiraba de su trasero y decía que no tenía problemas porque eran responsables objetivamente y con eso bastaba para que estuviera justificada su eliminación.

Apareció el primer detenido del día, un gordinflón barbudo dentro de un traje que le estaba estrecho, con una voz siseante que apenas se entendía. Pude captar una mirada aniquiladora del mecanógrafo y le oí preguntar su nombre y su profesión. Mis ojos pasaron de su aspecto de fraile visto por un periódico anticlerical al que hubieran añadido una barba, al informe del Comité en el que se decía que era marista y que le habían detenido en el cuartel disparando contra los milicianos. «Profesor.» El mecanógrafo se detuvo y me miró: «¡Diga que no! Es el hermano Afrodisio, un fraile de mucho cuidado que estuvo pegando tiros en el cuartel.» Advertí una contracción nerviosa en la sotabarba peluda, oí los bufidos indignados del otro y volví a la cara bañada por el sudor. «¿Es verdad eso?» Hizo una aspiración casi sollozante y un gesto decidido: «Es verdad, soy marista y no he debido negarlo.» Y se dividió en dos mitades, la de arriba correspondiente a una imagen piadosa en caricatura y la de abajo a un palurdo adinerado con la bragueta tirante hasta enseñar los botones. «¿Qué hizo el día en que empezó la sedición?» «Ya se lo he dicho yo», restalló el mecanógrafo.

Al fraile le acometió otro temblor y su mitad de abajo se acomodó a su mitad de arriba; por unos instantes, me pareció una de esas iglesias que abruman con su tamaño todas las casas de un pueblo. Sudor a borbotones, mordiéndose los labios, las manos inquietas. «¿Qué hizo usted?» «Nada, nada en absoluto. Meterme en un rincón y ponerme a rezar a todos los santos de la corte celestial. Estaba muerto de miedo.» «Muerto de miedo, pero pegando tiros. Cuando le pescaron todavía estaba calentito el fusil.» «¿El fusil? ¿Soy hombre para tocar siquiera un fusil? Míreme. ¡Yo, yo un fusil!» Separó los brazos del cuerpo y se ofreció a mi contemplación con la impudicia miserable de un mutilado que exhibe sus muñones para forzar la limosna. Las armas de fuego le asustaban, no había hecho el servicio militar porque había entrado a los diez años en el convento y los frailes estaban eximidos del servicio y no le habían enseñado. «Habrás aprendido después. El hermano Afrodisio. ¡Menudo cabrón! Todo

el mundo sabe que le pescaron con un fusil.» El otro repitió que nunca había cogido un fusil, añadiendo que podían declararlo los soldados. Me asqueaban la cara sebácea, la barriga y los brazos cortos y rollizos, pero podía estar diciendo la verdad. «Escriba que se refugió en el cuartel donde permaneció inactivo mientras duró el combate, limitándose a asistir a los heridos.» El fraile asintió, con una expresión de gratitud que disipó mis dudas, y se lanzó a abundar en mi versión diciendo que le habían echado de la casa donde le acogieron unos días antes, que le habían prestado aquella ropa pero que no tuvo más remedio que refugiarse en el cuartel. Y mientras decía esto me miraba, como preguntándome si era aquello lo que debía declarar, y el mecanógrafo escribía a regañadientes. «Si la tortilla da la vuelta, será el primero en denunciarle. Además, le vieron varios soldados y los milicianos que le detuvieron y que se lo debieron cargar allí. Y usted ayudándole...» «Pues que vayan a declararlo al tribunal. ¿Cómo se llaman los que le vieron?» A continuación, Julio César Sol; diecinueve años, estudiante de derecho, presidente de una asociación monárquica, dueño de unas piernas largas, una voz ronca, una cara triangular, frente grande, barbilla afilada, ojos saltones, tan rubio que no se veían sus cejas ni sus pestañas, y tan asustado como Jacobo, el hermano de Juan, con la misma acné juvenil, con unas orejas despegadas que se transparentaban y una nuez que subía y bajaba. Me recordaba a mí mismo cuando tenía su edad. Se le había visto salir de la casa de Abrantes, había tenido frecuentes altercados con los de las Juventudes Socialistas, había estado en la cárcel, habían encontrado una pistola en el pozo de su casa. No era más que orejas, ojos, huesos, granitos que enrojecían cuando se ponía pálido. Lo negaba todo pero de tal forma que lo afirmaba; la pistola era de su padre que ya había muerto y había sido teniente coronel, nunca había ido a casa del jefe de Falange ni de ningún otro partido, sino a la Federación de Estudiantes Católicos. ¡Responsabilidad objetiva! Este, con un padre teniente coronel y una madre con una gran finca en los montes de Toledo, con diecinueve años. «Hoy le ha dado por lo blando. Y perdone que se lo diga.» Salí a la plaza y me dirigí a la Puerta del Perdón, en la que habían hecho un parapeto con sacos. Por todas partes hedor, a rachas empantanado según la dirección de las calles. Habían pasado tres días desde que mandé la tarjeta y tal vez había sido un disparate porque tenía el matasellos de Toledo y cabía la posibilidad de que el otro supiera que la amiga seguía en Asturias.

Hice el recorrido habitual hasta el hotel, donde Pedro Martínez se me acercó, señalando un titular en la primera página de un periódico: ALERTA CONTRA LOS PROVOCADORES. «Escucha... O mejor, lee tú mismo.» Y leí, leí la resurrección de Juan: el camarada Atadell, popular jefe de la Brigada del Amanecer había encontrado y libertado al comandante Juan Andrade, conocido por su significación izquierdista, que fue detenido ¡legalmente por unos irresponsables; los familiares del comandante Andrade, acompañados por el diputado socialista Antonio Ruiz, habían visitado al

camarada Atadell y en el despacho de éste se había desarrollado la comprensible escena conmovedora. ¡Vaya! Como para echarse a llorar. Mi padre dándole las gracias al asesino de tantos otros, porque había salvado a su yerno, y Laura, y Juan con su hermosa cara de tonto. Sanabria: «Vamos al Gobierno Civil para que hables con ellos.» Laura casi no podía hablar, y luego él: que ya sabía que me había echado a la calle de madrugada, y mi madre: «¿Cómo estás? Ten mucho cuidado, hijo. Se lo he contado todo yo.» Agradecimientos estrangulados, interminables: «Ya nos veremos el sábado.» Y entre tanto Miguel encerrado, y aquella misma noche dos metros de borracho encima de Laura y besuqueos delante de la propia Antonia. Juan era más problema vivo que muerto, y yo estaba harto de cargar con él y con todos.

Sanabria, cogido de mi brazo, me hacía confidente de sus problemas con el tribunal, con el maestro de escuela y el empleado de Correos, dos fieras que pensaban que no podía absolverse a nadie y que sólo existía la pena de muerte. Parecían interferencias, *faddings* que enturbiaban mi comunicación con Luisa. «Tampoco te hace a ti muy feliz la justicia del pueblo.» Un ensanchamiento de las aletas de la nariz delató su irritación: «Claro que no, pero no porque sea implacable sino por las apariencias ante las democracias. Si nos hubiéramos embarcado en una revolución de verdad, rompiendo con todo... Pero así...» «Así, hay que ir al pasteleo, con la carne de los culpables lo mismo que con la de los inocentes.» Después fui a la sala capitular, y contemplé los retratos de los arzobispos a lo largo de las paredes, a Sanabria, a Rosas, a Pedro, y a los jurados que se habían sentado bajo el fresco de Juan de Borgoña, que representaba una Virgen con el Cristo rígido en el regazo; el artesonado, que era una maravilla, y bajo él Riaza, de espaldas a un ventanal. La gente ocupaba la sala y la antesala, apelonándose entre los armarios tallados, mezclándose con el eco del tiroteo, las mitras y los báculos con cruces. ¿Quiénes serían el maestro y el de Correos? Entraron los acusados, el marista con la chaqueta descosida por la espalda y Julio César con sus orejas transparentes y su pelo dorado. Hacía un calor insufrible, el viento traía la pestilencia, había pañuelos delante de la nariz. Riaza acumulaba testimonios contra el marista y yo me empecé a sentir mal, y salí a la calle, al aire que se estremecía de calor y de cañonazos y me alejé por la calle de la Trinidad, la de Santo Tomás, la del Ángel, hasta la puerta de Cambrón, al lado oeste de la ciudad. A mi derecha, vi el cementerio en lo alto de una colina, rastrojos que cegaban y algún olivar ceniciento, la ermita del Cristo de Vega con sus ladrillos roídos, el río discurriendo y remansándose hacia un molino, casi sin caudal para saltar por encima de la presa. Hasta aquí no llegaba el olor pero sí los ruidos, los disparos de fusil, los cañonazos, los tartamudeos de las ametralladoras. El pelotón se formaría frente a las tapias blancas por cuyas bardas asomaban algunos cipreses; al hermano Afrodiseo se le desencadenaría el temblor en la papada, Julio César Sol no podría ni tragar saliva. Pasó un camión con milicianos, después una ambulancia, más tarde un

carro con varios heridos que se quejaban y dos hombres a pie con los brazaletes de la Cruz Roja; el carro y los dos hombres tardaron un siglo en llegar a la puerta de Bisagra. «A trece, a muerte. Y entre ellos el marista», dijo Sanabria, sombrío. «Y el rubio ¿qué? Uno muy flaco que se llama...» «También.» «Pero... pero ¡si es un...!» «No tanto. Tenía un revólver y...» Añadió, cambiando de tema, que era un error ejecutar al marista aunque fuera verdad todo lo que se había dicho de él en el juicio; sería servirle la propaganda en bandeja a los insurgentes para que pudieran hablar de persecución religiosa. «Mañana mismo te vas a Madrid con una carta para el Subsecretario de Justicia recomendándole el indulto.» «Podías pedirle también el de Julio César Sol», le sugerí, porque ya que no había salvado a Abrantes... «No, no es posible conseguir dos indultos. Hay que elegir y el muchacho ese está muy comprometido.» «Más lo está el fraile.» Pero se calló y puso la expresión granítica que le era habitual cuando había tomado una decisión.

Sujeto el lápiz sobre la caja de zapatos que me sirve de mesa. No tiene sentido escribir, ni lavarme, ni seguir respirando, ni ponerme en la cola para recoger el pan y el brebaje que llamamos café. Mi cuerpo debería prepararse, mis órganos ir descuidando sus funciones hasta abandonarlas por completo, mi corazón dejar de una vez sus latidos y mi cabeza desentenderse de su puesto de mando, ir perdiendo la electricidad o la facultad de enredar con los quimismos que se convierten en recuerdos o en sensaciones del presente. ¿Para qué? Este presente sin futuro es una maldición. Y encima esperar, esperar, esperar, esperar, y seguir esperando hasta que llegue la hora en la que ya no haya que esperar más. Se acaba deseando que irrumpa de una vez y, al instante siguiente, espantándose de haberlo deseado, y volverlo a temer, volver a espantarse, a desear...

Se han quedado atrás los trucos defensivos, reflexiones como «no me va a pasar esto a mí» que, aunque parezca imposible, tranquilizan por unos minutos. Se ha abandonado la confianza en que el azar intervenga, la esperanza de que los amigos den, por fin, con la influencia o la amistad que hagan el milagro, como lo hizo Antonio cuando dio con Atadell y éste con Juan. Y por último, se abren las manos, se deja escapar todo, se va descendiendo por una escalera de caracol cada vez más oscura, en la que ya no cabe volverse para subirla, donde no se comprende que pueda producirse un milagro, donde lo único que se ve es que no se ha producido ni uno solo, que no ha vuelto ninguno de los que fueron llamados... Y acaba uno agarrándose al trisagio que está rezando el seminarista, aunque se sabe que tampoco sirve de nada rezar, ni siquiera el trisagio. Sí, se ha llegado muy abajo, pero todavía sigue la espera, el presente, Valerio, el cubo, el garaje, el seminarista, el conde, el estudiante y el recuerdo de la estación de Atocha y del Ministerio de Justicia al que me dirigí, aunque llegué a Madrid empapado de sudor, porque si despachaba en

seguida este asunto podría quedarme todo el sábado en casa, atendiendo al teléfono. Y del Ministerio a la calle Almirante, donde vivía el subsecretario, en una casa lujosa, con cortinas de damasco, una gran mesa Adams con la tabla revestida de cuero rolo, grandes estanterías con libros, un retrato sobre el sofá del tresillo, con toga y con el birrete entre las manos y una cara hecha de círculos que no coincidía del todo con la que entró por la puerta, una cara de sapo bien alimentado y envuelto en un kimono que dejaba al descubierto las mangas y los pantalones de un pijama a rayas. Agitó la carta ante mí, con irritación. «El amigo Sanabria se excede. ¿Qué dirán ciertos ministros cuando esto se plantee en el Consejo? A menos que eludamos el Consejo y quiera acordar el indulto el presidente de la República.» Entonces, desde mi aspecto desastrado y mi olor a ropas sudadas que le azaraban más que a mí, le hablé de Julio César Sol; diecinueve años, hijo de un teniente coronel, no había tomado parte activa en la sedición, sólo peleas. El subsecretario abrió los ojos y la boca sin acabar de entender mi petición. Al cabo se puso de pie: «No siga, le comprendo. Es un chiquillo y usted... Bien, también trataremos de salvarle.» Me acompañó a la puerta, me dio una palmada en la espalda, que me pareció un empujón afectuoso, como si estuviera echándome a causa de mi desaseo y de las crudas realidades de la revolución ante las que se habría desmayado.

En la calle me di cuenta de que mi petición había sido aceptada con demasiada facilidad. Alcancé Barquillo, por donde desfilaba una manifestación que procedía de la calle del Piamonte y que la llenaba de acera a acera, o de pared a pared. Este sapo, este abogado triunfante se espantaba más que yo, acaso porque se sentía impotente. Niños con el uniforme de los pioneros rojos, muchachas con coronas, una compañía de milicianos con el fusil colgado con el cañón apuntando hacia el suelo. O un escéptico, un convencido de que perderíamos a pesar de todo, aunque, a pesar de todo, se había quedado para cargar con la derrota.

Entonces la vi, por casualidad, como a unos treinta metros, delante de una tienda de cacharros de cocina, al otro lado de la compañía de milicianos y de la gente que contemplaba el entierro. Se me escapó la cartera con el pijama y los trastos de aseo y me costó no pocos esfuerzos recobrarla. Había demasiado silencio para que la llamara y cuando ya la iba a llamar, una banda acometió con todas sus fuerzas la *Internacional* y un ataúd, cubierto con una bandera roja, apareció por la esquina de la calle Piamonte. Ella se subió a un peldaño o al reborde del escaparate y, por encima de las cabezas, pude ver sus hombros y un paquete envuelto en periódicos que apretaba contra su pecho. Su mirada pasó sobre mí dos veces sin advertirme y seguí avanzando, empujando, escurriéndome, tirando de la cartera que se me quedaba atrás, hendiendo el muro de cuerpos que cerraba la calzada por la que avanzaba el ataúd, el duelo, con Largo Caballero, la Pasionaria y Atadell, banderas con lazos negros y un camión cargado de coronas de flores rojas. Se me iba a escapar, ya se había bajado

del peldaño, ya sólo veía su melena rubia, más allá de las cacerolas del escaparate. Pasaba de la exaltación del encuentro al temor de sufrir una decepción, a que la realidad de ahora resultara muy inferior a la que había quedado en mi recuerdo, a que todo se volviera contra el pasado, todo fueran complicaciones y peligros, o desencantos por su boca demasiado grande o sus hombros huesudos. Ya tenía suficientes líos encima, eran preferibles los desahogos con Lola, ya eran bastante Miguel, Juan, yo mismo. Su recuerdo iba a convertirse en cenizas y a ella podía sucederle igual con el que tuviera de mí. Pero al despejarse la calle la alcancé, nos dieron un empujón y el paquete se le cayó y aparecieron dos zapatos que debían ser del otro y que recogí y volví a envolver. Ella, en lugar de tomarlos, me cogió de una mano y la apretó entre las suyas tan intensamente que me desordenó y no supe qué hacer con el paquete ni qué decirle, salvo que teníamos que hablar: «No, no puedo, no puedo.» «Un momento, cinco minutos, allí, en aquel café.» Pero el café estaba cerrado, todo estaba cerrado por el entierro. No, su boca no era demasiado grande. La cogí por un brazo. «Estás temblando.» «¡Cómo quieres que esté!» «Podemos seguir al entierro y meternos en el Retiro, o separarnos y volvernos a reunir en la puerta que da a la plaza de la Independencia.» Pero no nos separamos hasta la puerta misma, donde se soltó y entró sola, unos pasos delante de mí, y echó a andar por el paseo de la izquierda que se alejaba poco a poco de la calle de Alfonso XII. La alcancé a la altura del Casón. Estaba más delgada, más frágil, parecía menos joven, llevaba un vestido barato y feo, como solían ser los suyos, pero que se ennoblecía sobre su cuerpo gracias a sus hombros, a su pecho joven y a su cintura. Traté de abrazarla y me rechazó interponiendo el paquete entre los dos, pero se dejó llevar por un camino sobre el que se unían las copas de los árboles y en el que encontramos un banco: «¿Qué te ha pasado? ¿Has estado enferma?» Hizo un movimiento negativo, me apretó una mano, sonrió y se volvió para mirarme: «Estaba deseándolo.» «¿Estar enferma?» «Verte.» «Nadie lo hubiera dicho, porque no tenías más que coger el teléfono.» Apartó su mano y puso el paquete sobre su regazo y, en silencio, oímos el pataleo de unos milicianos que hacían la instrucción en el Parterre, el pasodoble que transmitía un altavoz, las voces de mando, unos gorriones, un rugido que venía de la casa de fieras. «Lo estaba deseando y lo temía porque estaba segura de que... de esto, de que no iba a poder...» Por un lado el pasodoble, por el otro, desde Alcalá, la banda tocando la música ramplona del *Himno de Riego*. «Entonces, ¿habías decidido...?» Me detuve, no iba a estropear nuestro encuentro con recriminaciones; estaba allí, a mi lado, con su traje feo y viejo, su melena, su paquete sobre la falda, «Lo temía por ti. Es uno de los jefes del Quinto Regimiento y tiene un poder...». Tuve la tentación de coger los zapatos y tirarlos todo lo lejos que pudiera. «Podría hacer lo que quisiera contigo. Y si llega a enterarse...» Me tragué un buche de Norte, con su expresión honrada de tomar en serio todo, y vomité mi despecho como una bilis: «Ya sé que os

habéis reconciliado y que estáis en vuestra segunda luna de miel. Lo sé por casualidad. Y también que aprovecha cualquier momento para estar contigo. ¡Qué bien! ¿Verdad?» Me miró con sorpresa, mordiéndose un labio y agitando la cabeza de un lado a otro.

—¿Luna de miel? Por su parte, porque lo que es por la mía... Y no puedo evitarlo, aunque por fortuna está siempre ocupado y no tiene tiempo.

—¿Por fortuna? No me digas que lo sientes porque si lo sintieras te separarías de él.

Bajó la mirada hacia sus manos y su paquete y contuvo un suspiro por unas fracciones de segundo.

La abracé, le di el primer beso venciendo su resistencia, su «más vale no empezar», su alejarse torciendo el tronco hacia el lado contrario, el lado del que venían los pataleos y la música. «Si empezamos, seguiremos hasta el fin.» «Eso espero, porque es lo que he querido siempre.» «Pero no puede ser. No sabes quién es y qué fuerza tiene.» «Has dicho que lo estabas deseando.» Iniciamos una discusión con preguntas por mi parte y evasivas por la de ella, con reproches, disculpas, lamentaciones, apremios, una discusión que duró lo bastante para que terminara el pataleo y dejara de oírse la música, para que hiciera un movimiento, al apartar de su frente un mechón, que fundió en una sola las dos imágenes, la que se había quedado atrasada en mi memoria y la que estaba junto a mí, como si se abrazaran el pasado y el presente. Hizo un esfuerzo para levantarse y yo la solté y dejé escapar un sarcasmo de mala ley que, además, era mentira: «¡Márchate! No vayas a creer que estoy tan necesitado.» Y una contestación lógica y dolida: «Pero ¿no soy más que eso para ti?» Al final, hacíamos lo contrario de lo que decíamos. Nos abrazamos, saltamos un seto, extendimos en el suelo el periódico y mi pijama, nos amamos detrás de un bosquecillo de bambúes, torpemente, precipitadamente, estorbados por la ropa, las desigualdades del suelo, el exceso de deseo y el temor a que nos sorprendieran. Y seguimos tendidos uno al lado del otro, contemplando las copas de los árboles, el cielo rojizo, dos mirlos que se dejaron caer uno tras otro a una rama más baja. Sentíamos el bienestar y el abandono al que sólo se llega cuando no hay que representar ningún papel. Se escucharon más rugidos, los silbidos de una locomotora, los crujidos del periódico cuando ella se movía. Unos momentos antes éramos dos sordos en un universo silencioso, a excepción del papel y el suave chirrido de sus dientes. Le propuse que nos viéramos el domingo, porque hasta el lunes no tenía que volver a Toledo y tardó tanto tiempo en contestar que adiviné que iba a decir que no: «Entonces, el sábado que viene, aquí mismo.» «No sé si podré... ¿Qué haces en Toledo?» Se lo expliqué en tres palabras que no me dejó terminar. «Tú también, tú también», dijo en tono dolido, mientras echaba una mirada al par de zapatos del otro, mientras yo veía surgir de ellos su fantasma, mientras repetía: «Entonces, el sábado.»

«Sí, el sábado.» «A las seis y media.» Nos callamos, ya no se oían rugidos, ni alborotar a los gorriones; me cogió la mano y se volvió hacia mí, apretando su cara contra la mía; un rumor en la hojarasca provocó en ella un estremecimiento y una exclamación de niña asustada: «¿Has oído?» «Un pájaro, o una de las ratas que vive en los desagües del estanque.» Se apretó contra mí, pasando su otro brazo sobre mi pecho, me contó que había ido a buscarlas a San Rafael en un coche y las había sacado cuando ya estaban entrando en el pueblo los primeros grupos de rebeldes que venían por la carretera de Segovia; que estaban las dos con él, que se había acobardado y que cuanto más tiempo había dejado pasar se le había ido haciendo más difícil llamarme. Me incorporé, busqué sus labios y su cuello en la oscuridad, entre mi pijama, las hierbas secas y el periódico, y nos fundimos otra vez. La tierra se onduló bajo nuestros cuerpos. Nos separamos, nos rodeó el rumor de las radios de las casas e Alfonso XII, o de Alcalá Zamora. Dijo que tenía miedo, que esto acabaría con los dos, o quizá con los tres. «¿Por qué? ¿Sigues creyendo que te vigila todavía?» No, no la vigilaba, incluso le había dicho que no se considerase obligada a vivir con él por gratitud, que podía marcharse cuando quisiera, pero estaba segura de que no lo sentía y de que lo había dicho para atarla más aún porque era verdad que aprovechaba todos los momentos que tenía libres para estar con ella. «Pero si llega a descubrirnos nos matará a los dos y yo me lo tendré merecido...» «¿Matarnos? Eso pasó a la historia, sobre todo para hombres como él. No creo que haya cambiado y que ahora le importes más tú que el Partido.» Pareció tranquilizarse, aunque su inquietud se trasladó a mí: un lío, un peligro más; si tuviera un poco de buen sentido... Pero ¿qué se hace con el buen sentido? ¿Y qué me quedaba a mí? Se levantó, puso en orden sus ropas y su melena y se retocó los labios a la luz de una cerilla que producía en su rostro una oscilación de sombras y luces intensas, emocionantes. Recogimos los zapatos, mi pijama, el periódico, que volvió a tirar porque estaba demasiado roto; se empeñó en que nos separáramos allí mismo para que no nos vieran salir juntos, aunque antes nos habíamos exhibido por toda la calle de Alcalá. Oí cómo crujía la arena del paseo bajo sus pisadas y la vi alejarse hacia la puerta que da al Museo de Reproducciones. El silencio y la oscuridad iban borrando sus pisadas y su figura.

En casa estaba Juan con la historia de su detención y sus explosiones de gratitud. Durante la comida expliqué el motivo de mi venida con la sensación de que no tenía interés para mí ni para ellos. Mi madre me escuchaba con una expresión decepcionada y mi padre era incapaz de disimular su despecho: «Todos tienen más suerte que Miguel», dijo. «Hasta ese fraile y ese muchacho.» Antonia engullía como un pavo, sin levantar las gafas del plato, y rehuía la presencia de Juan como si se hubiera dado cuenta de su atractivo. «Además, nadie tiene verdadero interés. Ni siquiera Antonio, porque si lo hubiera tenido, ya estaría aquí. Ha conseguido sacar a Juan de una situación peor... De manera que no será por falta de influencias.» Laura

y Juan se miraban como nos habíamos mirado los dos media hora antes; el reloj ponía en el aire su siniestro tic-tac, nos advertía de que moriríamos todos antes que él, de que continuaría latiendo para nadie. Lo que había sucedido era un sueño; el paquete con los zapatos, el olor a tierra, los suaves chirridos de sus dientes. Una semana en Toledo, mientras Laura y Juan tenían muchas noches, muchos días para ellos; y una habitación y una cama. Oí al coronel decir mi nombre y la palabra Toledo. «Perdona, ¿qué has dicho?» «Que no debes volver a Toledo. Según la radio de los nacionales están cerca de Torrijos. Y si te cogen ayudando a éstos en la persecución de los maestros...» «Tengo que volver.» «¿A seguir con la farsa?» El verdugón me advirtió que debía callarme y la cena terminó en un silencio violento en el que tan sólo sonaban el tintinear de las cucharillas, las pisadas de Petra y los suspiros de nuestra madre. Pero en el cuarto de estar, el coronel no pudo dominarse: «Tú estás con éstos a conciencia. ¡Después de todo lo que están haciendo!» Y me llamó rojo y repitió lo de la farsa, y que cómo era capaz de prestarme a ella, sobre todo después de haber visto el juicio de Miguel y sus compañeros y los asesinatos y los depósitos de cadáveres.

Al día siguiente, Juan se presentó en mi cuarto con su mejor traje, sus zapatos más nuevos y una corbata azul con lunares blancos y rojos. Al entrar, se encontró con su propia imagen en el espejo del armario y se quedó enganchado en ella por unos segundos; luego sonrió, me miró a través de aquél y dijo que no le faltaba más que un letrero que pusiera primer premio para el concurso de candidatos al paseo. «Quizá si me quitara la corbata... No, es igual. Me darían el segundo premio. Pero no tengo otra ropa y debo salir.» «¿Salir? ¿Vas a salir?» Se apartó del espejo y me dijo que quería que le acompañara porque tenía miedo, y sus palabras despertaron en mí un sentimiento muy próximo a la satisfacción, al sordo refocilamiento de comprobar que aquel hombre, con todas sus cruces y sus ascensos por méritos de guerra... «Pero ¿qué necesidad tienes de salir?» «No te he contado toda la historia de mi detención», contestó, y a la par, hubo un repiqueteo en la puerta y apareció Laura, despeinada, en bata y camisón. «Tomás, Tomás, ayúdame, retenlo aquí. No le dejes...» «Es inútil», le cortó Juan, «estoy decidido y no tengo ganas de seguir discutiendo». Ella hizo un gesto, mezcla de puchero y de exasperación, se acercó a mí, hasta ponerme una mano en un brazo, y me envolvió en una mirada de súplica y en el aura tibia que desprendía y que hacía pensar en la cama y en abrazos y cópulas soñolientos, en los dos disputando en la oscuridad y haciéndose el amor, volviendo a disputar, a adormecerse, a abrazarse. Me dijo que quería presentarse en el Ministerio de la Guerra para pedir el reingreso, que no llegaría ni a la esquina, que le detendrían otra vez en cuanto pisara la acera, que no le acompañara porque si yo me negaba a ir con él no se atrevería a salir solo, que me imaginara lo que le pasaría si conseguía llegar al Ministerio y le daban el mando de una columna de milicianos. Juan extendió una mano y dijo que si yo no le acompañaba iría sin mí, Laura se calló y después hubo un

triángulo de frases que parecían bolas de billar haciendo carambolas: yo, que Laura tenía razón y que se exponía a que le pegaran un tiro por la espalda; Juan, que a él no le iba esconderse debajo de la cama de la criada; ella, que en otra ocasión había dicho que su honor estaba en no tomar partido por ninguno de los dos bandos; él, que las cosas habían cambiado. «No le acompañes.» «Pero ¿cómo no voy a acompañarle?» «Laura, ya te he dicho que si hace falta iré solo.» Esta se apartó de mí, miró a Juan, rompió a llorar y salió, dejando en la habitación su olor connubial y su escote, que siempre había de lucir. Y Juan: «Chico, si me quiere, me quiere con ferocidad. Pero no puedo dejar de presentarme allá porque o me presento y acepto el mando de un batallón o Laura y yo...» Me quedé con un pie camino del zapato, oyéndole decir todo lo que había omitido, los diez días que le tuvieron en un sótano, los interrogatorios sobre la carta que Laura había recibido de aquella amiga Spiteri y que, según ellos, contenía una clave para la Quinta Columna; no le dejaban dormir ni cinco minutos seguidos, porque en cuanto daba un par de cabezadas le espabilaban echándole un cubo de agua encima; el último día le llevaron delante de uno muy gordo que tenía acento argentino, le dieron café y un cigarro americano y le dijeron que si se comprometía a tomar el mando de una de las unidades se arreglarían las cosas a satisfacción de todos, que no se arrepentiría, que tendría la protección y la ayuda que fuera necesaria. «Pero que si no aceptaba, a Laura y a mí... Y eso para empezar.» Terminé de vestirme; en el bulevar de Alberto Aguilera había viejos tomando el sol, algún miliciano con su fusil y su manta y cara de haber trasnochado, niños que jugaban y mujeres tejiendo y hablando. Caminábamos recibiendo en la cara la caricia de un viento que olía a vegetación pero también a montones de basura abandonados. Juan aspiraba con ansia, hinchando el pecho como si estuviera en un gimnasio. Sus grandes zapatos crujían y sus pasos eran tan largos que tenía que acelerar los míos para no quedarme atrás: «No sé si llegaré, pero este aire es una delicia.» Parecía que se había dejado en casa el miedo, que se lo había quitado como la corbata azul con lunares blancos y rojos. En realidad, no necesitaba ningún letrero para atraer las miradas, nos detendría la primera patrulla, y ya me parecía oírles: «¡Venga ya! ¿Con esa pinta al Quinto Regimiento?» Y si se lo creían, nos acompañarían a los dos y acabaríamos en las manos de Carlos, el jefe, o de Norte... «Más vale que no sepan nada. Así que te agradeceré que no digas ni pío. Hemos ido al Ministerio.» «Como quieras, pero a mi me parece...» «Si la cosa se pone fea, les cuentas que me detuvieron y me llevaron al Quinto Regimiento. Y metes a Laura en la Embajada con Jacobo.» «Está bien, me ocuparé de Laura y de ti.» «¿De mí? Ni hablar. Perderás el tiempo, por lo menos. ¡Ah! Y cuando estemos cerca, te separas de mí, como si cada uno fuera por su lado y no nos conociéramos. Y no se te ocurra entrar. Si pasa una hora, te marchas.» Subimos por San Bernardo hasta Quevedo, yo empapado en aprensiones y él tan tranquilo, haciendo cara a los milicianos sentados

en las terrazas, con los fusiles entre las piernas o apoyados en los respaldos, que abandonaban sus risas o sus charlas para asombrarse ante su metro noventa. Un tranvía sucio y viejo nos llevó desde Quevedo hasta Tetuán por Bravo Murillo, por el mismo camino de mi peregrinación: las casas de dos pisos, las fontanerías: «Sífilis, Venéreo». «Hay camas.» Había aumentado el viento y volaban papeles, periódicos, hojas de árboles. Juan sacaba parte del cuello y toda la cabeza a los siete u ocho que habían subido y se aguantaba el temor de que, en lugar de darle el mando de un batallón...

Le esperé paseando al otro lado de la carretera, bajé hasta los pinos por entre los cuales se veía el tejado del merendero donde pedimos riñones. Norte estaría allí, con el gordo de acento argentino y el comandante Carlos, que empezaba a sonar en los periódicos; el viento zumbaba sordamente, se oían las voces de mando y los pataleos, los mismos ruidos que habíamos oído en el Retiro Luisa y yo. Me alejé hasta la parada inicial del tranvía para apartarme del movimiento que había a la entrada, con los ojos entornados para defenderme del polvo y el pañuelo dispuesto para taparme la nariz, pero olía a resina y no a muerto, aunque la Dehesa de la Villa era uno de los sitios en que aparecían más paseados. Norte, Norte allí, acaso con los zapatos que ella no había llevado a arreglar. «Si la cosa se pone fea, te vas.» Diez minutos, veinte, veinticinco, media ñora. Norte estaría pero ella no, porque se trataba de un cuartel y éstos tomaban en serio la disciplina. Veía a los de la guardia cuadrarse y saludar; éstos sabían lo que se hacían, habían pensado utilizar como rehenes a las familias de los militares de profesión, lo mismo que Trotski. Le había oído a Prieto decir que había que tirar de los profesionales para hacer la guerra. Y Juan reapareció sonriendo. «El lunes me hago cargo del batallón y yo mismo acabaré de organizarlo. Y además me han pagado agosto, porque les he dicho que no tengo ni un duro, y van a pedir mi reingreso. Vamos a celebrarlo.» Un bar en Quevedo, apestando a vino, a orines, a ajo, a colillas, y a ajo. Levantó el vaso a la altura de sus ojos, me hizo un guiño, se lo bebió de un trago y repitió que diríamos que habíamos estado en el Ministerio.

Otro bar; la gente nos miraba pero parecía que los papeles habían cambiado, que ahora era yo el protegido y Juan el que me protegía. «A tu padre le va a parecer una traición.» «Cuéntale la verdad.» «No, ni hablar. No tengo ganas de agradecimientos. Y tienes que jurarme que no dirás nada. Además, soy un héroe a la fuerza y no voy a hacer el Guzmán el Bueno, como ése del Alcázar. Y cuanto menos sepan, mejor para todos.» Otro bar, en San Bernardo; dos martinis y muchos milicianos; era milagroso que no se nos acercaran. Tan alto, tan bien parecido, tan seguro, tan detonantemente señorito. «Casi me alegro, porque a mí lo que me va es mandar hombres con fusiles.» Los dos martinis siguientes le empujaron a una confesión de sus aventuras, a excusarse, a decir que no le respetaba, que nunca sabía cómo acertar, y más tarde, otro martini le hizo repetir que lo único que sabía hacer era conducir coches y mandar

soldados, y en seguida, como si le hubiera asaltado una aprensión moral, me preguntó si los nacionales daban paseos y si era verdad lo de Badajoz, y luego, le preocupó lo que llevaría el lunes. ¿Un mono? No iba a encontrarlo de su tamaño y no podía sacar la guerrera y la teresiana de la Legión, ni siquiera la gorra de plato. Y cuando llegamos a casa, medio borrachos, me estaba esperando un sobre con los indultos del marista y de Julio César Sol. Yo llevaba demasiados martinis encima para no exhibirlos y para no echar a perder las cosas diciendo que el fraile no se merecía el indulto porque había pruebas sobradas de que estuvo pegando tiros y cualquier tribunal le habría condenado. «¿Y tú eres enemigo de la pena de muerte?», me preguntó el coronel. «Perdóname, padre, estoy borracho y no sé lo que me digo.»

Toledo, hacia las once y media de la mañana. Apenas había preguntado por Sanabria al mecanógrafo, tembló todo el edificio y se oyó una explosión, seguida de un estrépito de derrumbamientos, roturas de cristales y un alarido general de triunfo, como el del asalto al Cuartel de la Montaña. «¡Una mina! ¡Vamos a verlo!» Subimos unas escaleras, cruzamos hasta la catedral por el arco que comunicaba el palacio del arzobispo; más escaleras, hasta las primeras ventanas de la torre y pudimos ver la nube de humo y polvo que envolvía el Alcázar y que seguía engrosando con los derrumbamientos. En los tejados, los milicianos tiraban al aire sus sombreros de paja y sus gorros. Las baterías del otro lado del río comenzaron a disparar; veíamos los fogonazos en el interior de la nube, columnas de humo negro que se mezclaban con el gris blanquecino y rojizo del polvo. «Ahora no tendrán más remedio que rendirse», dije sin ningún entusiasmo, con la pena que debía venirme de la sangre del coronel. Y el mecanógrafo replicó: «Ojalá, pero tienen sótanos y se refugian en ellos cuando les bombardean.» A continuación, me enfocó con sus gafas de cegato: «Oiga, lo dice como si lo sintiera.» «No lo siento, pero tampoco me alegro. No dejarán ni uno.» El polvo se iba sedimentando, podía verse un torreón reducido a escombros, una mordedura en las paredes, las columnas y las arcadas del patio interior y el triángulo negro que formaba el tejado con el techo del último piso.

Cesó el cañoneo y se iniciaron las descargas de los fusiles y las ráfagas de las ametralladoras, los puntos fulgurantes que salían del Alcázar, los chispazos que brotaban de los lugares más inverosímiles, de las galerías, de los montones de escombros, hasta del triángulo entre el tejado y el techo. «¿Lo ve usted? Hay que reconocer que los tienen bien puestos.» Y me encontré admirándoles: rodeados de milicianos, sin agua, sin comida, sin artillería, resistiendo desde hacía más de dos meses. «Claro que hay lo menos quinientos guardias civiles, mientras que los milicianos... ¡Ésos sí que los tienen bien puestos!» «Bueno, espérame en el despacho, que tengo que ver al presidente. Un par de minas más y se rendirían y los matarían a todos, y otro Numancia para la historia y yo con dos indultos.»

Entré en el despacho y vi una lámpara votiva de plata y una mesa de las llamadas de San Antonio. Detrás de ésta, Sanabria, medio ahorcado por su cuello duro y su corbata, bajo la huella descolorida que había dejado un crucifijo en la pared, y con una mueca como si le hubiera acometido un dolor o se hubiera acordado de improviso de algo particularmente lacerante. Yo le ofrecí el sobre. «No tuve que esforzarme mucho. Han indultado a los dos.» Y él soltó la pluma, se llevó la mano al estómago, apretó los labios y dio un suave resoplido. «¿Estás enfermo?» Me miró, apartó el sillón y se dirigió al ventanal que daba al patio. «Estoy enfermo, pero no se trata de eso sino de que ya los han fusilado.» Le seguí con el sobre, todavía sin creer que fuera verdad, que no hubiera conseguido salvarlos del paredón, que para una

vez... «¿Los han fusilado? ¿Cómo que los "han"? ¿Por qué no habéis esperado a que el Gobierno confirmara las sentencias?» Sanabria se volvió hacia mí, descompuesto: «No se podía esperar.» «Siempre han esperado. Y no comprendo que tú, tan formalista...» «Porque no soy tan formalista. Porque nos exigieron que se cumplieran las sentencias. El maestrillo cogió el Código de Justicia Militar y nos leyó un artículo que dispone que las sentencias se pueden ejecutar en las plazas sitiadas sin más autorización que la del comandante de la plaza.» «¡Ah, ya! Os apretaron y tú te agarraste a esa argucia de leguleyo.» «Me agarré a que nos amenazaron con asaltar la cárcel y matarlos a todos. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Correr el riesgo de que mataran a seiscientos para salvar a trece durante un par de días?» Y yo con el sobre en la mano, y el hermano Afrosidio y Julio César Sol muertos. Se produjo un recrudecimiento del tiroteo y los cañonazos. «Un tribunal popular amedrentado, como todos, legalizando paseos... La única diferencia es que los matamos por tandas en lugar de matarlos de golpe.» «Sí, así están las cosas. Y algo es algo. Por de pronto, todavía están vivos seiscientos.» «Están vivos porque no se han empeñado en matarlos.» «Gracias a nosotros.» «Nosotros no somos nada y, encima, cargamos con la responsabilidad.» «Ya lo sé y no me arrepiento, es decir, ya lo sabía desde el principio.» Fuera hubo un silencio que me hizo pensar que habían tomado el Alcázar y que habría una represión feroz que no podríamos encauzar ni menos aún impedir. Pero ¿por qué tenía que ser cómplice? Había una tercera postura, ni con unos ni con otros, ni la España roja ni la negra, sino alejarse, dejarlos que se mataran, negarse al dilema, huir, emigrar.

Sanabria me arrancó el sobre de la mano, al tiempo que retumbaban de nuevo los cañonazos y los tiros, le dio la vuelta como buscando por dónde abrirlo pero lo hizo pedazos y lo tiró. Luego me puso una mano en un hombro: «Anda, a trabajar. Hay que seguir aunque no se tenga ninguna fe.» Volví al despacho, a través de escaleras y galerías, del hedor, de Abrantes y del fraile y de Miguel. El mecanógrafo estaba ordenando los papeles y la bombilla desnuda colgaba del techo balanceándose. Estuve mirando un buen rato hacia la torre de la catedral. La neutralidad, salir del manicomio, de los saqueos, los asesinatos, las ejecuciones sumarias, las presiones sobre los tribunales la burla asquerosa, el alud que crecía y del cual lo inteligente era escapar. Un guardia anunció la llegada de más detenidos. Uno que arrugaba la nariz a cada pregunta y que, al responder, cruzaba las manos y las hacía girar con los dedos entrelazados. Otro que no pertenecía a ningún partido político, que no había salido de su casa durante los sucesos y que, como Julio César Sol, se defendía negándolo todo preventivamente para rectificar después cuando se daba cuenta de que las negociaciones le perjudicaban. Pero ¿cómo podía huir, cómo los podía abandonar? Y ahora, que la había recobrado. No me estaba enterando de nada, salvo de las aclaraciones que pedía el mecanógrafo: «Pero ¿no acaba de declarar que no

registraron su casa? Entonces, ¿por qué dice que los milicianos no encontraron propaganda facciosa?» Ahora, que nos veríamos el sábado, que había empezado a pensar en un sitio limpio donde pudiéramos vernos, un sitio en el que no hubiera lavabos ni bidés, como la casa de Laura que estaba vacía porque se había decidido que se quedara con nosotros. Sanabria había hecho bien, había evitado otra matanza. O la academia de Pedro Martínez, o la casa de Arango. «Vamos a dejarlo por hoy.» «Pues sí que le ha impresionado que se cargaran al fraile.» Como era demasiado pronto para volver al hotel, me dirigí a la puerta de Bisagra y seguí por la carretera hasta la del Cambrón. Calor, aunque estábamos a fines de septiembre; el aire reverberaba a ras del suelo. Había una fila de milicianos a lo largo de la muralla y otra de camiones que apuntaba hacia el puente de San Martín; éstos no enredaban con sus problemas de conciencia, éstos subían a pecho descubierto por los taludes y los escombros, vivían la guerra y la revolución mientras yo la presenciaba sin exponerme. Monos descoloridos, fusiles, una ametralladora, sombreros de paja, sentados o tumbados a la sombra tapándose la cara, descoyuntados como si los acabaran de fusilar. «¡Hala, a los camiones!» Y los camiones en marcha, los milicianos subiendo a racimos y la columna alejándose hacia el puente. Éstos iban a cerrar el paso a los que habían tomado Escalona; les oía cantar *Joven guardia* desde el otro lado del río. Les seguí con la mirada hasta que se perdieron detrás de la mancha de árboles que rodeaban el molino la presa, ¿Y qué le diría a Laura? ¿Y si Sanabria se empeñaba en que teníamos que quedarnos el sábado? Y el olor a muertos, toda la ciudad convertida en carroña y ruinas y tapias ante las que se fusilaba a los que habíamos condenado todos.

El martes supimos que los rebeldes habían tomado Torrijos, a veinticinco kilómetros, aunque Sanabria no se lo quiso creer hasta que se lo confirmaron en la comandancia, pese a lo cual dijo que se quedaba porque no había recibido ninguna orden de evacuación del Ministerio, y porque Toledo no caería y porque se estaban formando en Albacete unidades de voluntarios extranjeros y llegando barcos con material a Barcelona y a todos los puertos de Levante, «¿Y tú crees que llegarán a tiempo? llegarán cuando nos hayan copado.» «Yo no me muevo de aquí mientras no me lo ordenen.» «Eso déjalo para el jefe de las fuerzas, tú eres un civil. Pero ¡si me lo ha dicho un capitán de asalto!» «El Ministerio. Tiene que decírmelo el Ministerio.»

Y fue preciso que Arango irrumpiera en el despacho cubierto de polvo y de sudor: «Pero ¿qué hacéis aquí, *chalaos*? Han cortado la carretera de Madrid y no tardarán en entrar ni dos horas.» Nos mirarnos los cuatro, vimos reflejados en los rostros de los demás nuestra propia inquietud, el miedo insidioso, tentacular, que se agarraba a todo y que parecía tener su fuente en su aspecto, con más aire de jefe de milicias que de corresponsal. Nos apresuramos a recoger sumarios para destruirlos y a organizar la evacuación de todos los presos para trasladarlos a Madrid. «A mí no me los matan en

los últimos momentos.» «En los últimos momentos bastante tendréis con escapar.» «También los matarán en Madrid.» «No admito más discusiones.» «Y nosotros ¿qué? ¿Cuándo nos vamos?» «Tú te vienes ahora mismo a buscar camiones y una escolta.» «¡Estáis chiflados! Pero ¿no oís el follón? Tengo un coche escondido en un garaje cerca de la plaza de toros. Se me ha pegado un reportero gráfico inglés, pero cabemos todos. De seis a seis y media, os espero en la puerta del Hospital Tavera. Y ahora, os agradecería que uno de vosotros que conozca bien la ciudad me acompañe con el reportero.» «Voy contigo.» Y salimos a la plaza, en la que varios camiones estaban cargando documentos y cajones del Ayuntamiento y en la que no estaba el reportero.

—¿Dónde se habrá metido este tío?

Me contó que era un muchacho de veintiséis años, cargado de tomavistas y cámaras fotográficas: «Es tan inglés que no le falta más que la bufanda del colegio.» Me pidió que entrara en la catedral a buscarle y quedarnos en encontrarnos en la plaza dentro de diez minutos. Recorrí las naves laterales, la central, el coro, el claustro, la sacristía, pasé ante el San Cristóbal, que también habían fusilado. Y a la calle otra vez, donde Arango daba vueltas entre los camiones mordiendo el puro y donde sonaban más disparos que nunca, lo mismo de los sitiados que de los sitiadores.

—Éste nos va a reventar.

Y entró en el palacio del arzobispo y volvió a salir, escupió el puro, subió parte de las escaleras del Ayuntamiento, se apartó para dejar pasar un cajón con el que apenas podían cuatro hombres, y al cabo le oí gritar: «Tommy, pero ¿quién te manda moverte de aquí? ¡Ven acá, mamón!» Y arrastró a un joven que respondía a la descripción que acababa de hacerme y que, en un castellano rebotante de buena voluntad, leyó los versos de una inscripción que había copiado: «¿Ahora versos? No me jodas, Tommy.» «Bonitos. Nobles, discretos varones que gobernáis a Toledo, en a... en aquestos escalones...» «¡Déjate de aleluyas! Quiere ver Santa María la Blanca. Ha venido cargado de cartas de presentación de periódicos ingleses y es un buen chico y no se llama Tommy sino otra cosa muy difícil de pronunciar.» Tommy se nos iba quedando atrás hasta que tuvimos que volver y nos lo encontramos fotografiando a un viejo que empujaba una rata con su bastón. «¡Mira, mira lo que está haciendo el tío! ¡Tommy, Tommy, ¿es que no hay ratas en Londres?» «*Moment, moment...* y «*Ni moment ni leche...* Toma la guerra como si estuviera en una corrida de toros. Y me pone negro.» Las calles estaban desiertas o llenas de gente que había cogido lo indispensable y se preparaba para huir. El inglés sacaba secuencias de los montones de sillas, mesas, colchones y lavabos, de la puerta de Santa María la Blanca, de un borriquillo con las patas peludas cargado de sacos sobre el que habían puesto a una niña que llevaba una palangana. Avanzamos, siempre tirando del inglés, que hizo dos fotos más de la puerta del Cambrón y otra secuencia de la carretera y los campesinos

con sus trastos a cuestras y las mujeres arrastrando a sus hijos de la mano o montadas en muías o en carros de labor. Los milicianos tenían aspecto de desertores. «Va a salirme un noticiario lacrimógeno, pero ¡qué se le va a hacer! ¡Escucha, escucha eso!» Escuchó el redoble profundo de los cañonazos al fondo y, en primer término, los ruidos de la derrota, los gritos de los que llamaban a los suyos, las pisadas de las caballerías, y los chirridos de los ejes de los carros. Al otro lado de los fugitivos había unos milicianos parapetados tras el puente y apuntando hacia la presa del molino y los meandros escuálidos del río. «¿Qué hacéis aquí, *desgraciaos*?» «Estamos en posición», replicó uno con un pañuelo al cuello y un sombrero de fieltro. «¿En posición de qué? ¿Quién os manda?» Ninguno lo sabía, iban vestidos como si fueran a segar: camisas sin cuello, pantalones de pana, fajas negras, alpargatas, sombreros de paja con los bordes destejidos; las cartucheras y los fusiles parecían un descuido del encargado de la guardarropía. «¿Quién eres tú?» Arango sacó su carnet y se lo enseñó al primero, al del sombrero de fieltro; se acercaron los demás, les explicó que aquello se defendía solo porque nadie podía subir por aquel talud a pique, que atacarían por los lados, por la carretera o por el cementerio. «¿Dónde está vuestro jefe?» «En el puente de San Martín.» Remontamos la corriente de los que huían, el inglés seguía quedándose atrás para hacer fotos de milicianos, del puente y del estrechamiento del río aguas abajo. «¡Ahí están!» Uno señaló a los cerros y, por encima de la curva del río, vimos una floración de nubecillas grises precedidas de chispazos que aparecían y desaparecían y que, poco después, echó sobre nosotros el estampido de los cañones y atrajo la atención de los milicianos y los campesinos, de las mujeres asomadas a las ventanas y de los vigías de los campanarios. Arango buscaba al inglés, y blasfemaba. Me cogió del brazo, me hizo subir por una calle empinada, donde un viejo nos dijo que le había visto doblar a la derecha, hacia una casa que tenía la puerta abierta y las tapias de ladrillo rojizo y un pequeño torreón con cuatro gárgolas de piedra. Oímos un avión, que debía volar muy bajo, y los disparos a ráfagas de sus ametralladoras y vimos a Tommy de espaldas, inclinado sobre una máquina y cambiando un carrete. Un aullido cada vez más agudo, hizo decir a Arango: «¡Al suelo, al suelo junto a las paredes!» Un estallido de luz, una bofetada de aire y de calor, un salto de toda la casa, con humo y olor a dinamita y a hierros calientes, un golpe en la coronilla y la nada a plomo, la nada negra, silenciosa, absorbente, la nada que nos tragó y nos convirtió en negrura a nosotros mismos. Primero recobré el oído, con un destaponamiento súbito de la sordera; en seguida, percibí una respiración y un rumor de cascotes que alguien removía delante de mí; más tarde una voz repitiendo mi nombre, muy cercana aunque de una forma engañosa, más bien como si se tratara de un efecto acústico, aunque después me percaté de lo contrario, de que estaba muy próxima pero sonaba distante, como en un sueño. Un movimiento involuntario despertó un dolor agudo en mi coronilla y un peso sobre mi muslo derecho. No estaba muerto, pero no estaba seguro

aunque seguía oyendo resuellos y escarbar en los cascotes. «Milagro que no se ha incendiado ¡Tommy, Tommy!» Me sorprendía que me llamara Tommy porque nunca me había llamado nadie así, siempre había sido Tomás. Abrí los ojos y me golpeó la negrura tan violentamente que volví a cerrarlos, al tiempo que sentía un calor nauseabundo en la boca del estómago, frío en la nuca y una cosa templada que me bajaba por la cabeza. No estaba muerto pero era igual, estaba enterrado, estábamos enterrados, con los otros entrando. No era posible, se trataba de una pesadilla de la que me despertaría para encontrarme en la cama del hotel. Volví a abrir los ojos. Oscuridad, y también, el recuerdo regurgitado de la primera vez que descubrí esta sensación de que lo que tenía todo el aspecto de ser realidad no era realidad sino un engaño, un sueño. El retrete de la casa de Ceuta donde estaba fumando; unas pisadas que no pueden ser más que de Miguel, el cual repiquetea y dice: «To... To... Tomás, ¡lo sa... lo saben todo!» Pero no era Miguel sino Arango: «¡Tomás! ¿Estás ahí?» Arango que decía lo mismo que Miguel, repitiéndolo hasta que pude contestar, Nuestras voces sonaban como si estuviéramos al mismo tiempo en distintos sitios. No se veía nada, todo estaba negro.

—¿Estás bien?

Y aquí se separaban las dos voces, se separaban las dos realidades que no eran realidades. Me arrastré por debajo de lo que me había caído encima y me hizo perder el conocimiento. Arango luchaba con los cascotes, tosía, resoplaba. «Tenemos que salir antes de que nos pesquen los facciosos.» Los facciosos, los vengadores del que tenía el ojo de cristal, del marista, de Abrantes, de los que no quise o no pude salvar. Cascotes, carrizos que me cortaban; al cabo, un rayo de luz, una teja con la superficie cóncava hacia abajo, una viga con trozos de yeso, y más carrizos, una mano, un brazo. ¡El inglés! Tiramos, lo sacamos, le pusimos boca arriba, Arango pegó el oído a su pecho, le tomó el pulso y le miró un ojo levantándole el párpado. «Está muerto.» Salimos a la calle, que era distinta de aquella por la que entramos, y dejamos a Tommy con la cara tapada con su pañuelo. Habían cambiado los ruidos, el sabor del aire, nuestro aspecto. Ahora olía más a incendio y a pólvora que a podredumbre.

—Le conocí anteayer. Estaba enamorado de España, enamorado como de una tía buena, eso me cabreaba. Me ha cabreado siempre. Veintiséis años.

Las calles desiertas, hundidas en un silencio y un misterio ominosos, con sillas abandonadas, cartucheras, un perchero del que colgaba una sombrilla, una mecedora que se balanceaba como si aún estuviera sobre ella el viejo que la habría usado, una cama a medio desarmar. Arango, tan alto como el marido de Laura, me dejaba atrás, se daba manotazos en los muslos y en el pecho, y se rascaba la barbita, con una expresión llena de inquietud; yo veía la cabeza de Tommy abierta como un coco. «Son las siete. Ésos se habrán ido ya en algún camión.» Y sangre y pelos rubios. Se habían ido, y el sol se había ido también. No estaban en la puerta del hospital ni en

los alrededores de la plaza de toros. La riada de fugitivos seguía hasta el cruce con la carretera de Aranjuez y el coche de Arango había desaparecido. «Nos han hecho un favor. Imagínate un coche en medio de toda esta gente.» «¿Qué hacemos?» «Lo que los demás. Estos van a la estación de Algodor.» Delante de nosotros caminaba un hombre con un colchón atado por una correa; a su lado, una muchacha empujaba una carretilla con una máquina de coser y unas mantas; más allá una mujer arrugada por el sol con un saco lleno de bultos puntiagudos y un niño tirando de una cabra. Las ruedas de los carros rechinaban sobre la gravilla de la carretera, acompañadas por los golpes huecos de los cascos de las caballerías; alguna voz, algún nombre, detrás de nosotros los cañonazos, que no parecía que se acercaran. Arango recobró su locuacidad y me llamó la atención sobre el movimiento de caderas de la muchacha, y se lamentó de no haber recogido todas las cámaras y tomavistas del inglés. Después profetizó, con su irritante seguridad, que la desviación de las columnas del enemigo para librar a los del Alcázar podía significar la salvación de Madrid. De la derecha, llegaba el olor a limo del río, que hacía grandes meandros; ala izquierda, rastrojeras, tierras en barbecho, alguna casa con una sola ventana y una puerta, una noria entre unos chopos; a lo lejos, algún altozano con el toque rojizo del sol en los olivos o rocas de su cima.

—¡Qué colores! Esta tierra es una maravilla.

Pero a mí me dolía la cabeza y no veía nada digno de maravillarse, sino una tierra vieja, vieja geológica y humanamente, cargada de hostilidad, desolada, violenta, en la que los escasos ríos y los pocos árboles evidenciaban aún más su aridez. Nos gustaba a la fuerza, porque no la hubiéramos soportado sin engañarnos; nos gustaba como le gustan sus harapos al mendigo. Pero él decía que no, que era un milagro y que no fuera a decirle que me gustaba más el país vasco de mis padres: «Y la vida y la resistencia de esta gente. ¡Fíjate, qué tesón! Parecen indestructibles.» Y yo: «Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta.» «¡Vete al carajo!» Cruzamos el río por el puente de hierro, pero los que iban en carro o llevaban caballerías tuvieron que seguir hasta Aranjuez. Llegamos a la estación cuando ya era de noche; se iban a formar dos trenes para transportar a los evacuados. «Necesitamos un trago.» La cantina estaba llena, pero consiguió hacerse con una botella de anís. Bebimos, y después me miró la herida a la luz de una farola, junto a los urinarios. «Espérame debajo del reloj.» Me dio la botella y regreso al cabo de un cuarto de hora con un frasco de tintura de yodo, unas vendas y un rollo de esparadrapo: «Lo he mangado del botiquín. Aprieta los dientes.» Me hizo ver las estrellas, me vendó la cabeza y se obsequió con otro trago de anís. Nos alejamos de la gente que se apelotonaba en el andén principal y, «rebasar el edificio de la estación, vimos los resplandores de los cañonazos desgarrando el cielo casi negro. Me acometió una tiritona de fiebre o de miedo retrospectivo, o de miedo al futuro, al zarpazo del porvenir. Y más milicianos y campesinos, y una

máquina vieja que tiraba de una fila inacabable de vagones de mercancías y de ganado y que avanzaba dando pitidos mientras asaltaban los vagones. «Vamos a los del ganado, porque todo el mundo tratará de subir a los otros.» Encontramos uno de tres pisos para ovejas en el que ya se había instalado un viejo, una especie de enano con unos labios hundidos por la falta de dientes, unas orejas enormes y unos ojos cautos y vivos. Y Arango, que no se olvidaba de cazar noticias, le invitó a beber a morro de la botella para hacerle hablar y él bebió sin preocuparse de limpiar los bordes. Era un chimpancé disfrazado de mendigo con una zamarra de piel de cordero que no tenía mangas, unas polainas de la misma piel, unas abarcas con suela de neumático y un zurrón de pastor de la Edad Media. Oímos la historia eterna de las represalias, las desbandadas de los milicianos gritando: «¡Que nos copan, que nos copan!», la historia que acababa con el fusilamiento de los prisioneros por el bando que los hacía y la requisita de las caballerías, de los coches, los camiones y los carros. «Otro trago, amigo. Y usted ¿qué es?» «Se agradece. Pastor, para servirle, pastor desde que nací, pero he visto mundo, he estado en la guerra de Cuba contra los mambises.» Y otra narración por el estilo sobre un hospital de anarquistas cuyos heridos no pudieron ser evacuados a tiempo y cayeron en manos de los moros, que los remataron; la sangre bajaba por las escaleras de la entrada y corría por las calles a lo largo del borde de las aceras. Aunque éstos de acá no eran mejores, no, señor. Agarraron al obispo, lo echaron a una alberca y estuvieron disparando sobre él para hacerle meter la cabeza hasta que ya no pudo más. Pero antes, cogieron a su hermana y le volaron la cabeza delante de él para hacerle sufrir. «Unas fieras, pero no tienen instrucción.» Arango escuchaba tendido de costado, con el codo apoyado en el suelo y la mano en la mejilla, pero yo no encontraba una postura soportable. Me dolía la cabeza si me tendía o daba con ella en el techo si me sentaba. Era la historia del obispo de Ciudad Real con una variante. «Tumbese panza abajo, señor.» Y la madre que los parió a todos, porque miren que traer moros después de que nos hemos pasado la vida batallando con ellos; mismamente a mí me mataron un hijo allá. Y es cosa de verlos y oírlos. Le echan mano a todo, se meten los despertadores en esos calzonazos que llevan y que parecen bragas y violan hasta a las viejas o le dan por detrás al primero que pillan o le pegan un tiro a cualquiera por unas alpargatas o un cinturón.

La gente había descubierto el vagón de ganado y echaba dentro sus sacos, sus cestas, sus azadas y sus mantas, para subir después, empujando a sus mujeres o alzando a sus niños para que los cogieran aquéllas. En su pueblo habían matado al farmacéutico, al juez municipal y a un señor muy rico que era conde. «Esto es un referéndum de verdad, un referéndum sin trampas. Nadie quiere quedarse con ellos.» El tren arrancó y nos cayeron encima cagarrutas y pajas del piso superior. Nos sofocaban los olores, las gallinas atadas de dos en dos por las patas y los gritos

llamando a sus hijos o sus maridos.

—¿Cómo va eso?

Me alcanzó la botella y bebí un trago pegajoso de anís, parte del cual me cayó por el cuello. «¿Quieren pan duro? Es lo único que les puedo ofrecer.» En las curvas, el resplandor de la locomotora sacaba de las sombras las caras recocidas, los mofletes de los niños, las barbas grises, las medias que llegaban hasta las rodillas solamente. Los imaginaba abandonando sus pueblos, mirando por última vez los tejados, el cementerio con sus tres cipreses, el pedazo de tierra o de huerta de la que no sacaban ni para comer porque eran tan estériles como las mulas. Y entre el anís y la fiebre iba descubriéndose en mí una misteriosa unidad, como si nuestras raíces fueran las mismas y nos alimentara a todos la misma sangre que abolía las apreturas, los malos olores, los gritos, las sayas negras, la ignorancia, las bocas melladas y las arrugas como surcos. «Míralos. Parecen árboles o patatas. No cabe mayor pasividad. Hay que electrizarlos como sea, hay que meterles en el cuerpo el entusiasmo y el odio a muerte para que no se nos escapen de las manos y vuelvan a agarrar el azadón y a doblar el espinazo. Y habrá que hacer algo más que reportajes. Habrá que coger el fúsil y hacérselo coger a ellos.» La luna, rojiza, enorme, convertía los cerros y los olivares en unos fantasmas cárdenos, la sombra del tren parecía un dibujo infantil que se estiraba, se empequeñecía, se alargaba, volvía a estirarse, cambiando de forma al adaptarse al terreno. «¿Y qué vas a hacer tú con un fusil? Sabes mejor que yo que la solución está por encima de nuestras posibilidades.» «¡Hombre! Ya comprenderás que no quiero decir literalmente coger un fusil, sino tomar parte activa a la altura de mis medios, como has hecho tú, que también me parece más eficaz que escribir reportajes.» Seguían cayendo cagarrutas, granos de cebada, un polvo que olía a trilla; atravesamos un paso a nivel con una carretera en la que había una fila de camiones con los faros de cruce. «Refuerzos. No es el desastre sino una derrota. Se han equivocado al desviarse para salvar a los del Alcázar. Necesitamos tiempo y lo vamos a tener. Y por nada del mundo me perdería yo vivir hasta ver cómo termina.» «¡Cómo va a terminar! Mal.» Arango se echó otro trago y asintió. «Me temo que sí. No es una casualidad que no hayan aparecido aún jefes capaces de hacer una revolución y que no tengamos ningún Trotski ni ningún Lenin.» El tren frenó y el frenazo repercutió en mi coronilla y me echó hacia delante; silencio, exclamaciones, conjeturas, protestas, chillidos. Uno abrió la puerta corredera; se apearon para estirar las piernas, para orinar, para mirar hacia donde creían que estaba Toledo; yo también me apeé y traté de orientarme pero ya no llegaban los resplandores hasta nosotros. Soplaban un viento en el que se confundían el olor a carbonilla y el del verano, declinante ya. Volví a subir, buscando el calor de los fugitivos, y Arango dio un bandazo mental y dijo que aún podíamos vencer, que teníamos el oro del Banco de España, que se reclutaban voluntarios en el extranjero, que habían llegado consejeros militares rusos. «Eso ya

nos lo dijo Sanabria.» «Y es verdad», y en seguida, comenzó a hablar de André Malraux y su escuadrilla, de sus tics nerviosos, su manera de arrugar la nariz, de su boina y de *Los conquistadores*, y de sus tics.

Hoy he vuelto a verle, aunque no me tocaba sacar el cubo. Valerio sabe especular con su padecimiento del corazón y ha conseguido que, sin ponernos de acuerdo, le relevemos de todas las faenas; hasta el estudiante le hace la cama, hasta le han traído otro par de cajas de pastillas. He salido al jardín, me ha cegado, por un momento, el reflejo del sol al abrirse la puerta de cristales y, en seguida, le he visto salir, bajarse la visera hasta los ojos y echar a andar en una dirección que había de cruzarse con la nuestra a la altura del árbol más grande del jardín, un olmo comido por una enredadera que sube por él hasta el borde de la tapia; se me ha puesto en la nuca la bola de fuego, las suelas de mis zapatos se han vuelto de plomo, he ajustado el paso al del centinela para que éste se vaya interponiendo entre los dos, primero detrás, luego a su altura, luego delante, y ha pasado de largo, limitándose a llevarse la mano a la nariz, y hemos seguido en direcciones contrarias, el albino hasta el fondo de los garajes y nosotros hasta el retrete, en el que el miedo me ha hecho vomitar el desayuno. El miliciano ha oído mis arcadas y al verme pálido me ha dicho, con un menosprecio compasivo: «¡Vaya si sois delicados! ¿Todavía no te has acostumbrado al trabajito?» Y yo le he echado la culpa al café y me ha interrumpido en seguida: «¿Vas a decirme que es malo?», ya sin lástima, con irritación porque le ha herido, no que me parezca malo, sino que hay otro mejor, que es el que he tomado yo. «¡Malo, malo este café! Tú no has probado el del penal, ni has comido el pan con pelos y patas de ratón que nos daban!» Y me ha empujado, me ha vuelto en la dirección por donde puede venir el otro; ahora no voy a poder maniobrar como antes porque se ha puesto detrás de mí y me verá claramente porque tendrá el sol de espaldas. Pasamos junto al olmo y llegamos al fondo, a los garajes, y abre la puerta del nuestro y ya estoy en él, pensando que me ha visto y que si no me ha reconocido al pronto, me está reconstruyendo, está recordando mi manera de andar, mis hombros, mis pantalones azules, los más viejos que tenía y también los de más abrigo. Debe estar diciéndose: «¡Anda, si es el que se iba a suicidar!», recordando la ocasión en que nos vimos por segunda vez, cuando no se atrevió ni a acercarse porque me vio con Arango, todo ropas de cuero y barba a lo Lenin, con Monroy y con Langa, arbitrariamente uniformados pero con sus correaes y sus pistolas colgando de los respaldos de las sillas. Le vi aparecer por la puerta giratoria y dar conmigo a la primera mirada, avanzar con una sonrisa, sorteando sillas, hendiendo el humo que jaspeaba el aire y buscando el camino más corto. Pasó a lo largo del sofá de Lola, dio la vuelta a la mesa de los prohombres, a los que reconoció aunque sin demostrar más que curiosidad, y entonces vio las gorras y las pistolas, y su sonrisa se transformó en

un gesto de extrañeza, una mueca que venía a decir: «Ya te agarré, no vas a pasarte la vida pegado a éstos», y la puerta giratoria le devolvió a la calle. «¡Qué mala cara trae usted! ¿Le ha sucedido algo?» El conde se me acerca, no acaba de clasificarme aunque le he dicho que era juez. Discuto conmigo mismo. ¿Se lo cuento? ¿Me confío a él o me aguanto? Y ¿de qué va a servir hablarle? Tal vez de desahogo, o de todo lo contrario, de multiplicador de mis temores. Si me ha visto y me ha reconocido, no llegaré a mañana. Pero me ha tenido que reconocer, es imposible que no haya advertido mi forma de andar y mis pantalones azules con los que no hace ni un mes y medio que me vio. «Un mal encuentro. Me he cruzado con el que me detuvo, uno albino...» «¿Albino? Ese es Isidoro, que también me detuvo a mí. Es hijo de un aparcerero de un pueblo donde tengo algunas propiedades.» Decían que era invertido y que su padre se enteró y le desheredó, aunque no debió de ser verdad porque recibió una parte igual a la de sus hermanos. «Una parte que donó a un ateneo anarquista. Es un buen sujeto a su modo», concluye. Y nos miramos, él desde arriba y yo levantando la cabeza. Un buen sujeto; quiere presumir de grandeza de alma, quiere demostrar que no tiene tanto miedo como para que no le quede claridad de juicio, que no es como el calvo, ni como el profesor. De improviso, se inclina sobre mi cabeza, me dice que tiene que hacerme un reproche, luego se incorpora y pasea su mirada alrededor, del calvo, que trata de estrenar el cubo, al estudiante, al seminarista, a los dos gemelos, a Valerio que pasa las cuentas de su rosario, al marino que lee una de las novelas policíacas que dejó el viejo. Todos están ocupados, distantes, todo lo distantes que dan de sí los veinte metros cuadrados del garaje.

—Es algo muy personal.

—¿Suyo o mío?

—Suyo... bueno, de los dos.

—Entonces espere un momento.

Me levanto, cierro el cuaderno, y me lo guardo, y me voy con el conde al lugar de la pared por donde pasa la chimenea de la caldera de la calefacción y le explico que es el único sitio donde no se producen ecos y me dice que tiene que reprocharme no haber tenido confianza para confesarle que soy sacerdote, y me quedo mudo de estupor. Y al cabo: «Pero ¿cómo se le ha ocurrido pensar que yo...?» «La señal de la tonsura. Ahora mismo que le he estado viendo desde arriba... Sin embargo, debo confesar que no estaba seguro, pero esos pelos más cortos en el sitio donde los sacerdotes tienen la tonsura... Claro que han crecido, pero se notan todavía.» Se queda mirándome y yo me toco la coronilla, inclino la cabeza para que vea la cicatriz y le digo que no soy cura sino juez, que me enterró una bomba y que me cayó encima una viga y me afeitó mi hermana para curarme. El dominio que tiene sobre sí no impide que le salga al rostro el mismo desencanto que expresó el estudiante cuando el sastre militar le dijo que no era cura sino sastre. «Es cierto. Tiene usted una cicatriz»,

y el tono de su voz me hace pensar que a éste no le dejará tranquilo más que una confesión, un cura que le oiga que ha tenido queridas, que no ha ido a misa, que ha hecho alguna faena en la partición de sus padres, que ha echado de sus fincas a los yunteros con ayuda de la guardia civil, que no ha pagado lo que debía a sus trabajadores.

Y en ese mismo momento se abre la puerta y no tengo tiempo para pensar que vienen a buscarme. Aparece un hombrecito de poco más de metro y medio, muy estirado, cejijunto, con un abrigo con el cuello de astrakán, y detrás el sastre, al que hacen entrar de un empujón, como la primera vez, que no puede con su alma, que se desploma y provoca una exclamación de asombro. «Pero ¿otra vez usted?», mientras el hombrecito se presenta: «Me llamo Juan de Dios Melerio, buenos días, aunque sea un decir.» Y no sabemos a cuál mirar, si al recién llegado, que parece un banquero entrando en un Consejo de Administración, o al sastre, que sigue con su gabardina llena de barro y se arrastra hacia el sitio donde estuvo. El primero huele a jabón y a colonia, el conde expande su perfume amoniacal, con olor a saladero de pescado. Aquél confiesa que le han detenido por acaparador y que le llaman Juan Salud, por eso de que ya no se puede hablar de Dios. El sastre cuenta que le llamaron para sacarle los nombres y las direcciones de los clientes que se hacían uniformes en su sastrería, que le subieron a un camión, le llevaron al cementerio y simularon que le fusilaban. A continuación tiene un ataque de histerismo, se arrodilla, grita que no disparen, que dirá lo que quieran, que por Dios, que tiene una mujer y un hijo. El conde me mira, susurra «este pobre no ha tenido valor», el estudiante hace un gesto de desprecio pero se acerca y le atiende, le quita la gabardina, le echa agua a la cara, le da un bofetón y le hace volver en sí. Le rodean todos menos Juan Salud y yo, que me vuelvo a mi rincón, preparo la caja de zapatos, abro el cuaderno, empuño el lápiz con una mano que tiembla, me digo que también yo habría hablado y oigo al sastre jurar que no ha dicho ni un solo nombre. «No por valor, sino porque tenía tanto miedo que no podía hablar. ¡Tienen que creerme! ¡Por mi madre! ¡Por mi hijo!» Va de uno a otro repitiendo sus protestas, coge a Juan Salud por los hombros y lo suelta en seguida al advertir que no es ninguno de los que estábamos allí cuando llegó.

«Le creo», le dice el conde, siempre magnánimo, siempre ¡ queriendo destacar. Se dividen en dos bandos, uno encabezado por el marino y otro por el conde; discuten, recuerdan que durante el ataque gritaba que lo diría todo. «Lo de después ha sido una comedia, incluso el ataque de nervios.» «No ha habido comedia. ¿Quiénes son ustedes para juzgar a nadie? Y aun...¡ que fuera verdad, ¿están seguros de que no habrían hecho lo mismo que ese infeliz?» Y el calvo: «Sí, señor, a mí no me hubieran sacado una palabra aunque me hubieran arrancado el pellejo a tiras». «Este imbécil no sabe que todos tenemos un punto en el que nos fundimos», me susurra al oído el conde. Valerio dice doctoralmente, como desde un púlpito, que sin una formación de

la voluntad no se le puede reprochar nada. Y el sastre que nadie tiene nada que reprocharle y que le han de creer y que no ha hablado. Yo me toco la pequeña cicatriz, me tiro de los pelos un poco más cortos, me veo ante la puerta de casa, ante Miguel que la abre y que huele como Juan Salud y se queda tan sorprendido y tan estancado como yo, que venía mirándome al espejo del ascensor y advirtiéndome cómo empequeñecía mi cabeza el vendaje y cómo mis orejas parecían tan abanicadas como las de Julio César Sol.

Abrazos, preguntas, mis padres, Petra, Antonia, Laura, que me echó encima su cuerpo blando. La historia de Miguel: le pusieron en libertad sin juzgarle, sin que le reconociera ningún psiquiatra ni dictaran ninguna sentencia sobre él. La huida al extranjero del ministro de la Guerra, que ya estaba dimitido, la caída en desgracia de Langa. Y luego, los campesinos y mi descalabradura. Querían avisar a Bonilla para que me curara, hacerme desayunar, acostarme, mas abrazos: «¡De milagro, hijo mío, de milagro, bendito sea Dios!» «Gracias a Arango.» Lágrimas. «Ya estamos todos.» Y la idea de quedarme a solas con Laura para pedirle la llave daba vueltas como un moscardón, acercándose, alejándose, embistiéndome, chocando conmigo. A mí me tocaba lo peor siempre, no se me escapaba ninguna desgracia, y en cambio no había estado cuando apareció Miguel, ni cuando descubrieron a Juan. Y «cuenta, hijo, cuéntanoslo todo». Al cabo, caímos en ese marasmo paralizante que sucede a la excitación de las emociones. Ya no teníamos nada que decirnos, o lo que nos salía era pura repetición de lo anterior. Exclamaciones, suspiros de alivio: «¡Qué horror!» «Ya te advertí...» Y yo pregunto: «Miguel ¿qué piensas hacer tú?», y provocho un encogimiento de hombros. Laura dice que Juan está en El Escorial con su batallón y que vendrá el sábado, con una voz profunda, complacida, que denota su aire azarante de plenitud corporal. A estos dos la guerra... Y el coronel reniega de su yerno, de que esté preparando una unidad que va a luchar contra los que son verdaderamente los suyos: «Traidor, y encima tonto porque se pone del lado de los que van a perder.» Laura defiende a Juan: los traidores son los sublevados que han jurado lealtad a la República y quieren acabar con ella. Nuestra madre extiende las manos para poner paz, y Miguel me mira perplejo, dolido, como pidiéndome una orientación, y nuestro padre: «No le preguntes a tu hermano, porque es otro rojo», y nuestra madre: «Por favor, por favor, Fernando, Tomás, hijo, Laura.» Y yo tengo la sensación de que los llevo a todos a cuestas, la certeza de que es mucho más lo que ellos necesitan de mí que lo que yo necesito de ellos y el agobio de que siempre será igual, porque siempre los tendré encima. «Voy a lavarme un poco.» En el baño, olía a Miguel nuevamente, a su sudor acre y sus jabones y potingues. Seguían la discusión cada vez con más acritud, sosteniendo posturas extremas. Sonó un portazo, y oí al coronel que arrastraba las zapatillas, camino de su habitación; después, súplicas de nuestra madre, luego el piano, Chopin o Schumann o cualquier otro romántico dulzarrón de los que

le gustaban, de los que le servían de droga. Veo mi cabeza vendada en el espejo y una desolladura en uno de los pómulos, y resurge el moscardón, la casa de Laura, la llave, nuestro encuentro sin testigos, sin el bidé.

—Laura, por favor, ¿quieres curarme esto?

Se hace un alto en los arpegios, se acerca el taconeo de ella, y vuelve a oírse a Chopin, a las hojas en forma de corazones del cuadro. «No es gran cosa, pero tienes formada una masa de pelo y sangre. Voy a hervir agua.» Salió y yo empecé a preguntarme: «Laura, tengo algo que pedirte. No es una aventura; si se tratara de una aventura vulgar no tendría ningún problema.» Pero me avergonzaba hasta el canto al amor que tendría que hacer para presentar el asunto decentemente; me avergonzaba porque podía sonar a falso, porque quizá era falso, porque nunca había hablado de ella con nadie, porque las palabras pueden dejar vacíos los sentimientos. A veces, me había sucedido que expresándolos...

Volvió, con un cacharro humeante que tuvo que dejar enfriar y, mientras yo terminaba mi afeitado, me comunicó lo que todavía le quedaba de inquietud por su marido. Tenía la impresión de que le había ocultado algo; le encontraba demasiado satisfecho, demasiado optimista, juguetón, inconsciente. ¿Quién podría evitar que le dieran un tiro por la espalda? Sí, los llevo a cuestras a todos. Tengo que disipar los temores de ésta y lo que yo quiero es pedirle la llave. «Le habrán dado una unidad en la que no corra peligro, por la cuenta que les tiene.» Y me lavó la herida, me despegó los pelos, me echó alcohol, haciéndome resoplar, buscó una venda en el armario, me hizo que me sentara en un taburete. «Voy a tener que afeitarte la coronilla.» «Pero no me pongas la venda, ponme una gasa sujeta con un esparadrapo.» «Entonces tendré que afeitarte más.» Pero ¿qué me retiene? No es una puritana, ha ido siempre todo lo lejos que ha querido, me ha confesado que ha engañado a Juan. Rasca con la maquinilla, me limpia los pelos con un algodón empapado en alcohol, me sopla en la herida para aplacar el ardor que no me permite hablar, que sólo me deja dar bufidos y aferrarme al taburete. «Ya está. Pareces un niño descalabrado en una pedrea.» En el espejo, de perfil, puedo ver el bulto en la coronilla y las espaldas de Laura alejándose, deteniéndose cuando la llamo: «Quiero pedirte algo.» Vuelve a cerrar la puerta, por la que entran los primeros compases de *Les Adieux*, enrojezco y ella cambia de expresión al decirme que ha ido a la casa de Ayala y se ha encontrado unos milicianos haciendo guardia en el portal, que no tengo que darle ninguna explicación, que si no encuentro otro sitio me la dará, pero que le parece peligroso para los dos. «¿Cómo es? Físicamente, quiero decir. Me gustaría conocerla.» «Es... es distinta, distinta de todo», contesto porque no se me ocurre otra descripción más definidora. En seguida, irrumpen en mi mente las prisas por encontrar otro sitio: la academia de Pedro, el merendero con reservados, la casa de Langa o la de Rosas, mientras ella sonrío ante el laconismo de mi descripción y repite que los milicianos están en Ayala por ellos y

que no le sorprendería que también vigilaran aquí. «Por eso me preocupa Juan.» «¿No serán de Atadell?» «No, tú no sabes el escándalo de los periódicos y todas las cosas que dijeron de Atadell en *Mundo Obrero* a los pocos días de que encontraran a Juan.» Y a mí se me acabaron las suposiciones tranquilizadoras y me arrebataron las prisas. Me puse la chaqueta, me eché otra mirada al espejo, a la desolladura en un pómulo y las orejas que aún resultan abanicadas, más abanicadas de lo habitual. Todavía oigo *Les Adieux y el* «¿Vas a salir?» de mi madre y el «No te preocupes, no tiene nada» de Laura, cómplice y sonriente.

Pedro Martínez me abrió y me dio un abrazo teatral. «No sabes el peso que me quitas de encima.» Su cuñada se parecía a su mujer aunque la belleza rancia de ésta era en aquélla una fealdad atractiva, unos labios gruesos, un rostro con una distribución de volúmenes como los de una negra y un traje ceñido como un guante. «Pero ¿qué os pasó?» Mi historia era interrumpida por excusas que no venían a cuento y por los gritos de los niños que se peleaban en la habitación de al lado. Mi historia se me escapaba, se diluía entre las copas que me ofrecieron, la incitación a la sexualidad de Paquita o Pepita y la llave de la academia, con el sofá y sus incomodidades. Conseguí sacarle de la casa, pero también fue difícil pedírsela. Y nada de canto al amor, ni de que era distinta, sino todo lo contrario; una aventura, una mujer con la que hice el último viaje a Toledo y que casi tomó la iniciativa. En seguida adiviné que había un obstáculo, porque me preguntó si tenía que ser el sábado precisamente, si no podría ser hoy, o mañana, y me explicó que estaba en una situación parecida a la mía, sólo que el casado era él y, por una serie de razones muy complicadas, no podían verse más que los sábados. «A menos que combinemos las horas.» «No, ya me arreglaré como pueda.» Y perdí todo interés en su conversación pero le acompañé a un bar en el que nos tomamos unas cervezas, mientras la radio decía que los facciosos atacaban Toledo por el norte y por el oeste y Pedro me contaba que Sanabria no quería salir sin nosotros y que los guardias del camión que llevaba los sumarios se negaron a esperar más. Mientras tanto, un miliciano enseñaba a otros una gumiá que le había quitado a un moro al que habían hecho prisionero en Maqueda. «¿Prisionero? ¿No os los cepilláis?» «El jefe del batallón nos dice que tenemos que entregarlos a los del Servicio de Información porque los necesitan.» Y más cerveza, y que comiera con él, y que los cincuenta kilómetros hasta Aranjuez les habían llevado nueve horas. Otro bar: «Ahora, cuéntame bien lo que te pasó.» Se lo volví a contar y él movió la cabeza: «Pues ya ha sido suerte. Os estuvimos esperando una hora, hasta que los milicianos trataron de asaltar el camión.» Al cabo pude zafarme de él, pero ya hinchado y medio bebido.

Antonia nos impuso sus rezos en latín antes y después de la comida, Laura miraba a Miguel, me miraba a mí, yo contenía eructos, nuestra madre nos apretaba la mano a cada uno. No quedaba más que el merendero, no tenía idea de si Rosas vivía en una

casa o en una pensión. «Tía Inés, ¿no tendría una Biblia?», preguntó Antonia cuando salió de su éxtasis alimentario. «Creo que sí. ¿La quieres ahora mismo?» No, quería tenerla para leerla todos los días, como en el convento; la leían en latín todas juntas durante las horas de coro. «¿En latín?», preguntó nuestra madre con admiración. El coronel dijo: «Esto va más aprisa de lo que esperaba. Han tomado Olías y avanzan hacia Aranjuez.» Antonia quería cumplir todas las reglas. «¿Llevabais cilicios?», preguntó Laura. Sí, y había conseguido traerse el suyo. «Nunca he visto un cilicio.» El merendero o la casa de Langa, pensaba, luchando contra los eructos que me producía la cerveza y que irritaron al coronel.

—¿También te va a dar a ti por la bebida?

Apareció el cilicio de Antonia, un chisme tosco, una cadena de alambres como de tres milímetros de diámetro con unas terminaciones puntiagudas en cada eslabón y unas cintas que le daban aspecto de ropa íntima. «¡Bueno, ya está bien! Guárdate eso», gruñó nuestro padre. La comida me había despejado, le propuse a Miguel que me acompañara a la tertulia, pero se negó: «Otra vez. Os estorbaría.» «Son los amigos de siempre.» «Miguel, debes salir, no te vas a pasar la vida encerrado.» «No, no. No os sentiríais a gusto conmigo.»

Lo decía como si se creyera obligado a pedir perdón por no poder evitarnos su presencia, como si se disculpara por continuar existiendo. «Mañana me acompañas.» Subí por los bulevares, y tomé el metro en San Bernardo. La casa de Langa era mejor que el merendero. El aire del vagón me sofocaba, me mareaban la luz, el traqueteo de los coches, el estruendo, la suciedad. Sentía espasmos en el estómago, sudores fríos, náuseas, me derrumbaba a plomo hundiéndome en un mundo diluido en el que se desintegraban manchas claras y oscuras y el brillo de una barra vertical que se deslizaba hacia arriba entre mis manos. Me apeé en la primera parada y subí, agarrándome a la barandilla de las escaleras, deteniéndome para respirar profundamente, para desabrocharme el cuello de la camisa y quitarme la chaqueta, para secarme el sudor y volver a respirar y sentarme en el primer peldaño al nivel de la calle. Estaba en Noviciado y, como me sentí mejor, bajé al metro y se reprodujeron las mismas sensaciones, las mismas náuseas, el mismo hundimiento entre caras y sombras y barras blancas que se me escapaban de las manos. Conseguí salir de nuevo en Sol, casi a rastras pero por mis propios medios, y sentarme a la altura de unas alpargatas, una cesta con botellas y una mano sucia con periódicos: «¿Está enfermo?» Se acercaron unas piernas de mujer con varices. «Lo que está es como una cuba.» «Pero señora, ¿no le ve las heridas en la cabeza?» «Se habrá caído con la merluza.» «Debíamos llevarle a la Casa de Socorro, o a una farmacia.» «Sí, para que le den amoníaco.» Una mano se posó amistosamente sobre mi hombro derecho.

—¿Puede andar?

La Mallorquina, donde pidieron para mí una copa de ginebra y un café sin azúcar

y me llevaron a una mesa junto a la calle Mayor. «Le dejo, porque tengo que hacer. Que no sea nada, amigo.» ¿Qué era, la cerveza, un corte de digestión? Quizá una lesión interna producida por la bomba, algo del aparato circulatorio. No iba a poder acudir a la cita del sábado y aquel golpe de suerte que nos reunió no iba a servir para nada. Pagué y ne levanté aunque sentía flojas las piernas y una cenestesia tal que podía percibir el funcionamiento de mi cuerpo, desde los latidos del corazón hasta el aire que llenaba los alvéolos de mis pulmones y los movimientos de mis intestinos. Estaba como para acostarme pero llamé por teléfono a casa de Langa y una voz femenina, con el mismo acento que la suya, me dijo que estaba en la Maestranza de Artillería. Deduje que no vivía solo sino con su madre o su hermana, como me confirmó él mismo una hora después, cuando llegué a la Maestranza, de tranvía en tranvía y de mareo en mareo. En seguida se nos impuso Miguel, a mí con desgana y a él con una especie de ternura enrabiada o de rabia enternecida. Había pensado pedir que le destinaran allí pero dudaba que le conviniera porque desde que el ministro había desaparecido le trataban como a unapestado. Quien mandaba era un anarquista que veía sabotajes por todas partes. «Se empeñó en blindar un Fiat viejo y cuando le advertí que el blindaje haría polvo las ballestas me llamó fascista y me amenazó con darme el paseo.» Soltó una risa agria, desilusionada. Así no se podía trabajar ni ganar la guerra... Le ponían frenético las ignorancias y las ingenuidades; estaban indefensos, ellos mismos eran sus peores enemigos, no se fiaban de los oficiales, y con razón por lo general.

—Va a costar mucho tiempo y mucha sangre enderezar a esta gente. Y lo malo es que, por ahora, sólo tenemos sangre.

Estas palabras pusieron alrededor de mi mente una constelación de imágenes, formada por el miliciano que cayó ante nosotros, el tren de Toledo, la cabeza de Tommy y los anarquistas rematados en el hospital, y todo esto se interpuso entre mi impaciencia y el merendero y me hizo sentirme culpable de frivolidad. Pero que le echen a uno culpas de esta clase encima. «¿Qué podemos hacer con Miguel?» Mordiscos de pipa, rascarse la cabeza con la boquilla. «No lo sé. Ahora soy una mierda pinchada en un palo... Le convendría que le mandaran al frente, pero si desconfían de mí...» Atravesé una gran nave en la que chirriaban los tornos y en una de cuyas paredes se agigantaba la sombra de un soldador manejando un soplete oxhídrico. Estaba agotado. Eran demasiadas cosas para mí, iba caer enfermo otra vez y no podría ir al Retiro. Y hubiera deseado enfermar a no ser por esto último. Miguel, recogido en sí mismo, era la presencia de un silencio hecho carne. Mi debilidad me hacía más receptivo; me conmovían su nariz, y sus ojos, con una mirada más triste que de costumbre, que no se alteró cuando le hablé de Langa.

—¿Sabes? Los otros han traído a los moros, como cuando reprimieron la revolución de Asturias. Y ya conoces a los moros, por experiencia, y lo que hacen

con los prisioneros.

—¿Y qué? Éstos son tan salvajes y no tienen mandos que les impongan disciplina —saltó el coronel.

—Por lo que he oído o les dejan campar a sus anchas o se ciscan en la disciplina.

—¡Mentira, propaganda de esta chusma!

Laura acariciaba a Bucarín con una expresión soñadora, pensando en el sábado y en la llegada de Juan. El sábado de estos dos, de Pedro Martínez, mío, un día de cópula general. «Tomás, ¿por qué no te acuestas? Debes estar molido.» «Aún es pronto, madre.» El coronel se había parapetado tras el periódico, Antonia leía la Biblia con las gafas sobre la frente y el libro pegado a la nariz, se oían los cacharros de Petra, el runruneo del gato, un suspiro de nuestra madre, un coche que, al pasar por la calzada, cortó nuestras respiraciones y obligó al coronel a asomar unos ojos desorbitados por encima del periódico. Hasta el gato se alarmó y levantó sus orejas. Miguel me miró, con la frente llena de bultos. Después, se reanudaron el crujir de las hojas, el runruneo, los ruidos de la cocina, la apariencia de paz familiar que podía quebrarse en un segundo, que podía estallar si yo hablaba otra vez de los moros, o si pasaba otro coche que se podía detener y dejar en la acera su carga de milicianos.

Sanabria me anunció que el tribunal volvería a entrar en funcionamiento el lunes y que se había instalado en una de las salas del Palacio de Justicia. Otra vez a las declaraciones, a matar legalmente para que dejaran de matar extralegalmente, y a exponerme a la tentación de los ensañamientos. Pero antes del lunes estaban el sábado y la cita con Luisa que era unas horas en el paraíso, aunque fuera en el merendero de los reservados, en el que encontré al camarero de la cara de tortuga que me reconoció y sacó su obsequiosidad y sus connivencias, esta vez adobadas con quejas; las cosas marchaban mal, no iba nadie, salvo los milicianos después de... «Ya me entiende, pero pueden venir a las seis o seis y media. Y además, tengo para usted un sitio mejor que los reservados.»

Allí seguían la sala de baile, los atriles de la orquesta, la barra del bar, el anuncio de las atracciones. Todo igual, como si la revolución no hubiera podido espantar la tristeza que planeaba sobre los residuos de una fiesta de la que ya no quedaban más que manteles sucios, serpentinas, botellas vacías, y copas en las que nadaban confettis. «No sé si vienen a darse valor o a celebrar lo que han hecho. ¡Con las propinas que sacaba aquí!» Le di un billete nuevo y le pregunté si aquello era suyo mientras pensaba que lo nuestro podía haber quedado ya como el merendero y su tristeza, como residuos que había que barrer y tirar a la basura.

Antonia, desde detrás de su Biblia, dio un suspiro como si hubiera recibido una visión celestial: «Tía, ¡qué hermosa es!» «¿Qué dices?» «Que la Biblia es muy hermosa.» «Sí, muy hermosa... Pero ¿no la leáis en el convento?» «En latín.» «¿Que quieres decir?» Quería decir que no se enteraban porque no sabían latín. Risas

forzadas y a desgana, la de Laura sarcástica, la del coronel compasiva y un canto incómoda. Y yo al café, donde mi esparadrapo en la coronilla y mi desolladura atrajeron las miradas de la mesa de los poderosos: «¿Y eso?», me pregunto Prieto.

Esta mañana ha amanecido despejado; por el montante de la puerta se ve un rectángulo de cielo azul cuadrado por la arpillera y las ramas desnudas de los árboles que tienen un color gris, casi negro, como consecuencia de la nieve y la lluvia de los días pasados. Es una de esas mañanas que se dan con frecuencia en los inviernos de Madrid, con un aire frío que es un estímulo y una transparencia en la atmósfera que acorta distancias y permite ver la lejanía en sus menores detalles. Hoy, desde la casa de la calle de la Princesa, podrán verse con unos gemelos las zonas verde oscuro donde terminan los pinares. La conocí en un día como éste, en la Sierra, pero estaba tan absorto que no podía distinguir entre ella y el cielo azul y la nieve que amarilleaba con el sol y el verdor de los pinos y la llanura, tan plana y azulada como si fuera el mar. Era ella la que había iluminado todo aquello, la que lo había puesto allí y la que «e lo llevaría cuando se marchase. En un día como éste es más doloroso saber que le van a matar, aunque para eso da lo mismo que el cielo esté azul o gris, porque por dentro es siempre de noche. El esplendor de esta mañana es una burla o un ensañamiento, como si se nos dijera: «Mirad lo que os vais a perder», como si el día limpio y el sol y el cielo azul tuvieran un designio semejante al del suplicio de Tántalo. Pero acaso lo peor es que no hay ningún designio y que ni siquiera el esplendor es siniestro, acaso soy yo el que secreta como una exudación de pus, un velo sombrío, amoratado y un olor como el de Toledo. El conde ha debido pensar lo mismo que yo cuando, hace unos minutos, ha mirado por el montante y se ha tapado los ojos y ha mirado hacia el sitio que ocupaba el seminarista, al que se llevaron anoche, y ha movido los labios, probablemente para rezar el trisagio, repitiendo eso de «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal». Luego, ha apoyado la cabeza en la pared y ha cerrado los ojos, ha debido pensar en lo que habría sido para él un día como éste, en sus fincas, en una mujer, en la propia o en la querida de turno, en una cacería; ha estado un buen rato inmóvil, hasta que se ha llevado la mano a la bragueta y ha tirado de la tela para apartarla de su piel, que debe tener escocida a causa de la enuresis. Valerio sigue aprovechándose de su lesión cardíaca; no barre, no saca el cubo y sólo se levanta para recoger las comidas; el estudiante, al otro lado del capitán de caballería que trajeron esta mañana y que ocupa el sitio del seminarista, tiene los ojos húmedos y mira también por el montante. Ayer se pelearon por una partida de damas, el seminarista llamó tramposo al otro en broma pero éste lo tomó en serio y le dio un revés y pasó todo el día sin que se hablaran, y, por la noche, cuando le llamaron los milicianos se arrodilló ante su amigo, le pidió perdón, y le dio la cuerda que le servía de rosario:

«Para que reces por mí», y yo me emocioné y me avergoncé por ellos, como se avergüenza uno ante un abogado que pierde el hilo y empieza a sudar y a revolver sus notas. Ahora tiene la cuerda entre las manos y no quiere ni mirar hacia el capitán de caballería, un hombre más bien grueso, con una nariz de pico de pájaro y una barbilla huida de la que cuelga una papada temblorosa; le condenaron a muerte en el juicio contra los del Cuartel de la Montaña, le trasladaron desde la Cárcel Modelo a la de Porlier y la madrugada en que le llamaron para fusilarle hubo un bombardeo de aviación y los milicianos huyeron y se olvidaron de él. «No quedó ni la guardia. Yo pude salir tranquilamente sin que nadie me llamara la atención.» El cura, porque al fin han detenido a un cura de verdad, se inclina hacia mí: «Parece imposible.» Yo lo miro; lleva chaqueta de sport gris oscuro, un jersey azul con el cuello alto y unos pantalones negros bajo los que asoman unas botas como las que nos servían para reconocer a los religiosos entre los paseados; tiene aspecto de pintor, o de marino mercante. «Se pusieron a gritar: «*La fin del mundo, la fin del mundo!*», y se largaron todos.» «¿Y cómo está aquí?» El capitán se encoge de hombros; tuvo mala suerte, como no vivía en Madrid ni quería volver a la pensión, se refugió en una casa de mala nota a la que iba con frecuencia y en la que anoche hicieron una redada. El cura se estremece y el capitán se disculpa, repite que no podía volver a la pensión, añade que no quería comprometer a ningún amigo, pero el cura le interrumpe: «¡Por Dios, no vaya a creer que se lo reprocho! No soy tan pacato.» Y aquí termina la conversación. El cura se tiende en su manta, el capitán saca un paquete de cigarros, enciende uno y le ofrece una chupada al estudiante, éste mueve la cabeza rechazando el cigarro, el calvo reanuda su lucha contra el estreñimiento, yo vuelvo a mirar al cielo azul. En un día así, a primeros de octubre, tuvimos que llevar a nuestro padre al dentista porque se le había caído el empaste de una muela y se le había producido una infección; rabiaba de dolor y tenía un flemón enorme, tan grande que su barba clareaba sobre él, pero no quería ir porque tenía miedo a que le detuvieran. Llamamos al que nos atendía, pero no estaba en Madrid. Buscamos en la lista de teléfonos los que estaban más próximos, pero el coronel dijo que prefería esperar a que se le pasara la infección y, como no fue así, se le preguntó a Bonilla y nos mandó a un amigo: «Tiene la muela aprisionada entre las otras dos y no puedo hacer nada aquí. Podemos ir ahora mismo a mi consulta, aunque es un disparate sacársela con el flemón.» «Prefiero todos los disparates al dolor.» Nuestra madre y yo nos unimos a la comitiva y el coronel no quiso coger el bastón y el sombrero para no destacarse.

Un tranvía en Argüelles, hasta el cruce de Goya y Velázquez. Hacía sol, el aire tenía la misma transparencia que debe tener hoy y las hojas de los árboles comenzaban a amarillear. «Si me detienen con este dolor... ¿Falta mucho?» «Hasta la esquina de Juan Bravo.» El dolor o el miedo le hacían respirar con dificultad mientras subíamos la cuesta, aunque luego supimos que no era por miedo o por dolor, sino por

su enfermedad que ya debía estar muy avanzada. Al cruzar Don Ramón de la Cruz topamos con un coche y el espectáculo habitual: los milicianos, tres hombres que se parecían entre sí, las bromas feroces de aquéllos y dos mujeres llorosas en un balcón. El coronel se encerró en su cuarto en cuanto llegamos a casa y no reapareció hasta el día siguiente. Y esto debió suceder después de la segunda vez que nos vimos, el once o el doce.

El sábado fui al Retiro, me senté en el mismo banco y me dispuse a esperar un tiempo lo bastante largo como para que alcanzara a cualquier retraso. No estaba seguro de que acudiera, temía que también el otro regresara el sábado, se oía música, que parecía venir del bar del estanque, se oían las locomotoras, las pisadas y las voces de mando y el ronquido de un convoy de camiones que subía por Alcalá; dos viejos caminaban hacia la puerta del Casón. Sonaron pisadas y la vi avanzar por el paseo que estaba en la penumbra, con el bolso colgando de su muñeca y las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina. En seguida, me encontré explicándole que no había encontrado nada mejor que el merendero, y capté su gesto de desilusión. Le propuse que nos separáramos y subiéramos al mismo tranvía cada uno por su lado. «Y si cuando llegues al merendero hay gente, te vienes otra vez aquí.» Y ella dudó, miró el reloj. «Es tan lejos... ¿Y si cada uno toma un tranvía distinto?» Perderíamos demasiado tiempo. Acabamos tomando el mismo, cada uno por su cuenta. Demasiado tiempo para pensar lo que podría ocurrir, si nos sucedía algo nos lo habríamos ganado a pulso. La habitación, en el piso bajo, con una cama, una mesa de noche, una silla y un perchero, una ventana con una persiana y con rejas que daba a un corral. Lo cerramos todo, encendimos la luz, se quitó la gabardina; se había puesto una blusa blanca y una falda verde que me hicieron pensar que se las había puesto a propósito, porque se las podía quitar más fácilmente que un vestido entero, y me pareció un descarro y me enardecí. Se desnudó frente a mí, al otro lado de la cama, volviéndome la espalda al final, como si le hubiera atacado repentinamente el pudor. Muy rápido, muy precipitado debido al exceso de deseo por parte de los dos, a la falta de tiempo, las sábanas sucias, los ruidos del exterior, la noche que se echaba encima. Estaba tendida boca arriba, con los ojos cerrados, un brazo doblado bajo la cabeza y el entrecejo marcado; nos íbamos a separar en seguida, volvería a estar tan distante como antes, debía decirle que se separara, que rompiera con su marido para vivir juntos, para que no hubiera prisas, ni pérdidas de tiempo, pero no le dije nada, y ella tampoco, aunque vi la secuencia de cambios de expresión que pasaban por su rostro: inquietud, tristeza, una caída brusca en la realidad, una mansa desolación, un gesto de desafío, una sonrisa. «Tengo que irme», dijo con laxitud. «¿Por él?» «No, por mi madre. Está enferma.» «Ya lo sé.» «Está peor porque adivina algo. Le descompone verme alegre y yo no soy capaz de disimular.» Bajó la cabeza y la levantó bruscamente para echarse la melena hacia atrás y me pareció que enrojecía, quizá

porque nunca me había hablado así de su madre. Entonces, era ésta la que la retenía; o acaso le parecía menos hiriente esta explicación. Saltó de la cama y, de espaldas, se puso la combinación, la blusa, las medias, la falda. Parecía que, al contrario que el hombre invisible de Wells, se iba borrando a medida que se vestía. «No me importa que nuestras relaciones no sean más que un adulterio.» «¡Nuestras relaciones! Unas relaciones a pedacitos. Estás más tiempo con él...» «Estoy más tiempo sin ti, pero no con él.» Los últimos toques a su melena, la gabardina, el bolso. Ahora, una semana, siete días. Dimos la vuelta a la cama y nos encontramos a los pies, nos abrazarnos, me tocó suavemente el esparadrapo de la coronilla, apretó contra la mía su mejilla ardiente. «Eso no es más que un juego de palabras.» «Tienes razón, pero lo que me espera a mí es peor. En cuanto llegue me dirá que la tengo abandonada, o que le ha dado un desvanecimiento y ha tenido que atenderle la vecina, o dirá "tú por ahí zorreando y yo muriéndome, que es lo que quieres". Y es verdad que...» La besé en los labios y no me permitió ver su cara de frente ni volvió a hablar hasta que nos despedimos junto al tranvía. Seguí por la carretera sin luces, crucé el puente, sintiéndome intimidado por esta confidencia, por esta nueva Luisa que, de improviso, había puesto delante de mí un folletón después de haberme dedicado una sonrisa y de decirme que me llamaría. Y otra vez solo, Parque del Oeste, arriba. «Tú por ahí zorreando.» Toda su vida era un folletón, un dramón igual que la de Miguel, que estaba sentado a la mesa cenando junto a nuestros padres, a Laura y la monja. De un teatro a otro; ahora me tocaba ver los pensamientos de mi hermano en su frente, o escuchar el piano lleno de quejidos que todos tomábamos por quejidos. «¡Toda la semana esperándole para esto!» Laura tenía una cara de tempestad, las cejas convergían sobre el ceño como un acento circunflejo al revés, los ojos muy abiertos enseñaban toda la pupila y los labios ligeramente inclinados hacia la izquierda producían unas arrugas que subían hasta la nariz. «Estás mal acostumbrada. Tu padre tampoco podía hacer siempre lo que quería.» «No es por eso por lo que no viene.» Laura tenía la voz chillona y agria de sus peores furias, lanzaba sus frases y sus miradas a un punto delante de ella donde Juan solía sentarse, el coronel se desentendía y yo pensaba que había entrado en un tercer teatro. «Se lo he notado en la voz.» «¿Por teléfono? No digas tonterías.» Le conocía muy bien, se ponía meloso cuando no tenía tranquila la conciencia, habría encontrado una de las que le gustan, con una buena espetera y un culo respingado, como la última sirvienta que tuvieron. «Haz el favor de callarte», dijo el coronel. «¿Por qué me voy a callar? Tengo derecho a quejarme, ¿no?» «No, así no», el coronel hizo un gesto hacia Antonia. «Cuando venga se va a acostar con su madre.» «¡Cállate!» «No quiero. ¿Es que es peor decirlo que hacerlo? Y no me voy a quedar en decirlo, me voy a dar gusto con todo el que me apetezca.» «Eso es, como una...» «¡Como él! ¿Por que puede hacerlo él y no yo?» Miguel cerró la tapa del piano y dijo que tenía razón, nuestra madre que se callara, el

coronel que no la tenía.

—¿Desde cuándo la decencia propia depende de la de los demás?

—No se trata de los demás sino de mi marido.

Y se mordió las uñas y se calló, se quedó afeada por el ceño y la boca torcida y, al cabo, añadió que lo malo era que no sería capaz y que él lo sabía y se aprovechaba.

—Pero ¿todavía vas a lamentarte de serle fiel?

Nuestra madre se levantó, se acercó a nuestro padre y le dijo que era tonto, que no entendía nada, que era mejor que se desahogara hablando, que de todas maneras, se estaba ganando los cuernos a pulso desde que se casó. Y Laura como si no me hubiera confesado que se los había puesto, furiosa resplandeciente de dignidad ofendida, dijo que se los pondría en la primera ocasión, mientras al coronel se le marcaba el verdugón en la frente, enrojecía y gritaba que no tenían vergüenza, que no las comprendía ni las podría comprender porque eran el pasado mañana y él era el antes de ayer. Y tras un bufido, su exasperación fue convirtiéndose en perplejidad y resignación, una resignación precaria, amarga, dolorida e incurable. Nuestra madre le acarició el pelo color acero. «Todos estamos desquiciados. Y tú y yo somos demasiado viejos.» Se hizo la paz, sin victoria de nadie, que más que aliviar abrumaba; el coronel levantó la mano para acariciar la de nuestra madre, sonrió bajo su barba gris, pero no había alegría en su mirada sino la frase que ella solía decir cuando la aplastaban los acontecimientos, permitidos por una Providencia que no tenía en cuenta los corazones maternales: «¡Qué asco de vida y qué horror de muerte!» Miguel abrió la tapa del piano, movió los dedos para desentumecerlos, los entrecruzó juntando las manos, posó éstas sobre las teclas, se las miró, y acabó bajando la tapa y cruzando los brazos sobre el pecho. Laura salió seguida por Bucarín. Los dos seguían sentados en el sofá, ella con la cabeza temblorosa, él con el verdugón insinuándose desde el arranque del ceño hasta el comienzo del pelo gris cortado como un cepillo; desaseados, arruinados, carcomidos, inicualemente sobrevivientes, como acabó diciendo él: «Pero ¿qué habré hecho yo para que se me condene a seguir viviendo?». Miguel todavía en el taburete, me dedicó un gesto disimulado de aquiescencia, como si hiciera suya aquella pregunta, aunque después sonrió y yo entendí «pero a mí no me preocupa porque sé cómo ponerle remedio», y me sumí en el periódico. Arrugas, rodillas hinchadas, vientres caídos, juanetes, ninguna capacidad de ilusión, inactividad, ningún futuro que no fuera el de ir siempre a peor. La primera página del *ABC*, en la que antes venían los reyes, los marqueses, los ministros y los generales, traía ahora el embajador de Rusia que ni siquiera llevaba corbata y aparecía rodeado de puños en alto; una barricada en una aldea minera de Asturias y un desfile de milicianos por la Puerta del Sol; unas mujeres, casi todas vestidas de negro, avanzando por un camino a cuya derecha había un gran montón de paja y una iglesia con la torre sin campanario; en la página siguiente, la

popa de un mercante en la que se leía «Konsommel» en caracteres cirílicos y latinos; debajo un fusilamiento, un hombre en mangas de camisa y con las manos atadas a la espalda, arrodillado delante de un cura que le enseñaba un crucifijo, al otro lado, el piquete, en su lugar descanso, y entre el cura y el hombre de rodillas un papel arrugado, enigmático, tan punzantemente real que convertía la foto en la escena misma que había recogido, como el signo de un notario que le diera autenticidad: «La justicia facciosa. Los aliados de siempre asesinan a sus víctimas de siempre.» Páginas más adelante dos moros, uno con el pelo crespo y el otro al rape: «Dos rifeños hechos prisioneros por las milicias.» Oí unas notas y, por encima del periódico, vi a Miguel inclinado sobre el piano; al fin se había decidido, era tartamudo para todo, hasta para decidirse, nuestros padres suspiraron al unísono; un preludio que sonaba a Debussy, *El viento en la llanura o Pasos en la nieve*, y en seguida las pisadas de mujerona de Antonia, que reapareció y se pegó a su Biblia. Otra página; un grupo de hombres en un despacho oficial; caras conocidas, Jesús Hernández, el ministro de Instrucción Pública comunista, Largo Caballero, el general Miaja, que era el barrigudo que declaró en el juicio de Miguel; Arango detrás, sacándole la cabeza a todos, y Norte, y varios militares de distintas graduaciones: «Esta mañana, en el Ministerio de la Guerra, se ha constituido la Junta de Defensa de Madrid. El presidente del Gobierno y ministro del Departamento, señor Largo Caballero...» Sentí un espasmo general que se fijó en el diafragma y contemplé su frente, sus párpados superiores un tanto cargados que daban a su mirada una expresión reflexiva, el aire de franqueza y honestidad de su rostro, el inicio de calva que prolongaba su frente hacia arriba. Desde la primera vez que le vi, también en una foto, me pareció imposible que tuviera dificultades con él; pasé la hoja con rabia, recordando que cada vez que lograba hacerle hablar de su marido me contestaba con algo que implicaba un elogio, o el reconocimiento de alguna buena cualidad, aunque después me decía que para que yo supiera que me prefería a mí no hacía falta que hablara mal de él.

Volví hacia atrás la página; sí, franqueza, gravedad, capacidad de reflexión, y yo envidia, admiración y, sobre todo, los celos habituales que me producían la sospecha de que era más y mejor que yo. Tiré el periódico y advertí que Miguel había dejado de tocar, que Laura había reaparecido con los ojos irritados, que Antonia se había puesto las gafas y rezaba el rosario y que nuestra madre estaba zurciendo una camisa de uniforme. Una escena de quince años atrás, de cuando Laura comenzaba con los novios, o de antes aún, de cuando vivíamos en Zaragoza y cada vez que sonaban las campanas del Pilar nos hacía recitar lo de «Bendita y alabada sea la hora en que María Santísima vino en carne mortal a Zaragoza» y nos daba una cucharada de agua del grifo a cada uno, porque nuestra madre había contraído, por entonces, la manía de la hidroterapia. Y Laura, de cinco años, llorando por la muerte de una perra lulú y el olor a zotal que fue para mí durante mucho tiempo la tarjeta de visita de la muerte.

Cada hora una cucharada sopera y un «Bendita y alabada». Petra anunció la cena con sus consonancias vascuences y Sanabria me llamó para decirme que había que localizar a los presos porque los habían diseminado por todas las cárceles.

Tardamos tres días en dar con los necesarios para reanudar los juicios. Y el timbre, después de la cena, provocó un sobresalto que se había convertido en un movimiento reflejo. Era Andrés, que se quedó tímidamente en el recibidor. Miguel abrió los brazos y volvió a bajarlos conformándose con ponerle una mano en uno de sus hombros. Ninguno era capaz de hablar; se miraban, se sonreían con la misma expresión azarada: «Pasa, hijo, pasa y siéntate.» Nuestra madre dio una palmada sobre el sofá, y él encajó el «hijo», afectuoso pero inoportuno; ya no se le podía llamar hijo, con aquella pistola que colgaba sobre su vientre y sabiendo que no fue capaz de presentarse a declarar, que probablemente ni siquiera se atrevió a pedir autorización de los suyos. Me miró y apartó los ojos en seguida. «Me sentaré aquí.» Eligió una silla en cuyo respaldo apoyó sus muletas y enrojeció y confesó que el Partido le había prohibido presentarse y bajó los ojos y se convirtió en un acusado por su propia voluntad, porque, como Miguel, se juzgaba a sí mismo más inexorablemente que los demás. «Ya hiciste bastante el día del asalto. Y después de todo, estoy aquí.» Silencio durante medio minuto, uno, un poco más, silencio hasta que se creó un abismo que nos separaba y se iba agrandando.

—¿Quieres una taza de café?

Tragó saliva, se miró las piernas, y dijo que no y poco después que sí, y ni el sí y el no aminoraron el abismo; nuestra madre se levantó y salió seguida por Laura y el coronel. «No es un juego ser del Partido, pero yo... ¿Le han destinado ya?» «No, y no creo que me destinen nunca.» Andrés sacó un pañuelo y se secó la frente; no lo podía creer, con la falta que hacían los oficiales profesionales, los mandos milicianos no tenían preparación, sólo entusiasmo. ¿No habría venido por encargo de los suyos? Lo que necesitaban no era solamente heroísmo sino disciplina y técnica, que es lo que tienen ellos: «Y en lo que usted puede ayudarnos.» Aparecieron el café, nuestros padres y Laura. Andrés cogió la taza que le ofrecían y dio las gracias con una inclinación de cabeza. «Sírvete azúcar tú mismo.» Se sirvió cuatro o cinco cucharadas, revolvió la taza aplicadamente, se la llevó a los labios y la apartó. «¡Qué caliente está!», exclamó, bizqueando por mirar a la taza y no mirarnos a nosotros. «Y además no es café», dijo Laura para aflojar la tensión. Andrés alzó los ojos y dirigió una mirada circular a su alrededor, y yo me dije que se estaba arrepintiendo de haber subido a ver a Miguel, pero repitió que no podía creer que no le hubieran destinado. «No tiene nada de increíble», dijo Miguel con la frente anubarrada. Andrés cogió la taza por el asa con dos dedos y el anular y el meñique estirados y le dio un sorbo sonoro al café: «Es una injusticia. Si yo pudiera hacer algo...», enrojeció otra vez y aumentó mi sospecha de que iba a lo suyo, de que le habían encomendado esa misión

y tampoco se había atrevido a negarse. Era natural; lo más que hicimos por él fue tratarle con el afecto enternecido con que se trata a un cachorro. Debería odiarnos. Le mirábamos y superponíamos a este Andrés endurecido el otro de ocho o diez años, el Andrés que no llegaba al suelo con sus pobres piernas lisiadas, las mismas que fueron la causa de que le fusilaran a costas del chófer. Le mandaron a un pueblo de la provincia y, al regreso, el chófer se equivocó de carretera y fueron a caer en una unidad de moros. Un prisionero contó la historia y ésta llegó a oídos de Arango, que conocía a Andrés. El chófer se agachó para que le pusieran a aquél encima; el otro, el pelirrojo, comenzó cantando la *Internacional* y acabó llamando a su madre; Andrés asomó la cabeza por encima de la del chófer, levantó el puño y Jes estuvo llamando hijos de puta hasta que dispararon. Le dieron a él antes que al chófer y, al caer, dio un golpe sordo contra el suelo, un *cepazo*, como dijo el prisionero que contó la historia.

Volví al edificio de los Juzgados a preparar la liquidación de los que Sanabria había querido librar de las salvajadas finales. Ricachos de pueblo, tres curas, dos empleados modestos de la sucursal del Banco de España en Talavera, un ceramista de cuyo alfar se había incautado un sindicato, un coronel retirado que era padre de uno de los cadetes que había en el Alcázar, hasta un peón caminero de la carretera de Andalucía. Los dueños mezclados con los que sólo recibían los desperdicios. Una semana después, cuando ya había tomado declaración a unos cuarenta, supe por Sanabria que habían condenado a muerte a una tercera parte de los que habían juzgado. Me lo dijo como si se tratara de un triunfo y tuvimos una nueva discusión porque a mí seguían pareciéndome demasiados y demasiadas concesiones a los dos vocales, que se habían empeñado en condenar a los tres curas, a uno de los empleados del Banco de España y al padre del cadete, a pesar de sus setenta años. Una vez más, fui a casa de Antonio Ruiz a llorar mis cuitas sobre su hombro.

—Nuestra justicia sigue pareciéndose al terror.

Los dedos largos hechos para pasar páginas, para escribir, para dibujar espirales ilustrativas de una dialéctica escasamente materialista, buscaron la cicatriz, los ojos febriles me miraron con desasosiego, las piernas le llevaron de un rincón a otro del despacho y, al fin, dijo: «Pero ¿otra vez? Creía que lo habías superado ya.» «Claro que otra vez. A diez o doce veces por día.» «El que quiere los fines tiene que querer los medios», dijo, al aire, sin mirarme siquiera, en una de las veces que paso junto a mí. «¿Por quién lo dices?» Se derrumbó en el sofá y se desabrochó la chaqueta de *tweed* que acentuaba su aspecto de profesor inglés. «Ahora no es el momento de personalizar.» «No puedo evitarlo porque no puedo prescindir de mí mismo. Soy un sujeto y no un objeto, como decía Unamuno.» «¡Bonito ejemplo! Un hombre que se ha pasado la vida mirándose el ombligo. Hay que ver las cosas con imparcialidad. Cuando tengas mis años...» «Pero no los tengo y, además, soy un burgués y no tengo la culpa de ser un burgués.» «Tampoco tienes la culpa de que los acontecimientos nos

hayan arrastrado y hayan exigido la creación de los Tribunales Populares para frenar el terror.» «Pero ¿crees de veras que lo frenamos? Porque a mí me parece que vamos paralelos, cada uno por su lado.» «Es evidente que hay menos paseos. Y que esto no empezó de golpe y porrazo.» «¿Esto? ¿Qué esto?» «Todo, pero en especial el terror. Hay que buscar sus causas muy atrás y no tan sólo en la sedición.» «¡Ya, ya salió la dialéctica! La dialéctica y la praxis aplicadas a la historia de España.» «Dime otro método mejor para entenderla.» «Ese no es mi problema, Antonio. Mi problema es que estoy asqueado física y moralmente.» Antonio me miró con dureza, o con recelo, o yo lo supuse, porque mi problema era, también, que no tenía valor para dejar lo que hacía sentirme asqueado. «¿Y cómo crees que estoy yo?»

—Pascual Núñez. Venga conmigo.

El sastre, que está orinando, se abrocha la bragueta, se vuelve hacia Perico, el del pasamontañas, se agacha para recoger su gabardina, se la pone y se aprieta el cinturón, nos mira y nos sorprenden sus ojos de loco y su cara descompuesta. «Vamos, que no va a una boda.» Por hacer uniformes militares. Avanza, pasa sobre los que están sentados, sobre las piernas del estudiante, las de Valerio, las del marino, se acerca al miliciano, y le echa las dos manos al cuello gritando: «¡A mí no...! ¡A mí no me sacáis vivo de aquí! ¡A mí...!» Un culatazo del otro le derriba, el del pasamontañas, congestionado, se lleva las manos al cuello, luego a la funda de la pistola, más tarde se dirige a la puerta, llama a los otros, y, antes de que aparezcan, la saca y nos apunta a todos: «Al que se mueva... Llevaos a ése.» Pero el sastre se levanta y sale por sí mismo tambaleándose; el del pasamontañas le sigue y cierra la puerta de un golpe que hace resonar todo el garaje. Después se alejan las pisadas, se hace un momento de silencio, Valerio saca sus pastillas y se toma cuatro de un golpe, el cura se pasa la lengua por los labios y traza una bendición hacia donde está la calle. «Esta vez no volverán a traerlo.» El calvo lo duda, si no lo vuelven a traer será porque van a ponerle en libertad para premiar sus denuncias. «Desde que vino me di cuenta de que no era de confianza.» «¿Por qué? Yo, la verdad...» «Porque tiene cara de mala persona y porque sí, porque tengo olfato.» «Y muy poca caridad», y se oye otro rugido y cuatro o cinco tiros y voces: «¡Imbéciles! ¿Quién lo ha soltado?» Y el ruido de un cuerpo que arrastran, y el estudiante se pone de pie, se dirige al calvo, se inclina hasta que las dos caras están a la misma altura: «¡Ahí va eso en nombre del sastre!», y le escupe y le dice que no haría las paces ni aunque se lo pidiera Jesucristo en persona; luego le da la espalda y regresa a su sitio. El calvo se limpia el salivazo, se levanta: «¡Sietemesino, hijo de puta! Eres como éstos, defendiendo a un cobarde.» Y hay una segunda riña entre los dos, con intervención del conde, del marino, del cura, con aparición de dos milicianos con los fusiles dispuestos y del que llaman Perico, todavía con la pistola en la mano. «A callar. Al primero que rechiste lo mando

a hacer compañía al otro.» Cierran la puerta, el cura se acerca al estudiante: «¿No cree que se ha excedido?» «Puede que sí, pero no por defender al sastre. Ése es de los que tienen la culpa de todo lo que está pasando.» «¿Y usted no tiene ninguna? ¿Cree que hay alguien inocente?» «Mire, ahora déjeme en paz.» «También va a necesitar la misericordia de Dios.» «Ésa no me va a faltar por haber puesto en su sitio a un cerdo.» El sastre, con su morro de mono y su calva, el sastre muerto, en la puerta. El camión hará un viaje para él solo, para que no le vean los que llaman esta noche.

El Retiro, a las seis, y avanzando hacia mí el bolso que cuelga de la muñeca y la melena flotando, ondeando pesadamente. «Tengo una sorpresa. Mira.» Es la llave de la casa de una amiga en la calle Jorge Juan, con dos pisos y un patio cerrado por una verja de hierro y cubierto por una parra; unas escaleras quejumbrosas, un recibidor con un perchero, un paragüero, unas sillas de anea. Nos quitamos las gabardinas y esta vez no se había puesto la falda y la blusa sino un traje enterizo porque teníamos más tiempo. Recorrimos las habitaciones, el comedor que era también cuarto de estar, la alcoba, el baño, la cocina, un cuarto en el que solamente había armarios y maletas sobre éstos. Los muebles, un tanto arruinados, producían la impresión de que otras vidas habían ido depositando en ellos su poso de intimidad, de que si cerrábamos los ojos y los volvíamos a abrir, aparecerían las personas que los habían usado; el padre, con un bigote a lo Nietzsche y un cuello duro con corbata de pajarita, y la madre con una gargantilla y un camafeo; o quizá se trataba de los abuelos de la amiga. «¿Te gusta?», preguntó con aprensión. «Sí, claro que sí.» Eran feos pero con una fealdad delicada y mustia que enternecía; le dije que podría ser nuestra casa y cambió de expresión pasando de la sonrisa a la tristeza. Para nosotros no era más que un meublé, ¿no se decía así? ¿no era un meublé uno de esos sitios donde iban las parejas como nosotros? Pero no le importaba que fuera un meublé de verdad, no quería levantar los pies de la tierra. Iba a buscar algo de beber para celebrarlo. Se alejó, cruzó la puerta y atravesó el pasillo en dirección a la cocina. Estábamos perdiéndonos lo mejor, la intimidad que exhalaban las butacas, verla salir del baño con el pelo recogido sobre la nuca, sentarnos a desayunar, a comer. O quizá ahorrándonos el desgaste de la vida en común. «Vamos a brindar por nuestro meublé.» Me ofreció un vaso de jerez, que aborrecía porque me sentaba mal. «Por nuestro meublé y nuestro adulterio.» «¿Pero por qué te aferras a esa palabra? Se diría que te tranquiliza sentirte culpable, o que no puedes olvidar...» Las dos cosas, le gustaba más así. ¿No se trataba de un adulterio? ¿Por qué iba a engañarse? ¿Quería que se hiciera la tonta y dijera cursilerías? Que yo era su verdadero marido ante Dios y ante sí misma y que el otro no era nada. Un adulterio jamón. Y que no existía su madre, con sus gotas cada cinco horas y su miedo a la muerte y sus celos y su intuición. Y se lanzó a un gorjeo en el que las palabras eran sonidos cuya significación tenía escasa importancia. Después se bebió

su vaso, y yo le dije que estábamos perdiéndonos lo mejor. Ella sonrió, me cogió el vaso, lo colocó sobre la mesa y se acercó a mí. «¿Tú crees? Ahora vas a ver qué es lo mejor.»

Me besó con ferocidad, apretó su cuerpo contra el mío, me acarició sin contemplaciones ni pudor, se arrancó el vestido, me arrastró al sofá. La ola se levantó bajo nuestros cuerpos, nos alzó en su lomo provocando vértigos relampagueantes, delicados terremotos que ascendían y descendían uniendo nuestros vientres, oscuras succiones de sangre y transvasarla de uno a otro, descargas que nos reducían a sensaciones más grandes que nosotros mismos. Al cabo, la ola se debilitó, nos depositó en una playa y se retiró, dejándonos en el cuarto de estar que era comedor al mismo tiempo, junto a una mesa desvencijada, al final del reguero de ropas que habíamos ido quitándonos mientras nos dirigíamos al sofá. Me ladeé, para descender de ella, me senté en el borde porque era demasiado estrecho para que estuviéramos tendidos los dos, noté su mano en mi brazo.

—¿Qué? ¿Hay algo mejor? —me preguntó, con una malicia perezosa, asomando su cara arrebatada a la altura de mi codo.

Y yo volví a lo de estar juntos, no sólo para esto sino para todo lo demás, y la beatitud física me embarcó en un elogio apasionado y ramplón del matrimonio, en el cual había una distancia infinita entre lo que creía sentir y lo que decía. Ella se sentó, pasando sus piernas dobladas por el espacio que había entre mi espalda y el respaldo del sofá. Me tenía siempre a su lado, se pasaba las horas siguiendo mi vida, me veía cuando me levantaba y cuando me cubría la cara de espuma para afeitarme, o cuando estaba en el Juzgado, me sentía en carne y hueso como ahora, me olía como si estuviera presente y se le ponía la carne de gallina: «Toca, toca», me dijo, llevándome la mano a su espalda. «Eso sería realidad si viviéramos juntos», dije, pero no contestó. Estuvimos un buen rato en silencio, sentados en el sofá, casi desnudos; yo contemplaba sus muslos tersos, sus pies más bien anchos y grandes, su vientre dividido por una arruga a la altura del ombligo. Éramos lo contrario de esas representaciones de una pareja en trance de hacer el amor y estábamos tan ridículos que ni siquiera hubiéramos podido servir de modelo a un dibujante de los que ilustran las revistas pornográficas. Sus pechos asomaban por debajo de su sostén desabrochado, tenía las medias caídas, a la altura de los tobillos y todo el desarreglo consecuencia de los arrebatos y las precipitaciones. Se levantó, se dirigió al vestíbulo y volvió con la gabardina sobre los hombros, pero en lugar de sentarse se situó frente a la ventana y me dijo que no era posible y que yo lo sabía tan bien como ella y volvió a su madre, que la veía al trasluz y que era capaz de abrirle a él los ojos para fastidiarnos a los tres, y a repetir que Norte tenía complicaciones, que en Rusia habían detenido a amigos suyos, que a él le seguían y que acabarían descubriéndonos a nosotros, no porque él la vigilara sino por el otro lío. Me interpuse entre la ventana

y ella, sin acordarme de que estaba en calzoncillos. «¿No será que te gusta echarle más pimienta...?» Me abrazó, y la gabardina se le cayó de los hombros y reapareció desnuda, con un puchero en el rostro, reducida a una niña con una sabiduría amedrentadora de persona mayor. Me dijo que tenía miedo por mí, y yo: «¿Otra vez?» Y se echó a llorar y yo la acaricié y le pregunté si estaba queriendo decirme que no debíamos volver a vernos, y ella lo negó con todo el énfasis que le permitían sus sollozos y su voz anhelante. Nos separamos a las nueve. Me hizo esperar cinco minutos y, desde la ventana, pude entrever su gabardina y sus codos pegados a los costados. Volví a recorrer la alcoba, la cama, que habíamos deshecho y vuelta a hacer, y a contemplar las fotos espectrales que había sobre un mueble de madera negra de los llamados entredós. Luego cerré las contraventanas y salí. La ciudad estaba a oscuras porque unos días antes la habían bombardeado por segunda vez; en el cielo brillaba una Luna que parecía el recorte de una uña de estaño. Eché a andar, arrastrando mi debilidad y arrastrando también un cierto temor que había conseguido transmitirme, no sé si a intento o no, para someterme a prueba, o porque tenía motivos de verdad. Me dije que era ella la que tenía que sufrir lo peor, la promiscuidad, los disimulos, las coartadas para su madre; sí, había una disonancia entre mis palabras y mis sentimientos, aunque no sabía si era porque éstos estaban por debajo de aquéllas o al revés. Me estremecí, me subí el cuello de la gabardina y apreté el paso por las calles desiertas y sucias.

Y he aquí a Langa y a Miguel en el despacho, lleno del humo maloliente de la pipa del primero. «¡La Maestranza! No se fían de mí.» Langa dijo que tampoco se fiaban de él aunque no se había sublevado. «Si no me debo quejar. Tienen toda la razón. Ni yo mismo, en mi fuero interno...» «Deja en paz a tu fuero interno.» Alcanzó una cartera que había dejado sobre una silla y sacó unos planos que extendió sobre la mesa. «Ven acá. Verás lo que tenemos que hacer.» Yo la sentía todavía impresa en mí, con sus pechos al aire y sus ojos separados. No, esto no era como los desahogos con Lola, esto seguía y se prolongaba, como un recuerdo que no acabara de abandonar el presente. «Una pieza de museo, ¿verdad?» Y Miguel, con la frente llena de bultos y arrugas, se resistía o hacía de su resistencia un pretexto para no decidirse, mientras el otro iba señalando con la boquilla de la pipa en el plano los detalles de un cañón de fines de siglo, de los llamados Ordóñez, con unas ruedas enormes como las de una carreta del Oeste. Habían encontrado seis como éste en el cuartel de Vicálvaro, podían ponerles unos ganchos a las cureñas para sujetarlas a unos frenos hidráulicos, que, a su vez, irían enganchados a unos cepos en unas plataformas de hormigón. «Estas antiguallas reventarán al primer disparo.» Los probarían en la Escuela de Aplicación y Tiro. «El último destino de tu padre.» «Y mandaremos al otro mundo a los artilleros.» «Nada de eso; los artilleros seremos los dos solitos.» Miguel se inclinó sobre el plano, acodándose sobre la mesa y Langa me

guiñó un ojo como diciéndome «esto va bien», y yo anticipé la escena; los dos cargando los cañones, engancho unas cuerdas en los estopines, alejándose para refugiarse en una trinchera, la explosión. ¿Y si le daba por no meterse en la trinchera? «Lo malo es que el freno no actuará paralelo al eje del ánima y hará polvo la plataforma y no habrá manera de apuntarlo.» Sí, una mierda, pero no estaban en condiciones de renunciar ni a las mierdas, y se podía remediar en parte poniendo debajo de las ruedas unos planos inclinados de chapa de un centímetro.

Me aparté, recaí, en ella, en el otro, que estaba siempre al fondo, como la línea del horizonte, llevándose su mayor parte, días, semanas, noches, cenas, sobremesas. ¿Cómo saldría yo de las comparaciones? Porque, por mucho que quisiera mantenernos separados, no las podría evitar y nos pesaría a los dos; cómo olíamos, cómo respirábamos, cuál era más diestro. Langa recogió sus planos y me dio una palmada en la espalda, Miguel le siguió al recibidor, les oí despedirse: «Hasta mañana», de lo que deduje que le había convencido. Cerró la puerta y entramos juntos en el cuarto de estar donde estaban nuestros padres, Antonia y Laura, furiosa porque el otro tampoco podía venir, y el gato, con sus aires pausados y su gama de maullidos que eran un lenguaje. Pero yo seguía en Luisa; el vello rojizo de su sexo, sus arrebatos, la promiscuidad y las comparaciones. Con tal de acostarme con ella pasaría por todo lo que me echaran, iría de concesión en concesión si se me exigían. Pero ¿tendría Luisa valor para continuar? «Tía Inés, ¿rezamos?» Antonia tiró de rosario, «¿Qué?» «Que si rezamos el rosario.» Laura torció la boca y enarcó las cejas. «¿Por qué? No lo hemos rezado nunca. Esta se cree que está en un convento.» «Laura, por favor», el coronel hablaba conteniéndose, armándose de una paciencia que iba a durar muy poco, «¿qué importa que lo recemos?» «A mí no me da la gana rezar.» El gato dio un maullido suplicante y se encaramó en el regazo. «Un poco de respeto.» «Eso díselo a ella. Que rece en su cuarto y que yo no la oiga rezar porque reza para que ganen los otros.» «¿Por quién quieres que rece una religiosa? Son estos bárbaros los que persiguen la religión y asesinan a los sacerdotes.» «¡Lo que éstos persiguen es el catolicismo podrido!» «¡Laura, tú estás loca!» Laura cogió el gato, se levantó, nos mostró su perfil de anarquista y abandonó el cuarto de estar, dejando al coronel sin habla, con el verdugón en la frente, fuera de sí; Antonia hizo desaparecer el rosario. «¿Qué le pasa a esta chica? Se ha vuelto roja porque su marido no ha tenido agallas para mantenerse en su sitio.» Nuestra madre sonrió y dijo, una vez más, que todos los hombres somos tontos. «¿De veras no sabes lo que le pasa?» «Le pasa que se ha vuelto roja.» «No digas tonterías, Fernando. Eso es lo de menos. Le pasa que no quiere estar sola en la cama.» «¡Inés!»

Nos vimos dos veces más, pero las entrevistas eran tan breves que no teníamos tiempo más que para los arrebatos y para una escasa media hora de parloteo del que ella consumía más de veinte minutos. Tenía miedo; para venir había cogido un

tranvía, había caminado a pie, había entrado por una puerta del metro y había salido por la otra y había vuelto a entrar y a coger dos trenes en distintas direcciones; pero no pasaba nada, era que tenía miedo, que lo había tenido siempre. Su amiga se había hecho enfermera y estaba en el hospital de Maudes y era la que ponía a su madre las inyecciones; ésta tenía un loro que hablaba en ruso y en italiano y que lo mismo decía *nietchevo* que cantaba *O sole mio* o recitaba a Dante o a Lermontov y que ahora había aprendido a decir «salud, camarada»; que cómo estaban mis padres y Miguel, que si me hubieran destinado a Langreo o a Mieres nos habríamos conocido antes. La casa de sus padres olía siempre a carbón; su padre había muerto en una explosión de grisú. Y todo lo que decía, penoso o intrascendente, parecía, gracias a su voz, un juego sin aristas, como sus hombros huesudos y anchos que producían una sensación curiosa de redondez y su manera de andar que era un deslizamiento en el que no se notaba la brusquedad de los pasos. Y otra oleada de terror. Por las noches, frenazos en la calle, llamadas a las puertas, motores de camiones que cargaban presos en la Cárcel Modelo, descargas de las ejecuciones en la Moncloa. De día nos enterábamos de que había muertos en el Parque del Oeste, como en los primeros tiempos. Miguel regresaba de la Maestranza tan abatido como si las víctimas hubiéramos sido nosotros y Langa me decía: «Dile que se calle la boca porque se pasa el día soliviantando a los trabajadores.» Y comenzaron los mítines, las manifestaciones con pancartas de «¡No pasarán!», con la n al revés, o «Españoles, a la lucha. Madrid tumba del fascismo». Desfilaban milicianos que eran la negación de la marcialidad y que me dejaban conmovido, con remordimientos, con deseos de alistarme para correr su misma suerte y para huir del Juzgado. Había alarmas aéreas, o simulacros de alarmas aéreas, bajadas a los sótanos, a refugios de fortuna, sacos terreros en las ventanas y las puertas de algunos edificios oficiales y en las entradas del metro. Nombraron comités de vecinos para cada casa y en la nuestra hicieron jefe al delineante del ático, que nos visitó una tarde con dos milicianos par darnos las «consignas» en caso de bombardeo: oscurecimiento total, prohibición de abrir las ventanas y balcones y de subir a las terrazas porque habían descubierto elementos de la Quinta Columna que hacían señas luminosas durante la noche.

Arango, repentinamente endurecido, opinaba que la guerra justificaba todas las violencias; la violencia estaba siempre justificada si tenía por objeto poner fin a la violencia. O se quiere hacer algo y hay que emplear la violencia o se respeta la libertad formal y se renuncia a la violencia en crudo y hay que aguantar la violencia burguesa, que es perpetua, porque no se puede elegir entre la pureza y la violencia, sino entre dos clases de violencia. Pero, ¿y mi conciencia?» «Te la metes en el culo. Tu conciencia es una abstracción.» «Para mí es una realidad.» «Tú no eres nada. Es decir, no cuentas.» Sanabria me advirtió que tuviera cuidado con las declaraciones: «Te puede costar cara la blandura porque los jurados no son tontos.» «Mi misión no

es hacer de fiscal, como Riaza.» «Ni tampoco de abogado defensor.» Dejé de ayudar sin mayores resistencias morales, y mis acciones y mis ideas volvieron a darse de patadas; descontento, condescendencia conmigo mismo, lucidez cínica, el pretexto de que todo era provisional, de que necesitaba más tiempo para ver claro y tomar una decisión; y hasta entonces, lo único que me tocaba hacer era sobrevivir, escapar de las denuncias, seguir tirando, no verme demasiado con ella. Esto de ir tirando, y no moverle de la Maestranza, era lo que Langa y yo creíamos que le convenía a Miguel por entonces, a fines de octubre, aunque Miguel no pensaba lo mismo o no sentía lo mismo porque su desaliento y su confusión pesaban demasiado sobre él para que pudiera elegir con un mínimo de asepsia emocional.

Una tarde fui a recogerle a la Maestranza y a la salida vimos subir por la Ronda una fila de treinta o cuarenta autobuses de dos pisos, vacíos y conducidos por chóferes de la empresa de transportes urbanos. «¿Qué es eso?», preguntó a Langa, señalándolos con un movimiento de cabeza. «Van al Quinto Regimiento o a otro cuartel de milicias. A cargar. Parece que han preparado un ataque para detenerlos en Illescas.» El aire trepidaba y se oscurecía con el humo de los escapes, un perro corría por la ladera de un desmonte que había al otro lado, más alto que los árboles del bulevar. «Pero ¡si esos cacharros se ven a veinte kilómetros!» «No tendrán otra cosa.» Los primeros autobuses doblaron a la derecha al llegar a Cuatro Caminos, el perro se desgañitaba pero sólo veíamos sus ladridos, sus carreras, sus paradas, una nueva carrera hasta que se quedaba atrás, sus retrocesos hasta el autobús siguiente. «Y yo aquí, emboscado, mientras éstos...» Langa me dio con el codo y me dijo al oído que me lo llevara al café, o al cine, o que le buscara una puta: «Pero ahora mismo. ¡Hala, ya os estáis largando!» Bajamos por la ronda para coger un tranvía. «Supongo que los transportarán de noche porque como los lleven con luz no van a dejar ni uno.» Pasó el último, que llevaba en el costado un anuncio de la perfumería Gal, las tres letras que veía desde la cárcel pintadas en la chimenea. «Si fueran por la carretera de Andalucía, a la que los otros no han debido llegar, podrían alcanzar Seseña, dejar los autobuses y seguir a pie.» Llegó al tranvía, subimos, nos sentarnos juntos, frente a un miliciano con un mono caqui y un jersey marrón y un brazo vendado. Continuó con sus conjeturas: un disparate, autobuses de dos pisos cuando debía estar libre la línea del ferrocarril hasta el puente del Jarama. «Y si por lo menos dieran un rodeo...» De improviso se calló, me tocó con el codo, señaló al miliciano, al vendaje que dejaba una mancha roja en el marco de la ventanilla y a la otra mano que limpiaba la sangre con un pañuelo. Yo vi el gesto de dolor contenido al guardarse el pañuelo, al sacarlo otra vez porque continuaba sangrando y manchando el marco del cristal y la manga del jersey que colgaba. Miguel se echó la mano al bolsillo, pero el otro se levantó, y se dirigió a la plataforma delantera, ocultando el vendaje, y le dijo al conductor que se detuviera en la primera parada. «¿Has... has visto?» Yo asentí y vi que tenía los

ojos brillantes. «Con el brazo herido y preocupándose de no manchar...» Nos apeamos en Cibeles, subimos andando por la acera derecha de Alcalá y la Gran Vía.

Arango contaba sus aventuras a Pedro Martínez, a Rosas, y al camarero. ¡Que le buscara una puta! Como no le emborrachara... Miguel pidió un coñac, se mojó los labios, paseó una mirada ausente por la barra, la puerta del teléfono, la cazadora de Arango, el espejo, Lola y las dos fulanas. Yo escuchaba con la mitad de mi cerebro, y le vigilaba con la otra mitad. Unos milicianos habían huido ante una carga de la caballería mora; Arango contaba que a él y a otro periodista de *Mundo Obrero* les habían encargado enterarse de la situación. Echaron con el coche por una carretera desierta, enmarcada por unos árboles hasta alcanzar un puente sobre un arroyo con juncos. Lola me saludó con la cabeza, levantó los brazos para que se le señalaran los pechos bajo el jersey. Miguel palideció, tragó saliva, se inclinó para pedirme dinero y me hizo perder el final de la historia que arrancó una carcajada general. Un billete por debajo de la mesa. Claro, demasiado tiempo en ayunas.

—Tomás, ¿te acuerdas del inglés que murió en Toledo? Pues no era inglés. Era el cameraman de un director ruso que se llamaba Karmen y que ha venido con el redactor jefe de *Pravda*.

Tuve que sonreír; si Arango conocía a alguien por casualidad, había de ser un personaje exótico. Miguel se levantó y se acercó a Lola. «¿Cómo lo sabes?» «Porque ha desaparecido. Me lo ha dicho el que me lo presentó.» «¿Te ha dicho que era el cameraman de ese director ruso?» «No, me ha dicho que ha desaparecido.» «¿Y por eso va a ser la misma persona?», opuse, porque no quería prestarme a convalidar sus fantasías de ególatra, pero sin dejar de acechar el trato, viendo cómo se levantaba Lola, cómo se tiraba del jersey, cómo pasaron los dos por detrás de mí camino de la cama y los grititos y la rapidez profesional para desnudarse. «Es la misma persona», insistió y yo me encogí de hombros; miré su barba, sus grandes manos tostadas, el bigote arrebatado que eran sus cejas, su boca que parecía mamar del puro y me puse a envidiar su imaginación, su vitalidad que tenía que consumir abusando de su vida, tirándola al aire a cada momento como una pelota. Todavía no se había decidido pero se decidiría y volvería contando que la guerra se había ganado gracias a él y no sería falso por completo, porque valía por veinte o treinta hombres. Y, en cambio, Miguel regresaría a casa más deprimido. El miliciano que limpiaba su propia sangre desplazaría a Lola y seguiría oyendo los motores que se oían todas las noches y pensando en sus compañeros y en Andrés, de quien Petra le había contado que fue el que mató a los hijos de Bonilla.

Dos o tres días más tarde, o acaso cuatro, después de desayunar me asomé al balcón para comprobar si hacía frío y si debía sacar el abrigo o bastaba la gabardina, y miré al cielo gris y a la calle, brillantada por la lluvia, por la que desfilaba un grupo de campesinos rodeando unos carros con todos los trastos que solían llevarse al

abandonar sus pueblos. Detrás de mí, Miguel dijo: «Estos son los que salen perdiendo siempre, porque hacemos las guerras con ellos o con sus hijos. En mi regimiento eran campesinos más de las tres cuartas partes.» «Pero ahora es su guerra», repliqué, sin apartar los ojos de la comitiva. En el primer carro iba una mujer sosteniendo un espejo con un marco negro y otra protegiéndose con una manta bajo la que se acurrucaban dos niños. «Si no se tratara más que de luchar por ellos, mi problema... Pero hay muchas cosas más.» «Las salvajadas, ¿no? Y, como de costumbre, tus compañeros. Tú querías un mundo como los de los cuentos para niños, con todos los buenos a un lado y todos los malos al otro.» «Lo mismo que tú, porque a mí no me digas que te deja tranquilo lo que haces en el Juzgado.» Nos callamos. Abajo desfilaban las caballerías, los pañuelos empapados de las mujeres, el espejo; todo el grupo parecía un entierro que había equivocado el camino. Miguel se acercó a la barandilla del balcón. «Escucha», dijo, y reconocí los cañonazos. Sonaban aún muy distantes, con una solemnidad casi musical. «Ya decía yo que no iban a servir de nada los autobuses.» El cañoneo tenía, a veces, un ritmo de charanga de la que solamente se oyera el bombo. «A lo mejor, son los nuestros», aventuré, pero dijo que era igual y, tras una pausa, que había estado deseando que esto ocurriera para que se vieran obligados a mandarle a primera línea y que ahora ya no sabía si lo deseaba o no. Y, en seguida, se subió la cremallera de la cazadora que había estrenado unos días antes y se apartó del balcón.

—Voy a ver si Langa sabe lo que van a hacer con nosotros.

Yo cogí el paraguas y la gabardina y salí a la calle, donde los cañonazos tenían más autoridad y donde mis ideas se ajustaron a ellos; habría cambios, más vigilancia, toque de queda, bombardeos, barrios que tendrían que ser evacuados, casas destruidas, escasez de todo para todos, frío, falta de carbón, de energía eléctrica, de alimentos, de agua. Tomé un tranvía en Argüelles y me senté en el único sitio libre, junto a un miliciano que apestaba a formol y llevaba la cabeza agigantada por un vendaje y el gorro sobre éste, ladeado, jactancioso. Madrid sería un Toledo veinte o treinta veces mayor, con el olor pestilente, los escombros, los cañonazos, el picoteo de los disparos de fusil y de ametralladora, los tremendos desgarrones de las minas; y, encima, frío y lluvia y nieve. Una columna de trabajadores con sus picos y sus palas al hombro bajaban por San Bernardo tratando de marcar el paso y de cantar *No pasarán* con la música de la *Madelón*; alguien dijo que eran voluntarios del Sindicato de la Construcción que iban a cavar trincheras al otro lado del río. En el juzgado me esperaba la ración diaria de detenidos que ocupaban los bancos del pasillo, con toallas que hacían de bufandas y barbas de meses y miradas ateridas. Y el mecanógrafo, escuchando por la ventana abierta.

—¿Ha oído eso?

—Claro, pero Madrid no es Toledo y no es lo mismo luchar en campo abierto que

en una ciudad.

—No será lo mismo, pero a mí no me gusta.

—Cierre, que hace frío.

Me senté, dispuesto a encararme con el ritual del miedo de los detenidos, lamentable y, a la par, insuficiente para despertar mi piedad y enterrar mi temor; los sobresaltos ante cualquier pregunta, los gestos en los que había algún detalle grotesco, el mal sabor de boca que me dejaba la compasión artificial, recompuesta, fría. Un viejo muy consumido cuyo cuerpo no era sino ángulos, codos y rodillas dentro de un traje negro y cuya barba blanca agrandaba engañosamente su mandíbula, y una denuncia increíble: él, sus hijos y un militar retirado se habían hecho fuertes en el casino del pueblo y habían estado disparando contra las milicias hasta que llegó la guardia civil. «Si eso fuera verdad, no estaría aquí sino con un metro de tierra encima», me interrumpió, con una voz firme que no concordaba con su decrepitud, y me dejó callado, al ponerme otra vez ante el dilema cuyos términos eran la muerte segura o... O hacía las averiguaciones precisas o dejaba que siguieran las cosas como venían. Añadió que ni tenían armas, ni conocía al militar, ni siquiera estaban en el pueblo porque, como temía que pasara lo que pasó, se habían ido a una finca, a diez kilómetros; aquello era un invento del alcalde que había querido hacer méritos con los del Comité porque tenía más miedo que ellos.

—¿Miedo el alcalde?

El dilema se esfumó, la explicación era tan inverosímil como la denuncia, pero mi alivio, mi bellaco alivio desapareció también cuando, guiñando los ojos que parecían dos almejas aguanosas, aclaró que tenía miedo porque había sido alcalde con la Monarquía, con la República, con el gobierno de Azaña, el de Gil Robles y Lerroux y hasta con el del Frente Popular. «Y todavía lo sigue siendo.» Y las dos almejas dejaron de abrirse y cerrarse, resucitaron, me miraron con fijeza, barrenando dentro de mí, y su dueño, después de un gargajeo, reconoció que claro que era de derechas como todos sus hijos y repitió que la denuncia era una patraña: «Y si no, pida informes sobre ese mal nacido.» En lugar del viejo barbudo tuve ante mí por unos momentos, primero a Abrantes y después a Sanabria, con su cuello duro, su traje negro y su advertencia; y de nuevo al viejo, con su barba blanca, sus zapatillas en las que se le señalaban los juanetes, sus ojos y sus gargajeos. «¿Y quién me dice a mí que no les salvaron los guardias?» «¿Qué guardias? No quedó ni uno porque se los llevaron a la capital. Mire, ya veo que no me cree, pero me da lo mismo, aunque lo siento por mis hijos. Yo ya he vivido bastante. Allí no quedaron más que las milicias, los dos municipales y ese hijo de puta.» Lo decía tan seguro de sí que parecía que se habían trocado los papeles. Se levantó y me quedé nuevamente ante el dilema, envenenado por la malquerencia que despiertan en nosotros quienes nos crean problemas o nos implican de alguna manera en los suyos. Los hijos confirmaron la

historia, con más detalles pero sin la entereza del viejo: los falangistas intentaron apoderarse del Ayuntamiento, los milicianos mataron al jefe disparando por el agujero de la cerradura, y los demás falangistas quisieron huir saltando de un tejado a otro, pero los cazaron a todos. El alcalde se llamaba Obdulio García, era gordo, tenía varias huertas, la tienda de comestibles era suya. Para el mecanógrafo era un cuento que habían preparado los cuatro en la cárcel, porque el vicio era un cuco y el mayor de los hijos ejercía de abogado en la capital:

—Y ya pueden jurar por sus muertos que yo no me trago que hayan tenido el mismo alcalde desde la monarquía hasta ahora.

A ratos se oía el cañoneo, siempre lejano y siempre con reminiscencias del bombo de una charanga; la lluvia seguía golpeando los cristales. La cara del mecanógrafo se demudó cuando un capitán, el último detenido, señaló a la ventana y dijo: «Bonita música, ¿eh? Desde aquí la pueden oír mejor que la oímos nosotros desde Porlier». Cuando acabé con éste, cogí el paraguas y la gabardina y salí a la calle, cuyas aceras relucían. Los zambombazos resonaban aún, pero cesaron antes de que llegara a casa, y nadie se dio por enterado de que se habían estado oyendo desde las ocho o las nueve. Todos, hasta Miguel, representaban la inútil comedia de ocultar la inquietud, hablando del tiempo, preguntando qué había para comer, a dónde habíamos ido, qué teníamos que hacer por la tarde. La comedia, con silencios demasiado largos y miradas fugaces, con garbanzos acompañados por una carne tendinosa que no habían conseguido ablandar las habilidades de Petra. Agua a cada bocado, hasta el ruido de las degluciones, Antonia tragando, protestas del coronel: «¡Qué porquería! Si hubiera cogido a un capitán de cuartel dándole esta bazofia a los artilleros...» En el cuarto de estar, el coronel ocupó su sillón, Laura y nuestra madre el sofá, bajo el retrato del abuelo Olaibar, Antonia la silla del rincón más alejado de la luz, yo al lado de Laura y Miguel en el taburete del piano. «Toca cualquier cosa.» Pero Miguel hace un gesto negativo y abre y cierra la tapa. Otra vez la paz familiar, tan frágil y precaria como el centro de un huracán, aburrida, sedante, tediosa, amenazadora. «Entonces, déjame a mí.» El coronel dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho, lo mismo que Antonia que tenía las gafas en la punta de la nariz. «No toques, hija, que le vas a despertar.» «Estoy despierto.» Laura le dio vueltas al taburete para subirlo, Miguel cruzó el cuarto para sentarse junto a nuestra madre. Sonó un arpegio, una campanada, los primeros compases de la *Kovántchina*. A Miguel a Laura les gusta la misma música, les gustaba, y también me gustaba a mí, aunque creo que no es la buena porque tiene demasiada carga de emociones o de exotismo o de descripciones; mezclaban en su predilección a Beethoven, Chopin, Schumann y Chaikovski. Se detuvo para quitarse la pulsera y sonó otra campanada que se extendió pero no por la estepa sino por la casa y que atrajo a Petra, con un paño de cocina entre las manos y la boca entreabierta. «¡Ene! Campanas me dije que eran, lo mismo que el otra ves.» Mi

madre: «¿La otra vez? ¡Ah, sí! ¡Qué tonta eres, hija! ¿No, escarmentaste con la otra vez?» Laura se echó a reír, Antonia despertó bruscamente y se quitó las gafas. «¿Qué ocurrió la otra vez?», pregunté. El coronel, serio: «Nada. Nada que valga la pena contar.» «No seas ridículo, Fernando.» «¿Te parece que soy ridículo?» Y Miguel y yo nos enteramos de que, en los primeros días, Petra apareció diciendo que estaban llamando a misa. «No seas tonta. Están cerradas todas las iglesias.» «*Serradas ya estarán, pero oír campanadas estoy y llamando a misa que llaman.*» «Muy bien, vete a misa, testaruda.» Y el regreso a los diez minutos, desencajada, santiguándose, con el velo caído, sofocada, sudando y contando que había tres curas en el altar mayor pero sin monaguillos y *dies o quince mujeres, y el cura del sentro, el del capa «lluvial»* que se volvió y que abrió los *brasos* para que le vieran desnudo enseñando *los vergüenzas* el muy *ordotz y serdo que te era*. «¡Inés, por favor! Y tú, Laura, sigue tocando y no te rías más.» «No puedo, padre. ¿Os imagináis a Antonia en lugar de Petra?» «¡Cállate!» Y fueron apagándose las risas y se encendieron el viejo y el alcalde y comenzaron a chisporrotear ocurrencias en mí: estaba demasiado bien urdido para que se tratara de un cuento, tenía que convencer a Sanabria para que citara al alcalde, le echaría encima las razones que no se le caían de la boca para justificar la actuación de los Tribunales Populares. Me hallé imaginando nuestro diálogo. «¿Ya te has vuelto a ablandar?» «Sólo te pido que cites a ese hombre o que des curso a mi citación.» «Que lo presente el defensor como testigo el día de la vista.» «Sabes que no vendrá y que es obligación mía citarle.» Laura tocaba, pero no la *Kovántchina* sino el *Momento musical*, el coito de corcheas, el vértigo del ascenso, las primeras caricias pausadas, lentas, la aceleración, el vértigo y la ternura violenta de la que mana placer en lugar de dolor.

«¿Qué piensas?» Estaba tendida, mirando al techo, con las manos bajo la nuca y las piernas dobladas levantando las sábanas y la manta; ya habíamos tenido nuestro *Momento musical*, hecho del pequeño chirrido de sus dientes, de los crujidos de la cama de mis jadeos, el subir y bajar del somier, que adquirió un ritmo jocosos, y que nos hizo reír a los dos por primera vez desde que nos acostábamos. Luego, con la noche, había caído el silencio sobre nosotros, la quietud, la flojedad de la pasión satisfecha hasta el agotamiento, hasta vaciarnos física y mentalmente. Pensaba en nosotros dos, en su madre sola en la casa, rabiando y acumulando rencor para echárselo encima, enferma, desgraciada por mala que fuera, y en Norte que tampoco era feliz y en tantos como necesitaban ayuda, en los milicianos que caían heridos a unos pocos kilómetros, en los niños, en las viudas, en la gente llenando los cines, los bares, los teatros, en los patrulleros preparando sus listas, los de derechas temblando, los moribundos. «Si es verdad que Dios existe y que todo lo tiene presente, ¿cómo lo puede soportar? Porque nosotros sólo vemos pedacitos y nos olvidamos, ¿verdad?», y repitió, con un brusco cambio de malicia en su voz, «¿verdad?». Y yo le pasé un

brazo bajo la nuca, le acaricié las mejillas, la nariz, los labios, el cuello, toda la parte de su cuerpo que alcanzaba mi mano, aunque ya sin deseo, ya como si estuviera tomando posesión de sus pensamientos. Le confesé que también había tenido alguna vez esa sensación de la simultaneidad, de que no estaba limitado a mí mismo sino por un accidente sin el cual hubiera podido ser testigo de todo y estar a la vez en todas partes: «Pero ¿de dónde has sacado tú eso? Parece un pensamiento o un sentimiento de hombres, porque las mujeres os atenéis a lo inmediato.» «De mí misma, no sé cómo explicarlo... Todo eso se ha quedado en mí y ya no me deja, ni me dejará nunca.» Me cogió la mano y continuó explicándome que no era que pudiese ver todo lo que había pasado, sino que lo sentía, que le perseguía, desde los besprizornyi a su padre, que volvía oliendo a carbón, y desde la acritud y los dolores de su madre hasta las fotos de unos niños muertos en el último bombardeo que le enseñó Norte, diciéndole que las iban a publicar en la prensa de izquierdas del extranjero, o desde esas muñecas rusas que se meten unas en otras hasta un oso con un anillo en la nariz que la tuvo llorando durante todo el día. Rompió a llorar y se me abrazó y describió los niños del bombardeo, que parecían muñecos rotos, manchados de sangre, descoyuntados, pero que eran niños de verdad, como los que hubiéramos podido tener los dos.

—Uno, con la boca entreabierta, por la que se veía la mella de los dos dientes de arriba y otro... otro con una mano...

La llantina le obligó a callar. Todavía tenía los ojos enrojecidos cuando nos separamos, cuando nos separamos físicamente, porque, por primera vez, me pareció que seguía unido a ella por algo semejante a un cordón umbilical que transmitiera mis pensamientos. Había colas de milicianos en los cines, funciones teatrales para recaudar fondos para esto y lo otro, conciertos de la Filarmónica, asambleas de la Unión de Escritores Antifascistas. En el café, con más gente que nunca, Lola maniobraba para pescar a Miguel, Rosas y Pedro Martínez bebían y tenían sobresaltos leporinos cada vez que giraba la puerta, Rianza trataba de morderle el cuello a una de las furcias del sofá y Arango, con su barba, su gorra y su cazadora de cuero, nos hacía saber que había entrevistado a Hemingway y a John Dos Pasos y que en el Pardiñas estrenaban *Don Perlimplín* y *Belisa en su jardín*. El redactor jefe de *Pravda*, que se llamaba Kolschov o Koltsov, negaba que el de Toledo fuera el cámara de Karmen, había caído Seseña, habían asesinado a García Lorca en Granada, los facciosos habían hundido el Konsommol. Arango lo sabía todo, conocía a todo el mundo, iba a hacerlo todo, lo justificaba todo: «Se acabaron los remilgos. No hay que dejar con vida a ningún faccioso. Y más vale cargarse a un inocente que dejar escapar a un enemigo.» Miguel: «Pues ya puedes empezar por mí.» Y yo: «¿No te ibas a enrollar?» «Y me voy a enrollar.» Y soltó una bocanada de humo y otra de pedantería, de Goethe, de que cuando Epimeteo le preguntó a Prometeo que hasta dónde llegaba

su imperio, Prometeo contestó que hasta donde llegara su acción. «Pues, por ahora, estas más cerca de san Juan Evangelista que de Prometeo.» «¿Qué?» «Que estás más cerca de lo de que en el principio era el Verbo que de...» Y una carcajada, una chupada al puro, un cogotazo. «Nada de eso. Yo empiezo en el Verbo y acabo en la acción mañana mismo. Y tú ¿qué?» Yo esperaba muchas cosas: otra cita con Luisa, que le dieran permiso a Juan para que Laura se calmara... «Anoche volvimos a oír cañonazos», una solución para Miguel, tan hundido que ni se acercaba al piano, y otra para mí, que seguía flotando, como diagnosticó el profesor de historia cuando me dijo, un día antes de que le asesinaran, que los dos éramos de la especie de los que, según Burckhardt... «Sabe quién es Burckhardt, naturalmente... De los que han superado cuanto les rodea aunque no pueden sustraerse a un sentimiento de nostalgia al comprobar que otros sirven y obran mientras que ellos se abstienen.» El pobre profesor no había superado nada y tampoco lo superaría yo por mí solo ni con ayuda del sarampión terrorista de Arango.

Hice un hueco entre los cañonazos y el mecanógrafo y, aprovechando que no había ningún detenido a la espera de prestar declaración, me fui con el sumario del viejo a ver a Sanabria, que estaba en su despacho con Pedro Martínez. Pero el cielo gris, la lluvia y el viento, que arrastraba los cañonazos y las hojas de los árboles, volatizaron la historia del alcalde campeón del chaqueteo político antes de que llegara a los oídos de uno y otro. «¿Qué os pasa? ¿No me habéis escuchado?» «Yo sí. Una denuncia de un alcalde voluble», dijo Sanabria. Y Pedro se levantó y abrió la ventana. «¿Oyes eso? ¿Sabes lo que significa? Que están en Móstoles y que al próximo empujón... ¡Y tú preocupándote de un alcalde!» Sanabria cerró la ventana con unos movimientos tan enérgicos como si estuviera cerrando las puertas de Madrid al enemigo y repitió que no entrarían. «Eso decías en Toledo y mira dónde está Toledo a estas alturas.» «Pero no es igual.» Yo me senté, con la gabardina al brazo y el paraguas cogido por el puño, y repitió que no entrarían, porque el Gobierno estaba concentrando fuerzas y porque se podía movilizar un diez por ciento de la población civil. «Pero ¿dónde están las armas?» «Tenemos armas suficientes. ¿No has oído a Largo Caballero?» «Sí, pero no le creo. ¡Qué va a decir! Y ¿has pensado lo que nos pasará?» «¿Ahora te asusta eso?» «¿Cuándo me voy a asustar, cuando no tenga solución?» El alcalde y el viejo y sus hijos se habían esfumado, no habían existido nunca. Sanabria hablaba para Pedro pero también para mí, también a mí me debió preocupar, aunque ahora era cuando se me estaba revelando como un secreto. Uno auguraba que duraríamos el tiempo que tardaran en encontrarnos, el otro repetía que no entrarían en Madrid ni ganarían la guerra, uno aterrado, el otro insumergible... Y yo en el centro, entre el heroico, o el ciego, y el medroso, o acaso el lúcido.

—Por de pronto, voy a buscarme un escondite, y si puedo, me marchó con toda la

familia.

En el Juzgado contiguo se oía el ruido áspero de las escobas y el canturreo de las mujeres de la limpieza. Un escondite, unos saliendo de sus refugios y otros entrando para enterrarse en vida, Jacobo a la calle y Pedro a la Embajada, los presos en libertad y los que estábamos en libertad, a la cárcel. Por encima del puño del paraguas, miraba a uno y a otro; Pedro no se había afeitado, sus ojos tendían a quedarse fijos, como los de una persona con sueño atrasado; Sanabria se mantenía impecable, pero también con ojeras. Se me puso delante la foto del fusilamiento, el hombre de rodillas, el papel arrugado, el cura, el oficial, y sentí un aturdimiento y una alarma internas semejantes a los que habría despertado en mí el paso de un tren por un puente de hierro en el que me hubiera sorprendido de improviso. «Tú no cuentas con la reacción del pueblo. La Junta de Defensa está preparándose...» «Sí, para el sacrificio, porque el Gobierno se larga. Todos los políticos son iguales, embarcan a los demás y se evaporan cuando vienen mal dadas.» Y contó que había estado en el Ministerio, que estaban tramando algo, que se callaban cuando se entraba en un despacho o uno se acercaba a algún H grupo, que dejaban de hablar por teléfono o que hacían como que no sabían nada. Y yo buscaba remedios al temor, que se me había centuplicado. Podía huir, o esconderme, o pedirle ayuda a Andrés. O podía suceder que no tomaran Madrid porque, efectivamente, se encontrarían con cien mil hombres y porque ellos estarían agotados por su marcha a través del país.

—Se largan y nos dejan en la ratonera.

—Un Gobierno no puede gobernar desde una ciudad... ¡Cállate ya! Si tienes miedo te lo guardas para ti solo.

En la calle continuaba lloviendo, el agua caía desde un cielo poco propicio a los optimismos; caía sobre los paseos de la plaza, sobre las hojas que aún quedaban en los plátanos, sobre el confesionario que había sido una garita y ahora era un puesto de periódicos sin periódicos. Y estaría cayendo también sobre los albañiles que cavaban trincheras, sobre los lomos de las caballerías y las toquillas de las campesinas y los sacos puestos sobre la cabeza. Dimos un rodeo para esquivar un charco en el que unas hojas, al descomponerse, formaban una mancha rojiza que parecía una herida, cruzamos Orellana, nos detuvimos en la esquina de General Castaños y Génova y escuchamos los tres, vueltos hacia el sur, hacia el Palacio de Justicia, pero no se oía más que el rumor de la lluvia y los timbrazos de un tranvía que cruzaba la plaza de Colón y se alejaba hacia Goya. «Esos entran mañana», repitió Pedro, pese a todo, y Sanabria, agresivo; «Pero ¿de dónde sacas tanto miedo tú?» «De que soy consciente. No tenemos un ejército que los pueda detener, no tenemos mandos... Y de que siguen ahí», añadió, porque se oían nuevamente los golpes de bombo de los cañonazos. Un motorista, vestido de cuero de pies a cabeza, salió de la casa de enfrente, puso en marcha su moto con un par de patadas al pedal de arranque y se lanzó Génova abajo;

y le seguimos, sin ponernos de acuerdo, aunque no era el camino de ninguno de los tres. La estatua de Colón, con la bandera y la mano caída, miraba hacia el lugar de donde parecían provenir los cañonazos, que fue la dirección que tomamos en silencio pero cargando con la misma inquietud y desarrollando el mismo soliloquio más o menos ennegrecido sobre los acontecimientos que se nos venían encima y sus consecuencias en nuestros destinos; si rechazarían el ataque, si debíamos huir, si tendríamos tiempo ya, si la campaña de propaganda daría resultado o si el entusiasmo se desinflaría. El asfalto brillaba como el charol, el paseo de Recoletos era un desierto, la ciudad estaba abrumada por el cielo los rumores y los cañonazos. En torno al Ministerio de la Guerra había un insignificante burbujeo de actividad: tres motoristas de enlace, dos coches y nueve o diez camiones de guardias de asalto. Más arriba, por Alcalá, la gente caminaba pegada a las paredes o encogida bajo los paraguas, los altavoces bramaban, aparentemente para nadie, su consigna de «no pasarán», los anuncios la gritaban también desde las esquinas representando murallas inexpugnables o un miliciano hercúleo que iba a parar a los asaltantes con su pecho. Carretas, Doctor Cortezo hasta la plaza del Progreso, en la que había más carteles y más refugiados con sus sillas y sus colchones a cuestas. Entramos en una taberna, a la que nos empujó Sanabria, con carteles de corridas de toros, con platos de Talavera, azulejos, banderillas, capotes, una cabeza de toro disecada. «¿Qué va a ser, don José?» «Lo de siempre.» Pedro dijo que desde allí se oían más, yo traté de ajustar en la personalidad de Sanabria y de tantos hombres cultivados sus ideas izquierdistas y sus inclinaciones a lo que se llama castizo, a los toros, al baile y al cante flamenco, a todo lo que detestaba. Bebimos, ante el tabernero con su mandil azul, con las mangas de la camisa remangadas y los antebrazos apoyados en el mostrador. Sonaron las sirenas y uno entró gritando: «¡Aviación, aviación!» Pedro se atragantó y echó el vino por la boca y la nariz. Por el escaparate, abandonado por los jamones y los callos a la madrileña, se veía correr a la gente, abrirse balcones, asomarse a ellos, hacer bocina con las dos manos para gritar. Un vendedor ambulante cerró el paraguas, recogió la maleta, que hacía de mostrador de sus chucherías, y la silla de tijera y echó a correr en la dirección de los otros, de los que afluían a la plaza por Relatores, la Magdalena, Jesús y María, la Espada, Mesón de Paredes. Ante la puerta se detuvo un coche y salieron de él varios milicianos: «Hala, al metro», pero el conductor levantó el capó y hurgó aquí y allá, en el delco, en la batería, en las bujías, el cable del acelerador. Comenzó a oírse el rumor sordo de los aviones, la gente cruzaba la plaza a la carrera; en la esquina con Doctor Cortezo, un niño miraba hacia arriba con la cara descompuesta y los labios temblorosos; el conductor, que llevaba unas botas hasta la mitad de la pantorrilla con tres hebillas de metal, seguía enredado, inclinado como si se lo fuera a tragar el capó.

—¡Venga, deja eso!

El metro tragaba de verdad dependientes de tiendas, batas blancas de los mancebos de las farmacias, mujeres, niños, un fotógrafo ambulante con el trípode y la máquina al hombro, viejos renqueantes apoyándose en sus bastones. La corriente nos arrastró casi sin que pisáramos el suelo. Por encima de los gritos se oía el ronquido de los aviones. Nos encontramos abajo, pasamos ante las taquillas, torcimos a la derecha, hacia el andén por el que se va a Antón Martín y Atocha. Olor a comida y a basura rancias que es el olor peculiar del metro en invierno. El malestar y el calor me hicieron quitarme la gabardina, aflojarme la corbata y desabrocharme el cuello de la camisa. «¿Qué te pasa?» Me acerqué al anuncio de unas bombillas que eran una rana vestida de payaso con una barriga de la que salía luz.

—Es el calor.

Pero no era el calor, sino que me estaba sintiendo como la otra vez: gotas frías, náuseas, mareo. Ahora sí que iba a dar el espectáculo, a vomitar encima de alguien, a caerme. El suelo trepidó, puse una mano en la barriga, en una «A», mientras Sanabria me decía algo y me cogía la gabardina y yo no le podía entender a causa de las arcadas. «Quiero salir. Salir al aire libre.» «Pero ¿no estás oyendo las bombas?» Apoyándome en la pared, eché a andar hacia fuera, hacia las explosiones; esto era consecuencia de lo de Toledo. Dejé atrás el anuncio y la vomitona, me sentí caer, noté el golpe en las manos y los codos, perdí el conocimiento y lo recobré en la plaza, al aire libre, bajo la lluvia, entre la gente que salía del metro y se esparcía con un alocamiento de hormigas que huyen del hormiguero donde ha estado hurgando un niño. Sanabria y Pedro Martínez me llevaban casi en volandas, había una columna de humo sobre los tejados, un árbol arrancado de cuajo. «¡Cuidado, cuidado!»; pero la advertencia llegó cuando ya tenía puesto un pie en la mancha de lo que quedaba del conductor, que no tenía ni pecho ni cara, no tenía más que los pantalones y las botas con hebillas; aplastado como si le hubiera pisado un pie gigantesco y hubiera restregado la suela contra los adoquines para limpiársela. «No mires, que te vas a marear otra vez.» Pero aquello ya no me mareaba, no me hubiera mareado nada ya porque sentía un renacimiento exultante, una marejada de vida que iba subiendo dentro de mí y que me hacía indiferente para todo lo que no fuera mi propia existencia, para los gritos, los quejidos desgarrados, las manchas en el suelo y en las paredes y los cuerpos convertidos en una pulpa inidentificable. «¿Quieres que te acompañemos?» «Lo único que quiero es un trago.» «Debes ir al médico.» «No hace falta porque sé lo que es.» «No has visto qué cara tienes. Si hubiera un espejo...» Esa misma noche, a las diez, sonó el timbre de la puerta principal. El coronel, que acababa de sintonizar radio Sevilla, buscó apresuradamente radio Madrid, Miguel cerró un gran libro de música, nuestra madre sucumbió a los temblores, Antonia sacó la imagen que había llevado cosida al escapulario y yo, que iba adquiriendo reflejos de perseguido, sentí mi corazón colgado en el aire, pendiente de las pisadas de Petra,

y de las voces que oiríamos cuando abriera la puerta. Laura dijo que no era nada porque no se había oído ningún frenazo, ni el ascensor, ni pasos en la escalera; la radio repetía las instrucciones para defender la ciudad: «...de gasolina con un tapón de algodón que se prenderá al arrojarlas. Cada casa, cada piso debe ser una fortaleza; tened preparado aceite hirviendo, o agua...» Me levanté porque no estaba muy seguro de que no fueran milicianos; quizá habían dejado el coche en la calle de la Princesa y no lo habíamos oído porque el comedor daba a Hilarión Eslava; tal vez otra denuncia contra mí o contra el propio Miguel a causa de sus protestas contra los paseos, pero Petra reapareció sin mayor expresión de temor: «El *dilante* del ático, el jefe *del* casa que *le disen o así*.» Sí, era él; estaba ante la puerta con una chaqueta sobre el pijama y una actitud recelosa. Llegó al recibidor la voz del locutor que continuaba con sus instrucciones y que le hizo estirar el cuello para oír. «No estaba puesta esa radio mientras bajaba.» «Estaba, pero no la podía oír porque la tenemos en el comedor.» Su recelo desapareció pero se infló en mí la rabia contra el coronel; observé su cara, que nunca había visto tan cerca, su nariz, un grano que tenía bajo el tabique derecho de aquella, con una gotita de líquido en la punta, como si se lo acabara de reventar, su mechón de vello asomando por la abertura del pijama, las solapas de la chaqueta. «... No vaciléis en denunciar a los sospechosos. Hay que exterminar a la Quinta Columna.» El locutor había abandonado sus consignas a lo 2 de Mayo y el delineante estiró el cuello y me puso en la frontera entre el peligro y la seguridad. Bastaba que diera un paso, que entrara, que comparara nuestra casa con la suya o pasara revista a nuestra familia o le tentara la notoriedad... «Tienen que pasar la noche en el sótano. Pueden llevarse lo que necesiten, mantas, colchones...» «¿Y eso por qué?» «Son órdenes para todo el mundo. A las diez y media. Yo le tengo por un buen antifascista, pero no puedo hacer excepciones», y se tocó el grano con aprensión y se fue.

El sótano resultaría lo mismo que el metro: vomitar, asfixiarme, sudar, perder el sentido. Apagué la radio y las incitaciones a las denuncias. «¿Bajar al sótano? Yo no me muevo de aquí, no tengo ganas de atrapar una bronquitis.» «Es por los bombardeos, padre.» «No atraparás nada; bajaremos todas las mantas que quieras, un par de caloríficos, el edredón...» «¿Los bombardeos? A mis años se prefiere la comodidad. Y además, sería lo mejor porque me ahorraría las lavativas, las inyecciones y las caras largas.» «¡Se acabó, padre! Vas a bajar, vas a bajar como todo el mundo y vas a dejar de poner la radio. No la volverás a tocar.» Abrió la boca, apareció el verdugón en la frente y los ojos se le pusieron saltones; le vi como un viejo terco que ya no era más que una penosa caricatura de sí mismo. Pensé que estallaría y me echaría encima su cólera y su casi olvidado lenguaje del cuartel, diría: «Pero ¿quién eres tú...?» Pero no estalló, al contrario, se arrugó; desapareció el verdugón y adoptó una actitud tan sumisa que tuve la certeza de que le sucedía algo grave, y a la par, me avergoncé de mi brusquedad. «Fernando, Tomás tiene razón.

Hay que bajar al sótano.» Ahora, un forcejeo blando en el que se entreveía que se daba por vencido y al que puso fin pidiendo que se le bajaran la bata y las zapatillas. Y al sótano; antes de éste había un cuarto con una ventana con barrotes a la altura de la acera; a continuación, otro en el que estaba el motor del ascensor y otro más con la caldera de la calefacción y olor a grasa y a carbonilla. Extendimos los colchones unos al lado de otros; parecía un submarino o la bodega de un barco a causa de las telas metálicas que protegían las bombillas. Miguel se tendió junto a mí y puso sus dos manos bajo la cabeza, ocupando la parte de la almohada que me correspondía. Más allá, Petra y Antonia, que parecían mucho más gruesas tendidas, Laura frente a nosotros, y nuestros padres al otro lado de la caldera. Fueron llegando vecinos con sus mantas y sus colchones, sus niños, sus cachorros, la viuda de Ripoll, Bonilla y su mujer. Años, siglos desde que encontré a sus hijos en el depósito de cadáveres del cementerio. Ruidos humanos, toses, respiraciones, suspiros, carraspeos, una voz de mujer: «Dame el termo y el biberón.» Las telarañas grises colgaban del techo y ondulaban con movimientos lánguidos de algas marinas y el aire se espesaba y se hacía denso, viscoso, lleno de intimidades de alcoba, pero ningún síntoma por mi parte, ningún sudor, ninguna angustia.

Al día siguiente, el coronel oscilaba entre la ira y la depresión y el acabamiento, la radio seguía con sus arengas y las calles estaban vacías, como el edificio de los Juzgados en el que tan sólo encontré a Sanabria y a Pedro Martínez: «¿Has citado al alcalde camaleón?» «Sí, ayer mismo.» Pedro soltó un bufido y nos miró reprobándonos, como a dos ilusos: «¡Como que va a venir! Queréis deslumbrarme con una exhibición de sangre fría.» «Padre, es hora de rezar el rosario.» El cura emerge de su meditación: «¿Eh? ¿Cómo?» «El rosario.» «Puede llevarlo cualquiera de ustedes.» Valerio: «De ningún modo. Debe ser usted», y le ofrece el rosario, y el cura se mete una mano por debajo del jersey, se rasca el pecho y dice que no tiene ganas de rezar: «Entendedme, no tengo ganas de rezar de esa manera porque me da sueño y quiero estar bien despierto para pedir perdón.» Valerio, asombrado: «¿Usted pedir perdón?» El conde: «Pero ¡padre!», y éste sonríe y hace un gesto para que no insistan y me mira, me empuja a que piense en rezar, en suplicar a Aquel que es capaz de sufrir la simultaneidad que ponga un poco de orden benigno en este movimiento browniano que nos empuja a unos contra otros: «Sí, hijo, necesito mucho tiempo para pedir perdón porque no he sido un buen sacerdote.» «¿Estando aquí?» «¿Tu crees que estar aquí es una garantía de buena conducta?» «Es una garantía de que no ha renegado.» «Ni siquiera de eso. No me parece una persecución religiosa sino una persecución de gente de Iglesia. Y muy merecida, por lo que se refiere a mí.»

El conde se acerca, se sienta, cruzando las piernas a estilo moruno y enseñando la

bragueta descolorida: «Me va a disculpar... Yo sé lo que le pasa. Es el miedo que hace que nos sintamos culpables de todo, hasta de lo que no nos hemos sentido nunca culpables.» «Sí, pero antes también tenía miedo.» «¿Antes?» «Antes de ser un sacerdote peor de lo que ya era. Entonces no me sentía culpable, sino víctima.» Valerio se incorpora con precaución, se levanta, se pone de pie. «Pero si le matan será un mártir. No creo que lo pueda dudar.» El cura levanta su mirada hacia el otro y hacia el estudiante que se ha acercado también, los observa con unos ojos cuyas pupilas ocupan la parte superior y dejan ver dos córneas amarillentas: «De lo que no dudo es de lo contrario. A mí no me matarán por ser sacerdote o simplemente católico, sino por haber sido un mal sacerdote y un mal católico.» Y siguen hablando los cuatro. Valerio vuelve a reclinarse, el estudiante se sienta en el suelo, el cura defiende sus remordimientos sin precisar su causa, el conde dice que a él se le han ido adormeciendo y que todo es acostumbrarse, que se acostumbra uno a lo que sea, hasta a vivir así. Valerio asiente, el estudiante dice que cree que aunque le maten, que le matarán, sacará algo bueno. «No hay ningún mérito en que nos maten, hijo. No hay mérito en vivir en un sitio donde se produce un terremoto. Y en definitiva, no haré más que pagar una ínfima parte de lo que debo.» «Pero, ¿qué puede deber? ¡Perdón! No quisiera que tomara mi pregunta como algo personal.» El cura sonríe, después se pone pálido y se tapa la cara, el estudiante se aleja, Valerio sigue mirándole algún tiempo hasta que se tiende, cierra los ojos y se queda dormido. Yo cierro el cuaderno y guardo el lápiz porque apenas puedo sostenerlo entre los dedos helados; me los caliento echándome sobre ellos el vaho de la respiración y metiéndome después las manos bajo los sobacos. «Y sin embargo, usted sabe mucho mejor que yo que el sincerarse desahoga», susurra el conde. «Yo no quiero desahogarme solamente. Sería muy barato... ¿Porqué no rezan?» «Porque queremos que sea usted quien lleve el rosario.» Juan Salud se inclina para poner una mano sobre uno de los brazos de Valerio pero el cura le dice que le deje dormir. Comienza el farfalleo, la voz del cura cambia de entonación, le sale relamida, con unas eses silbantes en las que se regodea; reza como Antonia, que también estira las eses finales y tiene una afectación que me irrita, que evoca el recuerdo de sus miradas al queso que trajo Orestes y que debió robar o recibir en pago de alguno de sus celestineos. El coronel preguntó: «¿Quién ha traído esto?» «Orestes.» ¿Orestes? ¿Cuándo ha venido ese sinvergüenza?» No ha venido, ha estado en la Maestranza porque quiere seguir siendo mi asistente.» Miguel bajó la mirada al plato y el coronel levantó la suya. «Le habrás mandado a pasear.» «No, he prometido reclamarle», contestó enrojeciendo y haciéndome pensar que había vuelto a la hermana de Orestes porque era más fácil que Lola. Antonia, entre tanto, se llenaba la boca de queso y ponía la misma cara que cuando rezaba o meditaba sobre la Biblia: «Padre, Orestes declaró en mi favor.» «No hace falta que me lo recuerdes, pero no me gusta. Ningún embustero me gusta.»

El suelo es tan duro como el del sótano; a pesar del colchón, o de la manta doblada, siento su dureza en el hombro, en la cadera y en la parte exterior de la rodilla; encojo las piernas y cambio de postura pero sin resultado porque al poco rato vuelven a dolerme la rodilla, la cadera y el hombro izquierdos. Me incorporo y miro la paja que cubre el suelo de adoquines, que es rojiza, como las paredes, el techo, el pesebre, la puerta que hay al fondo. Muy raro, aunque no acaba de sorprenderme y lo acepto sin preguntar, como lo han debido aceptar los novecientos que están tendidos en la cuadra. «Mire, por esa puerta al fondo vienen a visitarnos», dice el que está a mi izquierda y añade en seguida: «¿No le ha llamado la atención el color? Lo hemos elegido nosotros mismos por votación anónima, levantando el brazo... Al decir nosotros me refiero no sólo a éstos sino a todos los que han pasado por aquí. En realidad, son muy mirados en los detalles, porque no me dirá que eso de dejarnos elegir el color no es una muestra de...» «Pero ¿quiénes son muy mirados? Yo no he visto a ninguno.» Mi interlocutor se abrocha su uniforme hasta el cuello, me dice que los he visto pero que no quiero acordarme y me dedica una mirada de conmiseración un tanto despectiva. «Le aseguro que no los he visto. ¿Quiénes son?» «Parece tonto. ¡Quiénes van a ser! Ellos.» «¿Ellos?» «Sí, ellos» y sigue encomiando sus consideraciones y su benevolencia, diciendo que hacen la vista gorda a los que fuman aunque está prohibido fumar. «A propósito, ¿no tiene cigarrillos?» «No fumo, me lo ha prohibido el médico. ¿No podría hablar más claro y decirme quiénes son ellos de una vez?» Me contempla, me mira a la cara, a los bolsillos de la guerrera, a la cara nuevamente. «Pues ellos... ¿A qué viene ese empeño en saber quiénes son? ¿Qué más le da?» Y adiviné con un centro nervioso situado sobre la glándula pineal, que se encendía y se apagaba como un faro marino. «¡Oiga, eso es tabaco!», saltó, señalando uno de los bolsillos de mi guerrera. «¡Vamos! ¡Démelo en seguida!» Lo cogió antes de que yo pudiera alcanzarlo, sacó un cigarro, me ofreció otro a mí, los encendimos, fumamos en silencio unos instantes, después, sin que abriera la boca ni moviera los labios, me dijo que ya comprobaría por mí mismo que eran muy atentos y muy competentes, que hacían muy bien su tarea, que nadie había oído nunca un grito ni un ruido sospechosos, ni había visto manchas en el patio a la hora del paseo. Entre tanto, iba tomando cuerpo en mí el problema, la cuestión que me venía recomendando desde que me encerraron. «Por favor, contésteme al menos a esta pregunta.» «¡Qué pelmazo! En fin, venga de ahí, ¿qué quiere saber?» «¿Matan mucho?» Me observa con el cigarro en un ángulo de la boca y el ojo medio cerrado para defenderlo del humo. «¿Mucho? ¿En qué sentido? No se mata más que una vez, así que su pregunta es absurda. Usted debería estar en un manicomio.» «Quiero decir que si matan a mucha gente.» «¡Ah! ¡Haberlo dicho claro, hombre! Eso lo va a saber en seguida porque lo dicen por teléfono... Mire, ya está ahí.» Y señala un rincón en el que hay no un teléfono sino una bocina como de un gramófono antiguo y junto a ella una

bombilla encendida, cegadora, que hace que cada uno saque un lápiz y un cuaderno y se disponga a apuntar. Después se enciende un letrero de pequeñas bombillas blancas: «Honorable y jodidos rojillos, la dirección del establecimiento os pide una oración por el alma de los mil ciento veintiséis de esta noche.» Y se apaga la bombilla, vuelven a sentarse o a tenderse todos guardándose los lápices y los cuadernos y diciendo que rece su abuela; el del cigarro me guiña un ojo y agita los dedos en el aire entrechocándolos: «Es una *performance*.» «¿Quiere decir que detrás iré yo?» Se oye una explosión muy próxima, luego muchas más muy seguidas, después los breves estallidos de los antiaéreos.

Me despierto al mismo tiempo que el cura, que se incorpora y me toca el hombro. «¿Y eso?» «Aviación y las baterías de la defensa antiaérea.» Se alejan los estallidos de las bombas y de los antiaéreos, que parecen sonidos de dos compases, como un golpe de timbal seco y otro casi a la par pero con resonancia, como si el instrumentista hubiera puesto la mano en el parche al primer golpe y lo hubiera dejado libre al segundo. «Y ahora los bomberos, los heridos entre los escombros, los cuerpos deshechos... La guerra es una maldición de Dios, sobre todo entre hermanos.» «No es una guerra entre hermanos, ni una maldición. ¿Concibe a Dios maldiciendo a alguien?» Aparta la mano de mi hombro, se calla unos instantes y dice que ha sido una frase hecha y que tengo razón, aunque por su ministerio... «Ahora me doy cuenta de que he de revisar muchas cosas, ahora que ya no me quedan sino unos días.» Le oigo, pero no le escucho, me veo con Miguel, no recuerdo si antes o después de que le llamaran y le ascendieran para que pudiera mandar un grupo de artillería, aunque sí que estábamos en el sótano y que se quejaba de que una guerra entre hermanos era la peor maldición que podía caer sobre un país. «¡Déjate de tópicos! Los españoles no somos hermanos.» «Claro que lo somos, nos parecemos, tenemos todos el mismo idioma y la misma idiosincrasia, vivimos juntos...» «Y estamos divididos en dos clases: los que lo tienen todo y los demás. Pregúntales a éstos si los otros son sus hermanos.» Se calló, como el cura, y yo me embalé por el camino de lo obvio, o de lo que me parecía obvio: «Si hay alguna guerra justificada es una guerra civil, y no las internacionales, que, por lo visto, son las que a ti te gustan.» «A mí no me gusta ninguna guerra», replicó tras un largo e incómodo silencio, mientras contemplábamos por la ventana que había al nivel de la calle cómo iba amaneciendo y cómo salían de la oscuridad las baldosas de la acera, los árboles, las casas del otro lado, los montones de escombros y de basura. Aunque, en realidad, no estoy muy seguro de que nos encontráramos en el cuarto anterior al sótano; tal vez estábamos en el comedor desayunando con Antonia, que se levantaba con Petra a las seis de la madrugada para encender la cocina con la leña húmeda que se conseguía tras horas y horas de cola, o después de cenar, en una de aquellas noches en que la Pasionaria o Largo Caballero decían que había llegado el momento de dar al enemigo

el golpe mortal, que teníamos a nuestra disposición las tan repetidas grandes masas de artillería, un formidable armamento mecanizado y una aviación superior a la de los facciosos. «Eso es mentira. Han tomado Getafe», dijo el coronel. «Pero ¿otra vez oyendo a los facciosos?» «¡Qué otra vez ni que demonios encendidos! Lo ha dicho Orestes.»

Al Juzgado, tras media hora de esperar el tranvía, al Juzgado desde el cual se oían los cañonazos tan cerca y tan amenazadores que, aunque hacía un sol jovial, a mí me parecía que habla un eclipse. En realidad, había nubes y retazos de cielo. Y nadie: ni el mecanógrafo, ni los oficiales, ni los alguaciles, ni los de asalto que hacían guardia a la puerta del edificio. Al cabo apareció Pedro Martínez, demudado: «Azaña ha huido a Barcelona sin decírselo al Gobierno, y los del Gobierno se van a Valencia. Ya lo decía yo.» Pocos momentos después llegó Sanabria, que confirmó lo de Azaña y el traslado del Gobierno, y el cielo se nubló y estuvimos los tres contemplando la plaza de París y escuchando el cañoneo. «Ésos están ya en Boadilla del Monte», dijo Pedro, con una cara interminable y preocupada que parecía empezar en la nuca y terminar en las rodillas. «¡Cállate, cállate con tus...! Se ha formado un Gobierno en el que han entrado dos anarquistas. Es chusco, ¿verdad?» Sonó el teléfono y oí su voz anhelante que me anunciaba que podríamos vernos a última hora y que me tenía preparada una sorpresa. «Vamos a comer por ahí», propuso Sanabria en cuanto colgué el auricular. Bajamos por Bárbara de Braganza a Recoletos, subimos por Alcalá, por la acera de Correos, perseguidos por los cañones y los malos augurios. Si tomaban Madrid exhumarían los sumarios y nos fusilarían por lo de Abrantes, lo de los oficiales de la guarnición de Toledo, lo del carmelita y lo de Julio César Sol o, simplemente, por haber condenado a muerte a los que nos hubieran mandado fusilar de haber vencido. «Nos espera un futuro muy negro. Un futuro color de ataúd.» «¿Otra vez? Deberías darte una vuelta por el Quinto Regimiento.» Torcimos por Valenzuela y nos metimos en el Jai Alai, frente al hotel Gaylord's, donde se decía que se habían instalado los consejeros militares rusos. Olía a aceite y a ajo y estaba atestado de comensales y de la voz de una mujer llamando a los campesinos, los obreros, los oficinistas, a sus mujeres y a sus hijos. «Ahora mientras oís los bombardeos de la hiena fascista, debéis pensar en los camaradas asesinados en Badajoz, en Sevilla, en Valladolid, en Córdoba, en Zaragoza.» Los camareros pasaban con grandes fuentes en las que no había más que garbanzos, con pilas de platos sucios, cestas con pedazos de pan, naranjas, jarras de vino. «La Pasionaria», precisó Sanabria, innecesariamente, «es incansable, lleva cinco o seis días así, gritando hasta en las calles». «Con palabras no se detiene a éstos.»

Al fondo, en una especie de túnel, había una mesa libre, con un mantel con manchas de vino y un plato con cáscaras de naranja y colillas. No se podía comer más

que garbanzos con aceite y vinagre. Pedro: «En un par de días no habrá ni eso.» Sanabria: «Márchate en seguida, si te vas a marchar, porque todavía hago que te detengan.» El primero se incorporó y yo le retuve sin saber por qué, venciendo mi irritación contra ambos, contra los garbanzos con aceite y vinagre, contra la suciedad, la radio y Antonia, que estaría comiéndose el queso. «Necesito beber.» Una botella de coñac, los mismos vasos en que nos habían servido el vino. «Y yo. Discúlpame, no te haría detener por esa tontería.» «Mujeres, llevadles a vuestros maridos la comida a las trincheras. Hombres, al frente, aunque no tengáis armas. Coged las de los que caigan...» La música de la *Madelón*, la *Internacional*, el griterío de los comensales. Pedro bebía con ensañamiento, Sanabria con una tozudez metódica; se mascaba el humo de los cigarros, el olor a ajo; el túnel hacía eco y teníamos que gritar. «El Gobierno debe irse porque un país no se puede dirigir desde una ciudad sitiada y hay que evitar que la caída de Madrid provoque...» «Lo que hay que evitar es que caiga con nosotros dentro.» «Nosotros no contamos», sentenció Sanabria con un heroísmo alcohólico, «ya he aprendido a distinguir entre lo que me conviene a mí y lo que le conviene al pueblo». «Porque no tienes familia.» «¿Qué sabes tú?» «No estás casado y con cinco hijos y una cuñada. Si no fuera por ellos ya me habría ido.» Dejó seco otro vaso y se lanzó a las confidencias; estaba atravesando una crisis conyugal, su mujer no le dejaba vivir, el tocólogo le había descubierto un fibroma benigno que la tenía excitada y hecha una fiera. «Y encima estoy colado por otra mujer.» Sanabria: «También yo. Pero ¿que tiene que ver eso...?» «¿También tú?» «¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué tiene de raro?» «Nada, nada. Te veía como un Robespierre con toga y puñetas.» «Y lo malo es que a mí no se me pasa el enamoramiento, porque como está insoportable me empuja hacia la otra.» «¿Y qué te retiene aquí, el Robespierre que llevas dentro o...?» Pero se había levantado y se dirigía al camarero que nos había servido. «Estoy enamorado de mi cuñada. No puedo con las dos. Es demasiado para mí.» Por un lado se acercaba Sanabria, sorteando las mesas vacías, por el otro un hombre gigantesco, con una cara carnosa y un cráneo afeitado; nos sonrió, señaló la percha que había sobre nuestras cabezas y recogió un gorro y una pelliza. «Aleman, o polaco, o ruso.» «¡Conque Robespierre...! Vamos, que me has llamado capón.» «Traiga otra botella, por favor.» «No era capón sino frío.» «Aleman, con ese pescuezo tiene que ser alemán», repitió Pedro, relegando el fibroma para llenar las copas y volver más tarde al tocólogo y a que no podía con las dos. «Pues yo pienso casarme en seguida.» «¿Qué hora será?» «Las cinco y cuarto.» «Oye, ¿por qué te ha sorprendido que tenga mi apaño?» «No bebo más, no bebo más porque si vuelvo a casa así soy capaz de echarme encima de mi cuñada en las mismas narices de mi mujer.» «¿Las cinco? Me voy. Tengo una cita.» «Y de mis hijos, delante de todos.» «Pero ¿ahora nos vas a dejar? Olvídate de la cita y vamos a ver con nuestros propios ojos... No me has contestado aún... Con nuestros propios ojos...» «Otra botella,

camarero, otra botella. Delante de todos.» «No puedo. No puedo y no quiero.» «Anda, hombre. Un momento, sólo para ver cómo va el asunto.» En el Gaylord's había coches, extranjeros con vestimentas que pretendían ser uniformes militares, cuatro guardias, otros tantos motoristas vestidos de cuero que parecían escarabajos. Por Montalbán a Alcalá Zamora, antes Alfonso XII. Pasamontañas, botas de clavos, un tranvía que se detuvo ante nosotros. «Nos dejará en el puente de Toledo.» Una mujer con el pelo rubio recogido en un moño, un uniforme impecable y unos ojos grises ligeramente rasgados y dos aviadores todavía en traje de vuelo que la alcanzaron y silbaron. «¡Ah, la garce! C'est un jouet pour la queuequette.» Yo me acordé de Luisa. «Te tengo preparada una sorpresa.» Pedro se rió: «¿Sabéis lo que quiere decir *queuequette*? Pito, quiere decir pito, o minina, o pitusa.» «¡Vamos, sube!» «¿Y mi cita?» «Después. Conque pito.» El tranvía se puso en marcha, lo alcanzamos corriendo y me encontré en él con un paraguas que no era el mío, con la gabardina, con Sanabria que se iba a casar y con Pedro que repetía que quiere decir pito. «Lo mío es serio.» «Y lo mío también, qué coño.» «Oíd, esto se queda en Atocha.» «¿Te vas a casar estando las cosas como están? Estás *guillao*.» Hablaban y yo miraba la calle que descendía y la llanura que se extendía hacia el sur, con franjas de sombras y rayos de sol, con el cerro de los Ángeles, que ya se llamaba Cerro Rojo, destacando sobre el fondo de nubes plomizas cada vez más oscuras. «Como un burro. Y por agradecimiento, porque empezó ella. ¡Como lo oyes! Es una zorra. Empezó con miraditas y haciéndose la encontradiza en la calle...» «Nosotros vivimos juntos desde hace un año, pero nos vamos a casar hasta por la iglesia.» «Una zorra. No hay más que verle la cara.» «Ya tengo buscado el cura.» «¿Sabes lo que me dice cuando... cuando eso? Es una puta. Me dice: "Mira que si nos vieran ahora." Y encima se ríe la muy puta.» «Ya hemos llegado.» «Me hace falta beber.»

Entramos en una taberna en la que una radio aporreaba el aire con una marcha militar de la guerra del 14. Pedro seguía a gritos con su historia, Sanabria me dijo: «Tú, que ese paraguas es el mío» y me lo arrancó de la mano. Aparecieron tres vasos sobre el mostrador. Las cosas tenían una movilidad burlona, intencionada, el vaso no estaba en su sitio sino un poco más a la derecha, el paraguas seguía pareciéndome mío, la barra del bar se torcía y oscilaba, lo mismo que el suelo, las botellas de los estantes, las caras de los otros dos, los ruidos de los motores y las puertas, que parecían abrirse solas. «Que bajen diez hombres para abrir paso», gritó un oficial, asomado a la ventanilla del primer camión de una fila que llegaba hasta la plaza de la Cebada. «¡Eh, eh, que os dejáis el paraguas!» «No me importa que sea una zorra. Quédate con la vuelta.» Los milicianos saltaron del camión ante el que un campesino apaleaba a una caballería para apartar el carro; la mujer que tiraba de las riendas resbaló, la muía tropezó y soltó un grito como un alfilerazo. Quise acercarme para levantar a la mujer, pero me lo impedían el aire, que se ajustaba a mi cuerpo como un

molde, y Sanabria, que me tiraba del brazo. Más campesinos, sacos de arpillera, colchones, chaquetas de pana, pellizas. Luisa, Luisa; y yo aprisionado por los campesinos, los camiones, los milicianos que tenían caras de estatuas en las que la lluvia hubiera hecho crecer un musgo en forma de barbas. Pedro extendió el brazo y yo seguí éste, el puño de la camisa y el dedo que apuntaba a los resplandores que iluminaban de arriba abajo las nubes y hacían salir el horizonte de la oscuridad: «Ahí los tenéis. Debemos largarnos antes de que sea tarde.» Había cambiado de voz y de color. «Ahora sí que nos hace falta un trago.» «Tengo que hacer. Están esperándome.» «Eso es por Pinto, o todavía más lejos.» Otra taberna invadida por las llamadas patrióticas de la radio y el olor a orines y a capotes empapados. Me arrepentía de haberme dejado arrastrar pero no me iba, me sentía solicitado por todo y, a la par, víctima de un escamoteo constante, como si estuviera en las manos de un prestidigitador. Los vasos se vaciaban y se llenaban solos, la barra del bar estaba siempre más cerca o más lejos de lo que yo calculaba, las bombillas se movían y lanzaban latidos de luz. «¡A los camiones! Nos atropellaron capotes, caras barbudas, tintineo de cartucheras; el suelo trepidaba, se oyeron más motores y estruendos de hierros. «¡Tanques rusos!» «¡Eh! ¿Quién paga esto?» Por las torretas asomaban los tanquistas con las omnipresentes chaquetas de cuero, con los cascos y gorros también de cuero. Sanabria sacó un billete: «Cobre aquí.» Y a pesar de la bebida me di cuenta de la ridiculez de su invitación, de que era producto del deseo de hacerse notar o de la idea tonta de que les alentaba invitándoles. «A éstos les invito yo», dijo el tabernero. «Hace un momento no decías lo mismo.» «Hace un momento... Pero de quién es el vino, ¿tuyo o mío?» «¡A buenas horas! Roñoso, *fascista*.» «¡Tu madre, cabrón!» «¿Eso es a mí por un casual?» Recibí un empujón, un brazo pasó disparado a dos palmos de mi oreja. «¡Duro con ellos!» La cara osciló, desapareció tras la de Pedro, se produjo un revoloteo de puños y manos, un estallido de insultos, me acometió un ataque de amistad hacia los dos y me lancé al grupo acertando a sacudirle al tabernero pero me arrancaron una manga de la camisa, me derribaron sobre él y, después, me levantaron cogiéndome por el cinturón de la gabardina y volví a verlo, pegándose ahora con uno de los que habían salido en su defensa. Y alrededor, capotes, fusiles, mantas, macutos, cantimploras, apuestas a favor de uno o de otro, carcajadas. Apareció una gorra con las insignias de teniente.

—Se acabó. ¡Fuera de aquí!

Nos metieron a empujones en la misma taberna de la que habíamos salido mientras el suelo retemblaba con el paso de los tanques y los camiones. Nos acercamos de nuevo a la barra y nos apoyamos en ella resoplando y riendo. El tabernero se secaba la sangre de la nariz con el mismo trapo que usaba para los vasos. «Menuda hostia...» «Jefe, ésa fue del de la gabardina.» «¿De usted?» «Ahora sí que me voy», dije, y salí de la taberna para subir hasta Progreso alejándome del ruido de

los tanques y los camiones pero perseguido por los cañonazos. Me mojé la cabeza en una fuente pública para despejarme y continué, dando bandazos, para encontrarme cerca de la taberna donde nos llevó Sanabria y nos sorprendió el bombardeo en el que vi al conductor de las botas de tres hebillas. Ellos con las confianzas, «es una puta», «me voy a casar», y yo alejándome de nuevo, regurgitando vino, sudando, temiendo que resultara humillante, temiendo vomitar en la casa, o dormirme. Transbordé en Sol; pasaron las estaciones de Sevilla, Banco, Retiro; Goya, por fin. Embestí Narváez a bandazos, abrí la reja, subí las escaleras, agarrándome al pasamanos y llamé. Me acabé de arrancar la manga de la camisa, me apoyé en la puerta, aspiré...

Ayer me llamaron para la faena; el miliciano abrió la puerta y el estudiante dijo: «Labayen, el cubo», y apenas tuve tiempo de ocultar el cuaderno bajo la manta. El cacharro pesaba más que de costumbre y el miliciano caminaba a mi lado. Ya no me da asco la porquería. Eché el cubo en la taza, luego lo llené de agua, revolví ésta con la escobilla y volví a vaciarlo en el retrete y a echarle más agua. «No, así no. Tienes que dejarlo como si tuvieras que tomar sopa en él.» «¿Con qué? ¿Con esta escobilla?» «Con tierra y con las manos. ¡Hala! Hasta que salga brillo.» «¿Con las manos?» «Con las manos, lo mismo que mi madre.» Y con las manos. «Mi madre se ganaba la vida haciendo de fregona en un hospital para ricos y lo que fue bueno para ella es bueno para ti.» Su madre en simbiosis con los orinales, el estropajo, la lejía, la mierda, el pus, las vomitonas. «Así, *pa* que sepas lo que tenemos que hacer los pobres.» Su odio me abrumaba y me parecía justo, daba en el blanco. Pero ¿por qué es justo? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Por qué lo acepto como si la tuviera? ¿Lo aceptaría el miliciano en mi lugar? «Muy bien. Ahora a la trena.» Y otra vez «un... dos, tres... cuatro». En el garaje no noté nada fuera de su sitio, el cuaderno estaba donde lo había dejado, lo mismo que la caja de cartón, el lápiz y el cepillo de dientes que heredé de Mendoza, el plato colgado sobre la manta. Abro el cuaderno y veo a Luisa abriendo la puerta. No hay motivo para que, por muy objetiva que sea una situación, no haya disculpa para todos, absolutamente todos; pero esto ya lo he escrito o lo he pensado otras veces; el miliciano en mi lugar no habría hecho nada mejor ni peor que yo, pero soy un privilegiado y los privilegios me condenan. Y veo unos zapatos, unos pantalones que han perdido la raya, una bragueta descolorida y una cara que se pone al nivel de la mía: «Ya sé quién es usted», me dice, me escupe, mientras percibo su olor. «Me alegro de que le hayan detenido. Le está bien empleado.» Sorprendo en sus ojos el mismo odio que en los del otro. Claro, he estado fuera por lo menos quince minutos. ¿Qué habrá leído? Poco, desde luego, aunque mi letra es clara. Su cara grande y su expresión involuntariamente altiva están a muy pocos centímetros de la mía, a treinta, todo lo más. Siempre curioseando y preguntándome qué escribía. «No le creía capaz de fisgar por el ojo de la cerradura.» «Guárdese sus sarcasmos. Estaba aburrido y, la verdad, me dominó la tentación. A mí no me escandalizan sus veleidades ideológicas, sino su falta de escrúpulos y su cobardía al pedir que le nombraran juez. Una persona de su cultura, de una familia digna. Y con todo lo que le han hecho a los suyos y todo lo que ha visto que han hecho a los demás. Pero ¿cómo es posible que se incline hacia esas fieras?» «Porque lo imposible es que me incline hacia los otros.» «¡Y yo que le creía distinto y mejor que los suyos! Eso sería lo natural. ¿No será usted un esnob? ¿O no será un soplón? ¿No le habrán metido aquí para espiarnos y sacarnos nombres?» «¿Yo? ¿Cuántas preguntas le he hecho a usted o a los demás?» «¿Y sus cuchicheos con el profesor?» «Usted está loco.» «El

que está loco es usted. Con todo lo que hay en ese cuaderno y no reconoce ni una sola vez que se ha equivocado.» «No lo ha leído bien.» «Ni falta que me hace. Aunque condena las barbaridades, sigue apegado a los principios. Eso es lo peor de todo.» «¿Lo peor?» «Imagínese lo que sucedería si leyera a los demás cualquier página; por ejemplo, la página donde cuenta lo de ese condiscípulo suyo de Chamartín por el que no movió ni un dedo.» Me trago el bochorno, me trago el malestar, me trago la cara de Abrantes. «Que me matarían entre todos, pero un día más o menos... Aparte de que no se atreverían a tocarme, porque no lo iban a pasar mejor. ¡Ande, aquí lo tiene! Léaselo de cabo a rabo.» Le puse el cuaderno en las manos y él me lo devolvió, y yo pensé que, efectivamente, podían matarme, y en seguida me di cuenta de que había ganado terreno, o de que lo estaba perdiendo él. «¿Qué sabe usted? ¿Está seguro de que no habría ido mucho más lejos que yo por salvarse? Si a algo he hecho traición, ha sido a mis ideas.» Se incorpora, me mira de arriba abajo: «Pero ¿cuáles son sus ideas? Unas veces parece ponerse contra éstos y otras... No sabe cuáles son sus ideas, ni sabe lo que es el honor, o es de tan mala ley que aunque ha vivido rodeado de honor...»

—¡Váyase al cuerno!

Y se va, me vuelve la espalda, se encamina a un rincón, pero me deja su odio, su desprecio, la visión del pedazo de carne que asoma por encima del zapato me deja con mi propio desprecio, ante la cara de Abrantes, tuberosa, resignada, ante su frente estrecha y su pelo negro. El cuaderno sigue en mis manos, y en mí nariz el olor a orines. Me matarían, vaya si me matarían, cualquiera de ellos, el cadete que trajeron anoche, que es mucho más alto y más fuerte que yo, el estudiante, el beatífico Valerio, el marino o el calvo o ese que tiene una navaja con la que se propone abrir un agujero en el techo para escapar. «Tiene que disculparme, pero no me ha sido posible no oírles.» Oigo un crujido de botas y veo la chaqueta y los ojos con las pupilas amarillentas y ya está a mi lado, sentado sobre mi abrigo, con los bolsillos abultados por todas las obras de caridad y todos los deberes sacerdotales que le quedan por hacer. El conde, a quien el estudiante propone una partida, me vuelve a mirar, desde las alturas heráldicas de su honor, como si me mirara por los agujeros de su nariz. «Encantado, muchacho.» Ahora le contará lo que ha leído. «Oiga, cura, ¿no le ha sido posible o ha estirado la oreja?» «He dicho... Han sido las dos cosas a la vez. He oído por azar el comienzo y no me he retirado, como exigía la discreción, pero no se preocupe porque tengo hábito de guardar secretos.» «Ya, los secretos del confesionario.» «Y porque creo que estoy con usted.» «Pero, ¿es que también lo ha leído?» «¡No, por Dios!» El cura se contempla las botas de muerto, el conde y el estudiante colocan las fichas, los pedazos de yeso y de ladrillo sobre el papel. «Usted sale.» «¿Quiere decir que piensa como yo o que entre el conde y yo me elegiría a mí?» «No, Dios me libre de elegir entre ese señor y usted, lo que quiero decir es que

ya no estoy seguro de que sean los nacionales los que tengan razón, o de que la tengan toda, pero no puedo olvidarme de que soy sacerdote y de que el Papa ha condenado a éstos y ha hablado de los sin Dios y de su comportamiento satánico. Compréndame, para mí es muy difícil...» «Para mí también, pero creo que la razón está en los republicanos, porque los sublevados no tienen más razón que la defensa de sus privilegios.» El conde nos presta más atención que al tablero, el estudiante le tiene que recordar que le toca mover, pienso que debemos alejarnos y ponernos en un rincón donde no haya ecos. «Usted aplica aquello de que el que no está conmigo está contra mí, pero al revés.» «Es lo mismo, aunque con un matiz: el que no puede estar con unos por nada del mundo, tiene que conformarse con estar con los otros.» Me levanto, le hago señas de que me siga y nos instalamos en el rincón, junto al cubo de la mierda.

—¿Y siempre ha pensado igual? —me pregunta y tengo la sensación de que está preguntando: «¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa?» «Sí. Es decir, desde hace muchos años, aunque sin ardor, salvo algún que otro ataque de entusiasmo juvenil. Ya comprenderá que con una familia como la mía y no siendo un héroe, tenía pocos estímulos para la acción.» «Pues imagínese los que puedo tener yo, siendo sacerdote y con todo el peso de la Iglesia encima.» Se interrumpe, se mete la mano por debajo del jersey y se rasca con el mismo ruido que Mendoza. «Claro que me lo imagino», y baja la voz, «a mí empezó por chocarme el odio del pueblo. No lo comprendía, no me cabía en la cabeza que pudiera odiarnos y me aferraba a las explicaciones que nos daban en el seminario los profesores y que acabé dando yo también. Había uno que nos decía que cómo iban a seguirnos si nosotros predicábamos que hay que ser honestos y pacíficos, y ellos alentaban el amor libre, romper todos los frenos... Luego, cuando esto se desató y comenzaron las detenciones y los asesinatos por todas partes, desde los obispos a los seminaristas, no pude seguir creyendo en las explicaciones y empecé a pensar que tenía que haber un motivo y a preguntarme si no sería que habíamos abandonado a los humildes y no habíamos atendido más que a los poderosos. Hasta he llegado a decirme que, quizá sin darnos cuenta, hemos acabado siendo unos guardias jurados con sotanas y bonetes en lugar de bandoleras y carabinas, y que el pueblo nos ha visto así desde siempre. Y lo malo es que a mí me han avisado las arideces que he sentido con las procesiones, los bautizos, las bodas y la catequesis. Pero he seguido igual, he seguido siendo un oficinista que no ha faltado a sus deberes pero que tampoco ha ayudado a nadie. Y ahora ya no tengo tiempo de hacer lo que hubiera debido hacer y me doy cuenta de que he desperdiciado en naderías mi vida sacerdotal y de que si por una gracia especialísima se me concediera todo el tiempo que he perdido, no sería capaz de hacer nada mejor y, al final, volvería a encontrarme lo mismo que ahora.» Suspira, baja la cabeza, junta las manos, levanta aquélla, sonrío y, a los pocos segundos, añade: «Así que para mí eso del martirio es

jugar a ganar y no perder. Y además no es un martirio.» Igual que yo, igual que yo si consigo escapar de ésta. «Perdóneme, comprendo que a usted, con su manera de pensar, no pueden importarle mis problemas porque no le parecerán problemas, pero por eso mismo es mucho más de agradecer que me haya escuchado. Y me parece providencial haberme encontrado aquí con usted. ¿A quién hubiera podido...? A cambio, me ofrezco a hacer el mismo papel, si lo desea, por supuesto.» «Gracias, pero no tengo ninguna necesidad de sincerarme.» «La cena», anuncia un miliciano, aporreando la puerta con el cazo con que nos va a servir. El estudiante se incorpora de un salto, el conde me vuelve a mirar, el calvo se pone el primero en la cola, y el cura me cede la vez.

Estoy aquí hace diez años, veinte, toda mi vida, en reencarnaciones anteriores; he muerto y he vuelto a vivir lo mismo dentro de estas cuatro paredes que parecen abolir mi pasado o convertirme en un sueño y ya me sucede lo que al mandarín que soñaba todas las noches que era una mariposa y que terminó preguntándose si era un mandarín que soñaba que se convertía en mariposa, o una mariposa que soñaba que era un mandarín. El desayuno, después de una noche acribillada por los sobresaltos, o incomprensiblemente tranquila; limpiar la celda; acercarme al corro que se forma alrededor de los recién llegados para saber qué sucede fuera, para oír sus falaces testimonios de que hay todavía un mundo que no es éste, que los cañonazos y los disparos no son ruidos de tramoya, el cubo apestoso, rebosante que vuelve limpio, la comida, los rezos, las partidas de damas, las vidas de los otros, los relatos de sus tragedias; las noticias de las radios facciosas, la hora de cenar. A veces, tengo la impresión, como ahora mismo, de que no he estado en otro sitio desde que nací; otras, la de que, al detenerme y cambiar mi contorno, han cambiado también el universo, la ley de la gravedad, el brillo del Sol, la forma de la Tierra, la duración de los años, como si el día en que me trajeron hubiera saltado la humanidad de una era a otra y ya no quedara nada de mi vida durante la anterior; otras, la de que lo que me queda es precisa y únicamente el pasado, los recuerdos, que tienen tal nitidez que están más vivos y más presentes que el garaje, pero no porque fueron menos penosos sino porque ya no son más que recuerdos, a pesar de toda su vigencia. Sí, ya no es más que un recuerdo mi propia voz confesando que estaba borracho antes de que ella pudiera advertirlo, su risa, mi aplicación solemne para dirigirme al perchero sin dar bandazos. «Estoy como una cuba», y su voz sonando a mi espalda y diciendo casi gozosamente: «Entonces, lo estamos los dos.» Y la máscara de estupidez y de incompreensión que endureció mi cara: «¿Cómo? ¿Tú también?» «De felicidad. Tenemos dos días para nosotros, dos días seguidos, sin separarnos.» Luché por quitarme la gabardina y por arrancarme la máscara y expresar algo más que sorpresa, o sorpresa al menos. «¿Dos días? ¿Has dicho dos días, dos días aquí y juntos?» Asintió con una sonrisa radiante, y tuve que agarrarme al perchero para dominar el

vértigo y unas náuseas repentinas que me hicieron correr al baño atravesando el pasillo y la habitación con las dos camas. ¡Qué sarcasmo! Tantear, en busca del conmutador, acercarme a la blancura de la taza; arcadas, esfuerzos, olor a vino y a ácidos, garbanzos, coñac, resoplidos por la nariz, agua fría en la nuca, en la cara, la cabeza bajo el chorro del lavabo. Y cuando me estaba peinando, la vi por el espejo. «¿Te sientes mejor ahora?», me preguntó, con la espalda apoyada en la puerta como si se dispusiera a impedirme salir, mientras me miraba con fijeza, tocándome con los ojos. «Siento haber visitado tantas tabernas, me he dejado arrastrar.» «No importa. Me hace gracia verte borracho.» Me sentí recorrido por dedos que me acariciaban con un impudor solicitante, aunque no se había movido de la puerta. El caos estropajoso que había en mi cerebro fue apartado de un escobazo. Dos días juntos, sin precipitaciones, cuarenta y ocho horas; la vería dormida, podríamos salir, pasear, comer, comunicarnos nuestros silencios. Me sonreía con malicia, disfrutaba del placer de demorar el placer, me hacía entrar en la voluptuosidad de la espera, tiraba de mí como un imán de un pedazo de hierro, mis ojos se agrandaban, o los hubiera querido agrandar para verla toda al mismo tiempo, aunque estuviera a unos centímetros: sus ojos, uno verde y otro azul, sus pómulos, su nariz, sus hombros, su escote, su cuerpo relleno un traje vinoso. Nos abrazamos, nos besamos, y me asaltaron dos ocurrencias: que el traje no me gustaba y que dos días podía ser demasiado.

—¿No es maravilloso?

Dije que sí fervorosamente, aunque con la sensación de que me estaba prestando a un malentendido con el que consagraba un engaño y la certeza de que, efectivamente, era demasiado tiempo, de que, entre tanto, Pedro Martínez huiría, los rebeldes desbordarían a los milicianos y a los tanques rusos y seguirían hasta Parla, hasta los Carabancheles, subirían por la calle de Toledo hasta Progreso, hasta la plaza Mayor, hasta Sol. Me abrazaba y yo iba descubriendo las pequeñas molestias de la improvisación: llamar a casa para que no se preocuparan de mí, encontrar un pretexto, acostarme sin pijama, no poderme afeitar. Pero ¿qué era esto? Encima de que se habría expuesto Dios sabe a qué peligros, de que había dejado sola a su madre... «¿Cómo te las has arreglado?» Se apartó para mirarme a los ojos: «Se ha ido a Albacete, a convencer a André Marty para que envíe a los extranjeros.» «¿Y tu madre?» «Hace dos días que salió para Valencia, a casa de unos parientes. Fue lo peor, porque no quería marcharse sin mí y sobre todo porque le he insinuado que no me quedo por él.» Me abrazó, sentí su aliento en mi oreja y su cuerpo pegado al mío y tuve la aprensión de que, a través de este contacto, estaría adivinando mis reticencias, el pijama, la maquinilla de afeitar y la brocha, mi doblez, en suma, que era todo lo contrario de su transparencia. «Ven conmigo», dijo de improviso, arrebatada, alegre, cogiéndome por la mano y llevándome a la cocina, ante la mesa

con botes de leche condensada, latas de carne en conserva, naranjas, pan, queso de bola, unas botellas de champán. «Cenaremos aquí. ¿Prefieres beber algo antes?» Captó mi gesto de repugnancia. «Claro. La bebida mañana.» La bebida, la toma de Madrid, la desaparición de la última oportunidad de ponerme a salvo. Pero ¿cómo se lo iba a decir? Estaría mejor enterada que yo, aparte de que la situación se tocaba, se respiraba. «¿Qué prefieres, ¿cenar o...?» Hizo un movimiento hacia la habitación y, a la par, comenzó a desabrocharse los primeros botones. «Prefiero...» Aparté sus manos y continué yo mismo.

Estaba dormida, con la melena sobre la almohada y el embozo hasta el lóbulo de la oreja; de los pies de la cama colgaban su otra ropa interior, sus medias, su traje color vino que no pude elogiar. Sentía una escocedura al recordar su ademán de desabrocharse; un descaro como el de la blusa blanca, una prueba de que lo que quería de mí era la cama, retorcerse, rechinar los dientes, poner los ojos en blanco. Es decir, lo mismo que yo quería de ella. Su melena parecía una llama paralizada, la curva de su cadera se dibujaba bajo las mantas y la sábana, el calor de su cuerpo llegaba hasta mí, pero no me atrevía a despertarla porque dormía con la placidez de un niño; descansaba del otro, de los besprizonyi, de sus fracasos y sus humillaciones, de su madre, del remordimiento de odiarla, del miedo. Pensé intensamente que se despertara, la requerí en silencio, pero con todas mis fuerzas para que se moviera, para que diera la vuelta y extendiera un brazo que me tocara o que su hombro huesudo rozara el mío. Era delgada, angulosa, y a la par, blanda, redondeada, acogedora, como el pecho de una madre para su hijo mamoncillo. Pero siguió dormida y me alegré de haberme quedado; no había sucedido nada, varias columnas de milicianos mandadas por militares profesionales habían frenado el avance de los facciosos. Y yo la necesitaba, era como una tabla de salvación, lo único grato, cálido, apaciguador, lo único que me vertía fuera de mí. El día anterior, por la tarde, dimos un paseo; salimos por Jorge Juan y cruzamos la ronda hasta una taberna que parecía una casa pueblerina, con una ventana por la que se veía un solar, en el que había un carro de basura apoyado sobre las varas y un gato tan viejo como Bucarín. Por otra ventana pudimos ver un convoy de camiones con sacos y unos cuantos hombres sentados encima; a lo lejos, hacia el sur, se oía el cañoneo más próximo, por Getafe o por Leganés o acaso por los Villaverdes. No habían entrado, pero no cejaban, y también ellos recibirían refuerzos y aviación y tenían artilleros profesionales. «¿Qué te pasa? Háblame, quiero tener tus preocupaciones, no debo estar tranquila mientras tú...» «No sucede nada que tú no sepas.» Me miró, agitó la cabeza y toda su melena se echó hacia atrás; entraron dos hombres, dos sepultureros del cementerio del Este, entró un miliciano con una manta, a la que le había hecho un agujero para convertirla en capote, con un fusil, con un pasamontañas de lana con las orejeras levantadas.

Hablaron de que había treinta muertos en el depósito, todos del bombardeo de ayer, que oímos desde la cama sin movernos, sin inquietarnos, sin que se nos pasara por la imaginación correr a un refugio porque tampoco parecía que fuera con nosotros. Ella dijo «una bomba cuando estamos...» y yo, recordando a alguien, «una muerte de primera, ¿verdad?». Los sepultureros describían los muertos sin perdonar truculencias aunque sin intención de contar truculencias, sino detalles curiosos: un cuerpo partido por la mitad, una cara sin mandíbula inferior y tres dientes de oro en la de arriba. «Vámonos», y en la calle se colgó de mi brazo y me condujo hasta la fuente del Berro, cerca del arroyo Abroñigal, y nos sentamos sobre unas piedras desde las que veíamos las edificaciones del cementerio y el cielo azul con unas cuantas nubes que parecía que habían sido puestas en él para que el azul destacara más. Quería hacerse enfermera o encargada de alguna guardería infantil de las que estaban organizando en Levante, pero él no la dejaba y ella no quería marcharse de Madrid.

Y otra vez en la casa, su mano buscó la mía para apretársela contra la mejilla. «El que debe marcharse eres tú. La situación es mucho más grave de lo que dicen la radio y los periódicos. Se han llevado de Madrid el Estado Mayor del Ejército del Centro.» La interrumpieron las sirenas. «Puedo conseguir que te evacuen. Estás más delgado y tienes mal color. Conozco a dos o tres de la Junta de Defensa.» «La Junta de Defensa sólo da salvoconductos a los que no están en edad militar.» «Y a los enfermos.» «Yo no estoy enfermo.» El zumbido de los aviones la hizo callar otra vez; se oyó, más continuo y precipitado, el tamborileo de los antiaéreos, vimos por la ventana los rayos de los reflectores, oímos el silbido de las bombas, la casa se estremecía, ella se apretó contra mí, temblorosa. «Me gusta tener miedo a tu lado.» Más explosiones, sirenas de los coches de bombero, pisadas y voces de los que corrían a los refugios. «Debes marcharte», repitió, pero me hice el dormido y me dormí de verdad; soñé que huíamos, saltando de surco en surco, con los moros detrás, que chillaban y disparaban sobre nosotros; quince, veinte, cincuenta, con sus turbantes, sus chilabas, sus pantorrillas delgadas envueltas en vendas. No conseguíamos dejarlos atrás pero tampoco ellos lograban alcanzarnos y cuando podíamos verles de cerca todos tenían la cara de Norte. Barbechos, caminos con charcos color café con leche, una carretera pedregosa por la que subían centenares de niños y centenares de ovejas que arreaba un pastor, también con la cara de Norte. Trataba de hablar, de llamarle la atención. «¡Tomás, está en todas partes!» Sentí una caricia en la cara, me desperté y encontré su rostro inclinado sobre el mío, con la melena colgando y haciéndome cosquillas en el cuello y el pecho: «Tenías una pesadilla y quería verte.» «¿Hablabas?» «No se te podía entender. Gritabas.»

Había encendido la luz y me miraba, me aprendía de memoria, me pasaba el dedo a lo largo de la nariz, contorneaba mi boca, me alisaba el pelo, se acercaba, me tocaba los ojos con los labios, me descubría el pecho, me moldeaba... Volvimos a dormirnos

disueltos en una fatiga feliz. Y el desayuno, sentados frente a frente en la mesa de la cocina; ella, con su abrigo viejo echado sobre el camisón, rebañaba los restos de un bote de leche condensada en el que había vertido café; de repente, otra vez las sirenas, explosiones, una mirada de angustia, su mano sobre la mía y otra vez que me tenía que ir, y yo que aún tenía tiempo de sobra, y ella que se estaban yendo todos, hasta el presidente de la Junta de Defensa. «¿Miaja? No lo creo.» «Y el Gobierno se ha ido ya. Estás en más peligro que él. Te... te matarán.» Mi propósito de quedarme se tambaleaba antes de habérmelo hecho firmemente, me lo arrancaba a tirones, me contaba las represalias de los primeros momentos, los consejos de guerra, las sentencias de muerte, me ponía ante los ojos la foto del fusilamiento. «Hoy mismo hablaré con los de la Junta de Defensa y con el médico militar que atiende a mi madre.» «No hace falta, no creo que sea tan inminente. ¿Qué va a hacer él?» «No estamos hablando de él... Y no le cogerían aunque entraran.» Vertió el café con leche en las dos tazas, con una mueca de impaciencia y una mano temblorosa. «Ordenes del Partido, ¿no?» «Orden de quedarse ocurra lo que ocurra.» Me miraba con una ternura inquieta, apiadada, me estaba viendo todo lo débil y vulnerable que debía ser en comparación con su marido, y su preocupación aceleraba el movimiento de su mano agitando el café con la cucharilla. «¿Y va contigo esa orden?» «Si me quedo es por ti y no por él.» Y volvió a poner su mano sobre la mía; ya me había dicho que Norte estaba empeñado en que ella se fuera porque las cosas podían obligarle a abandonarla como la otra vez. «Como las otras veces», corregí y tuve la sospecha de que me estaba incitando a proponerle que nos fuéramos los dos; estaba mostrándome el tren, la huida, un futuro hecho de miles y miles de días juntos, igual que los que estaban acabando; pero no dije nada porque vi delante de mí al coronel, a mi madre, a mi hermano y a Laura, porque no estaba seguro de desear ni de soportar más de lo que ya tenía. Contemplé sus ojos, su boca insegura, su cuello largo que tenía una fragilidad orgullosa, el escote del camisón que dejaba al descubierto el arranque de sus pechos y sus clavículas, siempre aquella constitución huesuda que resultaba eclipsada por su misteriosa redondez. Pero ¿cómo será posible que esto sea tanto y tan poco? ¿Cómo será posible que...? Cargar con la madre y abandonar a los míos.

—¡Vete! Vete, aunque sea sólo por unos días.

—No. Me quedo y ya veremos más adelante —repliqué y me sentí asqueado como si estuviera estafando a un niño, porque eran más fuertes la sesuda pesadez de los treinta y cuatro años y el tirón de los miles de hilos que me unían a mis costumbres y a mi familia.

¿No se quedaban Arango y Sanabria? ¿Y Antonio Ruiz, a pesar de su tuberculosis y de sus años? Terminamos el desayuno, nos vestimos, nos abrazamos en el cuarto de estar. «Tengo el presentimiento de que es el fin», me dijo, y yo que estaba mirando los paraguas brillantados que pasaban al otro lado de la verja, me volví y pude ver

sus lágrimas colgadas en las puntas de sus pestañas y que éstas eran más bien cortas, como las de los chinos o los japoneses. Me pregunté si no era más honesto decirle la verdad que dejar flotando entre los dos una mentira aunque no fuera, tampoco, la verdad. «Si es el fin, será porque moriremos los dos. Y no seremos los únicos.» Un beso largo en el que aún perduraba la dulzura de la leche condensada, y adiós.

En la calle de la Princesa quedaban vaharadas de una visita de Juan: víveres, el barro de sus botas en el recibidor, el pasillo y la puerta de la habitación de Laura, ropas mojadas en la cocina, olor a cuero y las caras divididas en dos bandos, el de Laura y nuestra madre y el de Miguel y nuestro padre. Una noche tan connubial como las nuestras y una salida precipitada antes de que se hiciera de día, y desayuno con leche condensada y pan, un saco de carbón, patatas, unos chorizos. El coronel me hizo pagar mi ausencia, aprovechándose de la excusa que les había dado: «¿Queréis acabar con todos antes de que entren los nacionales? ¿Qué tenías que hacer anoche? ¿Y anteanoche? Ya me lo imagino, una sesión permanente de vuestros asesinatos disfrazados de justicia, porque no me irás a decir que habéis absuelto a alguno o que los habéis puesto en libertad a todos en vista de que ya están ahí los suyos, es decir, los nuestros o, por lo menos, los míos. ¡Tomás! ¿No me oyes? ¿Cuántos días crees que van a tardar en liberar Madrid?» Nuestra madre me reprochó no haber llamado ni una vez a pesar de los bombardeos. «Miguel llamó en seguida aunque estaba de guardia en la Maestranza.» «Pero yo estaba en Robledo y no en Madrid y no podía llamar.» «¿Y no hay teléfono en Robledo?» «Ni teléfono ni bombardeos.» Desayuné y me fui al Juzgado y luego al centro, donde me sorprendió otro bombardeo.

Sobre la calle de la Montera había caído un polvo blanco que hacía que la gente pareciera de luto. Una bomba, en una de las bocas del metro en la Puerta del Sol, descubría unas tuberías retorcidas y los cables de un semáforo, al borde del mordisco que había dado en la bóveda de la galería donde terminaban las escaleras. El sol iluminaba las casas reventadas, los cadáveres, una cama sobre la que había caído una viga y un lavabo que colgaba de la tubería. Había humo hacia el Prado y la calle de las Huertas. Compré un periódico y pasé ante el Savoy que estaba ardiendo y del que evacuaban heridos. Crucé Alcalá Zamora a la altura de Espalter y entré en el Retiro, donde los paseos tenían charcos con esas hojas rojizas que hacían pensar en heridas sangrantes. Se oían los cañones de grueso calibre que disparaban sobre los Carabancheles, sobre Getafe, los cañones que habían desenterrado Langa y Miguel. Una columna de milicianos había sido presa del pánico y había huido; pena de muerte a los derrotistas, a los que gritaban: «¡Estamos copados!» Mije, del Comité Central, había hablado por la radio, otra vez lo de la hora del esfuerzo decisivo. ¿El esfuerzo? Más bien la hora decisiva. ¿Y qué esfuerzo podía hacer yo? ¿Seguir de juez a estas alturas? Incluso por egoísmo era mejor alistarme y perderme en el número. Un fusil; en África había aprendido a tirar con mosquetón y lo hacía mejor que los amigos de

Miguel. «ACTIVIDADES DE LA QUINTA COLUMNA. — El camarada Víctor Norte, miembro de la Junta de Defensa, ha sido objeto de un atentado a las puertas de Madrid...

Fue conducido inmediatamente al hospital de campaña más próximo... Los refugiados fascistas de la Embajada de Finlandia arrojan bombas contra las fuerzas de seguridad. Madrid, primero de noviembre. Esta tarde, hacia las cinco...» Norte. ¡Norte! Volví a leer. Norte herido de gravedad por un grupo de incontrolados a la entrada de Madrid, a su regreso de Albacete, cerca del puente de Praga. De gravedad, pero sólo herido. Y esta madrugada, mientras Luisa estaba inclinada sobre mí haciéndome cosquillas con su melena. A no ser por el atentado habría llegado a casa él antes. «Por fortuna, según las últimas noticias llegadas a nuestra redacción, la vida del camarada Norte está fuera de peligro y se espera un pronto restablecimiento.» La simultaneidad. Ya estaría Luisa al tanto, al tanto y torturándose, haciéndose promesas de no volver a verme y luchando contra el deseo de que muriera o dejándose llevar por él y extendiéndolo a su madre. ¿Quién habría llegado antes, ella o la noticia? Y ¿qué hacía yo, preguntar por el otro? Era absurdo, pero tampoco podía callarme como si no me importara cuando me importaba incluso por el propio Norte, y no acababa de definirme si quería que muriera o que siguiera viviendo ni de creerme que hubieran sido unos incontrolados. Sus enemigos del Comité Central, o alguno de los rusos, o alguien a sueldo. Las sirenas, por segunda vez en dos horas; demasiado lejos de las estaciones del metro y los cañones demasiado cerca; no los veía pero antes había advertido el rebufo en las ramas de los árboles. Tal vez tuvieran un refugio o una trinchera, pero sería acercarme al blanco de los aviones rebeldes; mejor Alcalá o tenderme en el suelo donde no hubiera charcos. Una nota de la Junta o una llamada: «Su marido ha sido víctima de un atentado. Vaya al hospital de...»

Desplegué el periódico, me tendí, percibí los antiaéreos, el olor a tierra húmeda, las bombas sobre la estación, las carreras, los gritos, los árboles sin hojas, más gritos, ahora de entusiasmo, que venían de la batería, de los balcones, de las calles, de las terrazas de las casas de Menéndez Pelayo. En el cielo trece o catorce aviones refulgían o se ocultaban entre las nubes mientras otros diez o doce más veloces y más pequeños giraban alrededor de los grandes, subían hasta situarse por encima de éstos, se lanzaban sobre ellos y volvían a subir; uno hizo explosión aunque sólo se vio el resplandor dentro de una nube, otro entró en picado con una cola de humo detrás, un tercero fue perdiendo altura y giró pesadamente hacia el sur. Me sentí protegido y con ganas de gritar, pero poco después, cuando desaparecieron todos, recaí en la noticia de la herida de Norte, en las promesas que se hacía a sí misma, el desierto que sería para mí el futuro, en las dudas sobre lo que debía hacer. Por de pronto, llamarla, decirle «acabo de leerlo y espero...». Pero ¿qué entendería ella que esperaba, y a dónde la podía llamar? Si hubiera pasado al principio...

—¿No hay patatas? preguntó el coronel.

Y nuestra madre: «Me temo que no. Eran muy pocas.» «Pues tengo hambre. ¿Qué más hay?» «Carne congelada y una lata de sardinas.» «No me sientan bien. ¿Y nada más?» Estaba cada día más irritable y con peor aspecto, se quejaba de todo, de que no podía respirar, de que se había enfriado en el sótano, de la falta de calefacción, de la luz, de que no entraban de una vez.

—Ha sido un error desviarse para libertar a los del Alcázar. No hay que darle tiempo al enemigo para reaccionar. Como siempre, todo lo hacen mal porque la mayoría no ha cogido más libros que los de la Academia.

El café se había quedado casi vacío, salvo dos mesas, una con un grupo de extranjeros con boinas y otra con unos cuantos oficiales; las zorras habían emigrado a otro café menos expuesto o se habían ido a Valencia. Un camarero, el barman, la mujer de la limpieza, la del teléfono y los servicios, la cabina encendida porque alguien acababa de usar aquél, tal vez un periodista comunicando el combate aéreo de la mañana y el triunfo de los cazas gubernamentales sobre los bombarderos facciosos. Debía llamar al Partido, o al Quinto Regimiento, que se había instalado en el colegio del Pilar, o al Hospital de Maudes, donde estarían ya los dos. «¿Tú por aquí? No pareces mayormente satisfecho.» El abrigo de cuero, las manos que se quitaban unos guantes de cuero también, el puro perenne, el puro que le pondrían en la boca después de muerto como nosotros le pusimos el uniforme al coronel. Se había afeitado el bigote y la barba y tenía la cara de dos colores, uno blanquecino y el otro tostado, y parecía el negativo de una fotografía de sí mismo. Se desabrochó el cinturón. «Dos ginebras.» Puso los guantes sobre la mesa, se sentó, mamó del puro, me preguntó si notaba algo nuevo en él y apareció Sanabria con una bufanda alrededor del cuello. «La barba. Te has afeitado», contesté a desgana, con Sanabria ocupando su sitio habitual, pensando que Arango debía saber algo de Norte y viéndole mover la cabeza para decir que no. «Fíjate bien», insistió. «Ya me fijo, ya me fijo... ¡La gorra!», exclamé, porque llevaba una con reminiscencias de revolucionario ruso. Sanabria le miraba también y hacía gestos de malestar, de que le estaban irritando su jovialidad y su disfraz de protagonista de una película sobre la guerra civil rusa. Yo le quería preguntar por el otro y, también, saber la causa de la expresión de Sanabria, que había pedido un coñac y miraba a la calle, con la barbilla atrincherada en la bufanda. «Como no me lo digas tú...», le dije a Arango, sin interés, y le vi señalarse el pecho y la estrella roja inscrita en un círculo, rojo también, con dos barras no menos rojas debajo, como de un centímetro de ancho y siete de largo. «Ya estoy en acción. Comisario político de una brigada mixta, la tercera, que manda Galán.» Se quitó el puro de la boca y ésta quedó con la forma de aquél, como una O mientras me miraba para descubrir en mí la admiración que tenía que sentir y que, aunque efectivamente

sentía, le oculté, con lo que conseguí que apareciera en su rostro una sombra de desencanto. «¿Quieres decir que has dejado el periódico?» «Claro, ahora voy a hacer historia en lugar de contarla.» «Prometeo, aunque bastante retrasado. Por lo menos dos meses.» Se rió a carcajadas y sin motivo y, después de decirme que ya veía que no había olvidado sus pedanterías, volvió a reírse celebrando esas mismas pedanterías. «¿Dónde estáis?» «Por Las Rozas, sobre poco más o menos. Hoy me han dado permiso y lo he aprovechado para afeitarme. Era demasiado la barbita, el bigote, la gorra y el puro. Pero no me creas un héroe. Me empezaba a aburrir hacer de cronista. Y puesto a pasar peligros, más vale pasarlos con sueldo y un buen racionamiento. He cambiado, ¿verdad?» «No mucho. Sólo en que antes presumías de todo y ahora no presumes más que de no presumir.» Volvió a reírse y yo pensé que presumía, en efecto, pero que había elegido darle patadas a su vida y había cumplido sus propósitos y presumía porque tenía derecho a presumir. Le matarían y toda su cara adquiriría el color que tenía la parte que antes tapaba la barba, y no quedaríamos más que los indecisos, los cobardes, los débiles, los Pedros y los Tomás. La guerra llevaría adelante su selección al revés. «¿Y que te pasa a ti? No has abierto la boca desde que entraste.» «¿Eso va por mí?» Sanabria tragó saliva, se quitó la bufanda y dijo, bajando la voz, que aquella noche habían evacuado la Cárcel Modelo y que, aprovechando la oportunidad y por instigación de un extranjero que utiliza un apellido español habían asesinado a más de mil en un pueblo llamado Paracuellos del Jarama. «¡A más de mil, según mis noticias!», y se quedó mirando el coñac como si estuviera viendo en él los camiones, los faros rayando la oscuridad y sacando de ella a los presos, los pelotones de ejecución, las descargas. Pero no era él sino yo quien se imaginaba la matanza.

—Más de mil, más de mil...

Nosotros no habíamos oído nada porque habíamos dormido en el sótano. Sanabria agitó la cabeza, se pasó la mano por la cara, estornudó, se estremeció, volvió a ponerse la bufanda y bebió de su vaso. Arango se encogió de hombros. Sanabria dijo: «Esto nos enajenará la ayuda de las democracias.» Una risa corta y seca, con el puro entre los dientes, un trago, otra vez el puro y una nube de humo al techo. «¡Las democracias! ¿Todavía crees en las democracias? No nos han ayudado ni nos ayudarán porque no les interesa ayudarnos.» «Sobre todo si les damos pretextos para que no nos ayuden.» «¿Y qué quieres, que por caerles bien dejemos el campo libre a la Quinta Columna?» «Lo que quiero es que la Quinta Columna sea reprimida por los medios legales.» «Ya no hay más medio que el terror.» «Un gobierno democrático practicando el terror, arrastrando por los suelos su propia legalidad y poniéndose a la altura del enemigo.» «Naturalmente. Si te atacan con bombas y ametralladoras no te vas a defender con escopetas de aire comprimido sino con más bombas y más ametralladoras.» Sanabria buscaba una respuesta y me miraba, miraba los chupetazos

del otro, perplejo, acorralado, con la barbilla hundida en la bufanda. «A estas alturas renunciar al terror es suicidarse.» «Lo que es suicidarse es permitirlo.» «Estás hipnotizado por la legalidad.» «Estoy en mi puesto y con las mismas normas morales que siempre.» «Eso no te lo crees ni tú. Antes no te paseabas entre fiambres de fascistas con el código en una mano y la balanza en la otra. Ya no eres una vestal de la Justicia porque te han desvirgado y tienes sangre hasta en las pestañas... Y miedo, miedo también. Pero conste que lo único que te reprocho es tu pacatería legal.» Sanabria enrojeció, se atragantó, sacó la barbilla de la bufanda y me miró, excedido por el asombro y la indignación pero incapaz de hacer otra cosa que no fuera mover la cabeza y ensanchar las aletas de la nariz. El otro, ya de pie, se puso los guantes parsimoniosamente y soltó otra risa seca, ofensiva. «Hasta las pestañas, porque reconocerás que los Tribunales Populares han sido un fracaso. Afortunadamente, por cierto, pero un fracaso.» «Los Tribunales... Los Tribunales Populares...», Sanabria se puso de pie para hacer una inspiración profunda. «Los Tribunales Populares han salvado la vida a miles de personas, como has visto tú mismo aquí, y en Toledo...» «Lo que yo he visto es que no han acabado con el terror. Y tú lo sabes pero tu pacatería te empuja a buscarte una justificación por miedo. ¡Y ahí os quedáis!» Y se marchó, aunque desde la puerta se volvió hacia nosotros y nos hizo un ademán amistoso de despedida que implicaba que ya había archivado la discusión. Sanabria, todavía congestionado, se sentó y pudo decir: «¡Por miedo! ¿Has oído? ¡Por miedo! ¿Pero qué va a exponer él que no haya expuesto yo desde el primer día?» Después, estornudó, se sonó con un pañuelo de catarroso y miró a su alrededor con una expresión ausente, todavía irritada, a los extranjeros con boinas, a los oficiales en cuyos uniformes no se sabía qué era debido a la moda y qué a los nuevos reglamentos, me miró a mí y, al verme, su cara se desencajó de tal manera que adiviné que estaba viendo aún el sobre con el indulto para el carmelita y para Julio César Sol y recordando nuestra discusión en el despacho del arzobispo. De improvisó, agitó la cabeza y su rostro cambió, recobrando buena parte de la irritación que había expresado. «Pero ¿de dónde le vendrá ese fervorín revolucionario? Ha sido un poco más radical que yo y más por su afán de destacar que por sus convicciones.» Yo me encogí de hombros y me levanté y él me siguió. «No le hagas caso. Lo único que pretende es apabullarnos a los dos con sus originalidades.» «Peor, peor todavía si no es más que eso.»

La calle estaba sumida en un sopor desalentado en el que explotaban los ruidos de las motos que pasaban a toda velocidad trayendo y llevando órdenes de las que dependía que Madrid se salvara o cayera y, con Madrid, él, Arango y yo mismo. «En el fondo, tú piensas igual de mí, porque no creas que me olvido de lo de que soy un formalista.» «No, yo no pienso igual. Sigo diciendo que eres un formalista pero te lo censuro desde el otro lado, desde la derecha, porque la verdad es que no hemos

acabado con el terror y que hemos condenado a muchos que no...» «Pero hemos hecho que disminuyera y, al final, desaparecerá gracias a nuestra actuación.» «¿A nuestra actuación? Si desaparece será porque se agote a sí mismo.» Sanabria me miró, bajó la cabeza y renunció a la discusión. Y yo pensé que formalista pero con vomitonas, con remordimientos, con una lealtad inquebrantable y, además, con el valor necesario para tomar cualquier decisión. Pero los remordimientos se aguantan mejor que un dolor de muelas y si él es formalista, ¿qué soy yo? Blando, duro, egoísta, resentido, calculador, envidioso, inconsecuente, porque sé muy bien sabido de qué parte están la razón y la justicia y, sin embargo... «¡Adiós! Hasta otra, si es que hay otra.» Me tocó el brazo y se alejó por Preciados. O estoy con ellos y debo querer los medios, incluso el terror, incluso los Tribunales Populares, o no lo estoy y no puedo continuar de juez. Esto ya me lo había dicho el de las gafas, y el propio Sanabria y también Antonio Ruiz cuando fui a consultarle lo que ya tenía decidido. Por todas partes había espejos donde se reflejaban mis contradicciones. Seguían oyéndose cañonazos, altavoces, pasaban camiones con milicianos. Me metí en un cine, en una película de los hermanos Marx, pero con la cabeza puesta en Miguel, en Sanabria, en el atentado contra Norte, en lo que sucedería, que iba a decidirse sin mí, sin que pudiera hacer otra cosa que esperar igual que en los primeros días. Como el «da capo» de los libros de música. En el descanso abandoné a Groucho Marx y me enteré por el periódico de que Norte seguía grave y de que Antonio, a quien habían ofrecido salir de Madrid, había contestado rehusando. «El ejemplo de la vieja guardia socialista.»

Anoche le tocó al marino, que resultó que pertenecía a una familia de marinos con un apellido de los de Cavite o Santiago de Cuba.

—¡Bueno, amigos! Esta vez sí que no me escapo del desguace. Me hubiera gustado tener el uniforme y que me permitieran afeitarme estas barbas.

La emoción exhumaba su acento gallego, pero no pasaba de ahí; ni orinar, ni cambiar de color, ni una vacilación en su voz o en sus movimientos mientras se vestía, mientras nos daba la mano, mientras se arrodillaba delante del cura. «Padre, con una bendición bastará.» Tranquilo pero no impasible ni con la cara de palo de quienes gastan sus últimos arrestos en aguantar el tipo; ninguna exhibición de sangre fría, este hombre es así lo mismo que yo soy rubio y Miguel tenía el pelo castaño oscuro y la nariz ladeada; desde la puerta levantó una mano y nos hizo un ademán de despedida: «¡Bye, bye, señores!» Nos dio la espalda y cuadró los hombros como el coronel; su serenidad sustituía su uniforme de marino, le revestía con él y con el capote con esclavina de la temporada de invierno. «¡Qué tío!», oímos susurrar a uno de la guardia al tiempo que se cerraba la puerta y chirriaba la cerradura, y más tarde, al otro centinela: «¡Y que lo digas, tú! Es para quitarse el sombrero. Por la salud de

mi madre que no he visto en mi vida nadie tan *bragao!*» «¿Quién será?» «Un fulano con las pelotas bien puestas.» «¿Un militar?» «O un fraile o un torero. ¿Qué más da?» Oímos los pasos por el jardín, los motores, las voces de los que iban a ejecutar, el silencio que iba llenando el vacío de los ruidos que se alejaban. En seguida, se inicia la revista a los rostros de los que quedamos, acartonados por el miedo que ha sucedido a la admiración, y los suspiros descarados, porque ha sido otro, porque tendremos un día más, porque creemos que un día más puede ser mil días, la inmortalidad. El padrenuestro por su alma. «Vamos a rezar para que Dios nos dé el mismo valor cuando nos llegue la hora», propone Valerio, y hay un asentimiento general, pero luego se advierten desfallecimientos en las voces y se ven labios que se mueven pero de los que no sale ningún sonido. Y ahora, cuando ha pasado la noche, vuelven a la admiración.

—Reconfortante, verdaderamente reconfortante. Daría mi vida por morir así. Y no es una paradoja como comprenderán, sino que no encuentro otra forma de expresarme.

Este es el conde, que me incluye en la mirada general invitándome a abundar en sus palabras o que se cree que, quitándome a mí y al estudiante, no hay nadie que le pueda entender. Valerio, poltrón y digno con ayuda de su infarto, Valerio, por quien todos se ofrecen a barrer, a sacar el cubo, hasta a recogerle la comida, se incorpora para asentir con fervor, y el estudiante: «No vayan a creer que quiero regatearle méritos, pero a ese hombre le regalaron cuando nació una fábrica de adrenalina que ya me gustaría tener a mí». «¿Y qué es eso? ¿Qué tiene que ver la adrenalina?», pregunta el calvo, olvidándose de que hace unos días rompieron las relaciones diplomáticas por segunda vez, y el estudiante se lo explica y yo dejo constancia aquí de que no la tengo, o de que ya no funcionan las glándulas suprarrenales porque se han agotado, no sin motivo. «¿De manera que el valor se debe a eso? No me lo creo, no me lo creo en absoluto», dice el calvo, y el cadete: «Ni yo. Entonces, ¿la laureada no es más que un premio a la adrenalina?». «Sí. ¿Y qué?» «Pues que ni me lo creo ni es eso lo que me han enseñado a mí.» «Es decir, que para ti no existe lo que tú no sabes. Entonces, tendremos que tirar por la ventana la fisiología para que puedan seguir concediéndose laureadas.» «No hace falta. Las suprimió la República.» «Pues lo que las sustituya.» «Muchacho, no me digas que no tiene mérito ese señor.» «Ninguno, salvo la fábrica de adrenalina.» «Regalada. Eso no es ningún mérito», dice el cura. «Pero ¿usted cree que nos regalan o nos niegan todo lo que tenemos?» «En parte sí, pero en lo principal, no. El hombre es libre.» «Vamos padre, no me saque ahora lo del libre albedrío.» ¿Qué hubiera sido de mí si me hubiera seguido funcionando la fábrica? Quizá no estaría aquí oyendo esta discusión sino en una trinchera, con el agua hasta los tobillos, con la cantimplora de coñac, las bombas de mano colgando de los tirantes y las botas de tres hebillas. O estaría muerto, desnudo,

o por lo menos descalzo porque me habrían quitado las botas unos u otros; pero estaría muerto y habría pasado por lo que, de todas maneras, voy a pasar y se habría chinchado el albino. «No sigas, porque tú de libre albedrío y de libertad y voluntad no sabes una palabra. Se puede no ser libre, es decir, no tener libertad, y conservar el libre albedrío, porque sin la ayuda de la gracia de Dios no hay libertad.» «Entonces, ¿sería a Dios a quien habría que condecorar?» «Según santo Tomás, el libre albedrío es una potencia del alma, la voluntad, mientras la libertad...» «¡Santo Tomás! ¿Y no tiene a nadie más moderno de quien tirar para eso del libre albedrío?» «Sí, de Kant, para el que también existe libertad dentro del orden moral.» «Ninguno de los dos conocía la existencia de las glándulas suprarrenales y de la adrenalina.»

A pesar de la oscuridad de la noche, sin Luna y con nubes, se veía un coche pegado a la acera, un Ford de un modelo reciente con un letrero en el cristal de la ventanilla posterior: «Comienza Andrade. Mando», y junto al coche, el ordenanza que tuvo en el Tercio, un hombre casi tan alto como él que se llamaba León y que tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Me reconoció, me dedicó un saludo militar a la moda, llevándose el puño cerrado a la sien: «El comandante está arriba.» Desde el descansillo se oían su voz, ronca y fuerte, y la del coronel, debilitada pero áspera; estaba diciendo que los suyos eran los que formaban su unidad y nadie más, lo cual hinchaba la vena en la frente de nuestro padre, y éste le interrumpió: «Aunque sean de esos que andan asesinando...» «Los míos no han asesinado a nadie. Y tú, en mi lugar, dirías y harías...» «¿En tu lugar? Yo no me hubiera encontrado nunca en tu lugar porque me habría negado a aceptar el mando de esos forajidos.» «¡Padre, por favor!» Pero padre se levantó y salió de la habitación arrastrando las zapatillas y se murió sin saber hasta dónde era injusto con Juan. «No está bueno, hijo. Tienes que perdonarle», le disculpó nuestra madre aunque sin conseguir que Juan fuera más allá de preguntar qué tenía ni que llegara a inquietarse al saber que no era un simple catarro, sino mucho más. Laura le contemplaba, lo devoraba, pasaba de la expresión de angustia a la de ternura, de la admiración al deseo, se estremecía, no podía ocultar que estaba rabiando por acostarse con su marido; y éste seguía hablando entusiásticamente de su unidad, de su batallón de peluqueros, de casi todos los peluqueros jóvenes de Madrid, al que llamaban el Batallón de los Fígaros. Mucho pelo ondulado y mucho bigote de esos que parecen dibujados con un tiralíneas pero todos, todos reventando por aprender y por hacerlo cada vez mejor antes que los demás. Habían venido a pie desde Villalba, dando la vuelta a Madrid para entrar por la carretera de Aragón, y no había faltado ni uno. Laura se mordía los labios, apretaba al gato contra sí, cerraba los ojos, se imaginaba que tenía a Juan entre sus brazos. «¿Cenarás con nosotros?» Una mirada al reloj. «Tengo una reunión a las nueve.» Se acercó a Laura, le quitó el gato, la cogió por los hombros, se olvidaron de que estaban solos, se sobrepusieron a desgana. «Tengo que irme ya, pero si termino a tiempo

volveré.» Miguel y yo bajamos con él, Laura se asomó al balcón, después de haber apagado la luz. Se oían ruidos de camiones hacia la cuesta de San Vicente. ¿Paracuellos o milicianos como los de Juan? ¿Lo sabría Miguel? León se apeó del coche, le abrió la puerta y le dedicó un saludo impecablemente castrense, lleno de entusiasmo contenido y desbordante a la par; estaban jugando, estaban disfrutando. Juan subió, se puso al volante, arrancó hacia la Cárcel Modelo pero volvió a pasar ante nosotros, en dirección a Argüelles, después de haber hecho un giro acrobático en la mitad de la calle. «¡Hasta pronto!», nos saludó, agitando la mano. Le seguimos con la mirada hasta que desapareció. «Me cambiaría por él.» «También a ti te darán algún mando en seguida.» «Sí, el de la guardia municipal.» Otra vez estábamos en silencio, aunque se oía un rumor de pisadas que parecían acercarse por Tutor o por Martín de los Heros y que resonaban con solemnidad bajo el toldo de nubes negras, aplomadas. Sólo eran pisadas, pisadas sin ritmo, cientos y cientos de pisadas de quienes marchaban en formación pero sin marcar el paso. Pisadas, pero parecía que la noche y el silencio no tenían más objeto que servirles de fondo para que resaltaran en todo su emocionante significado. Las escuchaba con recogimiento, como una oración o una música que hubieran sido hechas para mí, para Miguel, para nuestros padres, para Juan, para Laura, para Antonia y Petra, para Luisa, para toda la ciudad que dormía, o que las estaba oyendo tan religiosamente como yo.

—Me cambiaría por cualquiera de éstos. Pero ahora mismo —dijo Miguel, tocándome a la par el hombro.

Yo también, yo también debía unir en seguida mis pisadas a aquéllas y mandar a la mierda al tribunal. Parecían miles y el sonido era cada vez más turbador. «Vamos, que tenemos que bajar al sótano.» El coronel estaba oyendo, una vez más, una radio de los *nacionales* que aconsejaba a los milicianos que depusieran las armas y no se hicieran matar para que sus jefes tuvieran tiempo de huir. «Los que no tengáis las manos manchadas de sangre no debéis temer nada. Sabemos que os han engañado...» Me miré las manos y busqué Radio Madrid, que transmitía llamadas a los sindicatos obreros: «Artes Gráficas, concentración de todos los sindicatos entre los dieciocho y los cuarenta años, en el domicilio sindical, calle de...» El coronel se levantó, entró en su cuarto y reapareció con su bata y sus mantas: «Prefiero el sótano. Vamos.» «Pero, ¿y si vuelve Juan? Ha dicho que si tenía tiempo...» «Te lo regalo. Vosotros podéis quedaros a cenar con él.» «Sindicato del Transporte, concentración...» Yo no, yo no prefería el sótano porque podían volver la angustia, los sudores, la tibieza asquerosa en la garganta, el ablandamiento de las piernas, la vomitona final. Y el coronel tampoco lo prefería porque volvió, dejó sus mantas en una silla y estiró el brazo para apagar la radio. «Vuestra madre y yo hemos pensado que tenéis que huir los dos en seguida.» «¿Quiénes, Tomás y...? ¿Dejándoos a vosotros? ¡Ni hablar!», exclamó Miguel, apresurándose a contestar por los dos. «Nosotros somos viejos y estamos

fuera de peligro. En cambio vosotros dos, después de lo que han hecho éstos y de lo que dicen de los otros...» «Ni pensarlo, padre», volvió a cortarle. «Los dos estáis demasiado comprometidos para quedaros. Y me temo que en los primeros momentos no se paren a hacer averiguaciones.» Miguel agitó la cabeza con vigor y yo hube de reprimir la irritación que me producía que me englobara en su despego de sí mismo y me estuviera cerrando toda posibilidad de disentir. Nuestra madre extendió la mano y apretó la de su hijo mayor.

«Os... os matarán, os matarán a los dos», dijo, llorando, soltando a Miguel para sacar el pañuelo. «No podríamos ni aunque quisiéramos. Tomás está aún en edad militar y yo tengo mi destino aquí», dijo suavizando la voz y poniéndome ante el pelotón y el oficial que me daría el tiro de gracia. Estaba rodeado de augures que no lo eran por alarmismo o por exceso de afecto sino que se limitaban a darle otra voz a mis premoniciones, a arrancar el telón, a despertarme. «Pídele a Monroy que te destine fuera.» «Yo no hago eso.» La frente de Miguel aborascada, la del coronel con su verdugón: «Queremos morir antes que vosotros y de una sola vez. Y si os quedáis moriremos dos veces... ¡Laura!» Laura se habla levantado, su cara se había descompuesto y repartido malamente entre la ira y los esfuerzos por no llorar: «¿Y Juan? ¿Es que Juan no existe?» Nos miró, nos volvió la espalda y salió del comedor, dejándonos sumidos en un silencio tan largo que dio tiempo a que se oyera el portazo y los maullidos de Bucarín y a que Petra recogiera la mesa. «¡Pobrecilla! Tiene razón. Aquí nadie se acuerda de Juan.» «Lo de Juan es distinto, pero si vuelve también le diré que huya.» «No volverá. Cuando se despidió se le notaba que no pensaba volver.» «Que se vaya Tomás. Es el que está más en peligro y el que puede conseguir más fácilmente que le destinen fuera de Madrid.» Todos me miran, miran al juez especial de la rebelión en Toledo, al que tiene las manos manchadas de sangre, o por lo menos la pluma, al que sigue viendo la expresión y la cara granulosa de Abrantes y el ojo de cristal del capitán que no permitía que le salvara. Mi madre me coge la mano, hablan por mí, me traen, me llevan, me hacen huir sin salvoconducto, me meten en la embajada, en casa de Orestes, se preguntan por los amigos de derechas, descartan a Bonilla y a los vecinos de la casa. Yo repaso mis amistades y la posibilidad de hacerme con un salvoconducto a través de Antonio Ruiz y descubro, con desaliento pero sin sorpresa, que no tengo ningún amigo que me pueda ayudar. Mi madre llora de nuevo: otro hijo a la cárcel, perseguido como un criminal, condenado a muerte, fusilado.

—Tomás, ¿qué dices tú?

¡Qué digo yo! ¿Cómo los voy a abandonar? ¿Como voy a quedarme? «Digo que todavía es pronto para tomar una decisión.» «Eso es como decir que no te quieres marchar», dice el coronel, y me mira con orgullo, el pobre, con un orgullo que lava todas mis culpas como un Jordán, pero también que echa el último cerrojo y le da la

última vuelta a la llave. Suenan las dos: «Ya es demasiado tarde para que venga, vámonos al sótano». «Tomás, no puedes quedarte, esta chusma no aguantará ni dos días, tienes que salir de aquí como sea.» «Después de todo lo que nos has contado y, sobre todo, de lo que te has callado...» «Por lo menos, escóndete.» «No, debes irte. Corres más peligro que yo y que el mismo Juan.» «Te... te fusilarán.» Un coro de presagios resonando dentro de mí, voces de todos los tonos y todas las procedencias repitiendo lo mismo, una polifonía mortuoria o una marcha fúnebre anticipada, como si el coro o la orquesta hubiera comenzado antes de que hubiera muerto.

Miguel está tendido junto a mí, contemplando el techo; la sombra del tubo de la caldera cae sobre una parte de su cara y acentúa la asimetría de su nariz. Está inmóvil como un muerto, con las manos cruzadas sobre el vientre, los pies juntos sobresaliendo del colchón y de la manta. «Miguel.» Se volvió y me pareció un milagro tan improbable como si el doncel de Sigüenza hubiera levantado los ojos del libro. «¿Estabas despierto?» Un doncel con la nariz torcida, despeinado, sin casco, sin armadura, sin libro, haciendo un gesto de afirmación. «Es ridículo. Yo aquí, como una rata. Yo no soy un paisano que no tiene ningún papel en la guerra, fuera de esperar.» Un paisano, palabra despectiva en boca de un militar, aunque fuera Miguel, que no tenía vocación pero sí los prejuicios; le faltaba lo principal y había adquirido lo accesorio. «Quisiera estar en el pellejo de Juan.» Laura, frente a nosotros y con el gato en la falda, nos miró al oír el nombre de su marido. «No remediarías nada. Te sentirías tan descontento como ahora y te dedicarías a envidiar a otro.» «¿Qué decíais de Juan?» Que le envidio.» Laura bajó la cabeza y acarició al gato, Miguel recobró su aptitud de estatua yacente, Antonia se incorporó y disfrazó con una tos lo que era un eructo, Petra cambió de postura y comenzó a roncar y a farfullar en vascuence. «¿A quién puedo envidiar? Como no sea a los muertos...», susurro y tiró de su manta hasta taparse la cabeza y adoptó la postura fetal. Por el vano del tabique apareció un haz de luz; el jefe de casa con su linterna y su corbata de vello, con su abrigo sobre los hombros y un esparadrapo muy abultado en su labio superior. «Pasando revista», me dijo, guiñándome un ojo. «¿Qué tiene ahí?» «Se me ha infectado. El médico me ha dicho que lo tengo en muy mal sitio.» Se encogió de hombros, afectando resignación y se alejó hacia el otro cuarto, donde estaban el matrimonio que tenía un niño de meses, los Bonilla, la viuda de Ripoll, el notario jubilado que vivía en el sexto con sus tres hijas, unos recién casados con los padres de ella. Se oían los ruidos íntimos de costumbre: toses, suspiros, los ronquidos de Petra, el notario que hacía «¡ejem, ejem.!» sin parar, una ventosidad estruendosa. Me adormecí, me fui haciendo de plomo y me desperté de súbito recordando la herida de Norte y oyendo una voz que dijo: «¡Tomás!» Abrí los ojos y encontré la cara de Laura cerca de la mía, pero no había sido su voz sino la de Luisa, inconfundible a causa de su inseguridad anhelante. «¿Qué hora es?» «¿Me has llamado?» «No, ¿qué hora es?» «Las cuatro y

pico. ¿No me has llamado? ¿No has dicho Tomás antes de preguntarme la hora?» «No, bueno, no recuerdo, puede que lo haya dicho... No, te has despertado antes. ¿Las cuatro y pico?» No me había llamado, debí estar soñando que me llamaban, pero no soñaba ni había podido oír en un sueño inexistente una voz de verdad. Laura había vuelto a su sitio, con Bucarín, con los ojos cerrados, la cabeza alta. Miguel dormía, respiraba; Antonia, tendida de costado, respiraba también, y Petra, y todos. Demasiada gente respirando. El aire estaba espeso; olía a carbón, a humedad y a orines; la luz caía sobre la superficie gris de la puerta como un flujo pustuloso. Ya debía haber comenzado con los sudores y las náuseas, pero no pasaba de un malestar difuso, de darle vueltas a aquella voz, aquel soplo que venía de un mundo desconocido desde el que se me llamaba y al que había tenido acceso como si, por un par de segundos, se me hubiera prestado un sentido más. No, no era posible, habría sido Laura, o una alucinación producida por la falta de oxígeno, porque ahora sí que había comenzado el ataque de claustrofobia. «¿Qué tienes, Bucarín?», decía Laura, tratando de aplacar los maullidos quejumbrosos del bicho. «Miguel, Miguel, ayúdame a salir.» «¡Lo que faltaba! ¡Traerse al gato!» «¡Que lo echen!» «¿Otra vez, Tomás?» Maullidos aterrados. «¿Dónde está el jefe de casa? ¿No es el responsable? Pues que saque a ese gato.» Miguel me cogió, se echó mi brazo derecho sobre su hombro. «¡Fuera con él! ¡Esto es para personas!» La linterna y el esparadrapo y el abrigo y, a la par, varias explosiones. «¿Qué ha sido eso?» «Cohetes, señora, va a salir la procesión.» «¿No puedes resistir? Esto ha empezado y no vamos a poder estar...» Más explosiones que sonaban como barrenos, gritos de histeria, órdenes, maullidos, consejos del coronel con más energía que el jefe de casa: «¡Cállense! No arreglan nada chillando. Cállense y péguense a las paredes.» El bombardeo era ya un rumor continuo, yo vomité sobre la puerta, y me escurrí del hombro de Miguel.

—¡Ay, Dios mío, ya ha empezado! —oí exclamar a Laura.

Vaya si había empezado y no sólo para Juan sino también para mí, para Sanabria, para Arango, para Norte y para ella y para los sindicatos comprendidos entre los dieciocho y los cuarenta años. Miguel me cogió por los sobacos, me sacó al cuarto del tragaluz, al aire frío y al estruendo de las explosiones, con la tibieza de la vomitona en mis manos, y me dejó en el suelo, húmedo y duro a pesar de la manta. ¿Y la voz? ¿Le habría sucedido algo? Los cascotes caían sobre la acera con un repiqueteo como de granizo que duraba unos segundos después de cada explosión. La solicitud de Bonilla me producía la impresión de que se debía al agradecimiento que sentía por brindarle la oportunidad de actuar. «La cabeza baja. Échese estas mantas encima. Otra vez la astenia. Claro, con esta vida y esta alimentación...» «Gracias, ya me encuentro mejor.» «¡Vamos! ¡Todo el mundo al sótano! Y tú también, padre, que vas a empeorar con el frío.» Pero ¿y la voz? Hacía tres días que no habíamos podido comprar los periódicos. Desde el suelo podía ver a Miguel, que miraba por el

tragaluz.

—Levántate, por favor. Levántate y ponme ahí. Necesito respirar.

Sentí el aire, que tenía una calidad táctil, como un vaso de agua fría o un pañuelo húmedo pasado por mi cara. La calle iba saliendo de la noche con ayuda de una luminosidad gris; estaba desierta como si fuera la de una ciudad abandonada; un cable cortado por la metralla colgaba entre los raíles, había una farola torcida y los árboles, las casas, los postes del tranvía y las farolas carecían de sombras. Había en todo un aire ambiguo de permanencia desafiante y de fragilidad; parecía que iban a convertirse en polvo y, al mismo tiempo, que seguirían allí mucho después de nuestra desaparición.

—¡Mira, mira!

En primer término, pantalones que tremolaban, alpargatas, botas, y al otro lado de la calle una fila de hombres deslizándose a lo largo de las paredes, tirándose al suelo, levantándose para seguir su carrera hacia el parque del Oeste. «Espero...» Miguel se detuvo para vencer una ronquera de emoción, «espero que les hayan enseñado algo más que lo que hacen. Fíjate, parecen...». Una andanada apagó el final de la frase. Eran obreros y no muy jóvenes, a juzgar por su pesadez. De repente, apareció un rostro ante el tragaluz, con la oreja y la mejilla pegadas a la acera entre los cascotes, un solo ojo por encima del fusil que se le había escapado de las manos y media cara asaltada por contradicciones que abrían y cerraban el párpado. Miguel tiró de mí hacia atrás, fuera de la zona de luz, pero yo podía seguir viendo la nariz, que goteaba a causa del frío, y el ojo que ahora estaba cerrado y que me paralizaba. ¿Sería el tragaluz lo último que habría visto? Ya no abría el párpado con las contracciones, que habían desaparecido. El tragaluz y las manchas blancas de dos caras desconocidas, inoportunas. El tercer miliciano que veía morir, o el segundo, porque el primero fue el de la plaza de Zocodover. Pero no, no había muerto, ya no estaban allí la cara, ni el ojo, ni el fusil, ni la gorra.

—Ésta podría ser mi ocasión. Un oficial podría sacar provecho de esta gente por poco caso que le hicieran. Si saliera, podría reunirlos a todos...

—Si salieras, te pegarían un tiro.

—Reunirlos a todos, dividirlos en grupos, convencerles de que no disparen hasta que los tengan encima, de que se muevan sólo lo indispensable.

—No te dejarían ni abrir la boca. Te tomarían por uno de la Quinta Columna o por un oficial enemigo.

Miguel se encogió de hombros. «No pienso salir. Me falta entusiasmo y estoy harto de cargar con las responsabilidades de mis decisiones. He decidido que ya no decidiré más. Así que tranquilo.» Tranquilo, pero también desilusionado, desencantado, como si Miguel se hubiera empequeñecido y hubiera menguado de talla moral. «Además, no podría salir aunque quisiera porque no tengo la llave del

portal. Claro que podría subir a buscarla o descerrajar la puerta de un tiro.» Y sonrió con un desprecio sarcástico hacia sí mismo del que yo participaba injustamente, yo que siempre le había dicho que fuera razonable. Se oía la crepitación de los fusiles, que tenía ya una continuidad fatigosa, se oían cañonazos y las sirenas que anunciaron la primera alarma, cuando ya había salido el Sol y las casas, los postes y los árboles habían recobrado sus sombras. Miguel silbaba el allegretto de la *Séptima sinfonía*, lo canturreaba, hacía ascender la escala, intentaba silbar también la otra parte, la que se sobrepone, atrasada, a la primera, me miraba como si quisiera que le acompañara yo...

Y a desayunar todos. Desfilaban los vecinos despeinados, malolientes, con sus mantas y sus cacharros y el biberón y el termo para el niño. Habían caído tantos cascotes sobre el ascensor que no funcionaba y tuvimos que subir por la escalera, sorteando otros cascotes que apenas se veían. Las salpicaduras de los cañonazos habían alcanzado también a mi habitación: la litografía del Erasmo se había desprendido de su alcayata, la foto de nuestros padres estaba en el suelo, la lámpara colgaba tan sólo del cable de la luz y al espejo le faltaba el pedazo que hubiera debido reflejar mi barbilla. Me tendí en el somier, porque habíamos dejado los colchones en el sótano, y contemplé los huecos que quedaban en la escayola, de la que se habían desprendido grandes pedazos. Me vino a la memoria la voz y tuve la sensación de haberme abierto a lo inaccesible y haber recibido un aviso de allá; no fue Laura la que dijo «Tomás» y yo había visto sin ojos y oído sin oídos. Salté del somier y avancé por el pasillo hacia el teléfono, mientras me asaltaba la imagen de otro teléfono enterrado bajo los escombros, de una viga sobre una nuca y una melena apelmazada por la sangre. Cogí el auricular, marqué el número antes de que diera la señal de que podía marcar, repetí la operación y lo dejé, porque no sonaba, porque debían haberse cortado los hilos con el bombardeo. P _ogresé a mi cuarto diciéndome que eran fantasmagorías del cansancio, pasando ante las puertas de las otras habitaciones cerradas sobre el temor de Laura, los rezos de nuestra madre, los conflictos de Miguel y las meditaciones soñolientas de Antonia.

—Tomás, a comer.

Me había dormido sobre la tela metálica. Nos sentamos a la mesa, con los balcones cerrados y las luces encendidas; dos pedazos de pan, una lata mediada de carne en conserva, dos naranjas para todos. «Acabaré añorando los garbanzos.» «*Pior* sería nada. *No hay que quejar.*» «Tú a callar, *memela.*» «*Memela* seré, pero mañana *ya desirme cómo me arreglar, or kon pon.* Y sin Orestes, que varios días *sin venir haser.* Y sin *rasonamiento ensima.*» Y otro ataque de nuestros padres para que huyéramos y otro ataque de los facciosos.

La radio anuncia que el enemigo ha cruzado dos veces el Manzanares, que ha sido rechazado en el puente de los Franceses y que se combate en el barrio Usera. Miguel

y yo nos miramos y nos levantamos a la par. «¿A dónde vais?» «A ver lo que pasa, a buscar comida...» «Tenemos comida y hoy vendrá Orestes.» Hacía frío, la farola tronchada había acabado por caer y las aceras estaban cubiertas de ramas de árboles, trozos de yeso y cascotes que enseñaban, como sangre, el rojo de los ladrillos.

Subimos por Rodríguez San Pedro y vimos a otros que salían de los portales y corrían hasta los más próximos. Un zumbido, un bordoneo cada vez más grave. «¡Al suelo!» Y la explosión, que se produjo a unos cincuenta metros más arriba, nos levantó por los aires y echó sobre nosotros una lluvia de piedras pequeñas. Volvimos a ponernos de pie y vimos un árbol que había perdido todas sus ramas. En el cruce con Guzmán el Bueno había un grupo que contemplaba el agujero que llegaba hasta la alcantarilla. «Puede más la curiosidad que el miedo.» Nos alejamos, pisando cristales. «Hay que ir por las calles paralelas a Princesa porque son las desenfiladas.» «Pero ¿a dónde vamos? ¿Dónde podemos encontrar comida?» «No lo sé, Tomás. Ya veremos.» Me fatigaba andar a causa de los vómitos y la falta de alimentos adecuados. «Si encontráramos café para el coronel...» Pero no había café, no había nada. Antes, había tiendas con los escaparates repletos, carnicerías con vacas y cerdos colgando, fruterías con cestos de naranjas, pastelerías; hoy estaban todas cerradas, hasta los tenderetes del mercado de Barceló; y en el de los Mostenses sólo vendían castañas asadas. Otro silbido hizo que nos refugiáramos en un portal, desde el que oímos una gran explosión y el estruendo de un derrumbamiento. «Tomás, ¿has hecho algo para que tengas que huir?» «Lo bastante como para que me lleven al paredón, a juicio de ellos.» «¿Y al tuyo?» «¿Al mío? ¿Qué importa el mío?» El silencio de Miguel, reprobatorio, me dolió como un insulto; ahora le tocaba a él sentirse defraudado. Otro silbido. «No te preocupes por ése.» «Es buena señal que dure el combate, ¿verdad?» «No lo sé. Tan buena señal como puede ser que continúe viviendo un moribundo. Tomás, dicen que entran a sangre y fuego en todas partes. Debes irte.» «¿Cómo? ¿En qué? ¿Con qué salvoconducto?» Y ¿por qué no, por qué me había de sacrificar? No corrían más peligro que el de los bombardeos; el coronel era un viejo inofensivo y a las dos mujeres no les harían nada. Si esto lo hubiera pensado antes del atentado contra Norte, o si no hubiera habido atentado... Todo sucede a destiempo. «¡Tírate, tírate de una vez, corre al metro!» ¡Estas carreras, auestas con mi debilidad! La Gran Vía, la estación de San Bernardo, luego el cine Capítol, el café a las once de la mañana, con las sillas sobre la mesa, el suelo sin fregar, un camarero desconocido y seis o siete personas al fondo, lejos de los grandes ventanales que tenían un enrejado de esparadrapos haciendo rombos. Me encontré llamando al Partido y suplantando otra vez a un periodista de *Claridad*. No sabían nada, debía estar en el hospital de sangre. Miguel me hizo señas de que me acercara desde uno de los ventanales a los que habían acudido todos.

—Un batallón de alguna unidad internacional.

Pasaban cascos franceses de la guerra del catorce, boinas como la de mi hermano, cazadoras o pellizas, botas, vendas, mantas, capotes. En la misma fila, uno muy bajo y otro con un cigarro colgando del labio inferior. A un lado, un gigante con un gorro de punto y un mechón de pelo platino sobre la frente. Sabían marchar, eran más robustos y estaban mejor equipados que los milicianos, con ametralladoras Maxim que saltaban estrepitosamente sobre los adoquines, con bolsas de bombas, algún fusil ametrallador, varios morteros. El gigante se quitó el gorro, lo levantó en la punta del fusil y comenzaron a cantar. Se me puso la carne de gallina y sentí un picor en los lagrimales y apreturas en la garganta. Éstos iban a morir, estos mismos, el bajito de la mochila, el de la colilla, ese otro que se contoneaba y fingía que tocaba el tambor. No tenían la expresión que debían tener, la que haría que resultaran fúnebres sus payasadas, sino otra que las transformaba en estimulantes y que empujó a decir al camarero desconocido: «¡Qué tíos! Todavía les quedan ganas de cachondeo.» Las compañías, formadas de a tres en fondo, ascendían desde Alcalá y bajaban a partir de la Telefónica y la Red de San Luis, adaptándose a las cuestas como un ciempiés. Se veían aparecer las cabezas, los hombros, los cinturones, las cartucheras y las bombas de mano, las rodillas, las botas. Por la noche, en el sótano, seguí recordando su robustez, el predominio de ojos claros, el aire jactancioso del que llevaba la colilla colgando del labio inferior, la canción en un idioma desconocido, las fiorituras burlonas entre estrofa y estrofa, «parapapún, pun, pun», el estribillo «¡Oh, Marian, Marian, Maaarian!» y la cara de Miguel que llevaba el compás y que cogió la melodía y volvió cantándola, acrecentando mi impulso de coger el fusil, un impulso que era tan falaz como sincero. Pero ya están aquí el sudor y las arcadas; no era capaz de resistir el sótano, me había de arrastrar, pedir ayuda a Miguel, aspirar por el tragaluz el aire. Los disparos, unas voces en catalán que dicen que han visto tanques y moros en la plaza de España. La casa se estremeció y oímos una explosión sobre nuestras cabezas seguida de una catarata de cascotes, grandes pedazos de escombros que levantaron una polvareda gris y blanca. La puerta del sótano se abrió, asomaron el coronel y el jefe de casa, y Laura, y nuestra madre. «Eso ha sido en mi piso. Apuesto a que me lo han arrugado. ¿Sería peligroso subir? Además, la gente tiene que desayunar y hacer sus necesidades. ¿Qué dicen ustedes?» «Nada, es cosa suya.» «Pero ustedes tienen que saber de eso.» Se tocó el bulto del esparadrapo, nos miró con expresión suplicante, con miedo, miedo por el grano infectado y porque no sabía qué hacer. «Díales que suban, pero que hagan la vida en las habitaciones interiores o en las que dan a Hilarión Eslava.» Encontramos más destrozos en nuestro piso; persianas reventadas, el repostero caído, como la araña del cuarto de estar y el retrato del abuelo. Y ellos en la plaza de España y el parque del Oeste; bastaría que tomaran la cárcel, que avanzaran un par de cientos de metros más... Entonces apareció Monroy, Monroy que le abrazó y le dijo que necesitaban un oficial para mandar un

grupo en Guadarrama y que nadie mejor que él.

Miguel se puso pálido, se volvió de espaldas, se acercó al piano y abrió la tapa del teclado para cerrarla en seguida violentamente: «No, no podéis tener confianza en mí, ni puedo aceptar.» Monroy se le reunió en dos zancadas: «Esto es cosa nuestra. Es una responsabilidad que he asumido yo mismo.» Miguel se estremeció: «Quiero evitaros otra equivocación, porque vosotros no me conocéis como yo me conozco.» Por encima del hombro derecho de mi hermano, Monroy me miró y me pidió que les dejara solos, sin que Miguel se opusiera ni se volviera hacia mí. Y me quedé sin saber lo que se dijeron y cómo se las arregló para convencerle, pero debió ser, sobre poco o menos, lo que le dijimos Antonio, Langa y yo cuando le preparamos para el Consejo de Guerra, aunque lo que sucedió después vino a aclarar que, para entonces, se estaba cociendo la explicación más acorde con su carácter y con todo el sentido de su vida, si es que alguna vida tiene algún sentido de por sí y no se lo damos nosotros después, como se lo dan a la historia los historiadores. Pero el caso es que aceptó y que un teniente llamado Ariza vino a buscarle aquella misma tarde, poco después de la comida, con la orden de destino y las insignias. Y el caso es que barrunté lo que sucedería, lo cual, por supuesto, no requería dotes proféticas, porque con Miguel era imposible no sentir en cada separación el temor de que fuera la última. Nuestra madre le dio el mismo consejo que al coronel, cuando destinaron a éste a África, en plena guerra contra los rifeños: que no se expusiera porque nadie se lo iba a agradecer y que cuidara primero de sobrevivir; o lo que es lo mismo, que fuera un cobarde. Ariza le bajó los prismáticos, Orestes la maleta, un capote viejo, la cartera con las tablas de tiro, la regla de cálculo, el correa, una bolsa de hule con los trastos de aseo y un par de libros, uno de los cuales eran las famosas *Sonatas*.

—Ayer no fui sincero.

Nuestra madre lloró, el coronel le dio un abrazo, Laura le besó y le tocó la nariz ladeada. «Le oculté una cosa que me está torturando desde que la hice. Me había propuesto no contársela a nadie pero no sabía...» Junto al coche me apretó un brazo, me dio una palmada en la espalda y sonrió: «Esta vez tampoco ha decidido el destino.» Subieron los tres, el motor se puso en marcha, el coche dio la vuelta y él sacó la mano por la ventanilla para decirme adiós.

—No sabía que iba a encontrar una persona con la paciencia y la comprensión de usted.

—¿Paciencia? ¿Se refiere a mí?

—Se lo voy a contar, aunque sea un abuso porque no puedo soportar el peso. ¡Un sacerdote con una cosa así encima y sin poderse confesar!

«Pues yo no le podría absolver aunque quisiera.» Y en la pantalla de mi mente veo la escena de Ortega pidiéndole al seminarista la absolución. «Además, ahí tiene

usted a ese medio cura.» «Le prefiero a usted. Ése no me entendería porque es un virtuoso de profesión, es decir, lo que era yo antes.» Se ha sentado junto a mí, tan cerca que lo ha hecho sobre mi abrigo; me mira con un solo ojo porque está demasiado próximo para volver hacia mí toda la cara. «Está bien, aunque si supiera cómo pienso de ustedes en general...» «No me importa, aparte de que me lo imagino. Me parece que no le falta mucho para odiarnos.» «¡Hombre, no tanto! Además, a usted no tengo ningún motivo para odiarle.» Me deja de mirar, veo de perfil su rostro, cómo baja su párpado y como enrojece la poca mejilla que no cubre la barba. «Ni siquiera he tenido las virtudes de los fariseos. La mujer que me escondió en su casa conocía a un hombre que podía pasarme a la otra zona.» «¿Una mujer? No es nada nuevo. ¿O no es eso?» Era eso, justamente eso, y no le exculpaba que no fuera nada nuevo sino todo lo contrario, resultaba peor porque para entonces ya se había hecho a la castidad y habían pasado las tormentas de los primeros años. Debían encontrarse con el hombre en un cabaret al que no quería ir por miedo a que le descubrieran, pero ella se empeñó, le vistió como estaba vestido ahora y le hizo beber; le cogía por las manos, se le echaba al cuello, lo mismo que hacían las otras con los suyos, o al revés, era él... «Vamos, no se ponga trágico. Supongo que al final se acostó con ella, ¿no?» «Mucho peor, mucho peor», porque aunque empezaron haciendo como que se besuqueaban, acabaron besuqueándose y abrazándose de veras y como el hombre no apareció tuvieron que volver a casa, y entre el vino y... «Acabaron en la cama, dígalo de una vez, hombre.» «Ya le he dicho que no fue así, o no fue exactamente así, y que ahí estuvo lo peor.» «¿Lo peor? No le entiendo, a menos que no fuera usted capaz.» «Tampoco. Es que me rechazó, fui demasiado capaz y lo hice no sólo por el deseo sino por la humillación que sentí como hombre. ¡Fíjese! ¡Yo, un sacerdote con pruritos de macho! Y venir a caer al cabo de tanto tiempo.»

El conde nos mira, no le deja en paz la curiosidad, debe estar condenando al cura por hablar conmigo, y éste se vuelve por completo hacia mí y parece asombrarse de que yo no esté asombrado. «¿Y por qué no iba a sentir esa humillación usted o cualquier otro cura? ¿Qué diferencia hay, en esos momentos, entre un cura y un albañil?» Se queda callado, se está rompiendo el cuello por mirarme de frente, me parece que no ha salido de la adolescencia. «¿Y sus experiencias de confesionario?» «Claro que no hay diferencias entre un cura y cualquier otro hombre, diferencias humanas, quiero decir. Pero un sacerdote como yo, y como todos los sacerdotes, tiene otros deberes, y lo que yo hice... Y si todavía lo hubiera hecho antes, cuando no estaba en peligro, pero lo hice después. No tengo temor de Dios.» «En esas ocasiones no hay temor que valga. Y además estaba borracho.» «Pero antes no. Si no hubiera tenido tanto deseo de salvar mi vida no la habría acompañado ni habría sucedido nada.» «También es natural tenerle apego a la vida.» Sonríe sin querer, con una sonrisa maliciosa, baja la voz. «Claro que sí, y me temo que le tengo más apego que

usted.» Y luego vuelve a su seriedad de penitente, quejumbrosa o más bien desencantada, dolida.

—Agradezco su buena intención, me quiere tranquilizar, pero como no es sacerdote no puede comprender... No es posible que me pueda comprender, o yo no me he sabido explicar. Imagínese que, efectivamente, la castidad no tiene importancia y que estamos equivocados.

—¡Vaya si lo están! Pero no sólo en eso.

—Imagínese que estamos equivocados y dígame: ¿no se puede creer en el error tan firmemente como en la verdad? Es obvio que sí, y que entonces, no me justifica haber estado en el error porque lo hice cuando creía que estaba en la verdad.

—Es que no necesita ninguna justificación.

—Si creo que la necesito es como si la necesitara y merezco ser castigado.

Me callo, me veo cómo debe estar viéndome él, juzgando desde mi posición y pisoteando sus sentimientos; deja escapar uno de sus suspiros y le digo que así no se desperdicia ningún sufrimiento y que todos sirven y a todos se les saca jugo y que no hay gratuidad, ni azar, ni el troquel que imprimen en nosotros la herencia y la vida, y me callo otra vez porque me estoy defendiendo de la certeza de que estoy aquí por un castigo, o por lo menos de la convicción, que al fin y al cabo es lo mismo subjetivamente que la certeza, como acaba de decir él. «Padre, ¡padre!» Es el nuevo, el único que ha venido con varias mantas y una almohada. «Quisiera confesarme.» «¿Ahora mismo?» El nuevo tiene una cara redonda y dos incisivos superiores enormes; parece una luna roedora, se acerca y yo me retiro. Se dirigen al rincón de los ecos, comienza un cuchicheo, luego frases que se pueden entender y que he oído cientos de veces. «He pecado contra el sexto mandamiento.» «¿Solo o con una persona de distinto sexo?», de las dos maneras, ¿en cuántas ocasiones?, en muchas, no recuerdo. Cambio de lugar, me pego a la pared por la que pasan los tubos de la calefacción; me merezco estar aquí, lo veo tan claro y tan apropiado como si estuviera en el pellejo del albino o del que me hizo fregar el cubo. Pero me revuelvo, como otras veces. ¿Por qué? ¿Por qué me lo merezco? Yo también he sido condicionado y he luchado contra este condicionamiento y estoy con éstos, con los rojos, y he sido juez de la rebelión y me he hecho violencia, he actuado a contrapelo de mis sentimientos y me he excedido sabiendo que me excedía y que corría peligro y me he quedado en Madrid, en mi puesto lo mismo que Sanabria y que Arango, lo mismo que los de la Junta de Defensa, que la Ibárruri, que Mije... Ha terminado la confesión, el de la cara de luna está de rodillas y con la cabeza inclinada, el cura traza sobre ésta una bendición en el aire y ya está todo arreglado, ya lo ha dejado como nuevo, ya vuelve hacia mí radiante. «Yo también me voy a confesar. Sí, no ponga esa cara, me voy a confesar... pero siempre que me acepte como soy y que pase por mis condiciones...» «Usted dirá.» «Lo primero es que no creo en la absolución, ni en el

pecado, ni en el más allá...» «Entonces ¿para qué se va a confesar?» «Para lo mismo que usted, para desahogarme, y si me apura para hacerle un regalo. ¿Acepta mis condiciones?» Por supuesto, por supuesto. Otra más, nada de bendiciones delante de éstos, no quiero que me confundan. Y antes de que haya contestado le estoy echando encima a Abrantes, con su cara carcomida y su expresión de confianza defraudada, y mis durezas y mi hacerme el sueco, y a aquel capitán que me dijo que no quería que le ayudara, y al anterior, al primero de todos que se llamaba Manuel Abad. Describo sus aspectos, le repito mis preguntas cargando la mano en mi malignidad, pongo tanta atención para escarbar hasta el fondo que no reparo en las expresiones del cura.

—Ahora comprenderá que su pecadillo carnal me parezca de risa, aparte de que yo también tengo los míos, sólo que no se los digo porque no necesito desahogarme de ellos. No siento ni el más leve asomo de culpa.

Me sonrío, no muestra horror, ni sorpresa, sino mas bien satisfacción, comprensión, una especie de ternura amistosa.

«Acuérdese de que no quiero que me suelte una bendición y de que no creo que me perdone, ni usted ni nadie.» «Pero por favor, permítame que le absuelva.» Y se sumerge en un recogimiento tan hondo que no puedo dominar mi emoción al comprender que está rezando por mí a pesar de todo, por mí, que me he burlado de él, que he estado escupiendo sobre sus sentimientos, sus sacrificios y sus años y años de privación. «Eso es sólo para mí, pero me gustaría que metiera en sus rezos a tres personas más.» «A todas las que usted quiera.» «Me basta con esas tres. Tres mujeres, aunque una de ellas... No sé si debo decirle que ha sido mi amante. Perdone, pero ya le advertí que esto no es una conversión.» «¿Qué sabe usted?», me sonrío y su sonrisa me desarma y me irrita a la par, pero cuando tengo en los labios otro sarcasmo —«no se cuele, amigo, aunque no tengo inconveniente en que me añada a su lista»— ya se ha levantado y ha vuelto a su sitio, donde sigue rezando embozado en su recogimiento, ofreciendo sus oraciones por mi salvación, por las tres mujeres de las que sólo sabe que una... Tres mujeres, tres memorias en las que perduraré y este recuerdo será mi única supervivencia, perduraré a fragmentos cada vez más breves, más borrosos, más reducidos a pequeños detalles de momentos pasajeros: mi delgadez, mis vómitos en el sótano, mis libros, la operación de apendicitis, las discusiones con el coronel, la herida en la coronilla, mis carcajadas a costa de Petra y del miliciano que hacía de cura.

—Nos vamos dentro de media hora. ¿Qué le ocurría a tu teléfono? Hace cinco días que estoy llamándote.

Oía su voz, mientras miraba la persiana del despacho destrozada por la metralla, la mesa cubierta de polvo y el desconchón de escayola caído sobre la estantería con mis libros de derecho. Se iban, se iban porque sabían que Madrid estaba a punto de

caer; los periódicos habían anunciado que se había recobrado ya y que sería dado de alta en breve. «¿Cómo estáis? He llamado todos los días cuatro o cinco veces, aunque hubiera querido llamar cada minuto, cada vez que sonaba un cañonazo. ¡Habla! No hagas como siempre, no te quedes mudo.» La misma voz, pero no había recibido ninguna llamada del más allá, había sido Laura, o telepatía, o el cordón umbilical que nos unía y que había transmitido mi nombre en una dirección y una melena ensangrentada en la otra. «¿Que os vais?» Y me había dicho que se quedaba porque el Partido le había ordenado a Norte... «Sí, nos vamos a Valencia.» A Valencia, claro, a Valencia, para embarcar o para seguir hasta Barcelona y cruzar la frontera por Port Bou, porque un convaleciente... Y yo aquí, en la trampa, vomitando y arrastrándome hasta el tragaluz y esperando la entrada de los otros. «Estaremos quince días. Escíbeme a lista de correos, mándame un periódico o lo que sea. Yo te escribiré al Juzgado. Adiós.» Colgó, apagó su voz como se apaga una luz y yo me encendí como un cohete y eché a volar cielo arriba. Hacía sol, o yo lo ponía barriendo las nubes. Quince días. Hacía sol de verdad, había niños en el Retiro, novios, viejos, el suelo que pisaba parecía cretona estampada con el fondo ocre y las hojas color caldera pegadas a él por las lluvias. La separación nos uniría más. Había resistido la prueba, había abandonado en el hospital al otro para llamarme. Quince días, además de los que ya habían pasado. Pero quince días era demasiado tiempo y yo no quería estar más unido sino hacer el amor con ella, beberme su voz como el café con leche condensada. El frente se despertó, o comencé a oírlo, perdí mi sordera, reventó el cohete y no quedó más que la caña que se precipitaba hacia el suelo y cayó sobre las hojas de unos árboles que cabrilleaban al revolotear, enseñando el plateado y el naranja alternativamente. Una andanada, carreras de niños, de las parejas de novios, trotecillos reumáticos de los viejos.

En casa, el coronel no se había levantado porque escupía sangre y respiraba con dificultad y se encontraba tan mal que mandó llamar a Bonilla. «No es un catarro, ni una bronquitis, sino algo más. Pasa y quédate un rato con él.» Le habían puesto tres almohadas para que estuviera con el tronco incorporado, las rodillas puntiagudas levantaban las mantas y tenía señalado el verdugón en la frente pero no por un ataque de ira sino por la tos. Y yo, a pesar de todo aquello, no quería desprenderme de mi exaltación, de ese sentimiento que hubiera llamado felicidad si no me hubiera parecido que no era para tanto y, a la par, que le quitaba fragancia. La medicina aldeana de Petra había llenado la habitación de olores silvestres. «El sótano de los demonios y las órdenes de ese memo del ático. ¡Ya lo decía yo! No, si tenías razón, pero yo también. No me hubiera pasado nada y no os daría la lata ahora.» «Y no te pasa nada, padre.» «¿No? Pues lo siento. Quiero ser el que comience el desfile.» Bonilla aplicaba el fonendoscopio auscultando el pecho canoso centímetro a centímetro; se detuvo en el costado derecho, miró los esputos. «Haga el favor de

volverse boca abajo.» «¿Para qué? Ya ha oído bastante y en esa postura me cuesta trabajo respirar.» «Es un momento.» Y lo fue, pero cuando se puso boca arriba estaba cianótico. «Parece una bronquitis aguda», dijo y recomendó que se le tuviese incorporado, que se le abrigara bien para que pudiera abrirse la ventana y que le diéramos una cucharada de jarabe cada cuatro horas. Hizo un ademán de despedida con un esfuerzo torpe de despreocupación y en el comedor, a puerta cerrada nos dijo la verdad, o una versión endulzada de ésta para uso de mi madre: «Voy a llamar al especialista. No me gusta el ruido del pulmón derecho.» «¿Quiere decir que es grave?» No se atrevía a diagnosticar, el especialista lo haría; como el pulmón respondía a los golpes con un sonido opaco, debía hacerse una radiografía de tórax. «¿Dónde tienen el teléfono? Sigán con el alcohol de romero, aunque no le hace nada.» «Bonilla, dígame la verdad.» Pero ya estaba hablando con el especialista. «No está en condiciones de salir... ¿eh? Procura venir cuanto antes. En la calle de la Princesa, mi casa. No, no, ahora está tranquilo.» El otro le debía preguntar por el tiroteo, luego por los datos clínicos. Poca ventilación del pulmón derecho, percusión opaca, una bronconeumonía el año pasado. Mi madre le oía y se abrazaba a mí, Laura parecía acartonada, Antonia apretaba contra su pecho las manos juntas, Petra repetía: «¡Andra María, andra María!» y mi fragancia se evaporaba, se escapaba por el teléfono como había venido.

Con la receta del jarabe en la mano, busqué cualquier farmacia porque no quería perder el tiempo yendo a la militar. Y la ciudad y el cielo seguían lo mismo que hacía tres o cuatro horas, el frente rugía y ellos dos, en un coche o en un tren, avanzaban hacia el sol. «Jarabe de Tolú.» Nada, un líquido pegajoso para calmar la tos, con una etiqueta con muchas medallas de muchas exposiciones. Nuestra madre le reñía porque se había tendido completamente. «¡Déjame, mujer! Me duele el culo y me voy resbalando.» «Pues levántate y te traeremos tu sillón aquí. Tienes que hacer lo que ha dicho Bonilla.» «¿Para qué, para vivir más? No quiero, me cago en la vida.» Y el especialista, al que pusimos al corriente en el recibidor, vio al coronel y puso cara de velatorio, o se esforzó en ponerla, cuando terminó de examinarle. «Hay que llevarle al Hospital Francés. Allí tengo influencias.» «¿Y separarnos de él?» «Lo primero es la salud.» «Sí... Trate de convencerle.» Pero el coronel se negó: «¿Dejando a mi mujer y a mis hijos? Ni hablar. Prefiero estar con ellos y morirme. No, no se esfuerce en curarme, no tengo ninguna gana de seguir viviendo. Ya está bien.» Desde la cocina llegaban a nosotros las voces del asistente y del conductor de Juan, los revoloteos de las gallinas que habían cogido en la granja de la Escuela de Agrónomos y un comienzo de coro entre los dos. «Los moros que trajo Franco / en Madrid quieren entrar / los moros que trajo...», un cacareo desesperado. «No quiero que me den más cuerda. Me conformo con no sufrir demasiado, y si hace falta sufrir aguantaré.» Se había levantado porque no resistía la cama y estaba en su sillón, con la bata, la manta

sobre los hombros, otra cubriéndole las piernas, el calorífero. Cuando tosía se llevaba a la boca el pañuelo y Laura le ponía la mano en la frente, y a Juan se le anclaban en la inexpresividad sus hermosas facciones, y miraba a su mujer pidiéndole auxilio porque su sesera, que podía funcionar en un puesto de mando, era incapaz de encontrar una mentira piadosa o unas palabras de ánimo y no llegaba más lejos del «¡Cuánto lo siento!», o del «¡Vaya por Dios!». Se apagó el cacareo, Laura cambió la mano del coronel por la de su marido, sonó el timbre. Juan: «Eso va a ser por mí, ya verás, nos van a chafar la... Bueno, a ver qué pasa.» El coronel sonrió, a él no tenían que hacerle la visita, debían aprovechar el poco tiempo que les quedaba de estar juntos. Todavía podía andar, aún le quedaban fuerzas para levantarse, para cargar con las mantas y el calorífero. «Espérate a la cena, padre.» «No, también os la estropearía. Además, ya sabéis que no tengo apetito.» Cuando reapareció Juan, ya se había encerrado en su cuarto: «Era ese del esparadrapo. Hoy no hay sótano. Ni siquiera se lo he tenido que pedir. Hasta se ha puesto en posición de firmes. Pobre hombre. ¿Dónde ha ido tu padre? Claro, es que no me puede soportar.» No era eso. «Está muy grave.» Y llegó hasta la compasión, hasta dirigir una mirada hacia el cuarto. La cena, con dos gallinas y vino, también de la Escuela de Agrónomos. Y las memorias de guerra: la defensa del puente de los Franceses por el batallón de los Fígaros, los asaltos de los otros, apoyados por tanques, que llegaron a cruzarlo, la bufanda blanca del jefe del batallón, que se veía a un kilómetro; León y el conductor alborotaban en los dominios de Petra; había perdido dos terceras partes de los efectivos. Antonia devoraba su pechuga con una voracidad de antropófago mientras la radio, la radio *nacional*, hablaba de la canalla marxista desde el cuarto de nuestro padre. Oímos un ataque de tos y Laura apartó el plato hacia el centro de la mesa y se hizo un silencio empapado de malestar. «Pero ¿desde cuándo está así? ¿Es muy grave?» Ahora, se oyeron los primeros compases del himno de la Legión. «Tenéis que marcharos de aquí. Esto es el frente. Mañana mismo os vais todos a Ayala.» Ráfagas de ametralladora, cañonazos, descargas, las sirenas, lo de todas las noches pero con coñac Martel producto de la rapiña. Petra no podía con el asistente y con el chófer; cantaban a coro, con la vieja música del Vito: «Con el Quinto, Quinto, Quinto / con el Quinto Regimiento / con Lister y el Campesino / con Galán y con Modesto.» Antonia se zampó un muslo después de la pechuga; la primera brigada había tenido un cincuenta por ciento de bajas la noche del diez al once, había muerto Hans Beimmler, el organizador del Batallón Thaelmann; otro batallón de polacos había resistido en la casa de Velázquez hasta que no quedó ni uno. «Voy a hacer callar a esos bárbaros.» La ciudad universitaria; allí estaban el que hacía payasadas aparentando tocar el tambor, el bajito, el que levantó el gorro y todos comenzaron a cantar: «¡Oh, Marian, Marian!» Y también había caído el jefe del batallón de peluqueros. «¡Pobre muchacho! Lo elegí porque fue cabo primero cuando hizo la mili y sé que los cabos

tienen aptitudes innatas.» Yo me estaba impregnando de heroísmo, convenientemente apoyado por el coñac. «Esto es lo que me va a mí y no hacer seguros y vender coches.» «Antonia, ayúdame a recoger la mesa y para de tragar. Pareces una serpiente boa.» Laura también tenía prisas por miedo a que se le escapara. «Con el Quinto, Quinto, Quinto...» Y yo: «Juan, no pienso dejar que mi padre se vaya al otro mundo sin saber lo que tiene que saber.» «Tú harás el favor de callarte, porque me lo prometiste.» «Es igual, se lo diré mañana mismo.» «Y no te creerá porque nunca le he caído bien.» Laura apareció, apretándose la bata sobre el camisón: «¿Te vas a pasar la noche bebiendo?» Y sin preocuparse de dominar su impaciencia, le arrancó la copa de la mano y le arrastró a la habitación y a la cama.

Nuestros padres habían apagado la radio; oí su tos desde la cama cuatro o cinco veces. «No me des esa porquería, lo único que hace es estropearme el estómago.» El Hospital Francés y la mudanza a la casa de Ayala se paseaban por mi mente, mientras miraba la lámpara que colgaba del techo, suspendida tan sólo por el cable de la luz, que colgaba como todos nosotros, acaso más segura y por más tiempo. Sentía el ardor del coñac, sed, que no calmó un vaso de agua, y un sueño de plomo, comprimido como si una mano invisible apretara mi cerebro como una esponja y le hiciera escurrir todo lo que tenía empapado. Se inició otro desfile mental, entre las toses y los esputos ferruginosos, con Miguel y su pregunta: «¿Has hecho algo para que tengas que huir?», y con las víctimas de mis interrogatorios, y la foto del fusilamiento. Oí a Juan despedirse y marcharse canturreando «con el Quinto, Quinto, Quinto / con el Quinto Regimiento», sin hacer ruido porque debía ir descalzo, como Laura. La luz del amanecer asomó su resplandor gris por las rendijas de las contraventanas. Y el nuevo día, en lugar de traernos al especialista nos trajo la preocupación del revólver de reglamento del coronel, que apareció en un baúl del cuarto trastero. «Me da miedo este chisme. Si nos hacen un registro...» «No creo que tengan ganas de hacer registros por estos barrios. Y si nos lo hicieran, diríamos que se lo ha dejado Juan, o que es de Miguel.» «Sí, sí, pero estaría más tranquila sin él.» «Dámelo, se lo voy a bajar a Andrés... Y si no está, lo tiraré por la alcantarilla.» Pero estaba desayunando, con las muletas apoyadas en la silla, con la gorra puesta y el correa y la pistola en el asiento de otra silla; me dirigió una mirada en la que era fácil adivinar que temía que le pidiera algo: «¿Qué le ocurre a estas horas?» Café con olor a café, galletas, un paquete de cigarros, un pedazo de queso, una expresión de autoridad y no tan sólo de madurez: «¿Qué quiere? ¿Por qué me mira así?» Se pasó a un carrillo lo que estaba masticando y se recostó en el respaldo de la silla, apoyando las manos en la mesa. «Ha aparecido esto en un baúl y no sabemos qué hacer con él.» Cogió el revólver, hizo bascular el tambor, miró la culata y la marca y probó el extractor y el seguro; no era su destreza lo que le delataba sino su gravedad, su confianza en sí mismo. «Si no es más que eso me lo quedo. Buen arma, me gusta.» Y su madre: «Pero ¿para qué lo

quieres?» «No seas tonta y no te metas en mis asuntos.» Volvió a mirarme y se bebió lo que quedaba del café. «Has cambiado, y no para mejorar.» «Ha cambiado todo el mundo y a ustedes no les ha venido mal mi cambio, porque si no es por mí el capitán estaría criando malvas.» «¡Andrés!», le reprochó la madre. «A ver si no es verdad. ¡Dígaselo usted mismo!» «Podrías hacer cosas mejores que las que estás haciendo.» «¿Me va a echar un sermón? Ya tengo bastante con los de ella.» «Está bien claro que no te hacen efecto.» «¡Lárguese, lárguese y déjeme en paz! No le he pedido su opinión.» La madre me acompañó lloriqueando y lamentándose; cuando tenía diez años se pasaba las tardes en casa, pero ¿cómo no iba a cambiar? «El otro día... Anteayer no estuve a la altura de las circunstancias.» El conde se acuclilla ante mí. «Quiero pedirle perdón.» Me mira, me hace sentirme tan confundido como él, dentro de la indiferencia y del acorchamiento que me van dominando. No, no hay en mí ninguna indiferencia, aún estoy a merced de estos sentimientos triviales, igual que los otros; tenemos la muerte a unos pasos y seguimos con los ritos y las cortesías y las reacciones de los que la tienen a miles de kilómetros, a cientos de meses.

—Créame, no me alegro de que esté aquí.

Se inclina hacia adelante reclamando una contestación; no quisiera parecer rencoroso pero tampoco regalarle una generosidad que no siento y que no se merece, porque lo que le empuja es aquello de «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» y esto no tiene que ver con la paz que llevo dentro desde la confesión. Y falta poco para que le diga: «pues yo sí me alegro de que lo esté usted», pero alteraría mi paz, mis dos paces, la del desahogo y la de fuera. «Olvídelo.» «¿Quiere decir que me perdona? Buena lección. Entonces, ¿amigos otra vez?» Me ofrece la mano con la que habrá estado tirándose de la tela de la bragueta. Pero ¿por qué le voy a dar la mía? ¿Voy a seguir con estas ceremonias? Mi paz no se turbará porque le diga que amigos no, porque no lo éramos antes ni lo hemos sido nunca, ni nos hace amigos el solo hecho de que nos vayan a mandar al otro mundo a la vez. Extiende su mano y yo la ignoro y está un buen rato esperando y, al cabo, la mira con más asombro que humillación o, acaso, con un asombro tan grande que no le queda hueco para sentirse humillado. «Pero ¿no me ha perdonado?» «Sí, pero de eso a ser amigos... No puedo sentirme amigo de lo que usted representa y de lo que es y lo que sigue siendo, a pesar de su barniz.» «Orgullosa y fanática, y llena de prejuicios. No es capaz de distinguir entre un hombre y la clase a la que pertenece.» «Que también tiene prejuicios... Pero, ¿qué pretende, que le mande al cuerno otra vez?» «Más fanática y más intransigente que yo. No admite más opiniones que las suyas, como si no hubiera habido millones de personas antes que usted y con más inteligencia. Usted es de los que creen que puede hacerse un mundo mejor que el que hicieron ellos. Es como todos los suyos, el clásico garbanzo negro comido de envidia.»

Me encojo de hombros, pero rabio dentro de mí; la envidia es mi vicio, aunque no me pesa como un vicio sino como un defecto, como una joroba. Este tío me está llamando jorobado, igual que los hijos de Bonilla llamaban a Andrés cojo: «cojo rojazo». «Sin embargo, reconozco que no es como yo me figuraba que sería un... un...» «Un rojo, dígallo, dígallo ya.» «Ahí está lo malo, que no es como los verdaderos rojos y que todavía le queda conciencia.» «Sí, ahí está lo malo, pero por todo lo contrario, porque no soy un rojo de verdad y porque me quedan prejuicios de clase.» El conde se toca la bragueta y disimula una mueca de dolor. «¿Es que hubiera querido enfangarse más todavía? ¿Cree que todos podemos ser iguales? Usted sabe que es imposible. Siempre habrá mejores y peores, altos y bajos. Hasta en un montón de trigo hay unos cuantos granos que están arriba apoyándose en los demás.» «Eso no resulta muy convincente cuando lo dice uno de los que han estado arriba, aparte de que el montón puede revolverse, o allanarse.» «Eso, allanarse, poner a todos al nivel más bajo. Sólo que eso es imposible, porque siempre habrá un poder que mantenga los granos a la misma altura y no podrá prescindirse de él y se convertirá en un poder como cualquier otro.» «Yo no he dicho que se pueda prescindir del poder, sino que no debe estar al servicio de los menos para explotar al pueblo.» «El pueblo está en este mundo para servir a los menos, siempre que sean los mejores, como lo son, porque si no lo fueran no tendrían el poder. ¡El pueblo! El pueblo es una masa que ni sabe gobernar ni los que le conviene que le gobiernen.» «¡Claro que lo sabe! Los objetivos políticos no son tan complicados. Son los de todos los días, más jornal, más comida, menos trabajo, más escuelas...» «No le digo que no, pero ¿cómo sabe que el que le ofrece todo eso se lo dará? ¿Y si se lo ofrece sabiendo que no puede dárselo y por pura demagogia, que es lo que ha pasado siempre?» «¿Siempre? Pero si nunca...» Me interrumpe el toque de alarma de las sirenas, grave primero, punzante después, los estampidos de los antiaéreos y el rumor de los motores. Arriba, en el cuarto que está sobre nuestra celda, se oye correr a un hombre y a dos mujeres, los milicianos de la guardia gritan, resuenan las explosiones, se me borra de la mente la inquietud que me inspiran algunas de sus palabras, que más de una vez me he dicho a mí mismo de una manera secreta, vergonzante. Me acomete el miedo, un miedo animal que me atenaza, que me abre la vejiga y me moja los pantalones; éste es el miedo que me impidió coger el fúsil y no me permitió defender a Abrantes. «Los están aplastando», dice el cadete, que subraya sus palabras con un ademán y un «¡que se jodan!». Las puertas del garaje acusan las ondas expansivas, se ven resplandores. «¡Música celestial!», dice Valerio. «¡Insensatos! ¡Ya veréis lo que viene después!», dice la luna con dientes. «Horrible», susurra el cura. «Después vienen las dificultades en las comunicaciones y los abastecimientos. Por eso se bombardean las retaguardias.» «Horrible, horrible. Esto no puede ayudarles, más aún, no debe ayudarles. Esto es un... un...» «Y además, desencadenará otra racha de paseos.» Ya no revientan más

bombas, los antiaéreos se callan, uno anuncia que las sirenas están dando la señal de que la alarma ha pasado ya y el conde reanuda su ataque. «Es un iluso y no hay nada más peligroso que los ilusos.» «Sobre todo para los cínicos y sobre todo cuando llevan razón.» «Una razón abstracta, irrealizable. En este mundo siempre habrá desgraciados, aunque no tan desgraciados como le parecen a usted. Un trabajador está acostumbrado al frío, a las malas comidas, no ha oído en su vida hablar de friegas con agua de colonia ni sabe lo que es un buen coñac o un buen cuadro.» El viento mete por el montante una bocanada de humo, a pesar de la arpillera; hay un incendio cerca, los milicianos dicen que caen chispas, que vamos a arder todos. «Debíamos cargárnoslos. Anda, busca a Isidoro.» Se oye la campana impaciente de un coche de bomberos que se calla al acercarse, el ajetreo, los gritos, el chirrido del agua de las mangueras que se evapora. «¡Gracias a Dios! Ya me veía como los que escabecharon en la Cárcel Modelo.» Pero el humo se ha quedado dentro del garaje, nos hace llorar, toser, nos pica en la nariz, nos sofoca, lo mismo que en la cocina de casa, cuando nuestra madre se empeñó en quemar papeles, diplomas del colegio, fotos de Miguel y mías rodeados de nuestros compañeros, con Abrantes en la última fila. El coronel ha sido preparado para subir al coche, mi madre se sienta a su lado; Antonia junto a ella y Laura con el gato en el asiento delantero; los baúles son colocados en la baca, con el retrato del abuelo envuelto en la manta de planchar y un cesto con la gallina y los botes de leche condensada supervivientes. Petra, León y yo vamos a pie hasta Ayala, con el resto de lo indispensable. La casa seguía pareciendo una bola de cristal, pero en otra ciudad alejada del frente; no había que bajar al sótano por las noches, se oían los carros de la basura, la flauta del afilador, el tranvía por Velázquez y los gritos de los vendedores de periódicos. Demasiada paz, demasiado al margen de la guerra para que pudiera dormir tranquilo, para que no me despertara el silencio; la bola de cristal encerraba ahora distintas personas pero también la premonición del desastre. «¡El piano! Nos hemos dejado el piano.» «Claro. ¿Es que te has vuelto loca? ¿Cómo vamos a traerlo? Ya se ha ido el coche y ni siquiera hubiera bastado el coche.» «Pues yo no me quedo sin el piano. León, trate de alquilar un carro. Significa mucho para Miguel y para mí.» «Laura, es una provocación andar arrastrando un piano de media cola por las calles.» Me mira suplicante, irritada, con el gesto agrio que la afea. El piano. Nuestra madre había tenido la manía de las mudanzas y el piano era siempre un problema. Y a la calle de la Princesa, con el carro que consiguió León, el burro y el dueño, que empezó a arrepentirse al darse cuenta de que nos dirigíamos allá a la que habían declarado zona de guerra días antes.

—Oiga, es muy poco dinero. Y si me matan al burro, ¿qué?

—Lo dejaremos en Hilarión Eslava. Allí no hay peligro.

—Eso dice usted, sargento, pero si me lo matan...

—Lo vendes como un ternero y te compras otro y aún te sobraré tela. Pero ¡si te

he dado el triple de lo que valéis los dos!

—Oiga, sin faltar.

Encontramos unos milicianos, a la altura de la calle Galileo, que nos dijeron que no se podía pasar sin un salvoconducto o el contrato de inquilinato, pero León les apabulló con que el marido de aquí, la señora, era el comandante Andrade, uno de los que mandaban unidades del Quinto Regimiento: «¿No habéis oído hablar de él? Pues fue el que rechazó a los facciosos con el Batallón de los Fígaros.» En la escalera, nos encontramos a los Bonilla, con sus trastos y sus ropas y sus trajes negros cubiertos de polvo, que se iban a casa de un hermano que vivía por Torrijos. Supimos que se había muerto el famoso jefe de casa. «De una septicemia. Está arriba y no hay quien lo entierre.» León subió, con tres milicianos. «Este es el trasto que hay que bajar.» Lo contempló, se agachó, examinó las patas, los pedales, levantó la tapa del teclado, la del cordaje, barrió con la mano los cascotes y los trozos de escayola. «¡Venga, echadme una mano!» Lo levantaron con facilidad pero no cabía por la puerta. «Las patas se desarman», les dijo Laura. «Entonces cabrá de lado.» «Sí, pero necesitamos unas mantas y unas cuerdas.» Y aparecieron cuerdas y mantas. Y cañonazos y tableteos de ametralladoras. Estábamos bajo el fuego enemigo. El piano, de costado, bajaba por las escaleras y parecía un féretro deforme, el féretro en el que estaban enterradas todas las horas de solfeo que habían consumido mi paciencia, los desahogos de Miguel, los conciertos a dos manos de ambos, empalagosos, ridículos, el coronel tocando la *Marcha turca*, con Laura a su lado, de ocho a nueve años, escuchando y metiéndose la punta de la trenza en la boca; el coronel se vuelve, la mira, hace «¿Hummm?», y ella mueve la cabeza y aprueba haciendo también «¡Hummm!» Y vuelvo a la premonición de que se echa el desastre sobre nosotros. «Ya está», dijo León. «Y sin un golpe.» Sí, ya está en la acera y ya le han puesto las patas. Negro, increíble, indefenso, tan entrañable como las barbas y el verdugón en la frente del coronel, como el «¿Hummm?». Y en seguida, silbidos y bordoneos sordos. «¡Al sótano todo Cristo!» Laura hace un intento de resistir, le pide a León que, por lo menos, lo lleven al otro lado de la esquina, donde están el carro, el burro y su dueño. «Eso luego. ¡Hala, zumbando!» Tira de ella, la arrastra, nos empuja a todos y nos echa escaleras abajo, comienzan las explosiones, el trepidar del suelo, el olor del hierro de la metralla, de la dinamita, mis náuseas, mi sudor, un fogonazo por el tragaluz, un estampido que nos ensordece y retiembla en toda la casa. Cesa el bombardeo, salimos, y todavía hay una nube de polvo y humo, todavía caen pequeños cascotes. Vemos el piano, al que le ha caído encima un lienzo de pared; la caja destrozada va emergiendo de la nube, las patas se han roto, han saltado las cuerdas. «¡Ni que hubiera sido por nosotros! Pero hemos resucitado.» Laura abre la tapa, pasa las manos por las teclas, les arranca acordes, ruidos muertos y una nota aguda como de una campanilla. Se echa a llorar. «¿Qué pasa? ¿Quién está llorando?», preguntó el

coronel desde su habitación. Otra señal de alarma, cuando aún nos azotan las caras las llamaradas del incendio, cuando arranca de las sombras la aterrada del cura, la calva reluciente, las mantas, el cubo, mis manos, mi cuaderno.

—¡Cómo están hoy! —dice el cadete.

Y volvemos a oír el estampido rápido de los antiaéreos y unas explosiones graves, distantes; alguien deja escapar un suspiro de alivio. «Espera, espera, que aún no podemos cantar victoria», dice Juan Salud y su advertencia suena más sombría porque ha sido hecha en un tono indiferente, como al descuido. Y en seguida, la señal de que ha pasado el peligro, un silbido prolongado, luego tres más cortos y de igual duración. «¿Querrán ustedes creer que estaba dormido?», dice el conde, y me mira; ya no se acuerda de que estuvimos discutiendo. «El día que me detuvieron me dormí también; me llevaron al cuartel de unas milicias, me sentaron en una silla con el respaldo muy corto y tuvieron que despertarme dos horas después, para traerme aquí.» El cura se admiraba: «¡Qué temple y qué nervios!» «No, padre, era miedo. Se manifiesta de muchas maneras, según he comprobado otras veces. Me dormí por miedo y me detuvieron por miedo, también, porque ya tenía un escondite y no me atreví a salir a la calle.» Se levanta y me hace pensar que está aquí por lo mismo que yo, por no haber hecho lo que tenía decidido hacer. Si me hubiera alistado, si hubiera cedido al vendaval de heroísmo vociferante de los primeros días del asalto a Madrid... Pero el heroísmo sólo arrastra a los héroes y a los que están seguros de que defienden su vida, o a los que carecen de imaginación, como los héroes. Y además, siempre tuve la esperanza de que podría huir, aunque no por eso dejé de acariciar el propósito heroico, más como una aspiración que como un propósito. Le hablé de éste a Antonio.

—Me han nombrado presidente del Tribunal de Urgencia número tres. Sólo podemos imponer penas de diez años, pero me repugna igual que el otro. O más, porque ahora soy presidente. Preferiría la primera línea.

Me sentí un farsante en peligro de ser desenmascarado y le pregunté qué hubiera hecho en mi lugar. «¿A dónde vas tú con un fusil? No tienes salud para aguantar el frente. Estás más delgado y con peor aspecto que yo mismo. A ti te pasa algo.» Le conté mis mareos y mis vomitonas, la enfermedad del coronel, las noches en vela, la falta de sueño y de alimentos aunque en lo último éramos privilegiados, gracias a Juan y a Orestes.

—¿Y quieres alistarte? ¿Por qué? Ya has hecho bastante permaneciendo aquí.

—Pero ¿qué hago aquí yo? Con un fusil haría más y creo que es a lo que estoy obligado.

Me contempló en silencio, palpándose la cicatriz y haciendo caer sobre su frente el mechón de pelo de sufragista y vi en sus ojos un destello penetrante que me turbó y me llevó a pensar que estaba desnudo.

—A ti lo que te sucede es que quieres probarte a ti mismo que tienes el valor suficiente para combatir, como Arango y como Miguel. Y no tienes derecho a convertir esto en una prueba personal ni a obrar sin más consideraciones que la de satisfacer tus exigencias de lucimiento. Hay que elegir pensando en la utilidad, hay que unirse a los otros y no pasarse la existencia mimándose a sí mismo. —¡Qué equivocado y qué acertado estaba!— Tomás, tienes que romper tu cáscara y verterte hacia los otros y dejar de acariciarte y de cantarte a ti mismo canciones de cuna, como decía Marx. Si esta vida tiene sentido es en función de los demás y no de uno mismo, que no es nada; sólo un guijarro o un granito de arena. No puedes limitarte a pensar en tu futuro porque no hay futuro individual sino de la especie humana, que está formada, en un ochenta por ciento, por el proletariado.

Pero yo seguí acariciándome con engolosamiento; yo no podía cambiar ya, el momento había pasado; si hubiera seguido a Antonio, si hubiera ingresado en el Partido Socialista, y si no me hubiera topado de manos a boca con el albino. ¡Cuántos síes, cuántos condicionales! El futuro puede ser cambio y no llevar consigo ningún progreso.

—Parece que está ardiendo media ciudad.

—O que los incendios están muy cerca de aquí, hay muchas casas antiguas que arden como el papel.

—Como esto continúe, o nos apiolan a todos o nos abandonan y nos dejan encerrados para que nos achicharremos.

Bombardeos, bombardeos y comida. Bucarín maullaba antes de que sonaran las sirenas; subsistíamos gracias a lo que nos mandaban Juan y, más tarde en tarde, Miguel: botes de leche condensada, carne en lata, panes de munición. Había que estirar para cinco el racionamiento microscópico de los cuatro; toda la leche se reservaba para el coronel, aunque le hacíamos creer que también la tomábamos nosotros: «No deberíais darme nada, es desperdiciar alimentos.» En un par de ocasiones sorprendimos a Antonia a las tantas de la madrugada atiborrándose de carne y de pan, con el gato al lado maullando lastimeramente. «Asquerosa, glotona. Así estás de gorda, bruta, egoísta», y ella, con la boca llena, pidió perdón a nuestra madre y Laura siguió insultándola: «¡La santurrona, que pesa ella sola lo que todos los demás juntos y pone los ojos en blanco para rezar! Serías capaz de merendarte a Bucarín». «¡Por eso, por eso! Soy tan grandona que no me sacio, me hincho de agua...» «Cómete la Biblia, o las disciplinas o el cilicio.» «Déjala, tiene razón.» Colas para conseguir patatas o naranjas, o leña húmeda, viajes en metro hasta donde se podía, para continuar a pie. Se iba aprendiendo a conocer la proximidad de los proyectiles por su silbido, a tirarse al suelo, a despreciarlos, a conocer dónde había refugios, cuáles eran las calles más castigadas, los mercados donde se podían encontrar verduras, bellotas que se tostaban para sustituir al café y que producían

estreñimiento, un aceite que escocía en la garganta, sacarina que sabía a metal, lentejas con gorgojos que flotaban en el agua. Una mañana apareció Petra anunciando que al día siguiente entrarían varios carros de frutas por la carretera de Aragón.

—Pero en *los otras veces* se han *acabao* antes de que *llegarían al plasa* de toros de Ventas.

Nos levantamos de noche y encontramos los carros a dos o tres kilómetros del cementerio del Este, cuando ya llevaban detrás una procesión formada por tres o cuatro filas de hombres, de mujeres, hasta de niños de siete y ocho años; una procesión que se perdía en la oscuridad y que seguía engrosando tras de nosotros. Al cabo de cinco horas conseguimos una lechuga mustia, un kilo de alcachofas y media docena de mandarinas. Me habían nombrado ya presidente de uno de los tribunales de urgencia que había creado el Gobierno para juzgar a los detenidos que aún quedaban en las cárceles. Los otros miembros eran un anarquista que se llamaba Elíseo y el dueño de una pastelería que era de un partido moderado de izquierdas. Sólo imponíamos penas de diez años como máximo, pero las consecuencias no eran distintas que si hubiéramos podido condenarles a muerte. Los que condenábamos volvían al almacén de donde se nutrían las patrullas durante las madrugadas y los que absolvíamos y dejábamos en libertad seguían corriendo el mismo peligro. Y encima, la desconfianza hacia los dos vocales, que no conocía, y que me tenía en una inquietud permanente, mientras desfilaban ante nosotros veinticinco o treinta detenidos por sesión. Entre tanto, descubrí que su ausencia era infinitamente más mortificante que placentera su presencia. Estar a su lado hubiera sido hacer una pausa en la enfermedad del coronel, en la prevención que me producía Elíseo, con su pistola y sus patillas, y el dueño de la churrería, más peligroso porque tenía más miedo, en las mezquindades en que caíamos ya todos por la escasez de comida, en el tedio de la tertulia a la que tan sólo acudíamos Sanabria, Pedro Martínez, Rosas y yo, y las putas más desmoronadas. Tenerla era habitar en otro mundo en el que todo tenía más brillo y colores más puros, y un olor terso hasta cuando me decía que era el mismo mundo de siempre en el que los colores y el olor y el brillo los ponía yo. Pero no estar junto a ella era descender a un mundo en gris y en negro, apagado y sucio en el que dominaban la abstinencia, la sequedad, la lucidez sin reposo, los esputos del coronel, la tos, la espera de sus cartas o sus postales que llegaban siempre con retraso porque me las enviaba al edificio de los Juzgados. La espera se convirtió en una tortura, cada vez menor ante la perspectiva de su regreso. Y para cuando llegó, el radiólogo había hecho las radiografías y Bonilla y el especialista me habían dicho que tenía cáncer de pulmón. Discutimos si debíamos decírselo a Miguel, que también nos mandaba una tarjeta o una carta cada cuatro o cinco días, y acordamos no decirle nada por el momento, aunque más adelante, cuando se acercara el desenlace... Pero no hubo más adelante ni ocasión de decirle nada.

Anoche se llevaron al calvo, al conde, al estudiante y al cadete. Hoy estamos nuevamente mudos; se oye el ruido de nuestras respiraciones, de nuestros cambios de postura, el gorgoteo de nuestros intestinos, los suspiros que ya no son de alivio sino de resignación. Hoy no se ha acercado nadie al grifo, no ha rezado nadie por ellos, no ha habido rosario, el café frío ha ido a parar al cubo. «Cara de Luna» se ha vuelto a confesar, luego Juan Salud, luego Valerio, que ha recibido de rodillas la absolución. Habían pasado dos días sin que llamaran a ninguno y sin que trajeran a otros nuevos; cuarenta y ocho horas sin sobresaltos, sin pisadas, sin chirridos acongojantes de llaves o de goznes... Y anoche, todos los sobresaltos juntos. No eran más que cuatro nombres pero parecía que la lista no iba a tener fin hasta que nos nombraran a todos: «Enrique Portocarrero de no sé cuántos, Antonio Martín Almansa, Felipe Rodrigo Ruiz...» El conde se despidió con una serenidad solemne que hacía pensar que se estaba sintiendo en la Conserjería y que le esperaba la guillotina a la que le llevarían en una carreta. A mí me dio la mano, helada: «Deseo con todo mi corazón que tarde muchos años en reunirse con nosotros. Y fíjese y recuérdelo: ni para morir somos iguales.» Al calvo tuvieron que sacarlo a la fuerza, lo mismo que a Ortega y al sastre; se agarró al grifo, luego al brazo de Juan Salud, al que arrastró hasta la puerta, después al cerrojo, a un árbol; estuvimos oyendo sus gritos hasta después de que se pusieran en marcha los motores: «¡No, no me matéis! ¡Madre, ay madre! ¡Yo no he hecho nada!» Nos han puesto delante del aniquilamiento que nos espera y que puede abatirnos esta misma noche. Aquí está otra vez el cura. Se sienta sobre mis mantas desordenadas y se rasca sin piedad: «Esto va muy rápido.» «Ha habido noches peores.» «No es muy tranquilizador.» No es muy tranquilizador, sobre todo para mí que soy el más antiguo; ahora me quedo en puertas, el primer nombre que dirán será el mío, no comprendo cómo he durado tanto; es como para pensar que me han olvidado o que el albino ha huido o no está en Madrid o ha muerto en un bombardeo. «Si necesita más desahogos o si quiere darle a éstos un estado oficial...» «No, no quiero nada, porque no lo necesito. La purga del otro día me ha vaciado y me encuentro como nuevo. En ese aspecto al menos, porque en los demás...» «No sabe cuánto me alegro, de verdad, sin ninguna reserva. ¿Y su cuaderno? ¿No querría que intentara hacerlo llegar a alguien?» «No, porque no me parece apropiado para que lo lean los míos.» Se aproxima un poco más, se saca la mano de debajo del jersey, se vuelve hacia mí y me echa una mirada melosa, insinuante: «¿De veras no le gustaría formalizar...?» «No... Es decir, ya veremos.» Pero ¿no estaré lanzando un desafío al rechazar esta oportunidad que puede ser la última? Me parece un aviso, ese aviso que explotaban los jesuitas en los ejercicios espirituales hasta hacemos temblar. Parece que hay un designio en que este hombre se encuentre aquí, en que oyera mi discusión y yo los tontos pecados de «Cara de Luna», en que me diera por hablarle de Abrantes

y los demás. «Discúlpeme. ¡Me siento tan en deuda con usted que...!» «No me debe nada.» Se levanta y se marcha entristecido, pero me deja inquieto. Me sorprende como en mis crisis de adolescencia, cuando un inspector, cuyo nombre recuerdo muy bien, me metió en la cabeza la idea de que me condenaría si no me hacía jesuita, o cuando me empeñaba en creer que moriría aquella misma noche antes de poder confesarme de lo que llamaban pecados contra la honestidad. ¿No estaré ahora, que tengo miedo, más cerca de la verdad que cuando no lo tenía? «Si cambia de parecer...» «Sí, le avisaré.» Aún tengo tiempo, no me van a llamar a mediodía. Pero, ¿de qué más habría de descargarme? No he vuelto a la saña; al contrario, en el Tribunal de Urgencia, hace unos días, me atreví a decir que ser católico no era ningún delito y al advertir que Eliseo estaba de acuerdo, añadí que yo mismo lo era; y todo por salvar a un muchacho de las Juventudes Católicas, al que absolvimos. Pero después, en el urinario, les oí hablar: «¿Te has fijado? ¡Diciendo que es católico con toda su cara! ¡Hay que dar cuenta al Comité en seguida!» «¿Por qué? ¿Porque es católico?» «¿No te parece bastante? Si es católico es un fascista y hay que encerrarlo.» «De eso nada. Primero, que es verdad que no es delito ser católico, porque cada cual puede pensar como le salga de los cojones. Y segundo, que éste no engaña a nadie y a mí me gustan los fulanos así.» «¿Que no engaña? ¡Venga, hombre! Lo que pasa es que es muy listo y quiere engañarnos diciéndonos la verdad.» «Mira, tú no me vas a enseñar a conocer a la gente y este tío es más de fiar que los que vienen cagándose en Dios y en la Virgen.» Pero ¿de qué me voy a confesar y qué castigo voy a evitarme? Ya es bastante con el de la memoria, con que no exista un lugar al que podamos volver y encontrar todo lo que ha guardado ésta: las Navidades, el paseo por el Retiro y el árbol dorado, y el día que la conocí en la Sierra, pisando la nieve, con unos zapatos de calle, o el de su regreso, cuando avanzó hacia mí enfundada en su gabardina.

Me dejo perseguir por los recuerdos aunque me oprimen el pecho como si fueran gases del espíritu. El sol de Levante la había tostado salpicando de pecas sus pómulos y el caballete de su nariz, y su pelo estaba más rubio. Su buen aspecto era el de quince días felices con el otro, bañándose, descansando, comiendo a placer... «Supongo que él habrá venido tan repuesto como tú.» «Pues sí. Le ha sentado bien el descanso. El Levante feliz... En realidad, es otro mundo», contestó sin adivinar cómo iba creciendo en mí el deseo de lastimarla. Me miró, con unos ojos que también parecían más claros, y se me escapó el primer zarpazo. «Y a ti te hubiera gustado quedarte.» «No, de ninguna manera. No me hubiera quedado por nada del mundo estando tú aquí y mi madre allá, que quería que me quedara, lo mismo que él. Y he tenido que emplear a uno en contra del otro para venirme.» «Y para poder seguir viviendo cómodamente entre los dos. Quiero decir entre Norte y yo, porque no me negarás que la promiscuidad tiene sus ventajas. Es como comer a dos carrillos, sólo

que se trata de algo mucho mejor que comer.» Ahora abrió los ojos para mirarme a los míos y los apartó en seguida al advertir mi expresión. «Pero ¿por qué hablas así? Es a mí a quien más le duele eso porque estoy en el centro y soy la que lo sufre todo.» «La que lo disfruta todo.» «¿Qué quieres decir?» «Que de una cama a la otra.» «Pero ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¡Por favor, por favor...!», suplicó, aturdida, como una niña que hubiera perdido a sus padres y se hubiera olvidado de su nombre. Y yo me enternecí, pero mi ternura funcionó al revés: me azuzó en lugar de serenarme aunque me dolía lo que le iba diciendo: que lo que buscaba era tener a uno de repuesto del otro, si es que no había más y nos ponía los cuernos a los dos; que si hubiera sido cierto que no podía con la promiscuidad habría dejado a uno de los dos; que si rechinaba los dientes con cualquiera como los rechinaba conmigo o tenía un truquito profesional diferente para cada uno... Mis brutalidades no respondían ya a mis sentimientos, se había agotado mi rencor, mi afán de revancha, mis celos j mi deseo de hacerle pagar el sol y las atenciones del otro y las cartas a hurtadillas cuya lectura me había enardecido más de una vez. Había saldado mi cuenta con creces pero no podía pararme, no me detuve hasta que la vi llorar y Regaron las disculpas, las tonterías que se dicen los enamorados en las reconciliaciones, las caricias, el frenesí y el agotamiento voluptuoso en que nos dejó el abrazo. Al cabo se incorporó y, haciendo un esfuerzo para no dejar de mirarme, me confesó que yo había sido el primero, el primero, que estas cosas no las había sentido más que conmigo.

—Cómo, pero ¿es que no te ha tocado Norte nunca?

—No, no es eso, Norte es un hombre normal, o a mí me lo parecía. Es que... Que me violó un minero a los quince años, un minero rebozado en carbón y era picador en la mina donde estaba de ingeniero mi padre y donde Norte era capataz. Y no sé si porque me parecía que cada vez iba a repetirse la violación o porque Norte... porque Norte es... muy precipitado...

Su padre estaba en la mina, su madre había ido a Gijón a dar clases de ballet, y el otro estaba siempre al acecho; cada vez que la encontraba le decía «tengo una cosa que nos va a hacer pasar un buen rato a los dos». Cuando recobró el sentido se puso a gritar como una loca, y Norte la llevó al dispensario de urgencia; el médico creía que había sido él, y los padres, y la guardia civil, y el juez; todos querían echarle la culpa porque era el más revoltoso y el cabecilla de todas las huelgas. La que menos le creía era su madre, por eso le odiaba. Y yo pensé que sabía, por experiencia profesional, que ocurrían estas cosas aunque nunca me hubieran tocado tan de cerca, y me asustó la convicción de que su futuro sería tan trágico y tan truculento como su pasado. Añadió que hasta entonces no me lo había dicho porque todavía le espantaba y yo imaginé a Norte encima, yendo a lo suyo o inhibiéndola a su pesar con los recuerdos: el olor a carbón, la rodilla separándole las piernas, las manos desgarrando el vestido. ¡Qué vida! Los besprizornyi, el picador tumbándola, la madre, Norte por ahí, por la

Academia Francé... Y como compensación, la casa de Jorge Juan, la parra, con las ramas desnudas, y las habitaciones infectadas por el pasado. Y a poco menos de un kilómetro, el coronel y sus balones de oxígeno. De los celos y los deliquios a la tos, los ahogos, los esputos rojizos, el practicante y las inyecciones. La burbuja que iba a estallar guardaba ahora un enfermo que agonizaba, que decía «cada día peor, gracias a Dios», y unos chismes que prolongaban su agonía y que odiaba, aunque en ocasiones, cuando un ataque de tos le permitía hablar, nos indicaba lo que creía que le podría aliviar; abrir un poco más la llave de oxígeno, la boquilla del inhalador más cerca, la almohada más alta, que le sentáramos en el sillón. Bonilla no ocultaba ya su pesimismo ni siquiera ante él. A nosotros nos decía: «Se extiende cada vez más. Ya tiene el pulmón derecho carnificado y no creo que tarde en llegarle a los bronquios.» Una noche en que me quedé con él le dio un ataque de tos más largo que los anteriores, y, cuando lo superó, buscó a tientas la boquilla, y al ayudarle, descubrí un lunar en la cara lateral de su dedo corazón, un lunar que nunca había visto y que me conmovió. Me pareció que toda su debilidad se había concentrado en él y que si lo hubiera advertido antes me habría parecido ridículo, incómodo de mirar, pero le habría querido más.

—Ven, siéntate a mi lado.

Me iba a decir algo que no quería decir a mi madre ni a Laura y que tenía relación con lo que se venía encima. La luz eléctrica hacía aún más demacrado su rostro y afilaba su nariz. «Ya sé que es imposible, pero tienes que buscar un cura. Quiero confesarme y recibir los últimos sacramentos.» «No es necesario, todavía...» «No me hagas hablar. Tengo para cuatro o cinco días. Y bueno está que me preste a la comedia con tu madre, aunque los dos sepamos que es una comedia, pero contigo... Quiero confesarme ahora que aún puedo hablar.» Me apretó la mano: «La vas a asustar». «Tú tráeme el cura.» Me soltó la mano y volví a ver el lunar, y me acordé de un cura que había comparecido ante el tribunal y que había escapado con un año, un hombre menudo con una frente muy grande y unos ojos de larva. No, no sería posible sacarle de la cárcel, ni me atrevía a pedírselo a Eliseo y al pastelero. Su respiración se hacía más rápida, con disnea y los labios entreabiertos ante la boquilla: «Tiene que quedar alguno.» «Haré todo lo que pueda. ¿De qué tienes tú que confesarte, padre? Ya has sufrido...» «Búscame el cura y no te metas en más.» En última instancia, se lo diría a Eliseo: «Usted sabe lo que son los viejos; mi padre, que se está muriendo...» Pero comencé por Antonio Ruiz, que no conocía a más cura que al de su pueblo.

—Y le asesinaron en los primeros días. Pero ¿se me va a adelantar? Le envidio, porque tengo la seguridad de que perderemos y lo que venga no le gustará ni a él.

Después Sanabria, luego Pedro Martínez, el propio Bonilla, el asistente de Juan que apareció con dos kilos de naranjas y un saco de patatas, el especialista, un vecino, «Conozco a uno, pero está enfermo y no puede salir de la cama.» Y cuando me había

decidido a abordar a Eliseo me acordé de Federico Monroy y le busqué en el Ministerio de la Guerra, pero el Estado Mayor de la Defensa de Madrid estaba en una finca a la que se iba por la carretera de Aragón, un poco antes del pueblo de Barajas. Antonio me consiguió un pase y un motorista, que me llevó allá por una carretera frecuentada por carros y coches militares: «Tengo lo que necesitas. ¡Tú, busca a Magán!» Madrid, en un plano del Servicio Cartográfico del Ejército, estaba pegado a una pared, a su derecha, con toda la línea del frente; sobre la mesa más planos parciales del dispositivo artillero, un pisapapeles que era la parte inferior de un proyectil y otro más, en forma de pirámide con triángulos y signos masónicos.

—No sabía que tú...

—Sí, desde África. Casi todos ingresamos allí. Miguel no, por supuesto. Es bonito, ¿verdad? A propósito, ¿sabe él algo?

—No.

Monroy masón, y coronel ya; tenía tres galones en la bocamanga, una guerrera con solapas para llevar camisa y corbata, las insignias de la artillería, varias condecoraciones sobre el pecho. Se abrió la puerta y entró un soldado también de artillería, más de artillería que el propio Monroy, que mi padre y Miguel y Langa; gorro con barboquejo, capote con una bomba llameante, polainas de las que llaman leguis, espuelas. Me miró con recelo, que aumentó al verme de paisano, luego bajó los ojos, los volvió a levantar y a bajar y a levantar para dejarlos clavados en el coronel. «Aquí lo tienes.» Y al soldado: «Es de confianza. ¿Querría acompañarle para un asunto de su competencia?» Nuestro padre se emocionó al ver la bomba del capote y al saber que Monroy le había salvado la vida en los primeros momentos haciéndole artillero y una mezcla de asistente y secretario. El jesuita, que parecía que no sabía mirar de frente, llevaba bigote y el pelo largo.

—Ahora déjanos solos, y cierra la puerta y el balcón.

Se oía el susurro de sus voces, alguna tos, el tintineo de las espuelas, silencios, más susurros de uno y otro. Y yo el año pasado despaché en la escalera al coadjutor de la parroquia porque le quería confesar. «Hemos terminado. Quiere que pase.» Delante de mí le pidió al jesuita que asistiera a su entierro y el otro, que no sabía si debía hacer de artillero o de jesuita, dijo que no debía pensar en esas cosas, y él, brusco: «¡Déjese de tonterías, joven! Yo sé muy bien lo que digo. Si le es posible acompañe mi cuerpo hasta el final, pero antes deme los Santos Óleos»; y el otro un taconazo y yo pidiendo aceite a Petra, y ésta llorando. «Lo importante es que está preparado, porque lo demás está en manos de Dios.» «¡De Dios! ¿Quiere usted decir que su muerte...? ¡Vaya con las manos de Dios!» Y empecé a empujarle, a arrancarle de la contemplación de las sillas del comedor, de la mesa, del repostero con el escudo y el arcón y a sentir ganas de tirarlo por la escalera, pero aparecieron r madre, Petra y Antonia y todas se quisieron confesar y hubo un festival religioso, con Laura y

conmigo como testigos al borde de la indignación, no tanto por el festival como por los elogios del jesuita hacia la casa, la buena educación, el repostero, las sillas, el piano... Y por entonces recibimos unas líneas de Miguel anunciando que llegaría el veintidós, unas líneas en una postal con su letra inclinada a la derecha, con trazos que apenas rozaban la cartulina, sin un ángulo punzante, sin un anzuelo o un arpón. El ánimo del coronel mejoró sensiblemente y eran emocionantes los esfuerzos que hacía por comer, por tomar a sus horas los medicamentos, por seguir el régimen de Bonilla y del especialista, y sobre todo su empeño en que no se le dijera nada: «Ni una palabra. Una bronquitis, todo lo más.» «Fernando, que no está ciego.» «Pues le vendáis los ojos. Que os diga Bonilla qué enfermedad sin importancia necesita estos chismes.» Y nosotros a discutir otra vez si debíamos decirle la verdad, si no se la podíamos ocultar porque la adivinaría, si conseguiríamos convencerle de que era una pulmonía a causa del sótano y del traslado desde la calle de la Princesa. Dentro de mí iba creciendo el temor al desmoronamiento de los dos; fuera, nuestra madre y Laura continuaban dudando, mordiéndose los labios, bajando la voz, evitando mirarse; lo mejor, lo que le pareciera más verosímil a Bonilla, y después, cuando ya no fuera verosímil y no se pudiera ocultar...

Pero lo que no sabíamos ninguno es que el desastre se nos venía encima, se nos vino encima a los dos días, al poco rato de mi regreso de la casa de la calle Jorge Juan, cargado con media caja de botes de leche condensada y con tanta gratitud que me repugnaba tener que inventar una explicación para no decirles que me la había dado ella, porque hubiera querido que todos compartieran mi agradecimiento. El timbre, el timbre y las pisadas de Petra, la voz de un hombre, una exclamación, un diálogo que se desarrollaba a empujones: «Hágale salir. No, hágale salir.» «¿Enfermo? ¿Está enfermo, o *pior*?» «¡Cállese, *chala!* Que salga al descansillo.» Abrí la puerta con una mano que se me había quedado desfallecida.

—Orestes, ¿qué haces aquí?

Petra estaba de espaldas, con los hombros convulsos, el asistente pálido, levantando los suyos, pasándose la mano por la boca y por el borde del cuello de la cazadora. Nuestra madre salió de la habitación del coronel: «¡Orestes!», Laura se abrazó a ella, Antonia miró la caja con los botes de leche que aún estaba sobre una mesa del recibidor. El desastre en forma de frío, del corazón colgando entre dos palpitaciones y los pelos de la cabeza convertidos en alambres. Todos al cuarto de estar, menos Laura que se lanzó a la habitación de nuestro padre. Nuestra madre se sentó en el sofá, entre Orestes y yo, Petra al borde de una butaca, Antonia se quedó de pie, apoyada en el respaldo, Bucarín bajo la mesa del comedor, en la sombra, con los ojos relucientes. Era terrible la resistencia que oponía a entenderlo o que lo hubiera entendido ya y no lo aceptara o que se empeñara en oírlo otra vez, por su

orden y no en fragmentos, como las piezas de un rompecabezas revueltas unas con otras. Pero no se había enterado y tuve que decirle primero que estaba herido, y luego que herido grave. Juntó las manos sobre su pecho y agarró las mías y no supe cómo seguir, ni nadie me ayudó. Orestes se miraba las botas cubiertas de barro, Antonia movía los labios, Petra se enjugaba las lágrimas y a mí me parecía tener en la mano un bisturí con el que había de cortarle un pedazo de carne. Laura regresó con la cara terrosa. «Se ha dado cuenta y quiere que paséis.» Le oímos gritar. «Yo no, yo no entro, eso usted.» «Tú vienes conmigo.» Y nos encerramos en mi cuarto. «¿Pero cómo ha sido?» «Le han matado éstos. Oí tres disparos y le vi tumbado, de cintura para abajo.» «¿Estos?» «No me dejaron entrar ni a mí ni a los otros de la plana mayor y nos dijeron después que se había pegado un tiro.» La cara de Orestes parecía también de tierra, mi mano se detuvo a medio camino hacia alguna parte de mi cuerpo que no recordaba, y tuve una sospecha, una exhalación que me pasó por el pensamiento arrastrando, como una cometa su cola, la tendencia de Orestes a las mentiras y los enredos. «¿Estos? ¿Quiénes son éstos?» «Estos mismos, los suyos. Pero ¿cómo no me entiende? Digo que no han sido los fascistas sino algún oficial, o el comisario, o el ruso.»

Mi padre nos llamó y Orestes se echó atrás y repitió: «Yo no, dígaselo usted.» Tuvimos que abrir el paso del oxígeno al máximo y ponerlo sentado en la cama. Hacíamos lo contrario de lo que debíamos hacer, estirarle la vida para que... Laura me ayudaba, Orestes, desde mi cuarto miraba el balón, el soporte de la boquilla, la cara amoratada del coronel, las piernas flacas bajo las mantas. «Ha muerto, no me engañéis.» Me anticipé, para evitar que Orestes dijera lo que yo pensaba, que se había suicidado, y el coronel inclinó la cabeza y me apresuré a bajar la boquilla que había quedado por encima de sus labios agrietados. «¿Lo sabe tu madre?» «Le hemos dicho que está herido de gravedad, pero...» «Díselo, porque si lo he adivinado yo... Y ahora, dejadme solo.» «¿Ahora, padre? Ahora no. Yo me quedo contigo.» «Vamos, id con vuestra madre en seguida.» Esta tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y hacia abajo y se miraba las manos que sostenían un pañuelo convertido en una bola; la falda se le había subido por encima de las rodillas y tenía los ojos como quemados; parecía una estatua que despedía frío y dolor y que levantó sus ojos hacia mí.

—Quiero verle, Tomás —dijo, esforzándose en dominar su temblor de cabeza.

—Será peor, madre. Un sufrimiento innecesario que te dejará un recuerdo terrible.

Sí, Miguel, con la cara deshecha, o un agujero enorme en la frente, Miguel, su hijo, lo mismo que los paseados. Orestes, frente a ella, de pie, soltaba terrones de barro de sus botas tan pronto como se movía. «No va a dolerme más verle que... Tomás, tengo que verle. Es mi hijo.» Orestes dijo que estaba igual y se calló al descubrir los botes de leche condensada. «¿Le has visto tú? ¿No me acabas de decir que no te dejaron entrar?» «Después sí, después llamaron al médico y estuvieron

encerrados un par de horas y pusieron en la puerta un tenientillo de los que acababan de llegar. Entonces, nos llamaron y...» Se interrumpió, dio media vuelta, soltó más terrones de barro y salió del cuarto de estar y yo le seguí, pensando que quizá quisiera decirme algo más a solas, pero no hacía más que repetir: «¡Le han matado, le han matado, al comandante le han matado!» y sollozar hasta que le dio hipo. «Orestes, ¿quieres hablar de una vez? ¿Quién le ha matado?» Tiré de su hombro, le hice volverse, beber agua, después coñac, el coñac francés que quedaba aún, le metí en la cocina de la que eché a Petra. «No lo sé bien, pero debió ser el ruso, un borracho que fuma unos cigarros muy largos. Le llaman Kiper.» «¿Tuvieron alguna discusión?» «¡Yo qué sé! Yo lo que sé es que el intérprete me preguntó que si había estado en la cárcel; me lo preguntó en seguida, en cuanto llegamos. Y tres tiros; los oímos todos o sea el telegrafista, el cabo Sepúlveda y yo, los *deliniantes*, el cocinero, el sargento, los ordenanzas del comisario y del capitán Frías... Como que salimos corriendo y nos encontramos al intérprete y yo lo vi tumbado, de cintura para abajo.» «¿Cómo has venido? ¿Has desertado?» «No, aunque hubiera venido igual, pero el comisario me lo contó y me dijo que viniera y que hablara con ustedes y les dijera que se había suicidado. Y no dijeron nada de que fueron tres tiros, por la salud de mi madre, tres tiros.» Ya no lloraba, ahora defendía la memoria de Miguel atacando a los otros para no tener que admitir que se había pegado un tiro. Yo sabía que era capaz, pero le creía, los tres tiros no tenían explicación. Monroy apareció, con su gorra con el borde de la visera dorado y el abrigo de cuero; se había suicidado, se lo había dicho el comisario del grupo que era un hombre al que se podía creer, pero no se diría esto sino que había muerto en el frente, y lo aceptaron todos en seguida, roanos yo, que me agarraba a lo otro, a lo de Orestes, a la lógica, a los tres tiros, y me parecía que le estábamos profanando con nuestras discusiones y nuestros argumentos.

Monroy tenía otros: unos días antes había explotado un proyectil al chocar con la rama de un pino y había matado a un oficial y al apuntador y había herido a los restantes sirvientes. «Tenía la moral colgando de un hilo. ¿Sabía lo de vuestro padre?» A los sirvientes, al apuntador y al artificiero. «Mañana le iremos a buscar.» Hacía falta un ataúd, había que ir a la funeraria de la calle del Arenal, empujar la puerta que tenía una esfinge grabada a esmeril en el cristal. Dije a Petra que se llevara a la cocina la caja de botes de leche que estaba todavía en el recibidor. «¿A buscarle? Pero ¿vamos a traerle aquí? ¿No sería mejor el depósito de cadáveres?» «No. Tu madre y Laura no pueden ir al depósito, porque verían las víctimas de los bombardeos o los cuerpos de los últimos paseados. Quizá fuera mejor en mi casa, pero tú decidirás.» No, aquí no, aquí, con el coronel... Y ¿dónde íbamos a ponerle? No había sitio en el cuarto de estar. «Mejor en tu casa.» «Yo me ocuparé de esas cosas. Mañana, a las siete.» Y se fue y nos reunimos en el cuarto de estar nuestra madre, Antonia, Laura, Petra, Orestes y yo. La monja, empeñada en rezar y nuestra

madre disuadiéndola. «Ahora no, hija, ahora no tengo ganas.» «Pero tía Inés, ¿y cuándo mejor que ahora?» Acabamos rezando todos, hasta Orestes. Laura y yo nos turnábamos a la cabecera de nuestro padre y, a su lado, mis pensamientos se ponían a correr paralelos a los suyos a lo largo de toda la vida de su hijo. Un niño que tartamudeaba y se escondía en los armarios o se hundía en el silencio con la cara pegada al cristal del tranvía que nos llevaba a Chamartín; un cadete con el antiguo uniforme que tenía el cuello alto, casi hasta la barbilla; el jersey que llevaba en prisiones militares después de la sublevación de los artilleros y de los sucesos de octubre; el mono, que le estaba grande, con el que compareció ante el Tribunal Popular, ante el presidente de los bigotes y los campanillazos y los catorce jurados y el fiscal, con su cara que parecía hecha con la piel de una cicatriz, el escándalo cuando se levantó y se desdijo de todo lo que le beneficiaba. «Pianista, pianista hasta con melena.» Tomamos la carretera de Francia pero, como aún no había amanecido, no me di cuenta de que estábamos en Chamartín hasta que vi las cuatro torrecillas del colegio y el pinar, con el pino que llamábamos de Napoleón. Ya había salido la noticia en los periódicos. Había muerto en su puesto de observación. «Orestes, de ahora en adelante, el pico cerrado.» «Mi coronel, yo, mi coronel, la verdad que oí tres tiros, pero a sus órdenes, mi coronel.» Tres tiros, su último tartamudeo.

—Será un héroe, aunque mucho menos de lo que lo fue en realidad. Un héroe de guerra, que es lo que no le costaba ningún esfuerzo, cuando lo fue desde que nació. Lo que tenía era mucho más que valor físico.

La voz de Monroy tenía el tono de las oraciones fúnebres.

—La honestidad en carne y hueso, aun a costa de sí mismo. O tal vez...

Se calló porque comprendió que estaba acercándose demasiado y era demasiado penoso, a su entender, para decirlo delante de mí. En el portabultos llevábamos el ataúd que sobresalía un palmo por cada lado. Ojalá estuviéramos de vuelta del entierro o mucho tiempo después, cuando se hubieran descolorido las escenas que íbamos a vivir. Su cuerpo, las caras de los oficiales, la caminata calle de Alcalá adelante, el ruido de las paletadas de tierra sobre la madera del ataúd. «¡Cuánto ha tenido que sufrir! Demasiado sensible...» ¡Ya te podías callar tus comentarios! Pero no se callaba, no, porque tomaba mi silencio como la manifestación de una pena mayor de la que sentía; por supuesto que me dolía más que a él, pero también me dolía que no me doliera más aún, hasta que me acorchara la aflicción y no me fuera posible sentir la tersura de la mañana, como de comienzo universal, que me causaran placer el paisaje, los verdes distintos que alegraban los cerros; el denso y apretado de los pinos, el tierno de los pastos que servían de fondo a los muñones de los fresnos, el pálido de algún matorral de helechos, y por encima, al fondo, ascendiendo, los peñascales grises y azulados, más franjas de pinos y la nieve que amarilleaba en las alturas y en los cortafuegos. Un paréntesis, el paréntesis habitual de los viajes;

momentos de olvido absoluto, aspiraciones casi gozosas del aire frío que entraba por la rendija del cristal, vacas blancas y negras pastando, un águila, urracas que volaban desde la cuneta a unos diez o doce metros más allá, un silencio en el que se perdía el ruido del motor. Monroy con el cuello del capote levantado, Orestes ante mí, con los bordes de las orejas amoratados por el frío, el conductor con su pasamontañas bajado y el ataúd que aún olía a nogalina cuando fuimos a recogerlo. Y el final del paréntesis, los oficiales esperándonos a la puerta del chalet que tenía solamente un jardín con unos cuantos pinos. Una mezcla de aturdimiento y frialdad, una bajada trabajosa al presente. Caras atezadas, hilos de líneas telefónicas que salían por una ventana del piso superior, profusión de insignias de artillería en los capotes, en las cazadoras, en las gorras, en una boina negra como la suya; el chapaleo de nuestros pasos sobre la nieve derretida que parecía una granizada de café con leche, olor a leña que venía del fondo del jardín, Monroy saludando y respondiendo al saludo y presentándome al comisario político, al capitán Frías, a dos tenientes muy jóvenes con tabardos azules. «Está en la primera habitación, la que tiene la ventana abierta.» El comisario señaló un cuadrado oscuro en el que brillaba una bombilla. «Todos nosotros...» Estaba en el suelo, bajo una manta de soldado que tapaba su rostro y dejaba al descubierto las botas cuyas suelas tenían adheridas agujas de pino y un guijarro entre las estrías del tacón de goma. El capitán Frías se acercó, levantó la manta por una punta y yo cerré los ojos y deseé que no estuviera desfigurado para que pudieran verle nuestra madre y Laura. «Le hemos vendado para que no se vea... Era mejor que ponerle la boina porque había que torcerla a lo chulo.» Dejó la manta por debajo de la barbilla; tenía una venda con el extremo sujeto por un esparadrapo sobre una sien y una expresión que era el reverso de la que tenía habitualmente o de la que yo pensaba que me quedaría de él: distendida, serena, con la boca enseñando apenas los dientes, las pestañas ligeramente blancas, quizá de la escarcha. La nariz torcida me oprimió el pecho, me hizo tragar saliva y tragarme definitivamente su muerte. «Como dormido. Fíjese la serenidad que tiene.» Frías me dejó paso, bajé un poco más la manta hasta que aparecieron las insignias sobre la cazadora, que formaba un bulto, y las manos, en uno de cuyos dorsos tenía una pequeña equimosis. Sonó el teléfono y tuve la sensación de que me iban a dar otra vez la noticia; le arreglé el cuello de la cazadora, hice desaparecer el bulto que formaba sobre su estómago y una de mis manos rozó las suyas, heladas; el frío lo excluía y lo distanciaba más que la inmovilidad y los ojos cerrados y la rigidez, más que... «Hagan el favor.» El frío era un portazo, el portazo final de todos los que había ido dando en su vida. «... favor.» La habitación se llenó del olor a nogalina y pasaron el ataúd Orestes, y otro soldado que le ayudaba. Ya no le hacía falta yo, ya podía irme; hice el mismo ademán, la misma caricia que le dedicó Laura, pasé mi dedo a lo largo de su nariz y sentí una mano en mi hombro y otra que me cogía por el brazo.

—Tomás, estás tiritando.

Nos llevaron a una habitación con una chimenea en la que se consumían unos troncos entre estallidos y chisporroteos. «Café y coñac, pero en seguida.» Un mirador de cristales cruzados por esparadrapos, las montañas, unas nubes que asomaban por encima y que se iban vertiendo lentamente de este lado, las miradas de los otros en mi espalda, pisadas, olor a café, una taza ante mí, un chorro de coñac, un golpe hueco, otro más, yo mismo era el que debía estar haciendo aquello. «Señores, una cosa es lo que digamos en la versión oficial y otra... Exijo una explicación con todo detalle.» El comisario y el capitán Frías empezaron a hablar a la vez, se callaron, se miraron, Monroy señaló al primero y el segundo se retiró hasta quedar a mi lado. «Acérquese a la chimenea.» Pero no me moví, sorbí el café ardiente; por encima del borde de la taza vi la cara y los ojos duros de Federico Monroy, el medio perfil del comisario, su mano sosteniendo la taza y el paso que dio hacia la mesa, donde la dejó. «A ese animal pescuezudo... Al asesor, quiero decir, se le había metido en la cabeza que quería pasarse y que por eso se acercaba tanto a las líneas enemigas... Una bestia que todo lo resuelve ladrando y sospechando hasta de su sombra, pero la verdad es que él elegía los sitios más batidos para su puesto de observación. Y Kiper le había visto montar el trípode del telémetro en lo alto de unas rocas que sobresalían por encima de los pinos. «¿Ve usted aquella mancha de nieve? Pues allí, a la vista de los facciosos. Se exponía demasiado y se lo habíamos advertido varias veces pero no nos hacía caso. Decía que un observatorio es un observatorio y no un refugio... ¿Tenía alguna razón para desear que...?» «Siga.» El comisario hizo un gesto que parecía responder a algo que estaba pensando y que no sabía si callarlo o decirlo. «Quiero toda la verdad, así que déjese de circunloquios y al grano.» «También yo, pero nos falta algo, y por eso le preguntaba si tenía algún motivo para exponerse sistemáticamente a que le mataran.» «La verdad de lo que han visto ustedes mismos.» El comisario se rascó la nuca. «Luego pasó lo del proyectil que se cargó al teniente y a dos artilleros.» Frías: «Debió ser el apuntador que se distrajo, o el teniente que no le dio bien el alza, o la espoleta. ¡Vaya usted a saber!» «Una mala pata. ¿Más café con coñac? Digo yo si ésta sería la causa.» El teléfono volvió a sonar. «Con permiso.» El capitán Frías salió y se le oyó subir en cuatro zancadas las escaleras. «O la última gota, porque desde que llegó estaba a rebosar.» «Déjese de gotas y de suposiciones y vengan los hechos.» «Ayer, a mediodía, aprovechando que había salido a recorrer los emplazamientos, volvió a la carga con su perra de que se quería pasar, de que había hecho averiguaciones y se había enterado de lo de Campamento y lo del juicio. Estaba más borracho que de costumbre y hablando tan de prisa que el peribóche...» «¿El qué?» «El traductor, un sudamericano que hablaba con voz de tango. Casi no tenía tiempo de seguirle, traduciendo los insultos. Que si éramos idiotas, o tan traidores como el comandante, que iba a dar parte de todos...» «Y en ese momento,

otra mala pata, se abrió la puerta esa...» «No tuvimos tiempo de hacer nada», terció Frías que había vuelto a entrar. «El traductor estaba diciendo que el otro decía que el comandante Labayen era un traidor, y aquí, el comisario, le agarró por un brazo para echarle una llave, los otros, que traidor, que fascistas, y ahí mismo, donde está usted, ahí mismo. Mire el suelo, está más blanco porque le echamos lejía.» Monroy dio dos pasos atrás. «Le falló el primer tiro, luego vimos que le hizo una quemadura en la frente, que es lo que le hemos tapado, pero al segundo acertó y todavía el peribóche quiso sacar la pistola, pero ése le arreó una castaña, y por poco los matamos, les dimos una paliza...» «El ordenanza asegura que oyeron tres disparos. ¿Qué están intentando tapar?» «Y yo le digo que no hubo más que dos. Y ¿qué necesidad tenemos de tapar nada?» «Ustedes sabrán. A ver, que traigan al ruso y al otro ahora mismo.» Se miraron, el comisario irritado, titubeante: «El caso es que se marcharon anoche mismo. Hacen lo que les da la gana y usted lo sabe mejor que yo.» «Conque casi lo matamos... ¡Imbéciles! ¿Por qué no lo mataron? Y encima le dejan marcharse. Y ahora ¿qué? ¿Quién se atreve a...? ¿No habrá sido usted?» «¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Porque soy comisario? ¡Estaba hasta los huevos de él!» «¿Por qué no me dijo anoche que se había ido?» «Porque no me lo preguntó.» «¡No me diga usted que tenía que preguntárselo!» Trajeron las tablas de tiro, la ropa, el libro de las *Sonatas*, los prismáticos, el cepillo de dientes, el peine en el que había unas motitas de caspa. «Se hacía querer, se hacía querer de verdad, mientras que el otro era un cabrón. Y el peribóche un lameculos.» «Ustedes tampoco tenían confianza, y la prueba es que...» «¡No, señor! Le juro que tenía tanta confianza en él como en mí mismo.» Orestes abrió la puerta, olí a nogalina. «Ya... ya está en el coche, mi coronel.» El comisario nos pidió que le lleváramos. «Suba, le iba a proponer que viniera, pero no por...» Apretones de manos, el ataúd había sido atado al portabultos, Monroy y Orestes comprobaron los nudos de la cuerda; una batería comenzó a disparar entre los pinos agitando las copas y echando al aire la nieve: «Coronel, yo no soy comunista pero tiene que comprender que si les hubiéramos pegado un tiro...» «Déjelo, déjelo ya.» «Es que tengo que decirle que había un tenientito nuestro que ha desaparecido también.» El rebufo, las sacudidas de las ramas, el ruido del motor de arranque que no acababa de arrancar; el conductor tuvo que usar la manivela; las nubecillas de los proyectiles estallaban hacia la cuesta de Castilla y el Alto del León; la guerra parecía achicada, perdida entre los bosques y los picachos nevados; no se sabía si los ecos eran ecos o descargas de las baterías enemigas.

La carretera se extendía ante nosotros y el ataúd, en el que iban las pestañas blanquecinas y la nariz torcida y helada. Me preocupaba que pudiéramos perderlo, que pudiera deshacerse el nudo o chocar contra algún quita miedos o contra los cubos de los camiones que subían. La gente de los pueblos nos seguía con la mirada. Todavía lo llevábamos. A casa de Monroy, en Menéndez Pelayo, esquina a Ibiza, con

el Retiro enfrente y la casa de fieras y el banco donde estuvimos sentados y el seto tras el que nos hicimos el amor. Y un armón tirado por caballos que eran unos pencos llenos de mataduras. El general Miaja, con gafas y aspecto de párroco bien nutrido, Antonio Ruiz envuelto en una bufanda hasta los ojos, Monroy con su abrigo impecable y su gorra galoneada bajo el brazo, Laura agarrada al brazo derecho de Juan, la bandera tricolor cubriendo el féretro y ondeando a causa del viento, Langa, Orestes, Sanabria, Pedro Martínez, Bonilla, un ruso que resultó ser Gorev, el general consejero, con su ayudante, los dos de paisano pero inconfundiblemente eslavos, unos cuantos oficiales y soldados de artillería, representaciones de los partidos del Frente Popular.

Llegamos a la plaza de toros de Ventas y seguimos por la carretera de Aragón hasta la bifurcación de la del cementerio del Este. Se formó un corro alrededor de la sepultura abierta y Miaja se creyó obligado a soltar una oración fúnebre. La lluvia, que había venido amenazándonos, terminó por caer. Los enterradores se afanaron con sus ladrillos, sus cuerdas y sus rulos de madera sobre los que deslizaron la lápida. Nos pusimos delante de ésta Laura, Juan, Monroy, yo, con Petra apoyada en mí comunicándome sus sollozos, Orestes al otro lado y, junto a él, una mujer joven con unos ojos negros muy grandes y un pañuelo pegado a la nariz. El más viejo de los enterradores se acercó, gorra en mano. «En paz descanse.» Desfilaron todos los asistentes. En paz descanse, en paz descanse, en paz descanse, en paz descanse. Pusieron una corona de flores rojas y un ramo de violetas artificiales atado a un rollo de papel con aspecto de partitura, seguramente *Les Adieux*, sonata para piano en mi bemol, opus 81. «Vámonos», propuse cuando terminaron las despedidas. «No, todavía no», dijo Laura, «no podemos separarnos tan pronto de él. No ha muerto del todo, nadie muere tan de repente». «Laura, por favor.» «No, no. Tiene que quedar algo. Estoy segura de que nos está oyendo.» Juan la cogió del brazo. «Estás empapada. Debemos irnos ya.» «Espérate, por favor.» Petra se soltó de mí, cruzó delante de la mujer del pañuelo y se abrazó a Laura. «Vamos. Hemos dejado sola a nuestra madre», insistí, apartándome del grupo, al tiempo que la mujer se alejaba.

Detrás de Laura, de Petra y Juan, el cementerio descendía en pendiente y a espaldas de aquéllos se veía un fondo de nubes, la cortina plateada del agua y una gran cruz de granito con unas letras a lo largo de su brazo horizontal. Por unos instantes, todos y todo quedamos fundidos en algo que no tenía límites de espacio ni de tiempo, y que parecía abolir los contornos y el alcance de nuestros cuerpos y nuestros sentidos, desde el canturreo lloriqueante, que estaba treinta años atrás, hasta el olor de la tierra mojada y el gris de las nubes, y Miguel y Laura y Juan, la lápida de mármol, el papel que crepitaba con la lluvia, una lluvia destinada a acariciar la tierra pero que se transformaba en una caricia para nosotros. «Se está destiñendo la cinta de la corona», advirtió Juan y yo pude ver el reguero de agua irisada de negro y de rojo

que descendía hacia la partitura y cogí ésta antes de que fuera alcanzada. Se la di a Laura y se inclinó y la colocó sobre la lápida, en la parte bajo la cual estarían su cabeza, su cara, su nariz torcida, sus ojos, su vendaje y sus pestañas que habían recobrado su color en casa de Monroy y que, mientras la escarcha se derretía, daban la impresión de estar dejando pasar las lágrimas con que se lloraba a sí mismo.

—Ya está bien, Laura. Vámonos.

Según los periódicos había muerto de una bala de fúsil porque había instalado el puesto de observación tan cerca de las líneas enemigas que un tirador disparó sobre él como sobre una diana. A continuación, hacían un elogio encendido que emocionó a mi padre, aunque en cambio, le irritó la versión de su muerte. «No me leáis embustes. Son un escarnio. Le asesinaron porque no se fiaban de él.» Orestes decía lo mismo, con una variante melodramática propia de su fantasía de embustero inagotable: Miguel había matado al ruso y los otros habían matado a Miguel. «Y si no ¿por qué no han aparecido Kiper y el traductor y el tenientillo? ¿Y los tres disparos que oímos, como me llamo Orestes y por la salud de mi madre?» Monroy aportó otra explicación más: Miguel se había suicidado porque todos le empujaron al suicidio. «¿Y los tres disparos?» «Cuentos de Orestes.» «Queda otra explicación más: Miguel y el ruso se mataron entre sí», dijo Langa. «O Miguel se anticipó al otro, le pegó un tiro y luego se suicidó.» «No, no era capaz de matar a nadie. Lo que os pasa a los dos es que no queréis admitir que se suicidó porque es lo más penoso.» Nuestra madre estaba convencida de que lo habían asesinado y los periódicos decían que había muerto en su puesto de observación. Cada cual se aferraba a su versión de la verdad; hasta Luisa, hasta su marido:

—Fue Kiper, porque Norte le conoce y dice que es un hombre violento y sin escrúpulos.

Luisa lloró, lloró lo que yo no había llorado, y me hizo hablar de él, me escuchó mordiéndose los labios, arrugando su traje de enfermera y tapándose la cara de la que habían desaparecido las pecas y el dorado del sol. «Si no fuera por ti, le tendría más miedo a la vida que a la muerte.» Me parecía que se estaba consumiendo; su calavera se delataba en sus pómulos tirantes, sus orejas y sus sienes hundidas. Me dijo que no tenía fuerzas para ver tantas heridas y tantos sufrimientos, que le hacían vomitar el olor a cloroformo, que el otro le decía que lo dejara y ella que a todas les sucedía lo mismo hasta que se endurecían. Y yo que tenía razón Norte. «Debes ser lipotímica. ¿Es que te quieres matar?» No, porque la sangre no le impresionaba. Un beso, un inicio de caricias, un rechazo por parte de ella. «Hoy no. Hoy no podría.» Y el coronel se iba muriendo lentamente, cada vez menos lentamente, con la lengua y los labios agrietados; tenía vómitos de sangre, dificultades para tragar, hipo. Según Bonilla el tumor había afectado ya al mediastino. «Dejadme morir.» Y los bomberos, las sacas de las cárceles, el Tribunal de Urgencia en el que la muerte de Miguel me

dio un prestigio que me inmunizaba, los frenazos de los coches, los ataques y contraataques en la Casa de Campo, la Universitaria, más brigadas internacionales, mas sirenas, casas que ardían y se venían abajo, calles levantadas y cortadas por parapetos hechos de adoquines y sacos terreros. Las noches en vela, el frente rugiendo, los antiaéreos, mi padre cada día más cianótico, haciéndome pensar que la muerte natural se había vuelto la menos natural, que era una aberración, una alteración del orden de las cosas porque ya no parecía posible morir en la cama y porque era peor, era una muerte más dura, una muerte que se estiraba sin piedad días y días. Hasta que murió después de comer, sin ningún sufrimiento y sin que nos enteráramos. Laura salió de la habitación: «Está dormido.» Pedro Martínez me miró; me acababa de preguntar si tenía los pies fríos y si se le habían amoratado las uñas; me levanté y comprobé que no tenía pulso, le toqué los pies, metiendo la mano bajo las mantas, y estaban helados. Ya no respiraba, tenía cerrados los ojos y la cabeza caída sobre el pecho. Le tendimos en la cama y Antonia aconsejó que le tendiéramos en el suelo y Pedro habló del frío y del rigor mortis. Laura se opuso, me miró, me transmitió sin palabras lo que habla dicho cuando nos quedamos los cuatro ante la sepultura de Miguel.

Se avisó al jesuita, a Juan, a Monroy, al médico, a Antonio Ruiz, se abrió el baúl de los uniformes, se puso en marcha la cadena de ritos mortuorios, la agencia de pompas fúnebres, el certificado de defunción, el Registro Civil; desfilaron por casa los vocales del Tribunal de Urgencia, Arango, los vecinos, Orestes, el portero, Federico Monroy. Por la noche le pusimos el uniforme de gala; el jesuita, con el gorro en una hombrera, rezaba responsos y se contestaba a sí mismo y trataba de consolar a nuestra madre, mientras Petra lloraba y farfullaba en vascuence y Antonia rezaba un rosario tras otro y se quitaba las gafas para secarse las lágrimas. Por la mañana, como continuó el desfile, le tapamos con una sábana para ocultar el uniforme. La madre de Andrés, Sanabria, el comisario del Grupo de Artillería, los oficiales de la brigada de Juan, León, el mecanógrafo, Rosas, Pedro Martínez. El coche fúnebre con columnas salomónicas y guirnaldas negras, las coronas sobre el ataúd y nosotros detrás, con bufandas, con las manos en los bolsillos de los abrigo o debajo de los capotes, con unas nubecillas que empujábamos ante nuestras bocas y nuestras narices. Yo, con un despego que bloqueaba mis sentimientos y me permitía dirigir mi atención a lo que tenía interés, al coche recargado, a la bola que coronaba el techo y que debió estar rematada por una cruz, a las tufaradas del tubo de escape que parecía un aliento más. Por Velázquez llegamos a Goya y por Goya a Alcalá; se oían los cañonazos, las botas de Juan crujían, el jesuita bisbiseaba, el viento echaba al aire periódicos, hojas secas, polvo. De la entrada del metro de Ventas salió un remolino de billetes, que vino a posarse a nuestros pies y una muchacha con un pañuelo a la cabeza que me hizo recordar a Luisa. «Ahora me toca a mí», dijo nuestra madre y se acostó en la cama

donde acababa de morir el coronel y no quiso que se llevaran el balón de oxígeno, ni que sacaran el sillón y las mantas, ni la bata, ni el chisme de níquel para el inhalador. «¿Y nosotros?» «Vosotros ya no me necesitáis. Os estorbo a todos.» Parecía un pajarillo, un gorrión aterido; sus hombros se señalaban bajo el chai como una percha, su pecho era un hueco, sus piernas dos palillos, su cara... No lloraba pero no cesaba de hablar de los dos, de desenterrar recuerdos sobre sus manías, sus frases, sus costumbres, sus éxitos. Siempre que iba al baño pensaba que encontraría cerrada la puerta y que oiría la voz de Miguel: «En seguida salgo», aunque nunca salía en seguida. Cuando éramos niños y nos llevaba a misa poníamos los dos una sola rodilla en el suelo mientras el cura alzaba la Sagrada Forma: «Y él os decía ¿para cuándo dejáis la otra?» Y todos buscándole y apareció encerrado en el armario. Y el piano y «¿Hummm?» y «Peor, gracias a Dios». Recuerdos, más recuerdos, los mismos recuerdos que pasaba una vez, otra vez, otra, como las hojas de un álbum de fotografías. Y tiraba de ellos, los sobaba, los acariciaba, se consolaba exasperando su dolor, revolcándose en él, apurándolo hasta el fin, hasta más allá, hasta que se extinguía por cansancio, hasta que volvía a surgir.

Nos vimos obligados a alojar a una familia que vivía en Ferraz, un matrimonio y un niño de seis años. El marido era un ser pegajoso, muerto de miedo, abogado de un banco y ahora nada, desafecto y rezador a causa del miedo; la mujer joven, tiesa, guapa, fanática y mandona. «Cuando entren los nacionales saldré a recibirlos con sombrero.» «He prometido comer con cuchara cinco años si ganan los nacionales.» Y Laura, mordaz: «Mañana le traeré un plato de mierda para que empiece.» Nuestra madre: «Laura, por favor, son nuestros huéspedes...» Ella y el marido se levantaban de la mesa y éste regresaba a los pocos minutos para excusarse, servil, dispuesto a comerse el plato de mierda. Nos dividimos en dos facciones, ellos y Antonia de un lado y Laura y yo de otro, pero hicimos un convenio: cada grupo comería a horas distintas, cada grupo ocuparía el baño cuando el otro hubiera concluido, y un día ellos primero y el otro día primero nosotros. Nuestra madre se había establecido en su dolor y continuaba evocando la nariz torcida y la afición a tocar el piano, a Miguel que subía conmigo por la fachada de la casa de Ferraz, cada uno con su piolé, y el «Me cago en la vida», los ganglios en el cuello, los ataques de hipo. Se enfangaba en su dolor alimentándolo de recuerdos mientras acariciaba el anillo de nuestro padre, que se había puesto en el mismo dedo que el suyo.

El evacuado disimulaba su rosario, el niño jugaba con Bucarín, Laura y yo salíamos a flote adaptándonos de nuevo a la vida con una rapidez escandalosa. La guerra aceleraba nuestro tiempo interior, como si los días tuvieran la duración de semanas y las semanas de meses. La evacuada decía: «Cuando entren los míos saldré a recibirles con sombrero y traje de noche aunque sean las dos de la tarde.» Y Laura: «Pues como la pesque un moro... ¿Por qué no sale ahora?» «Los moros son unos

caballeros, señora mía.» «Unos caballeros que violan a su madre.» «¡Laura, Por favor! No sigas.» «El traje de noche no, el traje de mi boda.» «Lo mas adecuado, aunque cuando vaya a decir eso de "al fin solos", se va a encontrar debajo de treinta rifeños.» Apareció Juan, con su chaquetón y su boina con la estrella de cinco puntas y la barra de comandante, y con León y un perro lobo detrás. El evacuado se atragantó y a su mujer se le saltaron los ojos al verle. «No se asusten. Es mi yerno.» Mucho gusto, encantada de conocerle. Laura sonreía, los otros dos se miraban; se adivinaban lo que se dirían en su habitación: «¡Dónde nos han metido! ¡Si son rojos todos menos la vieja!» «¿La vieja? La vieja también.» El evacuado: «Mi comandante, perdone, profesional, ¿no?» «Profesional, pero llámeme Andrade.» Y la mirada de la mujer que decía: «¡Menos mal!», y mucho mi comandante, mi comandante, del evacuado y ella con los ojos convertidos en dos semáforos.

—Cobarde, no le adules más.

Volví al café, al que se tenía que entrar por Miguel Moya para evitar los proyectiles que caían en la Gran Vía. La tertulia se había quedado reducida a Sanabria y a Rosas y, rara vez, a Riaza, el fiscal. Había oficiales del Batallón Garibaldi, aviadores que vivían en el Florida, internacionales convalecientes, con muletas o brazos en cabestrillo; un día aparecieron la Pasionaria y Antonio Mije... Y de nuevo Jorge Juan, con la verja y la escalera, y Luisa con la bata blanca bajo el abrigo. Estaba mejor, había superado el aprendizaje. Y yo había superado mis pruebas; habían muerto y había concluido todo, hasta mis obligaciones; lo que hiciese ahora no les podía dañar, pero me quedaba un rescoldo: la aprensión de estar vacante de sufrimientos y, por lo tanto, más expuesto a otros nuevos. Me iban ganando dos convicciones, la de que nadie puede estar sin sufrir y sin recibir palos y la de que unos palos alejan el peligro de otros, por lo que, cuando no se recibe ninguno, es como para echarse a temblar. Y temblaba, temblaba hasta que surgía una ocurrencia que, de una manera tosca, se podía definir como la sospecha de que había una necesidad de sacrificar vidas porque las exigía un dios implacable y de que las de mi padre y mi hermano habían cubierto esa necesidad. Luisa también andaba a la caza de preocupaciones, le crecían como hongos en otoño; Norte no podía vivir sin ella, le habían dicho que los vigilaban a los dos, que habían llegado más policías del Partido, que había tenido unas palabras con uno del Comité Central porque tenía a su mujer en el país vasco y se le veía con una fulana; le aseguraba que no se salvaría ni huyendo y que lo sentía por ella pero que era una necesidad y no pensaba escapar. Unos días más tarde sucedió algo que pareció una prueba de que no inventaba nada. Desde la ventana, mientras la estaba esperando, veía un pedazo de la calle de Jorge Juan y pensaba que también veía solamente un pedazo de su vida, muy pequeño, el menos cotidiano pero a la vez el menos variable; las caricias son siempre las mismas, el resto me llegaba como las pisadas, como las sirenas y los cañonazos, de lejos y casi

siempre penoso. Y apareció descompuesta; con los labios temblorosos me dijo que la había seguido un hombre, corrió a la ventana y dijo: «¡Ahí esta!» y yo recordé al de las sandalias que no era el de las sandalias y que tapaba su cerveza para defenderla del polvo. Alguien entró en el patio, en la casa, comenzó a subir. «¡Márchate! Esto no va contigo.» «Ya no hay tiempo. Nos cruzaríamos...» El timbre la echó sobre mí. «No es él pero puede ser uno de los suyos o de la policía política.» Yo vi un adelanto de lo que sucedería, la puerta, que forzaría de una patada o de un tiro, su entrada tambaleándose a causa del esfuerzo del puntapié, su sonrisa de triunfo, o acaso su gesto de desolación y de pena: «¡Vaya con los tortolitos!», o su silencio, angustiado y angustiante. Otra llamada y unos golpes en el suelo con una impaciencia burlona, como marcando unos compases de baile; sufrí un ataque de valor o me envalentonó la seguridad de que no era él y de que no había peligro. Luisa intentó retenerme pero yo me lancé al recibidor, abrí la puerta y me encontré con un larguirucho que llevaba el uniforme de las brigadas internacionales y que soltó un eructo vinoso: «¿Qué quiere? ¿Busca usted a alguien?» Se quitó la gorra y me largó otro eructo. Tenía el pelo rojizo y unos ojos casi incoloros; me hizo un guiño picaresco, amistoso, dijo algo que sonaba a disculpa, dio media vuelta como si estuviera haciendo la instrucción y se fue, bajando la escalera a saltos. Yo solté un suspiro de alivio. «Este te ha seguido por su cuenta.» Pero ella dijo que sabían muy bien su oficio, que se estaba haciendo el borracho, que no podíamos seguir viéndonos allí y que me llamaría o me escribiría al Tribunal de Urgencia. Entre tanto yo le desabrochaba los botones del traje, que estaban a su espalda. «Pero ¡si apestaba a vino! No hay nadie que se haga el borracho emborrachándose de verdad.» Sin embargo, percibía el miedo a los palos como el zumbido de un moscardón que se fuera aproximando. Y sin embargo, continué con los botones, la llevé a la alcoba; en la que entramos, aunque antes de acostarnos se me escapó para mirar al patio y a la puerta por donde había salido el larguirucho.

Las pisadas se detienen, tintinean las llaves, se oye el chirrido. «Otro pensionista», dice Cara de Luna. Dan un empujón a la puerta, cae un rectángulo de luz sobre el cemento del suelo y aparece el gorro de lana que se saca las manos de la pelliza y abre un papel. «Tomás Labayen.» Siento el lápiz pegado a los dedos y la bola de calor en la nuca. Ahora sí que se acabó, se acabó, es a mí, a media mañana... ¿O será que me han encontrado? Doce pares de ojos siguen mis movimientos, mi nuez que sube y que baja, mi mano que logra soltar el lápiz, que cierra el cuaderno y se lo da al cura. Me pongo de pie. «Venga conmigo.» Se acabó. Cruzo el jardín, una puerta de cristales que están rotos, un gran vestíbulo con una escalera que sube adosada a dos de sus paredes, otra puerta pero de nogal. Suena un golpe como si hubiera chocado con una pared, huele a puros y cigarros ingleses, a leña. Una gran mesa de despacho y tres hombres. «Anda, acércate... ¡Vaya! Éste es el intelectual que engatusó a Macías.

Tiene una labia... Las cosas como son. Una labia y una frescura... ¡Coño, qué mala geta te se ha puesto! Tú, una silla, que se va a desmayar.» Noto el asiento en las corvas, me dejo caer, he palidecido más aún. Éste va a ser mi juicio, voy a recibir un trato especial. Veo tres caras, bajo las viseras de tres gorras de cuero con las orejeras levantadas, la mesa de palorrosa sobre la que hay un incensario que sirve de cenicero, una bandera en la pared, la huella de un cuadro que han descolgado, estanterías con libros con encuadernaciones de lujo. «Así que juez especial de la rebelión, y ahora presidente de un Tribunal de Urgencia. ¿Qué os parece? Sí que va á quedar mucha revolución a este paso.» Se recuesta en el sillón, la gorra se le baja por delante y la visera le tapa los ojos. «Esta vez no vas a poder camelar a nadie con tu palabrería. Estás *cagao*. Y con razón.» Mis pensamientos son una pasta, mi cerebro se ha disuelto, no sé si contestar o callarme, si les irritara lo primero o lo segundo. «Tú en mi lugar también estarías *cagao*.» «Sigues tan chulo como siempre, pero cuando acabemos no te van a quedar ganas de flamenquerías.» «¿Chulo? ¿Por qué?» «Porque naciste así, y como tienes buen pico...» Coge el cigarro del incensario, le da una chupada y echa el humo hacia mí. No veo sus ojos, pero sé que me miran. El de la derecha fuma un puro apestoso y tiene las manos cruzadas sobre el vientre, el otro chupa la punta de un lápiz tinta y escribe en un papel cuadriculado. Enciclopedia Espasa, César Cantú, Historia Universal, Clásicos Ribadeneyra, los Episodios Nacionales. Oigo el rascar del lápiz, la respiración asmática del albino, una rumba que viene de alguna radio. «... y un señorito chulo.» El del puro apestoso dice: «Bueno, eso ya lo has dicho. ¿Y qué más?» El albino sonríe, enseña los dientes y las encías rojas, mira la marca de su cigarro, se lo lleva a la boca, aspira golosamente de él, echa el humo por la nariz y yo pienso que está gozando conmigo: «Casi nadie. Uno que tiene un padre coronel y un hermano capitán de artillería que se sublevó...» Le interrumpo: «Que ha muerto en el frente hace quince días por ti, o por vosotros, que estáis ahí mientras los demás os sacan las castañas del fuego.» «¡No te jode! Aún tiene cara para llamarnos enchufados. Pero tú no eres tu hermano ni el presidente de la República; ya te lo dijo Macías. Y a mí no me la das. Que si se educó en los jesuitas, que si no es un burgués, que si la piedad... Y el otro tragándose todo, atontado... Y encima mandándome callar. Ellos habla que habla y yo a mirar por el balcón.» ¡Cómo se acordaba! Otra chupada golosa, el del lápiz dejó de pintar. «Con deciros que acabaron tan amigos. Y a propósito de amigos, a ti no te faltan porque han estado preguntando varias veces, y gente principal, pero te puedes figurar el resultado. Esta vez...» Se pasa un dedo a lo largo del cuello y hace un ruido lleno de erres, al tiempo que siguen oyéndose la rumba y la voz pastosa de Carlos Gardel: «Bajo el cielo tropical / tu silueta sensual.» Con la mano, una mano desteñida, da dos golpecitos en el cigarro para que la ceniza se desprenda y caiga sobre el incensario que hace las veces de cenicero. «Mira. No voy a ser menos que Macías y te voy a

dejar hablar para que nos demuestres que eres un buen antifascista.» Y luego, por encima de mí, le dice al que me ha escoltado: «Anda, márchate que ya te llamaremos.» Se alejan los pasos, abre la puerta y entra otra estrofa: «El sol de tu hondo mirar.» En seguida, silencio, envaramiento, la certeza de que va a jugar al ratón y al gato conmigo. «Hoy consigue turbar / mi corazón...» Pone su sonrisa rosada y blanca. «Tú sí que estás *turbao*. ¿A que sí?» Y arranco de mi encasquillamiento. «Si han preguntado por mí es porque tengo amigos de izquierdas y si tengo amigos de izquierdas es porque yo soy de izquierdas también.» ¡Qué argumento!, me digo, y no se hace esperar su inanidad. «No me hagas reír. Cualquier fascista puede tener amigos de izquierdas. Pues sí que no han pasado por aquí mandamases preguntando por detenidos como tú o peores aún.» Se echa la gorra hacia atrás y la visera deja al descubierto los arcos ciliares sin cejas, los párpados sin pestañas, los ojos rosados. El del puro hace equilibrios para que no se le caiga la ceniza, el otro se muerde la lengua y me mira y parece prestar atención a «la luz de tus claras pupilas / que siempre iluminan...». «Si no fuera antifascista no me habría nombrado el Gobierno Juez de la Rebelión ni presidente de un...» «¿El Gobierno? El Gobierno me toca los cojones. Aquí no manda el Gobierno. ¡El Gobierno! Un atajo de burgueses cobardes que se dan el bote en cuanto ven que el asunto se pone feo.»

Sonríe sin crueldad, más bien de buen humor, con los párpados entornados, tira de la cajetilla, saca otro cigarro y lo enciende sin apartar los ojos de mí, sin despegar los labios, echándome arena en la máquina de pensar. Sólo se me ocurren cosas que es peligroso decir: que me nombraron para acabar con los asesinatos, con sus asesinatos, que he hecho yo más por la revolución que él aunque no soy un revolucionario, que no tiene autoridad para juzgarme, que habría que juzgarle a él y a los suyos. El silencio se espesa a mi alrededor; no voy a poderlo romper porque tengo la boca seca y las mucosas como de pergamino. Pero si ya no hay escape... Allá voy. Lo suelto todo atropelladamente, desesperadamente, echándole encima mis argumentos como hachazos; mis argumentos que son los que empleó Sanabria contra mí. Y cuando llego a lo de los asesinatos y las sacas de las cárceles, levanta la mano: «¡Para ya, para ya! Lo que veo es que cuando se te aplica a ti la justicia del pueblo, deja de ser justicia.» Y yo: «Es que no es justicia, ni aplicada a mí ni aplicada a nadie.» «Vamos, que me vas a decir que no es justicia quitar de en medio a un fulano que es hijo de un coronel, que tiene una casa de postín y un escudo y que ha sido juez. Tú has mamado el fascismo y eso no se quita con nada. Y si no, dime qué has hecho por la causa del pueblo en toda tu vida. ¡Venga, habla ya! Y que no sea el cuento de la apendicitis.» Sonríe y enseña las encías rosadas. ¡Qué memoria tiene! Y encuentra divertido que sólo estemos él y yo en el secreto y que yo sepa que no se le escapó nada. «Estar en mi puesto como juez de la rebelión. Otros, con más obligaciones que yo han huido...» «Sí, y estorbar a la revolución con tu papeleo.» Me encojo de hombros, se

me desploman, aunque todavía le digo que pida informes, que pregunte a los del Tribunal de Urgencia, a Eliseo... «¿No conoces a Eliseo? Es de los tuyos.» «Que le den por saco. Ni lo conozco ni falta que me hace. Será otro fascista, porque en cuanto se acepta un cargo del Gobierno se hace traición a la causa.» Su cabeza se mueve recusando a Eliseo, al Tribunal Popular, al Gobierno; me sentencia sin papeles, sin firmas, sin declaraciones. Calor, el calor de dentro afuera que me hace sudar mientras miro el cenicero, la mancha azul en el labio del que tiene un lápiz tinta con el que está escribiendo, el papel que le pasa al albino y que éste entrega al de su izquierda. Nombres, muchos nombres, una «L» junto al último, que debe ser el mío, una «L» o una «J» trazadas por una mano que no tiene costumbre de escribir. Liquidado, o libre. ¡Libre! Oigo a Isidoro «De acuerdo» y un tintineo del lápiz contra el cenicero. Se abre la puerta, se acercan pisadas, me tocan un hombro, me levanto, asombrándome de que me sostengan las piernas y de poder andar. Se cierra la puerta y se les oye hablar hasta que llegamos a la escalera, al vestíbulo, a la otra puerta. Ya estamos en el jardín, la arena, la llave de la cerradura, los chirridos que hacen palidecer a los de dentro. Me empujan suavemente, cierran, se alejan cantando «Por ti, por tu palpitar». Y otra vez soy el centro de todas las miradas. «¿Qué ha sido?» El cura me devuelve el cuaderno y me pone una mano en el brazo. «Mi juicio final.» «Lo siento. ¿Tan mal le ha ido? Ya sabe que si quiere...» «Ya lo sé. Me lo ha dicho cinco o seis veces.» Abro el cuaderno, tomo el lápiz con una mano que tiembla. Es tonto que ahora me considere más en peligro que antes. Escribo, escribo y casi no se entiende, y en vista de ello me guardo el cuaderno y el lápiz y me dedico a pensar. Había uno que hacía esto mismo, uno de los que se llevaron. Me siento de nuevo y entonces es el cura quien se levanta, quien pasea haciendo un recorrido que sigue los huecos dejados por los últimos. «Siéntese, señor cura. Me está poniendo nervioso y se va a agotar.» ¿Qué querrá decir la «L»? ¿Qué discutieron y qué han decidido? El cura se sienta haciendo un ademán como si fuera a recogerse la sotana, Cara de Luna aparece frente a mí y yo puedo escribir otra vez porque ha pasado la noche y continúo vivo, entre ellos, oyendo la música de una radio que no es una rumba.

«Vamos, que no le fue tan mal. Todavía está aquí y si le hubieran...» «Desde luego. De anoche no habría pasado.» Juan Salud de pie, muy tieso y muy bajo, asiente. «He llegado al final. Sólo es cuestión de horas. Sólo es cuestión de que amanezca.» «¿Quién sabe?» «Yo lo sé.» Creía haberme acostumbrado, pero ahora veo que no perdí la esperanza. Eran tantos: Juan, Antonio Ruiz, Eliseo, Monroy, incluso ella. Los otros se olvidan, hablan entre sí de insignificancias. Si pudiera dormir, si pudiera cerrar mis pensamientos y mis ojos y no abrirlos hasta que llegue la hora. Tengo frío, me acerco a la pared por la que pasan los tubos de la calefacción o de la chimenea y me aparto porque está fría y me recuerda el frío de Miguel y el de mi padre. Laura decía que no se muere de golpe, ahora voy a saberlo. ¿Y este

cuaderno? Si lo rompo, hago algo preparatorio de mi destrucción, y si no lo rompo... «¿No va a comer?», me dice el cura por encima de un plato humeante de agua con diez lentejas. ¿Qué es mejor en estos casos, comer o ayunar? Ya no hay nada que sea mejor o peor, pero puedo sostener el plato sobre mis rodillas sin temblar, puedo tragar las lentejas y el agua, llevarme la cuchara a la boca. Si sucediera algo inesperado, si matara una bomba a Isidoro o un colapso me matara a mí, un infarto como el de Valerio, que todavía va a durar más que yo y que se guarda el infarto para cuando le llegue el momento. Es un día tranquilo; no se oye el frente, ni llegan camiones, ni hay alarmas. Sería más fácil morir en una saca a manos de unos milicianos enfurecidos, pero en un día como los de antes de la guerra, y yo solo... No, solo no, ahora mismo estarán muriendo otros muchos y habrá más que morirán conmigo, y moriré sin sufrir, sin dolor. «¿Está preocupado? ¡Perdón! Quiero decir...» Es Valerio. «Aterrado. Claro que lo estoy.» En seguida, el cura: «Si necesita de mí... No perdería nada. Al contrario...» «Así no. Aún tengo respeto.» Me comprende, me mira, sus ojos parecen los de Miguel, tienen la dulzura y la suavidad femeninas que yo atribuía a una manera de ser relacionada con su afición a la música y con su retraimiento. Se me engancha en la memoria una de sus escasas confidencias: «Me ayuda a ser mejor en todos sentidos. Cuando la toco, o la oigo, me parece que nada de lo malo que me pueda suceder llegará a sucederme por completo.» Pero se engañaba porque lo malo le rebasó hasta quitarle las ganas de tocar, aunque silbara en el cuarto del tragaluz. «Tengo que insistir. Todavía hay tiempo, aunque la misericordia de Dios es infinita y no debe...» «Entonces sobra el aunque. A menos que no quiera perder la ocasión.» «No, no la quiero perder.» Ya no le oigo. Ha llegado el momento sin haber puesto en orden nada, lo voy a dejar todo en el aire, interrumpido a mitad de un acto. Se muere de golpe incluso antes de morir porque la verdad es lo contrario de lo que decía Laura. «Parece que han firmado la paz.» Cara de Luna se acerca y me sonrío y borra apresuradamente la sonrisa. «A mí me hace polvo esta tranquilidad. Cuando se oye el frente, como se sabe que están haciendo lo necesario...» Otra embestida del miedo, una resaca de sensaciones de frío y de calor, flatulencias que deben llegar hasta Valerio y Cara de Luna, los pelos como alambres, la boca seca o llena de saliva con sabor a metal. Acaban de encender la luz y es otro acontecimiento que no verá repetirse. Después, la cena, que también será la última, después extender las mantas disponiéndolas como me enseñó Mendoza; no ha quedado de él más que esto y esto es lo que quedará de mí porque yo se lo enseñé a los otros, al cura, a Juan Salud, al seminarista, al conde. Recuerdos, yo mismo no soy más que un recuerdo que recuerda: el canturreo de Petra arrullando a Laura en vascuence y el retrete de la casa de Ceuta, una plancha de mármol con un agujero, una especie de chimenea que se usa al revés y que da a un estercolero en el que picotean las gallinas. Me acababa de encerrar para fumar un cigarro y estaba mirando las gallinas por el agujero cuando oí

los pasos y la voz de Miguel, el repiqueteo de sus nudillos en la puerta. «¡To... Tomás! ¡Lo sa... lo saben todo!» El cigarro encendido baja por el agujero, el viento hace irregular su caída y empuja hacia arriba papeles de periódicos. Se mete dentro de mí por primera vez en mi existencia el miedo de la estatua de mármol. Hace mes y medio o dos meses que no aparecemos por el colegio porque nos vamos al puerto todos los días, a bañarnos por la mañana y a pescar por la tarde. En un segundo veo el verdugón en la frente, la consternación de los dos, las miradas de incredulidad. Les hemos mentado. No puede ser, no es posible que sea verdad, es un sueño que esté en el retrete, que no hayamos ido a clase, que Miguel siga llamándome y dando con los nudillos, que tengamos unos padres. No es cierto, esto no es la realidad, no hay Ceuta, ni colegio, ni Miguel, ni retrete, ni gallinas. Hay otra realidad detrás, otra realidad más ancha, más firme, más real. «¿Quiere un cigarro?», me ofrece Cara de Luna. «Este tabaco es una porquería pero mata el hambre.» Ni el frío, ni el cura que se rasca, ni Valerio, que se atiborra de sus pastillas y no da golpe, ni el olor del cubo, el ruido de mis intestinos, la bombilla. Ya veremos dónde está la otra realidad. Entre tanto, al cigarro, a la cerilla; aspiro, no me sabe bien, me marea porque hace mucho que no fumo, la última vez fue cuando me dio uno el de las gafas. Cara de Luna me mira, creyendo que el cigarro me ayuda, me lo ha dado porque sabe lo que me espera; el humo satina el aire a la altura de la bombilla, la puerta sigue cerrada, y la abrirá el albino, Isidoro. ¡Que sorpresa encontrar tanto rencor! Debe haber motivos en mí que lo despiertan, debe ser que lo merezco. El cura me envuelve en su compasión. Sí, mucha compasión pero por lo mismo que el cigarro, porque me han condenado, porque ha aceptado que me van a matar. No tiene piedad para mí, para mi cuerpo, para mis manos que tiemblan, para mi vientre que se hinchará y mis piernas, a lo largo de las cuales siento una humedad tibia. Dios, Dios, o quien seas, o quien no seas, si eres la otra realidad, que me maten en seguida o que me duerma hasta que me vayan a matar. Pero no eres más que los restos de un naufragio, un hueco en el que antes había emoción, y olor a incienso, y a cera, a los jacintos que adornaban el altar, el dolor de mis rodillas y las voces del coro. Y nada más. Mi miedo no te da vida, es iluso pedirte un milagro y hablarte, pero haz el milagro, Dios, por lo menos haz el milagro de darme una muerte instantánea, un tiro en el corazón o en el lugar más adecuado para que no me entere.

—¿Qué hora será?

Las seis y veinte. De seis y veinte a doce van casi seis horas; como vendrán a las cuatro o las cinco me quedan nueve o diez horas. ¡Qué poco! ¡Y cuánto! Tiro la colilla al cubo. ¡Qué letra! «Se nota que no es fumador. Yo las guardo todas. Fíjese; todo esto es de colillas.» No sé que es peor, si la piedad desnuda o la piedad disfrazada. Pero ¿por qué tengo que morir? Estoy con éstos y andaría pegando tiros si tuviera más salud. He llegado tan lejos como Isidoro, y de forma más útil. He hecho

por el Gobierno más que él, aunque haya sido por miedo. «Tengo cuatro cigarros vírgenes, aparte de las colillas. Cuando quiera uno no tiene más que pedírmelo.» «Gracias.» «Y por lo que a mí se refiere, ya sabe usted...» Comienzo a recibir atenciones: puedo fumar, los consuelos de la religión: «Habiendo recibido los Santos Sacramentos...» Me dan una bufanda, un lápiz nuevo, me van a prestar una almohada de lana con su funda. Ahora es un plebiscito del que ya sé el resultado. ¿Por qué no les prohíbo que me miren, por qué no les digo que me hacen más daño sus atenciones que su indiferencia? Que se las guarden para ellos mismos porque tampoco se escaparán. Pero yo voy a ir por delante, yo voy a ser el primero. Dentro de diez horas estaré tieso, ciego, sordo, inmóvil. Estas piernas que se me han humedecido porque me he orinado y estos latidos que siento metiéndome la mano por debajo de la ropa y esta mano que apenas puede escribir, y esta frente que arde o que se humedece con el sudor, y este cerebro que hierve y que chisporrotea, que se apaga. Diez horas, seiscientos minutos, treinta y seis mil segundos, treinta y seis mil pulsaciones. Quisiera unos cuantos más, aunque fueran muy pocos, aunque fueran el tiempo que dura el trayecto desde Princesa a los Juzgados, o el desayuno, o o la vuelta de Jorge Juan a Ayala, o la subida en el ascensor cuando aún había ascensor. Y no pido unos minutos de plenitud, no pido la cama con Luisa y la placidez posterior, o la primera parte del *Momento musical*, sino los desperdicios, la espera en la antesala del dentista, la hora de barrer la celda, los fregoteos ante el grifo, satisfacer las necesidades, limpiar el cubo.

—¿Una manita?

Juan Salud, antes Juan de Dios. El paraguas. Y ni siquiera hay paraguas. Que no me saquen como al profesor de historia. Ni siquiera un refugio apacible, la sombra azulada de un árbol. No hay más que el sentimiento, no hay nada, aunque no me imagine la nada. Nada, ni luz, ni ruido, ni oscuridad, ni silencio. Una baraja mugrienta. «Vamos allá.» El último que ha llegado, el que tiene cejas de Mefistófeles, el último que veré llegar, dice: «La apuesta, a medio cigarro.» Estoy helado, tiritito, me sale letra de viejo, me he vuelto a acercarme a la pared de la calefacción pero no calienta, no hay nada que quemar. Sin pena ni gloria, por dos o tres carambolas que ni siquiera puedo decir quién las hizo, ni quién las dejó preparadas, o quién se me anticipó. «Corte. El dos de espadas hace de comodín.» Pero está justificado; pienso como ellos, coincido con ellos pero no soy de ellos, no me he manchado tan sólo por adhesión, y la conciencia de haberme manchado es prueba de que no soy uno de ellos, sino de sus enemigos. Ha habido muy poca adhesión, soy de la clase que tendrán que extirpar, de los que hacen de cualquier nimiedad una tragedia y se permiten el lujo de una sensibilidad desvergonzada, precisamente porque se cree sensibilidad. No va a ser más que una venganza, o la apariencia de una venganza, porque en realidad va a ser una consecuencia lógica. No va a ser una injusticia sino

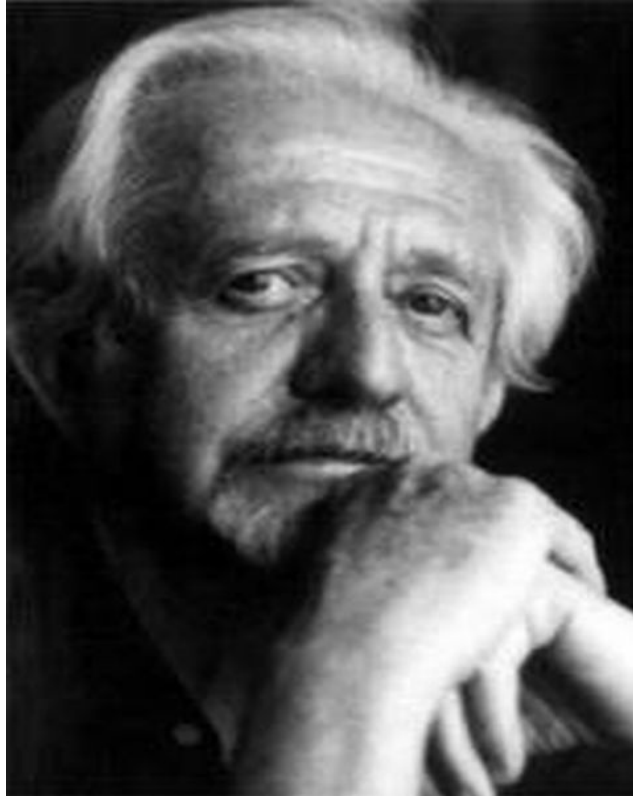
una desgracia insignificante. «Voy por el resto. Tres cigarros de los vírgenes.» Tres cigarros que eran de Cara de Luna y que Mefistófeles pone sobre la manta, al lado de los del otro. ¿Quién va a ganar estos seis cigarros, quién ganará la guerra? «¿Qué tienes?» Juan Salud enseña sus cartas, póker de seises, no, repóker, aquí está el dos, Mefistófeles: «¿Repóker? No puede ser. Yo tengo una escalera a partir del seis y un dos. ¿Cómo es que tienes tú otro seis?» «¿Que cómo es? Pues siendo. No irás a decir que he hecho trampa, pues ya me explicarás, o tú a mí, yo no tengo que explicarte nada, eres un fullero.» Cara de Luna trata de calmarles, ha debido ser una equivocación, por ejemplo, que no se han contado las cartas. «Eso ya se ve, pero ¿quién ha preparado la baraja?» «Yo, y no te consiento que digas que me he equivocado a intento.» «Entonces, ¿de dónde ha salido ese seis?» «Y los tuyos, ¿qué? ¿Es que no cuentan?» «Señores, calma, calma. Cualquiera tiene una equivocación.» «Vamos a verlo, vamos a contar todas las cartas.» «Eso, y vengar mis cigarritos.» «¡Ni hablar! A mí no me cargáis con las culpa del error o de lo que sea.» Pero Cara de Luna reúne las cartas, separa los seises, los otros los examinan y ven que son iguales, completamente iguales, aunque Mefistófeles no se deja convencer. «Dios le dará fuerzas.» El cura me echa encima otra paletada de ceniza como la que recibo en los despertares haciéndome olvidar que me había olvidado gracias al jaleo de las cartas. Me miro las manos alzándolas a la altura de los ojos; las venas azules en el dorso, unos cuantos pelos rubios en las falanges, las uñas sucias, las arrugas de las articulaciones, las muñecas con más venas, el pulso, un bulto con sacudidas, como un corazón muy pequeño. Contemplo la tela de mis pantalones, muevo los pies dentro de los zapatos, vuelvo a tocarme el corazón y a comprobar que todo funciona y hace su trabajo inútil. Me oigo respirar, veo lo que sucede a mi alrededor, mi letra, el lápiz nuevo que durará más que yo mismo, las cartas que ha extendido sobre la manta Juan Salud, el ademán de éste al encender un cigarro. Quisiera vivir aunque no fuera más que para mirar estos cartoncitos de colores que hacen pensar en un mundo infantil de juguetes y casas de muñecas, vivir sólo el doble de lo que me queda, veinte horas más de lo que ya he vivido, lo bastante para poder decir que las lentejas de anoche no fueron las últimas, ni el café de esta mañana... Pero ¿para qué esta prórroga? Es mejor acabar, todo será rápido; el crujido de la cerradura, pasos chapotentes a causa del barro, mi nombre y algún otro de esta misma celda. ¿Cuál? Juan Salud, o Valerio Salas, o Mefistófeles, o tal vez el cura. Y en el camión habrá quince o veinte más porque no van a hacer un viaje solamente para tres o cuatro. Nos miraremos, algunos nos veremos por primera y última vez. Me parece oír una advertencia: «Al primero que empiece con canturreos le salto los sesos de un culatazo», hecha tal vez por el miliciano que me hizo fregar el cubo y comprender que tenía derecho a odiarme. Atravesamos Madrid a oscuras o con los faros de población, vemos los raíles de los tranvías, aparecen y desaparecen fachadas, esquinas, casas de ocho pisos, de cuatro,

de dos, chabolas, los chamizos de los suburbios, los vertederos. «Se está acabando la excursión», dirá el miliciano. Los árboles, los árboles ya, con los troncos pintados de blanco que huyen de nosotros y que también desaparecen y ya no quedan más que oscuridad y olor a tierra mojada. Los frenos nos hacen caer a unos sobre otros en un revoltijo de víctimas y verdugos. Sacarán el coche de la carretera para alumbrarnos con los faros, nos harán bajar a empujones, de uno en uno o de dos en dos, nos dividirán en grupos, o nos reunirán a todos. Nos deslumbran los faros, levantamos las manos para protegernos los ojos, nos apelonamos, nos damos pisotones. El albino, junto a la cabina del camión, o dentro de ella, tendrá la pistola montada y apoyada en el borde de la ventanilla o en el guardabarros. «¡Sácalos de la carretera, coño!» Esto es lo que oí anoche en sueños; y nos vuelven a empujar y como no quiero darle la espalda a Isidoro y hacerle el regalo de mi miedo, piso en el vacío donde está la cuneta y me caigo y un miliciano me levanta. Siento charcos bajo mis pies, tierra apelmazada que se pega a las suelas y pesa como el plomo. Cara de Luna se quita la colilla de la boca y la tira con un papirotazo, mira el cielo y yo también miro hacia arriba, hacia un vacío inacabable, un abismo al revés que parece empezar unos metros por encima de nuestras cabezas y que no tiene ni luz, ni una sombra de claridad entre las nubes. Luego, me toca con el codo como invitándome a que me santigüe, que es lo que está haciendo él, y a que junte las manos sobre el pecho como si fuera Valerio, pero no es Valerio ni Cara de Luna sino el cura, que se aclara la voz: «Hermanos míos, encomendémonos todos a la misericordia divina.» No había visto a este hombre en el camión pero él a mí sí: «Usted también, amigo mío. ¿Qué trabajo le cuesta?» Se arrodilla, abre los brazos en cruz haciendo un ademán que me avergüenza por lo enfático, comienza a rezar el acto de contrición pero se detiene y me dice en voz baja: «Al fin, vamos a hacer juntos el último viaje.»

—Es mejor que descanse.

Este sí que es el cura, que me ha tocado el hombro: «Acuéstese. No escriba más.» Se han acostado todos y se oyen ronquidos que para mí son un presagio de los estertores que oiré. La puerta continúa cerrada. ¡Cuántas veces he mirado hacia ella! Pero la van a abrir en seguida y, en seguida, dirán mi nombre y me levantaré, buscaré a gatas mis zapatos y recordaré que no me los he quitado porque habría sino un exceso de confianza y no hay que tener ninguna. Cogeré mi chaqueta, me temblarán los dedos al abrocharme los botones y recordaré la calma que había en el rostro de Miguel y la impasibilidad del marino que, para despedirse, dijo tan sólo «*Bye, bye!*». El «listero», como llama Juan Salud al del gorro de lana, me ayudará a ponerme el abrigo y me dirá que hace un frío de perros. Iré recitando oraciones que creía tener olvidadas, despidiéndome de Luisa, de mi madre, de todo, hasta de la caja de zapatos que me servía de mesa. «Cara de Luna me ha dado este cigarro para usted.» «Devuélvaselo. Me marearía. Y dele las gracias. ¿Tiene hora?» «No. No tengo reloj.

Me lo quitaron cuando me detuvieron.» No puedo dormir, no quiero dormir, ni pensar, sólo quiero disfrutar de la almohada de lana con una funda y del calor de las mantas. Doy el cuaderno al cura y me pongo la chaqueta y meto los pies en el sobre hecho como me enseñó Mendoza. Y, de pronto, pisadas, las llaves, la cerradura y una voz que dice: «Valerio Salas, prepárese. Prepárese y coja una manta.» Y Valerio se pone en pie, se viste, se toma dos pastillas, mueve la cabeza, sonrío y se vuelve hacia los demás: «¡Bueno! Menos mal que he resistido hasta este momento. Debo darle gracias a Dios. Padre, ¿querría absolverme?» La mano del cura, temblorosa, hace en el aire una cruz. «Adiós a todos.» Y se marcha y cierran la puerta y yo tengo veinticuatro horas más gracias a Valerio que cubrirá las necesidades de hoy. Pero veinticuatro horas no es nada si no van seguidas de otras veinticuatro. Dos páginas, dos páginas en blanco. Aunque pueden pasar muchas cosas en veinticuatro horas...



JUAN ITURRALDE. Seudónimo de José María Pérez Prat (Salamanca, 1917 - Madrid, 1999) abogado y escritor español.

Su familia se trasladó pronto a Madrid, donde estudió en los Jesuitas de Chamartín de la Rosa y, más tarde, Derecho, primero en la Universidad Central y después en la Universidad de Salamanca.

Tras pasar la Guerra Civil en Ciudad Real —donde su madre había fijado su residencia— terminó sus estudios de Derecho, y en 1942 obtuvo plaza en las oposiciones para el Cuerpo Superior de Abogados del Estado. Su carrera profesional la ejerció entre las ciudades de Las Palmas de Gran Canaria y Madrid.

Fue escritor de vocación y reconocimiento tardíos. Escribió: *El viaje a Atenas*, *Labios descarnados*, *Hans y las lluvias de abril* y, sobre todo, *Días de llamas*, considerada por la escritora Carmen Martín Gaité como una de las mejores novelas nunca escritas sobre nuestra guerra civil.